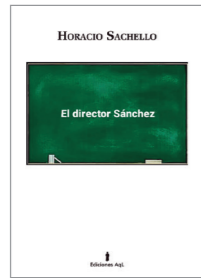


OTRAS OBRAS DE  
HORACIO SACHELLO



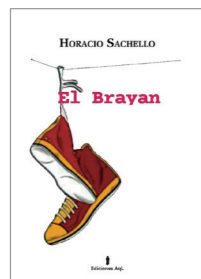
Bajo la sombra del Saru



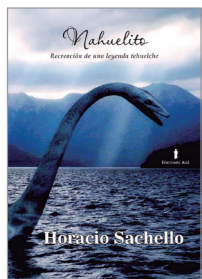
El Director Sánchez



El palomar burgués



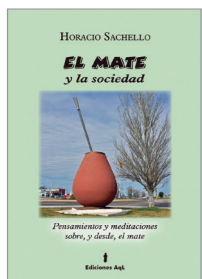
El Brayán



Nahuelito



Trabajo de Honor



El mate y la sociedad



Paredes que laten

# 西方將爲一朵花而死

En el Siglo XIX los invasores occidentales posaron sus ojos y su garras en China. Con la prepotencia de su ejercito Inglaterra, principalmente, se adueñó de territorios y gobernantes que le permitieran apoderarse de la mayor cantidad de ganancias legales e ilegales. Una de sus mayores armas fue el opio que le permitía incrementar estas ganancias al tiempo que destruía desde dentro al gigante oriental.

Es ante esa situación que la familia Lin, casi inevitablemente, se ve envuelta en el nacimiento y crecimiento de una rebelión. Silenciosa en un principio y haciéndose notar cada vez más a través del tiempo y de los largos kilómetros recorridos llevando a cada pueblo el conocimiento de qué sucedía y la esperanza de una resistencia posible.

Los años corren, las generaciones se suceden y China cambia una y otra vez. En su travesía serán ayudados por una misteriosa organización que extiende sus brazos en las sombras y busca librar a la Nación de sus enemigos.

Y Lin Xi, maestro él, tendrá de alumno a un tal Mao que pronto destacará por su agudeza mental y un sentimiento imparables de justicia para su China natal.

Destino e historia de una familia y un país que Horacio Sachello entrelaza con minuciosidad de historiador y pluma de escritor en un viaje plenamente disfrutable.

JUAN GARCÍA RONZONI



Ediciones AqL



EDICIONES AqL

Horacio Sachello

Occidente morirá por una flor



## HORACIO SACHELLO

Profesor en Arte y Ciencias Naturales, en instituciones privadas y estatales, en los niveles primario, secundario, terciario y universitario. Durante 23 años fue Jefe de practicantes en Escuela Técnica, ya como Director (Escuela de Educación Media N° 37, CONIC) ha sido un promotor del Plan Dual para lograr la inserción de los alumnos en el mundo del trabajo.

Por su interés por la paleontología formó parte de la exitosa Campaña Paleontológica durante las Terceras Jornadas de Historia Regional de La Matanza, que se desarrolló en octubre de 2010 en la Universidad Nacional de La Matanza.

Escribir es una necesidad que lo acompaña desde la niñez, su amplia experiencia docente, su natural curiosidad por todo, y la preocupación por la formación, y deformación de los niños y adolescentes en particular y de la sociedad en general, le han dado temas y argumentos para cimentar su trabajo de escritor. Su sensibilidad, humor (bueno y malo en asimétrica combinación) e imaginación son la amalgama de las historias que, desde hace una década, publica en forma regular y tenaz: 2015: *Caminos y atajos* / 2016: *El profesor, Los Da Silva arden en Isidro Casanova...*, *Operación Los miserables, Nahuelito* / 2017: *Paredes que laten* / 2019: *El mate y la sociedad, Seis de Enero, El palomar burgués* / 2022: *Trabajo de honor, El Director Sánchez, El Brayán*.





*Occidente morirá  
por una flor*

西方將為一朵花而死

Horacio  
Sachello



EDICIONES AQL

Diseño de tapa e interior Ediciones AqL.

Artista gráfico portada: Luis Alberto García.

Correctores: Luis Alberto García, Juan García Ronzoni.

Sachello, Horacio.

Occidente morirá por una flor / Horacio Sachello. - 1a ed -  
Loma Hermosa : AqL, 2026.

466 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8260-78-5

1. Historia contemporánea. 2. Novelas históricas. 3. China.  
I. Título.

CDD A863

Ediciones AqL

En *El Camino del Libro* desde 1998

Jonas Salk 1279 / (1657) El Libertador – Tres de febrero.

15-6162-1273 / 15-3062-7134

edicionesaql@yahoo.com.ar

ISBN: 978-987-8260-78-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina.

*A la memoria humana*



*Agradecimiento  
a Luís García: Editor, corrector y artista gráfico.*



## **GUANGZHOU, 1835\***

ANTIGUAMENTE CONOCIDA COMO PANYU, PARA LOS OCCIDENTALES: CANTÓN

En horas de la mañana la neblina se levantaba como un mágico manto de seda traslúcido ante el velo blanco. Sobre la superficie del Río de las Perlas brillaba el sol del alba y subía el vapor del agua, entre pintorescas embarcaciones, juncos y sampones con mástiles inclinados y velas de rejilla recogidas, con remos que descansaban y parecían sostener las embarcaciones. Todo era calma y serenidad.

A orillas del río, viviendas y construcciones sobre pilotes, con tejados de gabletes, hechas de madera y piedra al estilo shikoro-yane o xieshan. Puentes de arco sobre arroyos y casas bajas. Hacia el centro viviendas de material de dos plantas, gente que comenzaba la mañana, los negocios de carteles verticales que abrían sus puertas. Hacia el norte por la orilla una serie de construcciones de dos plantas con balcones blancos, columnas y techos a dos aguas de estilo europeo. Hacia el interior de la ciudad, casas más bajas, de una planta, con techos de pagoda y más atrás, lejos, las pequeñas sierras y alguna construcción perdida.

Desde temprano el puerto tomaba vida, gente que iba y venía desplazándose en sus tareas y las barcas que se disponían a zarpar. Había también movimiento en la gran ciudad, abarrotada de gente, mientras las calles comerciales del centro iban abriendo sus puertas.

Al sur de la ciudad un joven caminaba ligero costearo el río a su derecha, dobló en la esquina hacia su izquierda y encaró a la zona del puerto, apurado pasó por frente de un negocio donde se fabrican artesanías, vasijas y otros productos.

---

\*Correspondiente al Calendario Occidental salvo que se indique otra cosa.

En ese instante otro joven salía del negocio limpiando su frente y la entrada. El transeúnte lo saludó riendo alegre y con gesto amable:

—Lin Hie, como siempre temprano...

—Buen día... —contestó Lin Hie, riendo y dándose vuelta para ver quien lo saludaba. Aunque ya sabía por su voz que era su amigo—. Cuando vuelvas del astillero charlaremos, tengo algo que contarte.

El que caminaba sólo sonrió sin detener su paso por el medio de la calle y continuó hacia el puerto.

Su paso tan ligero y la neblina no le permitieron ver que de un lateral se acercaba rápido un renliche que transportaba a un hombre rubio y de barba hacia la zona central del puerto. Sorprendido le dio paso al transporte dando un salto hacia atrás.

—¡Mira por dónde vas, idiota! —le gritó el pasajero en inglés. El corredor inmutable continuó derecho, apenas giró su cabeza para ver si había o no atropellado al peatón—. Vamos, ¿y tú qué miras? Vamos, rápido...

## **LONDRES**

Tiempos de convulsiones políticas en Gran Bretaña tras la muerte del rey Guillermo IV, quien no dejó descendientes legítimos. Luego de controversias con el parlamento, en 1837, el reinado pasó a su sobrina Victoria.

A pocos minutos de haber anochecido brillan los adoquines de la calle ante la incesante llovizna. Un hilo de agua corre entre las negras piedras de forma semicuada e irregular por donde un carruaje pasa. Junto al cordón de la vereda una pequeña línea de agua sigue su viaje.

Y a lo lejos se pierde la borrosa silueta de un hombre desdibujada por la garúa que cae. En la lúgubre ciudad, una sutil neblina de espesa humedad invisibiliza la sombra en el oscuro crepúsculo. Una reja negra cubierta por gotas separa la calle de un angosto jardín frente a la pared, de ladrillos a la vista, oscurecida por el moho de años.

Dentro, una habitación lujosa, revestida de madera oscura, brillante, recargada de relieves y grabados del piso al techo, con cuadros de personajes de rostros siniestros. Todo de un aspecto sombrío.

Dos hombres fumaban una pipa alargada y reían a carcajadas, hablaban en inglés. Sentados en dos sillones de cuero rojo con abotones del mismo color y cuyo respaldo sobrepasa sus nuca.

Ríen y se quedan serios:

—Que esto nunca se acabe... —dijo uno de ellos no pudiendo tenerse en pie.

—Sí... —volvieron a reír. Se quedaron serios y en silencio otra vez, entonces agregó luego de un momento mientras aspiraba su pipa—: Dicen que esos hijos de puta lo quieren prohibir.

—No seas mal hablado —respondió el otro—. Ay... mis piernas... —Y tras la pausa, terminó su frase—. No se lo permitiremos. Se la impondremos, se la meteremos por el culo si es necesario, hasta que se desesperen si no la tienen... —hizo un silencio, aspiró su pipa y agregó—: Son ignorantes, no entienden que pueden ser más felices... —y ambos rieron de forma burlona.

—Sí —y volvieron a reír. A carcajadas desmedidas—. Son como los negros que llevamos de África... —comentó uno suspirando.

—No, estos se creen que tienen cultura... —respondió el otro—. Sólo porque saben hacer un par de platos y floreros...

Un silencio.

—Es que ellos la usan sólo como medicina... —sonrió irónicamente— pero también para divertirse... —Aspiró éste también, miró fijo a su interlocutor, le tomó fuerte el antebrazo, marcándole los dedos, acercó su cara al otro casi tocando las narices y sin parpadear le aseveró—: Tenemos que quitarnos de encima a los chinos del norte.

—¿A quiénes?

—A los mongoles, ellos lo tienen y lo vendieron y ahora son todos lo mismo: mongoles, chinos, son todos iguales... —Sonrió burlonamente mientras divagaba—. Ellos los siembran y cosechan. Y luego esos idiotas la usan como medicina.

Hay un silencio, los dos miran el techo.

—Hace un siglo que Bengala es nuestra —comentó el otro.

—Estos chinos son basura, nos venden su porcelana, seda y té y nosotros no podemos venderles nada. Es injusto. —Ambos desvarían, ríen, se ponen serios, quedan en silencio y comienzan otra vez.

—Tenemos que lograr meternos sin que se entere el emperador, tenemos que hacerlos pedazos desde adentro, desde sus entrañas.

Otro silencio.

—Mi padre es dueño de uno de los barcos de la compañía de las indias orientales, él tiene llegada al rey. Lo puede convencer.

Una vez más y como casi todas las noches, los dos amigos asiduos asistentes al club se encuentran otra vez en el mismo cuarto, fumando y riendo. Hace unos cinco años repiten esta rutina, después que uno de ellos probara la sustancia que su padre introducía en china. Pronto se la hizo probar a uno de sus amigos quién rápidamente se hizo adicto, tanto a ella como a quién se la diera.

Con un notable deterioro en sus rostros producto de la adicción y la paupérrima alimentación pese a la buena situación económica de sus padres.

—La Reina recién llegó al poder y todavía tiene que terminar de arreglar los problemas con los portugueses en Gao. Echarlos de una vez por todas. Además están los molestos de los españoles en las Filipinas, esos malditos con su Bendita evangelización y sus curas.

—Ya intentamos sacarlos de las Filipinas y no pudimos. Pero alguien lo va hacer, los españoles son blandos. Ellos y sus confesiones... —Ambos rieron a carcajadas.

—Ya los vamos a quitar de ahí también. Volviendo a nuestro tema, no desvariemos... —rió fuerte—. El emperador insiste en no permitirnos entrar, tiene restringido a su pueblo de nuestro contacto, los tiene esclavizados y sumidos en la ignorancia. Sin cultura, sin arte, sin ciencia.

—Sí, totalmente. —Se levantó lentamente como podía—: ¿Quieres un whisky?

El otro lo miró fijo, no entendía una simple pregunta.

—Debemos convencer a tu padre de que Su Majestad la Reina Victoria lo ayude, eche a los mongoles, chinos o como se llamen, y que la Compañía Británica de las Indias en Bengala se haga cargo. Así le venderemos a los chinos. Pero que sólo seamos nosotros —y se desplomó en el sillón de enfrente.

—Sí, esta noche hablo con mi hermano para convencerlo. Los dos juntos es más fácil convencer a mi padre. Él va a estar tan interesado como nosotros, la situación está desequilibrada por culpa de estos malditos amarillos.

Se quedaron un minuto en silencio, el último en hablar giró la cabeza hacia la derecha y llamó a un sirviente.

El hombre obeso, redondo y de piel muy roja se le acercó:

—Sí, señor.

—Haga traer nuestros carruajes, nos vamos a casa.

—Bien, señores, enseguida.

Se levantaron como pudieron, salieron del edificio y cada uno subió a su carro —ambos bellos, elegantes, de color negro— y se perdieron en la calle empedrada, teñida como siempre por la neblina espesa y húmeda que no dejaba respirar y hacía transpirar pese al frío.

## CANTÓN

En la otra parte del mundo un hombre viejo, de escaso cabello canoso que crecía desde su nuca y terminaba en una coleta de trenza, pintaba una jarra de porcelana blanca, marcando un dibujo con finas líneas azules.

Es la pequeña fábrica de cerámica donde se realizaban vasijas de loza vidriada con esmalte de plomo según la tradición de su etnia y dinastía, Hu. Además producían porcelana qingbai (blanco azulado), muy apreciadas y caras.

Aunque realmente la fuente de sus ingresos era la confección de las porcelanas decoradas policromadas. El experto en este arte era uno de los empleados de la etnia manchú, artesano de gran experiencia y amigo del padre de Lin Hie. El viejo artesano no tenía vicios ni pasatiempos, solamente algo lo conmovía tanto como su trabajo: el teatro —yueju, en su dialecto natal el cantonés—.

De las diferentes representaciones las que más colmaban todos sus sentidos eran aquellas basadas en hechos de la vida cotidiana. Mucho más inclusive que aquellas que evocaban epopeyas históricas de grandes combates representadas con armas reales demostrando sobre el escenario la destreza shaolin de aquellos inigualables actores mientras escuchaba el conjunto de instrumentos, ya sea de cuerdas o percusión, junto al dominio de la voz en wen-wu-sheng.

Al viejo artesano lo conmovía esa representación de los hechos reales. Los vivía, se posesionaba con los personajes y reflexionaba sobre ellos comentando luego con su familia y sus compañeros.

Fue por la amistad con ese hombre que el padre de Lin Hie decidió, al ir creciendo su pequeño taller, que sus empleados fueran en realidad socios, de esa manera todos ganarían un salario similar, y de hecho así era.

El padre de Lin Hie tenía manos delgadas con dedos finos y movimientos simples y exactos.

Una ventana amplia dejaba que el sol pleno de la tarde entrara de frente. Sólo una cortina de junco tapaba el sol de sus ojos. A la derecha una puerta funciona como vidriera donde se encuentran las muestras y el mostrador del negocio.

Junto al artesano manchú un joven de unos veinte años trabajaba con otra pieza terminando de darle forma. Es Lin Hie que cuenta con diecinueve años y aprende el oficio desde joven.

—Padre, ya terminé aquí. Voy a pescar algo al delta con Tao — se refería al delta del río Las Perlas. En esa zona, donde ellos vivían, el río sólo tenía unos cincuenta metros de ancho, de gran caudal. Pero con el bote en poco tiempo se llegaba donde se ensanchaba el delta. En aquel sitio solía haber muchos más peces grandes, aunque era más difícil pescar.

—No tardes mucho, Lin Hie, tenemos mucho por hacer y tu madre no puede por el fuerte dolor en sus manos.

—No, padre. Vuelvo rápido con algo para cenar.

El muchacho salió del pequeño taller y corrió hacia la izquierda en dirección al río Las Perlas. Su casa se encontraba a unos mil metros, pero el joven delgado y alto, era una verdadera saeta. Al llegar a la orilla estaba su amigo esperándolo y fumando.

Lin Hie se detuvo y caminó los diez metros de distancia que lo separaban del bote.

—Ahí estás otra vez con esa pipa, deja eso ya.

Tao lo miró y sonrió

—En serio te lo digo, ya no eres el mismo y no puedes pescar después de usar eso.

—Mi padre lo utiliza.

—Tu padre lo utiliza como calmante para sus dolores por su pierna —amputada en la batalla de la rebelión del *loto blanco*— además él es un anciano y los médicos se lo indicaron. Tú no estás

enfermo, por el contrario esto te está enfermando. —Se metió al agua y empujó el bote entre los juncos—. ¡Vamos, rema...! —ordenó impaciente Lin Hie.

Luego de un rato de pescar por el delta, detenidos bajo la sombra de un árbol intentando amainar el calor húmedo del verano cantonés y con cinco peces, que no les fueron nada difícil pescar, reparten lo obtenido. Lin Hie le dio tres a Tao:

—Vamos, amigo, toma esto y compártelo con tu familia, tú lo necesitas más que yo.

Ayudó a su amigo a quitar el bote de la orilla y fue ligero hasta su casa. Le entregó los dos peces de considerable tamaño a su madre para que los cocine.

—Si te cuesta mover las manos para cocinarlos, yo lo hago —le dijo a su madre.

—No, hijo, ve con tu padre que ya oscureció, es tarde y él te necesita más que yo. Puedo sola —Lin Hie le sonrió y se retiró.

Ya en el taller el padre de Lin Hie lo observaba ensimismado en su trabajo, serio y sin decir palabra, iluminado por una lámpara frente a él.

—Te noto apesadumbrado por algo, no te noto feliz y en paz —le dijo su padre sin quitar la vista de la vasija que se encontraba pintando.

El hijo no le contestó de inmediato.

—Sabes, padre, estoy preocupado por mi amigo Tao —dijo Lin Hie mientras tomaba una taza y se sentaba.

—Tiene buena familia de trabajo, ¿qué te preocupa?

—No lo veo bien, consume medicación del padre y no le hace nada bien.

—Nuestra medicina es natural y muy eficiente, no entiendo qué te preocupa.

—Es que él no la necesita.

El padre dejó su trabajo, apoyó sus manos sobre la mesa y reflexionó un instante.

—Tienes la obligación como amigo de advertirle pero no puedes imponerte. Por lo que demuestra tu preocupación, consume opio.

—Sí, padre...

Luego de un largo silencio, y ambos ya continuando con su tarea, el padre, sin mirarlo ni dejar su trabajo, le dijo:

—Medicina que viene del oeste no toda es buena, no te debes acercar a ella.

—Lo sé...

## **LONDRES**

Uno de los jóvenes que fumaba en el club escuchaba a un hombre viejo, su padre:

—No fue difícil convencer a la Reina, ya lo tenía en sus planes. El año que viene quitaremos a esos bárbaros de los mongoles chinos, los quitaremos de nuestra vista. La ruta será sólo nuestra y sólo nosotros le venderemos opio.

—No entiendo, padre.

—Si vas a ir mejor que conozcas su historia. Esa dinastía que es gobierno es de los tiempos de los mongoles, cuando los conquistaron. Si los mongoles los conquistaron, más todavía lo podemos hacer nosotros.

—No será fácil, padre.

—Tampoco difícil, contamos con la ayuda de la Reina y la Armada Real para combatirlos. Ellos tienen unos botes hechos de junco.

Por un costado se acercaba otro hombre, bien vestido, un tanto exuberante

—Vete, hijo, déjame solo.

—¿Qué sucede? —preguntó el recién llegado.

—Debemos zarpar de inmediato, el asunto no da para más, estos chinos se están llevando todo nuestro dinero.

—Su Majestad ya dio la orden, iremos a dialogar e intentar convencerlos, pero sea cual sea la respuesta la orden es tomar el puerto.

—¿Cómo lo haremos...?

## **CANTÓN**

En el taller de la familia el padre dejó de trabajar cuando un hombre se puso frente a la ventana. Lo observaba gravemente.

El viejo se levantó lentamente y salió despacio mientras el hijo lo miraba a través de la ventana.

Dialogaron casi sin hablar. El hombre que salió de la tienda sólo asentía con la cabeza. El hijo desde adentro intentaba en vano escuchar. Los hombres se despidieron.

El hijo observó como el padre se sentaba apesadumbrado y tardaba en continuar con la labor que había abandonado hace unos instantes.

—¿Qué pasa, padre?

—Los británicos no están conformes con nuestro comercio...

—¿Qué significa eso?

—Ellos quieren más dinero, pero no tienen nada para vendernos, sólo su sustancia, el opio.

—Es medicina, padre.

—No... nuestra medicina es ancestral, ellos nos lo venden para destruir nuestro pueblo desde sus entrañas.

Lin Hie no contestó.

Luego de acomodar unos pinceles finos, el padre continuó:

—El Emperador Daoguang tiene razón al intentar que no tengamos contacto con esa gente. Ellos llevan el mal adentro: la avaricia, la codicia y el esclavismo.

—¿Cómo lo sabes, padre?

—Debes leer, hijo, debes averiguar cuál es la realidad, no te dejes engañar. Debes escuchar todas las partes para sacar una conclusión propia y no prejuizar ni ponerte de un lado o del otro. Es simple equilibrio y estar del lado del bien.

—¿Y qué es el bien? Creo que me lo han enseñado.

—Nunca perjudicar al otro intencionalmente... —respondió el padre enérgico.

—¿Y si se hace sin intención? —preguntó Lin Hie con un dejo de inocencia.

—Quiere decir que has sido descuidado y no has contemplado la situación lo suficiente para no afectar al prójimo.

Hubo un silencio.

—¿Está mal que nosotros vendamos nuestra mercadería?

—No, lo que estaría mal es que cobremos más de su valor real, o que en tal caso cuando hay escasez de la misma aumentemos su valor. Estaríamos abusando de la necesidad del cliente. Ser avaro termina con avaricia hacia ti mismo...

—Tú dices que son malos, ¿por qué le vendemos a ellos?

—Tú puedes comercializar con ellos pero no tener contacto. Nuestra mercadería es buena, nuestro té está cultivado por manos humildes llenas de trabajo y amor. Nuestras vasijas son bellas, son útiles y ellos las quieren, nadie los obliga a comprar. Nuestra seda es la mejor. ¿Por qué habrían de querer obligarnos a nosotros a comprar su mercadería que de nada nos sirve? —Siguió diciendo—: Su medicina no es sana, aleja los buenos espíritus de quienes la consumen. Obnubila las enseñanzas de nuestros ancestros. Ellos nos ayudan y debemos venerarlos, como lo hemos hecho siempre. Pedirles que nos iluminen el camino, que nos muestren la buena senda del bien. Esa sustancia se mete en las entrañas de quienes la consumen, enceguece, ensordece..., los torna ociosos y no permite que la familia dialogue, como lo estamos haciendo tú y yo ahora. —Mirándolo gravemente agregó—: Si tu amigo, Tao, tiene el mal en sus entrañas tienes la obligación como amigo de intentar ayudarlo. Y si hace caso omiso a tus palabras y buenos consejos, pide ayuda a los soldados del emperador.

—Pero no, padre, ¿qué estás diciendo? Jamás le haría eso.

—Yo conozco un ex general que sus ancestros pertenecieron al ejército imperial Chin Chun de las brigadas de elite Chin-Weis. Él sabría cómo ayudar, además es un sabio de la medicina.

Hicieron silencio hasta terminar la tarea, una vez completa Lin Hie se dirigió a su habitación.

La vivienda de la familia era amplia, construída cercando toda la propiedad, de simetría bilateral, en su mayoría de madera, con un patio descubierto en el medio, las habitaciones atrás en dos plantas y en su costado derecho el taller.

Lin Hie no pudo dormir esa noche, no le molestaban ni la temperatura ni el exceso de humedad sino que trataba de poner sus ideas en orden.

Se levantó y caminó hacia afuera, desde una de las puertas vio a su padre, solo, meditando en el medio del jardín, sentado con sus brazos extendidos apoyados en el piso.

Se quedó un rato en silencio observándolo.

—¿Qué sucede, padre, te sientes bien?

No contestó de inmediato.

—Las cajas de opio que mandó a incautar y destruir el emperador a Lin Hse Tsu, nos van a traer grandes problemas, pues el comisario las destruyó. Desde la primavera que esto viene empeorando, los británicos se encaprichan en su accionar arrogante.

—¿Y qué significa eso, padre? ¿Cómo viene el opio?

—Viene en cajas, en bolas negras de pasta, luego se fracciona y se utiliza para fumar. Además le ha dado la excusa perfecta a los británicos para hacerse los ofendidos

—¿Y nos van a dejar de comprar?

—No..., eso sería lo de menos. —Otro silencio, respiró profundo—. Van a querer llevarse todo sin pagar o, mucho peor, van a tratar de llenarnos de opio.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Nada, somos gente de paz, no debemos hacer nada. Seguramente el Emperador sabe lo que hace y sabrá de que manera solucionar las cosas. Ellos deberán comprender que no tienen nada para vendernos, ¿por qué deberíamos comprar su veneno?

Se quedaron en silencio unos minutos. Comenzó una llovizna fina y cálida. El hijo lo observaba esperando que su padre se levantara para no mojarse y retirarse a dormir pero al ver que no lo hacía, esperó.

El hombre continuó sin abrir los ojos en la misma posición sentado en el medio del patio, luego se levantó y muy lentamente se dirigió a su hijo sin mirarlo ni mover su cabeza:

—El poeta Du Fu escribió sabiamente: *“La benigna lluvia conoce su propia temporada y llega justamente en la primavera. Con la brisa, se desliza la noche negra y silenciosa”*. Sé como la lluvia, hijo, que conoce su propia temporada...

—Buenas noches, padre, que descanses

—Igualmente, hijo. —Y se quedó Lin Hie meditando bajo la suave llovizna apenas perceptible, que tan sólo humedecía su rostro.

Lin Hie se retiró a sus aposentos, se acostó en su rígida cama e intentó recordar e interpretar la frase de aquel viejo poeta que le dijo su padre: *...que conoce su propia temporada... se repetía*.

Al otro día muy temprano el anciano se dispuso a trabajar mientras su mujer lo ayudaba como podía debido a su muy avan-

zada artrosis. Sus cuatro socios y aprendices fueron llegando casi al unísono y de inmediato se dispusieron a trabajar. Le extraña ausencia de su hijo, que siempre era el primero en comenzar con su tarea, llamó la atención de la madre que, al no verlo, fue a ver qué le sucedía. Se sorprendió al no encontrarlo en su habitación. Dudó en comunicárselo a su marido, pero lo hizo perturbada ante la situación tan fuera de lo común.

Se acercó a él por un costado y en voz baja se lo comunicó. El hombre que tenía en sus manos una vasija que estaba pintando, dejó de hacerlo sin soltar ni guijarro ni pincel, sólo levantó la vista y observó por la ventana sin contestar.

Ella lo observó desde atrás sin esperar una respuesta y se retiró.

Lin Hie se había dirigido no lejos de su casa antes de que levante el alba. A la casa de un viejo erudito que tenía varios textos enrollados. El hombre había sido su maestro, su shifu, y solía escribir a modo de documentación, de diario, lo que sucedía cotidianamente. El registro era extenso.

Al llegar tocó su puerta, el hombre que ya estaba levantado se sorprendió al verlo.

—Temprano has venido a visitarme, mi querido ex discípulo Lin.

—Buenos días, maestro. Necesito pedirle un favor el cual pagaré con gusto.

El maestro no le contestó, solo lo observó esperando a que el joven concluyera.

—Quiero leer y que me cuente, que me explique, que me enseñe... Es decir, usted me enseñó mucho en la escuela pero quiero saber más. Todo aquello que no llegó a mostrarnos.

—Siempre es bueno aprender pero de ninguna manera podría aceptar tu dinero por hacer algo que me da tanto placer como enseñar. Debería, en tal caso, yo pagarte a ti por el honor que significa que me escuches... Tú tienes un buen pasar, ¿qué podrías necesitar de este humilde anciano? Además tienes que trabajar con tu padre. Con tiempo no cuentas. Por otro lado si tú aprendes el beneficio es para todos, no sólo para ti.

—Necesito saber, no sólo de mis ancestros, sino más de la historia de la nación. Recuerdo lo que usted enseñó pero quiero saber aquello que no se enseña, quiero saber todo.

El hombre de cabello muy blanco con coleta trenzada, y fina barba larga, canosa y lacia, sonrió con dulzura observándolo gravemente.

—Me halaga y es un honor para nuestra nación que un hijo de esta tierra quiera saber mucho más sobre nuestra historia. Lo que tú deseas lo debes estudiar con eruditos de la antigua y extinta academia Jixia. Ya no existe pero hay un grupo de sabios que transmiten las enseñanzas históricas y actuales. No es fácil encontrarlos, se ocultan y son temerosos. —Hubo un silencio y luego continuó, mientras el joven ansioso esperaba la señal de una respuesta afirmativa a su solicitud—. Aunque... tal vez... pueda enseñarte algo para ir allanando el camino del conocimiento de los altos estudios.

—Sí, maestro.

—¿Por qué quieres aprender, por qué quieres saber más, cuál es tu necesidad? Es bueno que te descubras a ti mismo. Pero más allá de que el saber es muy importante, debes averiguar cuál es la razón, eso te hará conocerte más a ti mismo. Así vas a descubrir lo que realmente persigues y cuál es tu objetivo.

El joven se lo quedó mirando sin hablar.

—No lo sé...

Se quedaron mirando de frente, sin hablar. El joven se inquietaba ante tanta pasividad y quietud.

No aguantó y rompió el silencio.

—¿Cuándo comenzó a existir la medicina del opio? —El hombre se quedó callado un momento.

—Es más vieja de lo que crees pero ahí no comenzó la historia de la flor. Para comprender su historia debes apreciar el camino, el recorrido de tiempos antiguos a los actuales. Ven cuando quieras y te presto mis textos para que tú los leas. Seguramente luego de cada uno necesitaremos un diálogo para evacuar dudas que te puedan surgir. Deberás venir todos los días a la misma hora, hacer una rutina, un ejercicio diario y recurrente.

—Bien, maestro —respondió y se quedó parado mirándolo.

El maestro lo observó esperando que se despidiera.

—Dime, ¿qué más quieres?

—Empezar, maestro.

—¿Qué cosa?

—A leer...

—¡Ahora! ¿No te parece apresurado?

—No, ahora es el momento.

El maestro lo observó largamente

—Ven, sígueme...

Se dirigieron hasta una habitación en el fondo, al pasar Lin Hie quedó extasiado, frente a sus ojos cientos de libros con formato de libro occidentales, pero en su mayoría plegados y debidamente atados.

—Ven, siéntate aquí, déjame ver.

Con sus manos unidas, metidas cada una dentro de la otra manga de su atuendo hanfu, entrecruzadas a modo que ninguna de las dos se veía, el hombre observó las estanterías y fue directo a un libro en particular. Lo tomó, lo desató, desplegó con cuidado sus partes y lo abrió frente al joven.

—¿Qué es esto?

—El libro de las odas

—Pero esto es poesía.

—Confucio lo enseñaba.

—Pero yo no quiero saber poesía.

—Primero deberías preocuparte por no estar trabajando con tu padre, a partir de mañana vendrás sólo al medio día, a la hora del almuerzo.

—¿Y dónde almorzaré?

—No lo harás, el que estudia no come ni duerme, sólo estudia. —Siguió diciendo—: Además si desconoces la poesía no podrás entender nuestra historia, porque la poesía es parte de lo que somos, y somos un todo. Todo nuestro ser en un completo que se equilibra entre lo bello y lo feo, el bien y el mal, lo blanco y lo negro, el día y la noche, el frío y el calor. Cada cosa que sucede es consecuencia de la otra. Nada es un hecho aislado y todo lo que sucede de una u otra manera interviene en otra cosa. La poesía es parte de los adelantos tecnológicos también, así como de la historia de nuestra nación.

El joven se sentó frente al texto.

—Bien, me retiro, te dejo solo para que reflexiones. Hoy será la última vez que te acerques a esta hora para aprender, serás mi pupilo pero debes continuar con tu tarea con tu padre.

—Sí, maestro, lo haré.

El viejo maestro se retiró y se sentó en su patio en silencio. *Tal vez mi ex alumno quiera llegar a ser un funcionario público y por eso su avidez por aprender y su urgencia ante tal asunto, se dijo el anciano mientras meditaba.*

Llegar a ser funcionario del emperador era un trabajo arduo con exámenes muy exigentes que sólo pocos llegaban a aprobar. Los criterios aristocráticos hacía cientos de años que se utilizaban. Habían comenzado en la dinastía Han, y se habían puesto en marcha totalmente desde la dinastía Sui. El ministerio de ritos de la dinastía Tang había impuesto que el examen había que darlo en la capital como prueba de actitud pero la dinastía Song lo había abolido. El sistema de evaluación para llegar a cargos jerárquicos en el estado iba evolucionando y mejorando continuamente y ahora, en la dinastía Qing, por primera vez, era una prueba por mérito.

Las posibilidades de acceder de Lin Hie serán altas, su maestro sabía de sus capacidades de estudio, puesto que como alumno ya lo había demostrado. ¿Pero sería ese su objetivo...?

También era consciente que su estatus social le haría difícil llegar hasta la corte del emperador. Si bien la familia estaba acomodada económicamente, no era condición absoluta para que fuera visto con buenos ojos.

Luego de dos horas de lectura el maestro se acercó y le advirtió:

—Bien, ve con tu padre ahora y trabaja con él hasta muy tarde para recompensar tu ausencia, mañana hablaremos sobre lo que has leído y reflexionaremos sobre el tema... Una pregunta, ¿cuál de los cánticos te ha gustado más?

—Todos, maestro.

—Dime uno.

—“Las langostas”.

—Um... —El maestro comenzó a recitarlo:

*Densa nube de aladas langostas.*

*Vuestra descendencia será innumerable.*

*Nube inmensa de aladas langostas.*

*Vuestra descendencia será interminable.*

*Muchedumbre reunida de aladas langostas.*

*Vuestra descendencia vivirá siempre bien avenida.*

Lin Hie sonrió:

—Maestro, no pienso casarme ni tener hijos...

—¿Y quién habla de hijos...? Tal vez las langostas son ideas que se multiplican en la mente del pueblo... Ahora vete.

El joven salió hacia la calle, tuvo el impulso de correr hasta su casa pero no pudo, caminó pensando en la multiplicación de una idea como si fuera una langosta.

Cuando llegó a su casa imaginó una reprimenda por parte de su padre, por eso entró sin hacer ruido. Llegó por la puerta trasera del taller, se sentó en su sitio sin decir nada, tomó una de las piezas y se dispuso a trabajar. El padre inmutable, de espalda frente a la ventana, no pareció darse cuenta de la llegada de su hijo.

Lin Hie tenía hambre pero lo disimulaba y no había entrado a su casa para comer algo. Luego de media hora el padre se levantó, su hijo ni se atrevió a levantar la vista, continuó con su trabajo. Al pasar cerca del hijo se detuvo, no bajó la vista ni lo miró, tampoco se agachó, pero en voz baja, para que lo escuchara sin interrumpir al resto de los trabajadores, le dijo:

—Todo conocimiento adquirido debe ponerse en práctica. Es egoísta tener conocimiento y no aplicarlo ni compartirlo. Es como tener una pintura hermosa escondida y solo verla tú. Debes ponerla en tu casa en un lugar visible, no para alardear de que la tienes, sólo para compartir su belleza con los que te visiten.

El joven no respondió, bajó la cabeza avergonzado. Continuó su trabajo pensando en que el tiempo se apresurara para ir a ver a su amigo en la noche.

Entonces el padre agregó:

—Ve y come algo, sin fuerzas no puedes trabajar.

Pero Lin Hie no lo hizo, se quedó hasta pasada la medianoche recuperando el tiempo que había utilizado con su maestro.

Así fue que a la mañana siguiente trabajó como siempre, al medio día, sin antes comer algo, fue hasta la casa del maestro para leer y debatir lo leído el día anterior.

Con cada lectura se abría un mundo de más preguntas, la avidéz por saber más se hacía insaciable. En uno de los encuentros el maestro le preguntó:

—Lin Hie, cuéntame de las dinastías, háblame de ellas. ¿Cuál crees que pudo sortear mejor los conflictos que le sucedieron?

—Xia, Shang, Zhou, Qin, Han, (tres reinos), Jin, (dieciséis reinos), del norte, del sur, este y oeste, Sui, Tang, diez reinos, Liao, Song, Xia occidentales, Jin, Yuan, Ming y Qing en la que vivimos...

El maestro lo quedó mirando.

—No estás en la escuela, no necesito que las recites de memoria.

—Perdón, maestro. Ming fue la más poderosa, la Tang la de mayor paz —se quedó mirando al maestro, esperando una respuesta satisfactoria y de aprobación.

—Has dado solamente una opinión, sin fundamentación verdadera y comprobable alguna. Las opiniones son sólo vanas, no son datos fehacientes que no admiten debate. El conocimiento es la herramienta de lo estrictamente real por más que no te guste ni estés de acuerdo. Pero ante cada palabra que digas debes tener el debido fundamento basado en varios conocimientos y comparaciones. —Y así comenzó a contarle—: Estamos en tiempos convulsionados, así como fuimos invadidos por los mogoles en 1271 por Kublai kan, y hoy somos parte de una misma nación, todo occidente nos quiere desgarrar como los lobos a la carne de su presa aún viva. En la India del reino de Akbar se instalaron los occidentales en 1556, según su forma de contar los años. Debemos reconocer que somos parte de un todo junto a ellos que han sabido conquistar un vasto territorio... Los británicos y franceses se odian desde tiempos ancestrales pese a que son parientes, y han estado en guerra desde 1337, sin embargo se han unido para atacar India en 1744.

—Los portugueses están en Macao desde 1513 —respondió Lin hie y agregó—: Aunque los británicos ya los han quitado del medio —dijo tratando de demostrar que sabía del tema.

—¿Tú sabes acaso que nuestro emperador trató de impedir la venta ilegal del opio en 1834? —interrumpió el maestro la clase memorizada de su aprendiz sin dar crédito a lo acotado por el joven—. El emperador Daoguang no se equivoca y debemos ayudarlo...

—¿Cómo sabe tanto de ellos maestro?

—Ser un anciano no te habilita a tener más derecho ni te hace más sabio. Pero si has aprovechado toda tu vida para estudiar y has complementado ese conocimiento con las luchas y con poder

conocer a la gente, eso te da más información. Pero viajar para sólo lograr un comercio no te deja ver la realidad de los pueblos ni conocer sus costumbres. Debes conocer a la gente común, no las grandes capitales: los pueblos. Debes conocer a los pobres del mundo, a la gente que los poderosos ocultan, el interior de las naciones. Ni siquiera debes ir, debes saber a quién preguntar. Eso me ha regalado los años que tengo en mi haber.

—Maestro, es mucha información.

—Si... y falta aún mucha más. Y... acaso te has contestado esa pregunta... ¿Por qué quieres aprender, cuál es el objetivo, a dónde quieres llegar?

—Maestro... quiero ayudar a nuestra nación —dijo el joven con idealismo y hasta un dejo de inocencia.

—Nuestra nación es rica y poderosa...

—Pero tenemos un mal adentro, una enfermedad que nos introdujeron. Una enfermedad que si se expande será como un animal que nos comerá las vísceras —respondió angustiado el muchacho.

—Sí, lo sé. Pero por más conocimiento y sabiduría que tengas, tu no podrás contra ello porque no depende de ti. Esas son políticas inherentes al emperador, sólo él puede contra ellos.

—Pero nosotros, el pueblo, los artesanos, los sabios como usted, los agricultores, los constructores de juncos, todos debemos detener este mal.

El maestro lo observó largamente.

—No creo que sea buena idea que sigas visitando mi casa...

El joven lo quedó mirando, luego le dijo:

—Todavía no le fundamenté por qué nombre la dinastía Ming y Tang...

El maestro sabía desde el primer día la tenacidad de su ex alumno, pero ahora descubría que además le sobraba vehemencia y con temor se dijo así mismo: *Hasta un dejo de idealismo como todo joven existe en su interior.*

—Ven siéntate y cuéntame tu justificación y argumentación de lo que has nombrado.

El joven de pronto se sintió examinado, toda su confianza se desvaneció en un instante ante la presencia y cuestionamiento de su maestro. No se sentó, se quedó callado y serio, la mente se

le puso en blanco, como le había sucedido más de una vez en la escuela. Pero esta vez sintió que este sin ser un examen escolar tenía más valor.

—La dinastía Tang tuvo como característica, tuvo... una emperatriz, Wu Zetian, la cual era legítima. Además contó con... un ejército totalmente profesional, controló varias regiones y la ruta de la seda tan preciada para China. Culturalmente influyó mucho en la región y Japón... Bien... en nuestro territorio éramos aproximadamente cincuenta millones de personas. Tuvo gran progreso y estabilidad... Hubo una rebelión de An Lushan que se proclamó emperador y fuera asesinado por su propio hijo. La rebelión fue suprimida aunque fue uno de los eventos más destructivos para nuestro país. Nuestros dos mayores poetas pertenecieron a esa dinastía, Li Bai y Du Fu, También nuestros pintores Han Gan y Zhang Xuan así como grandes escultores en madera. Además el budismo tuvo gran expansión, a pesar de ser perseguido.

Un silencio, el joven esperaba un gesto de aprobación.

—No me has dicho nada y repites palabras, pareces un niño dando un examen en sus inicios, no me has explicado los sucesos importantes políticos y las batallas. El por qué de las cosas... Vete, me has desilusionado, realmente pensé que eras digno de ser mi pupilo.

Lin Hie quedó desconcertado y avergonzado.

—Pero, maestro, aunque sea déjeme que le demuestre lo que leí sobre la dinastía Ming.

—Te escucho pero mi opinión no cambiará.

—Tras caer la dinastía mongol Yuan, llegó la dinastía Ming, que fue muy disciplinada. Se construyó una flota inmensa y un gran ejército. También la gran muralla y el gran canal son producto de esta dinastía. Tuvo un gran crecimiento agrícola producto de la construcción de varios caminos y un sistema de sociedad de comunidades rurales. Comerciamos con portugueses, somalíes, españoles y neerlandeses, entramos en un comercio mundial, y entró una gran cantidad de mineral plata...

—Basta, otra vez lo mismo. Sólo me repites lo que has leído, tú no has estudiado. No es lo mismo. Vete, llévate esto. —Con desprecio le entregó un par de libros debidamente encintados—.

Vuelve cuando hayas estudiado como lo que pretendes ser... –y tras un breve silencio agregó–: Espera, detente, ¿supongo recuerdas lo que sucedió en Pekín a finales del verano a principios de la dinastía Qing?

—Los manchúes incendiaron Pekín, entonces el emperador Kangxi nos prohibió el matrimonio con ellos, y... –respondió el joven apresurado.

—Algo importante que cambió a la sociedad de la capital... –lo interrumpió su maestro.

—No recuerdo... –se lamentó Lin Hie.

—El terremoto que mató a media ciudad.

—Ah... sí. Pero no entiendo...

—Después del terremoto la capital mejoró mil veces y así sucederá con nuestra nación. –terminó el anciano.

El joven se retiró más avergonzado y angustiado. *Yo no pretendo ser nada*, se dijo.

Al haber estado menos tiempo del que solía estar y sobrarle unos minutos antes de volver a su tarea en el taller del padre, se fue directamente a la casa de su amigo Tao. No estaba en su casa, pensó que podría estar en el río pescando, llegó hasta donde solía dejar el bote pero este estaba sobre la orilla sin señales de que su amigo hubiera andado por ahí.

—¿A quién buscas? –le preguntó un hombre que caminaba llevando unos cubos que colgaban de una caña de bambú que cruzaba sus hombros.

—A Tao, ¿lo ha visto?

—Todos saben dónde está ese holgazán. –Lin Hie se resintió ante el comentario inapropiado de ese hombre, había estado de más. Y si en tal caso fuese cierto, lejos estaría una persona de bien de hacer un comentario de esa índole frente a un desconocido. Tao no era ningún holgazán para Lin Hie—. En la casa de techo negro de aquí a la vuelta –dijo el transeúnte con un dejo de desprecio.

Lin Hie caminó ligero hasta el lugar, *mi amigo no es ningún vago* se decía, *por el contrario es muy trabajador e inteligente*. Hasta había diseñado un tipo de casco para que los botes fueran mucho más ligeros. Pero sabía que desde hacía un tiempo había descuidado su trabajo. Al llegar había un hombre en la puerta.

—Buenas tardes, ¿Tao se encuentra aquí?

—¿Qué quieres?

—Sólo hablar con él.

—Pasa pero vete rápido.

Al entrar una humareda hacía imposible distinguir a más de dos metros: era un fumadero de opio. Allá en un rincón se encontraba Tao, tirado en el piso junto a cuatro hombres más en su mismo estado. Se acercó a su amigo e intentó hablar con él. No lo consiguió. No lo reconocía ni reaccionaba, estaba totalmente ido.

—Las piernas, mis piernas se entumecen... —decía. Lo repetía una y otra vez. Las tenía entumecidas, rígidas—. Masajéame las piernas... —imploraba.

—Ven, salgamos.

—No puedo caminar, mis piernas.

—Vamos, yo te sacaré de aquí. —Insistía Lin Hie sin rendirse ante su amigo.

Al salir había dos hombres en la puerta.

—¿Dónde crees que vas?

—Me lo llevo, se siente mal.

Los dos tipos rieron.

—No puede irse, nos debe dinero.

—Mentira —dijo Tao balbuceando como pudo.

—Cállate, gusano inservible, me debes dinero y si no lo pagas, no sales vivo de aquí.

—Yo le pago —contestó Lin Hie, que contaba con dinero suficiente.

—Dame eso —respondió el hombre quitándole el dinero a Lin Hie y empujándolo, mientras Tao caía como un peso muerto sobre el suelo, golpeando su rostro—. Y ahora quítense de mi vista.

Tao continuaba en el piso sin siquiera saber quién era y balbuceaba palabras sin sentido.

Lin Hie intentaba sin éxito levantarse pero lo mantenían en el piso a la fuerza. Intentó entonces atacarlos pero entre los dos lo tomaron y lo llenaron de golpes, riendo. Nuevamente se levantó sin decir palabra ni gesto, con la cabeza gacha tomó a Tao. Lentamente se alejaron del lugar mientras se escuchaban las risotadas de fondo.

—Sin dinero no los queremos ver por aquí —dijo uno de ellos riendo más fuerte aún.

—No te puedo llevar así a tu casa —le dijo Lin Hie a Tao.

Caminando como podían fueron hasta el bote que se encontraba atracado en un muelle improvisado junto al juncal. Con cuidado y despacio Lin Hie recostó a su amigo.

—Masajéame las piernas, por favor....

—Sí... —Y así lo hizo con lástima, y resentimiento por lo que le sucedía a su amigo.

—Tengo sueño —dijo Tao.

—¿Cuánto dura esto...?

—Hasta la noche...

—Pero no puedo llevarte así ni quedarme a cuidarte.

—Déjame dormir...

Lin Hie acomodó a su amigo y lo cubrió con una tela gruesa y rota que usaban a veces a modo de vela para el bote.

—A la noche vuelvo para llevarte a tu casa.

Corrió hasta el taller, se lavó la cara en la fuente del fondo para que sus padres no advirtieran su rostro lastimado y con sangre.

Con la cabeza gacha fue directamente a su lugar de trabajo, de inmediato se puso a pintar con la cabeza mirando bien hacia abajo. Nadie se dio cuenta, ni su padre que en ningún momento se dio vuelta para siquiera mirarlo, ni los empleados que se encontraban trabajando en el lugar. Al llegar la hora de salida los artesanos se fueron retirando de a uno, aunque a Lin Hie, por haber llegado un rato más tarde, le quedaban algunas piezas por pintar. Su padre se levantó y caminó directamente hacia el ventanal sin mirar hacia donde se encontraba Lin Hie, en dirección a la puerta que daba al frente.

*Mejor que no me mire, se dijo Lin Hie, así no podrá ver mis lastimaduras.* Continuaba pintando contornos cuando sintió la mano de su padre en el hombro. Se dio vuelta, estaba con una vasija llena de agua con hojas de planta y una tela en la otra mano. Lo quedó mirando.

—Levanta bien la cabeza... —Apoyó la vasija plana y acercó un banco sentándose frente al hijo—. Quédate quieto, —y comenzó a curarlo—. ¿Con quién fue el altercado, acoso otros jóvenes?

Sabía que no le podía mentir a su padre, primero porque no concebía la mentira y por otro lado porque de una u otra manera se terminaría enterando.

—Es Tao, mi amigo.

—¿Qué le pasa, te has peleado con él?

—No, el fuma opio en una casa no muy lejos de aquí. Eso lo está enfermando, quise ir a buscarlo pero no lo querían dejar salir...

—Entonces tú les pagaste –lo interrumpió el padre– y como no les pareció suficiente intentaste hacer justicia y te lastimaron...

—Sí, pero no llegue a pegarles –respondió Lin Hie avergonzado y con la cabeza baja.

—Levanta la cabeza que todavía no terminé. Y., ¿qué dijeron los padres de Tao?. Los conozco, son gente muy mayor, muy buena y trabajadora.

—No lo quise llevar así, en ese estado y lo dejé dentro del bote cubierto con parte de una vieja vela rota.

—Pues vamos a ver como se encuentra. Y no pienses que esto lo va a enfermar, él ya está enfermo...

—Pero, padre...

—Cállate y vamos que podría ser mi hijo.

Al llegar, el muchacho todavía estaba dormido, el padre de Lin Hie lo despertó y Tao al reaccionar, intentó levantarse.

—Quédate ahí, vamos a mi casa, te bañarás, limpiarás y te pondrás digno para enfrentar a tus padres. Has perdido el honor, los estás avergonzando, no eres digno de ellos y debes revertir esta situación, ni siquiera eres digno de la amistad de mi hijo –dijo sereno y lapidario el padre de Lin Hie.

Tao no supo que decir, tampoco podía hablar demasiado. Lin Hie y su padre decidieron llevarlo hasta su casa para que se higienice y se prepare afrontar de forma decorosa a su familia. Para evitar pasar frente al fumadero hicieron todo un rodeo.

Al llegar a la casa de Lin Hie lo ayudaron a cambiarse.

—No puedo ir a mi casa –dijo Tao, un poco más recuperado, mientras Lin Hie lo ayudaba a componerse con unas prendas que le había prestado.

—Lo debes hacer –respondió imponiéndose el padre de Lin Hie–, es tu deber. O yo hablo con ellos...

La madre de Lin Hie le alcanzó un té de hierbas medicinales para que se sintiera mejor y recobrará un poco la compostura.

Al salir a la calle Tao comentó:

—No vayamos por la calle del río hasta mi casa.

—Cierto, pasaríamos por la casa donde te fui a buscar.

—Sí, pero además les debo dinero a unos que andan siempre por esa calle.

—¿Cómo que debes dinero? Si ya les pagué.

—Sí, pero es poco, mañana se los pagaré. Hoy estoy cansado.

—¿Y tu trabajo en el astillero?

—Hoy no fui —respondió Tao.

—Pídele trabajo a mi padre —dijo Lin Hie mirando a su padre en tono de súplica—. Él te ayudaría y te enseñaría el oficio.

—Sí, yo puedo ayudarte, aunque tengo entendido que eres un excelente carpintero de ribera.

—No, no, gracias. Estoy bien en el astillero, quiero volver. Es pequeño, no se hacen grandes embarcaciones, pero es un buen trabajo.

—Tú eres muy bueno en eso. Si te sigues perfeccionando un día puedes trabajar en un gran astillero y llegar a ser jefe. Pero debes trabajar arduamente —le respondió el padre de Lin Hie.

—Hoy no me sentía bien, pero no pasa nada, mi tío es el dueño. Seguro me regañará pero le diré que tuve que cuidar a mi madre, que es su hermana. De hecho está enferma y mi padre es muy anciano y ya no tiene fuerzas, y mi hermana acaba de tener un hijo. No soy digno de ellos, debería cuidarlos como es nuestro deber.

—Oh... tienes un nuevo sobrino —exclamó el padre de Lin Hie.

—Sí...

Dieron toda una vuelta prolongada por donde habían venido. Lo acompañaron hasta la puerta y volvieron corriendo hasta la suya para no atrasarse con la tarea pendiente.

Al verlos llegar la madre de Lin Hie que estaba preocupada los esperaba en la puerta. Preguntó si lo habían dejado bien en su casa, quería quedarse tranquila que Tao hubiera llegado en condiciones. Si bien los padres de Lin Hie no eran amigos de los padres de Tao y no eran vecinos cercanos, se conocían. E igualmente sentían la responsabilidad por el sólo hecho de que fuera amigo de su hijo y saber que tenía padres muy ancianos.

Corría el año occidental 1839 y poco a poco crecía el taller del padre de Lin Hie, mientras tanto Tao no terminaba de recuperarse. Por algunos meses parecía que mejoraba pero en un instante sufría recaídas abruptas. Su aspecto se iba deteriorando, su rostro se iba desfigurando y poniendo anguloso. En el pequeño astillero no respondía, se lastimaba, llegaba tarde, faltaba y estaba disperso e irascible.

Lin Hie intentaba ayudarlo, no olvidaba que su padre le había dicho del viejo militar médico al que podía llevarlo, sin embargo Tao no permitía ningún tipo de ayuda.

Como cada día Lin Hie volvía una y otra vez a las clases con su maestro. Regresando de una de ellas vió a su padre charlando con un hombre que no conocía. Se encontraban parados dialogando animosamente en la puerta de su casa. Le fue extraño porque su padre en muy contadas ocasiones dejaba de trabajar para charlar con alguna persona y menos extraña.

Se acercó lentamente para poder lograr escuchar el diálogo pero al percatarse de la presencia del joven se saludaron y rápidamente su padre entró al taller. Se lo notaba apesadumbrado, se acomodó en su lugar de siempre y se dispuso a trabajar. Uno de los artesanos, el más viejo, se acercó y le habló en voz baja, a lo que el padre de Lin Hie asintió. Ambos se miraron conmovidos.

Lin Hie se acercó al padre con curiosidad.

—Padre, ¿qué sucede?

—Han asesinado a un hombre y debes tener mucho cuidado, las cosas no se van a poner bien.

—¿A quién, lo conozco, dónde?

—No, no aquí, era un campesino de nombre Lin Weixi, de una cercana aldea de Tsim Sha Tsui.

—¿Pero quienes?

—Británicos y estadounidenses borrachos lo golpearon hasta matarlo.

—¿Por qué?

—Sin motivo alguno. Fue en la cercanía de la península de Kowloon.

—Pero no entiendo...

—No estaban en su sano juicio. Y para ellos nosotros somos escoria...

Lin Hie se acomodó en su lugar de trabajo, no podía concentrarse en su arte de pintura sobre la vasija de porcelana que tenía en sus manos. Miraba a su alrededor, se preguntaba si ese hecho sería tan grave o su padre exageraba.

Pero sabía que el padre analizaba muy bien las cosas y temió por su familia y por las consecuencias que esto traería al negocio. Ansioso quería que ya fuera el mediodía del día siguiente para charlar con su maestro sobre los hechos ocurridos. Tal vez él sabría algo, aunque nunca se había metido en política y que él supiera hacía años que no viajaba. De hecho no sabía por qué lugares había andado, sólo que sabía de tierras y costumbres distantes. Tampoco conocía demasiado de su vida privada y pasada. Lo había conocido de viejo y como maestro. Seguramente tendría que recalar en otros sitios para averiguar a ciencia cierta lo sucedido, los por qué y las consecuencias de esta tragedia, y que traspíe le podría traer a la nación.

Así fue como al día siguiente se fue al encuentro de su maestro.

—Buen día. Llegas temprano y tienes transpirado el rostro. Has venido corriendo.

—Sí, maestro. Es que estoy preocupado y tengo dudas.

—¿Con respecto a qué?

—¿Usted sabe que asesinaron a un campesino cerca de la aldea de Tsim Sha Tsui?

El maestro se quedó callado y con gesto de preocupación. Puso sus manos entrecruzadas bajo su pecho. —Ven, vamos a caminar mientras charlamos.

—No quiero molestarlo con esto. Sé que no son temas que le interesen, usted no tiene nada que ver con esto y tal vez... no sé...

—Te advertí que no adelantes tus conclusiones, no te apresures en juzgar ni en emitir opiniones —le dijo el maestro en voz baja.

Lin Hie se quedó callado, esperando, pero el maestro se hizo esperar aún más para probar la paciencia y amenguar la ansiedad de su discípulo. Caminaron hasta el jardín. La casa era parecida a la del padre de Lin Hie, dispuesta de la misma forma pero mucho más pequeña y humilde en su decoración. Lin Hie sólo había pasado una vez al jardín, sentía que era un honor que su maestro le permitiera acceder a la intimidad de su hogar, en las habitaciones privadas del fondo.

Era un gran jardín, se podían apreciar algunas partes con tierra y otras con piedras. Llegaron hasta el fondo donde había más vegetación, plantas y pequeños árboles frutales. Caminaban despacio. El maestro se detuvo y miró al joven aprendiz.

—En el año occidental de 1729 el emperador Yong-Tcheg advirtiendo los desmanes del opio sobre la población y lo prohibió. También continuó con esta postura el anterior emperador Jiaqing... —hizo un silencio—. Y sí..., me enteré de esta desgracia, un pobre inocente ha muerto en manos de asesinos insensibles y violentos. Han profanado la vida de un hombre desarmado en inferioridad de condiciones sin medir las consecuencias, sin siquiera preguntarse si era padre de familia, si dejó a una esposa, hijos y padres que cuidar.

Hizo otro silencio y se quedó mirando al joven esperando un comentario.

—Mi padre está muy preocupado, es la primera vez que lo veo así —comentó el joven discípulo.

—Y tiene razón para estarlo, más en su posición, ya que su mercadería es adquirida por los británicos. ¿Pero solo eso te preocupa? ¿Acaso no la vida de un ser humano? —dijo en tono acusatorio el maestro.

—Sí, maestro, por supuesto —respondió Lin Hie con tono de disculpa.

—Las noticias no llegan rápido, algunas personas recién se están enterando. Eso es un verdadero problema, la comunidad debe enterarse de los hechos mucho más rápido.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó ahora Lin Hie.

—Lo sé desde hace días. No quise dártelo a conocer, no me pareció prudente, creí más conveniente que la gente se enterase por los medios oficiales. El comisario imperial seguro lo iba hacer saber.

—¿Y cómo se enteró? Disculpe mi atrevimiento y curiosidad.

—No, no te disculpo. Pero recuerda que tener amigos en el lugar correcto abre caminos en forma de abanico. Y además recuerda siempre que la información veraz es poder, porque el conocimiento es poder, aunque no lo requieras. —Y tras un silencio agregó—: Mi estimado Lin Hie, todos estos son sucesos que se van dando, parecieran adrede y de forma escalonada, pero sólo son

eventos fortuitos muy convenientes... y que en tal caso se desarrollan sin tener demasiada relación pero si se analizan minuciosamente se puede advertir un mal final...

—¿Y se hará justicia?

—El comisario imperial Lin Hse Tsu impuso un castigo para los asesinos de este buen hombre. El comisario es un hombre de gran experiencia, fue supervisor de la sal y supervisor general del Río Amarillo. Igualmente los británicos han hecho caso omiso a las órdenes del comisario imperial, no fueron escuchadas ni llevadas a cabo. Se han burlado de él y de nuestra nación... ha sido un acto que deshonra a nuestro pueblo.

El viejo maestro comenzó a caminar lentamente otra vez entre las flores y plantas que se encontraban alrededor de ellos. Esperaba una reflexión de su joven aprendiz pero él caminaba junto al maestro mirando hacia abajo y con el ceño fruncido.

—A partir de mañana, antes de comenzar con tus clases, intensificaremos tus prácticas de defensa.

—Pero he practicado en la escuela, tuve grandes maestros y sé defenderme muy bien. Además de las que me viene brindando usted.

—Seguro que sí, pero tal vez te falte aprender a atacar y no sólo a defenderte... —Hubo un silencio—. Te vaticino un futuro promisorio de viajes y diálogos extensos. En mi mente te veo enseñando. No hace falta ni ser líder ni ser maestro para enseñar y mostrar. No hace falta ser médico para salvar una vida ante un accidente, simplemente hay que saber qué hacer.

—No conozco nada, maestro, sólo lo que he leído —contestó disculpándose Lin Hie.

—¿Y quién dijo que para conocer un lugar debes haber estado ahí? —replicó el maestro—. Basta con leer muy bien sobre ese sitio, informarte de toda fuente no sólo de una. No es necesario viajar para conocer. Hay gente que ha viajado mucho y no conoce nada. Hay lugares peligrosos. Tal vez un día te encuentres ayudando a alguien y dos hombres te ataquen, en un caso como ese debes tener en cuenta otras estrategias de lucha para salvaguardar tu vida.

Lin Hie no lo miró pero se preguntó si el anciano sabría lo sucedido con Tao en la casa negra, y de su progresivo deterioro. No quería hablarle de él, sentía que no era asunto del maestro.

—En muchos casos se necesita mucha más astucia y determinación. Defenderse es instintivo, puedes hacerlo bien o mal. Atacar, debes saber cómo. Se necesita de una planificación y un convencimiento emocional y espiritual.

Volvieron a caminar en silencio lentamente entre flores y árboles de una altura no mayor a tres metros.

—Cuéntame minuciosamente como es el arte de la porcelana que tu padre fabrica en su taller. Nunca lo has hecho. Quiero aprender.

—¿Qué tiene que ver, maestro, con esto?

—Hoy es día de que yo no enseñe, hoy es día de que cobre mis honorarios, y los míos pues son estos. Quiero aprender, así que te escucho.

El joven dudó por un momento pero era imposible desobedecer al maestro, además la curiosidad por saber el por qué era muy fuerte.

—Bueno, mi padre compra distintos tipos de tierras. Cuarzo, arcilla, caolín... bueno y arena. Luego mi padre es quien las diseña con uno de los artesanos, con sus manos les da la forma, el tamaño...

—No temas –dijo sonriendo el maestro–, no voy a robarle a tu padre la fórmula de su mezcla.

Lin Hie lo observó con disimulo, avergonzado, y continuó.

—Luego se colocan en el horno...

—No, sé más específico, ¿cómo es la máquina, como se da la forma?

—Bien, es un plato de madera donde se coloca la mezcla de los polvos, previamente se mezclan y se forma una especie de masa, mucho no puedo decir sobre esto, es un secreto familiar.

—Sí, sí... lo entiendo.

—Esa máquina se gira con los pies, se da la forma, luego va al horno. Otras directamente se pintan.

—¿Y cómo es el horno?

—Entran varios platos, muchos platos, tazas, vasijas, jarrones... Es muy grande de piedra y barro con tierras especiales.

Tras un silencio, el maestro nuevamente detuvo el paso y lo observó largamente descolocando a su pupilo y hasta poniendo más distancia en ese infranqueable trayecto generacional.

—Me das la lección mal, no me enseñas, todo superficial. No me has dicho cuántos artesanos hay, cuánto mide el horno y el taller, si trabajan parados o sentados. Me explicas como estudias, sin detalles que son los más importantes y los que debes con más atención observar, todo por arriba, sin pormenores. Me tendrías que haber indicado que para aprender debo practicar, ir a trabajar con ustedes... Enseñar es la suma de los oficios, de los saberes, si le enseñas a alguien algo no debes guardarte nada, debes explicar hasta el último detalle. —Por último le dijo—: Vete, mañana comenzaremos con las lecciones de defensa.

Lin Hie se quedó callado, no sabía qué esperaba el maestro de él.

—¿Practicaremos Wushu? —preguntó como para salir de la situación fastidiosa.

—Sólo el Kung-fu tradicional pero como yo te lo enseñaré.

Se retiró y al llegar a su casa por primera vez en su vida la observó con detenimiento: la fábrica de su padre, la entrada, el lugar de venta al público, todo. Sabía cómo era pero nunca se había fijado en ella con detenimiento, era tan común para él estar ahí, que lo habitual y cotidiano lo había enceguecido. Sintió que si la debiera describir o dibujar perdería valiosos detalles. De pronto tomó la verdadera importancia de la fábrica de su padre.

En un barco anclado en la entrada del puerto de Cantón dos oficiales miraban desde la borda hacia la orilla.

—Me enteré que llegó el comandante Elliot. ¿Crees que solucionará algo?

—No me interesa quien sea pero estamos aquí quietos sin víveres y sin poder entregar el opio. Estos ignorantes primitivos no nos pueden hacer esto. ¿Quiénes son ellos para prohibirnos algo a nosotros?

En un despacho de la casona de la comandancia británica en Cantón, dos hombres hablaban efusivamente,

—A ver, señor Elliot, no estamos para perder más tiempo, las cosas se están complicando. Estos estúpidos de los estadounidenses mataron a un campesino y eso puede traernos algunos problemas.

—A mí no me venga con órdenes... —replicó Elliot.

—No le doy órdenes pero no se olvide que usted no está en posición de volverse a equivocar. Ya fue degradado una vez. Además me enteré que sus marineros estuvieron involucrados en ese accidente.

—Los estadounidenses comenzaron, por otro lado le aviso que ya indemniqué a la familia. Lo que no hice ni voy hacer de ninguna manera es entregar a las autoridades chinas a mis marineros.

—A nosotros no nos interesan sus problemas ni cómo los soluciona. Usted se arreglará cuando vuelva a Gran Bretaña con su Majestad, la nueva Reina. Pero que le quede claro, debemos entregar estos cargamentos ya, sin más pérdida de tiempo. Por su incompetencia estos estúpidos nos quitaron los obreros para descargar la mercadería. Y nos están negando los víveres, si esto llega a Londres será un escándalo.

Elliot miraba al hombre, sabía que tenía amigos en común con la Reina. Si fuera por él ya lo habría sacado a los puñetazos pero se detuvo, no le convenía. Sus intereses eran mucho más grandes de lo que podían llegar a sospechar en el propio Londres.

—Escuche bien, Elliot, tenemos todos los barcos con las bodegas llenas del cargamento, necesitamos urgente el dinero de los chinos. No podemos seguir enviando plata a esta gente, es imposible seguir pagando por la seda, té y porcelana.

El hombre se levantó, dio la vuelta y salió de la oficina pegando un portazo.

Charles Elliot se quedó sentado en su sillón mirando los papeles que tenía enfrente, en su escritorio. *Maldito estúpido venir a hablarme así de esa manera, le voy hacer tragar las palabras. Estos malditos chinos me la van a pagar.*

El hombre bajó las escaleras, otro lo esperaba inquieto junto al último escalón.

—¿Y... qué dijo, qué va hacer? —le preguntó.

—No me interesa que haga pero debe solucionarlo ya. Ya le dije que haremos llegar a la misma Reina que esto se está poniendo difícil. Estos malditos chinos no saben con quién están tratando. Si Elliot no hace nada en cuarenta y ocho horas nosotros arreglaremos el problema.

Al otro día, Lin Hie salió apresurado hacia la casa de su maestro pero antes pensaba pasar por el pequeño astillero para ver a su amigo. Al llegar el tío le dijo que ni ese día ni el anterior Tao se había presentado a trabajar.

Preocupado fue hasta la casa del maestro, éste lo estaba esperando en el jardín bebiendo baijiu (comúnmente llamado shaojiu), un vino de mijo, mezcla de arroz, mijo y salvado. Lo bebía suavemente mientras disfrutaba de su aroma que se hacía más profundo a unos 30° C.

—Buenos días, maestro, otra vez lo interrumpo con mis preocupaciones.

—Bien, siéntate y relájate, comenzaremos con una meditación que supongo hace mucho que no haces.

—No encontré a mi amigo, hace dos días que no va a trabajar.

—Hay tres problemas en tu amigo, como en los tres reinos. Cao Cao, Liu Dei y Sun Qua que actúan dentro de una misma región, en este caso, su cuerpo. Por un lado tenemos su mente que no es capaz de dominar a su cuerpo, su cuerpo que está enfermo y su espíritu que no es capaz de conciliar pensamiento con viseras. Meditemos en ello para idear una estrategia.

Luego de media hora de relajación el maestro le entregó una vara de caña y le dijo que lo atacara.

El joven sonrió:

—Maestro, usted es un anciano, no quisiera...

—Vamos, inténtalo.

Lin Hie fue lento y cuidadoso de sus movimientos para no lastimar a su maestro pero apenas este se acercó, sin darse cuenta cómo, ya estaba en el piso y con el filo de la caña apuntándole a los ojos.

Se quedó tieso, se paró de inmediato y con más ímpetu quiso atacarlo, esta vez el maestro fue más agresivo y le pegó dos golpes antes de derribarlo. Cuando Lin Hie quiso levantarse, lo volvió a atacar.

—En una batalla con gente que te quiere matar no encontrarás honor... —dijo el maestro. Y agregó—: mis enseñanzas debes ubicarlas en nuestro calendario pero también en el de ellos. Debes aprender su instinto y todos los nuestros que puedas. Debes conocer nuestra

cultura y la de ellos, como también sus ciencias. Si no los conoces bien, prejuzgarás y no entenderás su filosofía de vida, su sociedad, sus creencias. —Y volviendo a Tao dijo—: Tu amigo está enfermo y la enfermedad fue a él. Debes conocer la causa de la enfermedad. Sus valores y bajezas. Siempre que te enseñe algo histórico, ubícalo paralelamente en los dos tiempos, el nuestro y el de ellos.

El maestro detuvo la demostración. Le entregó unos libros doblados y atados con figuras.

—Practica esto para mañana porque seré mucho más duro que hoy contigo... Ahora siéntate y escúchame bien lo que te voy a contar. Es lo que has leído en los libros pero te lo debo explicar, a veces la lectura no es suficiente para comprender la verdadera veracidad de los hechos. Mi tarea como maestro es esa, que no te quedes solamente con entender lo que lees, sino comprender que no es lo mismo... Esta sustancia que tantos problemas está trayendo ya la conocían hombres del oeste, una nación llamada Grecia, ellos le decían adormidera y la utilizaban con mucho cuidado. Te hablo de mucho tiempo atrás, durante la dinastía Xia. ¿Recuerdas la ruta de la seda?

—Sí...

—Bien, esa ruta comenzó por tierra y luego por mar. Antiguamente solo les vendíamos especias a las naciones del oeste. Y ellos no tenían nada para vendernos, desde tiempos ancestrales es así. Nosotros no necesitamos nada de ellos, además ellos en verdad no tienen nada para ofrecernos. Esta sustancia comenzó con la producción en algunas regiones, a india entre ellas, y una nación lejana llamada Persia, y un gran imperio, el Otomano. Nosotros producimos muy poco y fue mucho después, hace solamente cuatrocientos años, en cambio en la India cien años antes ya era una producción masiva. Al principio los mongoles nos la vendían a nosotros.

En la mayoría de los casos en China la utilizábamos como medicamento pero hubo otras personas que no, que vieron en ella entretenimiento, olvido de sus problemas, euforia... Pero todo es ficticio. No sabes quién eres ni cómo actúas, no eres tú.

—Sí, lo sé. He visto a mi amigo —respondió Lin Hie.

—Y no has visto nada. Debes lograr en tu amigo que su espíritu, pensamiento y vísceras se unan para ganar esa batalla. Como

hicieron los tres reinos para conquistar la región del norte. Unidos y en perfecto equilibrio. —Se tomó un momento y luego continuó—: Los españoles la comenzaron a mezclar con tabaco y aspirarla. El tabaco no se conocía ni aquí, ni en el oeste. Proviene de tierras muy lejanas que sólo una vez visité. Ellos en realidad la usaron poco pero la introdujeron en Filipinas hace unos trescientos años. Como verás esto que tanto te preocupa es un tema viejo, muy viejo...

—Maestro, mucho de lo que usted dice no está en los libros. ¿Usted viajó mucho y es tan viejo?

El maestro rio:

—Sí, soy mucho más viejo de lo que crees, pero no he vivido todo lo que te cuento. Lo que sí, he viajado pero también he leído, me he instruido. Conozco toda nuestra nación, Europa, la tierra de los negros que los europeos esclavizan, la tierra de los indios y obviamente la tierras del sur de animales raros.

Luego de un momento de reflexión volvió a su historia.

—Por eso conozco sus costumbres, algo de sus idiomas, su calendario... Pero la gran producción, comercialización, distribución, tráfico y contrabando comenzó cuando los británicos echaron a los portugueses de Macao y a los holandeses de Bengala. De esa forma suplantaron a los mongoles y se dedicaron por completo a fabricar opio. Hasta hace cien años estaba controlado pero desde que los ingleses comenzaron a traer la sustancia de la india fue cada vez mayor la cantidad. Porque no es únicamente por los puertas que la hacen entrar, sino también lo hacen de contrabando por pequeños botes sin que nadie se entere. Entran por las ventanas...

—¿Pero cómo les pagan?

—No entiendes Lin Hie, esas pequeñas cantidades no las cobran, no les interesa perder ese poco dinero, para ellos es una inversión porque la regalan para que nuestra nación se infecte por dentro. Una vez que estamos infectados es muy difícil curarse, la necesidad que provoca el consumo es tanta que después la terminan comprando a cualquier precio. Es decir que lo que hacen es enfermarnos para que luego la necesitemos y así dependamos de ellos.

—¿Y que logran? —preguntó Lin Hie.

—Ellos nos pagan nuestra porcelana, té, seda y especias con plata, al aumentar la cantidad de la sustancia termina habiendo un

trueque. Nuestra porcelana, seda y especias en el oeste tiene un gran valor, los que se dedican al transporte y venta son comerciantes con mucho dinero, por eso el gobierno de ellos está tan interesado en que esto continúe de esta manera. Lo que nosotros le vendemos a un precio justo ellos lo cuadriplican, se estafan entre ellos mismos...

—¿Y que tiene que ver todo esto con la muerte del campesino? —dijo desconcertado Lin Hie.

—Muerte no, asesinato. No te dejes convencer por lo que te hacen llegar. Ellos quieren minimizar el asunto, mienten y engañan vilmente. Fue un asesinato cruel y sin sentido a un hombre pobre y desprotegido. —El maestro continuó—: Nuestro emperador Daoguang hace ya bastante tiempo prohibió el uso de esta sustancia. Mandó al comisario general Lin Hse Tsu a detener por completo el comercio de opio. Y ha hecho un gran trabajo. —El maestro contaba la historia pausada, como en un cuento siniestro y horroroso.

—Algo me comentó mi padre. ¿Y maestro... está bien prohibir el consumo de algo?

—El pueblo debe tener libertad para elegir pero los responsables del pueblo deben velar por su salud, bienestar y progreso. Muchas veces la gente no tiene acceso a toda la información o no se da cuenta. Por eso hay que lograr conocimiento en el pueblo.

—Pero el pueblo debe poder elegir —insistió Lin Hie.

—Sí pero si la sustancia pone en peligro a otros pares porque quien la consume no es consciente de lo que hace, sería un peligro para el resto de los ciudadanos, la nación no debe proteger sólo la libertad de quien lo consume, sino la vida del par, del semejante, de su vecino. Y esta gente por el exceso de consumo no solo pone en riesgo su vida sino que pone en riesgo la vida del otro.

—¿Nuestros productos viajan directamente a Europa? —preguntó ahora Lin Hie intentando entender la encrucijada trama.

—No, es un largo y complejo viaje que yo he realizado con ellos. La mercadería se transporta por barco, por la compañía británica de las indias y por el Galeón de Manila, que viajan desde ese puerto al puerto de Nueva España en el continente americano. Esas naves viajan por el gran océano del este... Nuestros productos llegan principalmente a Gran Bretaña y parte a la nueva nación

Estados Unidos. En esos dos puertos se cobra la mercadería y con estas ganancias van a la india a comprar más de la sustancia para luego traerla aquí. Parte de ella por el puerto y parte por contrabando. Como te darás cuenta es una gran circunferencia cerrada que gira constantemente y los únicos que están dispuestos a detenerlo son nuestro Emperador y nuestro Comisario.

El joven se quedó meditando y tratando de entender el complejo e intrincado viaje de la flor, el proceso, transporte y comercio.

—Bien por hoy es suficiente, estoy cansado y necesito dormir un rato. Ve a la casa de tu amigo, sé cauto, no asustes a la familia. Sea cual sea la respuesta vuelve a tu casa y trabaja con tu familia. Mañana veremos. Temprano comenzaremos a estudiar otros dialectos, aunque realmente en ese tema eres muy mal alumno, tal vez algún día debas viajar, en nuestra nación se hablan muy diferentes lenguas. No sé cómo te arreglarás si debes hacerlo.

—No quiero viajar maestro, me gusta aquí —dijo Lin Hie.

—No es lo que quiere uno, es lo que está predeterminado. Existen fuerzas universales que manejan el futuro más allá de la determinación de cada uno. Según el budismo hay un amor o un camino predestinado. Yo no leo el futuro como hacían algunos ancestros pero es evidente que tu futuro no lo podrás evitar... Detrás del yuanfen se encuentran el karma de las acciones en las reencarnaciones. —Volví a hacer un silencio y agregó—. Tú decides, puedes cambiar algunas cosas pero no todo. Mucho ya está escrito y lo harás sin darte cuenta, sin saber por qué y cómo has llegado a ese momento y lugar.

Otro silencio, Lin Hie lo miraba fijo. Luego de un instante dijo:

—Maestro, una última pregunta. ¿Cómo hizo para viajar tanto?

—Ya te dije, no viajé tanto como debería haberlo hecho. No todo fue por placer o de puro aventurero, más adelante te contaré. Por ahora no es momento ni lo entenderías.

## **LONDRES**

En horas de la tarde, el lord Edward Smith-Stanley, miembro de la cámara de los comunes, sentado frente a un gran escritorio recibe a uno de los dueños de los barcos de transporte y comercio de opio. Empresario de aparente buena relación con los capitanes españoles de la empresa Galeón de Manila.

—Mi Lord, la situación en el puerto de Cantón es insostenible. Los chinos mandaron incautar toda la mercadería y han prohibido el comercio de opio.

—Dígame algo que no sepa, capitán. La Reina ha recibido una carta de un tal Lin Hse Tsu. Le han comunicado que es una especie de comisario o algo así.

—¿Una carta? —preguntó sorprendido el capitán.

—Si, solicitando se respeten las reglas de comercio internacional, advirtiéndonos que no comerciarían sustancias tóxicas. Que se cree el muy estúpido, advertirnos... a nosotros. ¿Pero quién se piensa que es? —terminó con gesto de burla.

—¿Qué dice la carta?

—Dicen que hay malhechores que fabrican opio y lo llevan a su país. —El capitán rió—. No me interrumpa. Dicen que el vicio se ha extendido, que es un veneno, bla, bla, bla... Pero eso no es lo más irrisorio y preocupante, nos dicen que han decidido castigar a mercaderes y consumidores para poner fin al vicio. Y que quemaran, destruirán e incendiarán a los barcos que lleguen con opio a sus puertos. ¡Nos están amenazando! ¡A nosotros nadie nos amenaza! —exclamó Smith.

—Disculpe, lord... .

—No lo disculpo nada, Elliot sabe muy bien lo que tiene que hacer. Sabe que debe terminar con este contratiempo de forma urgente. No tiene opción.

—Lo que sucede es que nos han impedido desembarcar los suministros de uno de nuestros barcos en Kowloon, no sé si se enteró de eso...

—Ya lo sé todo, no sea impertinente. Y también estoy al tanto de los dos barcos que iban de Singapur a Cantón. Tampoco pudieron desembarcar. Y estos no son mis temas... por ahora...

—Tenía entendido que esos dos barcos nada tenían que ver con esta mercadería —dijo el capitán.

—¿Se da cuenta que el que no sabe absolutamente nada es usted? —respondió sonriendo burlonamente Smith.

—Elliot es un estúpido... —dijo el empresario.

—Sí, lo es. Pero también fue un idiota Napier. Debería haberles hecho creer a los chinos que seguíamos sus estúpidos pro-

tocolos. El inoperante se hizo acompañar por Elliot a Cantón para ver al virrey Lu Kun, y los chinos no lo olvidan –dijo Smith.

—Pero a Elliot le fue muy conveniente la muerte de Napier... –comentó intrigante el empresario.

—¿Qué está sugiriendo, que no murió de fiebre? –preguntó con sorna Smit.

Lord Eduard Smith-Stanley despreciaba a Elliot y disfrutaba de las críticas pero también subestimaba al empresario.

—No, sólo que Elliot es capaz de cualquier cosa. Robinson tenía mucho más manejo en Cantón en estos asuntos –respondió el empresario mostrando abiertamente su descontento.

—¿Cuestiona también a Lord Palmerston por haber hecho regresar a Robinson, o tal vez usted un simple comerciante está en desacuerdo con la abolición del cargo de superintendente? ¿O tal vez tenga otros intereses que todavía no me ha confiado?

—No cuestiono a nadie, sólo quiero que esto se solucione. A nosotros lo único que nos interesa es el dinero. Esas cosas no me interesan. De todas maneras Palmerson le dio el cargo de superintendente de jefe a Elliot, yo sólo vengo en representación de los intereses de la Corona.

—La Corona es su majestad la Reina y nosotros estamos para sostener la Corona y el Imperio, ¿no sé si está enterado? Me parece que usted no defiende la Corona, sólo sus intereses... Y no se olvide que Elliot siguió los protocolos de los chinos para tenerlos en su bolsillo.

—No entendemos del todo a Elliot, de que lado está con el comercio de la sustancia –dijo el comerciante mostrándose desconcertado intentando apaciguar la charla-. Tal vez quiere tajada de todas las partes –agregó en insidioso tono conspirador.

—Él les hace creer que está de parte de ellos –contestó el Lord mientras movía su cabeza de un lado al otro como péndulo.

—Pero dicen que le escribió una carta a Palmerson diciendo que no estaba muy de acuerdo...

—Usted no entiende la política internacional. Usted sabe que he sido durante un año secretario de estado para la guerra de las colonias –dijo Smith.

—Lo sé, por eso estoy aquí para que interceda ante su Majestad y destruyamos de una vez ese maldito puerto y sea nuestro.

—Escuche y no me interrumpa. —Y bajando la voz siguió—: Y si hay alguien que está interesada en que esto se solucione lo antes posible es la mismísima Reina. Esa carta es justamente porque la idea es que todo el mundo la conozca y crea que Elliot está en contra del tráfico de opio... Esto comenzó hace tres años cuando el emperador Daoguang quiso legalizar el opio. El virrey Deng Tingzhen de Liangguang apoyó la medida. No se olvide que Elliot fue quien se encargó de filtrar la información. Si se legalizaba se terminaba el negocio. Además iba a haber controles y protocolos. Ese Daoguang ordenó al perro de Deng Tingzhen que clausurara los fumadores y fuera directamente por los consumidores... Y ahora hay un tal... —dudó un instante—. A ver, James, sirva para algo —exclamó mirando hacia atrás donde había otro hombre—. ¿Cómo se llama ese tipo el gobernador de Hubei...?

El asesor que estaba sentado, callado, en el costado que ni siquiera había sido saludado respondió:

—Lin Zexu, le dicen el incorruptible —comenta sin dejar de leer unos papeles.

—Como verá, capitán, hay muchos escollos que sortear, la solución está en marcha y usted y sus marinos de toda su flota podrá entregar la mercadería. Así que se puede retirar y sólo vuelva para traernos lo que nos pertenece... Que lo necesitamos y mucho...

—Sí, mi Lord —dijo con una reverencia y se retiró.

El lord se dio media vuelta y observó al asesor:

—Estos estúpidos creen que los únicos que se juegan el pellejo son ellos. Su Majestad ya está buscando cabezas que cortar...

—Deberíamos tener toda una flota completa para nosotros y hacer desaparecer por completo el Galeón de Manila.

—No diga pavadas, no es momento para otra guerra con los españoles...

## CANTÓN

En horas de la mañana Lin Hie se dirigió a su padre.

—Padre, voy a salir un rato antes del mediodía. Ayer fui a ver mi amigo Tao, no lo encontré y sus padres me dijeron que hacía tres días que no volvía su casa. Quiero ir hasta el astillero para ver si quedó a dormir ahí, estaba muy atrasado con su trabajo.

—Bien hijo, ve. Pero ten cuidado que hay un movimiento extraño en el puerto.

—Sí, padre. —*¿Cómo lo sabe si nunca se acerca al puerto ni habla con nadie?* se preguntaba Lin Hie mientras caminaba hacia la casa de su amigo.

Corrió hasta el pequeño astillero pero no lo encontró. El tío de Tao le comentó que hace unos días que no aparecía y que lo había visto muy nervioso días atrás.

Inquieto fue a donde solía dejar su bote de pesca, tal vez estuviera durmiendo ahí cubierto por alguna tela como solía hacer cuando no estaba en condiciones de trabajar o de volver a su casa.

En vano llegó al lugar, revisó el bote para ver si encontraba alguna señal. Por el contrario, se notaba que no había entrado al río desde hacía unos días. Tal vez volvió a su casa anoche, se dijo, pero no quería hablar nuevamente con los padres, si tampoco hubiera vuelto esa noche, se preocuparían aún más. Sin embargo se acercó hasta la casa, fue por uno de los laterales y observó a los ancianos padres haciendo sus tareas rutinarias pero ni rastros de su amigo.

Lo único que le quedaba era ir hasta el fumadero, aunque sabía que no sería bienvenido.

Se acercó sigilosamente por atrás de la casa, miró que no hubiera nadie vigilando. Llegó hasta la ventana del costado, observó hacia adentro y pudo ver a cuatro hombres de distintas edades fumando recostados sobre el piso. El humo casi no dejaba distinguir sus rostros. No pudo descubrir otra habitación, al caminar hacia atrás para marcharse se tropezó con unas piedras que estaban dispuestas en pequeñas montañas cubiertas por la maleza dejando salir un pequeño grito de dolor, suficiente para alertar a los vigilantes. Advertidos de que alguien estaba husmeando se dirigieron cada uno por un costado de la propiedad. Lin Hie corrió hacia una casa que daba a los fondos, por la calle posterior. Los dos hombres seguían avanzando por los costados. Vio un muro de madera que daba a la otra propiedad, corriendo a toda prisa lo encaró de frente. Mientras se acercaba pensaba que no podría entrar y los dos hombres lo descubrirían. Lo molerían a palos y lo denunciarían por intento de robo. Pero justo en ese momento salió una jovencita abriendo una puerta que parecía parte del muro de madera. Dentro

divisó unas telas colgadas. No lo dudó, arremetió contra la joven empujándola hacia adentro, entre las telas. Cayeron pero de inmediato se levantó y cerró la puerta.

La joven, muy bonita y menor que él, miró entre las rendijas y vio a los dos hombres que ese acercaban corriendo, tomó a Lin Hie de la mano.

—¡Por aquí, por aquí! —dijo la chica. —¡Vamos, por aquí, no temas! —agregó, determinada, indicando en donde ocultarse.

Se tiraron al suelo por debajo de la tela a pocos metros de la casa de la muchacha, a unos diez metros de la pared de madera. Ocultándose y caminando de rodillas llegaron hasta la vivienda.

—Gracias, gracias —dijo Lin Hie con reverencia.

—¿Huyes de donde te envenenan? —preguntó la joven.

—Oh, no, no... Sólo fui a buscar a un amigo. No fumo.

—Ah... ¿a quién buscas?

—Un amigo, Tao.

—Ah... lo conozco. Se lo llevaron los hombres que cuidan la casa, hace dos días.

—¿Qué, a dónde? —preguntó preocupado Lin Hie.

—No lo sé, quise seguirlos, Tao es un buen amigo pero tuve miedo que me descubrieran. Él casi no podía caminar, lo iban arrastrando.

—¿Sabes a dónde lo llevaron?

—Fueron por la misma calle que costea el río, hasta ahí los pude seguir, cuando vi que se dieron vuelta volví corriendo.

—Bien iré hasta donde está el juncal grande. Debe estar oculto ahí durmiendo —dijo mostrando preocupación Lin Hie.

—¿También es amigo tuyo? —preguntó ella con cautela.

—Mi mejor amigo... —respondió Lin Hie bajando la cabeza.

El juncal era el mismo lugar a orillas del río que usaban para aparcar el bote, donde había menos movimiento de gente y pesca, puesto que era muy bajo. Se hacía una pequeña playa pero imposible de utilizarla como tal ya que se habían abandonado desperdicios de maderas, pivotes, tirantes y tablas.

El lugar tenía unos cincuenta metros, ideal para que Tao se ocultara. Sería difícil de encontrarlo ahí por la altura y espesura que

formaban las cañas y juncos. Además podría huir nadando sin que nadie lo advierta o sumergiéndose hasta unos metros lejos de la orilla.

Al llegar Lin Hie miró hacia los costados y atrás para asegurarse que nadie lo hubiera seguido, o que algún transeúnte lo viera de casualidad y advirtiera la presencia de su amigo.

Con cuidado entró haciéndose lugar entre las ramas flexibles pero inquebrantables de las cañas y juncos. En voz baja, casi susurrando repetía el nombre de su amigo, llamándolo.

—Tao, Tao, soy yo, Lin Hie. —Se abrió camino por el medio, mientras volvía a repetir la frase varias veces. Llegó hasta donde se ensanchaba el río, volvió por uno de los laterales. Una y otra vez, no había respuesta al llamado, menos rastro de su amigo. Tampoco huellas entre las cañas ni signos de alguna rota por alguien que se hubiera movido torpemente.

Cruzó varias veces el rectángulo formado por el cañaveral. Mientras caminaba recordó que con su amigo Tao más de una vez había proyectado adquirir ese lugar para cultivar cañas.

Luego de casi hacer un cuadrículado se dio cuenta que su amigo no se encontraba allí, frustrado decidió retirarse para ir a lo de su maestro y luego volver urgente al taller del padre. A la noche continuaría con la búsqueda.

A unos dos metros del lugar escuchó un ruido a su izquierda, ya había pasado por ahí, dudó. Giró la cabeza, miró hacia donde venía el ruido. No vio nada, se quedó tieso, hecho una estatua, como mamboretá a punto de atrapar a su presa. No escuchó nada, se agachó. Tal vez fueran los hombres del fumadero que lo quería atrapar vayaa a saber para qué y por qué. Recordó las clases de su maestro, sus movimientos debían ser tan sutiles como el roce de las alas de una mariposa.

Caminó dos metros en forma se zig zag, de repente escuchó otro ruido. Esta vez no movió su cabeza, espero quieto que se repitiera el sonido para ubicar exactamente el lugar de donde provenía. Cerró los ojos para concentrarse aún más de la dirección de las ondas sonoras.

Otro chasquido, esta vez advirtió que era una especie de quejido. Se acercó sigilosamente desconfiando que fuera una trampa. Y de repente vio parte del rostro de Tao cubierto por barro y arena.

Su cuerpo sumergido casi hasta el cuello. Se abalanzó hacia él. Miró hacia los lados y detrás para ver que nadie los estuviera vigilando. Con sus manos limpio el rostro y con sus dedos en forma de garras arrancaba la arena y tierra de encima de su amigo. Quedó horrorizado al destapar sus manos y ver que le habían quebrado los dedos. Arrastró y destapo todo su cuerpo y se espantó al descubrir que también le habían cortado los de dos de los pies. La sangre no paraba de drenar.

Se quitó la camisa y como pudo limpio su cuerpo, las prendas todas rotas y ensangrentadas, fue y vino varias veces hasta el río, a no más de diez metros, hasta limpiarlo bien.

—Tranquilo, amigo, voy a pedir ayuda, no te dejare solo, te voy a curar.

En un primer momento tuvo el instinto de pedir ayuda a la jovencita que lo había guiado, pero se arrepintió. Ella no lo podría ayudar, tendría problemas con su familia y estaba demasiado cerca del fumadero.

Corrió desesperadamente hasta la casa de sus padres pero unos metros antes de llegar se dio cuenta que si los descubrieran los del fumadero o los soldados seria todo un problema para ellos. No quería que tengan contratiempos legales. Lo único que le quedaba era su maestro. Continuo su carrera pasando como una rayo por delante de la casa de sus padres.

Tropezándose y sin aire entró intempestivamente a la casa del maestro que tenía la puerta abierta como era su costumbre.

Se encontraba pintando un cuadro sobre madera.

—Maestro, maestro...

—¿Pero qué sucede? ¡Te encuentras agitado y tu rostro deformado! Estás pálido por lo que ha ocurrido...

—Maestro. Hallé a Tao. Está herido, muy mal herido.

—¿Dónde?, vamos.

Ambos salieron apurados. Mientras caminaban el maestro preguntó:

—¿Dónde se encuentra?

—No lejos de aquí, en un cañaveral. Le cortaron los dedos de los pies.

El maestro no dijo nada. Al llegar al lugar, lo observó.

—Quédate con él, no te muevas de aquí y no hagas nada.

El maestro se retiró, inquieto Lin Hie trataba de consolarlo y darle ánimo. Impaciente los minutos se le hacían horas. Al rato apareció su maestro arrastrando un riskshaw, un pequeño vehículo ligero de dos ruedas.

Entre ambos lo subieron lentamente para no producirle más dolores a los que tenía y evitar que los vieran. Con una tela el maestro lo cubrió. Lin Hie lo tapó hasta la cabeza y el maestro lo destapó.

—Para que no lo vean —se justificó Lin Hie mirando al maestro.

—¿Y por qué no lo pueden ver? Él no hizo nada, le hicieron a él. Los cuidados que tuvimos para subirlo no eran para que nadie nos observara, era para que Tao no sufriera aún más. Vamos, rápido. Ordenó el maestro.

—No, por ahí no, que pasaríamos por el frente de la casa fumadero —dijo preocupado Lin Hie.

—¿Y tienes miedo? —le respondió el maestro con mirada desafiante.

Lin Hie contestó:

—Sería provocarlos...

—Si quieres vete, yo no tengo miedo, son ellos los que están en falta, además no sabemos si ellos lo hicieron.

—Pero maestro...

—Nunca des por sentado algo ni te apresures en sacar conclusiones.

Con timidez y bajando la cabeza, como ocultándose a sí mismo, Lin Hie tiró el vehículo junto al maestro, al pasar frente al fumadero el maestro giró la cabeza a propósito a modo de desafío

Los dos hombres inmutables miraron para otro lado.

Al llegar a la casa del maestro lo bajaron cuidadosamente y en ese momento llegó otro anciano de la edad del maestro.

Era el viejo militar y médico ancestral que el padre de Lin Hie había mencionado.

Saludó con reverencia y de inmediato comenzó a atender a Tao.

—Maestro, ¿pero quién es?. Dijimos que nadie se enteraría.

—No dije nada de eso. Tú lo habrás pensado. Es un antiguo amigo médico y gran soldado.

—No lo conozco —dijo Lin Hie en voz muy baja.

—Cantón es grande... Tu padre seguro te habló de él.

Tao no se encontraba nada bien. El médico no decía nada ni pedía siquiera que le alcancen algo. Todo lo hacía él, con mucho cuidado, ligero pero sin apuros, metódico y exacto.

Luego de higienizarlo y curar todas sus heridas se acercó al maestro y en voz baja le habló. Lin Hie miraba sin entender.

—Nosotros lo cuidaremos –le dijo el maestro a su pupilo–, vete con tu padre a trabajar.

—¿Cómo está? –preguntó inquieto Lin Hie.

—Cuida a mis padres... –dijo gimiendo Tao. Estiró su brazo diestro abriendo su mutilada mano. Lin Hie se acerca agachándose, estiró sus dos manos y tomó la mano todavía con restos de sangre de su amigo. Tao abrió bien los ojos, con mirada tiesa y desorbitada y volvió a suplicar–: Por favor, cuida a mis padres...

—Tú lo harás amigo –le respondió Lin Hie sosteniendo fuerte la mano de su amigo.

—Vete –dijo el maestro girando su cabeza hacia Lin Hie.

Al salir se encontró en la puerta a un joven soldado chino. Quedó paralizado, temió por todos, qué sucedería, qué pasaría ahora, ¿cómo se habían enterado?

El hombre entró con reverencia y en voz muy baja habló con los dos ancianos como si los conociera, en breve salió saludando, pasando por el lado izquierdo de Lin Hie sin ni siquiera mirarlo.

—¿Cómo nos descubrieron? –preguntó con temor Lin Hie al maestro y médico.

—Quién dice que nos descubrieron. Además aquí no hay nada que ocultar –contestó el maestro.

—Pero... –Lin Hie creyó haberse equivocado en pedir auxilio a su maestro. Por un momento desconfió de él.

—Ellos son las fuerzas de nuestra nación, nos ayudan y protegen, no debes temerles.

Lin Hie corrió hasta su casa.

Al llegar fue a pedirle disculpas a su padre por el atraso.

Antes de abrir la boca su padre sin quitar la vista de un jarrón con el cual trabajaba, le preguntó:

—¿Cómo está Tao?

—¿Cómo te enteraste?

—No respondiste mi pregunta.

—Está en la casa del maest... —el padre lo interrumpió:

—Eso lo sé.

—No sé, dice un médico que está muy mal. Pero Tao me habló, me saludó...

—Vete de aquí y avisa a sus padres. No vengas a trabajar hoy y quédate con ellos acompañándolos y cuidándolos.

—Sí, padre.

Obedeciendo hizo lo que se le solicitó, pasó toda la noche con los padres de Tao, les cocinó, limpió su casa y ordenó. Al otro día temprano fue hasta la casa del maestro, sin antes olvidarse de prepararles el desayuno a los dos ancianos.

Al acercarse vio nuevamente al joven militar entrando a la casa del maestro, se quedó a sólo un metro del dintel de la puerta y vio a los tres hombres sobre el cuerpo de su amigo.

—¿Cómo está? —preguntó con temor y esperanza Lin Hie.

—Falleció hace unos minutos... —le respondió el maestro sin mirarlo. Mientras sostenía con sus manos ancianas a las de Tao, entrelazando sus dedos.

—¡No...! —exclamó Lin Hie bajando la cabeza y meneándola para los lados.

Hubo un silencio. Lin Hie quería entrar pero no podía. Yacía el cuerpo frente a él y sólo podía mirarlo, sin creer que estuviera muerto. Que ya no tendría a su amigo, eso era sólo un cuerpo.

—La vida como la muerte son cosas naturales. De hecho la muerte es tan natural como la vida, son un paso a otro mundo nada más. Cuando la puerta se abre, todos la debemos pasar. Morir está asegurado, nacer no... Su alma ahora depende de ti para no vagar abandonada. Su muerte y sufrimiento no deben ser en vano. No busques venganza, busca enseñanza y justicia. Esto no es un final, todo lo contrario, es el comienzo de un gran viaje que debe hacer solo Tao. Pero tú debes ayudarlo desde aquí. Debes ayudar a redimir sus errores —dijo el maestro sin levantar la vista—. Ahora vete, nosotros lo prepararemos, tu ve consuela sus padres y acompáñalos. Y recuerda que ellos no tienen familia en Cantón, deberás velar por ellos. Ahora, pues, son tu responsabilidad.

Lin Hie se acercó lentamente, se arrodilló frente a su amigo y apenas le rozó una de sus manos aún tibia. Sintió un escalofrío y un fuego que invadió su cuerpo, se levantó y lo observó.

El joven se retiró, el viejo maestro giró la cabeza y miró al médico sin decir palabra.

—Esperemos que su espíritu y su mente, Hun y Po, estén reconciliadas y no lo llenen de odio y venganza —comentó el médico.

El maestro y el médico se miraron, se entendían de esa manera como si se conocieran de toda la vida.

Lin Hie, no pudo darse prisa, perturbado por la muerte de su amigo vagaba por el centro de la calle, como un borracho sin rumbo. No podía asimilar la tragedia.

De camino hacia la casa de los padres de Tao se encontraba la suya. Tuvo la intención de pasar por ella y comentarle a su padre pero sintió que no era bueno. Que perdería tiempo, le urgía ir con los padres de Tao y darles la terrible noticia.

Cómo ayudar a esos ancianos, era su pregunta, cómo consolar si a él nadie lo había consolado por la pérdida de su amigo.

Al acercarse a la puerta de su casa ya tenía decidido seguir de largo pero al apurar el paso escuchó a su padre pronunciar su nombre. Lo llamó:

—Lin Hie, ven aquí. —Dudó en seguir, por un momento tuvo la idea de continuar de largo haciéndose el desentendido. Pero no pudo, el respeto hacia su padre fue más fuerte, giró su cabeza y se detuvo.

El padre que rara vez se levantaba de su lugar de trabajo lo observó largamente.

—Tao ha fallecido... —le dijo mientras caminaba hacia afuera.

—Sí, padre —contestó Lin Hie mientras se acercaba.

—Lo he percibido en lo turbio de tu mirada.

—Lo mataron...

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Lo mataron los hombres del fumadero, estoy seguro.

—Vamos, te acompañaré a la casa de Tao.

—No, padre, debo ir solo.

—Los conozco, voy a dar mis respetos y ayudar.

Camino a la casa de los padres de Tao, una esquina antes, Lin Hie giró hacia la derecha.

—¿A dónde vas? —le preguntó desconcertado su padre.

—No quiero pasar por el frente de ese lugar, ahí está la gente que asesinó a Tao.

—¿Y tienes miedo y no vas a pasar por el frente?

—Creo que no es conveniente antes de tener un plan.

—¿Un plan para qué?

—Para lo que sea... —dijo Lin Hie.

—Si no pasas ellos sabrán que sabes algo o que tienes miedo. Además les estás dando cada vez más lugar y se terminarán apoderando de la calle. Enfrentar no significa ir y pelearse o intentar matarlos, te convertiría en lo mismo que ellos. Debes hacer valer tu lugar, sin temor, sutilmente, no les dejes tu espacio a los malhechores que quieren ocupar todos los espacios. Depende de ti. Con sutileza, inteligencia, determinación. No muestres soberbia o petulancia, sólo valor y firmeza.

Lin Hie nunca había escuchado hablar así a su padre, no tenía idea de su valor.

A medida que se iban acercando al lugar el padre disminuía la velocidad en sus pasos, Lin Hie se inquietaba, parecía que su padre lo hacía a propósito. Mientras daban sus pasos Lin Hie intentaba ocultarse tras el cuerpo de su padre. Caminaban en silencio pero justo al pasar por el mismo frente donde se encontraban los dos hombres, el padre le preguntó a su hijo:

—¿Has pensado en alistarte al ejército de su Alteza Imperial?

Lin Hie lo miró estupefacto.

—¿Pero, padre, nunca pensé en alis... —No lo dejó concluir.

—Sería buena idea, tienes actitudes y te sobra valor y fuerza.

Al terminar la frase, ya estaban unos pasos adelante, el comentario había sido escuchado por los dos hombres, que ni siquiera los habían mirado al pasar, y continuaban en una charla fabricada y sin sentido.

Lin Hie había entendido la estrategia del padre, pero consideró inútil y hasta inocente su comentario.

—Padre, no creo que se asusten de mí —dijo casi sonriendo.

—¿Quién dijo de ti? Ellos sólo te temen al Comisario Imperial. Y si ellos creyeran que tú vas a pertenecer a las fuerzas imperiales van a replantearse el lugar donde están ubicados y se mudarán. Esa en tal caso es sólo una solución provisoria para salvar a nuestra gente.

—Lo que no entiendo, padre, ¿es como si no los hubieran descubierto! —dijo Lin Hie.

—¿Tú has hecho la denuncia? —preguntó el padre en tono de reclamo.

—No.

—¿Por qué... y por qué si tú no la has hecho otros debieran? —dijo el padre mordaz.

—No sé, supongo por temor —respondió intentando justificarse Lin Hie.

—¿Temor a qué, a qué suceda algo, o tal vez a no meterte y comprometerte? —El padre era punzante al preguntar—. El que no se compromete, se convierte en cómplice —cerró el padre fundamentando.

—Tal vez a que les suceda algo a ustedes —se justificó Lin Hie.

—Ese temor está infundamentado, sólo ha sido tu comodidad y pereza la que ha dominado tu pensamiento. Por lo tanto debes asumir parte de tu responsabilidad en lo que le ha sucedido a tu amigo. —Dijo el padre aun sabiendo que lastimaría a su hijo tal comentario.

—Pero, padre, ¿cómo me dices eso? He tratado de ayudarlo —replicó molesto Lin Hie.

—Pero no lo has hecho bien, quisiste ayudarlo a él, sólo a él. Y en tal caso por afecto a tu amigo, entonces por añadidura es por tu propio egoísmo de necesitar a tu amigo... Y no has puesto atención en que hay muchos Tao. Has querido quitar la maleza sólo cortando las hojas cuando en realidad debías haber intentado arrancar la raíz.

Al llegar a la casa Lin Hie se adelantó pero el padre lo tomó del brazo.

—¿Qué haces?

—Disculpa, padre, pensé que yo debía darles la noticia.

—De ninguna manera, tú no tienes idea del sufrimiento este, no eres padre. A mi me corresponde que sé de ese sentimiento. Cuando murió tu hermana pequeña entendí realmente qué es el sufrimiento...

Lin Hie era muy pequeño cuando nació su hermana y al poco tiempo falleció, no recordaba la situación pero dentro de él existía el idilio de la hermana que nunca pudo disfrutar.

La casa se encontraba con la puerta abierta, el anciano al escuchar ruido, miró hacia afuera y al observar a Lin Hie con su padre supo de antemano la noticia. Bajó su cabeza, estaba agachado cultivando unas flores, con dificultad se afirmó al bastón y se levantó. No miró a Lin Hie, observó largamente a su padre.

—Adelante, voy a buscar a mi esposa —y giró hacia atrás. El anciano caminó despacio apoyado sobre su bastón, en cada uno de los pasos le temblaban sus piernas, su espalda arqueada y la cabeza baja daban un aspecto más aún triste y desconsolado. Subió los dos escalones de madera que daban al pórtico. La puerta se encontraba abierta, lentamente entró, su cuerpo se perdió en la oscuridad de las sombras del interior de la casa. Lin Hie y su padre esperaban.

—Padre, piensas que se dio cuenta.

—Ya lo sabía desde antes, sólo que ahora tiene la certeza.  
—Tras un silencio continuó—: Quédate aquí...

El padre comenzó a caminar lentamente hasta el pórtico, casi al llegar salieron del interior de la casa los dos ancianos, el hombre casi sosteniendo a su mujer. Se detuvieron, el padre de Lin Hie, los observó.

Lin Hie sabía que la tía de Tao con su pequeño hijo y marido se había mudado a otra casa en otra ciudad, junto con el hijo más grande, por lo tanto los ancianos se encontraban solos.

—Ya lo sabe —dijo el padre del Lin Hie en voz baja, llegó hasta ellos y los ayudó a bajar. Se sentaron en el jardín en silencio, Lin Hie los observaba desde unos cuatro metros.

—Mi hijo lo ayudará... —alcanzó a escuchar.

El anciano apenas movió la cabeza y se produjo otro largo silencio.

—Ya están preparando al cadáver.

—Gracias —respondió el anciano

—Él era muy joven, el cuerpo se trasladará a la funeraria, no vendrá aquí.

—Lo sabemos.

Otro silencio.

—Nos retiraremos, mi hijo luego vendrá para ayudarlos.

Se saludaron y al retirarse por primera vez la madre dijo algo:

—Nos están envenenado, esos hombres de barbas y bigotes y de cabello amarillo nos están matando...

Nadie respondió, Lin Hie y su padre salieron a la calle, caminaron rápido para llegar pronto a su casa. Al pasar nuevamente por el fumadero el padre de Lin Hie se detuvo. Miró a los hombres con gesto desafiante. Seguían en el mismo lugar donde se encontraban desde la mañana. Ahí afuera custodiando que, como hormigas hambrientas, fueran llegando de a uno para caer en la trampa de la araña y ser devorados envueltos por su tela pegajosa y maloliente.

Lo observaron pero de inmediato bajaron la mirada. El viejo no bajó la vista, su mirada no fue amenazante sino rígida, seca, dura, directa hacia ellos, fue imposible para los hombres devolver el gesto. Lin Hie se puso nervioso ante la tensa situación. Uno de ellos amagó adelantarse, el otro más grande y obeso lo detuvo.

—Quédate quieto, no te acerques.

El viejo continuó su camino, al llegar a su casa la madre de Lin Hie se acercó a su marido.

—Lo saben todos —le dijo ella casi susurrando.

—Sí, ahora nadie tendrá miedo de denunciarlos, se debe enterar ya el Comisario Imperial.

Más tarde, pocos asistieron al sepelio, entre ellos la jovencita que lo había ayudado. Lin Hie luego de unas horas acompañó a los padres de Tao a su casa, limpió y cocinó para ellos, al culminar con las tareas se retiró a su casa. Tarde se fue a dormir, todo había sucedido muy rápido, ni tiempo para llorar a su amigo había tenido. Ese momento de descanso y reflexión lo llevó a recordar paso a paso lo sucedido intentando poner en orden sus sentimientos y pensamientos. Hilvanó los hechos uno por uno, se le oprimía el pecho a medida que se acercaba a la conclusión de quiénes eran los responsables de semejante tragedia, y los fundamentos de la misma. Si bien sabía y no le quitaba responsabilidad a su amigo Tao, él sabía que la sustancia lo perjudicaba. *Lo sabías, amigo, dijo en voz muy baja. ¿Por qué no la dejaste a tiempo?*

Pero estaba enfermo, esa enfermedad fue inoculada desde afuera. Recordaba las palabras y enseñanzas de su maestro. Tal como insecto que introduce sus huevos en el huésped y este es devorado desde adentro, siendo incapaz de defenderse llega a su nido y al morir deja esparcir más gusanos inmundos diseminando la cría que con voracidad insaciable. Destruyen todo el nido y lo que lo rodea.

Esto estaba sucediendo en su ciudad y nación, y parecía que los esfuerzos del Comisario Imperial no terminaban de dar resultado. Pese a los esfuerzos, las incautaciones, la clausura de fumaderos, la presión y fuerza a los ingleses, estos parecían no tener fin ni hacerles mella.

¿Pero qué podría hacer él? Su cabeza no lo dejaba dormir, indignado, lleno de frustración, se sentía incapaz de ayudar, no tenía los medios, el conocimiento ni el poder. Era apenas el hijo de un artesano que no conocía el mundo ni las políticas. En ese momento percibió un leve ruido, era su padre, se sorprendió al verlo en su recinto.

—¿Qué sucede que no descansas? —le preguntó el padre. Lin Hie se incorporó.

—Nada, padre, sólo no puedo dejar de pensar en lo que está sucediendo —dijo intentando disimular un bostezo.

—Este veneno que está matando a tanta gente nació como un medicamento, que luego lo transformaron en un veneno que mata desde adentro y es incapaz quien lo consume abandonarlo. Esto fue cuidadosamente planificado por los británicos para que nuestro pueblo caiga en esta maldita red. Ahora que escasea la sustancia porque el Comisario Imperial la incauto, la descargan en la isla de Lintin. Y termina siendo un contrabando donde se gana el doble que antes —dijo el padre mirando entre penumbras a su hijo.

—¿Cómo sabes eso, padre? Nunca comentas nada de lo que sucede —dijo sorprendido Lin Hie, pues nunca su padre había opinado o aparentado interés en los sucesos y políticas de su nación.

—Porque no me interesa la política pero ahora la situación es muy preocupante.

—¿Por qué ahora es más preocupante que antes? —preguntó mientras intentaba incorporarse pero el padre tomó su hombro y no se lo permitió.

—Seguramente tu maestro te lo habrá comentado, él está mucho más al tanto que yo de lo que sucede.

—Bueno, me enseña mucho pero no sé a qué te refieres específicamente.

—Hace unos días llegó al Río de las Perlas un barco británico, le dicen el *Volage*.

—No lo he visto.

—Seguro que no, vino desde la India pero si tiene que atacarnos junto a la flota británica, lo hará.

—¿iAtacarnos!? Pero nuestro pueblo no se está preparando para un ataque. Nadie quiere un ataque, una guerra. ¿Por qué nos irían a atacar si comerciamos con ellos?. No entiendo

El padre se sentó en el suelo, cruzó sus piernas y se acomodó.

—Pues es claro, ellos quieren que sigamos comprando opio, nos están obligando a envenenarnos, a matarnos desde adentro. Quieren que obedezcamos sus deseos. Así que hijo, mantente alerta y cuida tu vida. —Se puso de pie lentamente, dio la vuelta y se retiró.

Al otro día todos trabajaban en la fábrica del padre de Lin Hie como si todo estuviera tranquilo. El joven salió un rato antes, fue hasta la casa de los padres de Tao, les cocinó y rápido fue hasta lo de su maestro.

—Maestro, anoche estuve charlando con mi padre, es la primera vez que comenta ciertas cosas que no sabía que él conocía.

—Tal vez antes no era momento de que conozcas la historia de tu padre.

—¿Pero usted lo conoce de joven?

—Yo no tengo por qué hablar de él, si él no lo desea, sabe de la vida más que yo seguramente, tiene un hijo y yo no —respondió disculpándose el maestro y bajó la cabeza—: ¿Y dime qué te dijo?

—Que hay un barco de guerra...

—Sí, y el capitán envió una advertencia al gobernador. Hay varias embarcaciones y muchos hombres preparados para atacar. Se están quedando sin provisiones y esto seguramente les está alterando los ánimos.

—¿Y qué haremos? —preguntó Lin Hie.

—Nada, nosotros no podemos hacer nada, lamentablemente —respondió el maestro bajando otra vez la cabeza.

Elliot envió dos barcos armados para provisionarse en Kowloon donde había otros tres juntos armados fondeados en el puerto.

Los británicos solicitaron abastecerse, las autoridades chinas se lo permitieron pero de ninguna manera podrían comercializar con los habitantes, sabían perfectamente que si les permitían acercarse a ellos entregarían opio.

—Señor, nos están vigilando y no nos podemos acercar y hacer la entrega —dijo uno de los oficiales subalternos.

—Recién mandé un ultimátum —contestó Elliot.— Les dije que no queremos abastecernos... lo queremos hacer con el pueblo... —terminó riendo.

El otro oficial lo miró y también rió a carcajadas.

—Si no nos permiten comercializar con el pueblo los bombardeamos —repitió Elliot en voz alta.

El comandante chino se encontraba mirando fijo los barcos, murmuró:

—Es un estúpido, si nos bombardean matan a quienes comercializan con ellos.

El cuatro de septiembre a las 15 horas empezó el ataque.

—¡Destruyan a esos juncos de una vez! —gritó exasperado Elliot. De inmediato los barcos comenzaron a bombardear.

El estruendo fue fastuoso e hizo temblar el mar y el pueblo. Aunque el ataque se cuidó de no alcanzar el barrio europeo, lleno de casa de material con balcones hacia el agua.

—¡Disparen, fuego, fuego, más, quemén todo! Quiero verlos suplicar entre llamas. —La mirada fija, llena de odio. Le brotaba saliva que escupía mientras gritaba y baba que se le caía por la comisura del labio.

Los estallidos llegaban a las viviendas en el interior donde se encontraban los pobladores chinos.

La gente en un primer momento se preguntó qué eran esos sonidos estrepitosos, nadie se imaginaba un ataque. Las mujeres tomaron a los niños temiendo que fuera un desastre natural.

—¡Nos atacan, fuego, fuego! —gritaron algunos vecinos al ver los fogonazos de los barcos británicos sobre los juncos, que comenzaron a responder con fuego, mucho menor y más débil.

Los ciudadanos europeos que estaban cerca del muelle y la costa no temieron por sus vidas, sabían que evitarían atacar sus propias residencias. Aunque igualmente se protegieron.

Los chinos se defendían como podían, los juncos eran muy pequeños contra la flota inglesa y estaban mal armados. Uno de ellos comenzó a prenderse fuego con los marinos adentro. Los gritos desgarradores podían escucharse desde el puerto.

En ese instante, los sonidos graves y ensordecedores de las explosiones hicieron que Lin Hie que estaba dialogando con su maestro, detuviera la charla.

—Esos son cañones —dijo el maestro.

Un hombre pasó corriendo por la calle.

—¡Nos atacan, nos atacan! —gritaba desesperado.

El maestro y Lin Hie se quedaron espantados.

—¡Ya comenzaron! —dijo el maestro.

Lin Hie corrió instintivamente hacia su casa, al llegar sus padres junto a los artesanos se encontraban en la calle charlando con otros vecinos.

—Padre, nos atacan —le gritó.

Su padre impávido solo miró a su mujer y en voz baja le dijo:

—El terror ha comenzado.

Lin Hie llegó hasta ellos:

—Salgamos de aquí.

—No —le contestó el padre mientras los vecinos se acercaban a ellos—. No teman, no nos harán nada a nosotros, no creo que nos ataquen, ellos nos quieren vivos para que compremos su veneno y le sigamos entregando nuestros jarrones.

Lin Hie vio corriendo a la jovencita que vivía atrás del fumadero, asustada llegó hasta ellos.

—¿¡Pero qué sucede!?! dicen que están atacando —preguntó consternada.

Lin Hie la observó, instantáneamente le llamó la atención que no tuviera vendados los pies y su desparpajo y soltura al hablar.

—Tranquila —respondió—, mi padre dice que no entraran al pueblo, sólo quieren destruir a la flota para poder introducir el opio.

—Mi madre y mi hermana tienen miedo —replicó ella con temor.

—Tu padre las protegerá —comentó Lin Hie.

—Mi padre murió pescando hace cinco años. Quiso salir del río e introducirse al mar y nunca más regresó.

—Oh... lo lamento.

—Conocí a tu padre —comentó el padre de Lin Hie y la joven hizo una reverencia con su cabeza—. Supe de aquella tormenta, tu padre era un pescador conocido en el río, comenzó desde muy pequeño pescando en el Río de las Perlas. Pescaba en el delta y de adulto fue al mar, lo conocí... Él fue por algo y en búsqueda de esa tormenta, él sabía de ella.

—¿Usted lo conoció? —preguntó muy interesada.

El padre de Lin Hie no le contestó pero comentó:

—Tu madre no es de aquí, es del norte...

Ella hizo otra reverencia.

—Padre, mira no usa vendas en los pies —dijo Lin Hie.

—Ella debe trabajar, son pobres. Seguro su madre y hermana tampoco usan. ¿Eres manchú? —La joven no respondió, mantuvo la cabeza baja—. Tu madre tampoco usa vendas —dijo ahora mirando a su hijo.

—Ve a casa con tu madre y tu hermana, no temas. Acompaña-la, hijo, y de paso ve a ver a los padres de Tao. De seguro han escuchado los disparos y deben estar asustados sin saber qué sucede.

—Sí, padre, de inmediato.

Los juncos iban cayendo de a uno. Otros barcos británicos, como si fuera poco, se iban sumando a los que ya estaban disparando.

—¡Carguen, disparen! —gritaba desesperado un comandante chino mientras veía como destruían la flota y muchos de sus camaradas morían encendidos fuego o volaban por los aires.

La escaramuza no duró demasiado, para el atardecer la flota oriental ya se había rendido.

Lin Hie se había acercado hasta el puerto, tenía una sensación de confusión y miedo. Pudo ver como reclutaban jovencitas chinas ante la mirada estupefacta de algunos ciudadanos y otros que giraban la cabeza para otro lado. Algunas eran llevadas para que sean violadas por los marineros y otras a la fortaleza británica para entretenimiento de los oficiales y los dueños de los barcos.

—¡Señor! Los chinos se rindieron —dijo un oficial.

—Sí... lo sé —respondió Elliot.

—Mire, no saben qué hacer. Meterse con nuestra flota... —comentó uno de los oficiales.

Elliot se acomodó los puños de la camisa:

—Seguro van a querer que firmemos un documento, lleve al traductor, lo quiero en inglés y que quede bien claro que esto nada tiene que ver con el opio.

—Señor... —dijo dudando el oficial de menor rango. —No sé muy bien su idioma...

—¿A ver..., no se si soy claro? —respondió el capitán sin dejarlo concluir—. Hágalos responsables y que no se mencione el opio.

Lin Hie volvió a su casa corriendo con otros jóvenes asustados y curiosos.

—No se oyen más disparos —comentó Lin Hie.

—Sí, nos damos cuenta, seguro destruyeron toda nuestra flota —respondió el padre.

—Sí, padre, hay muchos muertos y heridos.

—Ve a la casa de Tao otra vez, tranquiliza y ayuda a sus padres. Yo iré hasta el puerto para ayudar a quien lo necesite.

—Pero, padre, ¿Qué puedes hacer tú?

—Seguro que algo más que aquí —y tras un silencio continuó, suspirando—. Nos rendimos y hemos caído en su tela de araña.

Cuando Lin Hie se dirigía a la casa de Tao escuchó voces: eran su padre, su maestro y el viejo médico militar que a paso ligero tomaban rumbo hacia el puerto.

Lin Hie retornó a la noche, había oscurecido y su padre se encontraba solo en la fábrica pues ya se habían retirado los artesanos. El hombre continuaba trabajando entre tasas, jarrones y platos.

Esperaba que el padre dijera algo y tal vez lograr saber la relación que tenía con el maestro y el médico.

—Ya nos rendimos —dijo aseverando el padre antes de que Lin Hie se acercara—. Ayudé a algunos heridos y a trasladar muertos, más no pude hacer.

—¿Qué sabes, padre? Cuéntame —le dijo en tono de súplica Lin Hie.

—Nuestra flota era endeble, y la flota británica y la española son las más fuertes del mundo.

—¿Qué haremos ahora, padre?

—Continuar con nuestra vida como podamos. Seguramente los ingleses harán quedar mal a nuestro gobierno, nos echarán la culpa y volverán a traficar opio que es lo que ellos quieren. Tal vez nos bajen los precios de nuestra mercadería, ganaremos un poco menos. Pero eso no es lo importante, el mal está en que van a intensificar la venta del opio entre los más jóvenes e intentaran sobornar a algunos de nuestros dirigentes.

—Pero nuestros políticos son honestos...

—La mayoría pero siempre hay alguno que avergüenza a nuestra nación por su codicia... Un sólo gusano infecta todo el árbol... En todos los gobiernos de todas las naciones hay corrupción. Es el mal del poder.

Al día siguiente, Elliot, en el barco, le ordenó a un oficial de menor rango.

—Quiero que se haga circular que los ingleses deseamos la paz pero no podemos aceptar que nos maten de hambre. Esto no significa que ustedes no nos puedan vender su mercadería pero privar de alimentos es hostil.

En el palacio imperial Lai Enjue, mintiendo, declaró que los chinos habían triunfado, hundiendo barcos enemigos y habiendo matado a más de cuarenta británicos. Esto provocó que el Imperio se relajara equivocadamente sobre las verdaderas intenciones de los británicos.

El Emperador velaba por la salud de su pueblo y la buena voluntad de las partes de manejarse comercialmente dentro de un marco pacífico y fructífero.

Lin Hie, continuó normalmente con sus tareas divididas en la fábrica de su padre, ayudar a los padres de Tao, y continuar con las clases de su maestro, que variaba de la historia de las dinastías haciendo hincapié en errores y aciertos, filosofía china y wushu. En todas las disciplinas se hacía más experto, su concentración en el momento de sacar conclusiones lo llevaba a retraerse, quedarse en silencio durante un momento con su mirada fija en un punto y luego contestar.

El maestro le enseñó sobre poesía y literatura, pintura y otras artes. La filosofía del taoísmo, confucianismo y budismo.

—Lee documentos, estudia, compara —aconsejaba su maestro.

Sin escapar a su ojo cada vez más entrenado el aumento de la venta del opio, el contrabando y la corrupción que se iba multiplicando gracias a los sobornos en algunos casos y otros con amenazas y castigos físicos a propios políticos, comerciantes y hasta algunos soldados. La nación se había convertido en un verdadero estado esclavizado.

Los ciudadanos se indignaban ante la prostitución que iba aumentando encubierta por los británicos que se apoderaban de jovencitas y las hacían trabajar para ellos.

La venta de opio se mantuvo en crecimiento sostenido en una endeble e inestable relación entre los chinos y británicos. Una fragilidad sutil como hilo de araña, lo suficientemente fuerte para que la presa no pueda escapar y fuese alimento eventual del arácnido cuando a este le plazca.

Meses después llegó a Londres la carta que Elliot había enviado a Lord Palmerston diciendo que los chinos habían destruido propiedad del gobierno británico.

—¡Esto es inaudito! —gritó el hombre y corrió a su carruaje a ver a la Reina Victoria.

—Su Majestad, disculpe que me atreva a molestarla pero los chinos nos han robado nuestra mercadería y no nos quieren permitir que vendamos opio.

—La venta de opio no es un problema del gobierno británico, usted lo sabe. Mi gobierno no tiene nada que ver con eso. Es un tema privado de los comerciantes, yo sólo quiero que paguen los impuestos que pertenecen a nuestras arcas por esas ventas del opio, que es muy distinto... Lo que no podemos permitir es que esos bárbaros nos digan a nosotros qué hacer. Manden la flota que sea necesaria, no vaya a ser cosa que otras colonias pretendan hacer lo mismo, ya bastante problemas hemos tenido con nuestras colonias en América.

## **1840 / 1537 DEL CALENDARIO CHINO**

Luego del bombardeo la situación quedó tensa entre las relaciones chinas y británicas, aunque estos últimos sentían que no había sido suficiente para que escarmienten y no se les cruce por la cabeza intentar oponerse a sus intereses.

La Reina en Inglaterra manifestaba su preocupación en la Cámara de los Lores ante los eventuales incidentes que habían interrumpido tan igualitarios intercambios comerciales.

Lord Palmerson planteaba que el opio era una propiedad, no un contrabando, por lo tanto debía plantearse un ataque irremediable dado que los chinos ahora tenían un déficit que se negaban a pagar.

En junio llegaron más de sesenta barcos británicos de dos y tres filas de cañones. Volvieron a atacar la ciudad sin previo aviso de forma mucho más violenta y destructiva, sus soldados arribaron por el puerto hacia la ciudad matando niños, y ancianos. No hubo anuncio ni advertencia, una verdadera masacre. Esclavizaron hombres, raptaron mujeres y las violaron. Incendiaron viviendas con gente adentro bloqueando puertas para que no puedan escapar.

El puerto y sus alrededores quedaron desolados por los destrozos y cadáveres esparcidos entre escombros, a orillas del río y por las calles. Un río de sangre escurría hacia el mar tiñendo de rojo varios metros hacia adentro.

Más tarde los británicos iniciaron un viaje costeano hacia el norte desde Hong Kong. Su plan era pasar bombardeando las distintas ciudades, desde Amoy, Dinghai, Zhapu, Zhenjiang, Nanjing hasta Tianjin a pocos kilómetros de Pekín. Un viaje que seguramente les llevaría un tiempo considerable. El plan se inició de inmediato bombardeando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Verdaderas langostas depredando y destruyendo.

Lin Hse Tsu mandó avisar al emperador que querían atacar la Ciudad Prohibida.

El correo mediante jinetes a caballos veloces trató de llegar lo antes posible para prevenir al Emperador Celestial. Estos hábiles jinetes supieron de la urgencia de la misiva, tal es así que algunos no se detuvieron en las postas para descansar. Sólo lo hacían para cambiar de caballo.

Ante las noticias del avance de los barcos británicos acercándose a la Ciudad Prohibida su Majestad Imperial mandó apresar a Lin Hse Tsu y poner en su reemplazo a Qishan, hombre del gobierno extremadamente corrupto que había engañado al emperador en otras ocasiones por interés personales, puesto que era uno de los que traficaba opio.

Qishan se encargó de ensuciar a Lin Hse Tsu, diciendo que él había inventado y exagerado sobre la venta del opio, que nunca había existido un abuso de parte de los británicos. De inmediato se hicieron los arreglos para firmar un tratado entre China y Gran Bretaña conocido como Chuenpei donde se cedería Hong Kong en 1841.

Mientras tanto en Cantón, en la casa del maestro, Lin Hie escuchaba con atención la explicación sobre la política que debería llevar china con los ingleses.

—Lin Hie, ya es hora de que te involucres, tú tienes una misión por cumplir.

—No entiendo maestro, ¿qué misión? —dijo Lin Hie

—Todo hombre debe cumplir con su misión, y tú puedes ayudar desde tu humilde lugar a revertir esta situación tan cruenta que está diezmando al pueblo, debes mitigar el sufrimiento de nuestra gente, de tu gente... Tienes un don que no debes desperdiciar. Si alguien tiene un don lo debe utilizar en bien de los demás no sólo para su propio beneficio. Y aquel que no lo utiliza es egoísta al no compartir su sabiduría con otros. Y tú lo tienes y debes transmitirlo, debes convencer, enseñar, divulgar. El don de la palabra es tuyo. No digo de inmediato, pero te debes ir preparando para esa misión. —Y para concluir le dijo—: Entiende, nuestra nación cuenta con dos grandes problemas, muchos no saben leer y escribir y la información no llega. En el interior hay gente que desconoce todo esto y cuando la información le llega, esta es tergiversada.

—¿Pero qué puedo hacer yo? Soy un simple artesano, no soy maestro. Debo ayudar a mi padre, los ingleses cada vez abusan más y pagan menos nuestra mercadería.

—Te he escuchado hablar con otros jóvenes sobre los invasores y la política de la nación. Eres vehemente, no eres maestro ni político pero estás comprometido con la nación, con el pueblo. Te angustian

las injusticias y los jóvenes te escuchan, y también los ancianos cuando hablas con ellos en la plaza de las ceremonias. No hace falta ser médico para curar, puedes ayudar hasta que el médico llegue. Tampoco debes ser un hombre de leyes para saber cual es el justo derecho de los hombres. Como tal no es necesario ser político para dirigir un país, sólo es necesario estar en el lugar correcto para asesorar. Hacerles llegar a quienes nos gobiernan las necesidades del pueblo. –Hizo un silencio–. No es necesario ser maestro para enseñar, puedes abrir la mente de la gente hasta que el maestro llegue y dé una enseñanza formal. –Otro silencio–. Nos inocularon una enfermedad que nos mata desde nuestras entrañas, pues entonces la única cura es desde nuestras propias entrañas. Si es necesario extirpar alguno de nuestros órganos para sanar... así será. Si la visera está enferma debemos quitarla si no es vital. Si en tal caso lo fuera, el medicamento debe ser agresivo y violento. Debemos quitar nuestro mal del interior... Pero para extirpar el mal debes conocer todo el cuerpo. Si todos conocieran lo que sucede sería más fácil combatir...

Lin Hie se retiró a su casa luego de una charla que en su inicio no fue reveladora para él pero lo hizo meditar y no lo dejó dormir.

Continuó trabajando un tiempo con su padre en la fábrica, algunos amigos del padre le preguntaban por qué no formaba una compañía más grande pero el padre decía que si en tal caso hacía eso sus productos dejarían de ser artesanías únicas e irrepetibles para ser una mera mercadería de producción y que con el tiempo iría perdiendo valor comercial, pero mucho más importante es que perdería valor cultural.

Lin Hie se hizo amigo de la jovencita que vivía atrás del fumadero, supo que ella estuvo enamorada de su amigo Tao, motivo por el cual respetaba esa situación y no demostraba su verdadero interés.

El consumo del opio era cada vez más masivo, haciendo adictos hombres viejos, e increíblemente así como crecía el consumo en los ciudadanos chinos también lo hacía en los marinos y comerciantes británicos, y se sumaban ahora los estadounidenses. Pero ni a los oficiales británicos ni estadounidenses les importaba lo que le sucediese a su propia gente. Decían que era opción de cada uno, y que cada cual debía hacerse cargo de lo que hacía. Por lo tanto aquel marino que entrara en el consumo era descartado como basura.

Lin Hie continuaba sus clases con su maestro que casi ya no podía caminar, sin embargo sus clases de defensa personal eran implacables. Le hablaba del Imperio Celestial, del progreso y la pobreza.

Una tarde llegó unos minutos más temprano de lo normal a la casa de su maestro, con él estaba un hombre.

—¿Por qué pintas retratos de ellos? —escuchó que le preguntaba el maestro.

Lin Hie no llamó para anunciar su llegada. Tampoco quiso quedarse demasiado cerca de la puerta como para escuchar una conversación que no le concernía. Pero le fue inevitable escuchar la respuesta.

—No lo sé, maestro, simplemente pinto. Pero también hago retratos de nuestra gente.

—Lam Qua, no debes justificarte, sólo fue una pregunta. Si pintas retratos de ellos es porque ellos están aquí, y el arte, entre otras cosas, lo que hace es mostrar lo que sucede en un determinado momento. —Y agregó—: Aunque no nos guste.

El hombre se puso de pie, saludó muy amablemente y salió. Al cruzarse en la entrada con Lin Hie saludó de igual forma y siguió su camino.

El maestro vio que el joven se encontraba afuera y lo llamó.

—Maestro, disculpe mi curiosidad, a ese hombre lo he visto cerca del barrio europeo.

—Sí, es un pintor famoso.

—Pero escuché que pinta retratos de extranjeros. De invasores...

—Ellos están aquí y sus pinturas con los años serán parte de un documento. Que estén aquí invadiendo y diezmando no lo podemos negar ni lo vamos a poder negar nunca. Al igual que ellos, jamás podrán negar lo que están haciendo.

Un silencio.

—Deberíamos tener más armas, debemos modernizarnos —dijo Lin Hie.

—Un país no es rico por su armamento, sino por no tener pobres, ese es un país rico —respondió el maestro—. Te lo he dicho en más de una oportunidad y ya varias veces hablas de armas.

Lin Hie no respondió.

Días, meses y años pasaron, la familia trabajaba, la sociedad intentaba sobrevivir y los británicos cada día vendían más opio.

Lin Hie fue llevando a cabo pequeñas reuniones con jóvenes explicando los motivos por los cuáles los británicos vendían el opio y cuáles eran los males para la sociedad y la economía. Más allá de la soberanía como nación.

Con el tiempo Lin Hie conoció a un comerciante de gran poder económico dueño de una compañía semejante a la de su padre pero mucho más grande, con mayor tecnología, algo que jamás aceptaría el padre de Lin Hie. Este hombre tenía conexiones políticas, ante los conocimientos del manejo de una empresa lo había tomado como secretario personal ya que el hombre no tenía hijos varones (previo solicitud de permiso al padre Lin Hie, el cual aceptó amablemente para sorpresa del hijo).

Los ingleses tenían un apetito insaciable de poder y dinero, querían cada vez más. Ahora era el Imperio Británico en tierras chinas, era una verdadera colonia.

Inglaterra exigía renegociar el tratado de Nankíng, las demandas inglesas que requerían, entre otras cosas legalizar el opio comercialmente, abolir los impuestos a sus productos, suprimir el contrabando para que la Reina recibiera más divisas, permitir el libre comercio de culíes, y que el embajador británico viviera en Pekín.

—Esto es inaudito —dijo el Emperador, dado que la petición era solicitada por el gobierno británico y se sumaba el francés y estadounidense, que con ellos habían sido firmados los tratados de Huangpu y Wangxia respectivamente, todos “igual de desiguales”.

—Nos están tratando como esclavos miserables —comentó el maestro a Lin Hie—. ¿Te has enterado?

—Sí, maestro, a veces tengo trato con ellos, intento lo menos posible. Por ahora sólo recaudo información comercial, he aprendido poco el idioma de ellos y estoy tratando de comprender el francés y español. Todos tienen intereses sobre nosotros. Nos han hecho pagar una indemnización por su invasión de veintiún millones de taeles de plata, y se han quedado con la isla de Hong Kong, ni podemos pisarla, se han adueñado de ese territorio. Y sé perfectamente que se roban entre ellos mismos además.

—Que no te sorprenda, entre nosotros también tenemos delincuentes, debes estar preparado hasta para la traición de un amigo. Confía, pero se precavido en tiempos de guerra. Los franceses y estadounidenses hacen lo mismo. —Agregó luego—: Debes estar atento, el pueblo, la gente está cada vez más indignada y descontenta. Debes trabajar sobre la gente porque tú eres parte de esa gente. No lo observes desde afuera, eso sólo hazlo para entender, pero vívelo desde su interior, porque a ti también te está sucediendo este mal.

Meses después Lin Hie comenzó una relación formal con su amiga Jia Yi, siendo ella más joven, sin embargo ninguno de los dos se parecía al resto de esa generación. Tal vez la experiencia de ella, su cercanía al fumadero, lo que veía, lo que le sucedió a su antiguo pretendiente Tao y los diálogos con Lin Hie fueron forjando una personalidad diferente al resto.

Él tenía una formación típica china de Cantón, se evidenciaba su posición económica aunque ni él ni su familia presumían de ello. Notoriamente culto y ávido de conocimiento le gustaba reunirse con sus amigos y desconocidos y explicar lo que sabía, divulgar lo que sucedía.

Ella era en apariencia sumisa y prudente, sin embargo había algo que Lin Hie no terminaba de descubrir. Cuando él hablaba ella lo miraba con admiración pero a su vez acotaba ideas que nunca había escuchado en otra mujer, ni en su madre ni en sus abuelas.

Por otro lado las enseñanzas del maestro e ir descubriendo muy lentamente la personalidad de su padre, fueron dejando enseñanzas en Lin Hie. Y por añadidura a su joven y tenaz pareja. Un conjunto de ideas distintas a las de ese momento se dieron forma dando un concepto filosóficamente diferente para lo que ellos entendían como sociedad. Ninguno de los dos sabía muy bien qué querían, de qué manera y cómo llevarlo a cabo. Y en tal caso si era posible ese enjambre de ideas desprolijamente ligadas.

Pronto los jóvenes se convirtieron en un matrimonio, Lin Hie abandonó la empresa del amigo de su padre. Intentó convencer a su padre de modernizarla y realizar algunas tareas como lo hacía su colega pero se negó rotundamente como en las anteriores oportu-

nidades, consideraba el trabajo en serie de menor calidad. Pero esa experiencia le enseñó cómo era la administración de una industria grande con empleados.

Lin Hie era un joven muy ordenado, combinaba sus tareas en la empresa del padre, incluyendo los pocos elementos que modernizaba. De forma astuta consultaba algo a su padre, una vez obtenida la respuesta le daba la razón e iba llevando la conversación de tal modo que su padre terminaba planteando la idea que Lin Hie quería llevar a cabo. Su estrategia era no contradecirlo, sino hacerle creer que la decisión que había tomado era de él. Y con los resultados positivos obtenidos Lin Hie lo miraba con admiración para afianzar más lo anteriormente resuelto.

En la comparación había llegado a la conclusión que era mucho más justa la relación que mantenía su padre con todos los empleados como socios. Al contrario a la de su amigo que contaba con empleados asalariados.

Los conocimientos de Lin Hie eran bastos, había sobresalido como alumno. Y con el don de la palabra el maestro lo iba convirtiendo en un experto en didáctica y oratoria.

Cada día más involucrado y con más responsabilidades lograba un crecimiento exponencial según los parámetros de su padre. Algo difícil de llevar a cabo en un sistema comercial abusivo engendrado por los británicos, puesto que el padre pretendía que sus trabajadores, los obreros, continuaran formando parte de la misma empresa sin llegar a convertirse en una compañía como tenía la mayoría de sus colegas.

La actividad social que había encarado Lin Hie era simple y sencilla, juntar jóvenes y eventualmente algunos hombres mayores y de avanzada edad, debatir sobre lo que sucedía en su tierra, los abusos de los británicos y la expropiación de sus propias tierras como era el caso de la isla de Hong Kong. Todo se reducía a tomar conciencia de lo que realmente estaba pasando. Llevar la información fehaciente contando los hechos tales como eran. Se reunían normalmente en un especie de galpón que su padre solía utilizar como depósito.

En una ocasión estaba reunido Lin Hie con cinco jóvenes y un hombre de unos cuarenta años. Debatían sobre la presencia invasora.

—Debemos tomar armas y aniquilarlos por sorpresa durante la noche —dijo un joven.

—¿Quiénes, nosotros seis? —preguntó Lin Hie.

—No, Lin Hie, con los otros grupos, organizados.

—No, esa no es la estrategia. Sumando todos seremos cincuenta, no contamos con conocimiento ni armas —le dijo Lin Hie.

—¿Y para que nos reunimos entonces? —preguntó el joven.

—Para esto, para saber y aprender —contestó el hombre mayor—. Para saber por qué llegamos a esto... —agregó.

—Exacto —siguió Lin Hie—. Estas charlas deben ser multiplicadores. Ustedes deben contar lo que aquí se aprende, la información es vital para nuestra nación.

—Pero si nos organizamos y somos muchos en unos meses podríamos atacarlos —comentó otro de los jóvenes.

—Las cosas se planifican durante años para que salgan bien, siempre contando con otro plan aparte del primero por si este falla. Debemos convencer para que esto no sea una batalla, sino para que sea una revolución... —dijo Lin Hie.

—Revolución... —repitió el hombre mayor, asintiendo con la cabeza—. Revolución...

Lin Hie y Jia Yi no querían tener hijos, algo poco común en esa época, era una decisión tomada en conjunto sin que nadie lo supiese, se negaban a tener hijos en una tierra dominada por extranjeros que abusaban de ellos.

De hecho no vivían ni con los padres de él ni con la familia de ella, vivían solos cerca de la fábrica, a unos cien metros en una pequeña casa que ellos habían arreglado, y a no más de ochocientos metros de la casa de la madre y hermana de ella.

Para 1850 el crecimiento del imperio británico era tan visible como proporcionalmente abusivo. Los tratados de Huangpu con los franceses y Wangxia con los estadounidenses eran extralimitados, injustos y avergonzantes.

Inglaterra pidió renegociar otra vez el tratado de Naking exigiendo libre comercio en toda China, abolir los impuestos a los británicos, regular el tráfico de esclavos indios (culíes), legalizar el opio y que el embajador inglés viva en Pekín, pues ya se le había negado.

Esto indignaba y enfurecía a Lin Hie que no entendía por qué el emperador permitía semejante falta de respeto. Aunque eran conscientes, con el grupo que había creado, que sus milicias estaban muy por debajo de los conocimientos bélicos de los británicos. No se podía comparar la experiencia de un pueblo que desde sus inicios había subsistido robando y saqueando, con un pueblo que sólo había tenido batallas internas sin haberse metido con ninguna otra nación.

En una de las reuniones de Lin Hie con los jóvenes, por momentos acalorada, se dio cuenta de lo que realmente sucedía: pese a las restricciones, estafas, sanciones, los chinos con su astucia y forma de trabajo seguían ganando más dinero en comparación que el gobierno británico.

## 1851

Se produjo una manifestación-rebelión Niam, llevada adelante por Tipin un grupo religioso nacionalista que bregaba por la igualdad de los sexos y sin divisiones de clases sociales.

Durante bastante tiempo idearon como formar una milicia paralela sin llegar a ningún resultado concreto.

Para 1854 el déficit inglés era de ocho millones de libras, pese a las desigualdad comercial exigida por los británicos no lograban igualar con la venta del opio, la venta de vasijas, té y seda.

Uno de los jóvenes que asistía a las reuniones convocadas por Lin Hie, muy capaz para los negocios y cuentas le confió:

—Seguro los británicos van a intentar algo y nuestro Emperador sabe de todo esto y lo que se viene.

—¿Lo sabe...? —preguntó Lin Hie.

En el barrio británico Lord Palmerson decidió presionar más al gobierno chino. Su solución era legalizar el opio en toda la nación, para él los locales eran seres incivilizados que necesitaban una paliza cada tanto.

Lin Hie soñaba en vano acercarse al Emperador. No era difícil sólo por lo que significaba una audiencia sino por la distancia, era imposible para ellos, no había forma de llegar a Pekín, además posiblemente jamás lo recibiría. Y no querían comprometer al maestro ya anciano y muy débil. Se dio cuenta que Cantón era un puerto muy importante y que se había transformado en el punto neurálgico.

Más tiempo pasaba, más se notaba la inestabilidad política, que no sólo los más observadores percibían. Aunque la gran mayoría, ya sea por desidia o por la alienación del trabajo, sólo observaban o miraban para otro lado.

Mientras las familias bregaban para lidiar con los avatares especulativos que producían las desigualdades comerciales para las exportaciones de las artesanías, entre ellas la familia de Lin Hie.

El tiempo pasaba aceleradamente sin pausa y los problemas económicos eran cada vez mayores para todos.

Lin Jian, el padre de Lin Hie no era un hábil comerciante, pero sí su mujer. Que si bien su educación y ética no le permitía poner en práctica su astucia innata, sugería constantemente a su marido de qué manera sortear las presiones abusivas por parte de los británicos. Este proceso de años era desgastante pero a su vez productivo, puesto que a cada paso aprendían un poco más de la psicología y mañas de los extranjeros. La experiencia que iban tomando anticipaba los fraudes pretendidos por los compradores y exportadores británicos y sus socios franceses y estadounidenses.

## **1856**

El 8 de octubre 1856, el 4553 del calendario chino, oficiales chinos abordaron el barco Arrow, un barco pirata utilizado como almacén flotante matriculado en Hong Kong, barco de bandera británica. Abordaron y arrearon la bandera británica, de inmediato fueron acusados de haber ultrajado su pabellón.

El cónsul británico en Canton, Harry Parker, exigió a Ye Mingchen Comisario Imperial y Virrey que libere a la tripulación.

La situación fue la excusa perfecta para atacar nuevamente a Cantón, a pesar que había chinos entre los trabajadores que estaban dentro del barco junto a algunos británicos e hindúes.

Lin Hie comentó a los jóvenes la situación que acaecía en el puerto esa misma noche, de inmediato supieron que los británicos tomarían el hecho como argumento para poder atacar e invadir aún más de lo que ya habían hecho. Idearon varios planes intentando que esto no sucediera pero lo improvisado del grupo no permitía llevar a cabo ninguna acción. Frustrados se preguntaban si la rebelión de Tapiing, que se venía llevando a cabo, influiría en algo.

Hong Xiuquan de la etnia hakka había fundado el Reino Celestial de la Gran Paz, habiendo formado un gran ejército y seguidores que asediaban al imperio Qing. Pero este contaba con el apoyo de Gran Bretaña y Francia, que tenían la obligación de defender sus tratados económicos y posiciones que habían ganado.

Llegaban las noticias de las batallas encarnizadas, que de una u otra manera iban debilitando el poder del Emperador.

Los descontentos populares por imposición de etnias de la minoría Manchú en la dinastía Qing y la minoría Hakka, hicieron que Hong Xiuquan un renombrado y odiado profesor, fuese líder de la rebelión Taiping. Su estrategia con el Reino Celestial de la Gran Paz era acercarse a los pobres de zonas rurales e influir en el pensamiento del pueblo, siendo tierra fértil para otro tipo de revolución.

La única manera era llegar hasta ellos aun no sabiendo de qué forma serían recibidos, pensaba Lin Hie.

En la casa del maestro Lin Hie le comentó de esto y que más tarde se reuniría con unos jóvenes entusiastas.

—¿Qué piensas, Lin Hie, sobre esta rebelión que se está llevando a cabo? —preguntó el maestro.

—No sé, maestro, no sé cuál es la intención, y si esta es buena o mala, lo que sé es que debilita a nuestro Emperador y eso no es bueno.

—Tal vez, mi querido discípulo, hay otros modos de gobierno que no has estudiado y que son mejores.

—Pero... ¿y nuestro Emperador?

—No nos adelantemos pero debemos estar abiertos a algo que proteja los intereses del pueblo y no de los más ricos, y menos aún de las potencias extranjeras. Y para eso hay que ser muy fuerte, determinado y estar dispuesto al sacrificio de generaciones para que algún día las próximas estén mejor.

El joven sin darse cuenta se estaba convirtiendo en un pequeño líder de aquellos a los que él hablaba e informaba. Su voz cálida pero enérgica, mirando a cada uno de los integrantes, lograba que lo escuchasen con atención y sin interrupciones, casi extasiados algunos y asombrados otros. Sabía que este era un buen momento para hacer algo pero carecía de información vital para ello. Se arrepentía de no haber participado de Jintian en enero de 1851, pero se había enterado tarde. Además tampoco hubiera ido, nunca dejaría a sus padres.

Su sentimiento contradictorio se le aparecía en su mente, sus pensamientos no eran claros dado su descontento con el manejo político del emperador pero eso a su vez no sentía bien quitarle el apoyo a su gobierno y nación. Lin Hie quería que el Emperador actuara a favor de su nación pero no tenía claro si era conveniente que otra fuerza le arrebatara su poder.

¿Hasta qué punto no sería conveniente que los británicos y franceses defendieran a su Emperador ante fuerzas de su propia nación?

El no contaba con el dinero ni otros medios para saber lo que sucedía en su vasta nación. Pero era más que evidente que había que unificar y acelerar las comunicaciones de alguna manera. Si bien las noticias llegaban medianamente rápido gracias a los mensajeros, jinetes altamente adiestrados que eran capaces de hacer 150 km por día, realizando paradas cortas para cambiar de caballo. Y los antiguos “buzones”, tubos de bambú flotando en los ríos transportados por la corriente, no eran confiables y ya no se utilizaban.

Estaba convencido de que había muchos habitantes que no tenían idea de todo lo que sucedía.

Unos días después, entre el 23 y el 25 de octubre los ingleses bombardearon y destruyeron cuatro fuertes de barrera. Ante el ataque Lin Hie con su grupo intervino activamente, era la primera vez que se atrevían a pelear de forma clandestina a modo de guerrilla, luchando codo a codo con el ejército pero con la precaución de no ser detectados ni reconocidos por ninguna de las partes.

Comenzaron tomando armas de los muertos en combate, siendo la mayoría expertos en Kung Fu lucharon con valor aniquilando varios británicos pero sin que esto mueva la balanza ya que los invasores estaban mucho mejor armados.

Luego de tres fatídicos días los chinos perecieron frente a los invasores sin más remedio que rendirse. Muchos de ellos se suicidaron ante la indigna situación y lo ultrajante que sería la venganza de los ingleses.

Las exigencias fueron múltiples, entre ellas ingresar a Cantón apropiándose definitivamente de la ciudad. El día 29 de octubre bombardearon destrozando todo. Los marinos abrieron un hueco

en la muralla de la ciudad, entraron a Cantón, izaron la bandera estadounidense en la muralla de la residencia de Ye Mingchen, y el cónsul estadounidense James Keenan tomó el mando.

Para los invasores el hecho de que los chinos defendieran sus intereses en su tierra era un acto de petulancia y soberbia que de ninguna manera ellos podrían permitir, puesto que no los consideraban ni siquiera personas. No sólo querían arrebatarse su tierra, colonizarlos y esclavizarlos, ahora era una cuestión de humillarlos.

El 6 de noviembre veintitrés juncos fueron destruidos mientras continuaba la destrucción de las casas de la ciudad y la matanza de civiles. Dos soldados británicos entraron a la fábrica de Lin Hie. El y su padre estaban estratégicamente escondidos esperando que alguno quisiera perpetrar su casa y familia. Uno de los ingleses caminó sigiloso entre las mesas de trabajo, en su mano traía encendida una pequeña antorcha, con la intención de prender fuego las instalaciones. Lin Hie saltó desde atrás de uno de los hornos y de un golpe certero le quebró el cuello. El otro, diez metros más atrás se dispuso a dispararle cuando el padre, pese a su edad, lo tomó con sus dos brazos y lo ahorcó de solo un movimiento preciso y casi imperceptible. En ese instante entró un tercer inglés que venía por la retaguardia con sigilo para atrapar algún chino desprevenido. Al ver la situación y sorprender a ambos con los cuerpos de los ingleses en el suelo apuntó con su arma a Lin Hie pero desde atrás Jia Yi le cortó la garganta con un cuchillo.

De inmediato sacaron los cuerpos por el costado dejándolos a unos cincuenta metros, limpiaron las huellas marcadas en el pasto del costado de la casa. Al entrar los tres la madre de Lin Hie, con uno de los artesanos que había llegado en ese momento, ya había limpiado la sangre de los tres soldados muertos.

Sería imposible que los culparan puesto que varios soldados británicos habían muerto en manos de los ciudadanos comunes en defensa de la violación a sus propiedades.

—No teman —les dijo el artesano—, yo me encargo, ustedes retirense.

El padre de Lin Hie se paró frente a su hijo que estaba junto a su joven esposa, apoyó cada una de sus manos sobre un hombro de la pareja y les dijo:

—Hijos, han tomado un camino difícil que yo en su momento tomé y luego con los años dejé. Lamentablemente para ustedes no es seguro quedarse aquí, al menos con nosotros. No los van a culpar a ustedes, son varios los enemigos muertos pero siempre serán más sospechosos los jóvenes que los ancianos... Me refiero a la ciudad, los británicos tienen espías y andan merodeando sobre las casas y más aún las pequeñas fábricas de artesanía como la nuestra. Seguro quieren saber sobre nuestra mercadería y la de nuestros colegas dueños de compañías importantes pero posiblemente les interese más las reuniones que ustedes hacen con otros jóvenes.

—Pero padre, es que nosotros....

—Soy tu padre, y no te estoy haciendo una observación, todo lo contrario. Me alegro y los felicito. Veo que las enseñanzas de tu maestro han germinado en tu mente y tu corazón.

—¿Tu has hablado con el maestro? —preguntó Lin Hie

—No hace falta que hablemos, él nunca te lo ha comentado pero nos conocemos bien. De algún modo él también fue mi maestro.

—Pero ni tú ni él me lo han dicho.

—No era necesario. Pero bien... —Hizo un silencio y agregó—. Es hora que te marches, hijo, lleva poco equipaje que los caminos que transitarán son escabrosos y hay que estar ligero de peso. Cuida con tu vida a tu mujer y tú a él como lo has demostrado hoy. El futuro de una nación lo forjan los jóvenes... Pasa primero por lo de tu maestro, debe entregarte algo.

Los padres hicieron entonces una reverencia que descolocó al hijo y la nuera. La madre de Lin Hie se acercó y apenas lo abrazó a él y luego a ella. No dijo una palabra pero su mirada decía todo sin hacer un sólo gesto.

Se dieron vuelta y se retiraron del lugar sin pronunciar una frase ni permitirse una lágrima. Sin decir adiós o tan siquiera un abrazo. Ambos jóvenes se marcharon hacia su casa para tomar lo indispensable y salir huyendo lo antes posible con sus dos caballos. No sabían dónde ir, sólo que pasarían un instante por la casa del maestro.

Tarde, mientras la ciudad se reponía del bombardeo, muertes y saqueos, llegaron ambos a la casa del maestro. Se acercaron lentamente con la intención de llamar sin hacer demasiado ruido. Al acercarse a la puerta desde adentro se oyó:

—Adelante, está abierto, los estaba esperando —el maestro semi recostado les hizo señas con su mano para que se acerquen.

—Maestro... —No lo dejó terminar.

—Ven... entra y trae a tu mujer. Ya lo sé. No hables, no hay tiempo. ¿En qué viajan?

—A caballo.

—¿Ambos? ¿Sabes montar bien mujer?

—Sí, maestro —respondió ella con la cabeza gacha.

—Y tengo entendido que también manejar la daga. Aquí las noticias corren rápido pero por suerte no todas llegan a los británicos. Toma esto —dijo entregándole a él una tela con una figura extraña—. Diríjense al norte hasta el condado distante, es un asentamiento de minorías Baiyue, es el condado de Qingyuan. Ahí los estará esperando sobre la costa del río Bei Jiang un hombre, Haoyu. Él los va a guiar hasta donde ustedes se deben dirigir. Los caminos largos y sinuosos son los que más nos enseñan, no es importante la meta. Lo realmente importante es lo que se aprende transitando y lo que dejas tú en ese camino. Nada pasa inadvertido para todos, siempre dejas algo a alguien.

El anciano trató de acomodar su cuello por el dolor.

—Hacia el norte podrán ver las montañas verdes, ese será luego su camino. Se encontrarán con otros dialectos, aquí hablamos cantones, pero más al norte hay diferentes. He intentado enseñarte algunos y aunque no eres bueno para entenderlos, eres mucho mejor para convencer.

No entendieron pero tampoco preguntaron.

—Es que no sabemos a dónde huir —dijo entonces Lin Hie.

—Lo más lejos posible hacia el norte y luego al este. Pronto vendrá el invierno. Y recuerden: ustedes no están huyendo. Ustedes se están dirigiendo hacia su futuro, hacia la gran ciudad, ahí deben hacer muchas cosas ya escritas. Vuestros ancestros los acompañarán... Su viaje no será solo huir para proteger sus vidas, aprovechen para difundir lo que sucede. La gaceta oficial Jin Zou Yuan Zhuang miente, los tabloides son incompletos, ocultan y además la mayoría de la gente no sabe leer. Cuenten ustedes lo que pasa, cómo pasa, por qué y qué puede suceder porque el boletín judicial no sirve para nada.

—Pero nosotros no conocemos a nadie. ¿Y hacia el este, la capital? Es lejos y más peligroso.

—Hay gente que ya está advertida sobre ustedes... ¡Vamos rápido, no hay tiempo que perder! Tomen derecho hacia el norte, el camino los llevará.

—Debo ir a advertir a mi madre y hermana, ¿quién las cuidará? —dijo Jia Yi.

—No, de ninguna manera. No podrás partir, el dolor será más grande aún. Vete. Nosotros nos encargaremos de asistir y ayudar a tu madre y hermana. Junto con el padre de Lin Hie y un amigo médico nos encargaremos.

Ella no dijo nada, bajó la cabeza y sus ojos se llenaron de tristeza y lágrimas.

La distancia entre ambas ciudades no era mucha, unos ochenta kilómetros aproximadamente. Tardarían un día según lo calculado por el joven matrimonio, aunque el maestro les había advertido dos días y medio en llegar puesto que si bien ella sabía montar, no era tan hábil para cabalgar rápido, además podrían generar sospechas dos personas dirigiéndose al norte a toda prisa.

Los ingleses por su lado decidieron volver con sus embarcaciones a Hong Kong, el pueblo no entendía el accionar errante de los invasores que por momentos desconcertaba a los más viejos. Pero ya los más jóvenes no se dejaban engañar, sabían que esta gente no daba pasos en falso. Si se retiraban hacia la isla por algo sería. Además quedaba parte de sus fuerzas que cada tanto producía un pequeño ataque como para que los ciudadanos no tuvieran la ocurrencia de intentar defenderse, hostigando a los más ancianos y niños que hasta temían caminar por las calles de su propia ciudad. Mediante actos de faltas de respeto amedrentaban a los ciudadanos, produciendo un temor inquietante más que nada a las familias que por naturaleza eran pacíficas.

## **1. QINGYUAN**

Era noviembre cuando partieron. De inmediato luego de despedirse del maestro, cerca de la media noche. Era la primera vez que Lin Hie haría un camino largo, sólo había viajado a las afueras

de la ciudad pero nunca a otra. Aunque fue mucho más sorprendente para su esposa pues ella solo conocía los alrededores de su casa. Lo más lejos era haber llegado hasta el puerto en muy pocas ocasiones, de hecho no conocía toda la ciudad, siempre se había movido en pocas cuadras.

Se dedicaba a trabajar para ayudar a su madre longeva que había quedado embarazada de ella y su hermana, dos años menor, a una edad muy avanzada.

Su madre no pretendía que ellas la cuidaran, no existía esa exigencia y tampoco le buscaba una pareja por su condición social, que era muy baja. No le preocupaba que contrajera matrimonio. Además de no estar en desacuerdo con los matrimonios arreglados. Ella había nacido y se había criado en una familia que salía de la tradición común.

En mitad del viaje pudieron observar hacia el este unas pequeñas montañas, gran vegetación y otras pequeñas sierras que no les fue difícil pasar.

Al ir acercándose a la ciudad, luego de viajar durante toda la noche, vieron asomarse el sol entre las sierras formando figuras y sombras, parecían tomar vida, moverse. Y una brisa fresca les vaticinaba que el invierno se aproximaba. Pasaron algunos arroyos pequeños y algunas lagunas que rodearon, y a lo lejos observaron el ancho río, y detrás de él, mucho más lejos, inmensas montañas.

Casi en la entrada del condado, donde se divisaban algunas viviendas de la periferia, el joven Lin Hie advirtió un tigre a unos cien metros de ellos, del lado derecho, el este.

*¿Qué hace un tigre aquí, tan al sur y cerca de la ciudad?* se dijo. Evidentemente el viaje no sería lo que esperaba. Nunca había visto uno, sólo dibujos. Pero más allá del temor era un gran augurio, un tigre les daría buena suerte si es que no los atacaba.

—Continúa lento y sin mirar hacia mi costado —le dijo Lin Hie a Jia Yi.

—¿Qué sucede, algún soldado extranjero?

—No... —dijo sonriendo—. Nada tan grave, sólo un tigre descansando pero pequeño... —agregó en forma burlona.

—¡Un tigre! —exclamó aterrorizada en su tono de voz pero sin pestañear. Nunca había visto uno tampoco.

—Es un tigre del sur, me habían hablado de ellos —siguió Lin Hie disimulando su temor—, si no haces ruido y continuas caminando tranquila sin asustar al caballo no nos hará nada. Está tranquilo, observando como hemos invadido su lugar. Los animales huyen del ruido de las grandes ciudades. Pero este debe haberse acostumbrado a la caza fácil de animales de corral del condado.

Así pasaron sólo a unos 20 metros del felino que los observó sin siquiera moverse, recostado los siguió con sus ojos y orejas hasta que desaparecieron.

Llegaron al condado, precisamente el asentamiento más poblado de Qingyuan, tras unas catorce horas de viaje a paso lento de los caballos.

Notó que la comunidad estaba compuesta por población de las minorías Baiyue, antiguos pobladores. Su maestro le había enseñado que eran varios pueblos que vivieron en esas zonas miles de años atrás.

El río no solamente dividía el pequeño condado en dos, también dividía a las etnias aunque en admirable armonía.

Acercándose al río se encontraron con otro mucho más angosto que venía del norte y una isla ovalada en el medio, formada por tres orillas. Luego de recorrer el lado sur encontraron un lugar para poder pasar descansar, almorzar y prepararse para la noche.

No sabían cómo encontrar al hombre que el maestro les había dicho. De qué forma esperarían que esta persona los abordara. Sólo les quedaba esperar y caminar en las orillas del río del norte, (río Jiang o Bei Jiang). Un río de unos 40 m de ancho con una gran vegetación en sus orillas. Lin Hie lo conocía porque lo había estudiado, era el más largo de la zona.

—Dormiremos en ese cobertizo abandonado, al menos ahí nos repararemos de la humedad —dijo Lin Hie.

Al llegar la noche, caminando a orillas del río, vieron un hombre alto, sin coleta, vestido con ropas extrañas, parado junto a un caballo unos cien metros frente a ellos. Los observaba fijamente.

Fingieron no verlo y continuaron caminando junto a la orilla. Luego de recorrer unas cuatro veces las costas sur del río la voz de aquel hombre salió de las tinieblas. Con tono ronco y grave pronunció el nombre de Lin Hie.

Fue él quien los reconoció y que de a poco sigilosamente se fue acercando. Lin Hie que también lo observaba cauteloso sin decir nada a su esposa, estaba preparado con su daga que, una daga ancha que llevaba oculta entre sus ropas, un hanfu color gris desdeñado.

—Lin Hie... venga... —le dijo el hombre detenido frente a ellos desde unos 50 metros.

Ambos jóvenes se quedaron quietos, con temor, no confiaban en nadie. El hombre estaba parado y junto a él una grulla atada de cuello negro. Alto, corpulento, de rostro duro y un delgado bigote largo que tapaba la comisura de sus labios. Una cicatriz que desde la frente pasando por su párpado derecho iba hasta casi el cuello hacían su mirada torva y amenazante. Del cinto que le ajustaba el hanfu una espada jian dentro de su vaina.

—Tienen un mensaje para mí, quiero verlo —dijo mientras observaba fijamente a Jia Yi—. Nunca te han vendado los pies —Lin Hie lo miraba preparado para defender a su mujer en caso que aquel hombre quisiera atacarla.

Con reserva se acercaron y le entregaron el símbolo que ellos desconocían. Los observó largamente de arriba abajo.

—En algunos lugares no se usa vendarse los pies. Seguro trabajas en el campo —dijo mirando ahora fijo al joven mientras le hablaba a ella—. Es bueno que las mujeres también luchen. Va a ser difícil, me habían hablado de esta niña. Ya hubo muchas mujeres que lucharon como hombre, tal es el caso de Fú Háo, (Mú Xín).

La joven pareja se miró pensando que se refería a como había defendido a su marido y suegro. ¿Pero cómo había llegado la noticia hasta ahí?

—A veces, en escasas ocasiones los seres humanos realizan algo que les surge de repente o que le son naturales pero que con el tiempo son ejemplos y forman precedentes —giró su cabeza y la miró nuevamente a ella sin pestañear.

—Tú no eres de aquí, eres de tierras lejanas del noroeste —le dijo. Ella no contestó, Lin Hie la observó sin decir palabra y sin entender a qué se refería.

—Tienen un largo camino hasta la próxima ciudad... pero mucho más lejos es donde concluye. No pueden acercarse a la cos-

ta, nunca deben ir hacia el sur o al este, nunca hacia el sol naciente, los caminos son peligrosos hacia el noreste. Se van a encontrar con grandes ríos, anchos y profundos. Altas montañas y escabrosos riscos. Deben tener cuidado. Los animales más al norte son más feroces y la vegetación más difícil de sortear. No van a poder viajar continuamente por los caminos ya establecidos. No pueden tomar únicamente las rutas o senderos. Deberán hacer ustedes sus propios senderos y dejar huella en un camino nuevo. —Mientras hablaba sacó de una de sus mangas otra tela de color amarillo como la que le había entregado a Lin Hie el maestro pero con otro símbolo extraño.

Unió las dos telas y el símbolo tomó una forma como de dragón sin llegar a serlo por completo.

—Este símbolo lo irán comprendiendo a medida que avancen los distintos caminos que se les presenten. Les puede llegar a salvar la vida pero también quitárselas.

—¿Qué dice, qué es? —preguntó Lin Hie—. Parece un dragón mal dibujado.

—Sólo es un símbolo formado por palabras incomprensibles. —Hubo un largo e incómodo silencio—. Pero también indica hacia dónde se deben dirigir, es un mapa y lleva un mensaje para quien lo pueda entender. Yo desconozco qué dice y que indica. Sólo sé que estos símbolos indican el camino a la liberación.

—Lo que a esa grulla de cuello negro tal vez le falte —comentó Lin Hie mirando al ave.

—No es de aquí, da buena suerte —respondió el hombre.

—Lo sé, es de la zona del Tíbet, de las mesetas. Este clima no le hace bien. Aunque la suerte será para usted, para ella sería que la deje libre.

Otro silencio. El hombre observó a Lin Hie.

—Es usted cómo lo habían descripto. Son ustedes muy jóvenes y aunque le pese a los ancianos para cambiar algunos de los errores se necesita de jóvenes. Veremos si es buena la decisión.

No entendieron lo que quiso decir. La conversación les traía más dudas que certezas. Pero al menos Lin Hie salió airoso del momento al haber hablado del ave.

—Sí, parece un dragón —agregó Lin Hie observando la tela—. O tal vez una grulla y un dragón —agregó.

—¿Seguro? —El hombre lo dio vuelta—, aunque también parece un mapa... O simplemente un salvoconducto. —Y agregó—. O tal vez sean símbolos ancestrales que sólo algunos conocen y que revelaran el contenido según pase el tiempo y la distancia.

Hubo otro silencio.

—Deben quedarse un tiempo aquí y aprender, deben conocer a la gente y su trabajo. Deben contar lo que sucede en Cantón, no todos lo saben y a algunos no les interesa. No es solamente contar, es también dejar la semilla para que germine la inquietud de saber... En cada lugar que encuentren un asentamiento de gente lleven su palabra. Cuenten qué pasa en Cantón, hablen sobre la muerte del opio. Como es la sustancia negra. Quédense, trabajen, coman y duerman con esa gente. Esa es la única manera de conocer las necesidades del pueblo y de qué manera llegar a ellos respetando sus costumbres. —Y por último les dijo—: No me verán más, no me busquen... pero antes de irse, córtate la coleta.

Lin Hie no respondió.

—No le debes sumisión a nadie. Ninguna etnia le debe nada a otra. Pero como quieras, tú lo decides. —Guardó silencio.

—¿Y cuándo debemos partir? —preguntó Lin Hie.

—Ustedes mismos se darán cuenta del momento exacto. Vayan hasta donde el río gira, ahí dos hombres los van a cruzar, luego les alcanzarán los caballos. Irán del lado norte. Hay una casa frente a donde los van a bajar. Los estarán esperando. Ahí vivirán y trabajarán. Deben ocultarse, seguro ya saben de ustedes... Cuando lleguen a la próxima ciudad van a quedarse también en un lugar y el otro —dijo mientras le entregaba las telas—. Observen, estos son símbolos secretos que sólo algunos entienden pero a la vez sirve de mapa que los va a ir guiando. Pero no es mapa de rutas. En realidad sí pero sólo de algunas. Irán aprendiendo. Sólo les diré que el dragón mira hacia el noreste, su cabeza está en Pekín. Estamos en la cola, miren sus garras como se abren, sus alas hasta donde llegan y su lengua bífida extendida. El fuego que brota de su garganta con sus fauces abiertas defendiendo su espacio. Con el tiempo van a entender estos símbolos. Lamentablemente desconozco la mayoría y no los puedo ayudar más.

—Pero queremos saber qué significan —dijo Lin Hie.

—Todavía no es momento. Y recuerden, en cada lugar al que vayan los contactaran otros hombres y ellos les dirán qué hacer.

El hombre misterioso se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad.

Al quedar sólo Jian Yi tomó ambas telas, las puso a trasluz con la luna uniendo las partes del dragón.

—Sí, parece un dragón formado por distintos símbolos que se unen. Pero cada uno es un signo en sí mismo. Se quedó pensando un momento haciendo memoria—. Parece nü shu.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso Lin Hie.

—Una pariente de mi madre, una mujer, era muy pequeña, hablaba del Nüshu. Era solo un idioma para mujeres Jie Bai.

—No entiendo.

—Es un pacto de hermandad. Nunca lo comprendí ni me interesó. No es solo un dragón lo que aparenta ser. Dice algo y es un mapa al mismo tiempo.

—No entiendo porque utilizarían algo así las mujeres —dijo Lin Hie.

—Porque es mucho más difícil para los hombres comprenderlo. Seguramente encontraré a alguna anciana que me enseñe a comprenderlo. Pues ya casi no se utiliza —respondió Jia Yi.

Caminaron hasta la curva del río donde los dos jóvenes los esperaban y los cruzaron. Del otro lado de la orilla había dos ancianas detenidas observando. Sin hablar y apenas con señas los llevaron hasta su casa. Les dieron de cenar y abrigo pese a la noche calurosa y húmeda.

Muy temprano al día siguiente le ordenaron a él trabajar en la granja y a ella en un telar para confeccionar prendas de vestir. Ninguno de los dos había hecho alguno de esos trabajos.

Al poco tiempo él comprendió los ciclos reproductivos de gallinas, patos, pavos y gansos. El cuidado de las pocas cabras que tenían las ancianas y cómo cosechar las lechugas wosun de tallo grueso.

Ella por otro lado aprendió a tejer con un telar de doble pie que nunca había visto y debía ser manipulado por dos personas. Puesto que el que tenía su madre era simple.

El tiempo que se quedaron en la casa donde le dieron cobijo las dos ancianas fue de unos cuatro meses aproximadamente. Por momentos se les hacía largo, sentían que no aprendían y tampoco entendían qué aprender, quitando tejer y los trabajos de la granja. Sin embargo, las veces que se disponían a partir, algo sucedía que los detenía. Brindándoles siempre alguna nueva experiencia.

Una tarde mientras las dos ancianas cocinaban junto a Jia Yi una de ellas le dijo:

—Cerca de aquí se encuentra el templo De Feilai.

Ella no contestó.

—Debes ir, si tienes miedo te acompañamos.

Jian Yi se quedó mirando a la anciana mientras la otra continuaba con su tarea de limpiar el pescado.

—Crees... es tu creencia. Y este es el lugar correcto y más importante para que te acerques.

—Gracias, —dijo la joven—, mañana iremos.

Al otro día las tres se dirigieron al templo. A medida que se acercaban a la orilla un clima de misterio invadía el lugar. La bruma sobre el agua se extendía producto de la excesiva humedad hasta el templo, y mojaba sus pies. Mientras ella se acercó las ancianas se quedaron detrás a una distancia prudencial.

Se adentró en el templo y sintió pureza en su interior, al tocar sus columnas y quedar frente al Buda y el río a su espalda se sintió en paz. Pensó en su madre y hermana, con dificultad intentó recordar a su padre.

Al volver con ellas luego de meditar esperaba que le dijeran algo pero mantuvieron respetuoso silencio.

—No se acercaron —dijo ella.

—Creemos en la enseñanza del camino que nos dice el maestro Lao-Tse —reflexionó una de las ancianas.

—Gracias entonces por acompañarme —les dijo Jia Yi.

—¿Y cuál es el mensaje? —preguntó la otra anciana.

—Gautama nos presenta la paz y armonía y siento que este viaje con Lin Hie es justamente eso, paz y armonía —contestó con humildad Jia Yi.

Pasados los meses, prontos a partir con todo listo, hasta sus caballos, a una de las ancianas por accidente se le prendió fuego una parte de la casa. El fuego se produjo en una distracción al cocinar. Entre los cuatro lo apagaron, no llegó a destruir demasiado pero lo suficiente para que ellas solas no pudieran repararlo.

Si bien Lin Hie había arreglado la suya cuando se fue a vivir con Jia Yi, jamás había apagado un incendio y menos vuelto a construir una pared. Sabía trabajar algo la madera pero jamás había construido sus propios ladrillos, mezcla de barro y arcilla que dejaban secar al sol en pequeños moldes. Pues así lo hizo, las ancianas le enseñaron cómo fabricarlos, y luego los pegó levantando nuevamente la pared.

Así fue pasando el invierno y cuando estuvieron casi listos se dieron cuenta de todo lo aprendido.

La última noche mientras Jia Yi acomodaba un bolso como pequeño equipaje, una de las ancianas con la cual había cocinado le dijo que se acerque.

—Ven. Nuestra nación tiene varios dialectos pero lamentablemente muchos hombres malos dominan la mayoría de ellos. Te voy a enseñar un idioma que no se escribe pero le hemos creado algunos símbolos.

—¿El nü shu? —preguntó Jia Yi.

—¿Has escuchado de él?

—Alguna vez...

—Pues si lo entienden tú, tu marido y nadie más, les puede llegar a servir en algún momento.

Jia Yi tenía una capacidad innata para comprender idiomas pese a que su educación había sido casi nula. En solo dos horas las ancianas le explicaron, más lo poco que recordaba que había escuchado, casi lo dominaba por completo, le era fácil, sencillo y familiar. De esa manera pronto lo comprendió y ella misma creó un par de símbolos.

Habían preparado su viaje para partir temprano al día siguiente pero habían entendido que por más planes que se hagan, todo iba a salir como tendría que salir. Iban aprendiendo que hay un plan...

—¿Qué opinan ustedes sobre los británicos? —preguntó a las ancianas mientras tejían y practicaban el idioma.

—Nada —respondió una.

—No me gustan mucho los extranjeros —contestó la otra.

—¿Saben ustedes que son ellos los que introducen el opio? —preguntó Jia Yi.

—¿Qué es eso? —repreguntó la más anciana.

—Lo que consumen los jóvenes —contestó la hermana menor. Un silencio y otra consulta—. ¿Ellos traen esa sustancia maligna?

—Sí, —contestó Jia Yi—. Por eso debemos estar juntos y preparados para algún día sacarlo de la nación. Ustedes deben contarles a todos lo que sucede. —Las hermanas se miraron serias.

—Haremos lo que podamos... —contestó la más joven.

Con la reconstrucción terminada y refaccionada de la vivienda, partieron, no sin antes reconocer todo lo aprendido.

La escasa distancia de una ciudad tan grande como Cantón a esta más pequeña les mostró algunas costumbres que eran muy diferentes. ¿Con qué se encontrarían después si con pocos kilómetros todo aparentaba tanta diferencia?

## 2. SHAOGUAN

Al iniciar el viaje temprano al alba de inmediato se dieron cuenta que la advertencia de las ancianas sobre el camino no eran mentiras ni exageraciones. A los pocos kilómetros de haber dejado la ciudad el camino se puso complejo para la poca experiencia de la joven pareja.

Tenían en cuenta las palabras de aquel hombre sobre abrir distintos caminos pero les atemorizaba lo desconocido y lo difícil que se iba poniendo la geografía avanzando hacia el norte.

Les habían sugerido no ir por el camino sino tomar un viejo sendero angosto paralelo a unos dos kilómetros de distancia uno del otro.

—Es necesario enseñarle a las comunidades lo que sucede pero con la verdad, ¿cómo lograr que lo imaginen, que visualicen lo que no ven? Si se pudiera mostrar verazmente lo que sucede sería más fácil que lo entiendan —comentó Lin Hie. Y tras un momento de reflexión, continuó—. No sé si lo que pudimos divulgar a las her-

manas y a los pocos trabajadores que vimos fue suficiente y de la manera correcta. Por otro lado, no está claro quién aprendió más, si ellos o nosotros. Tal vez sea verdad lo que decía el maestro, que cuando se enseña se aprende.

—¿Acaso dudas de lo que ha dicho tu maestro? —dijo Jia Yi.

Mientras cabalgaba las palabras de Jia Yi le quedaron a Lin Hie en su cabeza.

*¿Me atreveré a dudar?* Pensó Lin Hie.

—¿Crees entonces que lo hicimos mal, que no lo hice bien? —dijo él con dudas.

—No lo sé... —respondió Jia Yi.

—Una vez el maestro me dijo que estudiara para ser maestro, para enseñar. Y también me explicó que los resultados de enseñar son los más lentos, que no se ven de inmediato.

—Si haces bien el trabajo de divulgar, es una manera de enseñar —dijo Jia Yi.

—El maestro me dijo cierta noche que enseñar tiene un resultado con incógnita, pues sabes si has hecho bien tu trabajo no por una prueba del conocimiento dado, sino por lo que hace esa persona a lo largo del tiempo, y eso solamente puede comprobarse años después.

Ella no respondió de inmediato.

—¿Dices entonces que si tú le enseñas a alguien a cabalgar y un día se cae la culpa es tuya? No creo que sea así, no estoy de acuerdo, es absurdo. Debería ser responsabilidad de quién aprendió y aplicó mal lo que le enseñaron —dijo la joven y agregó—. Le estarías quitando a esa persona la posibilidad de demostrar no sólo lo aprendido, pericia y experiencia a través del tiempo, sino que también le estarías quitando la posibilidad de demostrar su responsabilidad y honestidad.

Lin Jie no dijo nada y se quedó meditando en lo dicho por su esposa. Al rato agregó.

—Hace muchos años existió una especie de gaceta durante la dinastía Tang, llamada jin Zou Yuan Zhuang en la corte imperial. Parecido al gong menchao, el boletín oficial de hoy. Tal vez pienso que si existiera una gaceta que divulgue las noticias y le llegue al pueblo la realidad...

—No te lo permitirían, los británicos te apresarían y quitarían de las calles la información. Por otro lado, muchos no saben leer —respondió Jia Yi.

—Es verdad, además fundarían ellos su propia gaceta para desinformar. O lo que sería mucho peor sobornarían a algunos compatriotas nuestros para que mientan y engañen por un poco de plata o poder —dijo Lin Hie—. Por lo tanto debe ir de forma pareja la enseñanza con la información. Todo el pueblo debe saber leer, toda la nación. Y a su vez debe estar informada pero con la suficiente cultura e instrucción de poder entender, discernir lo que leen para no ser engañados.

Jia Yi lo observó con gesto de indulgencia y benevolencia.

Viveres les sobaban, además Jia Yi era una gran conocedora de hierbas que se podían consumir, sumado a Lin Hie, que si bien no era muy diestro en la cocina era un hábil cazador, pescador y conocedor de todo tipo de animales, mamíferos, reptiles e insectos que fueran lo suficientemente nutritivos.

Al avanzar más al norte los esperaba otra pequeña ciudad a unos ciento cincuenta kilómetros, Shaoguan.

Los pasajes del camino eran angostos, por momentos senderos estrechos y llenos de maleza. Lo que ponía en duda si era el correcto, en todo momento estaban rodeados de sierras y montañas. Algunos tramos seguían la ruta de los jinetes que llevaban la correspondencia. Pero el temor por lo que pudieran hacerles era grande.

En la primera parte intentaron seguir el camino del río hacia el norte pero se les hacía demasiado complejo. Llegado el anochecer se detuvieron y armaron un pequeño campamento. Sería la primera noche que dormirían a cielo abierto.

Lin Hie encendió un pequeño fuego con unos fósforos que le había entregado el maestro. Si bien eran muy antiguos en su diseño, el maestro le había provisto de unos realizados con palillos de pino impregnados en azufre. Costaba más tiempo en encenderlo pero según el maestro eran más seguros y no se humedecían.

Le dijo a su esposa que descansara tranquila que él haría guardia durante toda la noche. No sólo por soldados ingleses que pudieran merodear el lugar, también temía a los tigres del sur que se podrían hallar por la zona, así como las jaurías de lobos.

—No me cuidarás tú a mí durante toda la noche, nos turnaremos —dijo Jia Yi.

—No, no podrás si viene un...

—Dije que no.

No hubo forma de convencerla.

Al otro día desayunaron y partieron con poco diálogo. Lin Hie confirmaba que su esposa era mucho más de lo que había supuesto.

Sólo un pequeño trecho pudieron costear el río. Por momentos pensaban que cruzaban otros ríos, sin embargo era el mismo Bei Jian que serpenteaba cual pitón nadando, largo, ancho, sinuoso, exuberante, hermoso y a la vez atemorizante.

Para atravesarlo Lin Hie se introducía primero comprobando la profundidad y si era factible pasaban los caballos. De no ser así intentaban en otro sitio hasta hallar el adecuado. A lo largo del camino se encontraban con pequeños asentamientos de grupos familiares que les indicaban por dónde cruzar, tal el caso de puentes de madera o piedra, o incluso los ayudaban a hacerlo.

De espectaculares paisajes que jamás hubieran imaginado, teniendo en cuenta lo llano de Cantón, a lugares con sierras y una vegetación abundante, bella y frondosa.

Parte del recorrido lo realizaron por un largo valle donde se encontraba el camino. Intentaban salirse de él como les habían sugerido, la amplitud los dejaba al descubierto exponiéndolos a ser atrapados, si en tal caso los estuvieran buscando. Pese a los cuidados el temor los tenía alertas y nerviosos.

Luego de varias horas, exhaustos, llegaron a la unión de dos grandes ríos, eran el Wu y Zhen, que formaban el río Bei Jiang, o Zhen Jian, dividiendo al pueblo en tres partes. Las costas del este y oeste y una en el centro mirando hacia el norte. Era un pequeño valle rodeado de montañas verdes que se entrelazaban entre ellas formando casi una trenza.

Tardaron cinco días en llegar a la ciudad, la veían desde lejos en los momentos que se encontraban en las mesetas que formaban las sierras pero nunca terminaban de alcanzarla.

A partir de la tercera noche ya se pusieron diestros en como armar el campamento rápido y seguro. Pero lo más importante iban tomando confianza en ellos mismos.

Al quinto día de viaje, durante la mañana vieron de lejos una escena paradisíaca, era el pueblo. Un majestuoso río que pronto se volvió complejo de pasar.

Ya casi a orillas del río un joven se les cruzó en el camino saliendo a su paso, justo en el momento de intentar cruzar el segundo río, ya que no habían logrado ver el caserío que se encontraba entre ambos cauces de agua.

—¿Son mensajeros o peregrinos de la religión extranjera? —preguntó el joven mientras se acercaba a ellos.

Sorprendidos ante el imprevisto encuentro respondió Lin Hie.

—No, no que sepamos... No somos Ching Pao, —respondió Lin Hie intentando indagar si era a lo que se refería. Un silencio y ante la falta de respuesta preguntó—. ¿Mensajeros de qué seríamos? —dijo dudando y con perspicacia Lin Hie.

—No lo sé. Ustedes deberían saberlo —respondió cauto y desconfiado el joven—. Lo que si es seguro que no vienen a imponernos otra religión como lo han intentado. Además los ching pao no existen hace años, los mensajeros son oficiales de correo. Y por lo que puedo observar usted no es un oficial, —acotó el joven—. Sólo pregunté para verificar.

—Verificar ¿qué? —preguntó Lin Hie.

El joven ignoró la pregunta.

—Esta ciudad alberga el conocimiento de un sacerdote jesuita, el maestro Mateo Ricci. Un extranjero de la creencia de la cruz. Aunque aquí están mejor guardadas las enseñanzas del sexto patriarca budista Zen Huineng.

—He conocido en Cantón a sacerdotes católicos y budistas, no sabía que aquí había de ellos.

—Aquí conviven las enseñanzas buenas... y varias etnias. Hay un pequeño grupo uigur.

Luego de un silencio Lin Hie explicó:

—No somos mensajeros ni religiosos pero aquí tengo esto —dijo tomando valor y no sabiendo qué esperar, mostrándole una de las telas al joven que la tomó con ambas manos y la abrió.

—No se lo que significa, aunque me parece que debiera ir acompañada de una parte faltante —dijo devolviendo la tela nuevamente doblada y con total menosprecio de la misma sin siquiera

mirarlos—. Pero le recomiendo que la guarde bien, en algún momento, si dice algo importante, le puede salvar la vida o quitársela. —Y por lo bajo agregó—: No aquí en las afueras pero en el centro de la ciudad sí. Hay mucha gente y no se conoce a todos...

Era obvio que el joven sabía qué significaba pero ante la duda Lin Hie no preguntó más:

—O quitármela si dice algo no muy conveniente —dijo murmurando.

Varias viviendas precedían el casco de la ciudad y el joven los llevó hasta una donde había un viejo sentado en la entrada. Dejó a la pareja a unos 20 metros y habló con el hombre en voz baja, casi al oído. Ellos desde lejos hicieron una reverencia kowtow, sólo inclinando su cabeza.

El hombre le dijo algo en voz baja también. El joven se acercó a ellos.

—Necesita ver ese mensaje —Lin Hie sacó la misma que le había mostrado en el camino—. No, las dos...

Lin Hie se las entregó de mala gana, el joven se las alcanzó al viejo que se levantó y miró a las dos juntos contra el sol. Se acercó al joven y le volvió a hablar al oído.

De inmediato el joven se acercó a ellos, les devolvió las telas y los llevó hasta una pequeña choza a unos trescientos metros.

—Vivirán aquí y trabajarán para el hombre a partir de mañana —y se retiró sin más.

Se acomodaron y al rato el joven les alcanzó algo para cenar retirándose sin decir palabra.

Esa noche descansaron bien, el invierno iba llegando a su fin, no hacía frío, excepto en las montañas que habían pasado.

A la mañana siguiente el joven se apareció antes del alba, golpeó y esperó. Lin Hie se levantó de inmediato y de un sobresalto. Sin preámbulos impartió las tareas. Ambos trabajarían en el campo, siembra y cosecha, cuidado de animales y preparación de alimentos.

Pronto se evidenció el trabajo duro y agotador. Esto no era una granja pequeña como la anterior de las hermanas ancianas, aquí había grandes extensiones de tierra sembrada, muchos animales y gran cantidad de trabajadores.

Era a la vez la mejor manera de poder dialogar con los campesinos. Acercarse a los hombres y mujeres no era fácil, eran pocos y casi no hablaban con ellos. La ocasión no la podían perder, había varias personas a quien informar lo que venía sucediendo en Cantón. Con el correr de los días se fueron acercando a los trabajadores y tomando confianza, descubriendo que eran amables y tímidos. Y tal vez por temor a forasteros se mostraban reacios al principio.

Mientras labraban la tierra al final del invierno, por momentos la humedad era sofocante. Lin Hie buscó quién era el líder, si es que había. O al menos el de una personalidad avasallante y confiada. Lo encontró, era un hombre de unos treinta años, quien sirvió de nexo entre los más jóvenes y los más viejos. Rudo pero accesible, pronto entendió lo que le explicaba Lin Hie.

—Seguramente la gente de la ciudad esto lo sabe pero aquí en el campo no nos llega la información. O tal vez a los dueños de largas extensiones de tierra no les conviene que lo sepamos. No es lo mismo ser propietario de un lugar pequeño para nuestro uso, de nuestras familias, que aquellos que tienen mucho lugar y gente trabajando para ellos y que venden sus productos en la ciudad

—¿El anciano que vive cerca de la entrada es el dueño? —indagó Lin Hie.

—No, es quién nos dirige, es un hombre bueno y siempre le está pidiendo al dueño que nos pague mejor a nosotros.

Lin Hie pronto comprendió que, lo que sucedía en la ciudad con las grandes compañías y sus empleados, se repetía en el campo. La mayoría de los poderosos tenían mal pagos y con malos tratos a sus trabajadores. Si no era por alguien que intercediese por ellos, como en este caso el viejo, sería aún peor.

Comenzó a realizar reuniones al anochecer y les contaba de lo sucedido en Cantón y en la capital. Muchos se sorprendían, otros no le daban importancia.

Lin Hie comprendió que además de informar debía hacer tomar conciencia de lo sucedido, pero esta tarea era mucho más compleja, había que enseñar la responsabilidad que tiene el ciudadano frente a la nación. Y no sabía si contaría con el tiempo necesario y lo lograría.

—El extranjero hace reuniones —le dijo en cierta ocasión el joven que los había recibido al viejo.

—No es extranjero y está llevando a cabo su tarea, esa es su misión.

El joven lo observó desconfiado.

—Al menos por ahora —agregó el viejo.

Al haber arribado al final del invierno la primera tarea de Lin Hie fue preparar la tierra para la siembra de mijo y arroz. Su esposa mientras tanto trabajaba separaba semillas, hacía tareas de limpieza y cocina. Así pasaron el final del invierno y luego la primavera, hasta llegado el verano. Al cumplirse un año de su llegada Lin Hie pudo ver y aprender el ciclo completo desde la siembra a la cosecha, instruyéndose en el arroz, mijo, sorgo y algodón. Preparación del terreno, manejo de la tierra, tiempos, riego, etc. Pero más que nada el cuidado y amor que se le debe dar a las plantas. La observación y dedicación minuciosa.

Durante todo ese tiempo el viejo regente se limitaba sólo a observarlos, no perdía paso ni movimiento, mientras el joven subordinado no escatimaba detalles en relatar qué hablaba con los hombres y mujeres en las reuniones o mientras trabajaban la tierra.

Lin hie no quería partir sin conocer al viejo y qué se traía entre manos, algo sabía de las telas, hasta que un día al ponerse el sol tomó valor y se acercó.

—Buenas tardes —dijo Lin Hie—, quería dialogar con usted si me lo permite.

El hombre sin dejar de mirar la puesta de sol en el horizonte respondió:

—Mañana me acompañaras —y no dijo más.

A la mañana Lin Hie salió con el viejo a comprar elementos y descubrió una destilería de huangjiu, licor que a su padre le agradaba y solía degustar. Pero le fue imposible acceder y poder conocer los secretos de tan magnífica y sabrosa bebida. El viejo lo observó, compró el licor y se lo dio en mano. Lin Hie no supo qué hacer y lo tomó. En silencio, con temor y desconfianza esperó a que el viejo le hable y así lo hizo, como que de años se conocieran.

—Sabes, Lin Hie, están comenzando a brotar las hojas de cosecha del mijo, es la mejor época para cosechar algunas semillas y sembrar otras. Mira, observa su color, dorada como el sol, acaríciala, suave como la piel de una mujer.

Como si fueran racimos, el hombre iba agregando sus bellas flores a su brazo izquierdo. Caminaba entre las plantas siguiendo el surco, abrazaba el manojito enorme de flores como si fuera un niño y mientras caminaba observaba a Lin Hie sonriendo.

—Tu no eres como nosotros —comentó el viejo labrador.

—No entiendo, hablamos la misma lengua —respondió Lin Hie desconcertado.

—Y tu mujer tampoco es como nosotros ni como tú. —Lin Hie sonrió y contestó.

—Sí, no se parece al resto de las mujeres.

—Nosotros somos hakka y ustedes no lo son —dijo el viejo.

—Soy Han, toda mi familia lo es. Tanto de mi padre como de mi madre.

—Para nosotros es lo mismo, —contestó el hombre— pero quería que supieras que nos hemos dado cuenta.

—Sí, es lo mismo para nosotros y para el pueblo. Pero no para la política —respondió Lin Hie.

—Tu mujer no es como tú —repitió el viejo.

—No, no lo es.

—Si te dijo eso te ha mentado. Ella es budista. En las afueras se encuentra el templo Nanhua. Debes acompañarla e ir a caballo, podrá meditar si quiere.

Lin Hie no contestó.

—Haces bien en dialogar con los hombres y mujeres, por eso te lo permito —cerró el viejo.

Ese mismo día luego del trabajo y fatiga se reunió con unos hombres.

—Ustedes aquí están bien pero en Cantón los jóvenes mueren —dijo Lin Hie.

—¿Por qué? —preguntó uno de ellos.

—El veneno de la sustancia negra. El opio mata por dentro y fuera. Y los británicos se están apoderando de nuestra tierra. Debemos tomar conciencia de que somos una nación y que debemos estar juntos.

—¿Para qué? —pregunta otro—. ¿Qué ganaríamos?

—Para organizarnos y no permitir que saqueen más nuestros productos —contestó Lin Hie.

—¿Y cómo hacemos?

—Por ahora simplemente esto, lo que hago yo. Informar, que la gente sepa lo que sucede. Lo que están haciendo con nuestro pueblo y nuestra nación. ¡Estamos a merced de ellos en nuestra propia tierra! Es inadmisibile, no lo podemos permitir. Que mi palabra se multiplique, cada uno de ustedes debe informar y que el informado informe. Que mi voz se transforme en miles, en millones. Que no haya en toda nuestra nación una sola persona que no sepa lo que nos está sucediendo. Y estén unidos y si llegan hasta aquí los británicos no les regalen sus productos, hagan valer su trabajo y si es necesario ponerse firme y pelear lo deben hacer. Nosotros somos muchos más que ellos.

Jia Yi por su parte y de inmediato aprendió a preparar mediante el amasado los fideos laomian, receta que en Cantón no se utilizaba tanto, al menos en la familia de ella, por las costumbres que traían sus padres de tierras lejanas. Estaba destinada a que los fideos durasen mucho más y fuera mucho más fácil transportarlos sin que se descompongan. Ideal para llevarlos en sus largos viajes sin encontrar asentamientos.

Mientras aprendía explicaba a las mujeres, muchas de ellas desconcertadas ante la información y ante su condición de mujer preguntaban

—¿Pero por qué nos dices estas cosas? ¿Qué podemos hacer?

—Nosotras tenemos un poder único, podemos tener hijos. Somos fuertes y si existen emperatrices cualquier mujer puede ser fuerte y decidir.

—¡No! —respondió una—. Una emperatriz es celestial.

—¡Nadie es celestial, todos somos iguales! —contestó Jia Yi. La miraron atónitas, dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se enmudecieron—. ¡Sí y podemos luchar y usar armas! —agregó—. Ya será nuestra hora de defender nuestras familias e hijos. Por ahora informen, cuenten la verdad. No tengan miedo...

La tarea de Jia Yi se tornaba más compleja y por momentos peligrosa por su condición de mujer.

Una mañana el joven que hacía las veces de ayudante del viejo se encontraba en el centro de la ciudad, hablaba animosamente con otro hombre. El viejo que casi no salía de su casa al centro de la ciudad, ese día sí lo hizo. Al salir de un negocio observó desde lejos al joven. Le sorprendió verlo puesto que debería estar recorriendo parte del campo del lado sur. Se ocultó tras una columna de madera que junto a ella tenía muestrarios de canastas de juncos y cañas. Luego de un rato caminó en sentido contrario, el joven continuaba hablando con el desconocido.

Durante la noche antes de dormir Lin Hie comentó:

—Me enteré que a unas horas de viaje se encuentra el templo Nanhua, ¿quieres que te acompañe?

Ella no contestó.

—Es un templo budista —aclaró.

—Veremos —dijo Jia Yi

Por su parte el viejo no sólo les enseñaba los cultivos del lugar, sino los de tierras lejanas donde él había estado. Era un hombre taciturno, hablaba despacio, en voz muy grave y lo justo para hacerse entender. Pero muy amable y con una característica muy extraña, y con el correr del tiempo se mostró afectivo. Se notaba que no solo tenía paz interior, espiritual, tenía paz con el medio y lo hacía ver con gestos sutiles hacia sus prójimos.

En todo momento los observaba, estudiaba sus movimientos. Los incomodaba pero a la vez les atraía el misterio que rodeaba al hombre.

Una tarde Lin Hie se encontraba concentrado construyendo un molino de granos manual. La base, solera, de casi ochenta centímetros de diámetro estaba completa, pulida y terminada. Ahora le estaba dando forma a la parte superior o volandera, mucho más pequeña y alta. Era la primera vez que construía una, contando con su habilidad de artesano. Pero este trabajo era casi de un escultor del neolítico y mucho más duro y pesado.

En un momento se acercó por detrás el hombre viejo sin hacer el mínimo ruido.

—Los mensajeros llegan tarde. Eso no es bueno, pasa mucho tiempo para que nos enteremos de lo que sucede en la nación.

Lin Hie se dio vuelta, lo saludó y lo observó esperando lo que seguro le iba a decir, que por su rostro no serían buenas noticias.

—Se inició una rebelión, nos hemos enterado hoy, ya lleva tiempo. Se trata de Du Wenxiu (panthay), en el sur. Seguramente en la ciudad se sabe pero aquí en las afueras no. Es el pueblo hui, pero hay otras etnias también. Están en contra de los manchúes. Desprecian al emperador y a todos nuestros gobernantes.

Lin Hie no respondió.

—El descontento es muy grande —continuó el viejo—. Hay minas de cobre de intereses que darán lucha por las ganancias. La riqueza de la región fue llevando a mucha gente para trabajar y progresar. Hay funcionarios que odian a los musulmanes, eso no está bien... El problema no son las etnias, somos todos uno. Y los gobernantes se están abusando. —Entonces les dijo—: No sé cómo terminará esto pero deben contarlo, la gente debe saber lo que pasa lejos de Pekín. Deben estar atentos, este tipo de eventos va sumando peso para uno de los lados hasta que uno más grande equilibre las partes.

—¿Y qué puede suceder? —preguntó Lin Hie.

—Lo que suceda, debilitará aún más el gobierno. Sea cualquiera la forma que culmine la rebelión —respondió el Viejo.

Unos días después, durante la noche se acercó sigilosamente el viejo hasta la choza donde dormía la pareja. De un sobresalto se despertó Lin Hie al verlo junto a donde se encontraban acostados.

—Ya es hora, deben partir. Muchas lunas han pasado. Han aprendido siembra y cosecha, descubrieron nuevos alimentos e idioma. A asistir partos de animales y curarlos. Más no tenemos para ofrecer, su tiempo terminó aquí. Además... corren peligro. No sé quién ni por qué. No los soldados pero alguien los mandó buscar. Y ustedes hicieron lo suyo, le han explicado qué sucede con el veneno y la invasión a nuestra nación. Los trabajadores de campo lo asimilan aunque parece que no. Pero la semilla fue sembrada. —Siguió diciendo—: En la ciudad ahora se preocupan. Es lo que tiene que ser. Pero también a muchos industriales y comerciantes les molesta vuestra presencia. Al igual que los que poseen muchas tierras y tiene gente trabajando. Si les molesta es que lo que están haciendo está bien. Eso no lo duden... Ya sea en la ciudad o el campo uste-

des no son bienvenidos ante los poderosos. Y a medida que pase el tiempo será peor. El descontento es de los más pobres. Las rebeliones deben realizarse con los peones de campo, los obreros de la ciudad, los jóvenes.

Lin Hie lo escuchaba atentamente.

—¿Por qué los jóvenes?

—Porque los jóvenes naturalmente son rebeldes y quieren cambios para mejorar. Son idealistas y cuentan con el valor, pueden fundamentar sus ideales y combatir la desigualdad.

—Pero los jóvenes no cuentan con experiencia para la lucha, para pelear —dijo Lin Hie.

—La lucha no debe ser armada, mientras más pacífica más desestabiliza a un mal gobierno porque evidencia su ineptitud —dijo el viejo sabiamente—. Este círculo se ha cerrado para ustedes pero recuerden que la vida son varios círculos dentro de uno más grande que al final de la misma se cierra. Sólo depende de ustedes que el círculo cierre perfecto y no quede abierto para que caigan los más pequeños. Sólo dependerá de ustedes que el momento de cerrar el círculo más grande sea de júbilo o de amargo veneno. De no ser así todo ha sido en vano.

Se quedó callado mientras Lin Hie lo observaba y Jia Yi lo escuchaba con atención.

—*Hay un orden innombrable inmanente del universo* dijo Lao Tsé quien perteneció a las cien escuelas del pensamiento taoísta.

—¿Qué...? —preguntó Lin Hie.

—Está escrito en *Dáodé Jíng*, El camino, dao, tao...

Lin Hie y su joven mujer lo observaban sin entender.

—Ya es suficiente, conocen otra lengua que algunos habitantes de este lugar utilizan, he observado como tu mujer las asimila rápido. Conocen nuestra comida y como vivimos. Cómo hacemos nuestras casas y cómo sembramos. Y lo más importante, qué necesitamos... Deben irse, es peligroso que se queden aquí. Además el camino recién comienza y su mandato se debe cumplir. Dialogaron con los habitantes y les enseñaron lo que yo no pude enseñar. La ciudad sabe ahora por qué suceden las cosas, no sólo lo que sucede. —Mirando a Lin Hie dijo—: Tú tienes el don de la palabra sencilla y entendible. Tienes el don de convencer y has cumplido con tu ta-

rea en este sitio. Y tú, mujer, tienes el don del entendimiento rápido y preciso que no todos cuentan. Es una buena dupla, se ensamblan como dos tirantes que encastran a la perfección para mantener en pie una casa y proteger a una familia de los malos tiempos. Como debe ser, se ensamblan uno con el otro.

Y se retiró. Aunque se dio vuelta antes de irse:

—Les dejo dinero y víveres. Pronto amanecerá. Han estado doce lunas, es tiempo...

Se acercó lentamente a Lin Hie y le entregó una piedra pequeña. Lin Hie la tomó con ambas manos, sonrió.

—Un amuleto... —arriesgó.

—No, hay un nombre para un hombre, búsquelo. Él sabrá qué hacer —dijo el viejo intrigante como si estuviera entregando un tesoro.

Luego de preparar todo y alistarse a partir, el joven que habían conocido a la llegada le tenía prestos los caballos.

—Lin Hie, Jia Yi, ha sido un honor conocerlos. Seguramente nos volveremos a ver, y sus enseñanzas quedaran en la memoria y servirán para ser multiplicadas. —El joven bajó la cabeza—. Quisiera decirles algo... —pero se detuvo con gesto de vergüenza.

—Sí, dínos —dijo Lin Hie.

—No, nada —y se retiró bruscamente

### **3. GANZHOU, 1857**

Tomaron la ruta hacia el noreste siguiendo a orillas del río Zhen Jiang, a los laterales del cañón las montañas que a cada kilómetro se hacían más altas, selva, bosques y valles. La geografía de diversidad pletórica, fértil, frondosa parecía infinita.

Por momentos el trayecto se hacía más benévolo con ellos al hallar valles de amplitud suntuosa donde se les hacía más fácil transitar pero mucho más peligrosos según la percepción de ellos porque los hacía fáciles de divisar desde lejos. En pleno inicio del nuevo otoño las copas de los árboles se iban teñido de amarillo y rojo profundo.

Algunos sectores de los valles traían consigo algún arroyo que de lejos se lo notaba manso pero que ante cualquier lluvia se convertían en bravos ríos de torrentes aguas. El paisaje era como es toda China, inmensa, exuberante, colorida, majestuosa y llena de misterios.

El frío se incrementaba a paso lento pero inflexible, no sólo por la llegada del periodo invernal, sino por ir avanzando lentamente hacia el norte y hacia las cumbres de las sierras.

Uno de los senderos que tomaron para salir de los valles los fue alejando y llevando hacia una alta montaña por lo que tuvieron que regresar. Ese día al atardecer se nubló, el frío se hizo intenso durante la noche, nunca habían sentido tan baja temperatura, el viento cobró fuerza del noroeste. Una lluvia fina comenzó a caer en forma de garúa, cada vez más fría, convirtiéndose al cabo de unas horas en agua nieve.

Sorprendidos se miraron y rieron fuerte, sabían de la nieve pero nunca habían visto nevar. Desmontaron, se abrazaron y comenzaron a reír.

—Es casi nieve, pero se hace agua al tocar el suelo, mira. Mi madre me había dicho que era así pero no la imaginé tan hermosa.

Lin Hie no contestaba, solo abrió los brazos, miró hacia arriba cerrando los ojos. Ella corrió a él y ambos se volvieron a abrazaron.

Eran unos 200 kilómetros hasta la ciudad antigua, tardaron un mes en llegar. Con algunos pequeños asentamientos esporádicos, lo suficiente para descansar, ver el cuidado de los caballos, agregar víveres y recobrar fuerzas. La gente de esos muy pequeños caseríos era amable, tímida y desconfiada pero en sus miradas se veía la inocencia.

Habiendo dejado atrás el río Zhen Jiang, encontraron otro asentamiento a orillas del río llamado Zhangshui. Continuaron el viaje escabroso, el terreno no era nada fácil para ellos en ese último tramo. Tal es así que bajando por un sendero de piedras, decidieron caminar y llevar los caballos atados. Jia Yi se dobló el tobillo derecho al resbalar de una piedra a menos de doscientos metros de haber iniciado el camino al paso.

—¡Ay...! —exclamó ella con dolor. De inmediato se sentó sobre una roca que sobresalía. Lin Hie corrió a su socorro. Al ver el tobillo en un instante ya estaba rojo e hinchado.

—No puedes seguir así —le dijo.

—Duele mucho —susurró Jia Yi.

Lin Hie con suavidad movió el pie para los lados.

—No creo que esté roto, no podría moverse así.

—Qué sabes tú, si no eres médico —contestó ella.

El no respondió, no era momento para una discusión. Lin Hie había sido el mejor alumno de su promoción y entre sus habilidades había sobresalido realizando curaciones primarias que un maestro muy sabio les enseñaba a sus alumnos, además de pequeños tratamientos con medicinas naturales. Por otro lado, su último más anciano maestro le había explicado otras habilidades de la salud.

—Descansaremos un rato y luego continuaremos —dijo Jia Yi.

Así lo hicieron, luego de vendarla con un pedazo de tela que llevaban para ese propósito.

—Lo haces muy bien —dijo sorprendida.

—Estudie a Li Shizhen, su libro el Gran tratado de materia médica. Sé que no soy médico pero algo sé curar, tampoco soy maestro y algo sé enseñar.

Ella no dijo nada.

Luego de unas horas cerca del anochecer Jia Yi quiso levantarse e intentarlo.

—No es hora para continuar, nos quedaremos aquí —dijo Lin Hie.

—No, este lugar no me gusta, estamos demasiado expuestos —respondió ella—. Lo intentaré.

Y así lo hizo, su tenacidad era inquebrantable pero el dolor era fuerte, tanto que le costó subir al caballo. Él la tomó por detrás y la subió.

Luego de dos horas, ya noche cerrada, sólo iluminados por la tenue luna vieron a un hombre entre sombras detenido en el medio del camino. El hombre los miraba fijo y detenido, parecía un árbol seco de noche y en penumbras.

Se detuvieron de inmediato, sobresaltado Lin Hie se acercó temeroso dispuesto a matar. Al acercarse notó que era un hombre muy mayor que lo saludó amablemente.

—No teman —les dijo—. Síganme hasta mi casa.

Con cautela lo siguieron, ellos a caballo y el anciano caminando. Los ayudó y los llevó hasta donde estaba su familia.

—Se quedarán aquí esta noche —les dijo el viejo y se fue a su casa dejándolos en un cobertizo que contaba con un gran pesebre.

Se quedaron hasta el amanecer e increíblemente para la mañana ya estaba desinflamada la torcedura del tobillo. El ungüento realizado por Lin Hie había dado resultado para sorpresa de Jia Yi.

Al amanecer y con luz pudieron reconocer el lugar, era un minúsculo asentamiento de no más de treinta personas que vivían de forma muy precaria, y que aparentemente eran semi nómades.

El viejo se acercó al alba tímidamente con un desayuno. Ya estaban despiertos.

—Los espera una vieja y antigua ciudad muy cerca de aquí, mi familia es de allí. Diríjense a este sitio —dijo mostrando un dibujo con una rama en la tierra—. Ahí les darán cobijo, alimento y trabajo, es mi primo, Xing Xian. —Y agregó—: No falta mucho para llegar, mi hermano los va a llevar hasta el pueblo en la barcaza, es mucho más fácil por el río. Los está esperando pasando esos árboles —dijo señalando hacia el este.

—Este río no es muy ancho ni peligroso pero los caballos se los llevaremos luego, no teman.

El viejo se adentró en el asentamiento, llamó a otro hombre más joven que se acercó. Ellos no querían dejar sus caballos.

—No, los caballos no —dijo Jia Yi.

—No temas, mujer, no necesito ver vuestro mensaje para saber quiénes son —dijo mientras los acompañaba a la orilla—. Ayuda a estos hombres a llegar —le indicó al hermano.

—No me iré sin los caballos —dijo ahora Lin Hie.

—¿Crees que te los robaremos?

—Deja que luego nos los alcancen, confío en ellos —dijo Jia Yi habiendo cambiado de idea de inmediato. Y agregó mirando al más viejo de los hermanos—: ¿Acaso el río es más peligroso...?

—Aquí estamos en el valle, para llegar al pueblo viejo deben pasar esas montañas —respondió señalando hacia el norte—. Son altas y peligrosas, esta última parte el río serpentea hasta llegar a la ciudad, se van a encontrar una gran fortificación. Una alta pared que resguarda la vieja ciudad.

Subieron a la barcaza y emprendieron viaje. Mientras viajaban Lin Hie aprovechó para comentar lo que sucedía en Cantón y Pekín. El joven lo observaba absorto, aunque simplemente contestó:

—Vengan extranjeros que vengan, o tengamos el Emperador que tengamos siempre seremos pobres... Por la ruta que pasa junto a la ciudad viajan muchos mercaderes, al estar cerca de Cantón pocos se detienen. Sabemos de una sustancia que mata, envenena y corrompe pero a este asentamiento no llega. Aquí todos somos pobres, no hay negocio...

Lin Hie se quedó mirando y se tomó el tiempo para continuar.

—La pobreza puede cambiar —dijo entonces.

El hombre no contestó, solamente sonrió con indulgencia mientras guiaba la barcaza.

Al acercarse al pueblo de Ganzhou, a través del río se asombraron al ver un palacio detrás de un paredón que asomaba sus techos arqueados, estilo dougong. Estaba rodeado de naranjales dispersos por doquier. Una gran fortificación limitaba con el río dándole un aspecto imponente y seguro.

Descendieron de la barcaza agradeciendo al hombre que los había llevado hasta la ciudad.

—¿Y los animales? —preguntó preocupada Jia Yi.

—Descuida, no seas tan desconfiada —respondió Lin Hie sin dar importancia.

—Entiendo, mujer —respondió el hombre—. Son un caballo y una yegua Han Xue, me imagino que les han costado mucho dinero.

—Son de mi padre —respondió Lin Hie—. Tiene uno más y un par de yuntas abaga.

—Tu padre debe ser un hombre poderoso.

Lin Hie no contestó.

—Me imagino que la dama debe contar con varios también —pero ninguno de los dos contestó.

La familia de ella nunca pudo adquirir un animal desde que se había instalado en Cantón.

Caminaron hacia el centro de la ciudad, a unos cien metros encontraron a otro hombre que venía a caballo en sentido contrario a ellos. Saludó cortésmente.

—¿Hacia dónde se dirigen? Porque hay un pueblo bastante más al norte si siguen este camino y atraviesan la ciudad. Si desean entrar al centro de esta ciudad deben rodear el palacio.

No contestaron, sólo hicieron runa everencia.

—¿Están huyendo, se han enterado? Se han rebelado.

—No... —titubeó Lin Hie—. ¿De qué, quiénes?

—Si huyen es porque los están persiguiendo —dijo una vez más el jinete.

—¡No...!. ¿Qué tiene que ver con nosotros? —contestó Lin Hie sorprendido, dudando y cauto.

—Todo tiene que ver. Ahí está la entrada a la ciudad —añadió el hombre señalando hacia el lado izquierdo—. Más al norte hay otro pueblo pero no es conveniente que salgan de este hasta que llegue una información que estamos esperando. Posiblemente en varios días. Hay una rebelión, si entran no saldrán hasta que se les permita. Aprovechen el tiempo para estudiar con el Maestro Xiuying. El les explicará sobre la rebelión que se está llevando a cabo en Taiping que ya lleva muchos años.

—¿Quién es usted? No lo conocemos —dijo confundido Lin Hie.

—Ustedes a mí no. Pero de seguro que ustedes vienen del sur, de Cantón. De no equivocarme, ustedes son los caminantes...

—¿Qué...? —se sorprendió Lin Hie pero el hombre no contestó—. ¿Es grande la ciudad?

—Ya lo averiguarán al llegar, aquí comienza. Deben transitarla lentamente, hay mucho que hacer aquí y si apuran las cosas no salen de la forma que corresponde. Se encuentra detrás de esas fortalezas, a la derecha de esas lomadas —dijo señalando hacia adelante—. Ahí está el centro, seguro les fue difícil de ver desde lejos por el bosque que las rodea. —El hombre bajó del caballo—. Es una ciudad muy antigua, aquí se asentaron los hakka que vinieron del norte, algunos son nuestros ancestros. Algunos creen que estas son tierras raras.

—Nos dirigimos a la casa de Xing Xian —dijo Lin Hie.

El jinete los observó.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Lin Hie dudó. Jia Yi no decía nada, sólo miraba al hombre.

—O tal vez sí, si sólo tuviera algo que verifique a quién busca...

Lin Hie pensó por un momento en mostrarle las telas pero recordó la piedra, tomó la pequeña roca de un pequeño saco y se la entregó. En realidad lo hizo para probar si tenía alguna conexión con el dibujo de la tela.

—Es jade sin pulir —dijo el jinete al tomarla con la mano y ver el nombre tallado—, del sur.

—Sí, lo sé. Conozco el tratamiento del jade —contestó Lin Hie.

—Entonces habrá observad... —No lo dejó terminar.

—Sí, ya lo vi —dijo Lin Hie, mientras Jia Yi los observaba sin entender.

El hombre frunció el ceño, levantó una ceja.

—Sí, tiene una casa grande no lejos de aquí, es un comerciante. Ustedes estuvieron con el viejo..., sí, supongo que es el primo... —el hombre se preguntaba y contestaba solo.

Un silencio.

—Continúen derecho y al llegar al dragón de piedra blanca está el comercio. Y esta roca, no la tire —agregó. Lin Hie lo miró con intriga—. No lo dude.

Y así lo hicieron.

Mientras caminaban Jia Yi preguntó:

—¿Qué sucedió ahí, de que hablaban de esta piedra?

—Es una roca que se utiliza para realizar joyas —contestó Lin Hie.

—Sé lo que es el jade —dijo ella impaciente.

—Algo tiene adentro.

—¿Qué, cómo puede ser eso? —exclamó descreída Jia Yi.

—No lo sé, no es que no esté pulida, según le dé el sol algo se ve adentro. —Y continuó— Tiene que ser natural, nadie puede poner algo dentro de una roca y luego unirla. Pero lo extraño es que el viejo me dio la piedra y sólo me dijo que era para un hombre, que lo busque. Y no sé ni dónde ni cómo buscarlo. Además el otro viejo que nos ayudó a cruzar el río, el que tiene nuestros caballos, nos mandó a su primo... parecieran que todos se conocen...

—No te adelantes —dijo ella—, tal vez sea una trampa.

—O no...

La ciudad Ganzhou era una ciudad grande y al llegar próximo al invierno la joven pareja se dispuso a pasar el frío que no sabían como era en esta ciudad, puesto que ninguno de los dos habían estado tan al norte

Mientras caminaban les asombró lo organizada. Ellos pensaban que Cantón, o por los comentarios, Pekín y solo muy pocas ciudades podrían ser tan grandes, descubrir el mundo con sus propios ojos les sorprendía.

El hombre que los guió había subido al caballo y los seguía de no muy lejos, finalmente al llegar, se les adelantó, bajó del caballo y caminó delante de ellos. Lin Hie se había dado cuenta pero jamás se lo dijo a Jia Yi.

Al llegar a la casa otro hombre se encontraba en cuclillas en la puerta, el jinete saludó cortésmente a un hombre muy viejo, parco que casi no hablaba, y lo que decía lo hacía en el dialecto hakka, conocido para la mayoría pero muy cerrado y confuso por su voz ronca y rasposa.

Este dialecto era típico del pueblo del mismo nombre que había llegado desde el norte. Dialecto que se había extendido hacia casi todo el sur de la nación. Por lo tanto lo podrían entender, sin embargo al anciano no le podían descifrar una sola palabra. De su boca salían sonidos balbuceantes mientras se atoraba, tosía y dirigía a su familia en el negocio.

Jia Yi puso atención a sus palabras y al movimiento de sus labios y pronto entendió el 90% de lo que decía. De inmediato reconoció que el anciano era un viejo erudito en la numerología por lo que hablaba con el jinete. Jia Yi lo escuchaba atentamente y descifraba sus frases.

—Este hombre no es Xing Xian, no es el primo, nos están engañando —dijo Jia Yi en voz baja a Lin Hie—. Este hombre es un maestro de nombre Xiuying.

—Esperemos a ver qué nos dicen —contestó Lin Hie.

El jinete se encontraba parado junto al anciano, que apenas los saludó con un gesto. Sólo permaneció en cuclillas en el lugar donde se encontraba como no dando cuenta del arribo de los viajeros.

Parecía no querer recibirlos o que no se hubiera percatado de la presencia de la pareja. No era evasivo porque no les dirigía la palabra. Parecía ido, superficial y muy desconfiado.

La joven pareja no sabía qué hacer, permanecían junto al viejo quietos, esperando algo.

En un momento les dijo:

—¿Acaso, ustedes, tendrán algo para mostrarnos de dónde vienen y para qué?

Lin Hie supo de inmediato que se refería a la tela y se la entregó. Se le iba haciendo habitual usar esa tela como salvoconducto o carta de presentación. Confiaba más en los símbolos pero ahora comenzaba a desconfiar que se la roben.

El jinete la tomó, abrió las dos telas, las unió en la palma de su mano y se las entregó al viejo. Luego de observar con detenimiento la tela con la marca volvió a emitir palabras y sonidos raros.

—Deme esa piedra.

Lin Hie lo observó y con desconfianza se la entregó. *¿Cómo supo de la piedra?* se dijo.

El hombre se la entregó al viejo que la observó detenidamente mirándola en todos sus lados. Llamó al hombre y le dijo algo al oído.

El hombre se acercó a Lin Hie y se la devolvió.

—Guarde muy bien esa piedra y esas telas. Deben partir pronto una vez que hayan aprendido aquí, les tradujo el jinete lo que el viejo decía—. La rebelión en India... esa rebelión lleva algún tiempo.

—No entiendo qué dice este hombre —le comentó Lin Hie al jinete de la entrada de la ciudad que ahora hacía de traductor.

—Este maestro fue un gran guerrero, además atendió la posta que está en el camino de acceso a la ciudad. Su boca cerrada y su poco diálogo dan cuenta de su discreción al llevar mensajes. Si no le entienden lo que dicen es porque él mismo se cortó parte de la lengua una vez que fue atrapado y le exigieron que traduzca la carta que llevaba. Al verse detenido la destruyó y para que no le saquen el secreto se mutiló la lengua. Por ese motivo habla mal y casi no se entiende... Como había sido un gran guerrero pudo escapar y sobrevivir en la montaña hasta encontrarse con unos soldados. Luego otro primo que vive en la montaña también lo socorrió. Por eso usa varios nombres. Sabe mucho, está siempre informado. Los mensajeros, ahora que él casi no camina, se acercan hasta aquí y le dan noticias políticas en secreto. No sé por qué lo hacen. Muchos se acercan a escondidas... Deben darle tiempo, se agita, casi no puede respirar —les comentó—, como les dije, cuando llegue la información

se las daremos. Quédense aquí, mañana les diremos dónde trabajaran y lo que harán. Les espera un arduo trabajo, aquí hay muchos jóvenes con ansias de saber que sucede. Él quiere que se vayan pronto por su seguridad pero en realidad se deben quedar el tiempo necesario, ni más ni menos. Con el tiempo lo irán comprendiendo, sólo es cuestión de escuchar serenamente los sonidos que salen de su boca, ya lo verán...

El viejo interrumpió su silencio y comenzó a hablar.

—Los soldados se han acuartelado contra los ingleses. Que todos lo sepan, a los ingleses no se les debe tener miedo... —dijo con palabras balbuceantes. Lin Hie miró a su esposa, ella se acercó y le tradujo palabra por palabra.

—Tu mujer lo entiende... —dijo el jinete.

—Estaba esperando que comience a traducir —agregó balbuceante el anciano.

Ella no contestó, sólo hizo una reverencia.

—¡Los están combatiendo! Se los puede echar —exclamó el viejo agitado.

—Pero ¿cómo lo sabe? —preguntó Lin Hie.

—No lo interrumpa, escuche —respondió el hombre parado junto al anciano.

—Se los puede echar, se les puede ganar, no son invencibles —dijo en voz baja Lin Hie.

El maestro Xiuying lo miró, tomó las manos de Lin Hie:

—¡Ve, grítalo, que tu voz quiebre la tierra, que se abra cual grieta en la piel, cual herida sangrante de muerte, que se oiga en toda la nación!

El hombre exhausto se recostó y cerró sus ojos.

Lin Hie miró a su esposa esperando que le traduzca. Ella lo hizo y Lin Hie se quedó observando al anciano cómo se dormía sentado.

—Queremos conocer la ciudad —comentó Lin Hie.

—Vayan pero no vuelvan tarde, esta noche vendrán a asignarles tareas.

—¡Quietos! —interrumpió el maestro Xiuying—, esa niña tiene dolor. Traerla aquí —dijo abriendo los ojos.

Tomó su pié y le hizo un masaje. Lo envolvió con unas hojas grandes, que ella no conocía pese a ser casi experta.

—Estuvo bien curada pero esto terminará de sanarla. Ahora sí recorran, para mañana estarás curada sin ningún tipo de dolor..

Así lo hicieron, transitando sus calles, de piedra en algunos lugares, llegaron hasta el centro de la ciudad antigua. En una plaza unos niños frente a un pequeño escenario de no más de dos metros reían a carcajadas felices. Atrás del escenario dos jóvenes manejando los hilos de las marionetas, representaban comedia y aventura. De repente la danza del dragón: hipnotizados quedaron atónitos y extasiados. La imaginación de los niños iba más allá de lo lúdico convirtiéndose en enseñanza. Atentos sin percatarse de los jóvenes que desde atrás manejaban los muñecos. El dragón tomaba vida y los llenaba de emoción, saltaban, se ponían serios y aprendían los mensajes tradicionales.

—Los niños divirtiéndose comprenden, —le comentó Lin Hie a su joven esposa.

Al ser una ciudad milenaria había mucho para aprender, dinámica, ligera y con mucho trabajo. Luego de recorrerla volvieron al lugar que le había designado el hombre, quien no tardó mucho en llegar hasta ellos.

—Tú, —dijo dirigiéndose a Lin Hie—, mañana partirás temprano a partir rocas con los trabajadores. Trabajarás hasta que cambie la luna.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Es lejos, son dos días de viaje. No es posible volver. Y tú, mujer, mañana comenzarás con las trabajadoras confeccionando ropa.

Se quedaron sin palabras, era la primera vez que estarían separados desde que se habían casado. Lin Hie temía por su esposa pero ambos sabían que no había opción.

—Aprenderás a confeccionar hanfu —dijo el hombre.

—¿Hay manchúes aquí? —preguntó Lin Hie en relación a la prenda que realizaría su mujer.

—En Ganzhou hay muchas etnias, igual que de donde vienen.

—Nosotros no dijimos de dónde venimos.

—Todos lo saben. Mejor dicho, lo saben quienes lo tienen que saber... Aquí hay manchúes, hakka, han y otras. Todos trabajamos y no queremos que los británicos vengán hasta nuestras tierras. Ya sabemos lo que están haciendo.

Saludó, dio media vuelta y se retiró caminando con mucha dificultad.

—Sé como se hace las prendas, todas sabemos —comentó por lo bajo Jia Yi.

—Pero yo no sé cómo se trabajan rocas y piedras, es algo que nunca hice —respondió Lin Hie.

Se quedaron callados, tenían hambre. Ella miró por todos lados para ver si había algo que pudieran comer. Bajo una tela suave le habían dejado dim sum relleno de rana. No era típico cenarlo, puesto que en Cantón lo hacían durante la mañana y nunca de rana. Pero ante el hambre todo era bueno.

Estaban terminado habían dejado sólo dos bocados cuando se acercó otro hombre más joven.

—Soy el hermano del maestro Xiunying. He venido a enseñarles lo que deben enseñar. No hay tiempo.

—Adelante —respondió amablemente Lin Hie haciendo ambos una reverencia.

—Soy tu hermano menor y enseño lo que él me enseña. Él me ordenó que les explique para que ustedes difundan. Tú deberás contarle a los trabajadores de la piedra y tú a las mujeres. Sabemos que tienen el don de la palabra, que ustedes pueden explicar para que la gente razone sin entrar en pánico ni temor. Deben enseñar, informar, para que el pueblo esté preparado para quitarnos de encima a los predadores europeos. —Agregó—: Deben saber sobre la rebelión Taiping. El hombre de las visiones, el hombre del Dios de los invasores. Está en contra del Emperador.

—¿Pero qué podemos hacer? —preguntó Lin Hie.

—No es qué hacer ahora, es saber y tener conocimiento de lo que vendrá y cómo utilizarlo. Toda crisis deja un debilitamiento de las partes, tanto de la que pierde como de la que triunfa. Porque el ganador pierde igual, lo único que no pierde es el ego que lo domina —dijo el hermano menor del anciano.

Al día siguiente Jia Yi fue instalada en un lugar. A la mañana se levantaba y trabajaba en la agricultura y cría de animales. En todo momento hablaba con sus compañeras de trabajo, la escuchaban atentamente. Pero no lograba que las mujeres tomaran conciencia

de la importancia de ellas mismas y que comenzaran a interesarse e informarse. La sociedad machista de ese momento no les permitía pensar en un futuro participativo.

Luego a la tarde se dedicaba a la confección de prendas con otras mujeres, de la misma manera dialogaba con estas compañeras con idénticos resultados.

En esos días le llegaron su caballo y su yegua y de inmediato los colocó en una caballeriza improvisada.

Por otro lado, el trabajo en la pequeña cantera de piedras era arduo para Lin Hie pero de a poco fue aprendiendo el oficio. Como en todo, a medida que se aprende no se hace tanta fuerza, es más el método y la técnica que otra cosa.

El lugar era un montículo de piedra que sobresalía de la sierra en una zona alejada siete kilómetros de la ciudad. Ahí era de donde cortaban las rocas para luego depositarlas abajo del risco. Más tarde se las trasladaba y las utilizaban para la construcción.

Se usaba cincel y mazas, golpeaban, marcaban y luego colocaban varias cuñas unas tras otras. Luego las iban golpeando y enterrando hasta que la roca se fracturara de forma perfecta dejando una superficie lisa y uniforme. En algunos casos algunas rocas eran calentadas con fuego sobre ellas y luego enfriadas con agua, este proceso producía fisuras donde luego se colocaban las cuñas.

Fue asimilado por los trabajadores con un gran espíritu de camaradería, lo cual le resultó beneficioso para su tarea fundamental, difundir los sucesos en Cantón y Pekín.

Lin Hie observaba las perversas condiciones de trabajo que llevaban estos obreros. Así fue como los compañeros le contaban que muchas de las compañías estaban asociadas a empresarios ingleses de forma clandestina. Estos imponían condiciones de trabajo paupérrimas, con lamentables pérdidas de vida por accidentes. Los cuales no brindaban ningún tipo de explicación a sus familias y menos aún una indemnización. Las muertes solían ser por caídas de grandes alturas, aplastamientos de pedazos de rocas al cortarse, etc.

Se amargaba ante lo precario del trabajo pero aún más llamativo era el menosprecio y maltrato de los jefes o capataces hacia la propia condición humana. Que eran chinos pero que trabajaban

para los británicos. Lin Hie sabía que algunos de los colegas de su padre hacían lo mismo en su gremio. Por eso su padre que estaba totalmente en contra había formado una especie de sociedad entre todos los trabajadores, generando un sueldo igual para todos, inclusive el mismo no se quedaba con un wen de más.

Y al contrario de los vaticinios de sus colegas que se fundiría ganaba el doble. Le daba orgullo y tristeza por no haberlo valorado lo suficiente antes de marcharse. Recordar a su padre le trajo tristeza y se prometió que al bajar de la montaña intentaría enviarle un mensaje.

Muchos de los trabajadores ignoraban lo que sucedía del otro lado de la ciudad, no tenían acceso, rara vez se adentraban.

Al cabo de un tiempo Lin Hie subió de categoría logrando un traslado de la mina a un lugar en una pequeña fábrica en la ciudad. Primero estuvo donde se le daba forma a algunas rocas específicas para la construcción de viviendas y otras para caminos. Este traslado y nuevo trabajo le dio la posibilidad de vivir nuevamente con su esposa.

Al instalarse nuevamente una de las primeras cosas que hizo fue preguntarle al anciano si se podía o cómo podrían enviar un mensaje a sus padres, suegros y cuñada. El anciano se negó rotundamente:

—De ninguna manera —les respondió—, tu familia y la de tu mujer saben que están bien. El mínimo mensaje que manden será el fin de ellos.

No entendían tanto secreto y tantos cuidados, y en tal caso tanto peligro. Frustrados y con tristezas volvieron a sus casas para al día siguiente continuar con sus tareas.

Con el correr de los meses cambiaron a Lin Hie otro sector donde se encontraba una pequeña fundición de hierro. No tan grande como otro que había observado al llegar a la ciudad muy cerca de la entrada y del río. Este sector, debidamente separado como si fuera otra empresa, por el contrario era pequeño y fundía muy poca cantidad y no para la industria naviera como comenzaba a producirse en algunas fábricas. Aquí realizaban una especie de herrería de arte.

Si bien él se consideraba un artesano, nunca se había considerado así mismo un artista. Al tiempo de trabajar el dueño notó sus dotes y creatividad en el arte, Lin Hie aprendió el uso de hornos pequeños, cómo dar forma a los metales y comprendió cómo realizar aleaciones.

Los días y meses pasaron en total de un año y medio trabajó en la fundición, en cambio Jia Yi lo hizo siempre en el mismo lugar, estando en total más de dos años.

Una noche completando su trabajo, uno de los trabajadores dijo:

—De día hace mucho calor, cuiden el agua. Y de noche, mucho frío —repetía en todo momento.

—Lo que a los mensajeros les lleva un día hacer ciento cincuenta kilómetros, ustedes no deben hacer más de 20 o 30 por día —comentó otro.

Para esa época los trabajadores imaginaban cuál era el motivo de la estadía de Lin Hie y su esposa.

—No llevamos la cuenta —respondió Lin Hie—. Supongo que eso recorreremos, —dijo para no ser descortés.

En los últimos meses de residir en la ciudad se mudaron de vivienda, instalándose junto a la casa del viejo que los había recibido. Estando del lado opuesto al comercio de la familia. Durante una tarde casi al anochecer llegó un mensajero al galope, bajó del caballo y fue directo al viejo, haciendo una reverencia.

La pareja con el hermano menor del viejo lo siguieron hasta dentro. Entraron y el mensajero se quedó callado. El viejo hizo una señal de aprobación.

—Señor, la rebelión en la India.

—Lo sé —respondió balbuceando el hombre.

—Cantón arde, han capturado a mucha gente, a Ye Mingchen y lo han llevado a la India.

—No... —dijo el anciano.

—Mis padres —susurró por lo bajo Lin Hie, preocupado.

—Es nuestro gobernador, ha tratado de imponer orden y respeto ante la invasión británica. Lo conocí hace años cuando fui soldado antes de ser mensajero —el anciano continuó en su pésima

dicción y Jia Yi les traducía—. Él sabía que el tratado de Nankín tiene palabras en nuestro idioma y otras en inglés. No dice lo mismo. Ha sido un excelente Comisario Imperial y Gobernador, por eso lo odian y lo apresaron. Además está abiertamente en contra del contrabando de opio, puso demasiado empeño contra la Sociedad Secreta de Tiandihui.

—No sabemos qué es eso, desconocemos lo que usted dice —comentó Lin Hie.

—Son los turbantes rojos —respondió el viejo con su acento inentendible.

—Sí, es verdad —asintió el mensajero.

—¿Pero ellos están a favor del emperador...? —preguntó Lin Hie curioso.

—¿Y ustedes están en contra o a favor? —preguntó el viejo girando un poco la cabeza con sus palabras entre labios.

—Nosotros lo único que queremos es paz y trabajo. Que se vayan los invasores británicos. Si el Emperador es bueno que se quede pero que no nos gobierne un extranjero.

—Haz leído los fundamentos de Confucio, buena conducta, buen gobierno, caridad, justicia, respeto y jerarquía —dijo el viejo.

—Es lo que nos han enseñado y lo que queremos —respondió Lin Hie.

—Pero no todas las naciones creen en estos pensamientos. Si un príncipe es virtuoso, los súbditos intentarán imitarlo. Como un hijo trata de imitar a un padre bueno por el ejemplo que le da. Pero no en este caso, ese país tuvo reyes ladrones y asesinos y tiene una reina corrupta, ladrona y asesina, por lo tanto lamentablemente la mayoría de su pueblo imita y cree que eso es lo correcto.

Suspiró para tomar aire y continuó:

—La tolerancia, la bondad, el amor al prójimo, el respeto a nuestros mayores y a nuestros antepasados no son sólo enseñanzas de Confucio, otras creencias también las tienen. Pero sus maestros no las cumplen por lo tanto sus fieles tampoco.

Los tres jóvenes lo escuchaban sin interrumpir mientras el hermano menor del anciano observaba atento.

—Ustedes piensan muy rápido y ese es un error, deben detenerse para ver más allá de los juncos que ocultan a las serpientes.

—Eso veremos entonces. Por lo tanto, si Ye Mingchen está en contra de los turbantes rojos, que defienden al Emperador, él está en contra del Emperador —agregó el hermano del viejo.

—Pero nosotros no estamos en contra del Emperador. Aunque no defendió a Cantón y nos dejó a merced de los ingleses —agregó Lin Hie.

—No podía —dijo interrumpiendo el mensajero—, tenía sus tropas enfrentando en Guangxi —hizo un silencio y continuó—. Es ese hombre, Harry Parkes que decidió dar caza a Ye Mingchen. Además de los franceses y estadounidenses los británicos han invitado a participar a los rusos. No sabemos si aceptarán... Creemos que los británicos y franceses se dirigen al fuerte de Taku cerca de Tianjin. Deben tener cuidado.

—Sí —interrumpió el viejo—, han estado demasiado tiempo aquí.

—No entendemos qué somos, simples mensajeros o mensajeros de algo que desconocemos. O simplemente carnada de alguien —preguntó Lin Hie

—Ustedes están logrando algo, nos enteramos de que hay grupos de jóvenes que los siguen y tienen nuevas ideas. Sabemos que son fieles al Emperador, o en tal caso al Gobierno —dijo el viejo—. Muchos sabemos lo que sucede pero no podemos difundirlo, no sabemos cómo, los jóvenes no nos entienden. Nos respetan pero eso no es suficiente. Ustedes son jóvenes y los jóvenes pueden entenderlos. Pueden viajar y quedarse para hacerse entender y entender ustedes mismos.

Hubo un silencio.

—Las rebeliones fracasan si se hacen sin planificar, hay que explicarle con fundamentaciones reales por qué se debe llevar a cabo una rebelión. Debe estar programada y organizada y más que nada todos deben estar convencidos de que es lo mejor —siguió diciendo el viejo—. Nos hemos enterado de que hay injusticias con las que no están de acuerdo ni ustedes ni los jóvenes que comparten su pensamiento. Durante este viaje esparzan sus ideas como el viento las semillas. Que cada una de sus palabras vuele lo más lejos posible como las semillas del ginkgo por toda la faz de la tierra para que germinen. Y obviamente en la ciudad, aunque ahí será peligroso para ambos.

—Las semillas no germinan si no encuentran un suelo favorable, propicio y abundante lluvia —dijo por lo bajo Lin Hie.

—Estamos entrando en tiempos de lluvia, la naturaleza hará lo suyo —respondió el viejo.

Luego de más de veinticuatro lunas de permanecer alojados, casi dos años y medio, trabajando y aprendiendo el trabajo en la mina, fundición e intentando comprender algunos de los dialectos que unos pocos habitantes hablaban. Y comprender algunas formas de cosecha con unas herramientas que jamás habían visto, comenzaron a preparar el viaje. En esos meses no volvieron a hablar con el viejo soldado y mensajero, pese de estar a metros pero tampoco hizo falta. Su estado de salud desmejoraba día a día y no había atención sanitaria para él. Aunque tampoco la quería.

La experiencia de estar y trabajar era más que suficiente para entender las necesidades de la gente. Lo que querían, pensaban, sentían, qué los hacía felices. Y más que nada, qué creaba resentimiento hacia un gobernante.

No sabían que iban a encontrar en el próximo trayecto. El mapa que les había entregado el viejo maestro no era claro. En realidad no sabían interpretarlo y no mostraba pueblos donde dialogar con grupos de jóvenes para llevar nuevas ideas. Tampoco seguía fielmente los caminos. Tenía señales extrañas que parecían líneas que formaban un dibujo y un símbolo a la vez en las telas, y en otras ocasiones parecía coincidir con pequeños senderos que hallaban frente a ellos.

En varias ocasiones se encontraban con huellas que en el mapa no se encontraban, ni en uno ni en otro. Sumado a eso es que intentaban no preguntar demasiado para no revelar la identidad.

Luego de dos años y cuatro semanas durante una madrugada partieron con temor de toparse con los turbantes rojos pero también temían encontrarse con cualquiera que creyeran que ellos estaban a favor de uno u otros. La confusión era tal en el ciudadano común que, si bien no se arrepentían de esta labor que estaban realizando, en todo momento se replanteaban de qué lado estar y si el lado era lo suficientemente claro. Lo único que tenían como objetivo era que los invasores británicos, estadounidenses y franceses se fueran de sus tierras.

#### 4. JI'AN

No esperaron a que cese la lluvia torrencial que desde hacía dos días caía. Determinados partieron igual bajo el aguacero.

—Cuidado con los deslizamientos por la lluvia, pueden quedar enterrados de por vida bajo el barro —les dijo el viejo como últimas palabras de despedida.

Nuevamente camino hacia el norte como estaba previsto, cruzaron arroyos bajos de apenas centímetros de profundidad, hilos de agua cristalinas que pasaban bajo ellos y otros más profundos que vertían sus aguas al río Suichuan, serpenteantes cauces entre las encadenadas montañas y sierras. Casi doscientos kilómetros en dos semanas a paso lento pero seguro. Cada tranco de caballo era un aprendizaje.

Luego de varios días de viaje cuando se detuvo la incesante lluvia decidieron acampar, esperaban encontrar un claro en el camino a uno de los costados cuando Lin Hie le comentó a su mujer.

—Siento que nos observan, me he dado vueltas varias veces y no veo absolutamente nada —ella no respondió, tampoco le dio importancia.

Sin embargo persistía esa presencia, cuando al girar nuevamente la cabeza fijó su mirada en lo alto de una de las sierras que daban hacia el oeste, descubrió a lo lejos una jauría de lobos grises sobre la cumbre. Mimetizados entre la penumbra y el cielo que aún continuaba gris y nublado.

—¡Lobos! No sabía que había por esta zona —dijo exaltado.

—¿¡Qué!?. ¡Los caballos, trepemos a un árbol! —dijo Jia Yi.

Sabían que era inútil correr o subir a los árboles, si la jauría era grande los caballos serían presa fácil, la resistencia de los lobos es muy grande pudiendo correr hasta 90 km.

—¡Vayamos hacia el río!, es la única forma de salvar a los caballos —gritó Lin Hie.

—¿Qué hacen aquí, son del norte? —preguntó Jia Yi.

—Se acercan a los poblados, porque es donde es más fácil conseguir comida.

Corrieron hacia el río, sabían que se encontraba a un kilómetro aproximadamente hacia el este ya que lo habían visto en distintas oportunidades. Así como comenzaron a correr también lo hicie-

ron los lobos. Los caballos eran rápidos pero inútil su ligereza en un bosque espeso lleno de árboles, matorrales, ramas y hojarasca.

Continuamente miraba hacia atrás.

—¡Corre, —gritó Lin Hie—, no mires hacia atrás! Yo voy por detrás de ti.

Los lobos rápidos y astutos entre árboles se acercaron a ambos flancos de ellos, casi a unos diez metros, rodeándolos. En un instante estuvieron sobre ellos.

—¡Los lobos ya están aquí! —gritó desesperada Jia Yi

Uno de ellos, el macho alfa tarasqueaba los talones de las patas traseras de la yegua de Jia Yi. El animal corcoveó y tiró patadas haciendo más lento su galope, Lin Hie se puso por detrás y con su jian comenzó a darles estocadas en los lomos y costados de los bestias.

De un lado con hábil destreza ahuyentó y espantó a los feroces cánidos. Golpeó a dos de los animales dándole justo en el hocico al macho alfa, el otro inmediatamente tomó la posta con mayor agresividad. Justo cuando tomó impulso para abalanzarse llegaron al río. Sin pensarlo hicieron que los animales saltaran al agua sin siquiera saber su profundidad y corriente. Jia Yi cayó de su yegua al agua. De inmediato Lin Hie la ayudó.

Se quedaron a unos veinte metros de la costa, el agua le llegaba hasta las bragas de la yegua que era un poco más petisa que el caballo de Lin Hie.

—Los lobos nadan —comentó Jia Yi.

—Sí pero no cazan dentro de los ríos —respondió Lin Hie.

Algunos lobos se sentaron en la orilla y otros daban vueltas husmeando pero no se quedaron largo tiempo. Con temor a que los estén acechando intentaron cruzar el río pero se hacía profundo y caudaloso.

Se tomaron un tiempo para salir del agua, mientras ella se quedó con los animales él fue a verificar si los esperaban para emboscarlos. Al acercarse a la orilla sintió un ruido y ramas que se rompían, cuando dos jóvenes se aparecieron entre los arbustos.

—Vimos todo de allí arriba, ya se fueron los lobos —dijo uno.

—Sí, raro por aquí esos lobos, son del oeste.

Lin Hie los miró y saludó con reverencia.

—¿A dónde van?

—Al próximo pueblo.

—Está a poca distancia, a dos días de aquí. Pero deben cruzar el río, en la parte angosta hay un puente, nosotros los llevaremos.

Así lo hicieron y luego de dos días llegaron como estaba previsto. No conocían a nadie ni tenían referencias. Les fue difícil encontrar un lugar para hospedarse mientras buscaban trabajo.

La ciudad estaba dividida por el río Gan Jiang y contaba con varias construcciones en la misma orilla sobre pilotes dando las paredes de la vivienda justo al río. Al llegar descubrieron que contaba con una arquitectura muy antigua. Entre ellos un templo Jingju que de inmediato interesó a Jia Yi, se trataba de otro templo budista.

Mientras buscaban un lugar donde alimentar a sus caballos y descansar conocieron a un hombre que les cedería un lugar donde alojarse. Un comerciante de modos distinguidos.

—Es una ciudad muy antigua por lo que puedo observar —comentó Lin Hie.

—Aquí estuvo Wang Yangming quien dejó sus enseñanzas —comentó el comerciante haciendo alarde del personaje.

—He leído sobre él y sus escritos —contestó Lin Hie.

—Y también escribió aquí Ouyang Xiu

—También lo he leído.

—Entonces usted lee mucho —dijo sorprendido el hombre—, aunque su aspecto no diga lo mismo. La lectura es para los que tienen dinero o aquellos cercanos a su Majestad Celestial.

—No debiera ser así, —murmuró Lin Hie.

Se instalaron y dispusieron a organizar. Mientras se acomodaban Jia Yi le preguntó a su marido.

—¿Quién es Ouyang Xiu?

—Era..., no es. Fue un erudito de la dinastía Song. Estudió entre muchas cosas sobre el juego de la hoja.

—¿Qué es eso? —preguntó Jia Yi.

—Un juego de cartas. Además fue un hombre del gobierno, dicen muy tolerante —comentó Lin Hie

—¿Y fue importante por un simple juego de cartas que hace a los hombres más holgazanes? —dijo ella con gesto de indignada.

—El entretenimiento es necesario. La vida no es sólo trabajo. Es trabajo, estudio, diversión, entretenimiento.

—Y familia.

—La familia entra en entretenimiento —dijo Lin Hie pero su esposa no contestó.

—*Como se habían prometido, los dos jóvenes enamorados vinieron y se conocieron la noche pasada...* —recitó Lin Hie.

—¿Qué dices? —preguntó Jia Yi descreída de oírlo recitar.

—Parte de un poema de Ouyang Xiu —respondió él con gesto de soberbia, aunque sonriendo—. Y Wang Yangming fue un filósofo muy importante. Él hablaba del hombre, que desde su nacimiento conoce la diferencia entre el bien y el mal. Decía que era algo intuitivo no racional... Y es verdad, todos sabemos desde nuestro interior que está bien y que mal. ¿Acaso crees que quienes nos invaden y envenenan no saben que está mal lo que hacen?

Ella lo quedó mirando callada por un instante.

—¿Cómo sabes tanto si no eres maestro?

—Tuve una buena enseñanza, además el maestro me enseñó mucho más, me hizo leer mucho. Tiene gran cantidad de libros. De una manera él también es un erudito, desconocido pero erudito y sabio al fin.

—No alcanzó a enseñarte dialectos... —dijo Jia Yi.

—Lo intentó. Aunque es verdad, supongo que en su sabiduría vaticinó que me iría a encontrar con una mujer que sin haber estudiado comprendiera todas las lenguas.

—¿Es un halago? —dijo ella sonriendo.

—¡Pues sí!

Y se abrazaron.

Luego de un momento ella lo soltó y lo miró a los ojos.

—Sé perfectamente y estoy totalmente segura que todos en nuestro interior sabemos distinguir el bien y el mal. Pero la conveniencia y egoísmo supera ese equilibrio, obnubilando a las personas logrando que el mal domine su espíritu a través de su mente.

Lin Hie la observó.

—¿Quién escribió eso?

—No hace falta leer para tener criterio, es solamente mi pensamiento. O tal vez mis sentimientos son más importantes que mis pensamientos.

Buscaron trabajo en las chacras donde encontraron más dialectos, en algunos casos eran los mismos que sólo tenían alguna deformación lugareña, y hasta podía variar sutilmente entre hombres y mujeres. Si bien su maestro le había explicado que en la vasta geografía existían múltiples dialectos, nunca imaginó Lin Hie que algunos le fueran tan difícil de entender. Había aprendido la base de varios pero no tenía gran capacidad.

Jia Yi con solo escuchar el dialecto del lugar por unos minutos pudo entenderlo perfectamente, contaba con una inteligencia aguda y perspicaz, habiendo sido casi un prodigio al aprender a leer y escribir por su cuenta sin que nadie le enseñase y oculta. Tenía la habilidad innata de comprender idiomas.

Al cabo de pocas semanas Lin Hie ya estaba reuniendo jóvenes entusiastas para sus charlas. En algunas ocasiones se acercaban hombres de mayor edad, más por curiosidad que por otra cosa, en una de esas, al fondo se encontraba un señor muy bajo de abdomen prominente que con atención lo escuchaba. Al terminar la charla y un pequeño debate posterior, se acercó a Lin Hie y se presentó.

Era un médico dedicado que había viajado por toda China de joven y conocía muy bien la medicina occidental. De inmediato le solicitó a Lin Hie que trabajara como ayudante. Le explicó que no era médico y que sus conocimientos eran de un simple asistente de medicina primaria. Y eso era lo que le había sorprendido al médico, puesto que en una de sus charlas Lin Hie explicó a uno de los jóvenes trabajadores como curar heridas de trabajo. Y mientras explicaba promulgaba que esta atención básica deberían conocerla todos los habitantes de la nación para poder ayudar a los accidentados en sus propias familias hasta que llegara el médico.

Luego de convencerlo Lin Hie inició su trabajo con el médico, poniendo atención en lo que él hacía y le explicaba. Lo primero que hizo Lin Hie fue solicitarle que curase definitivamente a su mujer, puesto que hasta ese momento nunca la había visto un médico, y si bien podía caminar, el dolor era intermitente y por momentos insoportable.

Ya instalados y más calmados Jia Yi, aprovechó una mañana para dirigirse al templo budista Jingju. La acompañaron dos mujeres

amables con las que había comenzado a trabajar y había entablado conversaciones relacionadas a la realidad del país. El templo era antiguo aunque más moderno que el templo Anyin, construido durante la dinastía Tang. Y luego había sufrido modificaciones y agregados.

Jia Yi se encontró con varias salas a lo largo de un eje central y el Shanmen o salón de los cuatro reyes. Majestuoso, bello, pero lo más importante que daba la sensación de serenidad y equilibrio. Pasaron varios minutos esperando que sus pensamientos se eleven hacia lo divino. Luego de rendir culto y pedir bendiciones para su marido, su madre, hermana y sus suegros, se retiró.

Jia Yi sentía que cada entrada a un templo sus fuerzas se renovaban y que sus ancestros la protegerían guiando el camino de ella y su marido.

Al regresar una de las mujeres le comentó que esa era una zona propiamente de la etnia Han, aunque había otras que convivían en armonioso equilibrio.

Una mañana mientras atendía a un comerciante unas úlceras en los pies, el médico le comentó.

—¿Sabías que durante la dinastía Han el taoísmo y la medicina fueron los que más crecieron?

—Sí, estudié sobre la historia del arte de curar —respondió Lin Hie sin dejar su labor.

—No es un arte, es una ciencia —dijo el médico.

—En el arte se estudia para luego crear. En la ciencia no podemos crear, debemos basarnos en los aciertos y errores del pasado para aplicar lo bien hecho y no repetir lo que se hizo mal —respondió Lin Hie.

—Tú deberías estudiar medicina —comentó el médico.

Lin Hie giró su cabeza y lo observó.

—Creo que debería estudiar, si es que puedo, para ser maestro —contestó Lin Hie dudando.

—Estudié la ciencia del curar en la ciudad de Zhengzhou, con un sabio erudito de la salud. Médico que había salvado mil vidas en batallas sangrientas y en las enfermedades que dejan las guerras a causa del hombre y los cadáveres —contaba el médico esperando una reacción de Lin Hie.

Lin Hie no contestaba, sólo se limitaba a escuchar.

—Es una ciudad al norte, cerca del Monte Song, cuna sagrada del Taoísmo —agregó el médico.

Hicieron silencio.

Era sólo una charla pero no sabía Lin Hie a dónde quería llegar el médico.

—Tuve un maestro de la salud, del curar, cerca del monasterio Songyue. Ahí nos enseñó a otros pupilos y a mí como salvar vidas — insistió el médico—. Sabes, deberías ir. No hay nada más importante que salvar vidas —agregó.

Lin Hie lo observó y recordó lo que le decía su antiguo maestro.

—Tuve un maestro, un sabio maestro que me enseñó que se debe hacer lo que nos haga sentir bien. Que nos ponga en equilibrio con el resto, con el todo. Teniendo en cuenta aquello que nos resulta natural —el médico lo escuchaba presintiendo que le daría una lección. Y Lin Hie agregó—: Un médico salva vidas de a una y eso tiene un gran mérito. Pero un maestro puede salvar una nación.

El viejo médico lo observó largamente con agudeza en sus ojos.

—Tu maestro no sólo era muy sabio, también era muy soberbio, y seguro era un erudito —comentó el médico.

No continuaron con la conversación.

A partir de ahí trabajó con el médico hasta el día que partieron, aprendiendo lo que el médico llamaba atención primaria de heridos. Además de algunos tratamientos para dolores de vientre, cabeza e infecciones.

Jia Yi, se encontraba trabajando con unas mujeres cuidando árboles de moras para la producción de seda.

—Tenía entendido que la seda se cultivaba más al oeste —les dijo en una ocasión.

—Sí, es así —dijo una de las mujeres—, este árbol creció aquí sin que nadie lo plantase, llegaron solas sus semillas esparcidas por las aves. Hoy tiene veinte metros de alto, los ancestros nos lo han entregado. Nosotras sólo seguimos su designio, sembramos sus semillas y cultivamos gusanos de seda. Nos sirve para nosotros y para intercambiar alimentos con los pueblos y ciudades. Además de alimentarnos con sus frutos.

—¿Las mujeres solas hicieron esto? —preguntó Jia Yi.

—Sí.

Jia Yi estaba sorprendida, era un negocio de las mujeres, donde los hombres apenas participaban.

Algunos habitantes, varones, no le querían permitir a Jia Yi que dialogara con las mujeres pero mientras trabajaban la tierra ella aprovechaba para hacer entender en los sembrados cómo estaba compuesta la nación y lo que sucedía. También ellos iban perdiendo la noción de los días que pasaban, lo que suponían un solo viaje largo, se iba extendiendo demasiado en tiempo y distancia.

Se habían instalado en las afueras de la ciudad para estar solos y sin ser vigilados, de tal modo que Lin Hie se trasladaba todos los días hasta donde trabajaba con el médico. Por otro lado había logrado una amistad sólida con el comerciante que habían encontrado al llegar a la ciudad.

Una tarde, al anochecer se encontraban Lin Hie y Jia Yi preparando alimentos cuando llegó el hombre que habían conocido en la anterior ciudad. El jinete que los había llevado hasta la casa del viejo.

Al verlos los saludó desde lejos montado en su caballo y al galope.

—Ha muerto. Han muerto —repetía mientras gritaba desde lejos.

—¿Quién? —preguntó sorprendido Lin Hie al verlo llegar. Mientras se acercaba vaticinaba que había muerto el viejo que habían conocido.

—El maestro, el viejo soldado y también Ye Mingchen —lo sospeché se dijo Lin Hie pero se sorprendió sobre la noticia del gobernador.

—Nos enteramos por otro mensajero sobre la muerte en la India de Ye Mingchen —dijo el hombre mientras intentaba recobrar el aliento—, apresado se le negó tratamiento de un abogado. Ese tal Parkes sintió placer en humillarlo. Lo calificó de gordo indeciso. Su salud se deterioró rápidamente, apenas le daban de beber y la comida dicen que era escasa. Le negaron intérprete y médico. Enfermo, solo, sin comida y sin poder hablar con ninguna persona, murió.

—Entonces fue asesinado —afirmó Lin Hie—. ¿Y el maestro?

—Ya era viejo, él quería morir, ya había cumplido con lo que debía hacer en este plano —dijo el jinete.

El mensajero se quedó varios días con ellos, Lin Hie pudo conocerlo más y aprender mucho de él. Sus vastos viajes lo habían llenado de experiencia.

Una noche mientras cenaban los tres en silencio Lin Hie reflexionó, bajó la cabeza y dijo:

—No murió, fue ejecutado. Todo se debe saber, todo.

El mensajero lo quedó mirando al igual que Jia Yi.

—Tu tienes una piedra, un jade sin pulir una de sus caras. No la pierdas —dijo el jinete.

Lin Hie no respondió.

Se quedaron bastante tiempo para poder entender bien el dialecto que sólo algunos de los ciudadanos hablaban. Jia Yi tomaba nota para no olvidar ni confundir. De apoco y con ayuda de Lin Hie fue transformado esas anotaciones en un pequeño traductor de pocas palabras, simples pero necesarias para poder entender lo básico pero más que nada porque ella quería divulgarlos.

Esto era algo que también los sorprendió, en un mismo lugar, como este jí'an, varias personas hablaban distintos idiomas, pero entre ellos utilizaban uno en común. Es decir la comunidad se había puesto de acuerdo sin la injerencia de ningún gobernante cuál era el dialecto más sencillo para todos.

Jia Yi tenía piernas muy delgadas y armoniosas, de piel muy blanca, en algunas zonas casi translúcidas, a tal punto que se le notaban las venas. Acordes a su menudo pero proporcionado cuerpo, era muy bella, sus ojos rasgados mostraban una mirada dulce, soñadora pero a su vez penetrante, decidida, fija. Cuando tomaba una decisión miraba directo, sin pestañear.

Pese a su delgado y esbelto cuerpo tenía gran fuerza en sus brazos y más que nada sus manos, capaces de romper las cáscaras de las nueces con una sola mano entre sus dedos. Al igual que sus piernas, sin siquiera asomarse sus músculos era capaz de trepar y correr a gran velocidad, tal así lo había demostrado un par de veces al intentar escapar sus caballos.

Ahora las molestias y dolores en su tobillo iban desapareciendo de a poco siguiendo el tratamiento indicado por el médico y aplicado por Lin Hie.

Las reuniones con los jóvenes se hacían más grandes y más seguidas, mientras su amigo el comerciante las observaba interesado en ellas, siguiendo minuciosamente cada una de las palabras de Lin Hie.

Luego de concluir una de esas charlas en la que habían comentado lo sucedido y las últimas noticias de la muerte del gobernador, haciendo hincapié en las causas, dirigiéndose para su casa caminado solo llegando a las afueras de la ciudad, Lin Hie escuchó un galope de dos jinetes tras él. No le dio importancia pero se aproximaban muy rápido.

Volvió a mirar hacia atrás cuando ya los tenía sobre él. Uno de ellos sacó una espada larga. Lin Hie lo observó y corrió hacia el matorral de pastos. Los hombres se abalanzaron, él arrastrándose llegó a una zanja donde se sumergió, los dos jinetes iban y venían buscándolo. Los cangrejos comenzaron a morder sus piernas, no dijo nada, apretaba sus dientes.

Luego de casi media hora y que un par de veces casi lo pasaran por arriba, desistieron y se retiraron. Cansado y sucio llegó a su casa y fue recibido por su esposa. Le contó brevemente y ella asustada le dijo que debían huir inmediatamente.

—Sabíamos que esto iba a pasar, a medida que avancemos iremos creando enemigos.

Al día siguiente, intentando no ser visto se dirigió hasta lo del médico. Él o su amigo el comerciante lo ayudarían.

—Debes ocultar a tu mujer, irán por ella —le dijo el médico.

—Ya no está en la casa —respondió Lin Hie.

—Huyan de esta ciudad. Toma unas cosas —y le indicó un lugar para encontrarse a la noche.

Mientras tanto en el comercio de su amigo llegó un hombre alto. Observó al comerciante:

—Ella no estaba en su casa y él se nos perdió anoche, estaba muy oscuro —dijo el hombre.

—Ese hombre es peligroso y ella más. Habla con las mujeres —respondió el comerciante—. Los estuve vigilando.

—Lograremos que se vayan —aseguró el hombre con su cabeza oculta por una capucha.

—No es sólo eso, están esparciendo su infección por toda la nación, la sustancia es nuestro negocio.

—Sí, señor, nos encargaremos. ¿Dónde están ahora?

—Él con el médico donde trabaja, a ella no la he visto —respondió el comerciante.

Esa misma noche de abril percibiendo la subida de temperatura al haber llegado mayo, se encontraron en el lugar previsto designado por el médico con ayuda de cinco de las mujeres que cultivaban seda.

—Gracias Jia Yi —dijo una de ellas.

—Yo soy la agradecida, hemos logrado conocer sus muchos habitantes, ya es hora, hemos estado lo suficiente, siempre las llevaré en mi memoria.

—Este camino es peligroso y no se ve su huella —dijo el médico.

Escapando por el lado oeste de la ciudad nuevamente hacia el noroeste tomando el sendero casi imperceptible de Ji'an hacia Xinyú.

Se perdieron en la noche, las mujeres regresaron a sus viviendas, de vuelta el médico llegando a su casa se ve frente a frente con el comerciante en su puerta.

—¡No eres digno! —le dijo el médico.

—Se escaparon —contestó el comerciante.

—Se te escaparon. Van por el camino viejo.

—No me insultes, el comercio es mío.

—Pero yo hago el trabajo de fraccionado. Y de aquí en más quiero el doble —agregó el médico—. Además esas mujeres de la seda... deben desaparecer.

El comerciante se acercó:

—No te excedas —sacó de entre sus ropas un cuchillo de unos treinta centímetros y lo clavó en el vientre de abajo hacia arriba dejando que sus vísceras se esparcieran en el suelo. Un quejido ronco salió de la garganta del médico, bajó la vista y vio sus intestinos caer

de su abdomen. Cayó muerto con los ojos abiertos y su boca llena de sangre despidiendo las últimas burbujas y globos rojos.

El hombre lo observó desde arriba, se corrió unos centímetros para que el charco de sangre que se esparcía no le toque el calzado. Se retiró despacio dejando al médico tirado en un charco de sangre.

## 5. XINYU, 1860

Con rumbo más al noreste intentaban sortear un sendero cubierto por una maleza que se hacía imposible de traspasar. Más aún en la oscuridad que sumaba insectos ponzoñosos, víboras y otras alimañas. La luna iluminaba fuerte y blanca pero no penetraba hasta el camino por acción de las frondosas copas de los árboles.

A las dos horas de camino escuchó Lin Hie a lo lejos pisadas y un relincho.

—Detente, caballos....

—¿Será tu amigo que nos viene a guiar? —preguntó Jia Yi

—Lo dudo, son varios caballos, creo... Vamos hacia ese matorral, el que se ve a lo lejos. Pero despacio, lento, sin ruido.

Era una lomada llena de arbustos a unos ciento cincuenta metros. De inmediato Lin Hie borró las huellas. Ocultaron los caballos, los tranquilizaron y se quedaron quietos y callados.

—Quédate aquí —dijo Lin Hie.

—No, no te vayas —suplicó Jia Yi.

—Tranquila.

Se acercó hasta un mamelón y de ahí pudo observar a dos jinetes armados siguiendo sus huellas. Esperó que se alejaran y a ver que se perdían entre el bosque y la oscuridad.

Regresó con Jia Yi.

—Se fueron pero nos quedaremos aquí hasta el amanecer. Reconocí a uno de ellos, era uno de los que me quiso asesinar. Deben ser los dos.

—¿Cómo pudieron descubrirnos? Temo por mis amigas.

No pudieron dormir en toda la noche.

Al alba siguieron camino, pero a unos dos kilómetros Lin Hie decidió subir a una montaña. Un risco difícil de trepar, los caballos se resbalaban pero quería seguir el camino desde arriba y no por los

tradicionales senderos. Esto les procuraría mayor seguridad aunque atrasaría exponencialmente su viaje, con el agravante de quedarse sin víveres y a merced de animales salvajes. Era un riesgo que había que correr, era evidente que algo andaba mal, Lin Hie temía por la seguridad de su amigo, el médico, y aquel comerciante que a su llegada les había brindado cobijo y hospedaje. Lejos estaban de imaginar semejante trama que se iba tejiendo detrás de ellos.

Decidieron hacer un largo peregrinar de muchos kilómetros hacia el sur con la intención de perder a los perseguidores. Luego girarían y volverían marcando nuevos senderos por donde la inhóspita geografía se los permitiera. Viajar por lugares sin camino ni senderos hacía que den varias vueltas para poder seguir adelante, con las malas condiciones del suelo sumado a un bosque que por momentos se asemejaba a una selva por lo tupido.

Luego de varios días, convencidos de haber perdido a los hombres, una noche Lin Hie se despertó sobresaltado al escuchar un ruido. De inmediato puso en alerta a su esposa, sabía que había animales feroces en la zona pero más temía que los hombres los hubieran descubierto.

Además el médico los había alertado de jaurías de lobos en el norte y grises más al este. Se quedaron en silencio, Lin Hie avivó las pequeñas fogatas que tenían alrededor de donde se encontraban descansando. El silencio se hizo aturdidor, de pronto todos los insectos de la noche hicieron un silencio terrorífico.

Entre los árboles le pareció ver algo brillante, Lin Hie tenía un dao, una especie de machete, en su mano derecha y en la izquierda un qiang, una lanza. Jia Yi también contaba con una lanza. Él intentó cubrirla pero ella de un movimiento ligero puso espalda con espalda. En ese momento de la nada un tigre saltó sobre ellos, Jia Yi gritó, Lin Hie golpeó con su dao en el vientre de la fiera pero sin lastimarlo. De inmediato Lin Hie tomó una de las ramas encendidas y avivó aún más las fogatas que lo rodeaban. Lo vio entre las sombras de la noche y prendiendo más ramas se las tiró encima. El tigre al ver el fuego cerca sin rugir saltó hacia un costado y huyó.

—Espero no vuelva —dijo ella recobrando el aliento pero muy asustada.

—Espero no haberlo lastimado —dijo él—. Era distinto al que vimos cuando iniciamos el camino, este parecía más grande.

—Tal vez el otro era cachorro —respondió Jia Yi.

—No, hay diferentes tipos. Y en las montañas de las nieves eternas hay más grandes todavía.

—¿Has viajado hacia esos lugares? —le preguntó su esposa.

—No es necesario viajar para saber —contestó Lin Hie.

Ya casi sin víveres y agua debían bajar de las cumbres de las sierras para hallar vegetales comestibles y animales pequeños que él pudiera cazar y pescar. Además los arroyos se encontraban abajo entre pequeños cañones que formaban mesetas. No se dirigían hasta las cumbres altas por miedo a perderse o hallar grietas, precipicios o acantilados imposibles de traspasar.

Dado los conocimientos de Jia Yi con sólo bajar al pie de la sierras ya encontraron plantas para comer, peces y algunos roedores.

Mientras andaban continuaban sus jornadas de apuntes que ella había comenzado a hacer, no necesitaban indicios de caminos ni senderos. Por eso Jia Yi dibujaba una especie de mapa ayudada por la medida chi, no utilizaba el li, dado que lo consideraba incorrecto por el esfuerzo que les llevaba subir algunas cuestas.

—Mira —dijo Lin Hie.

—Parecen huellas de caballos —dijo Jia Yi—. ¿Nos habrás descubierto?

—No, son distintas, además son varias y vienen del oeste. Es curioso, no hay senderos ni caminos.

—Podrían ser traficantes —dijo ella.

—Sí, tal vez.

Hacia unas seis horas que iban a paso de caballo cuando Jia Yi le dijo a Lin Hie.

—Detengámonos un momento, por favor.

—Sí, ¿qué sucede? —preguntó Lin Hie.

—No me siento bien.

No hizo más que terminar su frase cuando intentó bajar del caballo y cayó descompuesta y vomitándose encima. Lin Hie la recostó, ella comenzó a temblar.

De inmediato Lin Hie se dio cuenta que estaba intoxicada. Buscó entre la comida que llevaban, antes de hacer algo con ella quería verificar. Separó carne seca en sal que tenían y algunas hojas, revisó minuciosamente todas las hojas de unas plantas que Jia Yi había comido, él no ya que era reacio a alimentarse con vegetales, prefería la carne. Entre las hojas descubrió pétalos de anapelo azul. *Esto es venenoso se dijo, pero cómo llegó hasta aquí, es de las montañas del oeste, de los confines con las grandes montañas de Europa.*

Comenzó a caminar siguiendo las huellas que ellos mismos habían dejado, descubriendo que a unos metros por donde habían cruzado se encontraban hojas y pétalos de anapelo esparcidos. Desconcertado se preguntó qué le habría sucedido a su esposa, siendo tan conocedora de hierbas, qué se le pudo haber pasado entre las buenas hojas. *Seguramente a otros viajeros se les cayó, deben ser soldados que lo usan como veneno o tal vez espías que asesinan.*

De inmediato volvió con su mujer que no dejaba de retorcerse de los dolores de estómago. Tomó unas hojas que llevaba en su alforja y unos polvos blancos y azulados, los mezcló formando un preparado con distintas hierbas medicinales que le había entregado su viejo maestro en Cantón. Las cual guardaba cuidadosamente escondidas en una caja de madera con un recubrimiento especial de esmalte aislante, la misma tenía una forma redonda con varios compartimentos diminutos escalonados que no se comunicaban entre ellos.

El viejo también era un hábil alquimista, le había enseñado cómo combinarlas. Una vez lista la emulsión a base de centella asiática, le produjo un fuerte vómito y colitis logrando un lavaje de estómago para liberar la toxicidad del anapelo azul.

Cinco días se quedaron hasta que ella estuvo recuperada y con fuerzas, habiéndose salvado pero con grandes secuelas estomacales.

Dos días después de emprender viaje nuevamente se encontraron con otra ciudad bastante grande en comparación a la anterior, se notaba que era más vieja aún por sus construcciones, calles y pasadizos. Le decían Xinyú.

Buscaron un lugar donde vivir y trabajar. Pero esta vez Lin Hie estaba decidido a no trabajar con los campesinos, su labor con el médico lo había convencido que era mucho más diestro

con las personas. Quería aprovechar el tamaño de la ciudad y la gran cantidad de habitantes que parecía tener para explicarles los sucesos acaecidos en la capital.

En vano sus esfuerzos, Lin Hie no consiguió trabajo de lo que quería. Lo único que logró fue comenzar a trabajar en la construcción. Sin embargo y para sorpresa de Lin Hie estos obreros eran muy meticulosos y con gran sabiduría en el cálculo. No erraban un solo grado a los ángulos que se les daba a la caída de los techos ni encastres entre vigas o columnas de madera. Además pudo aprender cómo se encastraba la piedra y ladrillos en la madera para incrementar la estabilidad de la casa. Pudo observar a su vez cómo trabajaban y vivían los constructores. Se dio cuenta que pese a la especialización de los trabajadores también pasaban penurias económicas. Parecía ser que los únicos beneficiados eran comerciantes o dueños de compañías de exportación o importación, que en definitiva hacían poco.

Dos hermanos que tenían una carpintería y habían visto en varias ocasiones la labor de Lin Hie en las distintas construcciones le ofrecieron trabajar con ellos mientras estuvieran en Xinyú. Al cabo de cuatro meses dejó la construcción y comenzó con ellos.

Los hombres se encontraban construyendo una máquina para realizar labores de siembra. Curioso preguntó Lin Hie qué era y para qué servía. Los hermanos consideraban que el desarrollo del cultivo debía ser más rápido y eficiente y para esto debían diseñar máquinas que le faciliten a los trabajadores agrarios el quehacer diario. Sin pérdidas de tiempo y sin tanto trabajo artesanal. Por eso uno de los desarrollos se trataba de una cosechadora manual para arroz, con unas palas giratorias de madera, mientras uno la empujaba, otro giraría una manivela. Pese a los esfuerzos y rediseños no les estaba dando los resultados esperados. Pero Lin Hie había quedado muy sorprendido con el diseño y empeño que le ponían los dos hermanos.

Una mañana dialogando con ellos, Lin Hie preguntó:

—¿Por qué están intentando construir esta máquina si ustedes no trabajan en el campo? Ustedes trabajan madera para la construcción.

—Porque nosotros nos alimentamos de lo que se cultiva y si podemos facilitarles ayuda van a cultivar más y por lo tanto

la mercadería sería más barata –fundamentó el mayor–. Todos debemos ayudarnos, todo es un ciclo.

—Ayudar es parte de la compasión, de la vergüenza, del respeto y de la modestia –agregó el menor.

—Sí –asintió Lin Hie–, el bien y el mal, como dijo Mencio.

—No sabemos quién es él –dijo el hermano mayor.

—Sólo repito lo que decía mi padre –comentó el menor.

Lin Hie no dijo nada para no avergonzarlos. Pero era evidente lo importante de transmitir la cultura de generación en generación. *Ellos, se dijo, no saben quién es Mencio, sólo saben lo que dijo, lo que nos enseñó. Y es una buena enseñanza, toda la nación debería saber sobre nuestros sabios.*

—Se trata de hacer el bien sin pedir nada a cambio –murmuró Lin Hie, los dos hermanos sonrieron y asintieron con la cabeza.

Lin Hie volvió a su trabajo con las maderas mientras reflexionaba, *no es necesario saber quién fue Mencio, ellos llevan dentro de su espíritu lo que a mí han tenido que enseñarme. En algunas personas la bondad y generosidad es innata, pensó.*

La vivienda que habían conseguido estaba contigua a la carpintería y los propietarios eran los dos hermanos. Tardaron varias semanas en reponerse del último viaje pero más que nada les inquietaba que aquellos hombres que los siguieron llegaran a esta nueva ciudad. El lugar de la carpintería parecía ideal, estaba en las afueras, sobre una pequeña lomada a no más de cincuenta metros del río Yuanhe, cubierta por una espesa vegetación.

Luego de reponer fuerzas comenzaron a convocar jóvenes, dando a conocer lo que estaba sucediendo en la nación, muchos de ellos no tenían idea de quién era siquiera el emperador.

Lin Hie y su esposa esta vez fueron mucho más cautos, primero estudiaban el lugar, los habitantes, sus movimientos y luego los invitaban. Aunque no directamente, primero los conocían, entablaban una relación y recién allí los convocaban. Este método les era mucho más seguro pero más tedioso y perdían tiempo. Le daba tranquilidad a Lin Hie pero no a Jia Yi. No sólo que ella estaba muy insegura sino que en este tiempo a ella no se le permitía hablar con las mujeres. Se dispersaban y no las podía

organizar. Debía entablar diálogos trabajando con las mujeres en las tareas más comunes donde hubiera varias, como en las tareas agrarias o en la confección de ropa.

Una noche la pareja intentaba dormir y reponerse del trabajo para programar cómo y cuándo sería su partida.

—Nunca me has contado sobre tu vida pasada. Nunca me respondes si eres de la etnia manchú o hakka –comentó Lin Hie—. Porque no pareces Han como mi familia. Sé que no lo eres pero me gustaría saber. –dijo Lin Hie mientras acomodaba unas prendas de ropa.

—¿Es verdaderamente importante a qué etnia pertenezco? –contestó ella sin dar demasiada importancia.

—Pues sí... siempre lo ha sido. Mis padres y toda la familia son Han, tú lo sabes.

—¿Y no crees acaso que una de las formas de unir a esta nación además de sacar a los invasores es que seamos un sólo pueblo. Con sus diferencias y costumbres pero todos iguales. O al menos es lo que te escuché decirles a tus amigos y lo que le dices a la gente de los pueblos. Que debemos luchar por la igualdad... –dijo Jia Yi.

—Pero tú eres mujer... –Ella giró la cabeza y lo miró:

—Y te salvé la vida a ti y a tu padre.

Lin Hie miró para otro lado.

No era claro que más le preocupaba a Lin Hie, si en verdad la inseguridad sobre la vida de ella o que ella misma como mujer le trajera más inseguridad a ambos. A su vez él se iba preguntando si aquel camino o mandato que tenía tal vez fuera sólo eso. Explicar, contar lo que sucedía.

Se despertó a los minutos sobresaltado, se dio vuelta y miró a su esposa.

—¿Puede ser acaso que sea solamente esto nuestro mandato? Explicarle a simples pobladores de campo qué sucede. ¿A sólo eso se reduce...? –preguntó Lin Hie.

—¿Y acaso si eso fuera, te parece de poca importancia? Esposo mío, si te preguntas eso es que estás perdiendo inteligencia. Tal vez sea eso, lo que todos dicen, simples caminantes de la palabra –reflexionó Jia Yi.

—Sólo espero no ser simples peregrinos y que no quede todo en la nada.

—Puede ser que sí, —respondió ella.

Él no dijo nada, se volvió a dar vuelta.

No dejaba de pensar en su mujer, la que había elegido como esposa, no era común y no encajaba en su época. La quería, estaba enamorado pero temía que su personalidad le fuera en contra y quisieran tomar venganza contra ella y que la asesinasen. No quería vaticinar sobre problemas futuros pero si quería prevenirlos. Su personalidad era querer controlar todo, tener una visión general de las cosas y se le hacía imposible. Ella por el contrario sentía que debía ir resolviendo sobre los mismos acontecimientos. En verdad es que lo ideal era un poco la postura de ambos.

Al otro día, durante la mañana muy temprano, Jia Yi se acercó a su esposo mientras estaba trabajando y sin saludar le dijo desde atrás:

—Soy de la etnia Mosuo, del oeste del territorio de Sichuan cerca del Tibet. La mayoría son agrícolas.

Él no le contestó, continuó acomodando una madera. Ella se quedó mirando su espalda esperando una respuesta que nunca llegó. Se dio media vuelta y caminó hacia la casa, cuando estaba a unos diez metros él dándose vuelta dijo:

—Y...

Ella se detuvo.

—Eso no es una respuesta... y ambos somos chinos... —Jia Yi se volvió a dar vuelta y se metió en la casa a cocinar.

Para él era importante. Fue hasta donde se encontraba ella.

—¿Eres del lago Lugu? —preguntó Lin Hie.

—Crees conocer y saber mucho —dijo Jia Yi.

Los dos se quedaron quietos a cinco metros, mirándose.

—Mi abuela y mi madre han sido cabeza de familia y todos mis ancestros —dijo enérgica ella.

—Entonces sí es importante saber las etnias, porque entre los Han mandan los hombres —respondió él.

—Pues habrá que ver cómo hacemos porque sin mí no puedes entenderte con todos y tu misión es más que evidente. Te han elegido, es decir, nos han elegido para que transmitamos lo que

sucede. Para que sembremos las semillas de una rebelión para que en algún momento se produzca una revolución. —Y subiendo la voz agregó—: ¡Y no te creas que mi deseo es ser una emperatriz!, pues estarías muy confundido. Sólo quiero una mejor nación, tal vez no la veamos, pero si nuestros hijos o en tal caso nuestros nietos... Y si no es así dentro de infinitas generaciones —dijo casi gritando Jia Yi.

—No me debes hablar así, no es correcto —contestó Lin Hie.  
Ambos dejaron la discusión acalorada.

Lin Hie se fue hacia la carpintería y habló con los dueños para usar el lugar para armar un grupo de jóvenes. Con el tiempo se dio cuenta que los hermanos eran confiables. La respuesta fue afirmativa y pronto ya tenía resuelto un puñado de ocho jóvenes inquietos que multiplicarían la información.

Durante la cuarta reunión un joven entró sin ser invitado e interrumpiendo. Era un joven mensajero recién llegado a la ciudad. De inmediato Lin Hie se dio cuenta que era un mensajero imperial. Cautó y desconfiado dejó que participe pese a su poca diplomacia y aparente poca educación.

—Ye Mingchen murió en Calcuta —dijo el mensajero.

—Eso traerá problemas —explicó Lin Hie frente a los jóvenes.

—¿Y nadie hará nada? Eso será un problema o no... —dijo uno de los jóvenes.

—A veces los problemas son la solución de un problema más grave —respondió Lin Hie.

—Dejaron que muriera, fue un asesinato —agregó el mensajero.

Lin Hie no dijo nada, de inmediato todos se dieron vuelta esperando su reacción.

—Buenas noches, ya que nos has interrumpido, imaginamos que tienes nuevas noticias para compartir con nosotros —le dijo Lin Hie al recién llegado.

—Y fue bombardeado el fuerte del río Hai He —dijo entonces el mensajero.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Lin Hie sorprendido.

—Un tal sir James Hope Grant.

—No entiendo.

—El Emperador se negó a permitir que las embajadas se instalen en Pekín —explicó el joven.

—Malditos británicos —farfulló Lin Hie.

—Esta vez no fueron británicos. Pekín fue ocupada —agregó el mensajero—. Fueron sus amigos, los estadounidenses. Hay que darse prisa. No hay que permitirles que entren.

—Ya deben estar adentro... —reflexionó Lin Hie.

—Debemos sacarlos de ahí.

—No... debemos permitir que estén pero bajo nuestras leyes, que es distinto, ellos no pueden imponer las suyas —comentó Lin Hie.

—Debemos aniquilarlos, no entiendes —dijo otro joven muy vehemente.

—Debemos comercializar con ellos. Deben entender que somos una nación. Ellos tienen mucho que aprender de nosotros y ellos también nos pueden enseñar, aunque sea algo.

El joven lo observaba estupefacto. Se retiró sin saludar.

Jia Yi estaba a ocultar en un costado.

—¡Vamos! —dijo por lo bajo.

Ella temía cuando las reuniones se ponían intensas, era mucho más desconfiada que él, por lo tanto luego de los hechos anteriores, desconfiaba de todos. Principalmente de los hermanos carpinteros.

—Por más que nos apuremos no vamos a llegar a ningún lugar que no debamos estar. Las ciudades quedan muy lejos una de otras y los caminos son difíciles. No sabemos ni cuánto podremos llegar a tardar en arribar..., todo es muy lejos —dijo Lin Hie—. Por otro lado llevar la enseñanza de lo que sucede nos lleva mucho tiempo y aún más hacer entender los porqué y las consecuencias.

Al otro día Jia Yi caminó hasta el Templo Jingguo, no entró. Lo observó y meditó desde afuera, no intentó comunicarse con sus ancestros ni solicitó nada a ellos. Sólo se quedó estática observándolo unos minutos y regresó a su trabajo.

Luego de doce lunas, Lin Hie continuaba quedándose hasta altas horas de la noche trabajando solo en la carpintería. Se dirigió hacia la casa de los hermanos casi a la media noche.

—Buenas noches, disculpen la hora inapropiada y mi educación descortés pero debo mostrarles algo.

Los hermanos no contestaron y lo siguieron hasta la carpintería. Los llevó hasta el viejo modelo que habían abandonado dado que no lograban los resultados esperados del diseño.

La máquina totalmente de madera renovada y rediseñada por Lin Hie, contaba con una tolva donde se introducían los granos, uno debía empujarla y el otro debía mover la manivela redonda. Una especie de lanzadera que subía y bajaba introduciendo las semillas a tres centímetros de profundidad y cada veinticinco una de otra. Las semillas no caían de a una pero era bastante eficiente.

—¿Cuándo has hecho esto? —preguntó el más grande.

—Muy buen diseño —dijo el más joven.

—Lo sé, y pido disculpas por eso. La vi abandonada, derrumbada en el fondo del depósito y quise intentarlo.

Los hermanos asintieron con la cabeza.

—Muy buen trabajo, la probaremos mañana —dijo el hermano más grande.

—Ya me atreví a probarla —respondió Lin Hie.

—Entonces sólo verificaremos —agregó el más chico sonriendo.

Así lo hicieron al otro día. Sorprendidos de los resultados de inmediato le ofrecieron que se quede más tiempo.

—Debe contar con dos trabajadores, uno empuja y el otro mueve la rueda. Cuenta con dos ruedas altas para que no se entieren en el fondo pantanoso, además es angosta, lo suficiente para respetar el surco.

—¿Te quedarás más tiempo? —preguntó el mayor.

Lin Hie no quiso ser preciso y evadió la respuesta. Pero cuando llegó a su casa, Lin Hie le dijo a su mujer que era tiempo de partir.

—¿Crees que es suficiente lo que hicimos aquí? —preguntó Jia—. No confío en esos hermanos.

—Que las malas experiencias que tengamos con algunas personas nos obnubilen los sentidos y prejuzguemos a todos generalizando es lo peor que podríamos cometer. Sería lo mismo que todos pensaran que los políticos son malos, muchos no lo son, e intentan lo mejor —le dijo Lin Hie. Luego de un momento agregó.

—Lo que se haga se debe hacer despacio, con mucho cuidado y una vez que estemos dentro de la próxima ciudad lo evaluaremos. Desde adentro lo analizaremos.

Un silencio. Jia Yi lo observó.

—Sí, desde adentro —dijo él reafirmando su postura—. Es obvio que somos parte de una red de información, aunque no somos ni maestros ni mensajeros, enseñamos y llevamos noticias. La información es poder. No perdamos la calma ni el aplomo y utilicemos los pocos recursos que tenemos. Sólo me molesta que no me haya dicho la verdad el maestro, que todo era un plan —cerró Lin Hie.

—Tal vez no lo fue y se fue armando a partir de nuestra huida y modificando y agrandando a cada paso —contestó Jia Yi.

Luego de uno año en la ciudad emprendieron viaje, por un sendero ya establecido hacia el noroeste, abriendo camino durante la madrugada sin decir nada, dejando todo en óptimas condiciones y los planos de la máquina para que los hermanos fabriquen más. Era la única manera de seguir avanzando o al menos era lo que ellos suponían.

Luego de un día de caminata se detuvieron para descansar ellos y los caballos. Lin Hie estaba quieto, tieso, mirando hacia el frente la nada misma, cuando de un golpe giró su cuerpo, tomó su dao con su mano derecha, con su izquierda su coleta y se la cortó de un solo movimiento.

Se dio vuelta, bajó su cabeza y observó su cabello en el suelo. Ella lentamente se agachó como para tomarlo.

—¡Déjalo, no lo toques!

Jia Yi se retiró sin mirarlo. Él volvió a levantar la cabeza y mirar hacia el frente, hacia el norte, hacia Pekín y de sus ojos cayeron lágrimas.

## **6. YICHUN (YUANZHOU)**

A pocos kilómetros hacia el oeste se encontraron a un hombre guiando cebúes en el mismo sentido que ellos, por el sendero.

—Mira, cebúes —comentó sorprendido Lin Hie a Jia Yi.

—Sí, ¿cómo los habrá traído por este sendero tan angosto?

—No lo sé.

—De donde es mi familia había algunas personas que criaban Yak —dijo Jia Yi.

—¿Acaso esos animales viven a grandes alturas? Tengo entendido que son del noroeste extremo —le preguntó Lin Hie.

—No lo sé, sólo sé que algunos vecinos tenían y criaban —respondió ella con la simpleza que la caracterizaba.

—Buenas tardes, ¿nos queda mucho para el pueblo? —preguntó Lin Hie cuando se acercaron al hombre.

—No es un pueblo, es una gran ciudad, La ciudad de Primaveras Agradables. A la vuelta del camino la van a encontrar. El río Yuanhe la atraviesa. —Le agradecieron y continuaron su camino.

*Debe ser el mismo río que pasa por las otras ciudades, se dijo Lin Hie. Sólo que al no costearlo por momentos lo perdemos de vista.*

Mientras caminaban Lin Hie se había quedado pensando sobre lo que había dicho Jia Yi

—Tú me contaste que venías del oeste pero esa zona no es tan alejada, serán dos o tres semanas de viaje.

—Sabes, a veces creo que no sabes llevar a la realidad tus conocimientos. Eres demasiado rígido, no dejas volar tu imaginación. Todo tus estudios los tienes guardados en cofres, deja que se enreden, que se atraviesen entre sí —le respondió Jia Yi—. La gente viaja, se mezcla, cambia de lugar, de costumbres, se adapta. Algunos familiares míos eran de Karamay.

—Es una ciudad muy al noroeste, no sé si vive mucha gente ahí. Debe ser un clima muy inhóspito —contestó él como alardeando de sus conocimientos.

—No lo sé, nunca estuve. Sólo sé por lo que escuchaba en las historias de la familia que hay muchos pastizales y que ahí hubo una gran batalla —dijo ella explicando con soltura, sin vacilar y sin intentar decir más de lo que sabía.

—Supongo que son todos mongoles.

—No lo sé pero si quieres cambiamos de curso y vamos para allí —dijo Jia Yi desafiante.

Lin Hie no contestó, sabía cómo iba a terminar la conversación.

Esa curva les tomó casi un día más de viaje, aproximadamente cincuenta kilómetros entre Xinyu y Yichun. *Lo que aparentemente está cerca y fácil a veces se hace lejano e inalcanzable, se dijo Lin Hie.*

Al llegar a esta ciudad llamada antiguamente Yuanzhou, (Yichun) se maravillaron nuevamente por lo grande. Al adentrarse percibieron que no era muy desarrollada, aunque no dejaban de

sorprenderse ante cada nuevo lugar que llegaban por lo vasto y espacioso. Cada vez que encontraban una localidad les parecía un hallazgo sorprendente, en todo momento suponían que serían pueblos y terminaban siendo casi ciudades. El movimiento de gente era grande.

De inmediato se dispusieron a buscar un lugar donde dormir y trabajar. Lin Hie ya contaba con su experiencia original de artesano especializado en porcelana, había aprendido a sembrar, cosechar, distintas técnicas y mucho de carpintería, tanto en muebles como en obras de viviendas. No le sería difícil conseguir trabajo. Pero pretendía no volver a trabajar en las canteras.

Para Jia Yi era más complejo pero la tenacidad que la caracterizaba lograba que pronto encontrara un lugar donde demostrar sus habilidades. Tejer, coser, cocinar, como campesina, etc.

Ante el éxito obtenido en la ciudad anterior formando grupos, Lin Hie se había dado cuenta que debían explicarle a los granjeros, encargados de la agricultura y animales por un lado. Separando muy bien a los dueños de las tierras de los peones. Y a los industriales y comerciantes de la ciudad por otro.

Muy a su pesar asumió que cada grupo no sólo debía ser etario, sino por su condición social, puesto que los intereses eran diferentes. No era el momento de cambiar esto, aunque era uno de sus objetivos. Que todos tuvieran un mismo interés, mejorar las condiciones de vida de todos los habitantes igualándolos socialmente.

Lin Hie creyó sentirse muy a gusto en la ciudad, la mayoría de la población era de su etnia, sin embargo había un clima adverso y de desconfianza.

Al mes de haber arribado iniciaron torrenciales lluvias que cubrían el cielo y anegaban caminos. La húmeda tierra se incrementaba y el fango se ponía imposible de transitar fuera de la ciudad, los habitantes les explicaron que ese clima y lluvias eran comunes en esa época del año.

Como siempre la vida enseña y da lecciones. Esta vez Lin Hie pese a su experiencia y diversidad de conocimientos no consiguió trabajo fácilmente, tuvo que realizar tareas varias y muy mal pagas. Patrones déspotas, desconfiados y explotadores. La mayoría eran trabajos agrarios.

Los primeros seis meses llevaron adelante los grupos de comerciantes e industriales por separados, una vez informados los unieron para demostrar lo que podría suceder con la nación si continuaban avanzando los europeos. Que pese al poder económico que ellos creían tener, llegado el momento los extranjeros podrían quedarse con sus compañías. Nunca iban a lograr poseer el dinero con que ellos contaban y menos aún tantos hombres armados que doblegaran sus fuerzas.

De seguro los británicos y franceses querrían imponer su mercadería en China, aunque fueran elementos inútiles, ellos eran buenos para convencer a través de la novedad.

Como en sitios anteriores muchos desconocían lo que sucedía en Cantón y Pekín, sólo los más acaudalados sabían lo que sucedía. Y dependiendo del rubro les preocupaba o no, dado sus intereses económicos.

Los poderosos solían desconfiar de Lin Hie al ser un extranjero de apariencia de hombre humilde. Lo que Lin Hi modificaba sutilmente por su vocabulario rico, ademanes delicados dignos de un personaje imperial, demostrando sus conocimientos culturales y de vez en cuando debiendo caer en el comentario de su padre que era un artesano que triunfaba en el comercio y exportación. De esta forma, muy a su pesar, los comerciantes e industriales se mostraban más permeables a sus charlas. Y algunos encantados de conocer a un hombre tan culto y de mundo. Igualmente sabía perfectamente que era mucho más difícil confiar en ellos que en los peones y obreros, por lo tanto sus charlas eran mucho más sutiles.

Era claro que a cada grupo social debían concientizarlo en función de su realidad, mostrarles a través del verdadero interés de cada uno. Lo cual lo llevaba a cuestionarse que lo único que motivaba a la mayoría era la obtención de dinero a través de sus negocios. Un sentimiento contradictorio y un pensamiento que le producía indignación. *La mayoría no tiene un criterio de bienestar para todos y defensa de la nación, pensó.* A muy pocos acaudalados les interesaban el progreso y bienestar de todos.

En cambio habían notado con sorpresa y estupor que entre los más pobres e ignorantes al contarles lo qué sucedía y cuáles podrían ser las consecuencias catastróficas para los más vulnerables,

no les interesaba tampoco. Aunque en estos casos la desilusión, temor y resignación habían invadido sus vidas. Era tal la situación de explotación y humillación que algunos vivían, que habían perdido todo interés y esperanza.

Uno de los dueños de una compañía que tenía telas, al cual Lin Hie, atento, nunca había invitado a las reuniones que venía llevando a cabo, siguió a uno de sus obreros. Se escabulló disfrazado de trabajador y escuchó lo que decía. Advirtió que su diálogo si bien era similar, en algunos puntos era considerablemente diferente, como el caso de las condiciones de trabajo a las que debían aspirar los trabajadores. A los obreros y trabajadores agricultores les interesaban las mejoras salariales y condiciones laborales. A los industriales poder vender mercadería sin competencia desleal del exterior y a los comerciantes ganar más dinero.

El hombre escuchó, no le gustó que estuviera explicando a los obreros que debían tener mejores pagas pero al escuchar que decía que a los industriales les interesaba vender y exportar, creyó que era un enviado del gobierno, no dijo nada y esperó a ver qué sucedía aunque de inmediato se juntó con otros empresarios y les comentó el hecho.

Durante ese período decidieron trabajar ella en el campo y él en una mina de coque. Una vez más la vida le daba una lección, lo que menos quería hacer, terminó haciéndolo.

Sería mucho más difícil llevar a cabo las reuniones, temía que se desmadraran o con el tiempo se disolvieran. Habían muchos temas que no había alcanzado a explicar y desmenuzar como a él le gustaba. Para que no suceda esta vez buscó líderes innatos, aquellos que sobresalieran por su liderazgo en los debates. Que tuvieran mandos naturales. Observó a quiénes miraban los presentes con atención cuando alguno hablaba emitiendo opiniones.

Una vez logrado trató de enseñarle mucho más de lo que sabían para poder fundamentar mejor cada una de las posturas. Cuando logró el objetivo se fue a trabajar a la mina mientras Jia Yi se quedó en las afueras de la ciudad.

Era una mina distinta a otras, la forma de trabajo era diferente, mucho más peligrosa a su entender. Enlazó una pequeña

amistad con uno de los trabajadores. Un hombre que había trabajado siempre en minas, incluso de cobre.

—El coque, —decía—, es el mejor reemplazo para no continuar cortando árboles para conseguir leña. Para hacer fuego. Algún día los árboles se pueden terminar.

Lin Hie lo observaba sonriendo.

—Mi familia proviene de la dinastía Song, son especialistas en minería —le comentó orgulloso.

El trabajo en la mina fue arduo y peligroso, nunca se hubiera imaginado cómo vivían esos hombres y los peligros que corrían. Mucho más que la anterior mina y cantera. Aprendió las técnicas de cavado, encofrados. También trabajó en canteras a cielo abierto.

Jia Yi mientras tanto trabajaba en las terrazas de siembra dada la extensa agricultura.

El viaje les fue enseñando mucho a cada paso, vida y costumbres de las personas que vivían de la minería, como en todos los casos se formaba una cofradía de trabajadores. Y fue entendiendo los negociados de los más poderosos, modo de transporte y embarque.

El mundo agrario estaba bien dividido en los trabajadores asalariados y los terratenientes que poca piedad tenían sobre sus trabajadores, excepto raras excepciones. Las formas y tipos de cultivos eran muy heterogéneas y diversas, según clima, es decir, época del año, geografía y necesidades.

La cría de animales de granja, las construcciones de las viviendas, todo guardaba un patrón pero en lo minucioso habían profundas diferencias. Jia Yi que trabajaba todo el día en las granjas tomaba nota de cada uno de los procesos y diferencias.

Una vez por semana volvía de la mina Lin Hie, coordinaba las reuniones, les solicitaba un informe a los líderes y les daba nuevos temas a tocar. Se quedaba ayudando a su esposa. Cada cosa era un descubrimiento, él no había tenido contacto con el mundo rural hasta el inicio de este viaje, ella un poco más. Menos aún el se hubiera imaginado cómo era la vida de los mineros.

—Es tan vasta la nación, son tantos los trabajos que se realizan, tan distintos, tan complejos... ¿Cómo se hace para que todos estén mejor, para que no haya explotación y pobreza? ¿Cómo se

hace para que todo sea más parejo y con igualdad de oportunidades ¿Cómo puede hacer un dirigente de buena voluntad para estar al tanto de todo y que los subordinados no mientan, engañen o abusen? ¿Qué tipo de hombre puede manejar todo, saber todo, estar al tanto de todo y ser lo suficientemente ecuánime?

Trabajando en la agricultura una de las mujeres le propuso a Jia Yi desempeñarse con ella durante la noche.

—¿Qué hacen? —preguntó curiosa ella ante la propuesta.

—Teñimos prendas —respondió la mujer.

—Quisiera aprender, nunca pude apreciar el proceso.

—Se conoce como shibori, (zha bo li) o (ji), teñimos hanfu y qipao. Prendas pequeñas, no como la compañía del centro de la ciudad.

Utilizaban la técnica del teñido anudado, especializada en la minoría étnica Bai. Ella escribía todo en esa especie de diario con mapas y mientras le enseñaba a las mujeres a leer y escribir sin que nadie lo supiera y a ocultas, contaba sus experiencias.

—¿Por qué escribes eso? —le preguntó una noche Lin Hie—, pensé que solamente era un mapa.

—Porque creo que es de suma importancia llevar un registro de los lugares que pasamos, hacer mapas y mencionar costumbres —contestó Jia Yi.

—No lo sé —hizo una pausa—, pero describes hasta las comidas.

—A veces tu soberbia indigna todo lo que tu maestro te ha enseñado. La vida es limitada y lo que se puede aprender es limitado. ¡Debemos tener mucho cuidado con determinar que nuestras conclusiones son las correctas! Eso lo dijo Zhuang Zi No creas que eres el único que ha leído.

—¿Dónde lo has leído? —preguntó sorprendido Lin Hie.

—En cada lugar que estamos donde encuentro algo para leer lo hago —dijo Jia Yi casi avergonzada—. Aprendí a leer de grande, fue mucho el tiempo invertido. Debo recuperarlo. Además yo sólo escribo lo que veo y me enseñan, y fíjate que no saco conclusiones ni emito opiniones. Eso te lo dejo a ti que eres el culto —agregó ofuscada.

Lin Hie no dijo nada, él había tenido más facilidad que ella para aprender, sin embargo ella estaba mostrando que tenía conocimientos y sin ayuda, y por lo tanto más valor.

La posición social de él era en comparación acomodada, se fue dando cuenta de a poco y lo hacía sentir miserable. Sin embargo la de Jia Yi también lo era en comparación con los lugares por donde viajaban, las condiciones, por el sólo hecho de vivir en la ciudad eran mejores. Si se compara siempre a alguien mejor o peor.

Era mucho más lo que aprendían que lo que podía enseñar, fue comprendiendo que los problemas del opio no eran el único problema de su inmensa nación, había otros igual de complejos para solucionar. Como por ejemplo los que iban apareciendo en su matrimonio.

Además no dejaba de asombrarlo la dimensión geográfica y diversidad de su nación, lo que también le preocupaba. Entre ellas estaba el clima que no terminaba de entenderlo. Sin querer lo comparaba con el de su ciudad natal y le costaba entender sus cambios según la zona.

*¿Cómo saber todo lo que sucede sin que engañen al gobernante? Se repetía la pregunta una y mil veces. ¿Qué difícil sería y qué tipo de líder podría unificar y llevar adelante un gigante? ¿Cómo domesticarlo y lograr que todas sus partes funciones al unísono en perfecta armonía y coordinación?*

Mientras Lin Hie meditaba Jia Yi continuaba trazando un gráfico sobre la geografía por donde iban viajando, iba haciendo nuevos caminos en su diario. En algunas zonas se cultivaba arroz, otros vegetales, se criaban animales tanto en llanuras como mesetas con terrazas.

Jia Yi había notado que en la mayoría de las zonas que pasaban se cultivaba lo mismo, sin embargo había diferencias sutiles ante una misma especie. Por otro lado, según la región se utilizaba mayor extensión agraria para un tipo de semilla que para otros. Y no era ante una planificación formal, había sido una adaptación de los pobladores al lugar. Estaba convencida de que si llevaba un registro con el tiempo se podría organizar debidamente y el estado podría ayudar a los dueños de las tierras para mejorar su siembra.

Durante un descanso de su trabajo Lin Hie decidió dar un paseo por el pueblo al atardecer. Caminando, estudiando el lugar,

en una callejuela angosta escuchó voces altas discutiendo. Le llamó la atención puesto que no era frecuente esa situación y menos aún a ventanas abiertas.

Al acercarse logró oír una voz masculina que le pareció reconocible.

—Esos jóvenes son inquietantes, están llenando de ideas a los obreros. —Era el dueño textil.

—Tú nos dijiste que era un tipo del gobierno que sabe de exportaciones —dijo la otra voz.

—No, dije que lo creí, y era muy culto y aparenta tener dinero

—Mañana mismo avisaremos a los soldados.

Lin Hie corrió hasta su casa.

—Nos vamos, rápido prepara todo que partimos esta noche.

Jia Yi sin más en poco tiempo tenía todo preparado mientras él preparó los caballos. Así fue como de inmediato y sin haber llegado al año, emprendieron viaje hacia el noroeste. A no más de un kilómetro de la ciudad un mensajero los alcanzó desde atrás. Gritaba desde unos cien metros.

—¡Oigan, deténganse...!

Ante el grito lo hicieron.

—¿Son ustedes los caminantes que informan? —preguntó el hombre medio agitado.

—Pues sí, creo que somos nosotros —respondió Lin Hie.

—Me solicitaron que les informe de la gran revuelta Tongzhi Hui, llamada rebelión dunganés.

—¿Quién envió a que nos informe?

El joven se quedó callado y estático.

—Cuéntanos —exigió Lin Hie.

—Es una revuelta de unos extranjeros —dijo el hombre.

—¿Extranjeros? Lo único que falta es que los británicos y franceses hagan una revuelta.

—¡No, no...! Musulmanes.

—Ellos no son extranjeros, sólo de otra creencia. ¿Dónde? —siguió Lin Hie.

—En la región de Shaanxi y otros tres lugares. Dicen que el Emperador envió a los soldados y los va a aniquilar —respondió el mensajero.

—Eso no está bien, habría que ver por qué se dio esta rebelión. De todos modos es algo más que debilita al Emperador.

El hombre lo miró.

—¿Ustedes quieren que su Majestad Celestial caiga? —exclamó el mensajero.

—No dije eso. Sólo dije que lo debilita —contestó Lin Hie tratando de medir sus palabras.

—Ustedes pueden ir contando esto en los pueblos, ciudades y asentamientos. —Y agregó—: A mí sólo me ordenaron que se los informe para que ustedes lo enseñen.

—¿Quién se lo pidió? —volvió a preguntar Lin Hie.

El hombre no contestó.

—¿Quién le ordenó que nos informe para que nosotros lo contemos, quienes son ustedes? ¿Quién nos ordena, quién es el jefe?

—Todo está en su mensaje, todo está en la unión de las dos partes —dijo mirándola a Jia Yi—. Si no saben observar todo es vano... Todo está en la unión, no hay una sola forma de unión —siguió diciendo el joven.

—¿A que se refiere?, no entiendo —dijo Lin Hie.

—Con varias palabras se puede crear poesía, y con esas mismas palabras dispuestas en diferentes lugares se puede declarar una guerra. Pero son siempre las mismas palabras que cambian de lugar. Los códigos, los símbolos no tienen una sola forma de acomodarse, no son figuras geométricas que calzan y dan como resultado una misma forma. Se puede obtener varias formas como así varios resultados... Su salvoconducto no es solamente eso. Tampoco sólo un mensaje o un mapa. Tal vez debieran estudiarlo mejor y darle más valor intentando interpretarlo —dijo indignado el mensajero.

Los miró largamente. Lin Hie estaba totalmente desconcertado y Jia Yi asustada.

—Adiós —dijo el hombre y se fue en la dirección que venía al galope. Lo vieron alejarse dejando más dudas e inquietudes.

—¿Se referirá a nosotros, a nuestro matrimonio? —preguntó Jia Yi.

—¿Qué tiene que ver nuestro matrimonio? No entiendo tus frases perdidas. No, no creo. Hay algo en las telas que nos entregaron que no sabemos comprender.

Se quedó mirando la oscuridad donde se perdía el mensajero.

—Tal vez el mensaje esté en la piedra —dijo ella.

Él la observó.

—Detesto la poca claridad y los mensajes subliminales —exclamó Lin Hie—. Por qué decirnos a nosotros que transmitamos los mensajes si ellos mismos que son mensajeros lo pueden hacer.

Jia Yi lo miró y no le contestó.

## **7. SHAOSHAN (CHANGSHA), 1860**

Llenos de dudas continuaron viaje, callados sin emitir opinión.

Cada uno por su lado intentaba desenmarañar el tejido de relatos y situaciones que iban viviendo y escuchando. Tal vez no tenían la capacidad, todavía, de entender esos mensajes subliminales. Sería cuestión de tiempo percibir conscientemente el mensaje y saber su cometido.

En algunos lugares las personas eran muy hospitalarias y comedidas. Ofrecían su alimento y lo compartían mientras comían y reían contando sus pequeñas historias de vida. Compartían la mesa niños, ancianos, padres y más familia y algunos amigos. Historias simples, sencillas y de mucho trabajo.

Pasaron cerca de Pingxiang, un asentamiento. Habiéndose detenido sólo para alimentarse, higienizarse y descansar no más que unas horas. Antes de emprender nuevamente el viaje, se recostaron cerca de los caballos junto al camino alejados unos cien metros del asentamiento.

Mientras se reponían y sentían cómo se acercaba el frío de octubre, un hombre muy sucio con polvo negro pasó caminado extenuado.

Lo llamaron para consultar por el camino a seguir, puesto que en el pequeño asentamiento la gente apenas tenía idea de sus pueblos vecinos. El hombre no contestó y continuó como si no los hubiera escuchado.

—No se detuvo —comentó Jia Yi.

—Tal vez no nos escuchó —respondió Lin Hie.

—Tal vez no oye.

—Posiblemente, parecía carbón esas manchas negras. Algunos quedan sordos me han dicho —dijo Lin Hie.

Al continuar el camino este los derivó hacia el sur, hacia otro asentamiento, Zhuzhou, junto al río Xiang, para luego llegar a Changsha. Las ciudades se encontraban cerca, pasar por ambos asentamientos solo les llevó un día y medio.

En el camino rumbo al noroeste encontraron zonas semi desérticas. Pequeñas zonas como islas de arena y arcilla rodeada por selvas y bosques. Jia Yi marcaba los valles que no eran propicios para pasar en caso de una batalla para no ser emboscados. Existían varios tipos de mapas pero ella sentía que al ver y dibujar podría entenderlos mejor. Se evidenciaba que hacia el sur, más cerca de la costa, donde se estaban haciendo dueños los británicos, franceses y estadounidenses eran las zonas más propicias para el cultivo.

A medida que iban dejando el camino hacia el noreste y subían hacia el norte el clima cambiaba, señal de que iban en la dirección correcta.

Descansando en otra zona de labradores uno de los trabajadores le comentó a Lin Hie que su familia no era de esa región. Habían viajado a ese lugar hacía mucho tiempo, más de diez generaciones atrás, desde la región de Shanxi por un terremoto, en el año occidental 1695, en el que habían muerto parte de sus antepasados. Uno de sus ancestros al haber fallecido toda su familia, hijos y esposa, decidió viajar y se estableció en Zhuzhou, (Yuanzhou). Intentando comenzar otra vida, y así lo hizo.

Lin Hie reflexionó sobre el tema, era importante tener en cuenta que el ser humano buscaba otras oportunidades dentro de su misma nación por eventos fortuitos que podrían cambiar la perspectiva de la vida de una persona. Tal era su caso, que no había pensado en ello, aunque él mismo era parte de esa realidad. *Es obvio que no soy el único, se dijo, pero debo pensar sobre la necesidad del que se traslada de una ciudad a otra.*

Recordó que en la región de Cantón, su ciudad natal, hubo un gran tifón durante la primera época de la dinastía Liao. Ese evento provocó que muchos habitantes dejaran sus hogares y viajaran hacia el noreste. Es decir, las causas de una inmigración interna no son sólo guerra o hambruna. Una inmigración se puede dar por factores climáticos y la nación debe estar preparada para ayudar a esa gente.

Durante el último tramo de ese trayecto no encontraron a nadie con quien hablar. Otro de los tantos inviernos se estaba instalando lentamente y el frío a veces no les permitía dormir. En este camino en particular de cuatro días no cruzaron casi ningún poblado y se les fueron acabando las provisiones. Además en algunas zonas podían ser presa de animales, tales como lobos que siempre andaban en grandes manadas. La experiencia que habían tenido con ellos no había sido la mejor y no la querían repetir.

Aprender a alimentarse de hierbas extrañas que desconocían si eran aptas para el consumo humano era todo un desafío. A medida que se dirigían hacia el norte desaparecían las conocidas para ellos y probaban con mucho cuidado las nuevas. Jia Yi ahora no estaba tan segura de sus conocimientos luego de lo que le había sucedido con la intoxicación. Era mucho más cuidadosa y le consultaba a Lin Hie. Puesto que en esta zona había algunas hiervas que jamás había visto. Más para ellos que su alimento principal originario de Cantón era a base de pescados, en su mayoría cocido al vapor acompañado por vegetales estacionales. En la casa de Lin Hie también se consumía cerdo y en algunas ocasiones su madre había aprendido a endulzar la carne a regañadientes del marido, ya que esa costumbre la habían sumado los europeos.

Más al norte la costumbre de alimentarse con pescado era menor, si bien había ríos con abundantes peces, la mayoría de los habitantes preferían las pastas. Fideos largos hachos con masa de trigo y hervidos, costumbre que databa de la dinastía Han.

La distancia que había de doscientos kilómetros de un pueblo a otro a ellos se les hacía a veces de trescientos kilómetros para poder esquivar altas montañas o ríos que dificultaban el cruce, teniendo que buscar por largas distancias una parte propicia. Pero no solo los ríos eran una dificultad importante por lo ancho, profundo y caudalosos, mucho peor era encontrarse con riscod, barrancos o acantilados en una montaña o sierra. Debían volver por el camino que habían viajado e intentar por otro. En esos casos la distancia de doscientos se les hacía de seiscientos kilómetros. Ese era el motivo principal por el cual eran reacios a marcar nuevos senderos como todos le habían sugerido. La intención de marcar nuevos caminos era romántica y audaz pero poco práctica.

Llegaron a la región conocida como el reino de Changsha luego de dos años de haber partido de Xinyu entre idas, venidas y asentamientos pequeños. El reino, como se lo había conocido, estaba conformado por una vasta región, fundado por el emperador Gaozu en el 200 AC, era contemporáneo al establecimiento de la dinastía Han.

El paso del río Xiangjiang, o Xiang, otra vez les resultaba imposible. Para poder cruzarlo unos pescadores los ayudaron como en otras oportunidades, puesto que era muy ancho y profundo. La ciudad, Chagsha, aparentemente era grande, había sido nombrado condado en el noveno año de la dinastía Song, era un gran reino, totalmente fortificado.

Pero lo que más le llamó la atención y admiración a Lin Hie fue haber descubierto que ahí se encontraba la academia Yuelu, lugar donde había estudiado el famoso filósofo Zhu Xi, varias veces nombrado por su maestro. Lin hie admiraba más lo que había sucedido en un determinado lugar, que la arquitectura o fastuosidad del sitio. Consideraba que un espacio condicionaba a la persona, que aquello que lo rodeaba era capaz de interferir en el futuro de un ser humano.

Al entrar a la ciudad un niño de unos doce años los cruzó en una de las calles que los llevaba al centro.

—Buenos días, ¿son ustedes los mensajeros caminantes, o simples peregrinos?

—Simples peregrinos –respondió dulcemente Jia Yi.

—El maestro Xing Tian espera a los simples peregrinos –contestó el niño y agregó–: Los estaba esperando.

—Creo que no te creyó y nos estaban esperando –comentó por lo bajo Lin Hie.

Con intriga lo siguieron hasta una escuela, estaban a unos cincuenta metros cuando un hombre joven se acercó efusivo, algo que no era común, y les dio la bienvenida.

—Tú debes ser Lin Hie y tú su bella esposa, Jia Yi. Soy el maestro Xing Tian. No busquen donde dormir, se quedaran en mi casa. Mi esposa e hijos los recibirán con alegría. Saben, estábamos preocupados, supusimos que algo muy malo les habría pasado y ya no vendrían –dijo el maestro.

—¿Qué tan grave? —preguntó sonriendo Lin Hie. El maestro lo miró:

—Tan grave como para ya tener dos reemplazantes —dijo con sonrisa cínica.

Lin Hie se queda con la boca abierta prefiriendo no contestar. Sabía que preguntar era inútil.

—Gracias —respondieron sorprendidos. ¿Cómo sabe de nosotros, maestro? —preguntó Lin Hie.

—Sabemos de ustedes, quienes tenemos que saberlo. Aunque a veces otros que no debieran se enteran.

—¿Quiénes saben de nosotros? —dijo Lin Hie hurgando.

—Todo es un plan por más que nosotros no lo planifiquemos —contestó el maestro. Y agregó— Algo bueno va a venir, aunque no lo veamos nosotros. ¿Están enterados de la rebelión dunganés?

—Sí.

—¿Le han hablado a la gente de ella?

—Sí —repitió nuevamente Lin Hie.

—¿Y los han convencido de que es un gran momento por el debilitamiento del Emperador? —dijo entonces ansioso el maestro.

—Creo que no debemos convencer a nadie de nada, sólo contamos lo que sucede.

—Los ingleses ocuparon el palacio en Pekin. ¿Lo sabían? —volvió a preguntar el maestro.

No contestaron. Se lo quedaron mirando.

—Seguro no lo sabían, la información más vital no llega a los asentamientos y es justamente donde más debe hacerse el trabajo —dijo el hombre mirando hacia abajo—. La información es poder... Hace bastante tiempo que tomaron el palacio, después de la rebelión de los musulmanes. Los mensajeros deben ser más rápidos y los mensajes mejor explicados. De no ser así todo el trabajo de ustedes será en vano. El mensaje debe ser escrito, debe quedar como documento.

—Pero la mayoría no sabe leer. Y en tal caso los mensajeros son muy rápidos, la dificultad está en que no llegan a todos los pueblos —le dijo Lin Hie.

—Justamente por eso deberás estudiar, no es sólo convencer, debes hacer más, debes enseñar.

—¿Qué...?

Se hizo un silencio. Jia Yi escuchaba y observaba sin intervenir.

—Cuando llegemos a mi casa se instalarán y hablaremos esta noche. Hay mucho que hacer, mucho que planificar. No es sólo explicar lo que sucede y ser una gaceta hablante, tampoco es suficiente hacer comprender los motivos y circunstancias por las cuales llegamos a esta situación y lo que nos sucederá si permitimos semejante atropello. Deben enseñar a leer y escribir —les dijo el hombre.

—No, es imposible. No soy maestro. Además cuánto tiempo nos llevaría —murmuró Lin Hie.

Comenzaron a caminar en dirección al este de la ciudad.

—Fuimos sitiados, los musulmanes querían destruir a los gobernantes manchúes, ellos le decían la gran paz. —El maestro no se alejaba del niño que los había guiado, caminaba junto a ellos.

Tampoco contestó a lo que le había dicho Lin Hie.

—Pero el emperador no está haciendo bien las cosas, ¿o no lo dejan? —preguntó Lin Hie.

—Lin Hie, —dijo el maestro sonriendo e ignorando cortésmente su pregunta. —Aquí te quedarás para estudiar y ser maestro, debes pulir tu conocimiento para enseñar, como a un jade para que brilles más aún. Tú me entiendes...

Lin Hie sonrió, Jia Yi no dijo nada.

—Pero no nos podemos quedar tanto tiempo —aseguró Lin Hie.

—¿Qué es el tiempo? Debes mejorar el don de la palabra, de esa manera será más fructífero tu viaje. Lo que innato en ti es, debes llevarlo a su máxima expresión. Tienes el don pero no el conocimiento del método para explicar y enseñar —dijo el maestro.

—Y el de mi mujer.

—Sí, claro —respondió sin mirarla.

—Y si tu eres maestro, ¿podrías acompañarnos a este viaje y largo peregrinar? —preguntó Lin Hie.

—No, mi misión está aquí, ya está escrito, además tengo hijos. Pero bueno, están cansados. Hablaremos mañana o esta noche. Aquí se encuentra la escuela de enseñanza para maestros y la academia Yuelu. Ya estás anotado, debes dar el examen.

—Pero yo no sé, debo prepararme, necesito tiempo —dijo Lin Hie—. ¿Pero como sabían que...?

El maestro sonreía.

—Te estábamos esperando —dijo bajando la voz con tono de complicidad.

—Nos esperaban...

—Sí, claro, los esperábamos... Ahí está, mira. En unos días estarás dentro —agregó mostrándole la escuela.

Miró hacia adelante y Lin Hie se quedó extasiado.

—Donde estudió Zhu Xi.

—Veo que no te has informado bien, aquí trabajó, dio clases. Jia Yi lo observó por el rabillo del ojo.

—*El li debe estar en contacto con el Taiji*, es el principio creativo supremo —repitió Lin Hie.

—Bien, veo que has leído al maestro, pues entonces te será más fácil ingresar a la escuela para maestros.

—Gracias maestro Xing Tian.

—No se preocupen por el trabajo y la vivienda. Ahora los llevaré donde vivirán. —Y caminaron unos quinientos metros hasta una casa grande y prolija.

Una vez solos en la casa, el maestro le dijo al niño que llevara los caballos y los alimentara. Uno de ellos, la yegua, estaba enferma y vieja, pese a que los habían cambiado en dos ocasiones.

—Nos quedaremos aquí y estudiaras —dijo Jia Yi.

—No, no podemos ni debemos quedarnos —respondió Lin Hie.

—Sí, no es sólo por ti, porque lo deseas, es porque lo necesitas. Este maestro tiene razón —dijo ella muy firme y agregó—: No sé, no me gusta, hay algo en el que no me cae bien. Pero debes aprovechar.

—Sí, a mí también hay algo que no me gusta.

—Seguro la misma soberbia que tienes tú en él te disgusta.

Al recorrer la ciudad grande, ellos se preguntaban como sería Pekín si esta era así. Igualmente Cantón seguía siendo mucho mas grande. En esta ciudad había mucho que aprender, aquí las noticias llegaban y los ciudadanos estaban enterados de todo lo que sucedía en casi toda la nación.

De inmediato Xing Tian hizo que Jia Yi comenzara a trabajar en un lugar que tejían seda pero de una forma muy industrializada

que ella nunca había visto. Eran varias mujeres las que trabajaban juntas en el mismo sitio, contaban con un lugar para descansar y almorzar, y lo más sorprendente era que la dueña era una mujer, seria y enérgica.

Una tarde trabajando la mujer se acercó a Jia Yi

—Eres rápida y buena trabajando, ¿dónde aprendiste? —le preguntó.

—Unas mujeres me enseñaron.

—Bien entonces te enseñare a bordar figuras —le dijo.

—Nunca lo hice —respondió Jia Yi.

—Veremos si eres tan buena como aparentas.

A Jia Yi no le gustaba que la pusieran a prueba pero su carácter la llevaba a no amedrentarse frente a un desafío.

—¿Usted es de aquí? —preguntó Jia Yi intentando un poco de cordialidad.

—No, soy del norte del pueblo de Pokai, o Harbin. Ahí el bordado es un arte —respondió la mujer.

Por su parte el maestro le consiguió a Lin Hie un trabajo de medio tiempo administrativo, dado que sabía de contabilidad, para que tuviera tiempo para estudiar y ser shifu.

Se preparó durante una semana y dio el examen para que varios maestros en distintas disciplinas lo aceptaran. A los días comenzó, si bien con el tiempo había perdido la capacidad de lectura rápida, en un par de semanas ya era un estudiante de primer nivel.

—Nuestro método es viejo —le dijo una noche el maestro a Lin Hie—, sabemos que en Shanghai están planificando una gran reforma para que los futuros maestros sean mejores que nosotros. Algunos eruditos quieren formar una academia para maestros. Para aprender sobre el confucionismo y técnicas para que los alumnos comprendan de forma más rápida y eficiente lo que se explica.

A los meses uno de los maestros de Lin Hie ya lo consideraba apto para que impartiera conocimiento a los niños y más jóvenes. Por lo cual de inmediato Xing Tian lo llevó de ayudante.

Una tarde, luego de varios meses volviendo del trabajo Lin Hie se encontró en la calle de casualidad con la hija del maestro. Muy amable ella lo invitó a pasar diciendo que su padre quería hablar con él. Ya adentro lo dejó sólo por prudencia.

—Por favor siéntese –suplicó en voz muy baja con su cabeza mirando hacia abajo–. Mi padre está en una reunión que ya culmina.

Luego de unos minutos a solas la hija volvió. Lin Hie se sentía incómodo, se mantenía de pie y giraba en no más de veinte centímetros cuadrados. Se quedó un instante con él platicando sobre su venturoso viaje. Con gesto de admiración le dijo con total sumisión:

—Usted debe saber mucho después de tanto viaje.

Lin Hie tomó asiento con las piernas cruzadas y sus dos manos también cruzadas sobre sus rodillas, con total posición de seguridad en sus piernas aunque sus manos no indicaban lo mismo. Pero el hecho de tenerlas quietas sin mover un dedo también mostraba aplomo ante una situación poco común.

—Usted es en realidad un gran héroe –le comentó ella mientras le alcanza un té con toda parsimonia.

—No, de ninguna manera –respondió Lin Hie–. No hicimos nada, sólo contamos lo que nos cuentan pero con paciencia intentando que queden en la memoria los sucesos.

—Usted es quién lo hace, su amada y noble esposa sólo lo sigue, continua sus pasos –dijo la joven.

—Ella en realidad es mucho más de lo que aparenta –respondió entonces.

—Usted es muy culto, mi padre me contó que es casi un erudito.

—No, no debo contradecir a su padre, pero de ninguna manera, sólo tuve un buen maestro –contestó avergonzado Lin Hie–. No puedo ser un erudito si hace poco me habilitaron para impartir clases.

—Sabe, –dijo con voz cálida la hija–, cuando llegue a Pekín se va a sorprender, es una ciudad maravillosa, es en realidad una ciudad celestial.

—No sé si llegaremos a Pekín. No fue la principal idea aunque en un momento pensamos en ello. Hoy día y como van surgiendo las cosas, nos conformamos con avanzar. Eso ya es suficiente. ¿Usted estuvo en la capital?

—Sí, varias veces. Se la podría mostrar bien si usted quisiera –dijo ella rozándole la parte superior de la mano derecha con los dedos, como de casualidad al acercar una taza a la pequeña mesa.

Lin Hie sintió un escalofrío, se quedó observando hacia adelante sin mirar el rostro de ella. Incómodo, tieso, sólo pensaba que pasaría si entrara el maestro en ese momento.

—Vamos, toma tu té —dijo sonriendo sensualmente. Lin Hie no estaba acostumbrado a esa actitud de ninguna mujer que haya conocido. Más aún, lo asustaba toda la situación.

—Sí... —respondió.

En ese momento entró el padre de la joven.

—Aquí está Lin Hie, el buen Lin Hie, tengo algo para ti que nos podría beneficiar a todos. Retírate —le dijo el maestro a la hija.

—Sabes, Lin Hie, creo que podríamos emprender un negocio tú y yo.

En ese momento volvió la hija interrumpiéndolo.

—Padre, disculpa la intromisión, te requiere urgente el encargado, hay un problema.

—Sí, voy. Disculpa Lin Hie. Lo vemos esta noche.

—Sí —dijo Lin Hie.

—Sólo le has dado un sorbo al té —susurró acercándose a él nuevamente.

Lin Hie inquieto se levanta y bebe el té.

—Disculpa me retiro, vuelvo más tarde cuando tu padre esté disponible —dijo de forma violenta y apresurada Lin Hie.

Ambos salieron, ella lo acompañó a la puerta, le hizo una reverencia y con disimulo le tocó la mano. Lin Hie no dijo nada, como si no se hubiera dado cuenta y fue directo al lugar donde impartía clases.

Luego de unas horas al llegar a la noche a su casa, Jia Yi lo estaba esperando mientras cocinaba. Lin Hie llegó pálido.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella.

—No sé, me siento mal. —contestó Lin Hie. Ella lo miró.

—Siéntate veré que te puedo dar —pero estaba en silencio, no hablaba ni lo miraba.

—¿Qué te sucede? —preguntó él.

—Te vi saliendo de la casa de...

—Ah, sí, me estaba esperando el maestro, quiere proponerme un negocio... —contestó rápidamente Lin Hie.

—Te vi en la puerta con la hija... —lo interrumpió Jia Yi.

—Me acompañó hasta la puerta.

—Te tomó de la mano.

—¿Pero que me quieres decir?. No... —empezó a decir él

—Sólo lo que te digo —respondió Jia Yi.

—¡Tú no sabes nada, a veces creo que eres indigna de estar conmigo! Yo te respeto, te hago respetar y no lo valoras —Lin Hie se levantó furioso, apoyó sus dos manos sobre la mesa, abrió los ojos, hizo un quejido y cayó al piso.

—Lin Hie, ¿qué te sucede?

Él se quejaba y retorció.

A *quién pido ayuda*, pensó Jia Yi, dado que ni el maestro ni la familia le caían bien. Pensó en un compañero de estudio que vivía solo a unos cientos metros. Corrió hasta la casa del amigo esperando que estuviera y la ayudara. Lo encontró y volvieron con urgencia a la casa de ellos. Otros dos compañeros que se encontraban en la casa los acompañaron.

El dueño de la casa con sólo mirarlo le dijo:

—Está intoxicado.

—Sé de estos casos —dijo el otro.

—Sí, —intervino el tercero—. Lo vi una vez en un hombre.

—Actuemos rápido.

—Pero, no, esto es veneno, mira su lengua. No sé qué pensar.

—Espera, ahora veremos —dijo uno de los hombres—. Vengo enseguida.

Lin Hie cada vez más pálido comenzó a desvariar. Jia Yi estaba desesperada. El compañero de Lin Hie corrió, a los cinco minutos volvió con un hombre viejo. Lin Hie comenzó a convulsionar. Entró, desde lejos lo observó, se acercó le observó la lengua, los ojos y acercó para sentir su aliento.

—Esta envenado con agua tofana, es un veneno de los ingleses y franceses.

—¿Usted es de los curadores? —preguntó Jia Yi.

—No, no soy alquimista tampoco. Curo enfermos con nuestra medicina. Soy médico. Con esto mismo intentaron matar a Enriqueta Ana Estuardo.

—No sé quién es —respondió ella.

—Fue una princesa británica que se la querían sacar del medio, tema de los británicos. Este veneno parece el gu, en un veneno que tarda diez días en hacer efecto. Dicen que se encuentra dentro de una criatura. —Se acercó a Lin Hie—. Su aliento..., está hecho con arsénico, hay una sola forma de salvarlo, debo prepararle un antagonista del metal. Necesito azufre para purificar y alcohol.

Uno de los jóvenes corrió a su casa, mientras los quejidos Lin Hie se desvanecían y comenzaba a respirar mal. El joven entró apurado con las sustancias, el médico de inmediato realizó un preparado.

—Estudié con un joven más joven que yo, llamado Marcos Ji Tianxiang. En Yazhuangtou, Hebei en Hengshui, nuestras familias eran amigas y vecinas. Era de la religión de los europeos, religión de la cruz, Cristianos. Desde que me instalé aquí no se de él. Con él estudiamos medicina occidental.

Dejó el preparado y le dio de beber a Lin Hie una emulsión espesa y gris.

—No se si se recuperara.

Jia Yi no se desprendió de él y sus dos compañeros lo visitaban tres veces por día. Al cuarto día llegó el maestro Xing Tian.

—¿Qué ha sucedido que no lo he visto?

—Parece que lo han... —estaba diciendo Jia Yi cuando Lin Hie la interrumpió:

—Me descompuse con una comida mal preparada que hizo Jia Yi.

Ella lo miró y no respondió.

—No es buena cocinera —dijo riendo.

—Ninguna lo es en realidad —contestó el maestro—. Bien nos veremos pronto, los estudiantes te esperan. Además recuerda sobre nuestro negocio —dijo y se retiró sonriendo fuerte.

—Fue la hija, no sé si confiar en él —dijo Lin Hie.

Jia Yi lo observaba sin decir palabra, su mirada aguda y penetrante era como un taladro. En ese momento llegó el médico para controlar a Lin Hie.

—No sé quiénes son ustedes ni qué pretenden pero hay mucha gente preguntando por ustedes.

—¿Qué opina del maestro? —cambió el tema Lin Hie.

—Que es una excelente persona pero no su mujer y sus hijas. No sé, ellas tienen otras pretensiones —dijo el médico con voz de resignación—. Él es un hombre noble y trabajador. Con ideas y posturas ancestrales pero quiere lo mejor para la gente, la ciudad y la nación.

—¿Y su familia no?

—En realidad todos son defensores del Emperador y aparentemente no les molestan las pretensiones de los extranjeros —dijo el médico—. Pese a ser un conservador tiene ideas de renovación y modernización.

—¿Y a usted?

—Vengo de una familia pudiente, acomodada. Estudié con los europeos y sé tres idiomas, tanto inglés, como francés y español. Saber idiomas es saber como piensan, el idioma hace al pensamiento, los europeos son todos iguales. Me refiero a sus gobiernos, no a la gente común. Son conquistadores, colonialistas, quieren llevarse todo para sus naciones, saquean... Se saquean entre ellos, a sus propios habitantes. Pero debo reconocer que tienen cosas que deberíamos aprender. Una es la medicina y la educación. Le aclaro que sólo en algunas de esas naciones, no en todas. —Hizo una pausa y siguió—. Sabe, nuestra cultura es ancestral, hemos inventado la mayoría de lo que existe pero siempre se puede aprender algo de aquellos que uno piensa que son ignorantes, cuando en realidad nadie lo es. Toda persona sabe algo que uno desconoce.

—¿Y que opina sobre nuestro gobierno? —preguntó Lin Hie.

—Hace menos de cien años nuestros invasores franceses tuvieron una revolución, ya no tiene reyes. Había abuso y corrupción en sus gobiernos, al igual que en Inglaterra. Sin embargo luego de sacar al rey las cosas no han mejorado demasiado para su pueblo. Es decir, a mí no me interesa si hay un Emperador o un gobernante cualquiera, o ni siquiera un extranjero. Sólo deseo que sea justo y que el pueblo esté mejor, yo quiero estar bien.

Lin Hie lo observaba, quería responder pero no abría la boca.

—Estar bien significa sacrificio y todos lo pueden lograr —terminó el médico.

—Sí, creo que eso queremos todo. Todos queremos estar bien pero todos debemos estar bien, no sólo algunos.

—No estoy de acuerdo que todos puedan, muchos nunca tendrán acceso a estar mejor porque viven confinados a un trabajo esclavizado —dijo el curador.

—Menos aún estaría de acuerdo que para estar mejor nos gobierne un extranjero por el simple hecho de desconocer qué somos y quiénes somos —aportó con gesto de descontento Lin Hie—. Pero si en los hechos nos basamos este gobierno no es bueno para el pueblo.

—No lo dije yo, lo dijo usted. Son sus palabras y yo no quiero problemas, ni con mi gobierno ni con los extranjeros. Sólo quiero estar bien con mi familia —dijo el médico y se retiró sin decir más.

Se quedaron en silencio.

—Hay posturas muy cómodas y convenientes, y creo que hay que no dejarse amedrentar ni perder principios ni valores —dijo Lin Hie y se quedó observando por la ventana cómo se iba el médico. Jia Yi lo miró sin contestar.

—Nos debemos ir sin que nadie lo sepa. Ya, ahora mismo. Sin provocar sospechas —comentó como al pasar.

—¿Ya, ahora, qué sucede? —preguntó Jia Yi.

Lin Hie no le contestó y se dirigió a la casa de sus compañeros maestros que lo habían auxiliado, pidió ayuda a sus amigos, los tres jóvenes dispuestos le entregaron víveres y prepararon su caballo y yegua. Lin Hie se dirigió de inmediato a la escuela y habló con el maestro. Confiaba en él pero tenía sus dudas. Puso la excusa que le urgía conocer otras ciudades y poder dar su palabra, lo que el maestro estuvo en un principio de acuerdo. Con la promesa de viajar al próximo pueblo y volver.

—¿Pero así, tan imprevistamente? —preguntó el maestro.

—La semana que viene volvemos, es sólo un favor que le hago a uno de mis compañeros. Vamos juntos con nuestras esposas y volvemos —respondió Lin Hie.

Al maestro le pareció descabellado y sin sentido pero era un hombre que estaba acostumbrado a los arrebatos de los jóvenes y le deseó suerte.

—Cerca de aquí hay un asentamiento, un condado llamado Shaoshan. No sé cuantos días estaremos —dijo Lin Hie.

—¿Y que hay ahí? —preguntó Jia Yi.

—Sólo granjeros pero debemos tratar de conocer todo lo que podamos. Ahí podremos enseñar.

—Si es muy cerca puede ser peligroso. Además has dicho que volveremos —le dijo Jia Yi.

—Es peligroso por donde andemos. Pero no volveremos, lo dije para no levantar sospechas. No olvides la propuesta del maestro, fue seria, creo en él. Pero no en su familia.

Durante el viaje conocieron los hornos de Tongguan, que se habían utilizado para la elaboración de pequeñas vasijas, según lo que contaban sus ancestros. Conocieron también los pabellones de Tianxin de la vieja estructura de arquitectura exuberante.

Una vez instalados, encontrándose seguros y viendo que en apariencia nadie los había seguido, Lin Hie se dispuso a enseñar de la forma en qué podía y dónde podía.

Fue una época dinámica, fueron y vinieron varias veces a lugares cercanos. En reiteradas ocasiones visitaron Pingxiang, Zhuzhou y Shaoshan. Lin Hie daba clases en los asentamientos y luego en el mismo lugar llevaba a cabo reuniones con jóvenes y adultos, que se acercaban más por curiosidad que por la necesidad de saber qué sucedía en el gobierno.

Ante la cercanía pudieron conocer bien los caminos, creando otros senderos que Jia Yi marcó en el mapa que llevaba confeccionando. Sin que nadie se enterase al volver a cada ciudad observaban cómo se desarrollaban las reuniones que habían dejado a cargo de jóvenes para multiplicar sus informes. Por otro lado se había creado una red de mensajeros paralela, clandestina, para poder saber las últimas noticias y que los pobladores estuvieran enterados lo más posible.

Esta red la había ideado Lin Hie pero le llamaba la atención con la rapidez que llegaban los mensajes secretos, se preguntaba si en realidad lo había ideado él o estaba dirigida por alguien que desconocía. Por otro lado los senderos creados por Lin Hie y su mujer fueron planificados para poder huir o en tal caso crear emboscadas llegado el momento.

La decisión de no quedarse demasiado tiempo en cada lugar era para no crear sospechas ni que les resultara fácil encontrarlos,

siempre que los pueblos o ciudades estuvieran lo suficientemente cerca para poder realizar esos viajes, que hacían durante la noche sin luna. Ya contaban con experiencia, caballos jóvenes y cada vez con más gente que los ayudaba en el camino pero también, era obvio, que con más enemigos.

## **8. HANCHANG (YUEYANG)**

La distancia entre Changsha y Yueyang era de 164 km, lo que al principio del camino les hubiera parecido una distancia enorme, ahora les parecía apenas una rutina. De tal forma que podían comprobar los resultados de volver a alguno de los pueblos o ciudades cercanos que habían dejado atrás, les daba un excelente resultado, puesto que podían evaluar la continuidad de quienes habían tomado la posta de las reuniones que continuaban sus discípulos o seguidores. Decidieron llevar a cabo la misma estrategia con aquellos lugares que estuvieran medianamente cerca, e intentar hacer lo mismo.

Uno de los puntos en donde las reuniones se estancaban era explicar las diferencias entre la rebelión conocida como panthay que se había iniciado como un movimiento separatista hui musulmán y la revuelta, ahora rebelión, dunganés que en distintas instancias fue sofocada pero que cada tanto de las cenizas se desprendían chispas que avivaban nuevos focos.

Esto debilitaba al gobierno reciente del emperador tongzhi, (Zaichun) pero además, dados los acontecimientos en las distintas regiones, la rebelión dunganés continuaría mellando el estado llevándolo a un proceso de letargo difícil de despertar. Pues entonces aquellos que desconocían las raíces de las rebeliones pensaban que eran la misma y otros no lograban entender qué relación podría haber entre unas y otras rebeliones y revueltas.

Mientras tanto en Shaoshan el maestro reflexionando una noche en su casa en el medio de su jardín, se preguntaba cuando regresaría Lin Hie. Le había tomado afecto y confiaba en él, y su propuesta para un negocia había sido seria, aunque nunca llegó a tener la oportunidad de explicarle de qué se trataba. En ese instante se acerca su mujer por atrás.

—¿Sigues pensando en por qué tu pupilo te dejó sin decir nada y nunca más volvió sin siquiera saludar y agradecer?

—No se fue ni me abandonó. Me avisó que iba a visitar varios pueblos y ciudades y que volvería. Temo por el. Y por su mujer —respondió Xin Tian.

—Tú no sabes conocer a la gente, esa gente te utilizó —dijo la mujer con tono despectivo. Y se retiró hacia adentro de la casa.

La mujer caminaba a sus aposentos cuando se cruzó con sus dos hijas.

—Crees que los hayan encontrado —preguntó la hija mayor, la que había estado con Lin Hie.

—No lo creo, son muy escurridizos —contestó la madre.

—¿Nuestro padre sospecha algo? —quiso saber la más chica de las hijas.

—Vuestro padre es un viejo inútil y soñador, yo me encargaré de el. Y tú, ¿jamás encontraste el mensaje que llevan?

—No —dijo avergonzada la más pequeña—. Revisé mil veces su casa y nunca halle nada, debe ser mentira lo que dicen.

—No es mentira, los han visto con el mapa de los símbolos.

—Ya me encargué, no falta mucho para que los atrapen en el monte, ellos creen que allí están más protegidos, yendo y viniendo. Pero los atraparemos entrando a una ciudad o pueblo. Esperemos que sigan creyendo o mismo. Los deben aniquilar sin que quede rastro. Si encontraran el mensaje sería nuestro final —dijo la madre.

Conociendo caminos y atajos alternativos que ellos mismos habían trazado, volvieron por última vez a Changsha, estuvieron ocultos y al partir definitivamente pasaron por última vez por Shaoshan, (Hunan), rumbo al sur y luego al norte, ciudad de Hanchang, (Yueyang), antigua ciudad de los tres reinos. En ningún momento ni el maestro ni su familia se enteraron pero les urgía reunirse con los tres maestros colegas que eran parte de la red que se estaba formando.

Caminado al paso sobre su yegua, Jia Yi, le comenta su marido:

—Cuatro inviernos, cuatro veranos es mucho tiempo para quedarnos en un sólo lugar.

—No estuvimos en un sólo lugar.

—Estuvimos dando vueltas sobre varias ciudades varias veces.

—Sí, es verdad. Pero creo que en este caso hemos dejado una gran simiente.

Habiéndose detenido para descansar en el camino, dos jóvenes amables que se encontraron compartieron su alimento con ellos. Les dieron de beber baijiu, un licor blanco que preparaban las familias de ambos jóvenes.

Era blanco con gusto a melón con un 50% de alcohol, que fue el mejor estimulante para que aquella noche ambos durmieran sin temor a lobos o tigres, cuidados por los dos jóvenes. Al despertar con dolor de cabeza los jóvenes rieron y les dijeron que habían dormido como niños a orillas de un gran lago llamado Donting, al sur del río Yangtsé.

Esta ciudad había sido capturada durante la rebelión Taiping, lo que sorprendió a Lin Hie, dado que ese hecho, contradictoriamente a lo esperado, hizo avanzar a la ciudad. Lo hizo reflexionar, esto que le estaba sucediendo a su nación debía ser aprovechado para avanzar. *De todo mal, siempre algo se aprende y es rescatable*, se dijo Lin Hie.

Aprendieron a comer animales que no conocían como el cerdo, en algunas ocasiones de algún evento festivo. Si bien para Lin Hie era común, Jia Yi casi no podía tragarlo. No por nada en especial, simplemente porque no le gustaba el sabor, ella estaba acostumbrada a sabores suaves femeninos. Pescados, crustáceos y vegetales. Además era una experta en amasar una especie de pan bu bing, a base de harina. Aunque ante el hambre en algunas ocasiones hacía el esfuerzo para recargar energías y probaba algún bocado de cerdo. Y en muy pocas momentos excepcionales compartieron cordero, carne vacuna y de caballo.

En los poblados que hallaban en su camino se repetía con exactitud la falta de información en la gente más humilde. Ignoraban absolutamente todo lo sucedido en el sur, es decir en la costa, y menos aún en el norte, la capital. Y hasta desconocían que había un oeste lleno de vida y cultura.

Por otra parte muchas veces debían esquivar los caminos marcados por las postas de mensajeros que los llevaban directamente a Pekin, ya no para hacer nuevos senderos, sino como protección de sus vidas.

En cierta ocasión a uno de los caballos le costaba caminar, se encontraba enfermo, pese a ser una animal nuevo y joven que

Lin Hie había pagado con las ganancias como maestro. Se dispusieron a detenerse ante cualquier asentamiento, aunque sea una familia, debían curar al animal urgente.

Ellos sólo contaban con el mapa que les había entregado aquel intrigante hombre en la ciudad de Qingyuan, y uno precario con poca información que les había entregado el maestro antes de partir. Lin Hie se negaba a guiarse por otro. Los caminos nuevos que ellos abrían nunca eran más lejos de cinco kilómetros de distancia, siempre que la geografía lo permitiera. Y para su sorpresa al bajar un cerro se encontraron con otra ciudad antes de lo esperado, que no estaba marcada.

## **9. HUANGGANG**

De inmediato buscaron dónde curar al caballo de Lin Hie, lugar dónde dormir y trabajo qué hacer.

Recorriendo Lin Hie esta vez tuvo la oportunidad de elegir una fábrica de papel. Nuevamente a aprender algo que nunca había hecho, lo que lo seducía aún más. Aunque hubiera querido trabajar como maestro pero era imposible en ese lugar.

El río Yangtsé que los había recibió al llegar a Huanggang luego de diez días, era parte fundamental de los habitantes de la ciudad. Era utilizado como medio de navegación, transporte, comunicación, alimento.

Situada entre montañas bellas a los ojos de los visitantes y peregrinos. Lin Hie se preguntaba porque no estaba marcada en el mapa, a lo que Jia Yi, le dijo que sí estaba, que lo tenía que buscar en la tela.

Encontraron alojamiento en una casa en las afueras para no estar expuestos al reconocimiento de algún espía, y en tal caso de poder escapar. En el sur de la ciudad cerca de donde se encontraban las primeras viviendas. Volvieron a lo que creían más seguro, ella a trabajar en el campo y el en una fábrica.

Con cautela comenzaron, como en cada lugar, las reuniones de forma clandestina en una vieja ruina abandonada. Jia Yi lo hacía sólo mientras sembraban o cosechaban.

Durante una reunión Lin Hie explicaba las causas de por qué los ingleses habían invadido primero Cantón y Luego Pekín. Ya no como mero informante, ahora daba su opinión explicando las con-

secuencias que podría llegar a haber si no se paraba de alguna manera el veneno que corría por las calles y rutas de la nación. Hacía entender la ofensa y lo humillante que era que se instalasen en la capital sin permiso. Era una cuestión de dignidad y respeto.

Decía que debían estar preparados para apoyar a algún líder que decidiera salvar a la nación, y que ya estaban surgiendo muchos, como históricamente había pasado. Pero esta vez tendrían que poner especial atención en lo que querría ese líder, que no fuera algo que los salvara de un mal para entrar a otro, si no alguien que quisiera mejorar toda la nación. Y todos los espectros sociales de la misma.

Pero lo más importante de esta charla, era que les daba lugar a que cada uno de los jóvenes que se encontraban presentes, les decía que alguno de ellos podría ser ese líder. Los estimulaba y les brindaba confianza. Ya no buscaba que los jóvenes fueran multiplicadores de la información sino que ahora buscaba un líder entre ellos. Quien pusiera a la nación en el lugar que le correspondía debía ser un hombre simple y que conociese las necesidades de los menos favorecidos.

—La salvación del pueblo debe venir del pueblo y entre todos llevarla adelante —decía Lin Hie.

Explicaba de qué forma distribuían el opio, el daño que producía tanto para la mente como para el cuerpo. Y lo peor, que alejaba los buenos espíritus y atraía a los malos.

Se había tornado muy puntilloso con los hechos británicos de cómo se habían adueñado junto a los franceses y estadounidenses de los puertos y ciudades más importantes. Entre la ocupación de Pekín y el poder que ejercían ahora en los puertos. Hablaba también de las luchas internas y rebeliones, y de qué forma influirían en el gobierno Imperial como era el caso de la rebelión dunganés. Una revuelta que se había convertido en rebelión y ahora los musulmanes sumaban pequeñas minorías descontentas con los maltratos y diferencias.

A la salida de una de las reuniones un hombre se le acercó cuándo se estaba por retirar, con capucha, mirada torva. Lin Hie se quedó quieto.

—No tema, soy amigo —dijo el hombre desde unos diez metros de distancia. Se quitó la capucha y llevaba un sombrero souchi, de inmediato Lin Hie notó la ausencia de coleta.

Se acercó. Lin Hie tomo un cuchillo de entre sus ropas.

—Tranquilo —le dijo el hombre y de sus ropas sacó una tela parecida a la que llevaba Lin Hie.

—¿Usted es uno de ellos?

—¿Uno de quién? No sé qué ni quiénes son, sólo me dieron esto hace un tiempo, cuando estaba por iniciar mi viaje un hombre se acercó a mí y me contó lo que estaba sucediendo en Cantón. Entablamos una pequeña amistad... Aquél hombre pudo observar en mí la indignación provocada por lo sucedido y mi interés por intentar cambiar esa penosa realidad. Por lo cual me sugirió que reuniera gente y me limitara a relatar la realidad de los hechos acaecidos. De una manera fácil y sencilla de entender. —Y siguió contando—: Con el correr del tiempo esas charlas se convirtieron en una misión. No porque alguien me lo exigiera o ni siquiera yo mismo. Los escuchas, los oyentes con sus preguntas me lo exigían. Era explicar, contar a la gente que sucedía en Pekin. Pero además hacer entender que debíamos cambiar esa realidad todos juntos.

—¿Quién le entregó esa tela y por qué lo eligieron? —preguntó Lin Hie.

—Siempre tuve el don de la palabra además de mi conocimiento y cultura, si bien este don es innato. Dialogaba con la gente y todos me respetaban. Una noche al salir de mi casa, me estaba esperando mi amigo Luo Li, junto a otro hombre.

—¿Quién era el otro?

—No lo sé, no sé quién era, nunca lo había visto, sólo me dijo que esto me iba a ayudar en caso de ser necesario. No sé cómo supieron que yo quería viajar hacia el oeste. Me sorprendió, no se lo había dicho a nadie.

—¿Y lo ayudó?

—Hasta ahora no la necesité para salvar mi vida. Pero si me ayudó a encontrar hospedaje y comida.

Un silencio.

—¿Usted viene de la capital? —preguntó Lin Hie.

—De Pekin, nací ahí. Pero partí hace bastante tiempo, no cuento los días. Ya conté demasiado. Trabajé en varios lugares y de varias formas y viajo a hacia el oeste —contestó el hombre.

—¿Ellos se lo pidieron, como fue?

—Decidí dejar mi casa y viajar al oeste, quería vivir en las montañas altas del oeste, todavía no se lo había contado ni siquiera a Luo Li. Pero mi amigo sabía que de joven había trabajado enseñando a los niños, puesto que sé leer muy bien y mucho de cuentas.

—Es decir que buscan maestros —dijo en voz baja Lin Hie.

—No entiendo.

—Yo me entiendo... ¿Hasta donde va? —preguntó Lin Hie.

—A la tierra ancestral, Yunnan, (Mong Ri Mong Ram). Allí son descendientes de la dinastía Ahom.

—¿Es lejos? Nunca lo oí nombrar. Yunnan... tal vez haberlo leído... —dijo con dudas Lin Hie—. Creo haber estudiado que eso es muy distante de aquí, le puede llevar años llegar a caballo.

—No voy a caballo, camino —dijo muy seguro el hombre.

—Pero es imposible recorrer esa distancia a pie —exclamó descreído Lin Hie.

—Lo más seguro es que no llegue y muera en el camino. ¿Y si llegara, qué haría? Se disfruta mucho más el camino para lograr algo que el propio logro —dijo el hombre con mirada trasparente y serena, voz cálida y baja. Y agregó—: ¿Qué haría después? Me quedaría vacío. Todos los sufrimientos y pesares que vaya a pasar en el camino serían una simple anécdota que a nadie le importaría y que yo mismo con el tiempo iría olvidando.

—Podría iniciar otro proyecto, nuevos trabajos —sugirió Lin Hie.

—El universo nos pone en esta tierra con un fin, una vez hecho nuestro trabajo, una vez haber cumplido con lo que nos han dado nuestros ancestros debemos partir para que nuevas generaciones hagan su trabajo —respondió el hombre.

—¿Por qué la decisión de ir a vivir tan lejos?

—Mi mujer murió y fue cuando decidí viajar al oeste. Ella impregnaba mi vida de amor, paz y armonía. No es que no sepa vivir solo, tampoco que no me guste. Pero debo hacer algo en honor a ella. Sus abuelos eran de allá, quiero conocer las raíces de mi mujer antes de partir de esta tierra, si es que puedo. No sé si lo lograré pero el deseo es lo importante... Le he correspondido de la mejor manera el amor a mi mujer, no siento que le debo nada, es simplemente terminar mis días más cerca de ella. Y así lo vengo

haciendo hace varios inviernos y veranos. Pero nunca hice lo que usted, sólo cuento a quien se acerca, los grupos se arman solos. Yo no los convoco.

—¿Y tuvo problemas durante su viaje? —preguntó Lin Hie.

—No pero tengo la sensación constante de que me vigilan. Y cuando siento muy cerca su presencia me voy. Sé desaparecer sin dejar rastro.

—¿Quiénes lo vigilan?

—No lo sé con certeza pero creo que son enviados por británicos o espías del Emperador —respondió dudando el hombre—. Por momentos siento que alguien siempre me espera o me cuida pero son sensaciones...

—¿Pero nosotros no estamos en contra del Emperador? —dijo Lin Hie justificándose.

—No lo sé, creo que estamos en contra de lo que esta mal, y el Emperador es lo que esta mal.

—O los extranjeros hacen que esté haciendo las cosas mal.

—De por cierto eso, no tenga dudas —respondió el hombre.

—¿Sabe usted que significan los símbolos de estas dos telas? Y tengo una tercera —dijo Lin Hie mostrándole.

—No tengo dos telas, sólo una. Para mi es sólo un simple dibujo sin sentido, lo que sí sé es que gracias a esto conseguí lugares donde dormir y trabajar. Me allanó el camino.

—Este viaje por momentos me llena más de dudas e incógnitas que de respuestas. No entiendo qué sucede en Pekín, qué es lo que está bien o mal —dijo confundido Lin Hie.

—Nuestra nación tan vasta y rica ha tenido momentos de progreso y retraso. Con algunos muy buenos gobiernos y otros no tanto a lo larga de nuestra muy larga historia. —le dijo el hombre.

—Sí, eso lo sé.

—Bien, si lo sabe entonces sepa lo que en realidad le pasa al pueblo —dijo sentándose en el piso—. La culpa de la invasión de los extranjeros y la introducción de su veneno fue nuestra. Y son varios los motivos. No tener un ejército lo suficientemente preparado y tener ciudadanos corruptos a los que solamente les importó ganar dinero con la sustancia negra. —Agregó—: Luego de la derrota en el sur el Emperador intentó modernizar la nación y frenar la interven-

ción extranjera. Nuestros métodos tradicionales y conservadores limitaron la modernización de nuestra nación, y de nuestro pueblo –el hombre dejó de hablar con un gesto de desgano.

—Sí, considero que debemos ser permeables a lo nuevo y aprender de lo que sucede en el resto del mundo. Pero respetando nuestras tradiciones –fue contundente Lin Hie.

—Ese es el punto, hubo temor de perder nuestras tradiciones y cultura.

—¿Y como se hace para lograr modernizar, intercambiar, permitir la entrada sin perder nuestra cultura?

—Usted es el encargado, para eso están los maestros. Un pueblo bien educado y enseñado jamás pierde sus tradiciones e identidad por más que trate con otras culturas. ¿O acaso usted consume opio? –preguntó el hombre.

—No.

—Y seguro estuvo con gente que lo hizo o lo hace.

—Sí...

—Pues bien eso es educación.

—¿A qué se dedica usted? –preguntó Lin Hie.

Luego de un minuto de duda que Lin Hie no interrumpió el hombre contestó:

—Era administrador del gobierno. Tenía un gran trabajo burocrático de administrar la recolección de impuestos. Por eso trabajé muy poco tiempo enseñando de joven, por mis conocimientos. Llevaba un registro detallado de las empresas privadas, gastos del ejército y el desarrollo de caminos.

—¿Usted trabajaba para el Emperador? Ese sombrero no concide con su estatus.

El administrador sonrió.

—No directamente. Pero estaba involucrado en limitar el poder de los grupos adinerados y la industria de la sal y la agricultura –respondió.

—Usted es entonces una persona muy importante, está cercano al poder. ¿Dónde estudió?

—Estudí, leí nuestra historia en la administración que data de la dinastía Zhou. Luego se modernizó en la dinastía Tang y Song llevando a un grado sofisticado la administración de ganancias, in-

versiones y gastos. Además conocí a un comerciante español que había vivido en las Filipinas. El me enseñó la burocracia europea, le enseñó un hombre: Luca Pacioli. Era un sacerdote de la religión de la cruz que hablaba del principio de gastos y ganancias.

—¿Y es aplicable esa administración en nuestro pueblo? —dijo dudando Lin Hie—. Mi padre administra muy bien su fábrica, lo hace junto a los otros artesanos.

—El principio siempre es el mismo, excepto que se viva del trueque como hacían nuestros antepasados o lo hacen los antiguos de América.

—¡Usted viajó mucho!

—No, es la primera vez que salgo de la ciudad celestial, no hace falta viajar para conocer —contestó el administrador.

—Ya me han dicho eso en algunas ocasiones —dijo Lin Hie.

—Ustedes no se deben quedar mucho tiempo en cada lugar, es peligroso. Hagan lo que tienen que hacer y vayan a otro lugar. Formen grupos lo antes posible y establezcan otro semillero en diferente lugar. Yo no tengo esa capacidad. En cada lugar deben ser distintos, en las afuera de la ciudad, en el centro comercial cerca de la plaza o en los barrios de los trabajadores. Ellos siempre los van ayudar, los ricos nunca. Hay que esparcir muchas semillas y muy rápido, para que florezcan todas las flores juntas y no nos gane la maleza.

Se despidieron sin más. El hombre se levantó y encaró directamente hacia el oeste de la ciudad hacia las lejanas montañas, sin casi equipaje, solamente un bolso en su espalda atado y sus piernas de paso firme.

Lin Hie aprendió rápidamente sobre el proceso de fabricado de papel a base del prensado del bambú y más tarde secado en bastidores de madera. En ese taller se seguía el método tradicional de Cai Lun, director de los talleres imperiales de Luoyang durante la dinastía Han. Lin Hie no entendía porque mantener la tradición y no utilizar diferentes tipos como se hacía en ese momento, lo que le daba una excelente calidad y, más que nada, más producción en menos tiempo.

Una noche luego de completar la ardua tarea, con sus dedos húmedos y arrugados le preguntó al dueño.

—¿Por qué no moderniza la producción?

El hombre, un viejo encorvado lo observó con una sonrisa.

—Los nuevos inventos son muy buenos, mejoran la calidad y abaratan los costos. Ahora hay muchos que fabrican papel. Pero para saber producirlo no se debe perder el conocimiento del antiguo método. Primero porque es la raíz de lo que se hace ahora, y un árbol sin raíz cae por su propio peso o ante la mínima brisa. Y segundo porque siempre debemos estar preparados antes sucesos fortuitos de volver a trabajar con los anteriores y viejos métodos de conocimiento.

—No entiendo —dijo Lin Hie.

—Imagina que dejan de producir estas nuevas fibras, o los británicos deciden permitir su comercio interno y se la llevan toda a su país.

—Es cierto, debemos cuidar nuestros productos, debemos ser cuidadoso con lo que se exporta y la cantidad, debemos priorizar a nuestra industria.

—Sí, sí. Muy claro lo has deducido pero siempre debes tener en cuenta que un proceso antiguo también es una tradición, es la identidad de una nación porque es parte de su cultura... Siempre hay que estar preparado y tener varios planes. Mis hijos se encargarán de modernizarla, mi cometido está hecho...

Luego de haber realizado varias reuniones y haber dejado dos jóvenes entusiastas que se encargarían de estar al tanto de las noticias y explicarlas dando los fundamentos de los hechos, partieron. Por otro lado la red de mensajeros paralelos se iba agradando.

Lo que antes les resultó entretenido por las idas y venidas, esta vez fue largo y tedioso. Además de muy complejo, tardando varios días en recorrer una corta distancia hacia el noroeste haciendo círculos helicoidales, sin extenderse demasiado a los laterales. Es decir, avanzaban en forma elíptica, siempre más distancia hacia el norte que al sur, de tal manera de nunca volver al punto de partida y siempre avanzar hacia adelante. Si bien la distancia entre Huanggang y Whuan era sólo de 80 kilómetros, el trayecto se cuadruplicaba.

Durante esa distancia conocieron otros pequeños asentamientos, donde también trabajaron pero pocos días, lo suficiente para descansar, conseguir un mínimo sustento y no gastar el dinero que

tenían. Corría el año 1864 del calendario cristiano. Mientras se afianzaron en algunos pocos trabajos y se fueron ganando la confianza de compañeros y vecinos, intentaron relacionarse y ensayar pequeñas reuniones. Sin dejar de volver, si la distancia lo permitía a los asentamientos que habían dejado atrás, con aquellas pequeños grupos de jóvenes y agricultores pluralizando los hechos acontecidos.

En algunos casos para no viajar tanto acordaban un lugar, a mitad del pueblo que habían dejado con el nuevo, para encontrarse con algunos de los jóvenes y que les brindase un pequeño informe de los avances.

Si bien estos movimientos evitaban que los pudieran seguir tan fácilmente y les permitía volver a pasar por algunos de los lugares para poder corregir los errores de quienes iban quedando como difundidores, los atrasaba mucho. También los había convertido en personajes conocidos para el camino, cosa que no era nada bueno. Era imposible difundir sin que la gente hablara de ellos y los reconociera. Las voces corrían entre asentamientos cercanos, pueblos y ciudades, puesto que al irse acercando a la capital, menos distancia había entre los pueblos y eran muchos más que en el sur. No les importó, decidieron correr el riesgo.

Habían decidido tener muy en cuenta el calendario de los occidentales, no les resultaba más fácil pero lo hacían para saber los tiempos de los británicos, franceses y estadounidenses. Ya estaba próximo un nuevo verano según los cálculos de Jia Yi, que había confeccionado un calendario paralelo del chino con el occidental.

Nuevamente cruzaron el río Yangtsé, lo que ya era un proceso habitual, puesto que se iban acercando a la capital, había más puentes y los caminos eran anchos y bien mantenidos.

La ciudad próxima era pequeña, era de extensiones agrícolas y se veía hacia el norte las montañas Dabie. En la llanura unos pequeños sembrados con pequeños animales de granja para los pocos pobladores que sumaban en total en la afueras de este nuevo asentamientos camino a Whuan.

Al entrar estaba llena de callejuelas angostas con caminos de piedras. En un principio decidieron instalarse en el sur este, en la entrada pero notaron movimientos raros que les llamaban la atención y demasiados curiosos que los miraban en aparente vigilancia.

Pasados escasos cuatro días se trasladaron a otra parte de la ciudad, más al noroeste.

—Este es un buen lugar —dijo Lin Hie al llegar.

—¿Bueno para qué? —le preguntó Jia Yi.

—No lo sé pero es bueno que toda nuestra nación esté conectada por estos ríos. No estamos tan lejos de Pekin.

—¿Lejos en distancia o en tiempo...? —preguntó ella.

Al llegar al otro lado, de pocas casas esparcidas, un hombre se cruzó con ellos:

—Otros visitantes, qué extraño —comentó.

—Disculpe señor, no entiendo —dijo Lin Hie.

—Vengan los ayudaremos, está usted herido —dijo al notar que Lin Hie tenía su brazo vendado con hojas. Había sido un raspon profundo trabajando en la fábrica de papel—. Últimamente muchos viajeros han llegado, algo que no es común. Vengan, síganme.

Los llevó hasta una pequeña casa.

Al llegar se sorprendieron a ver a un hombre de unos treinta años tendido en una cama quejándose de dolores. Estaba en una cama, (kang), nunca vista para la joven pareja, era una especie de plataforma encerrada con un material fuerte y hueco, el hombre estaba sobre una manta.

—¿Usted es el curador, lo enviaron? —preguntó el hombre que los recibió.

—No, a nosotros no nos envió nadie. Somos simples viajeros. ¿Por qué supone que somos curadores?

—Por el tipo de venda que tiene puesta, parece hecha por un experto, eso lo hizo alguien que sabe de curaciones.

Lin Hie miró a su esposa sin decir nada sabiendo que ella había hecho la curación. Observó la cama donde estaba el otro hombre convaleciente.

—Simplemente estuvimos en el lado sur del pueblo y trabajé en una pequeña industria de papel en Huanggan. Aunque fuimos a visitar otros asentamientos cerca, fuimos y volvimos buscando trabajo. Ahí tuve un pequeño accidente, nada de que preocuparse —dijo Lin Hie—. Por eso decidí cambiar de trabajo y como pronto saldremos hacia el norte nos quedaremos unos pocos días aquí.

Hizo un silencio pero no quitaba la vista de la cama, le llamaba mucho la atención su construcción.

—¿Qué es eso? —preguntó, la curiosidad le hizo perder el respeto y los buenos modales mientras Jia Yi se acerca al hombre acostado.

El hombre acostado sin exclamar dolor contestó algo inentendible, el tipo que los había traído y el enfermo en la cama hicieron oídos sordos a la pregunta. Pero no hizo falta respuesta, Lin Hie de inmediato sacó como conclusión que estaba diseñada para calentar al que dormía sobre ella. De alguna manera supuso correctamente que colocarían brasas o un similar. *Era obvio, se dijo, aquí en épocas de inviernos hace mucho frío.* Ya habían pasado en su camino por varios duros invierno al ir dirigiéndose hacia el norte. Pero esta era la primera cama de este tipo que veía.

—Yo sé cómo curarlo —dijo Jia Yi.

El hombre la observó con recelo y sin contestar.

—A ella nadie la envió, viene conmigo —acotó Lin Hie.

Hicieron silencio mientras Jia Yi comenzó a realizar unas curaciones sencillas pero precisas al hombre en la cama.

—¿Eres un mensajero? —preguntó Lin Hie al hombre parado. Al observar su vestimenta y un caballo preparado afuera a través de la ventana.

—¿Usted lo es? —le respondió el hombre con una pregunta—. Aunque no podría con una mujer a cuestas. —Jia Yi lo miró por el rabillo del ojo sin contestar.

—Igual

—¿Van a la Ciudad Prohibida? —preguntó el hombre.

—Sí.

—¿Y de dónde vienen?

—De Canton.

—Los ingleses y franceses entraron a Pekín —terció el hombre acostado.

—Pekín... —murmuró Lin Hie—. Pero ya estaban en Pekin.

—Una cosa es estar y otra adueñarse. Las tropas chinas fueron derrotadas en Polikao hace tiempo, está todo perdido.

—¡Nunca esta perdido, la lucha es eterna! —gritó Lin Hie enérgico encarando al hombre—, si no vemos nosotros los triun-

fos, o nuestros hijos, lo verán los hijos de nuestros hijos. Sabemos que fue bombardeado el fuerte.

—Sí, atacaron el fuerte de Taku cerca de Tianjin. Tienen diez nuevos puertos, Niuzhuang, Danshui y Nankin. Ahora puede navegar el que lo desee por el río Yangtsé.

—Deben tener cuidado, se tomaron el derecho de viajar a cualquier lugar por el interior del país —dijo el viejo convaleciente..

—Porque no te callas, viejo, qué les cuentas a estos forasteros —dijo el hombre parado.

—¿Cuánto cuidado? —preguntó Lin Hie sin prestar atención.

—¡Cállate, ya sé quiénes son! Sabía que vendrían y también lo sabias —contestó el viejo mirando al hombre y agregó mirando a Lin Hie—. El que se requiere para salvar la vida. Usted tiene un salvoconducto, un mapa y un mensaje.

—Un mensaje... ¿para quién?

—No es para una persona, es para un pueblo...

—No entiendo

—¿Todavía no lo entendió? Somos un grupo de gente que intenta hacer que la gente sepa lo que sucede y que debemos unirnos y estar preparados —le dijo el hombre.

—Eso lo sé y es lo que hacemos. Pero... ¿debemos estar preparados para qué?

—Las frutas tomadas de un árbol antes de tiempo saben agrias, la naturaleza es sabia. Las frutas se toman cuando están por caer o del suelo. Caen por su propio peso —acotó el hombre mientras Jia Yi terminaba de curar sus heridas—. Cuando el pueblo esté preparado todo será natural, no digo que vaya a ser fácil. Sólo digo que será el momento que deba ser.

—¿Usted es uno de ellos? ¿Por qué no nos dijo cuando llegamos, por qué nadie nos advirtió cuando estábamos en el sur? Cuando iniciamos el camino —le reprochó Lin Hie.

El hombre lo miró desconcertado:

—Tal vez porque no fue planificado, fue surgiendo, modificándose, evolucionando, creciendo. Muchas veces se inicia algo y no se sabe cuándo crece ni que rumbo tomará. Todo está previsto. Ustedes iban a venir solos y si no me encontraban a mí, iban a encontrar a otros.

—Nos obligan a pagar dos millones de taeles en plata a cada país invasor, debemos pagar una compensación por haber defendido nuestra nación —acotó el hombre que los había recibido parado junto a ellos.

El otro hombre tosió y se revolcó del dolor. Jia Yi se acercó e intentó que no se ahogue. Estaba delgado y muy pálido.

—Debemos cuidarlo —dijo ella—. Solamente le curé las úlceras en la piel. ¿Han intentado curarlo?

El hombre parado no contestó ni la miró.

—Sí, parecen heridas leves y externas pero puede haber heridas internas por el golpe que le ha dado su caballo.

—Sólo un hombre sabe de estas cosas. Pero no debemos molestarlo, él nos debe curar a nosotros, a los mensajeros que seguimos trabajando, él ya no hace nada —dijo el hombre junto a Jia Yi que estaba en cuclillas junto a la cama.

—¡Tráigalo inmediatamente! —Lin Hie.

—Usted no puede ordenar en nuestro pueblo.

—No le estoy ordenando, le estoy pidiendo un favor.

El hombre salió y mientras Jia Yi trataba de abrigar al herido, llegó un anciano junto al hombre. Se acercó a Lin Hie y le dijo al hombre que los había recibido que lo acompañe que le alcanzaría unas sustancias de su casa.

—Que la mujer se retire —pidió el anciano.

—No —dijo Lin Hie—, ella debe aprender para curarme si es necesario.

Lin Hie acompaña entonces al hombre y volvieron enseguida con un recipiente.

Mientras el hombre curaba las heridas del convaleciente Jia Yi miraba con atención qué le colocaba y cómo. El anciano tomó su muñeca y parte interna del brazo y presionó con fuerza. Luego le hizo beber un preparado a base agastache rugosa.

Dos veces preguntó ella y el anciano no le contestó hasta que Lin Hie le dijo:

—Por favor, enséñele. Tenemos un largo camino hasta la capital y nos será muy útil.

—¿Cuánto hace que caminan y de dónde vienen? —preguntó el convaleciente.

—De Canton, —respondió Lin Hie—, ya hemos pasado muchos inviernos... Ni sé cuantos.

—Hace ocho años que estamos viajando, según el calendario occidental, creo... —dijo Jia Yi.

El hombre que los había recibido, el anciano y el enfermo se miraron entre sí. No lo podían creer.

—¿Y qué lograron en este tiempo? —preguntó el curandero.

Lin Hie lo observó e iba a contestar con un exabrupto pero se contuvo.

—¿Ustedes son parte de este grupo?

—De a ratos, hacemos lo que podemos —contestó el hombre parado.

—Aprendimos a conocer las necesidades de nuestra nación, las diferencias culturales y tenemos una red de información mucho más grande que los caminos de los mensajeros —respondió entonces. El hombre acostado tomó de la mano a Lin Hie—. Pero no estamos organizados, somos personas de buena voluntad, no hay un verdadero líder que nos guíe.

Entonces el hombre, tras una pausa, volvió a su relato:

—Luego de entrar y desembarcar en el río Pei Tang atacaron el fuerte. Hubo una batalla en el puente de Palikao, seis días más tarde estaban en Pekin e incendiaron el palacio de verano. Los ingleses destruyeron todo. —Lin Hie y Jia Yi lo miraban estupefactos mientras el médico y el otro hombre no le daban la importancia debida ya que no entendían de lo que hablaba—. Ocuparon el palacio, reescribieron el tratado de Beijing y tratado de Tientsin. Abrieron y se metieron en Tientsin, obligaron a ceder Kowloon. Los ingleses y estadounidenses se han hechos dueños de la nación. Debemos indemnizar a Inglaterra y Francia con ocho millones de taeles de plata. Y por supuesto legalizar definitivamente el opio para envenenarnos... Pero ellos se están envenenando también.

—Occidente morirá por una flor... —dijo Lin Hie. Lo observó y preguntó—: ¿Cómo sabe tanto ud?

—Porque existe una red de la cual ustedes ya forman parte, la misma red que ustedes ayudaron a crear. Además soy traductor hablo nueve idiomas. El problema de la red es que no tiene alguien que la planifique, todo surgió a partir de algunos que queremos que

no se introduzca más opio. De forma natural, espontanea. Por eso me quisieron asesinar y escapé. Estos golpes no son de un caballo ni un accidente. Son los emisarios de los ingleses.

—¿Quién los comanda, cuál es el nombre del jefe de los espías?

—No sé —respondió el hombre—. Yo sabía qué hablaban los ingleses y cómo mal traducían los contratos, igual que con el francés, español y portugués. Son todos iguales y lo peor que hay de los nuestros que son cómplices. Y como sabía tantos idiomas no les convenía y no me podían engañar. Ellos quieren que sepamos sólo lo que nos hacen creer.

—Donde aprendió tantos idiomas —preguntó muy interesada Jia Yi.

—De joven fui marino en un barco español, no recorrí demasiado pero en los puertos se hablan varios idiomas. Además debo confesar que me resulta fácil, de inmediato me quedan guardadas las palabras. Algunos idiomas del viejo continente tienen la misma base.

—Saber muchos idiomas debe ser muy bueno —dijo Jia Yi.

—Saber varios idiomas es tener un arma. Pero no debes saber el idioma formal, debes aprender el de la calle, el verdadero, el que se habla mal. Entonces... —la tomó del brazo, intentó levantarse y se acercó al oído— puedes trabajar como espía... —Se volvió a recostar y agregó—: Y para quien te pague más.

Las palabras inquietaron a Jia Yi.

—Volviendo al tema ¿Qué red? —preguntó Lin Hie.

—Deben tener en cuenta la rebelión de Taiping, arrasó con el sur de nuestra nación, deben ser precisos en lo ocurrido porque todo está relacionado.

Lin Hie pensó en sus padres, igual que Jia Yi en su madre y hermana. Se miraron acongojados.

—¿Cómo podemos ser tan precisos? Contamos la información que nos llega, tratamos de corroborar. Pero no siempre llega exacta y siempre con atraso. En lo posible sin quitar ni agregar nada de los que nos cuentan. Intentamos comprobarlo pero no siempre es tan fácil —dijo Lin Hie.

—Ese es el punto, ustedes deben explicar con documentación —contestó el viejo.

—Es imposible, no podemos, nos deben creer. No hay forma de demostrar la veracidad de lo que divulgamos.

—Sí la hay. Hay un hombre, un joven de nombre Lai Afong que toma imágenes de la gente. Este joven huyendo de la rebelión Taiping llegó a Hong Kong y está trabajando con un portugués. Este hombre mediante la imagen dice cosas, dice verdades, muestra lo que pasa. Tú... sí, tú, debes aprender ese oficio y mostrar las muertes, masacres de niños y ancianos. Vejaciones a nuestras mujeres, la sangre, la suciedad, la mugre. Debes conseguir ese aparato, aprender como se usa y mostrar, así no habrá duda de tus historias. Como por ejemplo lo que acaba de pasar en Cantón.

—¿Canton?

No contestó de inmediato, se tomó un tiempo.

—Hay una guerra de clanes entre los nativos e invitados: Punti - Hakka. Y las rebeliones que se están llevando a cabo, Nian, la rebelión de la bestia, de los Miao. Deben aprender mucho todavía, si sano y no muero debo enseñarles... tengo que enseñarles antes de que muera... —Tosió y se siguió retorciendo—. Existen musulmanes que también están en rebelión, los Panthay, y están muy afectadas las provincias de Shaanxi al norte del país, Gansu más al noroeste, Ningxia también al norte y Xinjiang, en las fronteras lejanas, y por la rebelión de los dunganes. Todas estas rebeliones a los británicos les conviene y las promueven.

El médico y el hombre que los había llevado hasta ese lugar se miraban sin decir nada.

—Son todas luchas de etnias que desestabilizan y debilitan la nación. Debemos estar unidos para luchar contra los invasores... El general Sun Tzu nos enseñó El Arte de la Guerra. Ninguna rebelión que se inició hace años ha finalizado, quedan cenizas, se esparcen chispas. Se vuelven a encender, prenden fuegos otras zonas, se las podrá llamar con otros nombres pero en realidad son las mismas, las rebeliones son dinámicas, cambian, varían sus objetivos. —Y por último agregó—: Cuando el general escribió el libro de la guerra nunca imaginó que otra nación primero envenenara a sus habitantes para quedarse con ella. Antes los vencidos eran prisioneros y trabajaban para el vencedor, ahora no quieren vencidos. Quieren cadáveres.

Lin Hie se retiró de la habitación junto al hombre que lo había llevado hasta allí, quedándose el médico y Jia Yi

—¿Usted es médico de los europeos? —le preguntó Jia Yi.

—¿Qué es médico? —preguntó el anciano.

—No importa —le dijo ella—. Pero usted sabe curar. ¿Por qué no vino antes a asistirlo?

—Le tememos a los forasteros, no todos son buenos. Aquí solo queremos trabajar y vivir en paz. Este hombre enfermo fue atacado no sabemos por quién y han querido asesinar a otros. Ellos están ideando algo que a mi no me interesa. Estoy viejo y no quiero problemas.

—Es lo que todos quieren —reflexionó Jia Yi.

—¿Qué hace una mujer cabalgando con un hombre?

—Él es mi esposo y yo no debo esperarlo en la casa. Debo acompañarlo y estar con él en su lucha, en sus ideas...

—¿Qué ideas? —dijo el curandero.

—La de una nación unida y que todos tengan acceso a los que todos tienen. Y que no exista más el opio.

El hombre no respondió, solo siguió con su trabajo.

—Bien, ahora dejemos que este hombre descanse, que duerma —dijo el médico mientras lo acobijó.

Ella se retiró junto a Lin Hie que estaba a unos metros del lugar.

—No se si veremos nuestra nación unida y libre —le dijo él mientras observaba los ríos desde lejos.

—Si no somos nosotros serán nuestros hijos, y si no los hijos de nuestros hijos —respondió Jia Yi.

Él la miró y sonrió.

—Todo lo malo que nos contó este hombre es muy grave y triste. Todo parece infranqueable, pero si logramos llegar a Pekin, instalarnos, podemos utilizar estos males como herramientas contra ellos.

El curandero y el hombre se retiraron, Lin Hie y su esposa se quedaron con el viejo enfermo.

—Esposo mío, debemos quitar la maldad para mejorar, no por venganza. Y debemos ser más cuidadosos que antes —dijo Jia Yi temerosa—. Hasta que mis fuerzas me acompañen seguiré a tu lado y te ayudaré. No sé cómo lo haremos pero confío en ti.

—A veces sueño con llegar y luego me pregunto, ¿para qué, qué hacer después? ¿Qué podemos hacer nosotros, qué podemos cambiar, por qué nos escucharían? Seguramente si alzáramos la voz nos asesinarían de inmediato. Ya sea la Guardia Imperial, el ejército o los ingleses. En realidad no sé, por momentos pienso que todo es vano, que no tiene sentido. Que todo lo que enseñamos en estos años, todo lo que informamos con el tiempo se ha perdido.

—No... —le dijo ella—. Al contrario, sabemos que más jóvenes se informan y transmiten, la nación va tomando conocimiento lentamente, toma conciencia.

—¿Para qué...? —preguntó Lin Hie con tono desconsolado.

—Estoy segura que algo se viene, tú me convenciste y es real, lo presiento, lo siento en mis entrañas.

Después de lo visto y escuchado cambiaron de parecer, ya no consideraban conveniente instalarse nuevamente en la ciudad, además a solo ochenta kilómetros los esperaba la ciudad Wuhan, mucho más grande e importante. De esa forma más posibilidades de poder armar grupos de jóvenes más grandes con espíritu contestatario y nuevas ideas. Tal vez allí sabrían de qué se trataba esa máquina que capturaba con imágenes los sucesos.

Lin Hie se había dado cuenta que el trabajo en conjunto daba mayor resultado en los debates dando forma a nuevas ideas y planes de cómo llevarlos a cabo. Aunque no hubiera un plan cierto. *Los estudiantes, jóvenes y con conocimiento siempre están disconformes y quieren cambios*, pensaba. Los obreros mal pagos, los operarios, labradores rurales eran los que más planteaban una lucha organizada contra los invasores extranjeros. Y se mostraban abiertamente descontentos con el Emperador, los comerciantes y los industriales que explotaban a sus empleados.

Sin embargo Jia Yi le suplicó a Lin Hie quedarse un tiempo hasta dejar de sentirse perseguida y amenazada. Quería estar un tiempo en paz y que el traductor le enseñara los secretos de las lenguas. Por otro lado sentía que el viejo curador le había ocultado algo. Había notado en la forma realizar curaciones y al administrarle el medicamento, tal vez fuera médico del conocimiento occidental. De ser así sabría el idioma y tal vez mantuviera la relación con los europeos.

Pronto Lin Hie consiguió trabajo en los bosques de bambú, instalándose el matrimonio en el centro norte del pueblo, a escasos metros donde vivía el traductor. Mientras Jia Yi trabajaba en los sembrados y todas las noches iba a que el viejo le enseñe todas las lenguas que conocía.

Un día Lin Hie cortaba cañas cuando sintió olor a humo, se dio vueltas de inmediato y para su sorpresa vio humo a su alrededor y sintió el típico sonido del crujir por fuego. No tuvo de tiempo de pensar, en un instante las llamas lo rodeaban en un círculo. Corrió, saltó sobre el fuego, cayó sobre las llamas y giró sobre ellas hasta llegar donde acababan.

Al llegar a la casa Jia Yi lo vio quemado y lleno de llagas rojas. De inmediato lo desvistió con cuidado por las telas pegadas a la carne, que al retirarla arrancaban pedazos de ella. Con cuidado lo curó y acomodó en la cama. Lin Hie no podía hablar, tosía y tenía la boca quemada. No hizo falta que le cuente nada, de inmediato ella se dio cuenta que lo habían querido asesinar. Era peligrosos quedarse pero tampoco podían huir con él esas condiciones.

Jia Yi salió a la calle para ver si alguien los observaba, alguien que los estuviera vigilando. En eso se acercó una mujer que trabajaba con Jia Yi en el campo.

—Vi todo, tranquila, nosotros te ayudaremos. Nadie les hará daño. Mañana vendrá mi hija a cuidar a tu marido. Tú como si nada. Iremos a trabajar —le dijo la mujer.

Los días siguientes estuvieron trabajando juntas, siempre atenta a las necesidades de Jia yi.

—Lo que tú nos explicas ¿cómo deberíamos llevarlo a cabo?

—No hay que hacer nada ahora, sólo saber por qué pasan las cosas, con eso ya es suficiente.

Luego de dos noches de ayudar a Jia Yi, la mujer salió de su casa y se encontró en la esquina con un hombre.

—Sí, quieren derrocar al Emperador —dijo la mujer—. El marido se está recuperando.

—Eso no nos interesa.

—Su gente quiere prohibir el opio. Y quieren quitar del medio al Emperador.

—Lo sabemos y eso es preocupante –contestó el hombre.

—Y quieren echar a los ingleses y franceses. Y los otros –agregó la mujer.

—El opio llega en dos días. Pero ellos quieren todo el dinero antes.

—Lo tendrán –aseguró la mujer.

—Hagan que se equivoquen, que su propia gente los odie y luego matenla a ella para que él escarmiente. –dijo el hombre dándose vuelta y desapareciendo en la noche.

Luego de varios días de jornadas de intenso trabajo, Jia Yi se dirigió a cambiarle las curaciones al viejo, durante la noche lo haría con su marido que ya estaba casi recuperado de las quemaduras.

—Tienes facilidad para los idiomas, aprendes rápido. Pero ahora ve afuera y fijate que no haya nadie merodeando –le dijo en voz baja el hombre a Jia Yi. Ella lo hizo y volvió de inmediato—. Ahora escucha con atención. Tu marido tiene dos telas, todos saben que son un salvoconducto, descubre sus secretos. Las quieren... Si ellos obtienen las telas sabrán nuestro secreto.

—¿Pero acaso es que no hay un plan? –preguntó Jia Yi desconcertada.

—No hay un plan específico, por ahora informamos pero algún día habrá un plan y no deben saber quienes somos ni donde nos ocultamos.

—Pero saben quiénes somos y dónde intentamos ocultarnos –respondió ella con sentido común.

—El hielo al flotar solamente muestra una pequeña parte de lo que abajo hay... –respondió el viejo—. Toma ambas telas y ábrelas sobre una mesa frente a ti. Seguramente hay otra tela. Y debería haber una cuarta... A una de ellas debes doblar en cuatro hacia el centro quedando un cuadrado más pequeño. Si metes una punta hacia adentro dejando un triángulo veras un dragón pero si tomas la otra punta y dejas abierta la anterior sobre la misma y la usas de base para ese triángulo aparecerá un tigre, con la siguiente realizando el mismo movimiento aparece el qilin y con la última punta el fenghuang. Si la das vuelta dejando las cuatro puntas hacia adentro hay un escrito en kitán, el idioma perdido

Liao. —Siguió explicándole—: En la otra tela si metes dos puntas hacia adentro enfrentando las dos puntas aparece la palabra unión y si lo haces con las otras revoluciones, ambas en ese antiguo idioma. Y por último si se superpones las dos telas frente a la luna, no traspasa la luz como lo haría con el sol, encimándolas verás un mapa con la ruta alternativa.

—¿Hacia Pekín? —preguntó Jia Yi—. Ya estamos cerca.

—No, dentro de la misma ciudad de Pekín. Son rutas y pasadizos que les pueden salvar la vida. Y no pierdan el amuleto, es una llave. El jade es ovoide, si lo golpeas de la parte más ancha de la base, se abrirá. Se usan las dos partes.

Ella miraba tratando de entender sin decir palabra e intentando recordar.

—Pero nosotros hicimos nuevos caminos —le dijo Jia Yi al viejo.

—Todo está escrito —volvió a decir él—. Y si giras las dos telas pero sin que coincidan formando una estrella de ocho puntas veras que se forma un loto. Y en la periferia en el viejo idioma se forma la frase Sociedad del Loto Blanco.

Jia Yi se sorprendió.

—¿Usted es el jefe de todo esto?

El viejo sonrió.

—No... aquí no hay un jefe... —Un silencio. Bajó la cabeza y dijo no con un gesto. Luego de un instante agrega—: Este movimiento ha evolucionado, se adapta a los nuevos tiempos. Ahora vete. Nos vigilan. No confíen en nadie, tampoco en mí. Todos tenemos un punto débil que el enemigo puede conocer para hacernos traicionar nuestras convicciones más firmes. Sólo algunos no se traicionan ni a si mismos ni a nadie, tu marido es uno de esos pocos.

Jia Yi se retiró y al llegar a la casa le contó a su marido. De inmediato abrieron las dos telas. No les fue fácil hallar las imágenes y menos aún encontrar las frases. Sin embargo al girar las puntas aparecía el nombre de él y ella.

Se quedaron atónitos, como sabían tanto sobre su futuro. Jia Yi lo miró esperando que le diga si tenía otra tela.

—¿Tienes otra tela? —preguntó finalmente.

—Sí...

—¿Por qué no me contaste? No me cuentas nada. Tampoco me dijiste que tienes un montón de dinero que te dio tu padre. No confías en mí —Jia Yi se puso a llorar—. Lo descubrí de casualidad.

Lin Hie bajó la cabeza:

—Temo por ti, mientras menos sepas más seguro es...

—Eres un idiota.

—Sí, lo sé. El contador me dijo que tenía una tela y al despedirse sentí que algo puso entre mis prendas, me hice el distraído. Y con respecto al dinero me pareció estúpido decirlo, lo siento

Jia Yi estuvo dos días sin hablarle.

Lin Hie y Jia Yi se quedaron pocos meses enseñando, divulgando información y aprendiendo. En este lugar se dio un giro al viaje, Jia Yi volvió al asentamiento más cercano hacia el sur sola. Era la primera vez que lo hacía, a una hora de viaje hacia el sur. Llegó sola, fue a ver a los jóvenes que habían quedado a cargo de las charlas, evaluó y corrigió errores y volvió en el mismo día.

Las mentiras de Lin Hie habían sido una bisagra en la vida de Jia yi, no había dejado de amarlo pero ahora era mucho más independiente y no le consultaba la mayoría de sus decisiones.

Lin Hie se dio cuenta que ser maestro le había dado otras herramientas para divulgar información enseñando. Como la disciplina de los métodos y técnicas para hacer entender de la forma más sencilla lo que sucedía. Sumado a esta información también les enseñaba a leer, escribir y cuentas. Les explicaba como ellos mismos debían hacerse entender mencionando no sólo el hecho en sí mismo, sino explicando los por qué de la situación. Se resistía a que la información fuera un simple folleto hablado, contando a modo de historia los hechos sucedidos.

Había entendido también que se debía aprender de los errores, intentar nuevos métodos y más que nada, lograr la forma que cada uno de los habitantes de la nación tomaran conciencia de lo vital de la búsqueda de la información. Pretendía lograr en ellos la curiosidad de investigar para llegar a la verdad. Y eso se lograba sin analfabetos. Por lo tanto los agentes jóvenes multiplicadores de la información, debían hacerles tomar conciencia en las reuniones pero también debían enseñarles a leer, escribir y cuentas.

Se maldecía por no haberlo implementado a principio del viaje pero lo hecho, hecho estaba. Se había puesto como meta lograr que tuvieran su propio interés para investigar, sed de saber la verdad, sacar conclusiones, comparar y luego divulgar esa información.

Mientras, esperaban en vano que este viejo traductor curase pero su salud no mejoraba por el contrario se deterioraba día a día. Jia Yi sospechaba que tendría golpes internos muy fuertes, tal vez con destrucción de alguno de sus órganos.

Durante una noche Lin Hie acompañó a Jia Yi a realizar las curaciones al hombre.

—Tengan cuidado, la red de espionaje de los británicos es muy grande. Ellos son expertos en mentir y engañar —les dijo el hombre enfermo—. Ellos van a querer que la Guardia Celestial los asesine y los culpen de traición a la nación, así quedarían mal y nadie más haría nada. No confiarían más en ustedes.

Luego de una tarde de quejidos, al otro día, falleció. La medicina y curaciones brindadas por el anciano sabio no habían dado resultado.

No había nada que hacer, las heridas internas habían sido grandes. Igualmente Jia Yi no estaba convencida, ella estaba segura de su mejoría, había aprendido a palpar órganos y glándulas. Estaba segura de sus golpes internos fuertes y que tal vez moriría pero no con los síntomas que presentó en sus últimos días. El viejo parecía pasar de una convalecencia con algunas mejorías a una agonía sin marcha atrás. Presentía que alguien lo había envenenado.

Durante su estadía en la ciudad aprendieron sobre algunos vegetales estacionales silvestres con que se podían alimentar en el camino. El viejo les había dado muchos secretos. Antes de partir los pocos lugareños les brindaron víveres y al emprender viaje se quedaron con el caballo del mensajero. La yegua enferma de ella se había recuperado. A este animal lo utilizaron para transportar únicamente víveres, ya que al dirigirse más al noreste el clima se volvería mucho más extremo. Además tenían otra yegua y todos con herraduras nuevas.

A la mañana siguiente con todo listo citaron a Lin Hie a lo que sería la última reunión con él presente. Seguramente los jóvenes asiduos al lugar y muy participantes de los debates le querrían hacer las últimas consultas.

Al llegar, vio que no había nadie.

Mientras tanto Jia Yi, sola en su casa, hacía tiempo para su viaje. Escuchó un ruido y vio desde un orificio en la pared hecho adrede, a dos hombres en la otra habitación. Se escondió en una doble pared muy delgada, disimulada, que había hecho Lin Hie. Sólo ella podría entrar. Los hombres resolvieron todo.

Por su parte cuando Lin Hie salió del depósito donde se realizaban las reuniones se encontró rodeado por tres hombres. Se abalanzó sobre uno de ellos, mientras los otros lo golpeaban. Uno de ellos lo ahorcó desde atrás pero de repente este hombre gimió y desde atrás salió una punta de daga de su pecho. Lin Hie se abalanzó sobre otro y el encapuchado de un solo giro degolló al hombre que había herido.

El tercero huyó escapando de las manos de Lin Hie. Lin Hie quedó solo. No vio por dónde se fue el encapuchado. Corrió a su casa y lo vio salir de ella. Al entrar encontró a dos hombres muertos.

Jia Yi solamente salió de su escondite cuando oyó Lin Hie gritar su nombre.

—Vámonos ahora —dijo él.

Huyeron sin víveres ni equipaje, sólo algunas pertenencias. No se despidieron de nadie, no sabían de quién sospechar.

A un día salir del pueblo, Jia Yi comentó que estaba muy mareada. Vomitó y cayó de su yegua. Lin Hie de inmediato bajó y la ayudó.

—¿Qué te sucede, te envenenaron?

—No creo, hace dos meses que se me retiró la regla...

Lin Hie no le dijo nada y se quedó callado. Luego de un rato de descanso hasta que Jia Yi se repuso, volvieron a montar sus caballos y regresaron a su camino.

Lin Hie no abría la boca.

## 10. WUHAN (WUCHANG), 1868

Luego de un día de descanso Lin Hie continuaba sin hablar, tenía su ceño fruncido, apenas había comido y llevaba su mirada fija en el camino. Jia Yi se acercó.

—¿Estás enojado?

—No, veo que tu también tienes tus secretos –respondió Lin Hie. Ella no dijo nada—. Por el contrario, estoy emocionado pero muy preocupado. ¿Cómo haremos con un niño para seguir nuestro camino? –dijo justificando su actitud.

—Tal vez el camino terminó aquí –respondió Jia Yi.

Hubo un largo y prolongado silencio.

—No entiendo como pasó, nunca nos había sucedido esto.

—Esposo siempre me he lavado con azafrán. Además cuando tuve alguna duda tomé el té recomendado y luego me ha venido la regla con mucha sangre.

—Nunca me has dicho nada.

—Las mujeres no decimos nada –contestó ella.

—Me haces sentir mal, como que soy un extraño –dijo Lin Hie reclamando su falta de confianza.

—Tu has llegado herido, lastimado y sangrando. Te has curado a escondidas sin decirme nada, te he visto. Te he escuchado vomitando por comer comida en mal estado donde has trabajado y nunca me has dicho nada para no preocuparme. Esto es lo mismo.

—No es lo mismo, vamos a tener un hijo...

—Y tu podrían haber muerto y me hubieras dejado sola en el camino –dijo Jia Yi.

Al llegar a la ciudad, vieron que estaba separada en tres partes, Wúcháng, Hányang y Hánkóu; por dos ríos, Yangtsé y Han. Estaban muy cerca entre ellas pero limitadas por el agua.

Desde lejos se veía la torre de la grulla amarilla sobre la colina de la serpiente, no se encontraba en muy buen estado pero era impresionante y majestuosa.

—Li Bai escribió sobre ella, *cuando la grulla amarilla se vaya nunca volverá...* –recitó Lin Hie—. El inmortal Wang Zi'an, montó sobre una grulla amarilla desde la colina de la serpiente.

Jia Yi no contestaba totalmente abstraída en sus pensamientos.

Lo primero que hizo Lin Hie fue buscar, en este caso, una vivienda más cómoda que todas las anteriores. Antes de buscar trabajo se puso en contacto con una matrona que practicaba partos con los principios de qi, yin yang y wuxing. Pero no estaba conforme, quería encontrar un médico de etnia Han como él.

Buscó durante todo el día hasta que lo encontró, no había estudiado medicina occidental pero a Lin Hie no le interesaba. El hombre de unos sesenta años tenía gran experiencia en el seguimiento de embarazos y partos. Por otro lado había ayudado a médicos occidentales con tratamientos de su gente. No estaba muy de acuerdo con algunas prácticas pero otras sí que las ponía en práctica. Algunos médicos occidentales habían aprendido mucho de la medicina china, aunque algunos eran reacios y la consideraban un oficio de curanderos. Otros por el contrario la ponían en práctica con exitosos resultados. Pero lo más curiosa eran aquellos médicos occidentales que despreciaban la medicina china ancestral y sin decir nada la utilizaban. Ellos creían que nadie se había percatado pero el común de los ciudadanos se habían dado cuenta de los artilugios de estos médicos. Que si bien no atendían a los chinos, solo a los europeos, sin decirles nada aplicaban métodos chinos.

Especialmente ponían empeño en la higiene, puesto que el agua era considerada como el equilibrio entre el yin y yang. Ellos se lavaban las manos cinco veces por día y antes de atender al paciente lo hacían con nueces de jabón con ceniza y caracolas molidas. Costumbres que los médicos europeos aún no habían incorporado.

Recorriendo la ciudad en busca de trabajo se encontró con un portón doble abierto, pudo ver adentro de la casa y a unos quince metros a un joven sentado trabajando madera y caña. En el espacio entre el portón de entrada y la mesa donde se encontraba trabajando, en una especie de patio de piedras en el piso, había varios banquitos petisos de madera tipo taburete dispuestos a modo de abanico mirando a la mesa.

Por impulso solicitó permiso pensando que era una pequeña carpintería. Sabiendo de sus conocimientos se ofreció. Vaya la sorpresa cuando el joven le respondió que en verdad era músico y que

fabricaba sus propios instrumentos. Pero que de muy buena gana si demostraba que era un buen carpintero por poca paga le vendría muy bien un ayudante.

El hombre cantaba canciones referentes a la siembra, al sol, la luna y la lluvia. Con voz aguda, suave y melancólica. Tocaba varios instrumentos pero su especialidad y el que más le gustaba era el dizi, un instrumento de caña parecido a una flauta. Además los fabricaba y los vendía muy bajo precio, y cuando veía un niño con actitud y notaba que le era imposible comprarlo se los regalaba. El joven también ejecutaba el xun, xiao, sheng y algunos de cuerda como el guzheng y tanggu. Y con gran destreza los de percusión.

Lin Hie en ese mismo instante se quedó a trabajar. Estaba cerca de su mujer y aprendería algo nuevo. Aunque con un sueldo muy bajo.

Al día siguiente al retirarse de su trabajo Lin Hie cerró la puerta, el maestro músico le solicitó que la dejara abierta.

—Siempre está abierta la puerta de mi casa... Cuando llegaste estaba abierta y así debe seguir.

La curiosidad pudo más que su sentido de educación.

—¿Viene un cliente a retirar alguno de los instrumentos? —preguntó Lin Hie.

—Si espera un rato tal vez pueda averiguarlo por sus propios medios.

No respondió, fue hasta su casa a ver como se encontraba Jia Yi. Le preparó algo de comer y la ayudó a ir al baño. No se sentía bien, estaba transpirada y le ardía la frente.

—Voy a buscar al médico.

—Ya estuvo a la tarde. Dice que estoy bien, hoy estuvo con la matrona y me dieron un té.

Pero Lin Hie hizo caso omiso a lo dicho por su esposa.

Corrió en busca de ayuda del médico, al pasar por el taller donde trabajaba vio la puerta abierta igual que como la había dejado, escuchó música y entró. Estaban unas mujeres y unos niños sentados en ese espacio similar a un escenario. Escuchando con atención la música que ejecutaba el joven. No se quedó a escucharlo pero lo poco que oyó lo sorprendió, el luthier y maestro era un verdadero músico y excepcional artista que conmovía a los niños y mujeres.

Continuó su camino hasta lo del médico. Cuando le comentó el estado de su mujer se levantó urgente para volver a revisarla.

Luego de observarla le dijo que su estado era normal, sin embargo al día siguiente su estado empeoró. Igualmente ella le suplicó que estuviera tranquilo y fuera a trabajar. Así lo hizo, al llegar se concentró en su trabajo pero no podía dejar de pensar en Jia Yi. Temía por la vida de ella y sintió tristeza de pensar que le podía suceder algo grave. Sabía que muchas mujeres morían en partos. No se imaginó la vida sin ella y continuar su camino. Intuyó que su vida y su mandato sin Jia Yi no tendrían sentido.

De pronto sintió un sentimiento que nunca había tenido, se sintió vacío y temeroso. Tantos años juntos, tanto vivido, tantas discusiones y peleas le habían hecho olvidar cuanto la amaba.

Mientras meditaba, trabajaba serio y sin decir palabra, cosa que no era habitual en él, el maestro le preguntó que le sucedía:

—Lo noto perturbado.

—Solamente estoy concentrado —respondió Lin Hie.

—No, algo más grave le sucede —dijo el maestro de música—. Venga a la noche, la música recrea el alma. Daremos un concierto para la ciudad.

—¿Por qué aquí?

—¿Usted realmente conoce de música, escuchaba música?

—La verdad poco, en Canton algunas veces... Pero la música es variada, tenemos la militar, folclórica, cortesana —contestó Lin Hie.

—Yo estuve en Canton, aprendí otra música, la de los marinos y comerciantes europeos, los escuché y a sus extraños instrumentos —dijo el músico—. Me acerqué a la música de pequeño golpeando maderas y mi padre me regalo un xun. Nuestra música existe desde los principios de la existencia de nuestra nación, nuestra civilización del país del centro, zhong guo es la más antigua y la más importante.

—Posiblemente sea la más antigua, pero debemos humildad de no decir la más importante —dijo Lin Hie.

Sin prestar atención el músico continuaba con su trabajo.

—Pronto supe que el maestro Confucio escribió la orquídea solitaria, Youlan'. Venga acérquese —el músico abrió un cajón con una traba y le mostró un guqin. Lin Hie nunca había visto un instrumento tan complejo de cerca.

—Es hermoso...

—Sí. Sabe los músicos nunca fuimos muy tenidos en cuenta. No somos como los pintores, ganamos poco. Sin embargo sobrevivimos con lo más hermoso. La música es idioma universal que todos podemos entender y emocionarnos sin decir una sola palabra. —Mientras lo observaba, y acariciaba al instrumento, el maestro agregó—: No es mi preferido, ya se habrá dado cuenta. Para mi el dizi es perfecto... Tuve la oportunidad de acceder a ciertas canciones que se encuentran en Shi Jing, el gran libro. Por lo pronto, lo enseñado por el hombre sacerdote de la cruz Ricci, se ha expandido por todos lados. No sé si es bueno o es malo, pero es.

—Si, me han hablado de él, he pisado los lugares donde estuvo ese hombre —respondió Lin Hie—. Era un sacerdote de la religión cristiana católica.

El hombre no contestó. Tomó su dizi y tocó una música que llegaba al alma. Luego de escucharlo Lin Hie se dispuso a trabajar pero antes le preguntó:

—¿En este momento tan álgido para la nación no cree usted que hay otras prioridades?

—No, todo lo contrario, porque el arte nos ayuda a estar en equilibrio y esta música nos recuerda quienes somos. Y, permítame ahora que nos conocemos un poco más, ¿qué le sucede?

—Mi mujer esta en cinta y no se siente bien.

—¿Fue con el curador?

—Sí y la matrona —contestó Lin Hie

—Bien, seguro sanara y su parto será exitoso —le dijo el músico mirándolo.

—Sí... —dijo Lin Hie e hizo un silencio—. Escuche ¿sabe usted acaso lo que sucede en la nación?

—¿Por qué?

—Por lo que dijo, por la situación.

El maestro no contestó y Lin Hie agregó:

—Debemos unirnos y estar preparados, a usted le molestaría si le explico a la gente en este lugar qué sucede.

—De ninguna manera me molestaría, por el contrario, me gusta que mi taller sea un lugar de encuentros.

Jia Yi se la pasaba acostada y estudiando algo que le había regalado el traductor unos días antes de morir.

Varias veces en los meses siguientes Jia Yi se descompusó pero no permitió que Lin Hie llamara al médico. Estaba cada vez más delgada.

Una noche al llegar a la casa Lin Hie, desahuciado por el estado de su mujer, le golpearon la puerta, era el maestro de música con otro hombre.

—¿Que sucede? —preguntó sorprendido al verlos.

—Tranquilo, solamente queremos ayudarlo —dijo el maestro.

El hombre se dirigió directamente a Jia Yi:

—Esta envenenada, la están matando.

—¿Qué, por qué, no puede ser? —exclamó Lin Hie.

Salió hecho una furia a la casa del médico. No estaba. Se dirigió a lo de la matrona, tampoco estaba, ni ella ni su marido. Cuando volvió, el médico con ayuda del maestro de música le habían dado una sustancia a Jia Yi, que no paraba de vomitar.

—La cuidaremos —le dijo el hombre.

—¿Quién es usted, es médico? —preguntó Lin Hie.

—Sí, soy uno de los suyos. El otro hombre que estuvo también era médico pero él estudio en occidente.

—Me mintió, dijo que había ayudado pero que era medico ancestral —dijo Lin Hie.

—Todo lo contrario, nunca quiso nuestra medicina. Es un simple sirviente de los británicos. O del Emperador.

—Es todo muy confuso, quisiera que no hubiera tantos grises

—No sería política ni vida si no hubiera grises —aregó el músico. Pero quédese tranquilo con nuestra medicina le salvaremos la vida.

Lin Hie encaró al músico:

—¿Usted lo sabía?

El músico se queda tieso sin responder.

—El no tiene nada que ver, me enteré que ustedes estaban aquí, fue difícil hallarlos. Esta ciudad es muy grande. Me dirigí a su taller y el me trajo —respondió el médico.

—No entiendo qué pasa —dijo el músico.

—Debemos huir.

—No, ella en su estado no puede moverse, y si usted no halló al médico ni a la matrona es que ya dejaron la ciudad. —Y señalando al músico agregó—: Voy a quedarme en su casa.

Se retiraron, Lin Hie no durmió en toda la noche. De repente Jia Yi despertó, estaba envuelta en un charco de sangre. Lin Hie corrió hasta la casa del músico, no sabía en quién confiar. Desconfiaba de este hombre, del músico, de todo. Pero ante la desesperación igualmente lo llamó.

De inmediato vinieron juntos los tres. Lin Hie no se movía del lado de Jia Yi. Al rato el hombre le dijo:

—Lo siento, ha perdido al bebé.

Jia Yi entró en llanto, no había forma de consolarla. Lin Hie se abrazó a ella y también lloró. Luego de un rato se calmaron. Jia Yi quedó dormida en la habitación.

—¿Usted pertenece a la Sociedad del Loto Blanco? —preguntó Lin Hie

—¿Usted pertenece? —repreguntó el médico.

—No lo sé... creo que sí. O no...

—Esta sociedad comenzó como un movimiento de varias religiones, creencias y culturas —le explicó el médico.

—Sé de la famosa revuelta de los turbantes rojos —dijo Lin Hie.

—No sólo fuimos artífices de esa. Otras más recientes fueron planeadas y ejecutadas pero hoy día el Loto Blanco tiene distintas formaciones, distintas filas, todas con un mismo ideal pero fraccionadas y cada una con sus características. Usted es de la etnia Han, y esta sociedad fue fundada por ellos.

—Sí y me enorgullece —dijo Lin Hie—, pero yo no odio a los Manchúes.

—Y hace bien, que el Emperador sea un títere y venda nuestra nación no significa que todos los sean.

—Mi esposa es de la etnia Mosuo y es budista, y yo confucianista. Tenemos amigos que nos han ayudado de todas las etnias e incluso por lo que veo en esta sociedad hay integrantes de la etnia Hakka, Manchúes y muchas otras.

—Es verdad, actualmente la Sociedad del Loto se nutre de todos y tenemos un objetivo, quitarnos de encima a los invasores.

—Tenía entendido que esta sociedad quería quitarse de encima al Emperado —trató de entender Lin Hie.

—No, si no fuera necesario, él es Manchú. Pero ahora las cosas cambiaran, nuestra sociedad tiene como gran objetivo prohibir para siempre el opio y su tráfico. Al menos nuestra franja. Usted hago la suyo, la red está organizada, hay muchos jóvenes que se informan y siguen sus pasos. Ustedes han realizado un gran trabajo con su viaje en estos años.

Una tarde paseando observaron jinetes corriendo, todo el lugar estaba rodeado de soldados. Eran políticos jugando al máquiú, una especie de polo ancestral que jugaba solo la élite. Este juego se jugaba con jinetes que con tacos golpeaban una pelota.

El músico les había recomendado que la mejor forma de ocultarse era estando junto a ellos. Por otro lado los soldados chinos no tenían interés en Lin Hie y Jia Yi. También les llamó la atención un juego que estaban realizando mujeres, seguramente de la alta sociedad. Casi ocultas por soldados, que hacían de valla, golpeaban una pelota con unos palos que debían hacer entrar en un hoyo en la tierra. Le decían chiwan, también muy antiguo y parecido al golf.

Nunca había visto jugar estos deportes, o tal vez no le habían prestado atención. Seguramente al estar más cerca de la capital, esto se estile más, pensaban.

Luego de dos semanas Jia Yi estaba totalmente recuperada y trabajando pero su tristeza y desconsuelo eran muy grandes. Lin Hie trataba de entretenerla para amainar su tristeza y depresión, las cuales él también tenía pero intentaba no demostrar.

Caminaron y observaron la peculiar y enorme ciudad. Muchos de los pobladores eran recolectores y otros pescadores, que se dedicaban a su labor en unos largos botes con un remo trasero y una pequeña cubierta que cubría la carga.

Pero además la ciudad estaba llena de comercios e industrias. Dialogando con uno de ellos al conocer a su esposa, Jia Yi escuchó palabras en otro dialecto que de inmediato reconoció gracias a las clases que había recibido del traductor. Se preguntaba si podría hacer lo mismo con los idiomas europeos. En su interior soñaba hablar tantos idiomas como el traductor.

Jia Yi de inmediato preguntó qué dialecto era, aunque había llegado a comprender casi todas las palabras.

—Es el dialecto min —respondió el hombre—. Venimos del este, de la costa. De aquel lado de la ciudad pero no se distingue desde aquí —dijo señalando hacia el noreste.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Lin Hie.

—Huimos —respondió el joven—. Los británicos están por todas partes, raptan a las mujeres y las usan, las violan.

—Necesito que me enseñes —le dijo Jia Yi a la mujer, ella con temor respondió sí con la cabeza, no sin antes mirar a su esposo y esperar su aprobación.

—Mi esposa también sabe algo de un idioma de ellos.

—¿Sabe inglés?

—No —respondió la joven, siendo sus primeras palabras—. Mi padre era comerciante en Manila y aprendió español. Lo hablaba perfectamente. Es el idioma de los grandes comerciantes.

—Y el inglés es el de los piratas —comentó por lo bajo el marido.

—Un traductor me enseñó algo de español, inglés, francés y portugués. Pero murió y hay mucho que no entiendo.

Lin Hie continuó con las reuniones pero esta vez la selección de jóvenes la hacía el médico que había atendido a Jia Yi.

—No debemos correr riesgos, estamos muy cerca de Pekín y sus reuniones se han hecho famosas. De aquí en más todas serán a puertas cerradas y clandestinas. Aunque creo que siempre fueron así...

Mientras fueron pasando las semanas. Una mañana la mujer de aquel hombre estaba cocinando, Jia Yi observó que traía en una canasta unos cangrejos diferentes a los que ella estaba acostumbrada a cocinar. Al tratarse de un delta del Río de las Perlas en Canton era común encontrarse con cangrejos de mar, mucho más grandes, y río, además de los que traían los cosechadores de cangrejos y pescadores.

Estos cangrejos, en cambio, de agua dulce los cosechaba del río Yangtsé. Para prepararlos los lavaba, los abría y trituraba parte del mismo quitando primero las huevas. Luego filtraba ese jugo y preparaba una especie de salsa que le colocaba a los fi-

deos armados, y por encima colocaba las huevas. Nunca había visto un plato tan elaborado y de un sabor tan especial y sabroso.

—Algunos cangrejos viven entre los arrozales –comentó la mujer– pero es difícil atraparlos.

Otro día, durante una jornada de trabajo reparando el techo de su casa Jia Yi le dijo a su esposo.

—Hace más de un año que estamos aquí y todavía no fuimos a la torre.

—Vamos –contestó Lin Hie.

Así lo hicieron, era alta y tenía partes quemadas y destruidas.

—La han destruido –dijo con tristeza ella.

—Varias veces la han reparado, seguro lo harán nuevamente.

—Quiero que seas longevo y sabio –dijo Jia Yi–, e inmortal como Wang Zi'an. –Él sonrió:

—Has estudiado.

—No, hay cosas que las sabía desde antes.

—Entonces será como Fei Wenyi .

—Sí, quiero descansar como él.

—Y tú, bella y pura.

Ambos rieron

—Eso es la grulla –dijo él

Ella sonrió.

—¿Sabías que este lugar es sagrado para los taoístas, al menos para Lü Dongbin? –comentó Lin Hie con su costumbre de alardear de sus saberes

—No...

Un silencio.

—Mis antiguos amigos se despidieron del oeste, aquí en la torre de la grulla amarilla. *En la nube del tercer mes de las flores de sauce, ve a Yangzhou* –dijo declamando.

—Faltaba el poema –contestó Jia Yi riendo. Y mientras regresaban preguntó–: ¿Crees que nuestros ancestros no quieren que seamos padres?

Hubo un silencio.

—¿Crees que es mi culpa que te quisieran asesinar por llevar adelante nuestra palabra?

—De ninguna manera, no te eches la culpa, esposo mío, y en tal caso es mi decisión de ayudarte y acompañarte.

—¿Crees que sea ego?

—Creo que hacemos lo posible... No sólo llevando información, eso es fácil, lo difícil es explicar por qué suceden las cosas, y nuestra nación lo debe saber. Tal vez no tengamos hijos, lo que nos sucedió tal vez sea un designio de nuestros ancestros para que nos enfoquemos en nuestra misión... Pero los hijos de otros deben crecer en libertad y no con el yugo inglés. No es ego querer que la tierra donde uno vive sea sana. Por el contrario, aquellas personas que a la nación no mejoran, que no les importa, sí es por egoístas que son. No lo meditan, quieren su bien, el personal y no el de todos. Eso es amoral.

—Pienso mucho en nuestros padres –dijo entonces Lin Hie.

—No pienses, simplemente siente que estás con ellos como yo lo hago con mi madre y hermana. Ellos saben que estamos intentando hacer bien.

—No saben de nosotros.

—Estoy segura que tienen noticias de nosotros –le dijo Jia Yi.

En varias ocasiones pudieron disfrutar del arte del músico, mucha gente acudía a escucharlo. Cierta tarde después de trabajar comenzaron a llegar algunas personas.

—Es verdad, la música es el idioma por el cual sin entendernos nos comunicamos –reflexionó Lin Hie.

—Has transformado mi taller y lugar de música en un lugar de encuentro. Me enseñaste a enseñar lo que le sucede a nuestra nación y más que nada el compromiso que debemos asumir para ayudar a que esta mejore. Me han hecho parte de una sociedad que no sé quien dirige, ni quien es líder. Pero que tiene como primordial idea lograr que se vayan los invasores, eso es más que suficiente –le dijo el músico—. Confía en mi, continuaré con tu legado.

Prepararon su nuevo viaje, esta vez con tiempo y mejor planeado. Dejando atrás a un grupo de más cien jóvenes entusiastas que se formaban e informaban a sus pares de lo que sucedía, dando las explicaciones de la implicancia del tema.

Estaban próximos a partir cuando llegó el médico ancestral con el músico.

—Venimos a despedirnos, tengan cuidado —dijo el médico—. Este hombre que intentó envenenarla y su ayudante, la matrona, también pertenecen a una red de traficantes de opio. Me han informado que a usted también lo quisieron envenenar —agregó dirigiéndose a Lin Hie—. Tengo una lamentable noticia para darle, su mentor y maestro, acaba de morir, creemos que lo asesinó su esposa. En complicidad con sus hijas.

Lin Hie abrió los ojos sin poder creer lo que escuchaba. A Jia Yi se le caían las lágrimas.

—Y pensar que no confiaba en él...

El médico continuó:

—Jia Yi, tu intentaste curar al traductor, él nunca fue parte de nuestra red. Pero nos ayudó mucho, aunque trabajaba para quién más le pagara. Sin embargo conocía muy bien nuestros secretos, nunca supimos quién en realidad lo informaba y por qué nos ayudaba. Creemos que fue miembro del Loto Blanco pero no de los nuestros, por eso sabía de los mensajes en las telas y el jade.

Lin Hie no dijo nada.

—Él sabía que lo estaban envenenando. No sabemos quién.

—¿Quién nos recibió...? —preguntó Lin Hie.

—Hay una red de espías de los ingleses. Además los traficantes les pagan por sus trabajos sucios. No confíen en nadie, ni siquiera en lo que estoy diciendo. Vayan con cuidado pero sin temor, ya comprobaron que hay gente que los está cuidando.

—¿El hombre encapuchado que nos salvó la vida?

El médico lo observó con la boca cerrada y no le contestó.

Partieron a paso lento.

## 11. XIAOGAN

Dos días de viaje les llevó el trayecto de unos cuarenta kilómetros, seguramente por el cansancio y un poco de desánimo que hicieron que el ritmo acostumbrado de sus pasos fuera más lento. Por otra parte las últimas lluvias torrenciales monzónicas tampoco ayudaron.

Pese a que los últimos kilómetros estaban formados por una majestuosa llanura como antesala de Xiaogan. Conocida antiguamente como Jingzhou en la región Danyang. Frente a ellos un frondoso bosque rojo de metasequoyas, como preludio del otoño que se aproximaba. Árboles típicos de Shanghái que formaban grupos de arboledas claramente visibles por su color rojo ardiente.

Para adentrarse tuvieron que sortear el río Fuhe, y como en la mayoría de los casos fueron asistidos por unos pescadores que merodeaban por el lugar cerca de la orilla donde ellos llegaron. La pequeña ciudad estaba situada en la rivera del río Xianhe al sur, río Huanshui al oeste y varios riachos, arroyos y lagunas. Al noroeste una zona montañosa que se divisaba desde lejos y ya les preocupaba a la viajante pareja para cuando decidieran continuar. Al noreste unas sierras mucho más bajas.

—¿Piensas lo que yo? —dijo Lin Hie señalando las sierras bajas del noreste.

—Sí, las estaba mirando, iremos por ahí —respondió Jia Yi.

Como en todos los sitios y a cada uno de los pasos dados en el viaje, el paisaje deslumbraba. Aunque por momentos ellos no reparaban en semejante belleza. El terreno para llegar esta vez no se les hizo tan difícil dado que la última parte lo realizaron a través de la llanura del sur. Marcando muy bien en el mapa que Jia Yi venía confeccionado. Y que comparaba constantemente con unos mapas bastante actualizados que había conseguido en Wuhan. El arribo fue a finales julio y principios de agosto por lo tanto la temporada de lluvias torrenciales mermaba e iba terminado.

Les habían advertido que era la ciudad natal de la piedad filial. Podrían apreciar la festividad que se llevaría a cabo el séptimo día del séptimo mes lunar. Festividad del amor y respeto hacia los padres y ancestros. Jia Yi había prestado mucha atención al tema pese a ser de un valor confuciano clave inspirado en la leyenda Dong Yong, de la doncella celestial. Que, según se contaba de generación en generación, era famosa por narrar que un pescador encontró un manto de plumas que debía devolverle a un hada. Sin el manto ella no podía volar, siendo ambos desterrados y dispuestos a orillas opuestas del Río Celestial, que era simbolizado por la Vía Láctea. El emperador de Jade, el padre de ella, obser-

vando tanto amor que se tenían, fue quien les permitió verse una vez al año, la séptima noche del séptimo mes lunar.

La fiesta se llevaría a cabo en el mes de agosto el séptimo día. El festival qixi o qiqiao, Simbolizaba también el encuentro Zhinü, donde la tejedora, representada por la estrella Vega en occidente, y el vaquero, por la estrella Altair también en occidente. Llamadas también Niu Lang y Zhi Nü.

De inmediato conocieron una familia muy amable que llevaba frutas y verduras de su propio pequeño cultivo para vender en el pueblo.

La ciudad era netamente agrícola. Cultivaban arroz, algodón y colza, que utilizaban para hacer aceite.

—Cerca de la tierra de mi familia se celebra la fiesta tradicional de Xiannv. Estaremos llenos de fiestas –dijo sonriendo Jia Yi.

—¿Y qué festejamos? –preguntó Lin Hie.

—Bailamos solamente las mujeres –dijo ella sonriendo.

Él no dijo nada.

—El amor... –agregó Jia Yi-. Toda fiesta está relacionada al amor, de cualquier tipo, pero amor...

De inmediato buscaron un lugar donde alojarse y a la mañana siguiente se dedicaron a encontrar algún tipo de trabajo. Fue el mismo matrimonio que vendía frutas el que les consiguió un lugar para dormir junto a su casa y les presentó a un herrero hermano del hombre, unos años menor.

Algunos de los habitantes hablaban el dialecto wu, shanghaiés. Era un dialecto del norte. Al ir acercándose a Pekín veían más habitantes de zonas lejanas a Cantón e iban conociendo otros dialectos.

Lin Hie comenzó a trabajar e hizo una buena relación con su patrón. Ella consiguió trabajo rural con mujeres campesinas. Cuando tenían tiempo recorrían los lugares donde encontraban más pobladores con aún más dialectos.

Durante un almuerzo compartido con la familia del hombre que los había recibido, se encontraba presente su hermano menor, el herrero, su esposa, padres y suegros. En un momento un hombre de unos ochenta años comenzó a tocar un xun. No lo tocaba muy

bien, se notaba que no era un experto, era un simple aficionado. El instrumento de viento, que era muy conocido, puesto que también lo ejecutaba el músico de Wuhan pero lo que les sorprendió a Lin Hie y Jia Yi fue que en un momento el hombre se retiró a unos metros de distancia, veinte aproximadamente, y comenzó a cantar.

—*Solo en la montaña, veo las nubes que se acercan y se tornan negras. Solo en la montaña el viento las lleva...* —La voz era parte del gemido del viento, no era una voz, era parte de la naturaleza. Volvió a ejecutar su xun, y el sonido que emitía era parte del zumbido del viento. El hombre no lo hacía como medio de vida, solo como entretenimiento.

Las mujeres prepararon el almuerzo y Jia Yi estuvo atenta a aprender las nuevas recetas, almorzaron fideos de pescado yunmeng y bebieron vino de arroz y dulce de sésamo. La madre del dueño de la herrería, anciana ella que compartía la mesa con ellos, se puso de pie. Tomó una tela roja y se la ató en la cintura y comenzó a danzar.

—Es un baile del norte llamado yangee —comentó la esposa del dueño de la casa. Jia Yi estaba sorprendida y extasiada.

Al otro día fueron hasta las montañas Shuangfeng, Jia Yi fue la que insistió. Sentía que ese pueblo, ese lugar, le daba una energía distinta. Desde que había llegado se le había pasado la tristeza por el embarazo perdido y había recobrado fuerzas, fe y tenacidad.

Para Lin Hie trabajar en herrería de metales era algo nuevo, lo que lo entusiasmaba. Aprendía rápido y tenía mucha habilidad. Conoció los secretos del latón, cobre, bronce y hierro. Lo primero que aprendió a hacer fue estribos para jinetes y pronto su patrón le enseñó la vieja tradición que traía de la dinastía Ming, sus antepasados, de golpear hierro fundido haciendo saltar chispas para festejar las cosechas y pedir paz.

Jia Yi aquí no encontró lugar ni espacio para poder hablar de los asuntos de la nación, las campesinas apenas le dirigían la palabra, por lo tanto para no ser descortés se limitó a contarles a las mujeres de la familia. En cambio Lin Hie se las arregló y en el fondo de donde vivían realizó algunas reuniones. Aquí la gente estaba muy al tanto de lo que sucedía, seguramente por la cercanía a la capital.

Al pasar los meses pudieron disfrutar de las celebraciones del festival del amor, Lin Hie le regaló flores a Jia Yi. Por unos días la pareja volvió a revivir la sensación de estar enamorados. Se dieron cuenta que ante tantos avatares durante el viaje no habían tenido tiempo para romanticismo.

Las comidas compartidas con el agricultor y su esposa se habían tornado habituales, generalmente el almuerzo. Un día el agricultor esperó a que su mujer y Jia Yi se retirasen y le preguntó a Lin Hie qué eran esas reuniones que estaba llevando a cabo con jóvenes.

Lin Hie le explicó a lo cual el hombre le recriminó que no lo había invitado.

—Usted es mayor y su madre muy anciana. Nos han querido asesinar, no quería comprometerlo y ponerlo en peligro. Usted me comentó que no tenía hijos, nadie los protege.

—Por eso mismo, más aún deberías habernos invitado, no sólo a mi. También a mi mujer y mi madre, mi suegro...

Lin Hie sonrió:

—Su madre es muy anciana y débil.

—Lin Hie, no sólo te hice dar trabajo, te he prestado mi casa que tengo junto al taller para que vivan más cómodos y cerca. Como no tengo hijos, te trato como si lo fueras y hace tan sólo seis meses que te conozco. A alguien debo dejarle esto...

—No, es un honor para mí. Pero dinero no nos falta.

—De eso ya me di cuenta, eres culto y se nota que vienes de buena familia. —Lin Hie bajó la cabeza—. Sin embargo aprendes rápido, ya casi eres un experto, nadie aprende tan ligero este oficio. He preguntado, porque tampoco soy tonto, y desde Cantón aquí has trabajado siempre en zuófáng, la fábricas pequeñas familiares. Mucha gente los conoce, dicen que andas divulgando lo que sucede con el opio y los ingleses, ¿es verdad?

—Sí... pero nosotros también desconfiamos de los desconocidos —dijo Lin Hie justificándose.

—Entiendo, y lo bien que hacen, —Y luego de un silencio le preguntó—: Si tienes dinero, ¿para que trabajas?

—Para que no se me acabe —dijo Lin Hie sonriendo—, y cuando llegue a Pekín podré instalar una fábrica como la de mi padre y hacerlos traer.

—El dinero es importante para vivir pero en demasía es malo. Separa familias, desune matrimonios, crea intereses —le dijo el hombre—. Sé generoso, cuando te sobre dinero regala, no guardes demasiado, solamente un poco. Si guardas demasiado los que te rodean estarán esperando a que mueras para quedarse con una parte... Gasta el dinero en cosas importantes, no en lujo, no en cosas superficiales. Cosas importantes, me refiero a compartir banquetes con familia y amigos. Invita a los pobres a tu casa, a los que no te pueden ayudar en nada, a los que no tienen conexiones con el poder. Invita a tu casa a los que tienen enfermedades del cuerpo, que no pueden pensar, discernir o no pueden caminar. Invita a esa gente que no te puede beneficiar en nada. Que solamente es buena gente. Compartir la mesa de tu casa con un plato de algo, es más que suficiente. Eso une a la gente, sella un vínculo. —Y terminó diciendo—: Compartir la comida es uno de los actos más importantes. Sé simple, no seas complicado para poder tener un buen matrimonio y dar buenos ejemplos a tus hijos.

Lin Hie no contestó.

—No tienes hijos...

—No... —dijo Lin Hie.

—Pues hay muchos niños sin padres que necesitan, fíjate qué puedes hacer. Trata de nunca alejarte de tu mujer, no quieras poder, sé feliz, con buenos amigos y con tu familia. Mientras menos lujo, más felicidad. Vive con una casa, un trabajo, cómoda y un buen caballo. Todo lo demás es exceso. Mantén tus ideales y sé inquebrantable en tus principios morales y éticos —dijo el hombre serenamente.

Lin Hie se despidió del viejo, se había enterado de la gente que había ayudado y que muchos de los que trabajaron con él habían sido rescatados.

*¿Cómo un hombre podía ser tan bueno? Se fue a dormir sintiendo que él en realidad no era tan buena persona ni tan idealista, o si...*

Un par de días después, durante la noche mientras dormían el patrón, el hermano menor, el herrero los despierta asustado.

—¡Deben irse, despierten deben irse ya!, mi hermano me dijo que los están buscando y los quieren asesinar.

—¿Los ingleses?

—No, los soldados del Eemperador, creen que ustedes son parte de una conspiración para asesinarlo.

—¿Qué? ¡No, nunca!

De inmediato tomaron lo poco que pudieron y huyeron a través del tupido bosque.

Otra vez tuvieron que huir casi sin poder prepararse. Algunos víveres, los dos caballos y la yegua.

A unos veinte kilómetros de haber abandonado la ciudad escucharon el galope de un caballo detrás de ellos, a un kilómetro aproximadamente por el volumen del sonido, la maleza y el bosque los cubría y protegía. De inmediato se ocultaron. Calmaron a la yegua y los dos caballos. No lograban ver nada por la oscuridad y la espesura del bosque. De repente el ruido detrás de ellos se hizo más fuerte, Jia Yi se asustó y pegó un grito, Lin Hie que tenía su daga en la mano busca en la oscuridad para defenderse. Un hombre se le apareció:

—Tranquilo, soy amigo. Vengo a ayudarlos, les están preparando una emboscada más adelante.

—¿Quién es usted?

—Un mensajero, también pertenezco a la sociedad pero otra franja —dijo el hombre desde arriba del caballo.

Ambos se mantenían en guardia, no confiaban en él.

—Mire —dijo y sacó una tela similar a la de ellos.

Lin Hie se acercó con sumo cuidado, la tomó, la abrió y observó con detenimiento pese a la oscuridad. Era parecida pero no igual.

—No es igual.

—Le dije, soy de otra franja. No deben seguir por este camino.

—No podemos ir por las montañas altas —dijo Lin Hie.

—Nadie habla de ir por ahí, es imposible —contestó el hombre.

—Intentamos hacer senderos nuevos pero en esta parte hay riscos infranqueables.

—Sí, lo sé.

—Bien, los guiaré por donde podemos pasar —dijo el hombre avanzando por delante de ellos con el caballo. El matrimonio se quedó quieto. El mensajero se volvió:

—¡Vamos, no tenemos tiempo que perder! Desde la sierra, ya lo verán.

—¿A quién? —preguntó Lin Hie.

—Nuestros enemigos —respondió el hombre.

—No, quiero un nombre, una persona —insistió Lin Hie.

—Usted no puede pretender nombres, usted es sólo un eslabón de lo que algún día haremos.

—Y también mi mujer.

—Aquí no hay preguntas ni tratos. Debemos cumplir con nuestros deberes —les dijo el hombre.

Lin Hie lo observó y notó que tenía coleta. Eso lo hizo dudar aún más.

—¿Para quienes trabajamos?

—Para la nación —contestó el hombre.

—¿Qué, para el emperador? No me haga reír si me está diciendo que creen que somos parte de una conspiración contra él —dijo Lin Hie.

—Usted cree saber porque es maestro y viene de una familia acomodada. Usted cree que sabe porque lee y da la información que nosotros le hacemos llegar para que le llegue a la gente. Explicando para que entiendan porqué pasan las cosas y a qué puede llevarnos. Todo lo que usted dice que enseña es porque nosotros se lo entregamos. ¿Pero acaso sabe si es verdad todo lo que le llega? ¿Nunca pensó que todo puede ser una conspiración y usted es un simple estúpido trabajando para los ingleses?

Lin Hie sonrió:

—No puede ser, es una mentira.

—¿Está seguro? Hace años que vienen viajando y nunca habló con ningún mandarín, huye de los soldados de su Majestad Celestial, no sabe lo que pasa. Evita ir a los centros de las grandes ciudades. Cree que lo quieren asesinar, ¿y si es todo una gran farsa, nunca se lo preguntó, usted que se cree tan listo? —continuó el hombre—. Nunca pensó o imaginó que nunca lo quisieron asesinar. ¿Acaso piensa que si lo querían matar no lo hubieran hecho?

Lin Hie se quedó serio, el rostro le cambió, el rostro de espanto. Mientras se planteaba lo que decía hizo una memoria rápida de todo lo vivido. No podía ser pero debía verificar. Este hombre le había clavado la peor de las intrigas.

El hombre empezó a andar lento delante de ellos con su caballo, lo siguieron como a unos siete metros.

Se detuvo para esperarlos y se ubicó a la par de Lin Hie, Jia Yi iba detrás de ellos.

—Ya el emperador Jiaqing (Yongyan), intentó frenar el contrabando del opio que envenena a nuestra nación. Sin embargo el emperador Daoguang (Mianning), no lo hizo con tanto empeño, su mayor éxito fue prohibir las religiones de la cruz a los europeos.

Un silencio y a modo de reflexión continua.

—Desde que comenzaron su viaje ya pasaron tres emperadores. Daoguang, Xianfeng y Tongzhi y nada mejoró, por el contrario todo fue empeorando. Terminaron gobernando la emperatriz Cixi-Ci-an y el príncipe Yixin que era su regente. ¿Acaso usted sabe que el Emperador murió envenenado por el opio? El propio Emperador... Sí, él mismo consumía grandes cantidades. Cuando se produjo el asalto a la Ciudad Prohibida la familia del emperador huyó a Yeol donde se encuentra la residencia de caza.

—Bueno en tal caso fue su decisión —le dijo Lin Hie

—¡No le permito! Faltar respeto a su Alteza Celestial, usted no es nadie para juzgar. Este veneno se mete en la sangre, en los espíritus, en la mente...

—Calla, —dijo interrumpiendo Jia Yi—. ¿Cómo puedes olvidarte de tu amigo?

—Dicen que usted es una persona culta pero a mi me parece que repite lo que leyó sin analizar. Cree que hace pensar a quienes lo escuchan pero sólo analizan lo que usted les dice. Además que usted vaya esparciendo las noticias e intentando, creo, que se interpreten no quiere decir que sepa los entretelones dentro del palacio y los intereses... El asalto a Pekín en octubre de 1860 de parte de los ingleses, franceses y estadounidenses destruyó nuestra nación. Su Majestad Celestial el Emperador Tongzhi, dicen que es un obstinado pero como es un joven, no reina. Lo hace su madre la Emperatriz Cixi.

Continuaron una hora en silencio a paso muy lento hasta que el hombre les dijo:

—Bajen, de aquí en más seguiremos a pie. Aten a los animales en ese árbol. Dejen aquí a estos animales, no es muy lejos.

Continuaron cuesta arriba de una de las sierras por donde venían, el camino se divisaba desde arriba. Era un pequeño callejón que se formaba a modo de quebrada pero muy angosto y cubierta de espesa vegetación a ambos lados. Desde abajo era imposible darse cuenta que a menos de veinte metros de ambos costados dos paredes en forma de acantilado se estrechaban formando un pasillo.

—Hagan silencio, arrástrense.

Lo hicieron por unos cien metros hasta llegar a un pequeño risco de no más de treinta metros de altura pero con un corte abrupto.

—Ahí están —dijo el hombre.

—No veo nada —respondió Lin Hie.

—Observe a unos metros del camino, verá un brillo. Ese es uno de los hombres.

—¿Y qué haremos?

—Matarlos. Son tres, no será difícil. Yo me encargaré de dos, el otro va a huir hacia el sur, cuando lo vean lo matan.

—Pero no... —quiso decir algo Lin Hie.

—Usted no entiende nada, es muy estúpido. Si no los matamos es peor. Deben pensar que la organización está fuertemente armada. Además van a perder tiempo en esperar a que vuelvan y no van a saber nada de ustedes. Ustedes deben caminar entre las sombras, que nadie los vea, que nadie sepa de ustedes. —Miró a Jia Yi—: Mujer, quédese aquí y no haga ruido.

—No me diga lo que tengo que hacer, si tengo que dar la vida por mi esposo será lo que deba ser.

El hombre la vio muy determinada, no quiso contestar.

—Son tres, usted quédese a cincuenta metros adelante, alguno de ellos va a querer escapar, no lo piense, cuando se encuentren cerca suyo lo liquida.

Lin Hie se dirigió hacia adelante, bajó con cuidado el risco, Jia Yi iba detrás de él. Perdió de vista al hombre, casi ciego se apostó a unos cincuenta metros adelante, escondido entre unos espesos arbustos pero aún desde allí no veían nada.

A los lejos se escucharon ruidos y quejidos.

—Ahí está —gritó una voz. Otro quejido. De repente un estruendo en medio del silencio de la oscura noche, a lo lejos un fogonazo. Un disparo sórdido y seco. Entre las sombras un hombre

corrió hacia Lin Hie y su mujer. Jia Yi se asustó. Lin Hie no podía distinguirlo bien, sólo una sombra que corría hacia él pero tenía miedo que fuera el hombre. A unos dos metros vió a un hombre inmenso, no lo pensó, cuando pasó por su lado y entre las ramas le clavó su cuchillo en el vientre. El hombre hizo un quejido y cayó muerto. Atrás caminando venía el hombre con un arma larga en la mano, era un fusil Manié. Llegó hasta ellos dos.

—No eran tres, eran cuatro —dijo sonriendo—. Cada vez mandan más. Ya está debemos hacerlos desaparecer —Lin Hie y su mujer no decían nada. Lo observaron bien, estaba lleno de sangre—. ¿Qué les sucede? Tome, se lo obsequio, me lo regaló un español porque le salve la vida —y entonces cayó muerto.

Se quedaron atónitos, no lo podían creer.

—¿Qué haremos ahora? —exclamó Jia Yi

Lin Hie observaba al hombre muerto arrodillado junto a él. Levantó la cabeza, miró a su mujer y con gesto de no dar importancia al hecho, se encogió de hombros.

—Esconderlo a él y a los otros como dijo que debíamos hacer.

—Debemos enterrarlos aunque sea con piedras por los animales —respondió ella.

Así lo hicieron, mientras no hablaban. Ocultaron los cinco cuerpos con tierra, piedras, hojas, ramas y hasta troncos, dado que no contaban con una pala para cavar.

—¿Qué piensas, no hablas? —inquirió Jia Yi.

—No sé qué pensar, no confiaba en él... ¿y si en tal caso él era el que mentía?

—Pero lo mataron.

—¿Y si los otros eran los buenos...? —dijo Lin Hie.

—¿Qué es ser bueno aquí, quien es bueno o malo? Aquí no hay buenos, es todo una locura... —dijo Jia Yi angustiada.

—Tranquila, no perdamos el equilibrio. Los ingleses deben irse, ellos trajeron el opio y quieren quedarse con todo lo nuestro, ellos son los malos. Y los franceses y estadounidenses. Y en tal caso nuestros compatriotas que los ayudan y nos traicionan —reflexionó Lin Hie.

Ella lo miró esperando más.

—Y si nuestro gobierno nos traiciona como pueblo, también es enemigo —afirmó entonces Jia Yi.

—Pero en tal caso debemos comprobar qué grado de responsabilidad tiene nuestro gobierno.

Tomaron sus caballos y continuaron por el camino original hasta la antigua ciudad de Xinyang a unos 180 kilómetros al norte.

El camino que encontraron a su paso era de sierras de no más de 400 metros de altura, aunque a lo lejos se podían ver algunas más altas. Por momentos el bosque se hacía espeso con altos bambúes y robles. Algunos árboles de corcho que habían sido traídos por los europeos y en varios lugares había asentamientos con largas distancias de terrazas sembradas con arroz y té. En el horizonte se movían las siluetas de mujeres y niños trabajando en ellas con los pies en el agua. Las sierras, pertenecientes a las montañas Dabie, al no ser demasiado altas ni empinadas eran perfectas para construir terrazas.

Durante un trecho del camino caminaron junto a la rivera del río Huanshui y para llegar hasta la ciudad debieron cruzar el río Shihe, dado que se encontraron con un gran bañado al oeste. Casi cuatro días les llevó poder llegar a esta antigua y bella ciudad.

## **12. XINYANG, 1871**

De inmediato al llegar buscaron, como en cada arribo a una ciudad, pueblo o asentamiento nuevo, dónde poder vivir y trabajar. Primero la recorrieron lo más posible intentando conocer los lugares. Atentos a las miradas y actitudes extrañas. Evitaron el centro de la ciudad, donde siempre solía haber soldados.

Esta observación era más que nada para tener registro de los lugares importantes según sus necesidades. También por dónde se podrían dar emboscadas y vías de escape. Puesto que Jia Yi tenía gran capacidad para dibujar y trazar un mapa, ahora graficaba sobre un papel, y otro mapa en otro papel muy transparente que tenía. De esa forma contaba con varias rutas superpuestas y lugares marcados. Es decir sin haber estudiado se las había ingeniado para trazar un mapa físico y otro político los cuales superponía.

Sabían que había gente que quería terminar con ellos y otros que los perseguían para arrestarlos. Todo cuidado era más que necesario. Aunque sabían perfectamente que todas eran órdenes no

oficiales. Los soldados de su Majestad Imperial si lo hacían oficial le darían una trascendencia que de ninguna manera estaban dispuestos a concederles. Y por otro lado los ingleses no los querían convertir en mártires, que de inmediato los transformaría en héroes. Aunque todo esto eran solo conclusiones de ellos, pues al no tener información directa de lo que sucedía con quienes rodeaban al Emperador y menos aún con los británicos, todo era azaroso.

Lin Hie era muy cuidadoso e intentaba siempre adelantarse a los hechos y contar con varios planes alternativos de escape, evasión, vivienda y hasta del propio trabajo. Dejaron los caballos donde un herrero, no solo para cambiar las herraduras, sino para arreglar los estribos. Mientras reconocían el lugar ambos con sombreros de arroz (kasa) un-döu'. Colocados bien abajo y un poco más grande de lo debido, para ocultar sus rostros.

Estaban en alerta constante, temían por sus vidas, sin embargo a lo largo de los años y el camino, su valentía había crecido y el temor a la muerte se fue desvaneciendo. Lin Hie temía más que por la vida de su mujer, que la capturaran. Sabía que los ingleses la violarían y luego la tirarían al mar. Pero si lo tomaban prisionera los soldados y sospechaban que tramaban algo contra el Emperador la torturarían para que delate, algo que ella no podría delatar por el sólo hecho de desconocer. La Emperatriz había tomado fama de persona dura y cruel, más aún con las propias mujeres. Jia Yi nunca había dicho nada pero había tomado la determinación de que si la atrapaban y querían hacerle algo ella misma acabaría con su vida. Sea quién sea que lograra dar con ella. Pero esto no se lo podía decir a su marido, solamente con presentirlo no continuaría con su largo peregrinar.

Mientras caminaban preguntaban dónde trabajar, en un lado y en otro. Parecía que en esta ciudad no lo lograrían tan fácilmente.

—Sabes, ya hace más de diez años que partimos de casa —dijo Jia Yi.

Lin Hie la miró sin contestar.

—Nuestros padres, ¿qué habrá sido de ellos? —dijo entonces.

Ella no dijo más nada hasta un rato más tarde.

—No quieres saber. Si quisieras, habrías hecho que alguno de los mensajeros los contacte para tener noticias de ellos. Te pasa lo que a mí, temes lo peor y no quieres saberlo en realidad.

—Recuerda que nos dijeron que sería más peligroso para ellos —respondió él.

—Pero luego comprobaste que la mitad de lo que nos dijeron y sucedió fueron mentiras y trampas. Y te conozco lo suficiente para saber que si hubieses querido, hubieras sabido de ellos de alguna manera. Tu temor es comprobar que hayan muerto —insistió Jia Yi.

Lin Hie no contestó.

Se resistían una vez más a terminar trabajando en los campos, aunque por otro lado era tierra fértil para dialogar con los campesinos, dado el descontento generalizado por algunos de los impuestos. Se sabía de grandes productores con grandes ganancias que tributaban con lingotes de plata. Pero los menos afortunados se sentían asfixiados por los impuestos.

La idea de Lin Hie era otra, lo que quería era convencer a los estudiantes, sentía que los jóvenes tenían nuevas ideas y su descontento era mucho más contestatario que el de los campesinos y obreros. Al menos era lo que él suponía. Si bien la dificultad era que en muchos asentamientos los jóvenes no estudiaban, desde niños trabajaban en las plantaciones.

Así fue como luego de dos días de dormir como vagabundos pudieron encontrar alojamiento en la periferia de la ciudad y trabajo en los cercanos campos de arroz construidos en terrazas. Jia Yi comenzó a trabajar en los arrozales en cambio Lin Hie en los cultivos de té.

Conoció a un hombre joven que su familia cultivaba té desde hacía más de ocho generaciones. Pese al tiempo no era una familia de grandes recursos pero sí de ideas nuevas. Cultivaban té y lo comercializaban como té negro, negándose su padre, quién dirigía el lugar, rotundamente a venderle a los ingleses. Situación esta que les hacía perder muchísimo dinero.

Lin Hie no tuvo en los primeros días oportunidad de hablar con el padre del joven que le había dado trabajo pero presentía sus ideales y ansiaba conocerlo.

Su hijo había comenzado a cultivar té Maojin, (Yu Maofeng), un té verde que su abuelo había traído del centro de China. Siendo un anciano, el hombre plantó a los pequeños árboles quedando dispues-

to en un lugar fuera de producción. Su padre se había concentrado en capitalizar el lugar y ahora el nieto con otras ideas, menos prejuicios y con las ansias de ganar mucho dinero, había decidido reflotar la antigua idea de su abuelo. Estaba seguro que sería el mejor té de china, o al menos así lo pretendía. Contaba con recursos económicos y algo muy importante a su favor, el clima. Pues eran condiciones perfectas para su cultivo ya que era templado. El momento del arribo de la pareja a la ciudad fue justo en el inicio de la primavera, cuando se cultivaban en abril las mejores hojas, estilo Yu Qian.

Pronto se encontró charlando con los trabajadores. Al principio no mostraban confianza en este nuevo compañero, aunque la desconfianza era mutua. Lin Hie desconfiaba más según se iba acercando a la Ciudad Prohibida y según pasaban los años.

Pero una vez entrados en confianza demostraron su disconformidad con el patrón, no tanto con el padre, si no con el hijo. Más que nada los más viejos, que lo comparaban con el padre. Pues decían que los trataba mucho mejor, pagaba más y les otorgaba ciertos beneficios que el hijo no les brindaba.

De inmediato Lin Hie armó un grupo, con cuidado, seleccionando y buscando un escondite donde reunirse, intentó que fuera secreto, invitaba en forma privada y les hacía jurar que no contarían nada a nadie. Las reuniones las inició durante la noche y en las afueras, en el bosque de cañaverales, ocultos y cada vez que se reunían lo hacían en un lugar distinto.

Luego de cuatro meses de reuniones, un joven, hijo de uno de los trabajadores del té, que a su vez trabajaba en un comercio de comidas en el centro de la ciudad, planteó una disyuntiva. Comentó que trabaja en el centro en un negocio que producía alimentos y que su deseo era estudiar, no sabía qué pero quería estudiar.

—Sabemos qué pasa en Pekín, sabemos lo que hacen los ingleses y sus socios, lo que no entendemos es por qué su Majestad Celestial lo permite —terminó bajando la voz y casi avergonzado.

—Tal vez esté amenazado y por eso no lo pueda evitar —le contestó un campesino.

—Entonces no lo sabemos...

—Pues deberíamos conocer a alguien que esté cerca de los mandarines para saber por qué —añadió otro campesino más joven.

—Eso sería espionaje —agregó Lin Hie.

—¿Pero quién tiene acceso a la Ciudad Prohibida? —preguntó entonces otro.

—Siempre hay algunos mandarines que se pueden comprar —dijo el primer joven que lanzó la pregunta.

—Se necesita mucho dinero para comprar información. Y siempre está el riesgo de que luego de cobrar diga una mentira y te atrapen, y te cuelguen —interrumpió otro.

—¡Ya el principio del razonamiento es nefasto! —exclamó Lin Hie indignado—. Admitir que se puede comprar a los mandarines es confirmar que la corrupción es moneda corriente, Y ese, justamente, es el principio de todos los males —dijo enérgico y muy enojado.

El primer joven que estaba sentado se puso de pie:

—Y negarlo es de un inocente que siempre vivió un estrato social al cual nunca le faltó nada y sobró todo.

Lin hie lo observó con dolor ante esas palabras hirientes, se escuchó un murmullo entre el cañaverl. —No le faltó el respeto maestro —agregó el joven—. Simplemente digo la verdad, debemos admitir que tenemos un gobierno corrupto, no todos, pero sí la mayoría. Que los dueños de las industrias son tan corruptos como ellos y la mayoría de los comerciantes también. Si no existiera esa red de corrupción jamás se hubiera extendido así el opio.

Todos observaron a Lin Hie esperando una respuesta.

Los observó a todos, no tenía palabras para contestar y menos aún argumentos. Sabía que el joven tenía razón pero se negaba a pensar que la mayoría de los políticos fueran corruptos. Y en tal caso si los comerciantes y los industriales lo eran, era porque la cabeza, los líderes, los políticos, lo eran. Quienes deberían ser el ejemplo eran los peores. Afirmar todo eso era aprobar la idea de que el tipo de gobierno debería cambiar de raíz. Y Lin Hie en su interior creía, sentía, que mucho de lo llevado a cabo por los emperadores era bueno. No todo era malo, a través del tiempo hubo progreso y mejoras en miles de años. ¿Por qué acaso ahora no podría haber uno igual de bueno?

Bajó la cabeza y asintió con un gesto de resignación.

—Tal vez tenga razón —dijo en voz baja.

Un silencio sepulcral.

—¿Y entonces...? —agregó el joven impulsivo.

—Pues entonces comencemos a buscar quien tiene llegada a la Ciudad Prohibida, a alguno de los mandarines —dijo Lin Hie y agregó—: Cuando comencé mi viaje solamente informaba, luego inicié la toma de conciencia, más tarde entablé las fundamentaciones y consecuencias. Hace poco años emprendí la búsqueda de agentes multiplicadores y coordinadores de estas reuniones y estoy en el sueño de que surja, tal vez entre ustedes mismos, un líder que nos convoque, uno que sea ejemplo y luche por nuestra nación para un futuro igualitario y progreso.

Nadie respondió.

Se retiraron entre los cañaverales. El joven, avergonzado, se le acerca a Lin Hie.

—Maestro, disculpe mi interrupción y atrevimiento.

Lin Hie lo observó, se vio en él de joven.

—Tiene razón, debemos renovar nuestra forma de gobernar —le dijo—. ¿Y dime a qué te dedicas?

—Comercializo con el té. Pero leo y estudio mucho solo, cuando tengo tiempo. Mi padre estaba en la reunión. Es uno de los campesinos. Yo tengo la suerte de trabajar como vendedor.

—¿Y qué estudias?

—Nada formal... Simplemente leo mucho. Aprendí a leer con un maestro que nos enseñaba en un patio grande. Estoy en contra del opio y que nuestra nación esté invadida. Me enteré que hay colonias en otras regiones lejanas, y nosotros ya somos una más.

—Todavía no... —respondió pensativo, intentando no resignarse, Lin Hie—.

—Nuestra nación tiene muchas etnias y minorías. La única forma de conseguir quitarnos de encima a los ingleses es que tengamos un líder que cumpla con los intereses básicos de todas las etnias. Ustedes viajaron, deben saber cual es el patrón común —le dijo el joven.

—Has leído, si quieres me dices el nombre de cada una —dijo Lin Hie. Recordando su primera lección fatídica con su viejo maestro.

El joven no contestó, lo tomó como una provocación.

—Es muy grande la nación y muy diferentes las necesidades —dijo entonces Lin Hie.

—No, debe haber dos o tres necesidades que sean común a todos, algo. Un deseo, una urgencia... y que no sea económico.

—Independencia, libertad —expresó Lin Hie.

—Exacto, sólo eso... En eso nos debemos enfocar. —Y tras un silencio agregó—: Las etnias son, Han, Zhuang, Hui, Uigur, Miao, Manchu, Yi, Tujia, Mongol...

—¡Cállate! —No lo dejó continuar—. No te pedí que me las dijeras, no te estoy evaluando.

—Si quiere le dicto otras, Gejia, bajia, Deng —siguió el joven provocador.

—¡Basta! Si quieres impresionarme no lo harás así. —Recordó lo ridículo que fue cuando le quiso demostrar a su maestro que había estudiado dictándole de memoria las dinastías. Sonrió.

—No me gusta que se rían de mí —dijo el joven.

—Todo lo contrario, me río de mí. Me has hecho acordar lo arrogante que fuí y me he avergonzado de mí mismo.

Lin Hie contaba con mucho dinero desde un primer momento, desde el día que partieron de Cantón. Ni siquiera Jia Yi sabía cuanto llevaba, ella había visto sólo una parte, de hecho si hubiera querido podrían nunca haber trabajado ninguno de los dos. Pero no estaba dispuesto a sacrificarlo por una causa. Quería que las cosas se dieran naturalmente. Sin embargo poco se había percatado de que las reuniones cada vez se hacían más iracundas. En esta oportunidad casi no la pudo manejar.

Las reuniones estaban tomando vida propia, la efervescencia de los debates se hacían más enérgicos e intensos. Era obvio que se estaba generando un monstruo, tal vez un gigante que él mismo se preguntaba si podría manejar, detener, o se le vendría en contra.

*Uno puede cuidar una fiera salvaje de pequeña pero no sabe cómo va a reaccionar de grande por sus propios instintos, se decía.*

Luego de haberse despedido del joven, caminando a su casa, se le acercó un hombre. Se presentó y le solicitó participar en las reuniones.

—¿Cómo se enteró?

—Los vi, estaba cerca y escuché. Y me interesa —Lin Hie no confiaba en absoluto, pero no le quedaba otra que arriesgarse.

De inmediato le contó quién era y algo de su vida mientras caminaban en la oscuridad. Era un viejo que venía del oeste, no muy lejos de Jiangxi, que hablaba en dialecto gan. Estaba casado con una mujer del noroeste de Aksu. A Lin Hie le llamó la atención que dos personas de lugares tan lejanos hayan logrado conocerse y formar una familia.

—Ella viajó con su familia, es una zona de conflictos. Hace muchos años hubo una rebelión, el Emperador mandó a los manchúes y cuando derrotaron a el Kanato Dzungar y capturaron al Kan. Hubo una rebelión en las montañas Tian. Por eso su familia viajó para el este durante generaciones.

—¿Dónde se conocieron? —preguntó Lin Hie curioso.

—Aquí nos conocimos.

Caminaron juntos, Lin Hie no quería que supiera donde vivía, temía por su esposa.

—Sé dónde vive, tranquilo, confíe en mí. Usted vive a dos casas de la mía pero nunca reparó en mí, en cambio yo sí en usted.

No le quedó otra que continuar, al ir aproximándose salió una mujer, era la esposa del hombre que los recibió. Y tras ella Yia Ji, a dos casas más. Los cuatro se detuvieron y se presentaron sólo con los nombres. La mujer tenía un acento nunca oído por ellos, de inmediato Jia Yi le preguntó.

—Mis ancestros eran de la ciudad de Gumo, cerca de Nan. Mis ancestros eran del reinado Guo. Mi lengua es del oeste.

—Sí, alguna vez oí hablar de ella. Mi madre conoce esa lengua.

Era una lengua túrquica proveniente de Eurasia y distribuida solamente en el oeste de China, su sonido era muy diferente, cosa que le atraía aún más a Jia Yi. Ella no podía con la tentación innata de saber todo idioma, tal vez no era lo suficientemente consciente del don único que llevaba consigo.

Mientras tanto a casi mil kilómetros al norte, dentro de la Ciudad Prohibida, dos mandarines hablaban en voz baja. Se acercó a ellos un oficial del ejército.

—Se están armando fracciones de obreros y campesinos que quieren asesinar a su Majestad Celestial —comentó el oficial en voz baja—. Son del Loto Blanco.

—Sí, lo sabemos —respondió uno de los mandarines. Y agregó—, debemos allanarles el camino y luego colgarlos por traidores... Quedarán como lo peor de la sociedad. Y nosotros como los que hicimos justicia. Pero no son del Loto Blanco, le hicieron creer eso a algunos para identificarse con algo ya establecido —comentó el otro.

—Pero tienen salvoconductos —dijo el oficial.

—Es todo una farsa de una agrupación que no sabemos de dónde salió pero ya lo averiguaremos. Tampoco sabemos quién es su líder.

—También dicen que están en contra de los ingleses, y del opio —siguió el oficial.

El mandarín con sus brazos entrelazados caminó unos metros meditando.

—¿Y acaso podrían con todo?

—No lo creo, son muchos pero están divididos.

—Eso es bueno —dijo el tercero, que hasta el momento estaba callado—. Debemos hacerles accesible el acceso al Emperador, tal vez a través de una de sus concubinas. Y si en tal caso asesinaran a alguno de los generales británicos nos darían tiempo para reorganizar a los soldados, quitarnos de encima a los ingleses y poder manejar nosotros el opio...

—Hay que tener cuidado, ya sabemos como son. Mandarían a toda la armada.

—No si les hacemos creer que nosotros hicimos justicia. Tenemos gente investigando, sus marinos consumen tanto opio como pueden.

Mientras tanto, a poca distancia del palacio una de las viviendas de los ingleses en la ciudad de Pekín, en el barrio europeo. Llegó un capitán a la casa de un asesor, fue recibido por un hombre viejo y de barba.

—¿Qué hace tan temprano por aquí, pasó algo? —preguntó el viejo.

—Solamente pasé, usted me había solicitado un informe de la situación —respondió el capitán.

En la puerta, sin hacerlo pasar, le preguntó mientras encendía su pipa:

—¿De qué hay que preocuparnos?.

—Nosotros hacemos el trabajo sucio y ellos se están llevando toda la ganancia —respondió el capitán

—Con respecto a quién lo dice, porque no veo otra forma.

—Los franceses... —dijo haciendo gesto de asco.

—Ellos no manejan el opio, son simplemente un grupo de buena voluntad —respondió el viejo riendo.

El capitán suspiró.

—Se están armando grupos que quieren terminar con nosotros.

—Lo sabemos, pero no podrán —contestó el asesor.

—Lo sé, pero también quieren terminar con el Emperador.

—También lo sabemos. Esa es nuestra oportunidad, debemos lograr que lo asesinen y luego nosotros pondremos a un emperador.

—Este ya es un títere. Pero estos grupos no podrán llegar al Emperador. A no ser que nosotros les facilitemos la llegada —dijo el capitán. Y agregó—: Si nos sacamos de encima al Emperador y a los franceses podremos manejar todo y también al nuevo Emperador. Esta gente es muy estúpida.

—Los necesitamos —dijo lamentándose el viejo—. China es muy grande.

—¿Y su majestad la Reina?

—A ella no le importa quien esté o lo que suceda, quiere las ganancias, que se las haremos llegar para que no moleste. Claro que si no necesitáramos a los franceses y estadounidenses a ella eso la haría muy feliz. —Aspiró su pipa—. Mire no vaya a pensar que mi posición es muy cómoda. Tengo que lidiar con estos chinos, los franceses y los estadounidenses, y que todo llegue a Londres sin problemas ni escándalos.

—Bien, me retiro —dijo el capitán.

—Bien, vaya.

Cuando el capitán estaba a unos cinco metros, desde la entrada de la casa, el asesor le dijo en voz fuerte.

—No deje de investigar a esos grupos de insurgentes que andan haciendo reuniones, no quiero otro problema. —Y acercándose un poco, en voz baja agregó—: Si nos van a servir allane el camino, si no, liquídelos sin escándalos —y se volvió sonriendo.

En el Palacio Celestial escondido detrás de una pared, a poca distancia de una columna redonda, un hombre escuchaba lo que decía el oficial junto a los dos mandarines.

—Se está hablando de ciertos grupos que están armando un complot contra el Emperador. Y que se ha armado una red de información para que se sepa en toda la nación lo que sucede. No debe llegar más información al interior —dijo uno de ellos.

Despacio el hombre caminaba entre las columnas del palacio hasta que llegó hasta una habitación. Solicitó permiso y una voz desde adentro se lo concedió, era otro mandarín. El hombre entró y se tiró al piso con reverencia, sin apenas levantarse y sin mirarlo le contó lo que escuchó.

El otro mandarín sin decir nada, atentamente lo miraba desde su sillón, en silencio mientras meditaba.

—Llama al general, ya sabes quién, y ve a todas las ciudades. Quiero nombres y lugares, y constatar si los ingleses están detrás de esto. Otra cosa, ¿quién hablaba de los tres, el soldado o un mandarín?

—Lo siento, no logré distinguirlo.

Luego de unos meses, ya pasada la primavera y verano, cercano al otoño, una mañana mientras Lin Hie trabajaba en la plantación de té se le acercó un mensajero oficial. Desde lejos el hijo del dueño los observaba:

—¿Qué hace un mensajero aquí padre?

No lo sé.

—Espero no sea cosa tuya —dijo el hijo.

El mensajero se retiró y Lin Hie continuó trabajando. Luego de un rato el padre se acercó a Lin Hie. Ya habían hablado en varias oportunidades, habiéndose caído muy bien entre ambos.

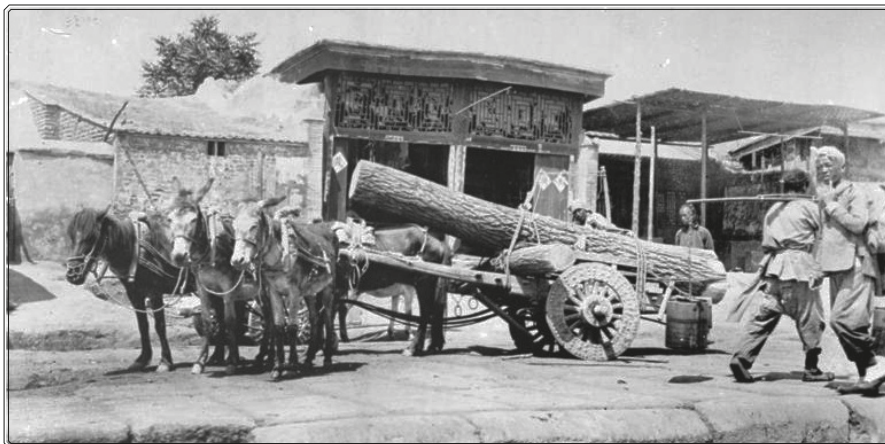
—Deben huir, esta noche mismo, no se queden ni un día más —dijo el viejo mostrando angustia y desconsuelo.

—Usted sabe algo —respondió Lin Hie.

—Mi hijo los denunciara, él es uno de ellos, lo sé. Lo está vigilando desde que se enteró de sus reuniones en el bosque, está esperando la orden para hacerles una emboscada y apresarlos. No los quieren matar, los quieren vivos y eso es peor. Los buscan los soldados.



*Funcionarios chinos destruyendo una plantación de opio.*



*Población de Pekín hacia 1925.*



**LIN HSE TSU**

*Funcionario chino que se destacó en la persecución tanto de los fumadores de opio, como en su cultivo y sobre todo en el enfrentamiento con los oficiales ingleses que los defendían.*





**MAO ZEDONG Y CHIANG KAI-SHEK EN 1945.**  
*durante las fallidas negociaciones del otoño de 1945, que  
no lograron acabar con las diferencias entre comunistas y  
nacionalistas.*

—¿Pero es oficial, nos buscan los soldados por orden de palacio?

—No hay una orden oficial —contestó el viejo.

—¿Trabaja para los mandarines?

—No, él trabaja para sus propios intereses, sólo quiere dinero. No le importa nada, ahora es para los ingleses. Pero llegado el momento lo puede hacer para los franceses, su Majestad Celestial o usted mismo. A él lo único que le interesa es venderle a ellos té sin pagar impuestos.

Así fue como esa misma noche escaparon, antes de irse el viejo le dio bastante dinero a Lin Hie, lo que le sumaba una buena cantidad para manejarse sin penurias y sin gastar de lo suyo.

### 13. ZHOUKOU

Por el camino que iniciaron hacia el norte encontraron varios asentamientos hasta girar hacia el este, atravesando el río Huaihe y mucho más al norte el Yanggang y Xiaohong. Y por último a la entrada de la antigua ciudad los ríos Shahe y Yinghe, (Jialu y Shaying), que cruzaban a la ciudad llamada Zhou, (Zhoujiakou), justo al medio. Había también varios arroyos situados junto a la ciudad, en la rivera del río Ying, que era bastante ancho. La ciudad como otras similares era la conjunción de dos ciudades más pequeñas que se unieron formando una mucho más grande y económicamente más poderosa. Era centro de una zona muy importante y conocida en todo el país.

—Fuxi, el primero de los tres reyes murió ahí —comentó Lin Hie.

Jia Yi no contestó, como era su costumbre.

Las ciudades estaban fusionadas recientemente, con miles de habitantes y un importante puerto. Se encontraba a seiscientos kilómetros aproximadamente de la Ciudad Prohibida, Pekín, puesto que según sus cálculos estaban a unos trescientos treinta kilómetros del mar hacia el este.

—¿Qué haremos de aquí en adelante? —preguntó preocupada.

—¿A qué te refieres?

—Nos están persiguiendo, intentan asesinarlos o atraparlos. No se que sería peor. Nos vivimos escondiendo y no sabemos de quien. Los que nos ayudan no sabemos quiénes son y tampoco en qué momento nos van a traicionar —dijo casi desconsolada.

—Dicen que hay varios grupos de nuestro lado, pero que no todos tienen los mismos intereses, más allá de que todos quieren sacarse de encima a los invasores —respondió Lin Hie.

—Tal vez nuestro viaje concluyó, tal vez ya hicimos lo que teníamos que hacer. Hemos formado varios grupos a lo largo de los años. Independientes, con pensamiento constructivo, semillas, nidos que sabemos que se están agrandando —dijo Jia Yi.

—¿Lo sabemos a ciencia cierta en realidad? No sabemos qué sucede detrás nuestro.

—Pues no, no tenemos comunicación con ellos. Nos han dicho que cada vez son más grandes las personas que se acercan a las reuniones. Esa es la realidad y lo que nos informaron —dijo ella. Y agregó—: Tal vez sea el momento de quedarnos en un lugar, de establecernos como familia. Es demasiado tiempo el que llevamos dando nuestra palabra. Si logramos establecernos y nuestros padres están bien, ir por ellos.

—No puedo contestar ahora, déjame pensar —cerró Lin Hie.

Caminaron por la ciudad, al principio por la periferia de la parte norte, costeano la rivera del río yinghe, pudiendo observar la costa del lado sur y parte de la ciudad dividida en dos.

—Estás muy callado —dijo Jia Yi.

—Estuve recordando algo que una vez me enseñó mi maestro —respondió mientras caminaban despacio los dos—. Tus ancestros son budistas y los míos confusionistas, es decir, mi filosofía nos enseña la ética y valores, tus ancestros han buscado la paz interior, la libertad y el renunciamiento a la riqueza. En cambio, los taoístas, es decir el tao, que es vía o camino, plantea que el mundo no está para que nosotros lo sometamos... Lao Tse en su libro Tao Te King, el libro del camino y de la vida, dice que debes confiar en el universo. Si no puedes confiar en el universo no puedes confiar en ti misma. Nosotros tenemos la libertad para decidir y seguir la libertad de nuestra propia existencia. Dejar nuestro espacio de seguridad, el que ya conocemos y estamos acostumbrados. Confiemos en el universo y que él nos guíe por nuevos caminos y nuevas palabras.

—¿De qué espacio de seguridad me hablas? Si corremos riesgos constantemente.

—Eso es lo que dicen los wu-wei —le dijo Lin Hie—. Sabes, el maestro decía que según el taoísmo no se necesita abandonar tu casa para conocer el universo. Y míranos a nosotros, recorriendo.

—Nosotros no estamos recorriendo el mundo, solamente una pequeña porción de nuestra vasta nación —dijo Jia Yi—. Igualmente no tienes por qué darme una lección para decirme que quieres seguir tomando riesgos por este camino en el que yo decidí acompañarte y trabajar, tanto o más que tú, para el bien de nuestro pueblo. Porque recuerda que la ruta, los mapas y las traducciones las hago yo, tú haces tu parte pero no desmerezcas las mía. —Y continuó—: Que no haya estudiado o leído, o que no tuviera un maestro que me enseñara sobre la vida no significa que no entienda. Que no tenga la misma educación que tú, realmente ahora ya no interesa. Y en tal caso yo estaba muy bien con mi madre y hermana.

Lin Hie otra vez se arrepintió de su costumbre de querer demostrar sus conocimientos.

Continuaron caminando y a orillas del río encontraron un pequeño astillero de barcas pequeñas. Lin Hie se ofreció de inmediato, sabía lo básico sobre la construcción de embarcaciones pero mucho de carpintería y cómo trabajar la madera. Al no encontrar todavía lugar para dormir, durante una semana, les brindaron un lugar donde alojarse dentro del pequeño taller.

Las embarcaciones las fabricaba un hombre mayor con sus hijos e hijas. Cosa que le llamó mucho la atención a Jia Yi. Sin que Lin Hie lo supiera habló con la mujer del dueño y consiguió trabajo en el mismo lugar. Al día siguiente Lin Hie se encontró que en otra parte del astillero estaba trabajando su mujer con sus hijas y la esposa del patrón con las suyas. No le cayó nada bien pero sabía que no podía decir nada. Sería la primera vez que trabajaran juntos y estarían varias horas todo el día sin separarse.

Los primeros meses de trabajo fueron arduos y de mucho aprender, producían juncos pequeños de una sola vela que, a diferencia de los que navegaban en el mar, que eran fabricados de teca, estos eran producidos de maderas blandas mucho más dúctiles.

Una noche ya acostados Lin Hie le dijo a su esposa:

—Pocas mujeres son como tú.

—Lo sé pero cada día hay más. Y recuerda que nos gobiernan dos mujeres, no el Emperador. Los tiempos han cambiado —respondió Jia Yi.

—Sí, es verdad. Aunque también parece que no son mejores que el Emperador.

Ella tardó en responder.

—El sexo no condiciona el ser más o menos inteligente. Más bueno o menos bueno. Sí, convengamos, que tenemos diferentes formas de pensar innatas al sexo y que nuestros cuerpos están preparados para otros tipos de trabajo. Y esas diferencias siempre van a existir.

Lin Hie la escuchaba sin opinar.

Al tiempo, ya estando medianamente seguro de conocer a esta gente, Lin Hie se atrevió a comentar si sabían lo que sucedía en la capital y con los ingleses, Pero era el hombre el que desconfiaba de Lin Hie. Titubeando respondió.

—Nosotros sabemos perfectamente lo que pasa, debemos pedir permiso para navegar en nuestro propio río —contestó apesadumbrado—. Además nuestro ejército es obsoleto, no puede hacer absolutamente nada contra los extranjeros. Nuestra tecnología es muy inferior a la de los europeos, y ellos abusan de esa tecnología sin piedad. No tienen ética y no son honestos. Me refiero tanto a sus gobernantes como a sus comerciantes.

—Pero muchos de los nuestros tampoco, son igual de corruptos —dijo Lin Hie.

—Sí, lo sé, lamentablemente nuestros políticos son corruptos, no todos pero hay muchos.

—Me voy a reunir con unos jóvenes esta noche en las afueras —se animó Lin Hie.

—Si me está invitando iré con gusto. ¿De qué se trata esa reunión?

—De informar lo que sucede en Pekín.

—Hay que ser muy cautos. Pero aquí todos saben.

—¿Pero saben los motivos y las consecuencias?

—Las consecuencias ya están a la vista —contestó el hombre mirando al río.

Días más tarde Jia Yi, llegó sorprendida a la casa que ahora alquilaban y encaró a su marido.

—Esposo, debo contarte algo.

—¿Dónde fuiste? —preguntó Lin Hie.

—Fui a conseguir alimentos con Yáng Yun. Es una buena mujer. Me respeta mucho. Si tuviera tiempo podría llegar a ser amiga de ella. —Entonces dijo—: Hay un hombre inglés que convive con una mujer china.

—¿Un inglés?

—Sí, pero habla chino —dijo también sorprendida.

—No puede ser.

—Sí, lo vi, vive con una de las nuestras.

—Es imposible —dijo Lin Hie.

De inmediato se dirigió a preguntarle al patrón.

—Sí, hace tiempo que viven, medio a escondidas, es un desertor, un soldado. Lo andan buscando pero aquí nunca lo encontraran.

—¿Por qué aquí no?

—Porque aquí nos cuidamos entre todos. De los soldados, del Emperador, de los ingleses, franceses, estadounidenses y de quien sea —explicó el patrón.

—No pueden vivir aislados.

—No es aislados, es protegidos. Usted no es el único que conoce un grupo de gente que quiere que se termine esta enfermedad del opio. Hay más grupos de gente muy descontenta —comentó el dueño del pequeño astillero—. Tal vez crea que su travesía es épica pero solo es una más.

—¿Qué sabe usted de mi esposa y de mí? Hasta hace una semana no sabía nada.

—Cuando me comentó de las reuniones anduve preguntando —dijo el hombre mientras continuaba trabajando y sin mirarlo.

—¿A quién, quién sabe de nosotros? —preguntó preocupado Lin Hie.

El hombre rió.

—De ustedes saben muchos, que andan en algunos grupos explicando lo que sucede. Ahora si me pregunta quién sabe de ustedes dos específicamente, quienes son. Nadie, muy pocos. Al-

gunos británicos creen saber pero solamente saben que hay una pareja hablando, no le dan demasiada importancia. Para ellos ustedes son minúsculos... A algunos mandarines, no a todos, sí les preocupa. No ustedes en realidad, sino que haya más y lo que pueda pasar por esas reuniones. Además el mismo día que les di trabajo anduve husmeando para saber quiénes eran, después ya lo hice con gente entendida

—¿Quién es esa gente? —quiso saber Lin Hie.

—Fabrico barcos, tengo gente que conozco con intereses pero no se preocupe, yo no lo voy a traicionar, por el contrario, lo vamos a proteger —respondió el patrón. Lin Hie no dijo nada así que continuó—: A ese inglés lo andan buscando pero lo escondimos. Tampoco pusieron mucho empeño en él. Es un hombre que no les sirve, sólo un soldado que se hartó de las guerras —dijo mientras cortaba una madera.

—¿Por qué hicieron eso, cómo pueden confiar en él? —no dejaba de sorprenderse Lin Hie.

El viejo miró fijo.

—No todos los ingleses son iguales.

—Pero ellos nos matan.

—También se matan entre ellos. No generalice, entre los nuestros también hay muy malos. Y nos matamos entre nosotros. Al principio hubo mucho rechazo pero el hombre aprendió nuestras costumbres, nuestro idioma y es casi uno más.

—¿Pero si es un espía? —preguntó Lin Hie.

—Si es un espía entonces los ingleses están muy bien entrenados, porque le quitamos del cuello una bala de plomo de un fusil Baker —dijo el hombre riendo sin mirarlo mientras trabajaba.

Lin Hie decidió conocerlo, para ver de cerca a ese extraño sujeto. No estaría tranquilo hasta estudiarlo como arquitecto a su estructura.. Tenía curiosidad. Sólo los había visto de cerca en Cantón cuando invadieron, deambulando por ahí.

—Lo quiero conocer, quiero hablar con él —dijo casi en tono de súplica pero insistente.

—Bien, al anoecer iremos con él. Venga con su esposa —respondió lo más natural el hombre.

—¿Por qué con ella?

—No habla muy bien, si quiere preguntarle algo sobre los ingleses va a tener que traducirle su esposa —agregó el hombre que no dejaba de trabajar.

—Pero usted dijo que habla nuestro idioma. Además mi mujer apenas conoce pocas palabras del inglés.

—Sí y lo hace muy bien, Pero usted va querer preguntarle datos específicos y eso es más difícil.

—Ya le dije, mi esposa no sabe hablar bien en inglés —dijo Lin Hie casi desmereciendo a Jia yi.

—Su esposa sabe mucho más de lo que usted piensa —respondió serio el patrón.

Desconcertado Lin Hie se quedó callado y volvió a su trabajo.

Al anoecer Lin Hie estaba inquieto, no veía la hora de conocer aquel raro espécimen inglés. Así lo hicieron, fueron hasta las afueras de la ciudad, no muy lejos. Al llegar el hombre no se sorprendió, ya había sido avisado. Llegaron los cuatro, el hombre, su mujer, Lin Hie y Jia Yi. De inmediato la mujer del inglés los recibió con la cortesía y educación china.

El hombre era de tez muy blanca, morocho, ojos marrones y de vientre prominente, aunque flaco. Caminaba con seria dificultad renqueando. Tenía más de cuarenta años. El inglés se acercó

—Smith, George Smith, ella es mi esposa —dijo haciendo una reverencia china, inclinándose y cubriendo un puño con el otro. Liu Mei, la mujer tenía una diferencia de edad de más de veinte años con el marido. Vestido con una camisa tangzhuang se sentó con dificultad.

De inmediato la esposa les ofreció té, se sentaron los seis en una mesa con sillas alrededor. Nadie hablaba, Lin Hie lo observaba como quien mira a un animal exótico.

—Gracias por el té —dijo Jia Yi mirando a Liu Mei. La mujer sonrió e intentó retirarse. Yan Yúng la tomó de la mano para que se quede.

—Usted me quería conocer, para mí es un honor. Y disculpe mi mal pronunciamiento —dijo George Smith. —Lin Hie sólo hizo una reverencia con la cabeza. Hubo un silencio largo y denso. Entonces agregó el inglés—. Se lo que usted piensa, no es mi culpa. Yo

sé porque está aquí y quería conocerme. Estoy muy avergonzado pero no somos todos como esta gente. En Londres también hay muchos pobres y gente que muere de enfermedades. Yo no tengo nada que ver... Mi país es próspero en el comercio desde hace tiempo y cada vez hay más industrias y trabajo en Londres. Más fábricas pero cada vez más pobres, enfermos y unos pocos ahora tienen muchísimo dinero y poder porque se acercan a los políticos.

—Pero usted es soldado —dijo Lin Hie extrañado.

—Ya no, ya no lo soy. Y si fui es porque era la única forma de poder comer y salvarme. Hace unos años, en 1854, toda mi familia murió de una enfermedad extraña que invadió la ciudad. Seguro fue una maldición de Dios. La única forma de salvarme era ser marino, ser soldado. Huir de la ciudad, escapar.

Toda la gente de mi calle murió en cuatro días. No había forma de escapar, mi país es pequeño.

Tras un silencio Lin Hie preguntó:

—¿Qué le pasó en la pierna?

—Estábamos bajo las órdenes del almirante Michael Seymour en el ataque a Cantón en 1857. Aún era muy inexperto. Ahí me hirieron en la pierna y el estómago. No sé porqué pero una familia china que estaba ayudando a los heridos chinos, también lo hizo conmigo y no me entregaron. Cuando me curé volví al barco pero ya no era lo mismo. Estuve unos años y luego decidí huir, una noche estábamos anclados cerca de orilla, me tiré, nadé, corrí hasta hallar a unos peregrinos y comerciantes que iban hacia el norte y al llegar aquí me quedé. Hubo una escaramuza y me hirieron mis propios amigos y fue cuando ellos me atendieron. Así que dos veces fui curado por chinos... Dios me estaba avisando que debía salir de allí... Al principio trabajé con él —dijo señalando al hombre—, luego en el campo hasta que la conocí a ella.

—¿Usted estuvo en el ataque a Guangzhou? (Cantón). Ahí viven mis padres y los de ella —le dijo Lin Hie.

—Lo siento... Ahí, como le dije, justamente me hirieron y abandonaron.

—¿Quiénes eran esos inmigrantes hacia el norte?

—No lo sé. Después del ataque muchas familias emigraron hacia el norte.

Se quedaron todos en silencio. Las tres mujeres se retiraron hasta el jardín de la pequeña casa.

—Es que usted sabe mucho menos de lo que cree. Me han comentado que es un maestro, un erudito, pero de nuestra nación, de la filosofía, de la historia... —dijo el viejo—. Lo que le falta es leer, informarse de lo que sucede en el resto del mundo.

—Me enseñaron que no era necesario salir de casa para conocer el universo —respondió Lin Hie justificándose.

—Es verdad, sólo le digo que debe tratar de informarse de lo que sucede en Europa y otros continentes. No es solamente saber por qué nos pasa a nosotros, el por qué y qué puede sucedernos, Es también comprender todo en función de lo que a ellos les sucede, por qué y sus consecuencias... No debe negarse a saber lo que sucede en otras naciones, si lo hace verá que la nuestra no es una excepción.

Lin Hie lo observó.

—Usted ha estudiado —le dijo.

—Sí, mucho...

—Nosotros no tenemos forma de acceder a esa información —comentó Lin Hie.

—Sí, la tenemos, y es él —contestó mirando a George—. Por mínima que sea. No es solo libros o gacetas, es saber de primera mano, sin distorsión del hecho.

—Pero él está escondido —dijo con lógica Lin Hie.

—Pero sigue teniendo acceso, otros no huyeron, tienen miedo pero hay varios que no quieren esto.

—Señor Wang Ming, lo que averiguo se los cuento —terció George mirando al viejo—. Hay una base del ejército en el centro de la ciudad que controla todo. Y los ingleses merodean el puerto.

—¿Cuánto tiempo tardarán en descubrirnos? —preguntó Lin Hie.

—No lo harán —aseguró Wang Ming.

Luego de un rato se retiraron, Lin Hie tenía un sentimiento encontrado. *Si conoces al enemigo es más difícil odiarlo, se dijo.*

La vida de Lin Hie y su esposa se dividió en su trabajo y las reuniones que hacían fuera de la ciudad. Igual que en cada una de las ciudades, pueblos o asentamientos, de forma monótona y ruti-

na, pero ya no era así para Lin Hie. Él sentía que algo superior lo movía, que era para lo que sus ancestros lo habían preparado. Era su cometido en el mundo de los vivos. Conocer al inglés le había dado una nueva energía y perspectiva del asunto. Y a su vez había aprendido que su nación, que sus problemas, formaban parte de un rompecabezas nada aislado de la realidad de todas las naciones. Todo tenía que ver con todo. Era humano, tal vez se podría convencer a los otros de que dejen de envenenar.

En cambio para Jia Yi, era más un deber hacia su esposo la convicción de mejorar la nación. Pero no sentía que el fundamento de su vida fuese ese viaje y enseñar, explicar lo que le sucedía a la nación ni que fuera su deber mejorarla.

Los encuentros con el inglés y su esposa fueron varios.

Lin Hie le fue preguntando algunas dudas al inglés pero le costaba creer cada cosa que le decía, desde lo más estúpido a lo más importante. Muy reticente a lo que escuchaba de Europa y el nuevo continente con sus indios. Cómo podía hablar de salvajes si Estados Unidos los invadía y eran ellos los salvajes.

Al principio Wang Ming le ofreció hacer las reuniones en un espacio del astillero pero Lin Hie no aceptó y prefirió continuar en el bosque. No terminaba de confiar en Wang Ming, tampoco en su esposa y menos aún en el inglés. Tampoco le parecían confiables los empleados que tenían. Aunque por otro lado, y contradictoriamente, sentía que sus sentimientos hacia ellos eran honestos y era verdad todo lo que contaban, no quería traerle problemas a la familia.

Uno de los hijos le comentó que había unas cuevas, mucho más pequeñas a las que se encontraban a unos cuarenta kilómetros antes de la Ciudad Prohibida, de las cuales Lin Hie no tenía idea de su existencia, de unas ni de otras.

Una noche Wang Ming junto a George llevaron a Lin Hie hasta esas pequeñas cuevas, era un lugar ideal aunque lejos pero muy seguro dado que los ingleses no llegarían hasta ahí. Tampoco los soldados que se encontraban custodiando la ciudad. Por otro lado había otro grupo de ingleses en el puerto y muelle.

Entre los barcos se podía ver movimiento de los comerciantes británicos. Y a esto se le sumaba la prohibición de los marinos chinos en poder comercializar a través del río.

Se acercaba la primavera y con ella el año nuevo.

—Esposo mío, esta vez quisiera que nos quedemos para el festejo del año nuevo. Varias veces lo pasamos solos en el medio del bosque y otras veces escondidos en la ciudad o en las campiñas. Esta vez tengo una amiga y quisiera disfrutar de esta fiesta. Hace años que no visto de rojo, recuerdo la leyenda de Nian. ¿Recuerdas, le tenía miedo al color y a los ruidos fuertes?

Lin Hie sonrió.

—Nos quedaremos. Recuerdo estas fiestas con mis padres, siempre hablaba del año uno del Emperador Amarillo, Huángdi. El año primero, donde comenzó la historia... Sí, se acerca pronto el primer día del mes lunar. Será bueno disfrutar de la festividad —dijo Lin Hie con un dejo de nostalgia.

Durante los preparativos, una noche estaban los tres matrimonios, con los hijos de Wang Ming. Para esa época la mujer de George estaba embarazada. Dialogaban en el jardín de la casa. George se había demorado, estaba serio y preocupado.

—¿Qué le sucede? —preguntó amablemente Wang Ming.

—Hay un gran descontento con los franceses —respondió George.

—Seguro no más que con los ingleses —dijo el otro hombre.

—No, esta vez es muy grave, los curas y monjas retienen niños y la gente cree que los venden, que se los llevan.

—¿Y los venden? —preguntó Lin Hie.

—¡No lo sé...! —contestó dudando—. Y tampoco creo que sea verdad que los matan para quitarle los órganos. Pero si hay rumores que se los llevan como esclavos —terminó bajando la cabeza.

Un silencio

—Hay manifestaciones, la gente pide que se vayan y que devuelvan a los niños. Todo comenzó con un sacerdote, un chino converso al catolicismo —dijo el inglés.

—¿Qué un sacerdote? —se asombró Lin Hie.

—¿No sabía usted que hay chinos que son cristianos? —preguntó Wang Ming mirando a Lin Hie.

Este bajó la cabeza. No contestó, avergonzado.

—Un hombre que representa a la iglesia de ellos, a su Dios sobre la tierra, a Cristo. Este hombre lazarista Joseph Tsiou comen-

zó una misión en Tianjin. Él antes era médico. La gente cree que el bautismo mata a los niños. El bautismo es un rito que tenemos para ser cristianos. En realidad ellos son católicos, yo soy anglicano pero también nos bautizamos.

—No entiendo —dijo confundido Lin Hie—. ¿Hay diferentes católicos?

—No, hay diferentes cristianos —le explicó George.

—Parecido a nosotros —intercedió Wang Ming.

—Por ejemplo yo soy cristiano anglicano, la mayoría de los franceses son católicos. Ellos son latinos, nosotros anglosajones. Este hombre murió y vinieron monjas. Estas monjas daban dinero a quienes llevaran niños sin hogar. A veces no hay lugar en los orfanatos —dijo intentando ser claro George.

—Los orfanatos son lugares donde viven los niños sin padres —explicó Wang Ming.

—¿Qué es ser latino y anglosajón? —preguntó Lin Hie.

—No lo sé pero no son como nosotros. Son los españoles —respondió el inglés—. Y creo que los portugueses.

—¿Y por qué no tienen padres? —preguntó ahora Lin Hie.

—Porque murieron en las batallas.

—En manos de británicos y franceses... Y de los estadounidenses...

Nadie dijo nada y George hizo un gesto de aprobación.

—Muchos de esos niños desaparecieron. Así que hay que tener cuidado —volvió a decir George.

—Es decir los europeos nos invaden, nos envenenan, nos asesinan y nos quitan a nuestros hijos —exclamó Lin Hie poniéndose de pie. ¿Por qué nos cuenta esto? Lin Hie

—Porque buscamos una revolución, esta puede ser el principio de una si se llevara a cabo.

—No lo entiendo, ¿usted es inglés, por qué dice buscamos?

—Desde el momento que decidí desertar y desde el momento que me casé con mi mujer dejé de ser británico. No le debo nada a la Reina, por el contrario, ellos me deben a mi. He viajado por el mundo como marino y he visto que todos los países tienen gente esclavizada, de hecho los mismos países que esclavizan tienen a su propio pueblo esclavizado.

—No he viajado pero sí he leído y no sé mucho de eso más allá de lo que me contaron —dijo Lin Hie.

—Yo no sé leer pero le puedo conseguir libros de mi país para que vea la pobreza y sufrimiento —le dijo Geroge.

Lin Hie se dio cuenta que le faltaba mucho por aprender, tal vez su maestro no comprendió las enseñanzas de Confucio y había que viajar para aprender.

Lo avergonzaba no saber tanto y que fuera puesto en evidencia frente a su esposa. De inmediato le solicitó libros a George, todos los que pudiera, pero tenía un problema, él no sabía inglés y la única que le podría traducir era su esposa que día a día aprendía más de español, inglés y francés.

Pronto George le consiguió libros pero no solamente en inglés, también en español, francés y portugués.

Durante muchas noches la mujer le enseñó los tres idiomas, Lin Hie era un hombre inteligente pero incapaz con los idiomas, no tenía facilidad, y la habilidad de Jia Yi no era suficiente. Hasta la confeccionó una especie de diccionario básico.

Llegó la fecha de la festividad. Pasaron el año nuevo y comenzó el del cerdo, el año 4567 del calendario chino. Jia Yi se vistió de rojo, estaba espléndida y feliz, y Lin Hie participó en la danza del dragón.

Las reuniones se intensificaron en las cuevas, no sabían si se iba a dar alguna revuelta pero algunos de los jóvenes decidieron ir hasta Tianjin para participar en las manifestaciones. Esa primavera y verano en particular hizo mucho calor, el descontento era generalizado y comenzaron a llegar noticias de que cada vez las manifestaciones y protestas eran más grandes frente al edificio de misión.

Sabiendo esto Lin Hie decidió acelerar su viaje, quería estar más cerca de la Ciudad Prohibida y saber qué sucedía en Tianjin. Así emprendieron viaje nuevamente hacia el norte, rumbo a Xu-chang, pese a la decepción de Jia Yi que había soñado con instalarse en la ciudad y no continuar con su viaje. Esta vez le dio mucha tristeza dejar a sus dos amigas, Liu Nei y Yang Yúng.

Tardaron dos días en recorrer los escasos ciento veintidós kilómetros. Antes de llegar se cruzaron con varios viajeros, el camino estaba concurrido y a Lin Hie ya no le interesaba marcar nuevos senderos. Sólo quería llegar a la Ciudad Prohibida.

Durante el camino se enteró de algunos hechos acaecidos. La sociedad estaba cambiando, se la veía distinta, o tal vez era por la cercanía a la Ciudad Prohibida. Tal vez el trabajo de ellos durante años como de algunos otros estaba comenzando a dar resultado. No lo pensaba con convicción, era como un simple autoconsuelo.

Se cruzaron con un hombre adinerado que viajaba en un carruaje de madera y lo escoltaban dos más, pequeños, de ganado, tirados por un buey y dos palanquines. Era evidente que se mudaba, iba cargado de bultos.

—¿Se muda? —preguntó Lin Hie indiscreto.

—La ciudad está invadida por los extranjeros, vengo de Boading, al sur de la Ciudad Prohibida. La gente está convulsionada, en Taijin, hubo una revuelta —respondió el viajero.

—¿Qué sucedió?

—El cónsul francés menosprecio la preocupación del pueblo por la desaparición de los niños. Dos secuestradores chinos fueron atrapados a 30 li del lugar. Se dedicaban a venderles niños a un sitio donde supuestamente serían cuidados y bautizados cristianos, para luego ser trabajadores esclavos... Los funcionarios chinos fueron arrestados el 18 de junio. Fueron investigados, juzgados y ejecutados. Chonghou, el comisionado para los tres puertos, intentó dialogar con las monjas que dirigían la misión y con el cónsul francés. Los chinos atrapados y ejecutados no dieron buena imagen.

—Peor no puede estar nuestra nación —dijo Lin Hie. Montado en su caballo lo escuchaba incrédulo.

—Los residentes, descubrieron en Taohuakou, y detuvieron a un hombre llamado Wu Lanzhen que había secuestrado a Li Sou. El prefecto Wang San lo interrogó y se descubrieron las mentiras de Wu Lanzhen. Esto llevó a que una multitud apedreara la catedral. Los funcionarios chinos se reunieron con los funcionarios franceses pero estos continúan dando poca importancia a los hechos. Es lo que sabemos hasta ahora —mientras hablaba el hombre asomaba la cabeza y miraba inquieto para todos lados.

Lin Hie saludó cortésmente.

El matrimonio continuó su viaje sintiendo temor ante el ambiente hostil que se vivía en la ciudad y que se estaba extendiendo a todo la nación.

## 14. XUCHANG

Una vez en las puertas de Xuchang un pescador en un bote muy pequeño, los ayudó a cruzar río Qingyi y les comentó que no podrían avanzar más cerca de la ciudad. Se detuvieron en un afluente del famoso río Yangtze.

—Hasta aquí los ayudo, no se acerquen más hasta que los ánimos se calmen y podrán entrar a la ciudad sin peligro.

—¿Tan grande es el peligro? —preguntó Lin Hie preocupado, ya planeando en rodear la ciudad.

El hombre no contestó la pregunta.

—Esa es mi casa, ahí vivo con mi mujer y mis hijos —dijo señalando y los invitó a almorzar con él—. —Para nosotros compartir un plato de comida significa crear un lazo eterno —comentó el hombre mientras le servía un plato extraño. Eran huevos revueltos, algo común pero con un vegetal que jamás habían visto.

—¿Qué es eso rojo con gusto ácido? —preguntó curiosa y desconfiada Jia Yi.

—Es un fruto nuevo que han traído los comerciantes extranjeros de las Filipinas, ahí las llevan y luego las traen aquí. Le dicen tomate y viene de muy lejos, de las tierras nuevas de América —explicó la esposa del hombre.

—¿Usted viajó a las Filipinas? —preguntó Lin Hie.

—Sí, he trabajado allí con los españoles. Ellos tratan bien a los trabajadores. Allí aprendí a cocinar la nata de coco —dijo mientras la esposa les alcanzaba ese plato.

—No lo conozco —dijo Jia Yi.

—Son frutas con gelatina de coco, aprendí a cocinarlo cuando estuvimos en las ciudades de La Laguna y Quezón. —Señaló a las montañas—. Este río tiene sus fuentes en las montañas Huang. —Y siguió diciendo—: Ustedes son los viajeros que difunden, hay muchos que hacen algo parecido a lo de ustedes, lo he visto y escuchado.

—¿Cómo sabe de nosotros?

—Porque la voz corre de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad. Nosotros al menos intentamos ayudar. Si bien nadie nos obliga ni pertenecemos a ningún grupo Tenemos que quitarnos de encima al Emperador y a los invasores. —Ellos no contestaron, habían

aprendido a ser cautos—. Sepan que hubo una revolución contra la misión y divulguenlo, y si lo saben que se sepa a los cuatro vientos.

Lin Hie y Jia Yi se quedaron en silencio y a la expectativa.

—El cónsul francés Henri Victor Fontanier asesinó a un funcionario chino por no querer acatar sus órdenes. Lo que iba ser un diálogo para arreglar la situación, por la arrogancia del cónsul terminó en un crimen impensado. Esto dio como resultado que la turba ajusticiara al cónsul y a su asistente. Y con ellos unas sesenta personas de la misión —Lin Hie y Jia Yi se miraron y continuaron escuchando atentamente—. El motín fue aplacado por orden de nuestro gobierno pero les dio el argumento para lo peor y los ingleses mandaron más barcos de guerra. Sabemos que no se estiman entre ellos, que sólo negocian pero entre ellos se cuidan sus intereses. Al final China le tiene que pagar a Francia 400.000 taels.

—Usted está muy bien informado —dijo Lin Hie—. Y habla de una forma poco común...

—Debemos estar informados, esta nación está así porque no sabíamos nada de lo que sucedía. Ustedes tienen sus secretos, mi esposa y yo los nuestros —y al finalizar la comida el hombre les dijo—: Busquen en la segunda vivienda de la tercera calle, digan que van de parte mía. Ahí los ayudarán. No se adentren más de ahí, al menos hasta que les avisen que es seguro.

Lin Hie sentía que, el grupo al que por un momento le hicieron creer que pertenecía, o había dejado de existir o estaba funcionando mal. O tal vez habían asesinado o atrapado a quienes tenían que informarles, para que él lo haga a su vez. No tenía sentido enterarse de los hechos por ciudadanos sin antes enterarse ellos. O tal vez y en tal caso sería adrede para que todo fuese casual y no sospecharan. O simplemente era pura casualidad.

Mientras tanto y a partir de todos los hechos acaecidos los franceses y estadounidense trataron de proscribir a budistas y taoístas. Los británicos por su lado gozaban de lo que le sucedía a franceses y estadounidenses. No podían desaprovechar esta ocasión para sacar ventaja de uno de sus tantos enemigos históricos y su colonia rebelde más preciada.

Lin Hie decidió buscar un lugar donde hacer reuniones a cuatro kilómetros de la ciudad. Esta vez no muy lejos del río.

En el palacio británico, por esos días.

—Sabíamos que esto les iba a pasar a los idiotas de los franceses —dijo el asesor que había sido visitado por un capitán.

—Mejor, nos quitamos un problema de encima y nosotros tra-  
jimos otro buque de guerra —respondió el otro.

—Seguramente los estadounidenses van a querer aprove-  
charse de esto también.

—No lo sé, escuché que están muy interesados en las filipinas.  
Ellos no se llevan bien con los españoles —respondió el capitán.

El otro rió.

—Las protestas continúan. Estos chinos no aprenden —dijo  
el asesor.

—El gobierno chino los calmó —respondió el capitán.

—Hay grupos y están descontentos, andan por todo el país.  
No es solamente con los franceses. Ese fue un hecho aislado  
pero que suma.

—Dejemos que los franceses acaben con ellos, ya están eno-  
jados, nosotros debemos quedar como los mediadores.

—Mande a su gente a ver qué sucede con esas reuniones que  
se vienen llevando a cabo en algunas ciudades —ordenó el asesor.

—Son inofensivas, las venimos vigilando.

—Nada es inofensivo con estos chinos.

—Hay que lograr que generen más proclamas a los franceses  
y los estadounidenses —insistió el capitán.

—Por otro lado, hay un comerciante, uno de los comerciantes  
que anda haciendo tratos por detrás nuestro. ¿Está enterado de algo?

El capitán no dijo nada, tragó saliva y no contestó.

—Escuche bien lo que le voy a decir, a mí no me preocu-  
pa que unos hombres le vendan a esta gente un par de tonterías  
nuestras de las que ellos carecen. Pero me he enterado que andan  
vendiendo armas.

Imagínese, a nuestros enemigos..., uno de los nuestros ven-  
diéndole armas. Qué pensaría su Majestad si se enterase de que  
esto es cierto —dijo el ministro.

—Ministro, yo...

—Tranquilo, yo sé muy bien que usted no sabe nada, que  
esto queda entre nosotros y que lo va a investigar —el ministro

se incorporó del sillón, se acercó más al oficial—, porque lo va a investigar y me va a tener al tanto...

—Por supuesto —respondió el capitán.

—Mire, a ustedes los militares hay cosas que se les pasan, estamos en un momento complicado y de transición. Nosotros pudimos terminar con el monopolio holandés de comercio, ahora es nuestro. Y los holandeses están resentidos con nosotros. Los franceses, si bien los necesitamos, se inmiscuyeron en nuestros asuntos de golpe, no se olvide que ellos boicotearon nuestros convoyes... El motín del té de Boston todavía lo estamos pagando y para colmo parece que un francés, un hombre llamado Pierre Poivre, logró cultivar especias en la isla Mauricio, en un lugar llamado —el hombre rió—, imagínese, jardín de los pomelos. Igualmente los franceses tienen una crisis bastante grande en su gobierno, no sé qué va a pasar con ellos. Pero sea lo que sea nos puede traer graves perjuicios económicos.

El oficial sonrió:

—No creo, señor, que sea para tanto...

—No me causa gracia, si esto es así, si es verdad lo que está pasando los precios de las especias van a caer como roca en el agua, ¿me entiende? Se imagina lo que va a suceder con la compañía de las indias.

Mientras en la casa de un representante del gobierno francés, a poca distancia del palacio británico.

—Señor, los ingleses sabían que iba a pasar esto. Ellos tienen una red de espías —dijo un político francés a otro.

—Si, Furnier nunca se enteró bien de lo que estaba pasando. Además se dejó llevar —respondió el otro.

—Lo están haciendo a propósito. Para peor mandaron un barco.

—Sabemos como son...

—Me preocupan los estadounidenses.

—Quédese tranquilo, los británicos y chinos se ocuparan de ellos.

Lin Hie y Jia Yi, recurrieron a donde los había enviado el pescador. Esa gente les consiguió un refugio donde ocultarse unos días, les llevaron provisiones y cobijos. Estando ocultos en una pequeña

casa en las afueras, sin que ellos invitaran a nadie, algunos jóvenes se fueron acercando, preguntado si ellos eran los mensajeros de lo que sucedía en la Ciudad Prohibida.

Esta vez las reuniones se dieron de forma natural y espontánea sin ningún tipo de esfuerzo y de a dos o tres jóvenes. Pero para el cuidado de los jóvenes se retiraban a las afueras en las cercanías del río y a unos cuatro kilómetros, como ya había dispuesto.

Fue la primera vez que no trabajaron y vivieron con parte del dinero que llevaban y lo que les alcanzaba los amigos del pescador.

Luego de un tiempo, y de comprobar que nadie los buscaba, una tarde de invierno que hizo en Xuchang  $-4^{\circ}\text{C}$ , salieron a recorrer la ciudad para conocer una torre altísima a la que llamaban Chun-qui, construida en el periodo tres reinos, en 1271 de la era occidental. Al llegar se dieron cuenta de la presencia de soldados británicos a caballo, de inmediato se escondieron en la misma torre.

—Es la torre de la primavera y el otoño —les comentó un joven—, construida toda en madera. —Ellos, quietos, no respondieron.

—Tranquilos, yo los ayudaré. Huyen de los ingleses... —Asintieron con la cabeza—. Vengan conmigo, los llevaré donde ocultarse aquí mismo. No teman. —El joven era muy amable aunque ellos no confiaban. Mientras los iba llevando hasta un lugar donde podrían dormir.

—Mañana cuando recobren fuerzas los llevaré hasta un hombre que les puede dar trabajo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Lin Hie.

—Soy maestro.

—Yo también... tengo entendido que aquí se trasladó el emperador Xian

—Si, por orden de Cao Cao. —Y agregó—: No teman, los ingleses no los encontrarán. Mañana les conseguiremos trabajo y un lugar mejor donde vivir. Los ingleses no nos reconocen, los están buscando a ustedes. Ellos nos ven a todos iguales. Es tan grande el menosprecio que tienen por nosotros que no son capaces siquiera en detenerse a mirarnos.

No dijeron nada, Lin Hie hizo apenas una mueca.

—¿Quién es usted, sabe quiénes somos? —preguntó Lin Hie.

—No sean tan soberbios. Nadie los reconoce ni los conocen, solamente saben por rumores de gente que anda por ahí llevando

noticias y arengando en los pueblos. Ni ustedes, ni nosotros, ni nadie somos importantes ni para los invasores ni para la Emperatriz. Somos un todo. Una persona formada por miles, somos uno en una multitud. No es necesario pertenecer a un grupo para colaborar con la Nación.

Entonces se mudaron cerca del río a una casa más cómoda, a metros de donde les consiguieron trabajo. Al intentar dialogar con unos pescadores se encontraron con otro dialecto, el Jin. Era claro que en el norte había inmigración interna muy heterogénea.

Lin Hie recordó que su maestro le había mencionado sobre este idioma, de hecho ya lo había escuchado en otros pueblos pero aquí había muchos habitantes que lo utilizaban. Se hablaba principalmente en Shanx, Hebei, Henan y Shaanx. Como cada vez que se encontraba con esta dificultad recurría a Jia Yi, que ella de inmediato reconocía palabras, buscaba en sus anotaciones y luego de intentos fallidos lograba comunicarse aceptablemente.

En una de las reuniones se acercó un hombre humilde de unos cuarenta años y harapiento. En la reunión se encontraban cuatro jóvenes entusiastas que escuchaban atentamente a Lin Hie. El hombre interrumpió saludando cortésmente y con timidez, había llegado hasta el lugar sin hacer el mínimo ruido, sus pisadas formaban parte del sonido del río y el bosque.

—Buenas noches, ¿es un ritual acaso este...?

Nadie contestó por un momento.

—No, hablamos de lo que sucede en la ciudad —contestó Lin Hie.

—La luz en contra de la oscuridad —dijo el hombre como delirando—. Debemos mantener a los fantasmas satisfechos con alimentos. No deben tener hambre ni se....

Todos lo observaban sin decir palabra, con respeto y resignados a la presencia de un hombre que aparentemente no estaba en sus cabales.

—Los fantasmas hambrientos son espíritus que no han encontrado la paz. Sus bocas pequeñas no le permiten alimentar a sus estómagos enormes. No les alcanzan sus pequeñas fauces para engullir todo lo que necesitan. Por eso se atragantan y pueden llegar a morir por su propia voracidad.

Lin Hie sintió que el viejo harapiento algo les estaba queriendo decir. Tal vez era un delirio místico. Si bien las creencias del dualismo cosmológico entre el budismo y el taoísmo poseían enfoques parecidos pero diferentes... Los rituales de exorcismo se mezclaban entre ambas creencias. *¿A qué se refería con fantasmas...?* se preguntó Lin Hie.

—Venga buen hombre acérquese —le dijo entonces.

El hombre se sentó entre los jóvenes.

—Necesitamos un fangxiangshi para que dirija el ritual de expulsión del mal que se encuentra entre las vísceras —dijo el hombre.

—¿Y dónde lo encontramos?

—Debe llevar una máscara de cuatro ojos para expulsar a huapigui, se viste con la piel de sus víctimas y adopta su forma.

—¿Se refiere a la emperatriz Cixi? —preguntó Lin Hie.

El hombre no respondió, levantó su cabeza y miró hacia arriba. Los jóvenes comenzaron a sentirse incómodos y murmurar entre ellos. El hombre entró en un trance de cuál Lin Hie no quiso sacarlo.

—Por hoy dejemos la reunión aquí —le dijo a los jóvenes.

Al otro día al llegar a la cita con los jóvenes esperó encontrarse con aquel misterioso hombre pero no había rastros de él. Sin embargo Lin Hie no creyó que fuera una mera casualidad y al comentarle a Jia Yi ella le respondió:

—Tal vez no tiene nada que ver ese hombre que me cuentas con la Sociedad del Loto. No necesariamente todo lo que ocurre debe estar relacionado con nuestro viaje o nuestro propio proyecto.

—Pero algo me quiso decir —insistió Lin Hie.

—¿Y si sólo dijo algo al azar? Aunque acertado, por cierto. No te creas ni me creas tan importante. Tampoco pienses que es una misión esencial la que hacemos, hacemos lo que hacemos, somos apenas una gota de agua en el mar. Solamente eso, somos parte del mar, no la ola que voltea una barca.

Pronto decidieron continuar camino hacia el noreste. Al llegar a una nueva ciudad los recibió un gran lago alimentado por un gran río. La vista era sorprendente por lo plano, con una gran llanura que formaba esteros y humedales.

## 15. HENGSHUI

Hengshui se encontraba a una distancia aproximada de doscientos setenta kilómetros, había sido nombrada condado desde la dinastía Sui, es decir unos quinientos años después del comienzo de la era cristiana. Estaba situada en una planicie que los llevaba hasta la próxima ciudad de nombre Boading, según un mapa que llevaba Jia Yi. La distancia entre una y otra era de ciento treinta kilómetros, al oeste de las montañas.

Para acceder a la ciudad debieron rodear el gran lago, tan grande que la vista no alcanzaba a mostrar la orilla del lado norte.

Lin Hie ya no quería quedarse tanto tiempo en cada ciudad, asentamiento o pueblo. Consideraba que la gente con el correr del tiempo y tan cerca de Pekín sabía mucho más que ellos mismos. Sentía que era inútil su trabajo y le urgía salir de inmediato a Boading.

Desde la orilla del lago grande a Lin Hie le parecía que era un mar. Algunas de las viviendas estaban construidas sobre el mismo arroyo, es decir que los cimientos estaban bajo el agua.

Se quedaron en un establo la primera noche, Jia Yi escuchó una música detrás de una de las viviendas, un sonido que alguna vez había escuchado en su ciudad natal en Cantón. Al acercarse vio a una joven mujer tocando un disí de caña. Igual al que tocaba el maestro de música. Se acercó atraída por una música celestial, diferente a la que tocaba aquel músico y luthier.

La joven al sentirse descubierta por una forastera de inmediato dejó el instrumento.

—Oh no, por favor, no dejes de tocar —le dijo Jia Yi—. Lo construyó mi padre, él los construía y me enseñó a fabricarlos. Lamentablemente murió hace un tiempo.

—Conocí a un músico que tocaba este instrumento, es hermoso. Y también los construía —comentó Jia Yi intentando entrar en confianza, pero no recibió respuesta.

Se retiró y llegó hasta donde estaba esperando Lin Hie, un pequeño techo con solo tres paredes de madera donde se habían refugiado hasta encontrar el lugar donde establecerse.

—¿Duermen aquí? —preguntó la joven que se había acercado por detrás sin que se percataran.

—Sí —contestó Jia Yi.

—¿Hacia dónde viajan?

—A la Ciudad Celestial. Pero queremos encontrar un trabajo y luego continuar camino. Necesitamos curar a nuestros animales, descansar y reponer fuerzas.

—¿En dónde están los animales?

—Aquí, al lado en el establo..

—Veré que puedo hacer por ustedes —dijo la joven y se retiró.

—No quiero quedarme en esta ciudad. Además por qué te adelantaste a contarle todo a esa extraña —exclamó Lin Hie reclamando.

—¿Acaso me estás sugiriendo que el que hace y deshace en este viaje eres solo tú? —respondió Jia Yi indignada.

—No digo eso, sólo que debo ser yo...

—¿Qué debes ser tú? —lo interrumpió Jia Y—. Nos gobierna una mujer, mal o bien. Recuerda que durante la dinastía Han también hubo una gobernante, la Emperatriz Deng Sui. Y fue una de las mejores emperadores que hubo para nuestra nación.

—¿Y donde aprendiste esto? —preguntó Lin Hie.

—Tu duermes muy profundamente a la noche y mientras aprovecho para estudiar. A donde vamos encuentro un orihon y hasta libros modernos comunes a todos. —Hizo una pausa y continuó—. Esta nación será la mejor entendiendo que las mujeres deben ir a la par de los hombres. Y cuando digo a la par significa que también podremos ser soldados. Ya lo dije miles de veces.

Lin Hie no contestó.

Al rato volvió la joven:

—Les conseguí un lugar para dormir, es pequeño pero estarán cómodos. Tiene lugar para los caballos.

—Te pagaremos —respondió Lin Hie.

La joven los guió unos doscientos metros, Lin Hie y Jia Yi iban atentos al camino. Luego de instalarse la joven les dejó algo para comer. Se disponían a almorzar cuando un mensajero llegó al lugar. Escucharon los pasos del caballo. Se quedaron quietos, el jinete golpeó la puerta.

Con temor se quedaron quietos esperando.

—No teman, ustedes son los maestros caminantes. Vengo a prevenirlos —dijo desde afuera—. Wan Ming se quitó la vida.

Lin Hie y su esposa quedaron impactados, la congoja los invadió. Pero de inmediato Lin Hie le abrió al hombre.

—¿Por qué, de qué manera, cuál fue el motivo? ¿Y George, qué sucedió con ellos?

—A George y su mujer nada, huyeron a tiempo. Pero si a Wan Ming. Lo atraparon, lo persiguieron hasta dar con él.

—Pero si él no hacía nada, ni él ni su familia tenían nada que ver —se lamentó Lin Hie.

—Quiso proteger a su familia y a ustedes. Quitarse la vida es una cuestión de honrar a la familia y a la amistad por usted. Si no se suicidaba matarían a su mujer y a la familia del hermano. Además darían antes con ustedes y culparían a todos de conspiración contra ellos. Y siempre meten a su reina de por medio... Conspiración contra su reina.

Lin Hie se quedó con la boca abierta.

—Pensé que habían sido los soldados del Emperador —dijo.

—No, los soldados del Emperador tienen problemas más importantes que ustedes —respondió el mensajero.

—¿Usted pertenece a la Sociedad?

—Oh no, no pertenezco a nadie. Soy un simple mensajero que lleva la correspondencia. Su familia sabiendo que voy hacia el norte me pidió que los encontrara y les avisara que andan muy cerca de ustedes —contestó el mensajero.

—¿Quiénes?

—Los extranjeros... Los ingleses, franceses y estadounidenses.

Lin hie mientras lo escuchaba había caminado por el lateral de la vivienda hasta donde se encontraban los caballos. Temía que se los hubieran robado. El hombre continuaba explicando mientras lo acompañaba. Desató a uno de sus caballos que estaba nervioso, lo montó, lo hizo caminar unos metros, desensilló, ató nuevamente su caballo a una rama de un árbol y se sentó en el suelo abatido y triste. Jia Yi se acercó a su marido y le acarició su hombro.

—Por favor, cuénteme más detalles, ¿cómo está su familia? —preguntó.

—Huyeron a la montaña junto al extranjero y su mujer embarazada. Están escondidos, tienen gente que los ayuda. No los van a encontrar. Al extranjero también lo buscan para colgarlo...

Cuando fueron a buscarlos ya habían escapado al poniente del sol. Ya les habían avisado. De inmediato dio aviso el extranjero y todos escaparon. Los soldados al no encontrar a nadie en el astillero prendieron fuego la casa y a cuatro barcas que se encontraban en construcción.

Lin Hie habló con la cabeza gacha:

—Fue por nuestra culpa. A nosotros nos buscan.

—Permítame que le diga algo. Si hubieran querido atraparlo ya lo hubieran hecho. Los están utilizando. ¿Acaso no se dan cuenta que ustedes le son beneficiosos a todos? Les son útiles, están haciendo el trabajo sucio que ellos no pueden hacer.

—Pero si nosotros informamos a la gente, al pueblo —dijo Lin Hie.

—Hasta hace un tiempo atrás la falta de información y la ignorancia les eran útiles. Ahora son tantos los intereses y la falta de lealtad entre todos que les son útiles para sus propios intereses. Yo sólo llevo y traigo mensajes, pero entre los invasores se odian y tratan de sacar ventaja constantemente. Tratan de hacerse quedar mal mientras hacen la parodia de sociedad. Y a su vez el Emperador los quiere sacar de encima.

—¿Quiénes nos utilizan, a quienes beneficiamos sin querer? —preguntó Jia Yi.

—A los ingleses. Ustedes creen que le explican a la gente los males del opio, las invasiones, muertes y vejaciones. Pero en realidad lo que hacen es hacer quedar como inútil a su Majestad Celestial. Y esto lo utilizan los ingleses en su beneficio, y cada tanto hacen algo a favor del pueblo y este inocentemente les cree.

—Eso reafirma mi idea de que la información debe ser mejor explicada. Creí falsamente que por estar más cerca la gente está al tanto de los sucesos. Y es cierto, lo tienen tan cerca que pierden la perspectiva de lo que sucede. —Hizo un silencio y en voz baja dijo—: Pobre Wan Ming... Confucio decía que no seguir los valores es peor que la muerte. Por tal motivo puede dignificar y redimir los actos. Pero aquí no fue eso...

—Pero este caso nada tuvo que ver con el ren, fue para proteger la vida de su familia y la de ustedes. Dicen que los ingleses lo persiguieron hasta acorralarlo en el río. Lo vieron y rieron al verlo

sin salida. Sabía que lo estaban buscando y mandó a la familia a la montaña a esconderse en el bosque. El escapó en sentido contrario dejando que lo sigan alejando a los soldados de su gente para que ellos puedan huir. Cuando estuvo atrapado frente al río se tiró...

—Tal vez se salvó, solamente quería huir —dijo con ilusión Lin Hie.

—No, dicen que se tiró hacia atrás tomando una piedra grande y muy pesada. La abrazó contra su pecho y se tiró hacia atrás.

Un silencio.

—Zhuangzi habló sobre la muerte de Hundun, no aguantó sus heridas y murió. Igual que Wan Ming no aguantó las heridas de su espíritu —dijo Lin Hie—. El honor frente al suicidio en este caso ha sido un sacrificio, sabía que lo iban a torturar hasta morir. Tal vez dudo de poder soportar las más terribles torturas y de esa forma poner en riesgo a su familia. Entonces en tal caso no fue por honor, sino por amor a su familia, creo que son cosas distintas. Tal vez haya más honor en enfrentar la vergüenza de ser juzgado si uno comete un error.

—¿Qué haremos? —preguntó horrorizada Jia Yi.

—Nos quedaremos un tiempo escondidos —contestó Lin Hie—. No creo que sea buena idea continuar con nuestros diálogos con la gente. Además me parece que en esta zona es arriesgarnos en vano, puesto que por lo visto aquí la gente está enterada más que nosotros de lo que sucede. Tal vez, como dijimos antes, por la cercanía a la Ciudad Prohibida o porque los tiempos han cambiado. Lin Hie

—En una de esas nosotros fuimos parte de esos cambios en esta época —susurró Jia Yi.

A los días consiguieron un trabajo en las afueras. Y a las dos semanas una tarde llegó George hasta donde se encontraban trabajando.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Lin Hie sorprendido.

—Han dispuesto a un grupo de gente para seguirlos a ustedes y que les llegue información falsa —explicó George.

—No entiendo.

—No pueden confiar en nadie.

—Entonces tampoco en usted —contestó Lin Hie.

—Exacto, tampoco en mí. Todo se ha convertido en un mar de mentiras —dijo lamentándose el inglés.

—No lo entiendo a usted —dijo Lin Hie totalmente desconcertado.

—Sí, lo sé. Usted no entiende. Es el opio, no sólo mata gente aquí, también lo hace en mi país y se está extendiendo. A mí no me importa, yo ya soy de aquí pero usted cree que el mundo es China nada más, y no es así, En mi país, en Inglaterra también hay gente que está en contra de esto —dijo George apesadumbrado.

—De esto ¿Qué...? ¿Del opio o que nos quieran esclavizar? —insistió Lin Hie.

—¿Pero usted cree acaso que todo mi país sabe lo que sucede aquí? La mayoría de la gente simplemente trabaja para sobrevivir. Son pocos los que obtienen ganancias con esto, dinero y poder. —Hizo un silencio—. Para mi también Wan Ming era un amigo, él me ayudó mucho, me hizo entender, me curó y me dio trabajo, él me protegió y me dio la entrada a su gente, su comunidad. Sabe, mi mujer me está enseñando a leer. Se ríe, nunca pude aprender a leer en mi país, lo entiende, no sé leer en inglés y voy a saber leer en chino.

—¿Su mujer sabe leer? —preguntó sorprendido Lin Hie.

—Sí pero su mujer también, —y continuó—, aprendió con el hermano. Es un buen hombre y buen hermano, él le enseñó. También me aprecia.

—Me cuesta entender cómo piensan ustedes. Pero debo lograrlo para saber qué quieren en realidad —le dijo Lin Hie.

—Sabe, creo que todos pensamos y sentimos lo mismo, son sólo diferencias en cómo lo expresamos. —Hizo una pausa—. Volviendo al tema, es muy sencillo, quieren dinero y poder y para lograr eso necesitan esclavos y tierras. Pero no crea que somos nosotros nada más. Fíjese los estadounidenses, apenas dejaron de ser colonia se transformaron en colonizadores. No digo todos, pero como siempre los que quieren poder y dinero... Ellos tienen de esclavos a sus propios indios y los negros de África... que nosotros les vendíamos... Por lo que me informaron pretenden que a ustedes les llegue información crucial falsa.

—Pero ese plan de quien es, del Emperador, de la gente del Emperador que quiere quitárselo de encima, de la gente que se

quiere sacarse de encima a la Emperatriz, de ustedes, de los franceses o de los estadounidenses... –enumeró Lin Hie mostrando desconcierto y desconfianza.

El inglés sonrió.

—Yo sólo le puedo hablar de los británicos, ¿pero quién dice que todos los que usted dijo no tengan planes similares?

—¿Tiene miedo?

—Sí... –contestó bajando la cabeza George.

—¿A qué le teme?

—Que le hagan algo a mi mujer.

—¿Quiénes?

Sonríe de nuevo.

—Todos... Temo a algunos chinos que no aprueban la unión entre ustedes y nosotros. Temo a los franceses que nos odian. A los estadounidenses que son zorros y peores que los franceses. Y lamentablemente a algunos de mi gente.

—¿Por qué su gente, por ser un desertor? –preguntó Lin Hie.

—No, para ellos es lo de menos. Yo no tengo información vital. Soy nada para ellos. Odian que nos mezclemos. No entienden, los creen seres inferiores. Igual que a los africanos. Bueno, con ellos es peor, los consideran animales –dijo George.

—¿Y usted?

—Cuando uno crece creyendo algo no sabe que está mal hasta ver otras cosas. Y yo las vi. Ahora sé lo que está bien o mal –se justificó George.

—¿Cómo es dónde vive usted, cómo es Europa?

—¿Cómo es Europa...?. No la conozco, he sido siempre un marinero. Mi país ha estado en guerra siempre con otros países de Europa, especialmente con Francia..., y España... Mil años de guerra.

—Pensé que eran amigos –dijo sorprendido Lin Hie.

—Qué va... amigos. Si están unidos en este negocio es solamente por eso. Por negocios, intereses. También estuvo muchas veces en guerra con España. Y obviamente con Estados Unidos cuando dejaron de ser colonia nuestra. Siempre por poseer más tierras, por los esclavos, por las colonias, por el oro...

Lin Hie lo observaba sin decir nada.

—Pero entienda, —sonríe—, no somos todos así. A mi gente nunca le interesó nada de eso. Mis amigos sólo quieren trabajar en las fábricas algodoneras. En Londres, de donde yo vengo, hay fábricas de tela de algodón que traen de las colonias de las indias.

—¿Los indios? Sí, oí de ellos —dijo Lin Hie.

—No, no. Eso es América... De la India. En Londres hay fábricas, hay máquinas a vapor... —siguió George.

—Sí, la nación vecina... ¿Cómo es eso?

—Como ustedes hacen funcionar máquinas con el agua. En Inglaterra se llaman máquinas a vapor.

—Sí, lei de ellas.

—Usan carbón que traen del norte y sur del país, de Escocia y Gales...

—¿Como los barcos a vapor...? —preguntó interesado Lin Hie.

—Sí, pero no funcionan con madera, funcionan con carbón de roca.

—Mi nación está muy atrasada —se lamentó Lin Hie.

—Sí, por eso se aprovechan.

—Pero lo que no entiendo es si su país es tan rico y poderoso por qué hay pobres...

—Su nación no es rica y poderosa y también hay pobres —respondió George.

—Sí, pero aquí se entiende, lo de ustedes no.

George sonrió de nuevo.

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Y extraña? —le consultó Lin Hie.

—¿A quién? No tengo a nadie —respondió el inglés.

—Yo extraño a mis padres.

—¿Los abandonó?

—Huí, por ustedes... Huimos.

—Lo siento. Por favor, no diga ustedes... le dije, no somos todos.

—Lo sé, lo siento —se disculpó Lin Hie.

Luego de la prolongada charla pensó en todo lo hablado. Sentía afecto por el inglés y ese era un sentimiento contradictorio en él. Se indignaba del afecto que le tenía. “*Conocer al enemigo es tener la mitad de la batalla ganada*” dijo Sun Tzu, pero también es más difícil odiarlo, se dijo Lin Hie.

—¿Qué hará ahora? —le preguntó al inglés.

—Volver, iremos hacia el oeste, debo proteger a mi mujer, mi futuro hijo y a la esposa de Wan Ming. Yo la cuidaré. No sé qué hará su hermano, lo más seguro es que venga con nosotros, también es muy buen hombre.

Se saludaron y así como vino, George partió.

Se quedaron un tiempo sin realizar reuniones y evitando estar en contacto con la gente. A fines de 1872 partieron hacia Boading. Ciudad entrada de la gran y esperada Ciudad Oculta.

Una casona de dos pisos con techo de tejas, una construcción casi en su totalidad de madera y piedra. Con una gran galería de entrada cubierto por un techo. Situado sobre una calle ancha principal, pero de tierra, con gran movimiento de personas y carruajes, la mayoría tirados por hombres. Es una residencia británica en Pekín.

En su interior, abajo, una gran sala y varias puertas alrededor que dan a algunas oficinas, en una de ellas hay dos hombres. El asesor y un oficial de mediano rango, sentados en una sala fumando pipa ambos. El asesor con atuendo típico victoriano, medio desalineado. En cambio el oficial con su atuendo militar impecable y alineado.

—¿Qué se sabe de los grupos que se están armando? —preguntó el oficial de mediano rango al asesor.

—Inofensivos, no son muchos ni están armados. Según palabras de su capitán.

—¿No son muchos, está seguro?

—Varios pero dispersos, algunos grupos llevan y traen inflamación —respondió el asesor.

—¿Qué tipo de información?

—Lo que sucede aquí, nada más. No saben más de lo que se ve en las calles —respondió el hombre restándole importancia—. Me inquieta que me lo pregunte, se supone que lo habló con su capitán.

—Chusmerío —dijo el oficial sonriendo y evitando contestar.

—Sí...

—¿Qué sucede con los franceses? —preguntó sin interés el oficial.

—Insisto que usted debería saberlo mejor que yo, ¿por qué me pregunta?. Ustedes son los que llevan a cabo la investigación

—dijo el asesor—. Pero para su tranquilidad quedaron resentidos después de las muertes —terminó con una sonrisa entre los labios.

Un silencio.

—Sé perfectamente, con todo el respeto que me merece, que ustedes siempre tienen otras fuentes de información. Y tal vez juntando toda esa información podríamos acelerar la investigación —dijo el oficial—. Bah, no me interesa.

—Mire, no sé qué relación tiene usted con su capitán pero esto ya lo hemos charlado. Igualmente tenga cuidado, nunca se sabe con esta gente —agregó el asesor mirándolo y levantando una ceja—. Este maldito país es muy grande, si no lo fuera no necesitaríamos de los estúpidos franceses.

—Sí, señor, lo sé.

—Esto no nos debe quitar el sueño pero debemos planificarlo. A ver... necesitamos de chinos que se acerquen a esta gente del loto o como se llamen para convencerlos de generar malestar al emperador. Y si no lo asesinan a él o a la emperatriz por lo menos que su figura quede tan desdeñada que su propia gente nos suplique que intervengamos y manejemos la situación —dijo el asesor enérgico.

—No se crea que será tan fácil, hay muchos chinos que defienden a su nación. Más allá del gobierno que tengan, no nos quieren ni a nosotros ni a ningún extranjero —respondió el oficial.

—Pero quieren el opio...

—No todos. Eso ya lo estamos haciendo. De hecho el pueblo está harto de los manchúes.

—Bueno pero háganlo mejor, que les sea imposible gobernar, conviertan esto en un caos —insistió el asesor.

—Si lo convertimos en un caos no podremos comercializar el opio.

—Exacto, todo debe ser en equilibrio, como cuando atrapa un gran pez, manejarlo con astucia.

Un silencio

—Y con respecto a los franceses debemos planificar algo como para que ellos se quieran ir, sin que intervengamos —terminó el asesor.

—Con lo que pasó algunos tienen dudas —dijo el oficial.

—No, solamente esas estúpidas monjas católicas.

—Si se van no podremos manejar todo nosotros.

—Sí, podremos. Escuche, preste atención, debemos lograr que estos chinos piensen que los franceses quieren asesinar al emperador —explicó el asesor.

—¿Y qué hacemos con los estadounidenses y los rusos?

—Ellos son pocos, los echamos cuando se nos dé la gana y con respecto a los rusos no hay de qué preocuparse, ellos sólo quieren mantener la frontera del norte. Que se arreglen ellos con los chinos.

—Bien, me retiro —dijo el oficial, se puso de pie y acomodó su gorra.

—Espere, espere. No tan rápido. No tiene nada para decirme, para contarme acaso...

El oficial lo queda mirando.

—No, señor...

—El capitán tiene aspiraciones a comandante... —dijo el asesor y siguió—: pero a mi me parece que hay algunos oficiales subalternos que están mejor capacitados para ese puesto. ¿Acaso no lo cree usted así...?

—Señor, tal vez tenga algo para decirle esta noche si me lo permite —murmuró el oficial

—Lo esperaré con ansias y con un buen whisky escoces. Usted sabe cómo es esto, una orden imprevista de su Majestad y el capitán termina en Jamaica embolsando azúcar y emborrachándose con ron.

## **16. BOADING**

Luego de unos días de viaje acompañados por las sierras del oeste, cruzaron el río Beijuma.

Era como estar cerca de la Ciudad Prohibida, por la cercanía pero también por el movimiento que se veía en el camino. Motivo que los llevó a tomar una decisión que los retrasaría varias semanas: continuar por un viejo sendero paralelo hacia el oeste.

Durante la segunda noche de viaje, Lin Hie y su esposa se encontraban cenando en un asentamiento. Una familia les brindó lugar y pescado para comer.

—Estuve hurgando, hay muchas novedades —dijo Lin Hie.

—Sí, yo también estuve preguntando, aquí todos están enterados de lo que sucede en el palacio —respondió Jia Yi y agregó—: Contrajo nupcias el Emperador con la princesa Alute y otras concubinas.

Lin Hie levantó la cabeza y la observó.

—¿Te has enterado que han negado el rito Kowtow a él y la princesa Alute? —siguió Jia Yi mientras se llevaba a la boca un pequeño trozo de pescado hervido.

—¿Cómo te enteraste?

—Las noticias llegan tarde pero siempre llegan... Además yo también tengo mis informantes.

Ambos rieron.

—Sabes, nada me extraña de lo que suceda en el palacio —cerró él lamentándose.

En las cercanías de la gran ciudad los caminos eran utilizados con frecuencia. Les fue imposible hacer una nueva ruta, la geografía del lugar era abrupta y peligrosa en el oeste. Para luego abrirse en una gran llanura a las puertas de la Ciudad Celestial. Estaban en la última ciudad antes de Pekín, casi junto a la gran capital de la nación. La emoción se transformaba en la angustia y desazón que inspira lo desconocido.

Luego de varios días para transitar los, tan sólo, ciento sesenta kilómetros que separaban una ciudad de la otra, que como siempre se cuadruplicaban por los senderos que tomaban, llegaron a la ciudad de Baoding en el medio de las montañas Taihang. Una cordillera que les fue difícil sortear. Picos y riscos se antepusieron a la ciudad. Era imposible subir o bajar los abruptos acantilados que se divisaban desde lejos, sumados a la espesa vegetación.

*Tan cerca y tan lejos de Pekín*, se decía Jia Yi pero en ningún momento mostraba desdén o cansancio.

En esta parte de la geografía encontraron más pobladores que vivían en pequeños asentamientos familiares que le fueron indicando como llegar hasta la ciudad. La mayoría caminos de paso de hombre. Las montañas altas y escarpadas con un denso bosque les ocultó otro río que los esperaba, el Hutuo. Como la mayoría de los ríos que habían pasado era ancho y profundo de sobrepasar. Y

como en tantas ocasiones tuvieron que regresar a pedir ayuda para poder cruzarlo con los caballos. Evitaban algunos puentes porque eran los lugares donde más se asentaban los soldados.

Intentaron zigzaguear hasta encontrar un estrecho entre las orillas. Aunque no era solamente eso, Lin Yi nunca había podido aprender a nadar y tenía pánico al río y a la profundidad. Consciente de esto su esposo evitaba ponerla en peligro. Luego de cruzarlo continuaron por el camino que siguieron hasta la entrada de la ciudad.

Se detuvieron en un sembrado donde había hombres y mujeres trabajando. Lin Hie saludó desde lejos y un joven se acercó hasta el camino.

—¿Son artesanos? —preguntó.

—No, simplemente viajeros que nos dirigimos a Pekín — contestó él.

—Esta es la última ciudad antes de Pekín, a este paso tienen dos días —dijo el joven.

La pareja lo miraba sin contestar.

—Es la ciudad que van a encontrar pasando esas montañas, mientras señalaba hacia el norte. Ahí van a encontrar trabajo seguramente...

—¿Qué nuevas noticias tienes? —preguntó Lin Hi

—Sólo que la nación está invadida por los británicos, franceses y estadounidenses.

—Gracias —le dijeron y continuaron su camino.

Así fue como al anochecer llegaron a la ciudad, aquí la joven pareja se estableció durante un mes en las afueras, trabajando en la siembra y aprendiendo algunas técnicas del lugar. Habían observado que ante la siembra de una misma hortaliza en algunos casos variaban sutilmente los métodos. Pero el verdadero motivo era estudiar todo movimiento, entender los códigos del lugar e identificar costumbres que seguro se repetirían en Pekín.

Al llegar se encontraron con una ciudad grande y con mucho movimiento de gente, evidenciando la cercanía a la capital y su relación comercial. Esta ciudad varios siglos atrás había sido destruida por los mongoles y una vez conquistada ellos mismos la reconstruyeron.

Jia Yi a los días comenzó a sentirse mal por momentos, luego le pasaba. Se descomponía, se mareaba y sentía que el pecho se le cerraba. No quiso contarle nada a Lin Hie, estando tan cerca de la capital no quería arruinar lo tan esperado.

Ante la cercanía de Pekín fueron cuidadosos de con quien hablar, intentando casi no tener acento cantonés, midiendo sus palabras y qué decir. Luego de ese periodo se dirigieron a la ciudad.

Jia Yi había aprendido a cocinar huí mián un plato típico de fideos del norte de China con cordero y hierbas.

—Es sabroso —comentó Lin Hie.

—Sí —dijo con desgano ella.

—¿Qué sucede?

—Hace unos días que no me siento bien.

El hecho de no querer relacionarse con nadie también les quitaba la posibilidad de solicitar ayuda.

—Voy a preguntar por un médico. —Lin Hie no dijo nada pero desde el embarazo y la intoxicación que había sufrido Jia yi, temía por cualquier cosa que le sucediese.

—No, no más médicos —dijo Jia Yi—. Hay una familia a un rato de camino hacia el sur. Estuve hablando con ella, es buena familia, ella sabe el arte de curar.

—¿Una mujer?

Ella no le contestó.

Lin Hie fue y la buscó, lo recibió el marido y al comentarle toda la familia lo acompañó a su casa. A Lin Hie lo incomodó, se sintió invadido, además eran distintos. El matrimonio no parecía de ancianos, sin embargo caminaban algo encorvados. Lin Hie no pudo con su indiscreción.

—¿Por qué caminan así? Además tienen un acento extraño.

—No somos de aquí, llegamos hace unos años, somos de Changdu, Xizang. De los pozos de sal, nuestro idioma es de esa zona.

—¿Qué hacen aquí?

—Hubo una rebelión, cada uno de nosotros, de nuestras familias, contaba con una parcela a orillas del río Lancang. Algunos de nuestros vecinos quisieron apoderarse de nuestros pozos y decidimos viajar.

—¿A la capital?

—No, en realidad no sabíamos donde.

Al llegar a la casa Jia Yi se puso contenta al ver a la mujer con la que había hablado en varias oportunidades. De inmediato sacó a Lin Hie de la habitación y en su dialecto le habló severamente a su marido. A Lin Hie no le gustó la situación y mostró su incomodidad con un gesto de descontento. De inmediato el hombre salió y a los minutos regresó con unas semillas de *Trapa Bicornis* o castaña de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Lin Hie al ver la extraña semilla.

—Seguramente la comió pero no vio su envoltura —dijo el hombre y se las entregó a la mujer—. Quédese tranquilo, mi mujer sabe. Ella sabe leer y ha aprendido del libro de Wang Ang de las plantas verdes, blancas y oscuras. Esto le quitará el calor del cuerpo y su color rojo y sudor.

—¿Por qué ella sabe leer y usted no? —preguntó Lin Hie.

—Nunca dije que yo no supiera, dije que ella sabía. En nuestro antiguo trabajo ambos debíamos saber leer y cuentas hacer. Ella transportaba la sal desde las terrazas y yo las vendía en los pueblos.

La mujer abrió la puerta y le solicitó resina de goma de durazno. El hombre corrió nuevamente a su casa y regresa a los minutos.

—Eso lo conozco, es un postre dulce.

—Y también un medicamento —respondió el hombre.

Un rato después salió la mujer.

—Ella estará mejor, le bajará su calor interno y se le irá la infección que tiene en la orina. Seguramente fue de tanto cabalgar.

Los siguientes días la mujer se hizo presente con su marido y sus hijos para acompañar a Lin Hie y Jia Yi.

—Usted no debería trabajar en la siembra, debería estar cerca de su mujer, conozco un hombre que necesita un ayudante para su trabajo.

—¿Qué hace?

—Es artesano de las prendas femeninas.

—¿Tiñe en colores? Conocí un textil que teñía ropa —dijo Lin Hie.

—Algo parecido. Venga lo llevaré, es cerca de aquí.

El hombre lo llevó hasta un pequeño taller, los recibió un hombre parecido a Geroge. De inmediato Lin Hie tuvo miedo, pensó que era una trampa y se negó a saludarlo.

—¡Es inglés!

Ambos rieron, era un hombre de la etnia Elosu, conocida como la etnia del norte.

—Soy del norte, soy de la zona de la región de Uigur en Xinjiang. Necesito un ayudante, el joven que trabajaba conmigo fue asesinado en la capital en una manifestación.

—¿Cómo asesinado? —preguntó Lin Hie.

El hombre no contestó.

—¿Qué hace usted? —preguntó Lin Hie entonces.

—Practico un arte de la provincia de Antui, me lo enseñó un hombre cuando viajé al sur. Se llama papel de arena. Es simple, es dejar colores. No se gana mucho con esto pero si necesita trabajar, le puede servir.

A Lin Hie le interesó conocer algo nuevo como en todos los casos. No entendía a quién le podría llamar la atención una prenda manchada de distintos colores que no representaban nada pero al menos algunas semanas se quedaría hasta aprender y ver de qué se trataba.

Mientras tanto Jia yi consiguió trabajo cocinando con una mujer que vendía en la puerta de su casa. Una familia extraña que había llegado hacía unos cinco años. Su viaje había sido más largo aún que el de ellos, pues venían de Guangxi, una región que quedaba al suroeste de Cantón. Habían huido hacia el norte pensando que los ingleses habían invadido solamente el sur. A medida que se acercaron a la Ciudad Prohibida y comprobaron que cuanto más cerca, más británicos encontraban, desistieron de la decisión de llegar hasta Pekín y se instalaron en Boading.

Se vestían de forma extraña, pues las mujeres, dos hermanas, utilizaban sombreros altos rojos. Los padres de las hermanas habían emigrado de Vietnam a China, cuando las niñas eran pequeñas, para poder progresar. Ahora ambas solas y sin maridos se dedicaban a cocinar de una manera tradicional que era con cañas de bambú. Ellas vendían la comida a base de arroz hervido y servidas en gajos de bambú verdes cerrados con una pequeña tapa del mismo material cortado, lo que les daba el beneficio de no derramarse el alimento y que al comensal callejero le durase caliente la comida más tiempo.

Una noche después de terminar su labor en el taller con aquel hombre del norte, Lin Hie se lavó las manos para retirarse. Limpió las manchas en su chaqueta de los pigmentos extraídos de plantas y piedras cuidadosamente molidas para crear colores brillantes e intensos.

—¿Te vas, Lin Hie? —preguntó el hombre.

—Sí, creo que terminé con la tarea y limpieza.

—Ven, quédate un rato. Bebamos un poco de té y juguemos una partida de mahong.

Lin Hie sonrió:

—Gracias pero...

—Vamos, nunca te veo relajado. Nunca te veo divertir, eso no es bueno ni para ti ni para tu mujer. Vamos siéntate —insistió el hombre—. ¿Sabes jugar?

—Lo he visto a mi padre jugar con un amigo —contestó desinteresado Lin Hie.

—He notado inquietud en tu mirada, tienes los sentidos siempre en alerta. ¿Por qué? —pregunto sin mirarlo el hombre mientras removía unas fichas en sus manos.

—No lo sé, nunca jugué a nada, no he tenido tiempo.

—O no te has dado el tiempo.

—Viví trabajando, estudiando y hace mucho que iniciamos este viaje con mi esposa. Y ya ni sé para qué —dijo Lin Hie.

—Si el viaje duró tanto es por vuestra propia decisión, lo podrían haber hecho en poco tiempo. Tal vez tu viaje es la búsqueda de algo que tú o tu mujer no encuentran dentro de ustedes mismo y en el camino esperan encontrar una respuesta —comentó el hombre.

—No es tan complejo. Simplemente tuvimos la utopía de intentar explicarle a la gente del interior de la nación lo que estaba haciendo el opio, con nuestra nación, con nuestro pueblo.

—¿Y tus padres? Tienes una responsabilidad con ellos.

Lin Hie bajó la cabeza e hizo un prolongado silencio.

—No sé de ellos desde que partí de Cantón hace diez años. No sé si están vivos o muertos.

—¿Tienes hermanos que cuiden de tus padres? ¿Has enviado mensajes? —preguntó el hombre muy sorprendido.

—No, tuve una hermana que falleció de niña. Y nos advirtieron que sería peligroso para ellos que nos comunicáramos —comen-

tó desconsolado Lin Hie—. Sí, los he abandonado. Pero tenía que huir. Me hubieran matado. Usted no sabe, no me entiende. Cuando nos atacaron los ingleses nos defendimos y entonces...

—No te estoy culpando de nada, no te justifiques. —Hizo una pausa—. Es notable que no has hablado de tu mujer y su familia, que también eres responsable —dijo mirándolo fijamente a los ojos.

—Es que yo, es decir nosotros... ¿Qué me está diciendo? Mi mujer..., si se hubiera quedado la hubieran torturado, matado a ella también —dijo reaccionando Lin Hie.

—Insisto —lo interrumpió el hombre—. No te justifiques, a mí no me debes nada. Simplemente hice la observación de que sólo mencionaste tu problema y no el de ella, es decir hablaste de tú, no de ustedes.

Lin Hie lo quedó mirando. Pensó y puso en orden sus ideas.

—Mi mujer tenía más urgencia que yo en escapar.

—Seguramente, no sé los motivos por eso no los niego. Tampoco me interesa saberlos. Te hice la observación de que piensas demasiado en ti. Y que si en tal caso no has jugado a este juego, que noto que tienes habilidad innata para hacerlo, no es porque tu vida ha sido dedicada a otra cosa. Asume lo que eres. No te interesa el juego simplemente porque no te gusta jugar, te aburre —dijo el hombre.

—Sí, sí, me parece una pérdida de tiempo..

—Bien, perfecto. Y tal vez te hubiera parecido una pérdida de tiempo tener que cargar con tus padres y la familia de tu mujer. No hubieras tenido tiempo de realizarte a ti mismo. Y lo que haya sucedido en el ataque inglés te vino muy bien para hacer lo que querías, que era huir de tu casa —agregó el hombre con tono hiriente.

Lin Hie se levantó y tiró las fichas.

—¿Quién es usted para cuestionar mi vida? Usted no sabe nada de lo que he pasado en estos años. Mi vida en Cantón, con mi estudio y la posición de mi padre hubiera sido perfecta. Y en tal caso este juego estúpido no me gusta porque no me gusta jugar a nada. Porque no me gusta competir con nada ni con nadie —exclamó ofuscado Lin Hie—. Y me retiro, quédese con su paga que no la necesito, no volveré —el hombre había logrado sacar todo lo que era Lin Hie en realidad, se estaba enfrentando a su peor lado, el que no quería ver.

El hombre sonrió sentado.

—Lo volvió a hacer, habló de usted, de su vida perfecta y no nombró a su mujer. Tal vez su búsqueda en este camino es justamente la competencia que usted dice no gustarle. Porque usted compite consigo mismo. Vaya a saber por qué, eso es algo que deberá resolver usted mismo con el tiempo cuando culmine su camino. Y no digo a la Ciudad Celestial, hablo del propio.

Lin Hie se retiró con un sabor amargo. No deseaba despedirse de ese hombre que le parecía buena persona y le había dado trabajo. Pero consideraba de muy mal gusto e impertinente el haberlo juzgado sin saber nada de él.

Caminó ligero hasta su casa, luego aminoró la marcha. Al ir aproximando a su casa vio a su mujer que iba llegando antes que él cargando con un bulto pesado en su espalda. Se detuvo, no corrió a ayudarla. Se limitó a observarla de lejos, como llegó hasta la puerta, dejó el bulto pesado en el piso, abrió la puerta y con esfuerzo lo entró. Continuo caminando más lento, al entrar la vio preparando los alimentos que ella misma había traído de donde trabajaba. Se acercó a Jia Yi lentamente, se encontraba agachada limpiando con aguas unos vegetales.

—¿Piensas mucho en tu familia? —preguntó Lin Hie con culpa.

—Ah..., estás ahí. No te oí llegar. —Un silencio—. Sí, todo el tiempo y en mi hermana.

—¿Si hubiera sido por ti, hubieras iniciado este viaje?

Ella continuaba agachada lavando, dejó sus manos quietas mientras el agua corría. Continuaba en cuclillas. Luego le dijo:

—Si hubiera pasado lo que sucedió me hubiera ocultado durante un tiempo. Luego se hubieran olvidado y hubiera vuelto a mi vida normal. No sé qué hubiera hecho, seguro hubiera tratado de viajar con mi madre y hermana, ellas ya lo habían hecho buscando otras oportunidades.

—O sea que solo me seguiste —dijo él.

—Eres muy histriónico —sonrió Jia Yi—. Simplemente me ha parecido una opción razonable huir. Y a ese plan le sumamos una causa justa, me pareció aceptable. Nunca imaginé que nos iba a llevar años y que íbamos a tener tantas aventuras. Simplemente me adapté —dijo con el más común de los sentidos y sinceridad.

—Pero me amas —dijo Lin Hie.

Ella sonrió.

—Mira que eres infantil. Seguro que sí, si no me hubiera vuelto. No es tan largo el camino, nosotros lo hicimos largo.

—¿Crees que aproveché y huí de mis responsabilidades como hijo?

—No lo creo, estoy segura que aprovechamos las circunstancias para armar nuestra propia vida. Y tal vez no seguir los mandatos ancestrales. Y seguramente nuestros ancestros darán cuenta de ello, o ya lo están haciendo —respondió Jia Yi.

Al otro día comenzaron a preparar nuevamente el viaje de pocos kilómetros hasta la Ciudad Perdida. No pudo irse sin despedirse del artesano del norte. No soportaba aceptar que lo había hecho reflexionar y había movilizado muchos aspectos de sí mismo. Al llegar a la puerta del artesano dudó en llamar, tomó valor y lo hizo. Aquel hombre del norte lo saludó normalmente, como si nunca hubiera existido aquella charla. Se despidió y le deseó suerte a ambos.

Pasadas unas horas de la partida y luego de un tiempo del camino, Lin Hie le expresó la sorpresa de comprobar que gente de otra nación había entrado a la suya para estar mejor, refiriéndose a las mujeres que le habían dado trabajo a Jia Yi.

—No quise preguntarles. ¿Pues cómo será allí entonces?

—Creo que si nos comparamos siempre vamos a encontrar naciones que estén peor que nosotros. Pero no nos debe interesar, nosotros debemos estar bien sin comparaciones —dijo Lin Hie.

—No hablaba de una superación como nación, solo hablaba de empatía hacia otros ciudadanos de otras naciones. Me apena que en otros lugares se este tan mal o peor que aquí —dijo Jia Yi—. Sabes a veces tu obsesión te hace perder el verdadero valor de las cosas.

El corto tiempo de haber permanecido con el hombre del norte, su charla y los planteos de Jia Yi abrumaban a Lin Hie. Apenas unos les quedaban unos ciento sesenta kilómetros de viaje, por lo que suponían no tardarían demasiado en llegar. Aunque habían aprendido a no vaticinar, pues las veces que lo habían hecho, todo había sido contrario a sus predicciones.

En todo este trayecto no se dedicaron a dialogar informado a nadie, no sólo por el peligro ante la cercanía, sentían que los ciudadanos sabían muy bien lo que estaba pasando, como lo venían suponiendo desde los últimos pueblos y ciudades. Y en tal caso, lo más importante, los motivos y consecuencias las sospechaban. Tal vez no los entretelones dentro del Palacio Celestial o los verdaderos intereses de los ingleses y franceses. Aunque sin certeza, imaginaban lo que sucedía y las pretensiones de los extranjeros que estaban a la vista: tener otra colonia.

Continuar el resto del viaje descansados y con nuevas fuerzas les vino muy bien, ella había sanado y habían comprado una nueva yegua y un nuevo caballo. Esta vez Lin Hie había pagado bastante dinero por la casa, cosa que no le importó. Hecho que sorprendió a Jia yi sabiendo lo cuidadoso que era Lin Hie con el dinero. Pero al haber estado unos meses cómodos le significaba tener la mente fresca y con pensamientos claros a lo que se enfrentarían al arribar a la capital.

Este corto viaje en distancia y días se les hizo interminable, pese a que no era tan compleja la geografía y el clima les fue benévolo. Además había muchos asentamientos donde pedir ayuda, comprar alimentos, descansar y poder dialogar. La gente ante la cercanía de la ciudad era distinta, se los notaba más apurados, amables pero desconfiados. Más distantes, menos inocentes. Pero a la vez tenían una sensación de ansiedad, desazón, angustia, expectativa, temor... Todo pasaba por sus cabezas, cabalgaban sin hablar, lento, como si no quisieran llegar...

### **187. PEKÍN, 1873**

Al arribar a la gran Ciudad Prohibida se encontraron con construcciones de proporciones que nunca habían visto, excepto por Cantón, no tanto por lo grande en dimensiones sino por el movimiento de gente, lo cual hacía que toda ciudad les pareciera un poco más pequeña, hasta su propia ciudad natal.

Estaba bien marcado el barrio de las delegaciones extranjeras británicas, francesas y estadounidenses. De igual manera era grande, con muchas calles de piedra, casas en cantidad de dos plantas y hasta tres plantas algunas. Carruajes tirados no solo con buey, también a caballos. Algunos hasta de lujo bellamente decorados.

Estaban impactados, parecía infinita, mucha gente y grandes comercios. A lo lejos se podía divisar una gran llanura y hacía el noroeste una cadena montañosa. Entraron con temor, miraban para todos lados, de repente vieron soldados del emperador, se quedaron inmóviles. Sin embargo pasaron junto a ellos sin siquiera observarlos. También había soldados marineros británicos y franceses y en menor medida estadounidenses, caminaban por la calle como si fueran los dueños.

—No nos reconocieron —comentó Lin Hie por lo bajo.

A Jia Yi le salió una carcajada fuerte que quiso disimular.

—Te crees tan importante —dijo meneando la cabeza.

Caminaron por toda la ciudad observando. Recorrieron y prestaron atención a cada movimiento. De inmediato pudieron ver una ciudad diezmada e incendiada, particularmente el palacio de verano, muy cerca del centro. Después de trece años la construcción continuaba en calamitoso estado como testigo vivo de la barbarie y la envidia. Caminaron hasta cerca de ella, Lin Hie bajó la cabeza, se arrodilló en una de sus piernas y lloró.

—Cuánto odio y destrucción, cuánta barbarie e ignorancia, cuánta humillación. —Jia Yi lo observaba acongojada más por su marido que por el hecho mismo.

—Se podrá reconstruir algún día, se lo ve tan bello pese al estado —le dijo ella.

—Lo debemos reconstruir para que en la memoria queden vivos los terribles acontecimientos de una invasión colonialista —respondió Lin Hie.

Intentaron acercarse un poco más al palacio cuando un monje shaolin vestido con su típica cívara con apariencia de la misma edad que Lin Hie, se colocó junto a su lado. Sin decir nada sacó una tela y la movió de tal forma que el matrimonio la viera. De inmediato se dieron cuenta que era semejante a la que ellos tenían. Lin Hie lo observó y con discreción sacó la suya y mostró una parte.

—Robaron todo, lo saquearon, entre los ingleses y franceses. Su odio es infinito —comentó sin mirarlos el monje. Sorprendidos se corrieron a un costado.

—No teman, soy amigo, sé quiénes son ustedes –dijo mientras le entregaba su tela a Lin Hie–. Téngala, usted tiene tres, con la cuarta se forma el cuadrado completo. –Lin Hie la tomó con timidez mientras Jia Yi lo observaba agudamente–. Pero debía comprobarlo con el salvoconducto.

—¿Quién ordenó esto? –preguntó Lin He con reverencia y en voz baja.

—Un tal Lord Elgin, su padre se encargó de destruir y saquear un gran monumento en un país llamado Grecia. Su odio a la humanidad y el arte debe ser parte de su educación y su envidia.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque he estudiado mucho más que usted y su maestro fue el mío, como el de su padre. Sólo que yo lo tuve de tutor varios años cuando él era joven. Su nombre es Lin Hie y el suyo Jia Yi.

—¿Cómo sabe mi nombre y qué sabe usted de mi maestro y mi padre?

—Ya han cumplido con su trabajo, con su misión. Y lo han hecho bien pero no termina aquí. Desde aquí comienza otro trabajo, tal vez sin tantas aventuras y peligros pero igual de importante. Un grano de arena es parte de la inmensa playa.

—¿Pero aquí no es más peligroso estando tan cerca de todo?

—No se confunda, es cierto que es igual de peligroso pero los peligros son distintos, por lo tanto las estrategias de supervivencia en la ciudad deben ser diferentes –explicó el monje mientras caminaba lentamente–. Su esposa se llama Jia Yi y sé todo lo que debo saber. –La observó, la miró fijo y dirigiéndose a ella agregó–: Yo estaré cuando usted me necesite... Diríjense al este de la ciudad, hasta el río. Por esta misma calle, cuando lleguen verá una casa negra justo al final. Ahí vivirán, cuando lleguen un hombre los recibirá justo en la casa de al lado. Muestrele sus telas –y haciendo una reverencia se retiró.

—¿A qué se refiere cuando ella lo necesite? –preguntó Lin Hie pero el monje no contestó ni se detuvo.

La intriga fue grande, no sabían a qué se refería, seguro intentarían asesinarla. O tal vez lo asesinaran a él y ella quedaría viuda. Pensaban en tantas posibilidades.

El descontento popular se palpaba en todas partes y había una clara y fuerte oposición a la dinastía de los manchúes, porque muchos los hacían responsables de la división de la nación y la invasión extranjera. La gente ya no temía hablar abiertamente en la calle del fastidio que les generaba el gobierno. En los comercios y veredas pero también era visible que el público no quería ver más a los extranjeros que habían destruido su cultura y nación. Junto a la decadencia social y cultural que vivían sus habitantes ante la brutalidad y prepotencia del invasor.

Al llegar a la casa el hombre que los recibió esperó a ver sus telas.

—Aquí vivirán, debemos estar juntos y organizados. Manifestarnos y mostrar nuestro descontento todas las veces que sea necesario. Parte de estas manifestaciones se deben a ustedes y otros que han llevado la información para que la nación muy lentamente fuera tomando conciencia y confianza en sí misma —dijo el hombre de la entrada de la casa.

—¿Usted es el jefe? —preguntó Lin Hie de forma tímida. El hombre explotó en una carcajada.

—¿Jefe de qué? Aquí por ahora no hay jefe, pero hay líderes...

Lin Hie buscó trabajo como artesano, le sorprendió encontrar un lugar donde desempeñarse al otro día de la llegada y bien remunerado. La vivienda era grande y cómoda con espacio para sus dos caballos y su yegua. Todos los trataban con amabilidad y cortesía, más de lo habitual y esperado, pero de forma distante y menos afectiva. A la semana durante la noche se acercó el monje a su casa.

—Espero estén cómodos aquí —dijo amablemente.

—¿Usted nos consiguió esto o es de la agrupación? —preguntó Lin Hie.

—¿Qué agrupación? Yo no, entre todos... Simplemente nos estamos organizando de una forma más correcta. Vamos por un objetivo cada vez. Hacer protestas y explicarle a la gente la importancia de la participación para que no caigan en el temor o la indiferencia. Ya tendrán novedades, mientras tanto trabajen y progresen que tienen que recuperar el tiempo perdido y se les vienen grandes cambios en su propia vida.

Se retiró sin más dejando más preguntas que respuestas.

Ya instalados Lin Hie advirtió que los que le habían dado cobijo eran conocidos de los dueños del lugar donde producían artesanías y le habían dado trabajo. De mucho menor calidad que las que fabricaba su padre y con una evidente producción mucho más estandarizada. Parecían ser parientes o una red de amigos o conocidos.

A los días de residir en la ciudad y trabajar Lin Hie pudo darse cuenta que algunos de los compañeros lo miraban por el rabillo del ojo y comentaban. Y que cada tres días algunos se iban juntos. Un día los siguió y descubrió que era un grupo de jóvenes que se reunía como sociedad secreta. Y que este no era el único grupo de reunión, imaginaba que hablaban de la realidad de la nación. Pero no sabía cómo y para qué. Se preguntaba si pertenecían al mismo grupo que él. De ser así era un desperdicio que se reunieran solos sin el supuesto líder, del cual todavía no tenía idea quién era o dónde estaba.

Le daba miedo preguntar, pues cabía la posibilidad de que apoyaran al emperador o peor aún a los ingleses. También podía ser que fuesen espías o que fueran utilizados por ellos. Tal vez era una trampa. No quería manejarse solo, pero le costaba. No estaba acostumbrado a esperar que le digan qué hacer.

—Desconozco sus planes —le dijo una noche Lin Hie a Jia Yi—. Debo permanecer quieto y esperando. No es justo, me exaspera esta situación estática de no hacer nada. Necesito saber qué pasa.

—No —le respondió Jia Yi—. No es conveniente que te pongas ansioso, hasta que no sepas cuales son las intenciones de cada uno. Aunque seguramente ya tienen todo planeado y están intentando aglutinar a la gente.

—O no, esta quietud, este silencio me aturde. Yo no soy uno de abajo, no estuve viajando casi veinte años para que me dejen esperando, no dejé a mis padres para que no se tome en cuenta mi opinión

Jia Yi lo observaba sin decir palabra.

—En ningún momento me has nombrado —respondió ella entonces—. Eres un soberbio, pedante y egoísta cuando dejas salir tus verdaderos y más íntimos sentimientos.

Hicieron silencio. Lin Hie callado y avergonzado.

—Tengo que aprender, tienes razón, discúlpame. Mi impaciencia es por mi edad. La vida se termina y quisiera ver que tanto tiempo, esfuerzo y penurias han dado algún fruto —dijo Lin Hie.

—Perdóname tú, entiendo tu frustración. Ya también soy egoísta y a veces no tomo la dimensión de la persona que tengo a mi lado. Eres una buena persona y tienes ideales —contestó Jia Yi.

—Te juro, no es por ego, no quiero que nadie me recuerde ni pretendo ser líder de nada. Sólo quiero una mejor nación para todos.

—Lo sé, lo sé. Tal vez yo no aspire y ni tenga semejantes ideales, solamente pretendí ser una buena esposa.

—Y los has sido y lo eres. Desde el comienzo, le salvaste la vida a mi padre y a mí. Me has acompañado y me has enseñado —terminó Lin Hie y abrazó a su esposa.

Se tranquilizaron y luego de un momento continuaron el diálogo intentando no mortificarse entre ellos.

—No sabemos nada. Estamos como cuando iniciamos este viaje, debemos ser muy cautelosos y no darnos a conocer —dijo él.

—Tal vez tengas razón, hay varios grupos pero las diferencias se van a notar después que podamos quitarnos de encima a los extranjeros, antes no —respondió Jia Yi.

—¿Quitarnos los extranjeros dices? Para eso faltan mil años.

—Sí, tal vez sea lo mejor que nos instalemos definitivamente sin hacer planes, ya estamos aquí. Esperemos, hemos esperado tanto.

—Hay muchos soldados aquí y cualquier rebelión que se quisiera llevar a cabo para echar a los ingleses sería inútil. Seríamos derrotados de inmediato, desconocemos el armamento con que cuentan, cantidad de soldados. Ya hemos visto lo que sucede si las cosas se hacen apresuradamente y sin planificar. Se necesitaría una milicia preparada, guerreros, no lo sé.. Creo que nos llevará mucho tiempo organizarnos para poder dar un golpe certero y contundente para volver a ser libres... Sé que sientes que todo fue en vano, pero no. Todo lo contrario, mira donde estamos, hay toda una organización, de hecho hay varias —dijo Lin Hie intentando ser optimista.

—Antes no había nada —le dijo Jia Yi con una sonrisa.

—Has vuelto a ser tú.

—Nunca dejé de serlo, simplemente que a veces necesito un poco de comprensión.

Todo fue muy rápido, en un mes de trabajar como artesano en la fábrica ya era reconocido por sus habilidades. La casa les resultaba muy cómoda y segura, Jia Yi se estaba encargando del hogar por completo, todavía no quería buscar trabajo, la ciudad la amedrentaba, quería conocerla un poco más.

Lin Hie no solo había llevado bastante dinero al emprender el viaje, en taeles y monedas. Sino que en su largo peregrinar había ganado mucho más. Había invertido en algunos asentamientos, pueblos y ciudades. Y en determinados lugares tuvo considerables ganancias, era evidente que era hábil para los negocios. Sin embargo su interés por el dinero, era sólo para protegerse durante el viaje e instalarse al llegar a Pekín. En su haber no le importaba el dinero como tal, no lo quería para acceder a lujos o contactos. Todo lo contrario, sentía que gran parte de la culpa de que su nación pasara por tantos penares era el interés desmedido por el dinero.

A los meses de trabajar comenzó a planificar fundar su propio negocio, un pequeño taller de artesanías, sin apuros y con paciencia. Había tomado la determinación de saber algo de sus padres y la familia de su esposa de alguna manera. El monje seguro tendría la forma de que llegue información, tal vez hasta traerlos.

Una noche en su casa estaban durmiendo Lin Hie y Jia Yi cuando una mano rozó su cara. LinHie se despertó e intentó saltar cuando observó a un hombre sentado en su cama junto a él. Era el monje.

—Shh..., no haga ruido, podría despertar a su mujer —dijo cerrándole la boca con sus manos—. Tranquilo, soy yo, el monje, los voy a ayudar...

—¿Qué, por qué a esta hora? ¡Cómo se atreve a entrar en mi casa furtivamente!

—Porque es la hora y porque a mí me gusta caminar. Salgamos y acompáñeme.

Ya en la calle en plena oscuridad volvió a hablarle:

—Quiero que entienda algo. La Sociedad existe, y hay un solo líder pero con varias columnas, con distintos referentes. Cada una independiente, con sus características, todas tienen una sola idea en común. Hay varios planes pero todos para conseguir el mismo objetivo. Nuestra nación es grande y nuestro pueblo diverso.

—¿Quién es el líder, es han? —preguntó ya más tranquilo Lin Hie.

—Ese es su primer error. Aquí no nos diferenciamos ni por etnias, ni religión, ni creencias, ni cultura. Ni siquiera nación. Si usted fuera extranjero y persigue nuestro objetivo sería aceptarlo. No todos los manchúes son iguales. Dentro del templo algunos somos guerreros, sin embargo nuestro objetivo es la paz, el equilibrio, la armonía. Pero cuando la arrogancia es muy grande se debe actuar para lograr el respeto y volver al equilibrio. —El hombre se detuvo—. Yo me contactaré con usted cuando sea necesario. Usted no se puede manejar solo porque haría que todo fracasara. Necesitamos mucho tiempo. Trabaje, prograse, cuando sea el tiempo será convocado. Sé que usted cree que ha hecho mucho, en realidad hicieron mucho. Pero no son los únicos —dijo el monje sin dar lugar ni a réplicas ni cuestionamientos. Lin Hie se quedó tieso.

—¿Cómo puedo saber de mis padres? Usted seguro tiene información —dijo entonces en tono de súplica.

—No lo sé con precisión pero seguramente están muertos los suyos y los de su esposa. De ser así no es vuestra responsabilidad, es por motivos ajenos a ustedes.

Lin hie sintió que se desmoronaba, cómo se lo diría a su mujer. El monje lo miró.

—Espere, no se lo aseveré.

Volvió a su casa y a la cama. No le dijo nada a su esposa y ella en ningún momento se percató de la presencia del hombre. A partir de esa charla comenzó a hacer una vida normal pero sus pensamientos y recuerdos de sus padres y suegros lo invadieron.

A los días el monje se acercó por detrás cuando estaba trabajando. Lin Hie pegó un salto, el monje no hacía ruido ni al caminar ni respirar.

—Me asusta cuando viene así —le dijo.

—Ya es hora, las reuniones comenzarán mañana. Yo le llevaré y seleccionaré los jóvenes. Usted va a volver a dirigir un grupo pero yo le diré que debe explicar.

No le gustó a Lin Hie que le dijeran qué decir pero no puso excusa.

Luego de trabajar el monje pasó a buscarlo y lo llevó hasta las afueras de la ciudad hacia el lado oeste. Era una vieja casa donde en apariencia no vivía nadie, alejada de todo a unos cincuenta metros de la vivienda más próxima.

Se sentaron en el piso en silencio.

—Quiero que cuente los hechos sucedidos en Cantón y cómo se fueron desarrollando los distintos sucesos. Usted es maestro, quiero que sea claro, conciso. Hágalo de forma cronológica hasta la destrucción del Palacio de Verano ordenado por Lord Elgin. Y luego explique por qué se llevó a cabo la introducción del opio y cuáles son las consecuencias sociales y políticas. Ellos lo saben pero deben tener más en claro los conceptos. Es muy importante que sepan las consecuencias de las últimas rebeliones más allá de que estas hayan sido sofocadas por los soldados del emperador.

El tiempo pasó, para la llegada de la primavera, Lin Hie llevaba a cabo reuniones con grupos de jóvenes después del trabajo, agregando de a poco compañeros propios. Las desconfianzas se habían ido disipando de a poco. Y aunque le molestaba la pasividad y ceremoniosa de estas, se encontraba cohibido, nada para divulgar nuevo en apariencia, todo estaba a la vista de todos.

Sabía que su ímpetu y carácter podrían jugarle en contra, por ese motivo no insistía en preguntas ni observaciones capciosas que serían aplacadas en pocos días sin dar ningún tipo de ganancia ni resultado. Recordaba a cada instante las enseñanzas del maestro, *Serenidad y paciencia, son el plato fuerte del éxito, se decía.*

Los jóvenes hablaban de revolución. *Tal vez pasó mi tiempo y mi función ya fue cumplida, se decía. No entiendo qué estoy haciendo.* Y le sumaba la carga de no ser sincero con su esposa y decirle el temor con respecto a la familia ante el presentimiento del monje.

La gestación de una revolución debe ser cuidadosamente planeada, primero desde la educación y luego desde la concientización.

Y esto lleva muchísimo tiempo, además las revoluciones se dan por el hartazgo de la población, caen como las frutas maduras, por su propio peso. Cuando las diferencias sociales hacen que el hombre sea parte de un zoológico para los que nadan en abundancia y sean simples espectadores de un grotesco espectáculo horroroso, y que del otro lado de las rejas sus risas burlonas hacia aquellos que agonizan por inanición sean la principal atracción. Sin embargo las revoluciones espontáneas si no son organizadas y guiadas llevan a un fracaso absoluto, pues son reprimidas fácilmente. Necesitan de líderes pequeños que organicen cada uno de los actos y manifestaciones. Lin Hie no sabía si era capaz de coordinar, dirigir, ni siquiera ser parte de una.

Lin Hie saludó normalmente a su esposa al llegar, ella había cocinado y estaba todo listo como siempre, sin embargo algo le sucedía. De inmediato la vio rara, no era la misma. Algo había sucedido durante su ausencia, pensó lo peor, es decir, habían llegado a su casa los soldados extranjeros o chinos.

—¿Qué pasa? —preguntó Lin Hie mientras se higienizaba con una tela humedecida. No quiso aventurarse a adivinar, presintió alguna trágica noticia de sus padres también.

—Nada —respondió Jia Yi mientras no dejaba de servir la cena.

—Estás mintiendo, me ocultas algo. ¿Has logrado tener noticias de tus padres o los míos?

—No —hizo un silencio y continuó—. Estoy embarazada... —sin mirarlo, con la cabeza gacha y dándole la espalda.

Lin Hie giró la cabeza mientras terminaba de secarse las manos, se quedó quieto como hipnotizado, como quien ve un espectro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó quieto y mirándola fijo, no se atrevía a moverse.

—Porque lo sé, dijo Jia Yi en una actitud casi avergonzada y disculpándose.

Él continuaba tieso, la miró sin saber que decirle.

—Si, ya sé —le dijo ella sin levantar la cabeza—, piensas lo mismo que yo, que ya soy una vieja para tener hijos.

—No, no es eso —dijo respondiendo de inmediato—. Pensé que no podíamos tener hijos después de tanto tiempo y de la pérdida de

tu anterior embarazo. Lo que fue una decisión luego se transformó en un hecho natural creí... estoy sorprendido y asustado, contento, feliz, pero asustado. ¿Qué nos puede pasar si anduvimos recorriendo durante casi ciento ochenta lunas?

—Ya no cuentes en lunas —dijo Jia Yi sonriendo—, aquí todos usan el calendario occidental.

El sonrió:

—¿Qué año es para ellos?

—No lo sé, y qué importa.

—Nos deberemos levantar temprano como los gallos.

—Esposo mío, tú te levantas antes que los gallos.

—Y nuestro hijo va a nacer entre conflictos, opresión y hambre —comentó mientras se acercaba a ella. La abrazó, le levantó la cabeza y la miró directo a los ojos—. Es perfecto. Todo va a salir bien. Porque ahora sí tenemos, ya no la esperanza, tenemos la obligación de cambiar esta realidad.

—Ya no podremos andar por ahí —respondió angustiada ella.

—No hace falta, estamos donde debemos estar, ya estamos instalados aquí. Este era el final del camino y nuestros ancestros nos han premiado con un hijo —exclamó Lin Hie con tono de júbilo.

—O hija —dijo Jia Yi ya más tranquila.

—Es en vano que sigamos recorriendo caminos. Aquí es donde crecerá nuestro hijo y continuará nuestro trabajo si nosotros no lo conseguimos —siguió él vehemente en su discurso, sin soltarla ni dejar de mirarla fijo.

—Nuestros padres... —dijo ella—. No sabemos siquiera si continúan vivos.

—Ellos sabían el camino que elegimos, al menos mi padre lo sabía y quería que ayudemos a nuestra nación —comentó él mordiéndose para no decir nada, menos ahora en su estado.

—Pero no podrán saber que tenemos un hijo. Mi hermana nunca se va a enterar —dijo Jia Yi casi desconsolada.

—No pensemos en ello, ni sabemos si están vivos como tú lo has dicho. Si los han asesinado. Nada, esa es la realidad.

—¿Y si me pasa algo durante el embarazo, o en el parto y muero? Soy una vieja. No quisiera dejar un hijo sin madre y un esposo solo a cargo de un hijo. O podríamos morir los dos en el parto.

—No, no eres una vieja. Y nosotros no somos como el resto de las personas. Nuestras costumbres las estamos creando nosotros. No seguimos todas las tradiciones. No temas, nada va a pasar, todo va a salir bien. Y si algo malo sucediera voy a dedicar el resto de mi vida a nuestro hijo, echar a los invasores de nuestra nación y seguir trabajando para darle de comer y darle una educación.

—¿Y si muero con mi hijo? No lo entiendes —insistió Jia Yi.

—Muero con ustedes —dijo Lin Hie sonriendo.

En silencio se sentaron.

—¿Te has dado cuenta que desde que llegamos a la ciudad nunca fuimos hasta la muralla? —preguntó Lin Hie.

—Desde que vivimos aquí todo lo que hicimos fue trabajar —respondió ella un poco más tranquila.

—Seguramente es bueno que hagas reposo, dejemos la muralla para otro momento.

—Sí —contestó resignada Jia Yi.

—¿Habrá muerto el maestro? —preguntó él en voz baja—. ¿Y nuestros padres...?

Seguro que sí, eran muy ancianos.

Silencio.

—Deberíamos haber enviado o preguntado a alguno de los mensajeros que se dirigían al sur —agregó Lin Hie.

Jia Yi dijo:

—Habíamos quedado que no íbamos preguntar por ellos para no ponerlos en peligro. Queríamos resguardar su anonimato.

—Habrán muerto tristes con dudas de saber si nosotros estábamos muertos.

Otro silencio.

—Por cómo se han dado los acontecimientos creo entender que alguien les debe haber comunicado de nuestro largo peregrinar y que estábamos bien... Todo lo que hicimos en nuestro largo viaje, ¿habrá sido en vano, dará algún fruto? Tal vez no era época de lluvias como para que germinen las semillas —dijo Lin Hie frustrado.

—No lo sabemos, quién sabe si alguna de las rebeliones de hoy fueron producto de tus enseñanzas. Nunca lo sabrás porque tu fuiste esparciendo semillas a lo largo del camino y seguramente en algún momento llovió y germinaron —intentó consolarlo ella.

La vida continuó igual mientras el embarazo se llevaba adelante sin problemas. Lin Hie intentaba que Jia Yi siguiera las costumbres de los embarazos, que no cargara bultos, no levantara las manos más arriba de la cabeza, que no participara en reuniones... Sin embargo Jia Yi hacía todo lo contrario, como era su costumbre.

Estando en el octavo mes, Jia Yi buscaba una matrona que la ayude en el parto, cuando una tarde se le apareció el monje shaolin en su casa cuando Lin Hie no se encontraba. Sin el mínimo ruido de pronto se lo encontró Jia Yi detrás suyo. Se asustó y dio un salto hacia atrás.

—Tranquila, mujer, ya le había avisado a su esposo que yo la ayudaría.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida.

En ese momento entró Lin Hie.

—¿Qué hace aquí?

—Ya es momento, le dije en la última visita que yo estaría aquí.

—No entiendo —dijo ella

—¿Usted sabía? —preguntó incrédulo Lin Hie.

—Me di cuenta de inmediato, el día que los fui a ver mientras contemplaban el Palacio, que quedaría embarazada.

—Y todavía no lo han arreglado —comentó al pasar Lin Hie.

—Creo que no debieran, así nuestro pueblo nunca se olvida de lo que son capaces los extranjeros. Pero bien, no estoy aquí para eso. Usted próximamente va a parir, soy médico, yo la asistiré. Vendrá una mujer conmigo. —Y agregó—: De aquí en más hay que tener mucho cuidado, un hijo los torna mucho más vulnerables. De aquí en más le comunicaré cómo serán sus reuniones. No olviden que un hijo puede ser para quienes se los quieren quitar de encima una mercancía para ser utilizada... Por ahora pueden estar tranquilos, nadie sabe que están aquí y quiénes son. El guerrero que les salvó de la emboscada hizo bien en no dejar testigos, nadie sabe quiénes son ustedes. Una mujer y sus hijas andan hurgando pero no saben nada. Esta ciudad es muy grande. Suponemos que es la mujer del maestro, que ella misma envenenó según nuestras sospechas. Tratamos de mantener en mayor secreto la identidad de cada uno pero a veces es imposible.

Cuando el monje se retiró quedaron solos.

—Es cierto que me dijo que estaría en el momento adecuado pero no me imaginaba que se refería a este. Tampoco suponía que era médico.

Un día antes del parto se instaló el monje con una mujer. El trabajo de parto comenzó unas doce horas después. Lo que se suponía que, por ser una mujer de avanzada edad y primeriza, fuese problemático, no lo fue. El bebé nació grande y rozagante, y sin ningún contratiempo. Muy blanco y a los gritos, de inmediato la matrona se quedó con Jia Yi a solas, sólo un minuto le permitieron a Lin Hie estar y conocer a su hijo.

—Es una cuestión sanitaria —le dijo el monje y se quedó con él en otra habitación.

El nacimiento de Lin Xi fue un acontecimiento social entre los nuevos amigos que pronto habían hecho.

El maestro shaolín le consiguió un lugar más grande donde vivir que abonarían con dinero de Lin Hie..

Jia Yi no quiso seguir las costumbres de quedarse en la cama y dentro de la casa. En cambio de buen gusto ofrecieron ofrendas a los ancestros y prendieron velas rojas para alejar a los malos espíritus.

Se celebró la fiesta del huevo rojo al mes y a los cien días de su nacimiento realizaron el festejo. Y al año una fiesta con todos invitados y amigos.

Mientras tanto el monje les ayudó a reformar y agrandar la nueva vivienda. Un día durante un descanso, almorzando, Lin Hie le preguntó dónde había aprendido a construir.

—Además de médico también soy constructor. Me enseñaron en el templo.

—¿Usted vive ahí?

—Sí, ahora estoy en las afueras, cerca de aquí. Cuando termine con mi misión volveré.

—¿Ellos también...? Me refiero a los constructores —preguntó Lin Hie Y agregó—: ¿Qué misión...?

—Oh, no, no... Solamente algunos igual que yo.

—¿Cómo conoció al maestro?

—Él era uno de nosotros. Era maestro de música y llevaba las cuentas del templo. Era el administrador pero también era un guerrero, por eso partió. Siempre hubo algún intento de parte de los Han de quitarse de encima a los manchúes. Él luchó con su padre —le dijo el monje.

—¿Con mi padre, dónde, cuándo?. ¿El maestro era Han? —las preguntas salían de la boca de Lin Hie sin pasar por sus pensamientos.

—Sí, pero era un hombre pacífico, no gustaba de la violencia, intentaba hasta último momento prescindir de ella y convencer al enemigo.

—¿Y él fue alguno de los que intentó alguna revuelta contra el emperador?

—No, todo lo contrario. El siendo Han defendía a los manchúes, porque él en realidad defendía la institución imperial —respondió escueto el monje.

—No entiendo, nunca llegó a contarme sus íntimos pensamientos políticos —se lamentó Lin Hie.

—El maestro pensaba que las cosas se deben dar solas, como el agua que corre en un río. Toma su forma, su camino y con su tiempo... como las frutas que caen. No quería que el Emperador se fuera por la fuerza, todo lo contrario. Pensaba que el mismo Emperador debía darse cuenta de sus errores y mejorarlos sin violencia y sin caos. Y en tal caso irse solo.

—Pero usted me dice que era un guerrero.

—Estuvo en dos batallas y gracias a él y su astucia de estrategia y experiencia en peleas y lucha se ganaron. Sin embargo nunca mató a nadie —contestó el monje.

—Eso es imposible —dijo descreído Lin Hie.

—No para él. Ni siquiera ha matado un animal. Sabe, el templo se encuentra rodeado de montañas y bosques. Sin embargo había una calle en frente que daba el sol y no había sombra para poder caminar bajo ella. Una vez dentro del templo creció un arbusto que pronto el maestro advirtió que era un árbol de peras nashi. Decidió plantarlo en la vereda para que todos puedan disfrutar de sus frutas y su sombra. Desenterró el árbol, aproximadamente de su altura, lo trasladó, cavó el pozo y lo plantó dejándolo a la altura de un niño.

Todos los días iba a regarlo, una mañana lo encontró volteado y no había sido el viento. Alguien lo desenterró, estaba el pozo, y la raíz al aire a una distancia de cinco pasos. Lo volvió a enterrar y regar, a los días otra vez. Varias veces sucedió eso hasta que se terminó secando... El maestro dejó de ir y todos los días observaba cómo la gente caminaba sin sombra y los niños no tenían la posibilidad de disfrutar sus frutos. ¿Sabe la enseñanza de eso cuál es? Nunca lo vi enojado, sabía del odio de muchas personas que odian por el simple hecho de odiar. Porque llevan su maldad adentro. Pero a sabiendas de saber perfectamente que alguien tenía tanta maldad y que se estaba burlando de él, jamás dejó de intentarlo. Solamente se lamentaba por los demás.

—Pero al final no pudo plantar un árbol —dijo Lin Hie.

—No, pero él sabía que lo había intentado más allá del resultado.

—¿Qué me quiere decir con esto?

—Ustedes hicieron su parte y dio los resultados que dio. Fueron parte de algo muy importante. Ahora es tiempo de hacer lo suyo pero de otra forma. No se lamente por dejar la aventura, siéntase reconfortado que ha hecho un gran camino y ha dejado huellas muy importantes. Y la mayoría de las semillas que esparció, germinaron.

Lin Xi fue creciendo feliz y fuerte, jugando entre el taller que su padre iba instalando de a poco en el costado de su casa. Mientras tanto algunos mínimos avances se iban desarrollando, entre ellos el ferrocarril, primero desde lo comercial de Shanghái a Woosung en 1876. Construido por los británicos con el único propósito de la comercialización de sus productos y de sus propios intereses.

En una de las reuniones un joven dijo:

—Ese nuevo ferrocarril que hicieron los ingleses lo utilizan sólo ellos.

—Ellos lo construyeron —opinó otro.

Lin Hie observaba.

—Pero en nuestra nación, en nuestra tierra —dijo el primero.

—Lo utilizan para llevarse nuestra mercadería, nos cobran por hacerlo y transportan opio.

—Pronto dejará de existir —comentó Lin Hie.

—¿Cómo lo sabe?

—El gobierno lo hará dismantelar y los ingleses no querrán más descontento popular. Lo harán... Aunque en realidad la decisión debiera ser otra, ellos lo instalaron bien. Deben tener su ganancia hasta amortizar el gasto. Una vez hecho debiera ser de nosotros y ellos cobrar una concesión pero no clausurar como seguramente ordenará su majestad la Emperatriz.

Al término de la reunión al retirarse Lin Hie del lugar se encontró en la puerta al monje.

—¿Qué hace aquí?

—¿Conoce el telégrafo?

—Sí, sé de él. No lo sé utilizar si a eso se refiere —dijo Lin Hie.

—¿Qué opina?

—Creo que deberíamos tener una red para nosotros y poder comunicar las noticias. Es una herramienta bélica formidable poder transmitir a distancia que viene un ejército a una ciudad y que está por invadir.

—Sí, bien, hay algo mejor —dijo el monje—. Han traído un nuevo aparato, parece que se puede hablar directamente, lo trajeron a Ningbo, un tal Li Gui.

—¿Quién es ese?

—No lo sé. Pero aparentemente Li Hongzhang, el negociador, lo elogia y van a redactar normas del servicio postal parecido al europeo. Son versiones. Es un hombre que está viajando por el mundo representando a nuestra nación. Guo Songtao, es un empresario, también lo han enviado a comerciar y habla de este aparato. Es embajador en Francia. Aunque en realidad no están negociando, sólo nos estamos arrodillando ante las pretensiones europeas, todo es una mentira, no existe ningún tipo de restauración —completó resignado.

—Si pudiéramos tener ese aparato, el telégrafo, y fotografías podríamos ser más convincentes en nuestras enseñanzas.

—No hace falta ser más convincente, usted se quedó en los inicios de su viaje cuando nadie estaba enterado de lo que realmente sucedía. Ahora sí se sabe, y en parte es gracias a ustedes y la red de gente que distribuyó la información. Pero ahora nos debemos enfocar en organizar movilizaciones, manifestaciones hasta que los extranjeros se vayan.

—¿Organizar un ejército? —preguntó descreído Lin Hie.

—No, nunca podremos contra esas potencias. La estrategia debe ser inteligente, sutil. Todo pasa por la ganancia, si se les termina la ganancia no tendrán porqué permanecer.

—No lo sé, no creo. Ellos siempre quieren ser dueños de todo —dijo pesimista Lin Hie. Entonces preguntó—: ¿Por qué shaolín, por qué Kung fu?

El monje lo miró con extrañeza.

—No tengo una explicación cierta de por qué he dedicado mi vida a ser monje. Creo, tal vez, que ha sido un llamado. Dedicarme al otro, hacer el bien, curar, enseñar, ayudar, no tener una vida vacía sólo para mi y mis propios intereses. Creo que la vida es un equilibrio y es bella, muy bella y debemos devolverle algo a tanto regalo. Y el mejor obsequio a mi entender es hacer el bien al otro... Y con respecto al kung fu, es algo que se enseña en el templo, como ser constructor, maestro, médico, saber de administración, leyes y varios dialectos. La vida es muy corta para aprender todo lo que uno quisiera.

—Pero no todos quieren aprender tanto.

—Y está muy bien, no se juzga, se acepta siempre que no interfiera con tu equilibrio —dijo el monje.

—Pero el arte marcial que todos aprenden es el choy li fat —dijo Lin Hie.

—Sí, se ha popularizado en estos últimos años. Nuestras artes marciales tiene como fundamento el tener que defendernos de tantos ataques extranjeros, si esto no sucediera no necesitaríamos aprender a defendernos, ni a pelear.

La vivienda quedó terminada mucho antes de lo esperado. Varios amigos les ayudaron a construir bajo la dirección del monje. Este era ordenado y prolijo, trabajaba a la par de los demás y realizaba todas las tareas con esmero y precisión. No se limitaba a dirigir, era un excelente carpintero, ebanista, cantero, teclista. Lin Hie se sentía amedrentado de tanta sabiduría pues no solo era eficiente con sus manos. Era un hombre de mente aguda, despierto y crítico.

—La casa ha quedado hermosa, gracias, esposo mío —dijo Jia Yi.

—No hubiera podido sin la ayuda de Li Shichong —respondió Lin Hie refiriéndose al monje..

—El budismo promueve la bondad y generosidad —dijo ella.

—Lo dices porque tu familia profesa el budismo —dijo Lin Hie y sonrió.

—No es lo mismo, nosotros somos ha, ellos son chán, (zen).

—¿Y cuál es la diferencia?

—No lo sé, supongo que ser sacerdote —respondió Jia Yi.

—Muchas diferencias para entender, debiéramos unificar.

—En las diferencias está el crecimiento y creatividad.

En el Palacio Celestial el Emperador, títere de los británicos, Tongzhi, —Qixiang— (Zaichun), estaba a merced de la Emperatriz Cixi. Y ella a su vez de los británicos, puesto que en realidad gobernaba a medias, dada las interacciones constantes de los ingleses. La madre verdadera de Tongzhi, la Emperatriz viuda, no podía decidir absolutamente nada, Ci'an era mucho más sumisa y estaba opacada.

En cambio su tío el príncipe Gong tomaba decisiones, le quitaba importancia a los planteos de Ci'an y mostraba cierta rivalidad con Cixi. Por lo tanto el palacio era un caos, situación que a los británicos, franceses y estadounidenses le convenía.

Los desacuerdos crecían día a día y si bien se intentaba que los ciudadanos no se enterasen, el pueblo notaba la falta de liderazgo y desorganización. El Emperador entró en conflicto con sus ministros, sus tíos los príncipes Gong y Tixuan y su medio hermano Chun. La situación era insostenible, sin embargo los ministros y mandarines intentaban por todos los medios sostener la situación y enmendar los errores que se iban suscitando.

Desde el nacimiento de Lin Xi durante la primavera, el crecimiento económico de Lin Hie fue muy grande desde el punto de vista comercial. De pasar de ser un empleado artesano de primera a dueño de su propio pequeño taller de artesanías, con varios artesanos, que desde el inicio los hacía socios. Al igual que el padre formaba una especie de cooperativa. Todos tenían iguales responsabilidades, todos percibían las mismas ganancias o pérdidas. Alternaba lo aprendido de su padre con las nuevas técnicas del lugar más las adquiridas durante el camino.

## 1875

Durante una jornada de trabajo, Lin Hie ya contando con el doble de trabajadores que su padre, fue visitado por su amigo monje shaolin Li Sinchong.

—El emperador Tongzhi murió —dijo el monje mientras tomaba agua de un barril, y observaba el tono cristalino y bebía con agrado. Lin Hie que caminaba dirigiéndose hacia él se detuvo, los trabajadores hicieron lo mismo. Todos lo quedaron mirando atónitos.

Lin Hie giró la cabeza mirando a los artesanos. De inmediato corrió por su mente qué sucedería con las exportaciones, economía y la política en general.

—No sabíamos... muy joven... ni se han anunciado... ¿De viuela? —balbuceó sorprendido Lin Hie ante la noticia—. ¿Pero cuándo, cómo no nos enteramos?

—Hace instantes —respondió el monje encogiendo sus hombros.

—¿Pero cómo lo sabes antes que todos? —preguntó Lin Hie descreído.

—De hecho hay gente dentro del propio palacio que no se ha enterado aún —dijo Lin Shichong—. Seguro fue alguna enfermedad de la promiscuidad, del sexo.

Lin Hie no contestó.

—O lo mataron —agregó el monje—, esa mujer no es confiable... Es capaz de matar a su propio hijo o hijastro.

—Sabes, Li Shichong, a veces dudo los motivos de porqué sabes demasiado —dijo Lin Hie—. Y si toda la organización sabe tanto como tú...

El monje sonrió.

—Y lo bien que haces en no confiar en mí ni en nadie. Te has quedado serio, porque nunca me llamas por mi nombre.

—¿Te referías a la emperatriz Cixi...?

El monje caminaba entre las mesas y acariciaba las vasijas recién confeccionadas con el material fresco mientras todos los hombres lo observaban.

—¿Cómo sabe tanto, qué saben ustedes los monjes? —insistió Lin Hie.

—Mis hermanos no tienen nada que ver, los monjes no se meten en este conflicto. No te atrevas a involucrarlos. Mis convicciones están por fuera del templo.

—Entonces, ¿de dónde saca la información? —reclamó Lin Hie impaciente.

—No hay que estar, hay que saber con quién estar... Que todos sepan y estén preparados —dijo mirando a los artesanos Li Sinchong. Todos lo observaban.

En ese instante llegó a la fábrica Jia Yi con su pequeño hijo que corría entre las mesas.

—Lin Xi, ten cuidado —gritó Jia Yi mientras lo seguía.

—De forma inesperada murió el Emperador —comentó Lin Hie a su mujer.

Ella giró, lo observó y se encogió de hombros.

—No tan inesperada —terció el monje—. El nuevo Emperador será Guangxu, (Zaitian), es el primo. Aunque seguirá gobernando Cixi, la Emperatriz —agregó resignado.

—Pero cómo sabe eso, no puede predecir. O Tal vez sea adivino y no nos lo dijo —dijo Lin Hie.

—No es ser adivino, es lógica. Además ya se ha decidido. Ustedes han hecho mucho ya, pero esto es lo que necesitamos que sepa la gente, los habitantes. No lo que pasa, que de una u otra forma se van a enterar tarde o temprano. Si no por qué suceden las cosas y cuáles son los intereses. —El monje miró fijo a Lin Hie—. ¡Deben hacerle entender que el gobierno es títere de los ingleses!

—¿Y nosotros lo sabemos?

—Si, siempre lo supieron, sólo que ahora estando más cerca no se distingue. Estando dentro de una batalla no se ven los errores, desde lejos, desde arriba todo se ve mejor. Ya sabrán de mí, debemos estar preparados. —Acercó su rostro al de Lin Hie—. Usted tiene una piedra, téngala a mano. Es hora de que encime las cuatro telas, primero la cabeza del dragón, luego el cuerpo, tercero la cola y arriba el fuego que vierte de sus fauces. Mírelas a través del sol, ahí verá una serie de pasadizos secretos y túneles en la ciudad. Memorícelos —explicó el monje.

Lin Hie no respondió. Jia Yi intentaba recordar las telas.

A los días Lin Hie volvió a las reuniones regulares con jóvenes pero esta vez sumó de todas las clases sociales. Pocos, pero diversos, algunos de ellos hombres mayores que habían participado en alguna revuelta, que le enviaba el monje. Muchos de los hombres que participaban en alguna manifestación se enteraban y querían saber, estar. Pero el monje seleccionaba y era muy cauto, sabía que había espías por todas partes. Era una cuestión de precaución.

Así Lin Hie inició nuevamente con diálogos sencillos y más comprometidos, al principio como conjeturas y comentarios a los trabajadores. Les comentaba y hacía entender causas y consecuencias de los hechos. Que ya lo había intentado hacer varias veces en su largo viaje pero ahora de forma muy puntual y con fundamentos irrefutables y al alcance de la mano. Daba nombres y por primera vez se atrevió a ser parte de una organización de una manifestación. Era muy preciso en dar a entender la oportunidad que se estaba dando en ese momento. Contaba con información caliente.

El tiempo fue pasando, mientras la fábrica se convertía en una pequeña compañía donde los propios trabajadores ahora habían formado una especie de sociedad con el mismo Lin Hie. Todo aquel que se incorporaba comenzaba a ganar lo mismo que todos, no había categorías, solo que a los nuevo se les descontaba una mínima parte para que se tome como inversión. *Todos los artesanos tienen que tener su casa y vida digna*, se decía Lin Hie. Se le sumaba a su labor la de maestro, puesto que le había ayudado a conseguir un puesto Li Sinchong en una escuela. Alternaba su trabajo con el de enseñar a los pequeños cerca de su casa.

El monje le había diseñado y ayudado a instalar una máquina de madera que aceleraba la producción de vasijas. Contaba con una gran habilidad artística, también lo ayudaba a administrar, además de conectarlo con exportadores. Hacía el diseño de jarrones, tazas y otros utensilios a cambio de nada, se había convertido en un verdadero mentor y maestro. No lo comparaba con su antiguo maestro y no dejaba de pensar en sus padres, en la familia de Jia Yi y el comentario del monje. Todo sumado a lo innato de Lin Hie el progreso era muy rápido y ya estaban exportando una importante

cantidad. Pronto inició un proceso estandarizado parecido al que utilizaban en Pekín. *Mi padre no aprobaría estos métodos*, se decía mientras veía crecer su negocio.

Amplió también la vivienda al estilo de un siheyuan, para la familia. Era la vivienda de un hombre poderoso y respetable. No había diferentes viviendas hacia el patio central, sólo una, con el gran muro que dividía la fábrica que instaló para la privacidad de la familia. Semejante a la del padre pero tres veces más grande.

—Esta casa le podrá servir a nuestro hijo —dijo Lin Hie dirigiéndose a Jia Yi—. No olvido que cuando estabas embarazada no dejabas de trabajar.

Estaba feliz, pleno. E intentaba a cada instante de no olvidarse de quién era, que sus ideales que no fueran opacados por la comodidad y el poder. Y para ello estaba Jia Yi, que moderada pero firme sabía quién era ella y su marido. Y quién debía ser su hijo.

—Nosotros hemos tenido suerte, no es solo el esfuerzo para progresar, nosotros contábamos con algo de dinero y el conocimiento y la educación ¿pero quien no cuenta con ella? ¿Acaso es culpable de su pobreza? —dijo Jia Yi—. Es como comenzar una carrera de velocidad estando más adelante, es mentira eso que escuché que todos tenemos las mismas oportunidades y potenciales.

—Obvio que no, por eso la educación, el maestro, es la columna vertebral básica de una sociedad de iguales condiciones, derechos y obligaciones —respondió él.

Lin Hie nunca diría a su mujer que esperaba con ansias un varón pero el hijo había cerrado un ciclo, un círculo que pensaba nunca cerraría. *La vida está compuesta por varios círculos encerrados en uno más grande que todo lo abarca y se cierra con la muerte*, recordaba las palabras del maestro.

—Los ancestros nos han ayudado, han cuidado mi viejo cuerpo —dijo ella una noche mientras cenaban.

—Tú te mantienes más joven que nunca —respondió él.

Ambos se transformaron en padres cuidadosos con su hijo, se acabaron los días de aventuras a caballo, de largos viajes por caminos inhóspitos, climas extremos y amenazas constantes. Ahora tenían una vida sedentaria y si bien Jia Yi continuaba con sus diálogos con mujeres intentando hacerles entender que ser una mujer

no era condición para no meterse y comprometerse en la sociedad y la política. Ella era una esmerada ama de casa, madre y esposa. A lo que le sumaba la estrategia de que ante una manifestación, al momento de la represión de los soldados, de qué manera ayudar a huir a sus maridos e hijos.

Por otro lado, las reuniones de Lin Hie fueron además de informativas, un centro de planificación. Intentó acercarse a los temas culturales inherentes a la gran ciudad. Para eso intercambiaba sus labores de la fábrica, en la cual al contar con varios artesanos amigos, podía ocupar el tiempo en necesidades de los vecinos. Por otra parte, su profesión de maestro lo hacía popular entre ellos. Sin embargo intentaba mantener un perfil bajo, no olvidaba que había un régimen y que lo habían perseguido, si bien estaban relajados, estaba latente la persecución que podrían llegar a volver a sufrir.

Había aprendido que ante tanta inestabilidad y revueltas entre los mismos gobernantes, ingleses, franceses y estadounidenses, si salían beneficiados, se terminaban olvidando de lo obvio.

El manejo de la empresa de forma igualitaria le daba tiempo para trabajar de maestro y organizar reuniones. Lin Hie se codeaba ya no solamente con trabajadores, ahora intentaba aprender de artistas de otros géneros, pintores, escultores, músicos y actores. Y más que nada conocer los intereses de los empresarios y comerciantes más adinerados. Supo entender como su nueva condición económica le permitía el acceso a ciertos sectores sociales con diferente cultura y más poder, que era lo mismo que poder político. Una situación de privilegio que utilizaba. Con maestros, médicos y pensadores de la filosofía ancestral del confucianismo, taoísmo y budismo.

Aunque ahora se había tornado más permeable a las diferentes culturas que habían ido entrando a su nación, modificando las costumbres del pueblo. Eran evidentes los cambios que sufría la sociedad en un mundo mucho más cercano sin aislamiento.

Descubrió entonces para su sorpresa que muchos empresarios ya estaban hartos de las prepotencias de los extranjeros y más que nada adecuarse constantemente a sus imposiciones. Si bien ganaban dinero, iba creciendo un sentimiento de resquemor pero

a su vez de nacionalismo. El cual no sabía muy bien cómo utilizarlo. Era un arma pero de doble filo, que había que manipularla con delicadeza y astucia.

Entre estos nuevos participantes conoció a un actor de la ópera de Pekín, un hombre viejo y conservador de su cultura y costumbres, gran actor, de calidad exquisita. El hombre que provenía de la región de Anhui, había visto los inicios del teatro en su región y las modificaciones que se daban por la occidentalización. Consideraba que se debía mantener los dialectos originales procedentes de la región de donde él venía. Por otra parte tampoco estaba de acuerdo con que las funciones fueran populares, ya que las primeras representaciones se daban únicamente en la Corte Imperial.

Lin Hie pensaba todo lo contrario en cada uno de los puntos de vista del actor.

En los diálogos que mantenía con Lin Hie en varias ocasiones le decía que debían seguir manteniendo un estatus los espectáculos. Que debían ser para unos pocos, puesto que el común de la gente no lo entendería. Lin Hie no entraba en debate planteando su opinión. Él consideraba que el teatro era una gran herramienta para contar lo que sucedía de una forma mucho más entretenida, didáctica y procaz. *Podemos llegar a realizar una función denunciando a los ingleses frente a ellos con tal sutileza que no se darían cuenta*, se decía.

El viejo actor le confesó que él había sido consumidor de opio pero que una vez a causa de este no pudo realizar una función. Avergonzado tomó conciencia, reflexionó y se impuso poder ganarle a esa costumbre de fumar que se estaba apoderando de él.

—¿Y cómo lo has logrado? No todos pueden. Mi mejor amigo lo intentó y terminó muriendo a causa de este veneno —le comentó Lin Hie.

—Veneno que nos han impuesto, que casi nos obligan a consumir —dijo avergonzado el viejo actor.

—Pero lo has logrado.

—Con creces y ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? —preguntó confundido y muy interesado Lin Hie.

—Junto con otro actor y dos hombres más nos juntamos y decidimos ayudarnos, convencernos, darnos fuerzas.

Descreído Lin Hie quiso hurgar más para verificar la validez de la historia de este hombre.

—¿Dónde se reunían y cuánto tiempo les llevó dejar la costumbre de fumar?

—Nos juntábamos a la noche y nos contábamos qué nos pasaba. Cada uno tuvo su tiempo, unos más y otros menos. Yo fui el segundo que logró dejar de fumar por casi seis meses pero lo volví hacer. Y ellos tres me ayudaron a dejar definitivamente. Uno es prisionero de esto. Nos reuníamos todas las noches y nos decíamos, es por hoy y hasta mañana vemos... Sabe, es una enfermedad de la mente, todo está en uno mismo en la fuerza de voluntad que ponga —dijo el actor.

—Pero si dio resultado deberíamos difundir esto, debemos enseñarlo —le dijo Lin Hie.

—No, no lo haré. Es muy vergonzante y negaré toda la vida por lo que he pasado.

Lin Hie no dijo nada, supo respetar su secreto.

El abuelo del hombre, también actor, había pertenecido a la compañía de Anhui, que había tenido el honor de actuar frente al emperador.

—Sabes, este espectáculo tiene un gran poder. Se tiene que dar en el idioma que la mayoría comprenda, que todos entiendan el mensaje —dijo Lin Hie

—No estoy de acuerdo, creo que el idioma se debe respetar.

—Es que en tal caso nuestra nación debiera tener un idioma común para que todos se entiendan entre sí de forma mucho más sencilla, más allá de mantener su dialecto original —Lin Hie repetía las palabras de su esposa—. Sabes, los personajes pueden dar mensajes abordando temas políticos, la invasión, los británicos, el opio. —Lin Hie había rejuvenecido, estaba exaltado, había descubierto algo nuevo con un potencial muy grande, según su forma de ver. Le parecía más accesible este método que esperar a conseguir el aparato de las imágenes y tener su propia red de telégrafo o teléfono.

Él nunca había visto una muestra de teatro, excepto los títeres o marionetas callejeras pero eran siempre referentes a relaciones amorosas o épicas.

—No estoy de acuerdo, la ópera se convertiría en un mero acto propagandístico —contestó el actor estupefacto y hasta descreyendo de lo que escuchaba.

—Eso, sí... Justamente, se pueden divulgar ideas desde el arte. Además deben trabajar mujeres —agregó Lin Hie desafiante.

—No, está totalmente prohibido —dijo el actor—, no puede haber mujeres. El emperador Qianlong prohibió que las mujeres interpretaran personajes. Fue muy determinante y severo con ese tema.

—¿Por qué...? Eso lo debemos reconsiderar —dijo reflexionando Lin Hie

Se despidieron como tantas veces sin haberse puesto de acuerdo, pero en esta última charla el actor pensaba que si este hombre pensaba así, seguro muchos lo harían y se vendrían cambios que él no estaba dispuesto a aceptar.

Lin Hie con el tiempo intentó que se formaran grupos de actores con este fin pero desconocía ese mundo y fracasó.

Con el crecimiento de Lin Xi también comenzaron una serie de desastres naturales provocados por un clima extremo inexplicable.

Por un lado grandes lluvias que anegaron ciudades y campos produciendo pérdidas de siembra y ganado nunca visto, principalmente en el centro de la nación. Luego una sequía y aumento de temperatura que terminó de destruir los pocos sembrados que quedaban hacia el norte. La noticia de que muchos habitantes habían fallecido en las inundaciones y sequías indignó y puso en alerta a los ciudadanos. Las inundaciones dieron paso a una humedad fuera de lo común, se multiplicaron insectos y aparecieron nuevas enfermedades transmitidas por ellos. Esto sumado a la pésima política dio como resultado una hambruna de dos años. Como epílogo la sociedad aumentó mucho más su descontento con el gobierno pero más que nada con los manchúes, culpándolos a ellos de los fracasos, hambre y muertes.

De más está decir que ante la falta de planeamiento y previsibilidad comenzaron una serie de manifestaciones demostrando el descontento y por primera vez Lin Hie que ya había participado en alguna menor, fue artífice del planeamiento, diseño de pancartas y plan de escape.

*Las pequeñas manifestaciones suelen ser la antesala de una revolución,* decía Lin Hie.

Eran demasiadas acciones que Lin Hie sostenía que debían cambiar para ir creando una escena dentro de un mapa favorable, para que una futura revuelta multitudinaria se llevara a cabo de la forma más organizada, de efecto más contundente, y con la menor cantidad de víctimas posibles. Lin Hie en su interior se había dado cuenta que pensaba igual que su maestro, él quería que se fueran los extranjeros y después ver cómo se hacía para cambiar las acciones del Emperador. Pero los tiempos y las circunstancias eran diferentes, su pensamiento y accionar debían estar acordes al nuevo mundo.

Los ingleses, estadounidenses y franceses no querían dejar la colonia que habían logrado establecer en China y principalmente en Pekín y Cantón, generaba demasiado dinero, era un negocio muy jugosos que defenderían con los dientes y no tendrían problema en destrozarse la ciudad y aniquilar a todos los ciudadanos si era necesario. Algunos de los políticos británicos habían incluso pensado prenderla fuego para que los ciudadanos escarmienten.

Lin Hie intensificó las reuniones clandestinas y cada vez más grandes. Se sumaban jóvenes estudiantes que apoyaban su postura y algunos de ellos eran multiplicadores del conocimiento. No solamente de la idea de que los invasores se retirasen, sino de lo que sucedía en el interior. Los campesinos que labraban la tierra eran los más perjudicados en este sistema despiadado de comercio que se venía llevando a cabo. Los hombres que lograban obtener más tierras y animales o mayor sembrado algunas veces terminaban explotando a sus coterráneos. Lin Hie estaba convencido que el Emperador debía regular esta situación, pero no sabía cómo.

Pese a la hambruna la familia de Lin Hie por su posición no sintió los avatares. Sin embargo la conciencia y compromiso del matrimonio los llevó a realizar donaciones de alimentos y cobijo. Junto con su amigo el monje una vez por semana curaban enfermos y heridos. Los alimentaban y hasta armaron un albergue para aquellos que se habían quedado sin vivienda por las inundaciones y que emigraban a la capital.

Y por primera vez Jia Yi llevó a su hijo para que ayude y vea con sus propios ojos la realidad del pueblo.

Lin Xi creció en un ambiente privilegiado puesto que la condición económica de sus padres era buena pero aprendió a observar el compromiso y trabajo de sus padres y el amigo de ellos.

Lin Hie era ya un reconocido empresario por varios motivos, por la calidad de sus productos, los precios económicos y el buen trato con sus empleados convertidos en socios, sus exportaciones, es decir la empresa se manejaba como modelo. La condición de ser socio de sus empleados era contradictoria para sus colegas, poniéndolo en una posición incómoda, pues algunos planteaban que era una competencia desleal. Empresarios explotadores lo miraban con muy malos ojos, jurando venganza. Él por su parte consideraba que sentirse dueños de la empresa, era la mejor forma de trabajar con mejor esmero.

Por otro lado Lin Hie como maestro era muy respetado pero con algunas particularidades no convencionales, entre ellas el acercamiento que tenía con los alumnos.

La popularidad como maestro le fue anti productiva, pues su fama atrajo la atención de los británicos y comenzaron a seguirlo para ver con quién se reunían y por qué. También atrajo la atención de los franceses, estadounidenses y por último de los propios soldados chinos. Que fueron en realidad advertidos por sus colegas empresarios ante el descontento de sus ventas. Por el momento nadie los asociaba con aquellos jóvenes irreverentes que anduvieron por los caminos divulgando noticias.

Los seguían e investigaban pero no podían dar con los lugares de reuniones, era tal el cuidado y el trabajo de logística que llevaba su amigo el monje, que nunca podían dar con él ni con quienes se reunían, para comprobarle algo. Para eso utilizaban su mapa de túneles y pasadizos.

Tanto Lin Hie como Jia Yi tuvieron cuidadoso esmero en criar a su hijo con el concepto de libertad y cultura del conocimiento. Se educaba con buenos maestros y con los años se convirtió en ávido lector, aprendió varios dialectos de su nación, inglés, francés y el idioma de los Filipinos, el español. Leía sobre la cultura y la historia de los países que los tenían subyugados y la independencia que se iba dando en América. Contaba con la enseñanza del monje en defensa y gracias al amigo de la familia asis-

tía a la escuela Xu del oeste. Pero tanto su padre como el maestro lo preparaban para realizar estudios superiores y más complejos.

El monje desde pequeño le inculcó el arte marcial kung fu, que si bien su padre también sabía, de ninguna manera poseía las técnicas y destreza que tenía su amigo.

Una noche en su casa Jia Yi dijo:

—Esposo mío, eres realmente un privilegiado.

—No, hemos abandonado a nuestros padres siendo ellos nuestra responsabilidad –respondió Lin Hie.

—Nos hubieran matado –dijo Jia Yi intentando justificar y amainar la pena y culpa.

—Deberíamos haberlos traído con nosotros... Deseo ir a verlos pero el viaje es muy largo aunque sea sin paradas. Estoy viejo y seguro han fallecido. Debo decirte algo, debo confesarte.

Jia Yi agarró con fuerza con sus dos manos la taza de té que tenía frente ella. Sabía lo que le iba a decir, lo presentía, hacía años que estaba esperando el momento. Seguro era referido a su familia. Bajó la cabeza y cerró sus ojos.

—No quise mentirte, pero cuando llegamos Li Shichong me dijo que estaba casi seguro que habían muerto –dijo Lin Hie también con la cabeza baja.

A Jia Yi se le caían lágrimas:

—Pero no está seguro –murmuró.

El joven Lin Xi escuchaba la conversación de sus padres en silencio y sin hacerse notar desde la habitación contigua.

El monje iba y venía constantemente, sin decir ni a dónde ni cuándo. Un día fue a verlo a Lin Hie en su casa, no era de hacerlo, cuando quería charlar con él se dirigía por la puerta de la fábrica.

—Li Sinchong, vuestra visita siempre es un honor –dijo Lin Hie muy atento.

—Vengo con buenas nuevas.

—Lo sospechaba, y quieres que lo divulguemos.

—Seguro, es importante, podría haber sido mejor pero es un inicio, tal vez de una larga y beneficiosa amistad –dijo Li Sinchong.

—¿De qué se trata, algo de la Emperatriz?

—No se apure mi amigo, los rusos han firmado el trato, al que han denominado de Livadia en Crimea.

—¿Y qué tiene de importante? —preguntó Lin Hie.

—Deberías informarte más. Rusia acordó devolver las tierras que fueron ocupadas en la región de Sinkiang. Aprovecharon la rebelión dunganés.

—Eso fue hace más de diez años —dijo sorprendido Lin Hie.

—Pero ahora se firmó el tratado, es una forma de darle esperanza a los ciudadanos de que nuestra nación puede lograr algo.

Lin Xi escuchó el diálogo, le interesó pero no sabía de qué forma informarse de los asuntos más profundos y las condiciones políticas que no se difundían hacia el pueblo.

Lin Xi era un joven muy maduro y a muy temprana edad trabajó como artesano con el padre, siguiendo los mismos preceptos, los artesanos eran parte de la empresa. Siempre con respeto y amabilidad, eran todos iguales.

Durante un tiempo fue madurando la idea en su cabeza de viajar a Cantón, de tanto haber escuchado la conversación de sus padres, un día se decidió a viajar, a realizar el camino para saber algo de sus abuelos, seguro ya fallecidos. Con veinte años de edad se decidió a solicitar permiso al padre para realizar el viaje, aunque si no se lo otorgaba lo haría igual pero su amor y respeto no le permitirían transgredir su educación, amor y tradición.

En su cabeza se sumaba ahora la curiosidad de saber de sus raíces, de sus ancestros. No sabía si por él mismo o por sus padres pero sentía en su interior la necesidad de ir, ver, saber, constatar, volver y contar qué había sucedido.

## **1892**

Una tarde llegó a la empresa Lin Xi luego de haber visitado unos clientes.

—¿Te has enterado que se creó una Sociedad Literaria? —le comentó a su padre—. Furen de Yeung Ku-Wan, fue creada en Hong Kong, son como quince personas. —Y siguió—: Crearon una revista, una manhua, historieta dibujada la llaman “La situación en el lejano oriente”. Se burlan de la Emperatriz y el Emperador, dicen que la dirigen desde afuera de la nación.

Lin Hie lo observaba estupefacto.

—Los van a asesinar a todos si se entera la Emperatriz.

Hubo un silencio.

—Todo se está preparando padre, falta poco —dijo Lin Xi.

El padre lo observó.

—Eres joven, espera el momento para meterte en esto.

—Padre, ya estamos todos metidos, toda la sociedad.

Otro silencio.

—Padre te voy a dejar por un tiempo, voy a realizar un viaje.

—¿Qué, por qué, a dónde? —preguntó Lin Hie sorprendido.

—Quiero realizar el camino que has hecho tú con mi madre.

—No, es peligroso.

Lin Hie se negó rotundamente, sabía que era peligroso, además seguro que estaban siendo vigilados.

—Lin Xi, si no nos han hecho nada hasta ahora es porque creen que nada tenemos que ver con las reuniones que se llevan a cabo, por nuestra astucia —dijo Lin Hie.

—Quiero saber qué pasó con los abuelos. Además, ¿por qué habrían de relacionarlo? Es un simple viaje como hacen tantos otros.

Lin Hie hizo un silencio

—Seguro han muerto los cuatro..., bueno, no se tu tía.

—Necesito comprobarlo, padre.

En ese momento llegó su amigo el monje.

—Te ayudaré a preparar tu viaje y te mandaré un pupilo para que te acompañe y proteja —le dijo el monje a Lin Xi

—No creo necesitar protección, sé defenderme. Mi padre y tú me enseñaron —contestó Lin Xi muy seguro de sí mismo.

—Tu padre sabe defenderse muy bien, pero lejos está de ser un experto. Y tú no eres tan bueno.

—Se lo comunicaré a mi madre —cerró Lin Xi.

Al otro día el monje les presentó un joven pupilo shaolin de la misma edad que Lin Xi.

De inmediato se preparó el viaje con poco equipaje y sólo en dos días. El pupilo parecía mudo, no hablaba. Lin Xi se preguntaba para qué se lo imponían. Seguro que no hablaría en todo el viaje y no sería de buena compañía. Jia Yi no hablaba ni emitía opinión. Le daba temor pero en su interior quería que lo hiciera.

El largo viaje comenzó aburrido junto a al pupilo de Li Shi-chong, de nombre Niu Lun que en las primeras horas de viaje no mostraba gesto, ni estar a gusto o disconforme con el viaje

Lin Xi con espíritu aventurero y preocupado por la realidad de la nación montaba al trote sin pausa.

En un momento bajó al paso para descansar los caballos, fue cuando por primera vez Niu Lun abrió la boca.

—No todos los monjes están al tanto de lo que sucede y a muchos tampoco les interesa —comentó—. En cambio el maestro Li Sinchong es distinto pero también es combatido en el mismo monasterio.

—Ah... sabes hablar —respondió Lin Xi—. Sí, lo conozco desde que nací. En cierta forma se parece a mi padre. La inquietud por la realidad social y el deseo de cambiarla.

Durante el largo viaje intentó recorrer los pueblos y aldeas donde habían estado sus padres. No por curiosidad, si no para comprobar si las semillas que habían esparcido su padre y madre habían germinado.

Era claro que la gente estaba más enterada, descontenta y atenta a todo lo que sucedía. Pero no solamente por el trabajo que habían hecho sus padres y otros como ellos, sino por el cambio social que se iba llevando a cabo en la población. El telégrafo había sido un gran adelanto.

La estadía de ambos era de un día o sólo unas horas como máximo en cada ciudad, a Lin Xi le urgía llegar a Cantón para saber de sus abuelos. Por eso en algunos pueblos chicos seguían de largo, no se detenían a menos que fuera muy necesario en función de los animales. Iban en dos caballos, más dos, para ir rotando y darle descanso a los animales.

Tenía la certeza de que sus abuelo habían fallecido pero no le importaba, quería saberlo estando ahí, saber cómo. Solamente había escuchado historias y ya no le alcanzaba. Quería cerrar el círculo.

Realizaron paradas solamente para descansar los caballos y alimentarse. Lin Xi tenía planeado no detenerse hasta Cantón, aunque lo había omitido al comentarle a su padre para no evidenciar su mayor interés por sus abuelos.

—A la vuelta me detendré por pueblos y ciudades —le comentó Lin Xi a su joven acompañante.

—No decido tu camino, simplemente te acompaño en él —respondió Niu Lun.

En uno de los trayectos del viaje mientras entraban a un pueblo Lin Xi preguntó:

—Niu Lun, ¿por qué quieres ser monje?

—No deseo ser monje. Mis padres fueron asesinados y quedé huérfano. Li Shichong me llevó al templo, él me cuida y enseña como un hijo. Es un buen hombre.

—Sí, demasiado, sabe mucho más de lo que aparenta. Además de ser maestro, médico, constructor, administrador, toca varios instrumentos y habla varios idiomas. Y no lo has visto luchar, es capaz de romper un muro de un golpe, como dar saltos de cinco cañas. Es un tigre y un dragón todo en uno. Es un león enfurecido cuando lucha. —Entonces Lin Xi le preguntó:

¿Y qué harás?

—Quedarme hasta poder trabajar, quiero casarme y tener una familia. Él lo sabe. Sonríe y me dice que será abuelo sin haber tenido hijos —respondió Niu Lun.

Luego de cuatro semanas de viaje, al arribar a Cantón, buscó de inmediato la fábrica de su abuelo y su casa. Siguió las indicaciones de su padre para ubicarla, sin embargo no encontró nada. Luego de varios fracasos, idas y venidas, le preguntó a un hombre anciano que le comentó que la casa había sido incendiada y todos adentro habían perecido. Le mostró el lugar, había un comercio pequeño, con un cartel vertical con una vivienda arriba. No quiso preguntar cómo había llegado esa gente ahí, le preocupaba cómo contarle a su padre.

Buscó la casa de sus abuelos maternos y otro hombre con temor le dijo que no hablaría en la calle. Lo llevó hasta la entrada de su casa y mirando hacia los lados le dijo en voz baja.

—Al poco tiempo de la entrada de los ingleses, los soldados atacaron algunos lugares. —incendiaron algunas viviendas y embarcaciones. También las fábricas de barcos pequeños y fábricas de aquellos que estaban en contra de ellos o de sus parientes. Era

una forma de escarmentar a los que resistían –le dijo el anciano. Y agregó compungido–. A unos pasos de aquí vivía una anciana con su hija, por ayudar a un los soldados los asesinaron y a la hija, no sin antes violarla, y luego prendieron fuego todo, como hicieron en todos lados. Ahora ese lugar es un fumadero de opio, trasladaron el antiguo que estaba enfrente pero el lugar era pequeño.

Lin Xi escuchaba con estupor las noticias y agradecía que sus padres no hubieran sido testigos de semejantes atrocidades. Y a su vez en su interior se iniciaba un sentimiento de odio y resentimiento. Ahora se daba cuenta la razón de sus padres en el empecinamiento de dar a conocer lo que realmente sucedía. No se había percatado hasta entonces de la realidad, el vivir de forma acomodada, fuera de peligro y sin que le afecte directamente la venta de opio, las historias que le contaban sus padres le parecían lejanas, cuentos y leyendas. Le daba importancia pero creía que todo estaba más calmado y que la sociedad se iría acomodando a esta estructura política.

El no detenerse en los pueblos y asentamientos no le había permitido percibir la magnificencia de la pobreza y desigualdad que vivían los habitantes.

—¿Saben a quién buscaban los extranjeros? –preguntó Lin Xi.

—A todos aquellos que estuvieran en contra de la venta del opio o fueran emisarios del Comisario Imperial de aquel entonces –respondió el anciano.

Niu Lun escuchaba y no intervenía. Quedaron en silencio porque Lin Xi no decía palabra.

—Que el rencor y odio no corrompa tu corazón ni obnuble tu mente. Tú eres fuerte, no permitas que el mal se apodere de ti –le dijo Niu Lun.

Lin Xi no respondía, ni siquiera lo miraba.

—Presenció cómo asesinaron a mis padres y a mi hermano mayor. En el ataque no tuvieron miramientos, no hubo piedad, masacraron hombres, mujeres, jóvenes, todo lo que era chino y no estaban vestidos de soldado –siguió diciendo Niu Lun mientras cabalgaban lentamente por la vasta ciudad–. Huí, corrí, me escondí, lloré, me desesperé. Estuve dos días bebiendo agua de una zanja y comiendo pasto hasta que escuchó mi respiración bajo un puente Li Sinchong... No sabía qué hacer, mi odio sólo veía muerte

y sangre en mis sueños. Mis peores pensamientos y deseos eran hacia esos hombres. No me podía quitar los rostros de esas tres bestias que entraron a mi casa y dispararon sobre ellos sin estar armados ni tener nada que ver. Estábamos cenando, no golpearon, un estruendo, la puerta que cayó hacia adentro, apuntaron y dispararon. En ese momento me oculté bajo un mueble, no me vieron. Desde un costado veía los ojos abiertos, y muertos de mi padre. Mi madre envuelta en un charco de sangre y mi hermano que con sus últimas fuerzas me hizo un gesto de silencio. Para que uno de los soldados pusiera su fusil sobre su cabeza, en la nuca y lo rematara. Pude ver desde mi lugar en cañón del arma como lo situó en nuca, como al disparar el cráneo voló en mil pedazos –hizo un largo silencio.

Lin Xi se detuvo y lo observaba. Junto a los caballos mientras acariciaba a uno.

—Aprendí a no odiar, me enseñaron a no tener rencor ni buscar venganza, solo buscar justicia...

—¿Cómo se hace en un lugar donde no hay justicia? —preguntó Lin Xi.

—No lo sé, estoy aprendiendo todavía... aunque el maestro me enseñó a creer en mis ancestros...

Él me enseñó que creer en los espíritus es el arma más poderosa. Nos da fuerza, paciencia, resiliencia, resignación y más que nada esperanza. La sabiduría está en saber en qué momento preciso aplicar cada una de ellas.

Al emprender el regreso de su largo viaje, calcularon el tiempo aproximado si visitaban algunos pueblos y ciudades, no así asentamientos. Si cuatro semanas les llevó el viaje de ida, seguro cuatro meses les llevaría conocer ciertos lugares. Lin Xi no quería tardar demasiado en el regreso, pero a su vez y de forma inconsciente, lo retrasaba para darse tiempo de pensar de qué forma informar a sus padres lo sucedido. No podía mentir ni ocultar, no estaba en él esa opción.

Durante el viaje pudo ser testigo de los resultados de la rebelión de dungane, de qué manera había calado en los musulmanes y que hasta en pequeños pueblos sabían de ella, iniciada diez años antes de su nacimiento y de una u otra manera continuada.

Lo que había comenzado en el oeste como un levantamiento de los musulmanes chinos Hui, se había extendido y tomado no sólo proporciones colosales, sino características conceptuales diferentes. Nunca pudieron sacar como conclusión de cuál fue el motivo, si derrotar a la dinastía Qing o por venganza y descontento. Englobada a la rebelión Panthay, también de musulmanes pero anexando a otras religiones, dada por la masacre de musulmanes por parte de los manchúes.

Todo esto había multiplicado el debilitamiento del gobierno, el descontento y producido grandes pérdidas económicas. Se sumaban todos los pueblos donde la mayoría de los habitantes participaban.

Estos eventos favorecían a los ingleses y franceses como era sabido, pero estos aportes no mitigaban las profundas diferencias, desconfianza y rencores entre ellos mismos. Conceptualmente distintos, se evidenciaban los odios históricos y profundas diferencias étnicas pese a que sus reyes habían sido parientes. Tenían grandes diferencias que se manifestaban en métodos y estrategias.

Los conflictos se agudizaban echándose culpas y responsabilidades día a día, ganando así terreno los estadounidenses, que como buitres esperaban que entre ellos se mataran para comer su carroña.

Lo que los ingleses suponían un beneficio para ellos, la cantidad de sublevaciones y descontento de los propios chinos contra el Emperador, de a poco se estaba transformando en una célula contra ellos mismos, pasada inadvertida por su petulancia y soberbia.

Mientras que otros conflictos internos eran cada vez más intensos y violentos en la propia comunidad china, producto de desacuerdos y falta de un líder común, algunos de estos iban creando grupos colectivos unidos de trabajadores muy descontentos y determinados. Un aglutinante etéreo y desconocido, invisible, imperceptible como halo espiritual los llevaba juntos a manifestarse y reclamar.

Esas rebeliones habían sido de origen étnico, estrictamente se levantaron grupos musulmanes contra el Emperador. No se sabía en qué iban a terminar pero era evidente que sumaba al debilitamiento progresivo del gobierno dejando heridas abiertas. Lo que ellos pensaban que eran simples mellas en realidad eran heridas profundas que infectarían al gobierno y la sociedad.

La nación se encontraba empobrecida por los efectos de las deudas que debía pagar a sus acreedores, los contratos abusivos e irrisorios que los invasores les habían obligado a firmar. Ante la desesperación, algunos ciudadanos comenzaron a emigrar debido a la hambruna que se estaba iniciando en el norte de la nación. Una emigración masiva semejante a una diáspora.

Lin Xi tomó la determinación de explicar desde otra perspectiva lo que sucedía, aprovechó el viaje de vuelta que realizaba para conocer, no solamente lugares que habían recorrido sus padres y continuar con la misión de ellos, con los nuevos acontecimientos las causas y consecuencias.

Ahora sí estaban dadas las condiciones para armar una revolución.

A él por otra parte le interesaba conocer las necesidades y costumbres de los campesinos para identificar las problemáticas que los llevaban a un descontento cada vez más pluralizado, era muy importante saber de qué manera llegar a esos ciudadanos para lograr organizarlos. Lo que le había contado su padre ya no era igual.

Sentía que sus padres habían omitido incentivar a un líder, al menos en la primera parte del viaje. Preparar a la Nación para una gran revuelta, un cambio radical y que en tal caso ya era momento de planear algo donde todos las etnias estuvieran de acuerdo, junto a todas las clases sociales.

Una de las aldeas que no había visitado durante el viaje de ida era Shaoshan en la región de Xiangtang, a más de dos mil kilómetros hacia el sur de Pekín. Un valle entre montañas. Ahí conoció un próspero campesino que había estado en la peor de las ruinas económicas, de casi su misma edad, que se encontraba progresando lentamente y con gran esfuerzo pero de forma ininterrumpida. Un hombre serio de carácter muy severo. Su mujer acababa de tener un hijo apenas hacía unos días y ya estaba trabajando en el campo. *Se puede progresar en las aldeas también, se dijo el joven Lin Xi. Si este hombre lo está logrando, todos lo pueden lograr.*

Durante el tiempo que se quedó en la aldea Lin Xi y Niu Lun trabajaron para el campesino que estaba forjando una gran fortuna, siendo víctimas de su trato severo, aunque a Lin Xi no le importa-

ba, quería saber de qué manera el hombre se las arreglaba para su progreso mientras otros no lo podían imitar. Pudo observar también como el hijo iba creciendo rápidamente, y pronto le tomó afecto al bebé que vio aprender a caminar por sí solo. También vio el nacimiento de otro hermano de este niño.

Lin Xi y Niu Lun se habían instalado en una precaria vivienda cerca de los dominios del dueño de la chacra.

Ahí también conoció a una jovencita que de inmediato supo que sería su esposa. Una joven que se le estaba pasando la edad de casarse, mostraba un carácter muy similar al de Jia Yi. Tal vez fue lo que le gustó de ella.

De personalidad fuerte, desprendida de algunas de las costumbres ancestrales y abiertamente en contra del papel de esposa resignada que ejercían la mayoría de las mujeres. Estaba en contra de los matrimonios arreglados, vendaje de pies y consideraba que las mujeres debían de gozar de algunos de los privilegios del hombre. Por otro lado, algo que sorprendió a Lin Xi es que era una mujer interesada en las diferencias étnicas y las creencias de las deidades transmitidas oralmente por los más adultos. Se cuestionaba a sí misma sin decir lo que pensaba, aunque en su interior más profundo sentía que la filosofía del confucianismo era cercana a ella aunque también la cuestionaba. Era la única mujer que había aprendido a leer en la ciudad y lo había logrado sola con la mínima ayuda de su padre, que no lo hacía demasiado bien.

Sin más le propuso matrimonio, fue un escándalo, los padres de la jovencita de ninguna manera aceptaban el casamiento de su hija con un forastero que aparentemente era pobre y de muy escasos recursos, puesto que era la imagen que daba al trabajar para este hombre como campesino, que viajaba además con otro vagabundo. Pero la joven se enfrentó a la familia y se casaron sin la presencia de la familia de ella. Y el mismo día partieron hacia Pekín.

Habiendo aprendido lo suficiente Lin Xi decidió completar la vuelta a su hogar a Pekín llevando a su nueva esposa a la ciudad.

Lo que a los padres les había llevado casi veinte años, a él le había llevado apenas dos años. Teniendo en cuenta que la mayoría del tiempo lo había pasado en el pueblo de Shaoshan.

Ante la firma de los rusos que devolverían las tierras en la región de Sinkiang se abría un nuevo mapa político al entender de Lin Xi.

—¿Crees que los rusos nos pueden ayudar? —le preguntó Lin Xi a Niu Lun durante el viaje de vuelta.

—Es el tratado de Livadia de octubre de 1879 —le comentó Niu Lun a la nueva esposa de Lin Xi entrándola en la conversación.

—Sí, no todos se han enterado, supongo que te lo comentó Li Sinchong, lo escuché cuando se lo contó a mi padre. Supongo te lo informó él.

—No todo él me cuenta, pretende que yo busque información por mi cuenta y verifique que sea autentica —respondió Niu Lun.

—Entonces, ¿cómo te has enterado...?. Ya sé, hay que saber con quién estar... —dijo sonriendo Lin Xi.

—Tengo mis informantes... —respondió el joven también sonriendo.

—¿En qué momento hablaste con alguien si siempre estuvimos juntos, aunque me imagino que lo sabías de antes?

—Caminar sin ser oído, pisar sin dejar huellas, escuchar sin ser descubierto, decir sólo lo importante...

La esposa de Lin Xi reía.

—¿Y a qué viene esto ahora? —preguntó Lin Xi.

—A que ese tratado debe ser revisado. Cuando logremos restablecer el orden y seamos dueños de nuestras propias decisiones tendremos que rehacer cada uno de los tratados...

Hubo un silencio.

—Quiero que me enseñes a luchar —dijo ella para romper el silencio.

—Imposible, eres mujer —contestó Niu Lun.

—Cuando llegemos a Pekín lo vas hacer —volvió a decir ella—. He enfrentado a mis padres, los he abandonado a ellos y mis hermanos, a tu familia me entrego y así me convertí en tu esposa, Lin Xi. No me digan qué debo hacer y cómo pensar.

Lin Xi miró a su amigo y levantó sus cejas, su amigo sonrió. Esta mujer era más dura que su madre y tampoco sabía cómo sus padres recibirían la noticia de que durante el viaje había contraído matrimonio.

Al llegar y entrar a la casa de los padres la sorpresa fue grande, pero sabiendo la vida que Lin Hie y Jia Yi habían llevado adelante nada podían reclamarle sus acciones a su hijo y a la reciente nuera.

Luego de la emoción contenida, apenas tomándose de las manos como indica las costumbres, Lin Xi y su esposa para demostrar su amor y una forma de pedir disculpas los llenaron de obsequios.

—¿Has podido saber algo de nuestros padres? —preguntó Lin Hie apenas estuvieron acomodados. Ansioso pero sin demasiadas esperanzas esperaba una respuesta de una muerte apacible de sus padres.

Lin Xi titubeó en contarles la verdad, pero sabía que mentir u obviar la verdad sería un error imperdonable. Trató de ser lo más amable posible sin entrar en demasiados detalles. La tristeza, angustia e impotencia tanto de Lin Hie como de Jia Yi fue inmensa al saber la verdad pero tampoco fue una sorpresa, presentían que algo malo les había sucedido, aunque no se imaginaban tanta crueldad y odio. Sabían perfectamente que debían haber fallecido pero nunca de esa manera.

## 1894

El monje con su pupilo se dirigieron a la fábrica de Lin Hie. Al llegar, como siempre, Lin Hie y Lin Xi trabajaban en la empresa, Xi como un artesano más y Hie realizando un control de calidad exhaustivo y meticuloso. Los productos debían quedar terminados perfectos.

—Los japoneses nos invaden y quieren quedarse con Corea, ¿te has enterado? —dijo Li Sinchong desde la entrada mientras hacía una reverencia—. Buenos días, amigos —agregó sonriendo.

—Ahora primero informas las noticias y luego saludas —respondió Lin Hie.

—Lo hice adrede para ver la reacción —contestó el monje.

—Sí, —dijo Lin Xi— pero no sé detalles, los informes oficiales no son claros y ya no sé qué creer. —Y con resignación agregó—. Esto lo deben saber todos, pero saber que ni siquiera nos podemos defender por no tener un buen ejército.

—Debemos esperar que se informe oficialmente, yo por mi cuenta averiguaré qué hay dentro del palacio. Luego veremos qué explicaciones dan, lo que sucede para que no entren en pánico ni para que sean engañados. Deben saber siempre la verdad aunque les duela —cerró Li Sinchong.

Lin Xi con su esposa habían tomado un ala de la casa ya que siendo tan grande sobraba espacio. El trabajo aumentaba para Lin Xi y su padre, ahora se sumaba la nuera, que era independiente y tan tenaz como su suegra.

—Cocinaré pastel de arroz —comentó Jia Yi

—No lo sé preparar bien, extraño mi aldea —respondió Yun Quan, la esposa de Lin Xi.

—Es fácil. Sólo que lo debemos criar.

—¿Criar? —dijo descreída y sonriendo Yun Quan.

—Sí, en un recipiente con agua. Así se aísla del aire.

Yun Quan observaba con atención y aprendía de su suegra. La armonía en la familia era perfecta, pese al carácter de suegra y nuera, se complementaban muy bien. Si bien compartían la casa, sus habitaciones se encontraban en un extremo de los jardines y muchas veces cocinaban en lugares distintos.

La paz que le habían dado los años a Lin Hie y Jia Yi se había desvanecido en un instante. Ninguno de los dos había manifestado su sentir frente a la tristeza de lo sucedido a sus padres, lo sabían, lo presentían, pero se lo negaban. Ahora era un hecho, era una realidad. Siendo ellos ahora dos ancianos se encontraron con sed de venganza pero no lo decían, no querían transmitir eso a su hijo y nuera.

Un día, mientras trabajaban, dijo Lin Hie:

—Hijo nos ha costado mucho mantener la compañía, ya es momento de que me retire, no seré más parte de ella, solo ayudaré en lo que me pidas. Además dejaré de dar clases, sólo continuaré con las reuniones para concientizar.

Lin Xi bajó la cabeza.

—Padre quiero ser maestro como tú. Los voy a volver a dejar.

Lin Hie se sorprendió y quedó en silencio. Buscó en su interior palabras de apoyo y alegría para no demostrar su desazón.

—Quédate tranquilo, hijo, debes hacer tu vida. La compañía está diseñada de tal forma que no necesita ni de mí, ni de ti. Funciona sola, cada uno de los artesanos es tan dueño como nosotros. De seguro seguirá funcionando como hasta ahora y yo seguiré recibiendo mis ganancias. Solamente que me haré presente un poco menos.

A la noche Lin Hie no hablaba. Su mujer que lo conocía bien sabía que algo le sucedía, pero conociendo sus tiempos esperó paciente a que él le contara. Llegó entonces a la casa su amigo Li Sinchong.

—Viejo amigo te noto apesadumbrado —dijo el monje.

—Lin Xi se vuelve a ir. Va a estudiar para maestro en Shanghái. Jia Yi que estaba en otra habitación quedó tiesa.

—Más parecido a ti no puede ser. Pero lo sabía, me lo confesó —contestó el monje.

—¿Cómo que a ti, por qué no a mi primero? —dijo Lin Hie reclamando.

—Temía que te entristeciera —le dijo Li Sichong—. No sabía cómo lo ibas a tomar tú y tu mujer.

—Eso es lo que me preocupa... —Hizo un silencio y continuó—: Ven acompañame, hay un grupo de jóvenes que quieren saber algunas cuestiones.

—Me preocupa, noto en sus ojos violencia, sed de venganza —dijo Li Sichong.

—No quiero pensar en Lin Xi.

—También los noto en ti.

Del otro lado de la puerta a Jia Yi se le caían las lágrimas en silencio.

—A veces cuando las acciones del otro son a través de la soberbia y petulancia y atentan contra nuestra seguridad personal, es necesario responder con dureza y firmeza. Una respuesta nuestra contundente. Intentando siempre por la paz y diálogo pero sabiendo que si es necesario se utilizará otros medios —dijo Li Sinchong.

Lin Hie lo escuchaba sin contestar.

Finalmente llegaron a la reunión frente a unos jóvenes entusiastas.

—Se dice que han invadido el norte, que hemos perdido Corea —dijo uno de los jóvenes.

—Sí, hemos perdido Corea y es culpa nuestra —respondió el monje.

—¿Por qué? —preguntó otro.

—No nos supimos defender, nuestro ejército es obsoleto —dijo Lin Hie.

—¿Por qué?

—En el norte, la región de Corea, las tropas imperiales han perdido —agregó el monje—. Hace cuatro meses que están luchando, han perdido un puerto.

—No puede ser que no podamos defender nuestra nación —dijo otro joven.

En ese momento entró Lin Xi. Y se sentó en un rincón.

—Padre... ¿te has enterado de algo más? —preguntó Lin Xi desde allí.

—Sí, y desde ya te aclaro que la culpa es nuestra, esa región es tributaria nuestra y venía demostrando su descontento —le respondió el monje.

—Padre debo ir, debo luchar —dijo Lin Xi—. ¡Debemos ir a luchar, debemos pelear!

—¡No, eso está perdido, nuestro ejército está mal preparado! Nuestro emperador no tiene un plan de cómo modernizar nuestra fuerza y menos aún con los ingleses pisandonos el cuello. —Hizo una pausa—. Ha aparecido una nueva prensa —siguió el monje casi susurrando—. Parecida a la prensa que se escribe en su idioma...

—¿Parecido a nuestra gaceta o a la Sociedad Literaria? —preguntó Lin Hie.

—No —respondió Li Sinchong—. Ellos tienen periódicos, sólo hablan del opio y el comercio de ellos. Esto es un periódico o semejante a uno.

—Es necesario que nosotros tengamos uno para difundir lo que nos sucede a nosotros —dijo Lin Xi—. Pero no lo que el Emperador quiere que se sepa. Se debe informar de todo.

—Lamentablemente hay muchas personas en el interior analfabetas, más que nada las mujeres. Y ellas juegan un papel muy importante —respondió el monje

—¿Por qué las mujeres? —preguntó Lin Hie.

—Tú mejor que nadie deberías saberlo por el tipo de mujer que te ha acompañado durante toda la vida. Algún día las mujeres podrán estar en el ejército, podrán estudiar.

—Lo dudo... —contestó Lin Hie.

—Padre, con todo respeto, pero Li Sichong tiene razón. El pueblo está cambiando, y lo nuevo que se viene no ha de ser trabajo solamente de los hombres. Las mujeres deben ser parte fundamental de este cambio.

—Es verdad lo que dice tu hijo, sabias e inteligentes palabras, ya lo verás. Hace años que tenemos una mujer en el gobierno —comentó Lin Sichong.

—Y ya vemos que no hace las cosas bien —contestó Lin Hie.

—Pero otras sí lo pueden hacer bien, igualmente recuerda que hay muchos hombres inútiles.

—Tal vez tengan razón, mi mente es vieja —dijo Lin Hie. Y agregó—: Eso de la prensa es lo que siempre quisimos, que exista un periódico donde se diga todo lo que sucede. Pero primero debemos resolver el problema de los analfabetos. Necesitamos más maestros y con mejores condiciones de trabajo. El maestro en el proceso de engrandecer la Nación es el que tiene la mayor responsabilidad. Es el que educa, el que enseña, el que guía y muestra los distintos caminos alternativos. La educación abre la mente y amplía el espíritu, nos da la capacidad de reflexionar, de no creer en todo lo que nos dicen, nos da la herramienta para poder debatir y de qué forma preguntar, cuestionar, no conformarse. Nos da la posibilidad de no ser obedientes con la primera respuesta, de descreer.

—Bien amigo mío, has vuelto a pensar como siempre —le dijo el monje.

—Tal vez se puedan agregar dibujos explicativos —dijo uno de los jóvenes desde el fondo.

Lin Hi, el monje y Lin Xi se quedaron mirando y asintieron con la cabeza.

Al llegar a la casa Jia Yi lo recibió sin saludarlo.

—Deberías haberme contado a mí primero que nuestro hijo se iría —Lin Hie bajó la cabeza y no contestó.

Al día siguiente Lin Hie se dirigía a encargar una mercadería de materia prima para su fábrica cuando se cruzó con su amigo Li Sinchong.

—Lin Hie, antes de partir al monasterio quiero advertirte que he escuchado rumores de que algunos te están observando.

—¿Quién, por qué? Nadie sabe de las reuniones.

—Si alguna vez te encuentras en peligro ve al lugar que se encuentra en la lengua bífida del dragón, su lado izquierdo. Te encontrarás con un comercio, entra, habrá uno o dos hombres, muestra la tela. Te dejarán pasar, ve hacia el fondo, verás un montículo de rocas sellado con una puerta escondida bajo ramas, la única forma de abrir esa puerta de metal es con tu piedra. Golpéala fuerte, se partirá en dos sin romperse quedando unas hendiduras de cada lado, coloca ambas sobre un metal doble que sobresale, gira uno para un lado y la otra en sentido contrario. Se abrirá, utiliza lo que tengas que utilizar. No comprometas a los comerciantes, lo que debes hacer hazlo lejos del local —y Li Shinchong se retiró sin más.

Las reuniones y planificaciones se siguieron llevando a cabo y a estas ahora invitaban a algún personaje que tuviera otra mirada sobre la situación y expandiera sus ideas. Lin Hie y Jia Yi gozaban ahora de un estado de respeto donde sería difícil meterse con ellos.

Mientras tanto a los dos meses China había perdido la península de Corea quedando en manos de los japoneses.

La empresa de Lin Hie era realmente una de las más exitosa siendo ya el total de las personas socias en la misma cuatro veces más que en su inicio.

Lin Xi con su esposa vivían como sus padres, de forma austera. Sabiendo su responsabilidad frente a sus padres una noche les anunció que ya tenía todo preparado para su viaje. Había hablado con su madre pero en todo momento los anuncios y consultas los hacía con su padre, no por menor respeto, sabía de la sensibilidad de ella y no quería herirla.

—Padre, mañana partimos. Ya tenemos todo listo.

—Hijo, seguramente has de encontrar un maestro que te enseñe la ciencia y arte de la enseñanza, yo estoy viejo. Las nuevas

escuelas enseñan más métodos y adecuado a tal fin –le dijo Lin Hie. No mostró gesto alguno de tristeza, todo lo contrario le dio ánimo y alivio su pena de viajar y dejar a sus padres.

—No padre, tú eres mi mejor maestro –respondió Lin Xi—. Sabes... la escuela que se abrió es sólo para maestros, tiene algunas formas occidentales.

—Sí, lo sé, me he enterado. Mientras lo que sume no pierda nuestra cultura es bueno saberlo.

Lin Xi se despidió de sus padres y partieron temprano, con ellos estaba Li Sinchong y Niu Lun que habían decidido quedarse hasta la partida de los jóvenes. Niu Lun había forjado una sólida amistad con Lin Xi.

Unos días después, durante una tarde Lin Hie presintió que lo estaban observando mientras realizaba unas compras de alimentos para su hogar. Eran dos mujeres y un hombre. Continuó caminando hasta comprobar que efectivamente lo perseguían.

Cada vez se acercaban más de forma disimulada. Tuvo miedo, estaba viejo y mucho más débil. Se dirigió hasta aquel negocio que había estudiado en sus telas. Al entrar las mostró, siempre las llevaba encima. Lo dejaron pasar sin palabra. Dudó en como abrir esa puerta, corrió el matorral y golpeó con fuerza su piedra de jade, esta se abrió al medio. Tenían una serie de hendiduras y relieves que calzaban perfectamente en dos metales paralelos en la puerta. Las apoyó, sintió un ruido y giró ambas hacia la izquierda. Se abrió la puerta, tuvo que entrar agachado, al hacerlo se encontró con un arsenal de armas. Una cueva enorme hacia abajo en forma de sótano y armamento para un ejército.

Tomó una pistola y dos cuchillos. Sabía cómo utilizarlo. Salió y esperó un rato en el comercio para comprobar que no lo siguieran más y de paso que baje un poco el sol y los edificios dieran más sombras.

Salió con unos paquetes de los que asomaban unas herramientas que había comprado en el lugar, sigilosamente se fue retirando hacia la parte oeste del barrio. Sintió las pisadas cerca. Caminó sin hacer ruido como le había enseñado su amigo y pudo identificar las pisadas de tres personas, era un callejón angosto entre dos edificios. Entró en sombras y esperó oculto a unos metros. Al

minuto entró un hombre y atrás de él una mujer. Lo descubrieron y comenzaron a acercarse lentamente hacia él. Sintió un ruido, se dio vuelta y era la otra mujer que se encontraba a centímetros de él. Con una daga lo quiso degollar, Lin Hie pese a su edad pegó un salto, sacó su puñal de entre las prendas y se lo clavó en el medio del pecho. Ya tenía al hombre casi encima del cuándo le disparó en la garganta, tras él la otra mujer con otro cuchillo intentó clavárselo. Lin Hie se movió hacia atrás y con un giro en el aire sacó una daga curva de su pantalón y le cortó la garganta a la mujer. Un quejido con sonido a burbujas de sangre en la boca de la mujer se escuchó mientras Lin Hie huía por el lado opuesto del callejón.

Una de las mujeres le había parecido de rostro conocido. Se quedó tieso, temblaba, no identificó al hombre pero se dio cuenta que las mujeres eran las hermanas. Las hijas del querido maestro Xin Tian. Se retiró sin ser visto ni escuchado y jamás le contó a su esposa.

Esperó un tiempo para ver los movimientos de los soldados, nadie decía nada, como si nunca los hubieran encontrado. A alguien no le convenía que se supiera algo o que se comience a atar cabos.

Una semana después volvió a dejar las armas en el lugar, aunque fuera solo una pistola y dos cuchillos, no quería tenerlos en su casa.

Al llegar uno de los hombres le dijo:

—Hay una caja negra, es para usted.

Al entrar a la cueva la tomó y abrió, era plata, muchísimo dinero. No la agarró, al salir Lin Hie les dijo:

—Algún día ese dinero nos puede servir a todos para otros fines.

El hombre miró al otro y sonrió.

## 1898

La escuela normal se había fundado en 1897, un año antes, y fue la primera academia de maestros, una escuela pública Nanyang en Shanghai. El lugar donde Lin Xi se prepararía para una nueva sociedad con nuevas características.

La distancia aproximada era de unos mil doscientos kilómetros y se tardaba en llegar tres semanas y media. El viaje se les hizo más lento y tardaron casi el mismo tiempo que aquel que habían hecho Lin Xi y Niu Lun a Cantón, pese a que era mucho menor la distancia pero el carruaje tirado por caballos lo hacía lento y mucho más pesado pero a su vez más cómodo y contaban con la capacidad de transportar sus pertenencias dado que se instalarían en otra ciudad. El viaje no tuvo contratiempos, excepto algunas tormentas y un par de desperfectos que sufrió el carruaje.

La noche de la partida Jia Yi había cocinado con hongos shi-take una sopa que había aprendido en esta ciudad. Le había llevado tiempo pero era una forma de entretenerse y no pensar en la ausencia de su hijo.

—¿Qué festejamos? —preguntó Lin Hie.

—Que todavía contamos estrellas —respondió Jia Yi.

Unos meses después Lin Hie y su esposa recibieron una carta de su hijo. Era la primera vez que recibían una:

*Padre, tú y mi madre son ancianos, debería velar por ustedes.*

*Debería cuidarlos y protegerlos hasta el día de su muerte.*

*Me disculpo por ello.*

Lin Hie se quedó pensando antes de mostrársela a Jia Yi: *Nosotros no lo hicimos con nuestros padres, además nosotros no somos como los demás.*

Ya instalados Lin Xi encontró un trabajo de artesano y comenzó a relacionarse con educadores más experimentados y de mayor conocimiento. Dinero no le faltaba.

A los meses de haber comenzado ya había logrado un buen grupo de estudio y algunos amigos de ocasión. Era un hombre inteligente y de didáctica natural como su padre, por lo tanto no le resultaba difícil estudiar. Desde el primer momento de llegar el monje le había dado una dirección donde le darían trabajo y una casa pequeña en el medio de la ciudad.

En uno de los periodos de receso seis meses después aprovechó para visitar a sus padres, temía por su salud. Se alegró al

verlos bien, pronto quiso sentarse con Lin Hie y contarle todo. Excitado le explicaba que Shanghái al igual que Cantón parecía más grande que la propia capital.

—Sabes, el estudio de maestro es arduo y exigente. He conocido mucha gente.

—Hijo ser maestro para mi no fue estudiar de esa manera, cuenta. Creo que tú lo harás mucho mejor que yo, y esa es la acción de un alumno o hijo. Superar, mejorar a su padre o maestro —le dijo Lin Hie—. Es un deber honorable ser mejor que tu antecesor.

Durante una cena, a la cual habían sido invitados el monje y su pupilo, Lin Xi recordó que un día habían llegado dos mujeres a la fábrica preguntando por la mercadería y nunca más volvieron. Un mes antes de partir a Shanghái.

—¿Han vuelto, padre, te han comprado algo? —preguntó Lin Xi.

—No con esa descripción —dijo Lin Hie. Era evidente que las hermanas habían hecho un trabajo de logística.

—Tal vez era un mensaje importante —comentó Lin Xi.

Todos se quedaron en silencio.

—Es extraño, dos mujeres solas, no se me ha notificado de nada en los últimos tiempos de que dos mujeres solas estén trabajando con algún grupo en Pekín —terció Li Sinchung.

Lin Hie y Jia Yi se miraron.

—¿Recuerdas cómo eran las mujeres? —pregunta Jia Yi.

Lin Xi y su esposa las describieron someramente.

—¿Qué opinas? —preguntó Lin Hie a su esposa, disimulando.

—No se... ha pasado mucho tiempo, podría ser que fueran las hijas de Xing Tian.

—Eso mismo pensé —respondió él.

—¿Quién es ese hombre? —consultó curioso Lin Xi.

—Un maestro que para salvarnos la vida dio la suya. Su mujer y sus hijas quisieron envenenarlo.

—Eso quiere decir que algo sucede y que se han puesto a trabajar nuevamente —dijo Li Sinchong.

—¿Quiénes? —preguntó Lin Xi.

—Seguro los británicos, algo saben que yo no sé. Me retiro, debe averiguarlo ya. —Observó fijo a su amigo Lin Hie. Él hizo lo

mismo. De inmediato el monje se dio cuenta que la noticia de dos mujeres asesinadas eran ellas y producto de su amigo.

Lin Hie salió a despedirlo, en la puerta Li Sinchong lo miró fijo:

—No me gusta que me mientan u oculten información.

—Voy con usted maestro —dijo acercándose Niu Lun.

Al quedarse solos Lin Hie dijo:

—Algo está por suceder. Deben cuidarse, los están vigilando y seguro a nosotros también, aunque en menor medida, somos viejos e inofensivos, en cambio ustedes no —dijo mirando a su nuera.

Luego de unos días regresaron a Shangai para continuar sus estudios. Al instalarse nuevamente ya estaba funcionando el tranvía al igual que en Pekín.

De vuelta al estudio y mientras cursaba en la escuela Lin Xi ya tenía conformado varios grupos de jóvenes estudiantes a los cuales le comentaba vivencias de los padres y de qué forma se vivía en muchos pueblos y asentamientos. La problemática de los dialectos, el analfabetismo y la explotación de los terratenientes. Nada que sus padres no supieran. Además participaba activamente en cada manifestación.

—Debemos adoptar mejor nuestra economía para poder comercializar con ellos, con los extranjeros de igual a igual, poner nosotros nuestras condiciones. Debemos mantener nuestras ganancias pero saber cómo se calcula todo en occidente, así será la única forma de ser mejores que ellos —le comentó Lin Xi a uno de sus compañeros que lo escuchaba con atención. Y agregó—: Las cosas han cambiado también, el Emperador Guangxu llevó a cabo unas reformas políticas pero la Emperatriz Cixi pareciera que no está conforme. Él es muy joven, no sabe demasiado pero pareciera que el Emperador está prisionero.

—Es inaceptable —dijo otro de sus compañeros.

—Pero parece ser que es la realidad. No sabemos quiénes son buenos o malos, antes era más fácil discernir entre el bien y el mal —agregó otro.

—Ustedes no tienen idea hasta donde han llegado las palabras de mis padres y el efecto que han tenido. Si no se ha llevado a cabo una verdadera revolución es porque no ha sido el momento.

En la casa de estudios para maestros los debates políticos eran comunes y no estaban ajenos a la posibilidad de que alguno fuera un espía de los británicos y del gobierno, por lo tanto las reuniones eran selectas y cautas. Con una diferencia fundamental que había incorporado Lin Xi con respecto a su padre: no las llevaban a cabo en ningún lugar físico, los debates los hacían caminando.

Durante otra visita a la casa de sus padres Jia Yi le dijo a su nuera mientras la ayudaba acomodar sus pertenencias y miraba a Lin Xi:

—Tu marido ha heredado la sabiduría del padre, su abuelo y un gran maestro que tuvo —y ella asintió con la cabeza.

Padre e hijo conversaban luego:

—Se vienen tiempos tumultuosos, padre, la revolución está cerca, la puedo palpar, sentir, oler.

—Hijo, necesitamos un verdadero líder que aglutine nuestra Nación. Es la única forma de poder desprendernos de estos depredadores que nos sangran. Nuestros ancestros saben del dolor del pueblo y las injusticias que estamos sufriendo, debes pedirle ayuda, ellos te escucharán. Haz honor a ellos, por tus abuelos, que culpa mía no has podido conocer —dijo Lin Hie angustiado sentado mientras observaba al hijo que lo miraba de una forma extraña.

—¿Qué sucede, hijo, hay algo más que no me ha contado?

—Padre, con todo respeto creo que los ancestros no nos pueden ayudar. Respeto su memoria pero están muertos, son solo muertos —dijo Lin Xi

—¿Pero qué dices?

—Padre, entiende, no estoy faltando el respeto a su memoria. Simplemente creo que nosotros hacemos nuestra vida y nuestro futuro y nada interviene ni a favor ni en contra más allá de nuestra propia fuerza de voluntad. Las condiciones que sepamos observar para nuestro beneficio. Nosotros somos los que hacemos nuestro camino, no está predeterminado —explicó Lin Xi su punto de vista, intentando no lastimar a su padre.

—¿Pero qué te han hecho? —exclamó Jia Yi desde unos metros y mirando a la nuera.

—No, padre —dijo sonriendo—. Ella es una estudiosa del confucionismo, cree en la complementación del hombre con la mujer.

—¿Y entonces qué opinas tú? —dijo insistiendo la madre.

—Lo que ella crea no es mi problema, es libre de pensar lo que quiera —respondió Lin Xi.

—No le preguntaba a ella. Si lo hubiera querido hacer le pregunto a ella, las mujeres no necesitamos que intervengan en nuestras conversaciones —dijo tajante Jia Yi—. Pero no te entiendo hijo, ¿qué tipo de matrimonio piensas llevar adelante, qué tipo de familia?

—Padre, madre..., si bien mi viaje ha sido distinto al de ustedes también pude observar distintas realidades, la gente ha cambiado. No sólo aquí en la gran ciudad, los campesinos piensan distinto. Y tú eres parte de ese cambio, ínfimo, pero cambio al fin... No solamente se puede progresar en la ciudad y con una fábrica, también se puede lograr siendo campesino. Mao Yichang, por ejemplo, ha progresado, tiene mucha tierra, gran extensión. Él sabe leer y escribir, cultiva arroz con cáscara, tiene trabajadores y vacas —siguió Lin Xi. El padre lo escuchaba atentamente—. Cuando llegué nació su primer hijo, en el noveno día del undécimo mes del año de la serpiente. —Se quedó pensando en silencio, luego de un momento—. Bueno, en realidad era su tercer hijo pero los primeros habían fallecido. De eso me enteré después.

—No entiendo qué tiene que ver. Ese es un caso aislado. Hijo, siempre intenté salir de lo establecido, pero no logro entenderte. Tal vez ya estoy demasiado viejo y mi mente se ha tornado lenta y perezosa al igual que mis piernas —dijo Lin Hi

—No es sólo trabajar padre, hay que saber hacer negocios y lo ayudó que sabe leer y escribir. Igual que a ti. Mira dónde estás hoy... ¿No lo entiendes padre? Es lo que tú has hecho, es eso. Todo se basa en el saber. No debes ir por ahí explicando a uno por uno, les tienen que llegar lo que sucede de modo más rápido y que varios lo entiendan. Todos deben saber leer y escribir..., al menos la mayoría —dijo Lin Xi.

—No pensarás mudarte al campo para enseñar a leer y escribir, te necesito aquí, en la compañía. Pensé que te quedarías después de completar todos tus estudios.

—Padre, tú has dejado al tuyo para salvar esta Nación. Y ha sido imprescindible toda tu labor como la de mi madre. Además del modo que has conformado a la compañía ella se maneja sola. Son

los propios artesanos que saben administrarla. –Hizo un silencio y continuó–: Quiero enseñar padre, por eso estudio como tú. Y no quiero trabajar aquí en Pekín, estuve averiguando y creo que lo mejor es que nos vayamos a Changsha, ahí se encuentran más oportunidades de trabajo y de seguir cultivándome en los estudios llamado Yuelu, donde estudió Zhu Xi, quién enfatizó los cuatro libros. Además donde estudio ahora es la primera escuela normal en Shanghái, es una escuela específica para maestros. Ya te lo expliqué. Tengo que decidir, tal vez Cantón, no sé...

Hubo un silencio, el aire se enrareció y en un gesto de introspección Lin Hie vio toda su vida en un instante. Nada podía decirle a su hijo, siendo que él y su mujer en plena invasión huyeron para salvaguardar sus vidas dejando a merced de los asesinos a sus familias. ¿Qué podría decirle, que excusa o argumento sólido habría? Si en los propios hechos estaban las debidas fundamentaciones de su hijo.

—Hijo, ya viven muy lejos, Shanghái está a mil doscientos kilómetros de aquí, pero tiene la costa, un puerto muy importante, grandes comercios. En cambio Changsha está mucho más lejos y no tiene costa, no tiene puerto. Los puertos son el lugar más importante del comercio. Es casi trescientos cincuenta kilómetros al sur de Wuchang, Hanyang y Hankon.

—No me importa padre –respondió Lin Xi.

Lin Xi se retiró a sus aposentos con su esposa Yun Quan. La miró apesadumbrado.

—Debemos irnos lo antes posible, mientras más tardemos más difícil se hará la partida.

—Sí, –contestó ella y agregó–: Pero no debemos cometer el mismo error que han cometido ellos, debemos volver de visita y yo deberé volver a mi casa a ver a mis padres. Nuestros hijos deben conocer a sus abuelos, no debemos cortar la sogá que ata nuestro linaje –dijo Yun Quan.

Lin Xi y su esposa volvieron de viaje a Shanghái para que él continuará sus estudios. Luego de dos años se llevó a cabo la rebelión bóxer, llamada Levantamiento de Yihétuán o la Rebelión de los puños rectos. Era un movimiento iniciado en el año 1898 coincidiendo con las reformas de los cien días. Este movimiento tenía por

objetivo quitar de encima la intervención imperialista de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón, en todo lo que sea política, territorio, economía, cultura y religión.

En la escuela de maestros lo comentaban.

—Han sido reprimidos por el ejército chino y las fuerzas europeas y japonesas, no es claro qué quiere la Emperatriz, si apoya a los bóxer como le dicen los extranjeros o no, pero les declaró la guerra a las potencias extranjeras —dijo un compañero maestro a Lin Xi.

—Bien, debemos ir a pelear por ella y esa causa. La irreverencia japonesa y la falta de respeto es imperdonable. Es una causa nacional, tanto y tan mal como la invasión europea —comentó Lin Xi.

—Pero hay chinos que defienden a los extranjeros —dijo el compañero y agregó—: La alianza de las ocho naciones invadió el norte de China, de esta forma dicen aliviar las delegaciones extranjeras en Pekín. Esta alianza derrotó al ejército imperial chino, produciendo un saqueo a la capital y la ejecución de varios comandantes y soldados. Han asesinado a muchos amigos nuestros.

—No estaba enterado, temo por mis padres que se encuentran en Pekín —dijo Lin Xi.

—Otra vez China debe pagar cuatrocientos millones de taeles.

—¿Cómo sabes eso? Lo único bueno que quiso hacer Cixi y le salió mal.

—Y como siempre los extranjeros como venganza además de robarnos el dinero en taeles nos incendian y destruyen monumentos como venganza, no les alcanza con ejecutar personas.

Jia Yi se acercó a Lin Hie, estaba sentado, el peso de los años y la vida estaban en su espalda.

—Esposo mío, nuestro hijo se fue para siempre como lo hicimos nosotros. Temo por la vida de ellos, están lejos y esto que está sucediendo se va a extender —dijo Jia Yi—. Además aquí han asesinado a mucha gente.

—No se meterán con nosotros —respondió Lin Hie.

—Espero que nuestro hijo esté seguro.

—Lo sé, pero ya me dijo que mucho no se quedará en Shanghái, quiere viajar a Changsha, dice que hay otra escuela para seguir especializándose. No le podemos decir nada, ni siquiera opinar.

—Pero él podría haber continuado sus estudios aquí en Pekín —comentó Jia Yi

—¿Sabes...? —cambió el tema Lin Hie— dice que no cree en nuestros ancestros. —Sonriendo y meneando la cabeza agregó—: Espero que no lo hayan escuchado.

—Aquí también puede estudiar y enseñar —dijo otra vez Jia Yi—. Debe haber sido esa mujer.

—No, es él. Te lo aseguro. Ella es como tú, lo seguirá a donde sea. Siempre los hijos terminan buscando esposas como sus madres.

—Yo no me parezco a tu madre.

—En cierta forma sí, me has seguido y has trabajado como lo hizo mi madre junto a mi padre. A veces hay algo innato en las personas más allá de la educación y el lugar donde se desarrollen que aflora en algún momento y por algún instante en particular. Y de pronto toman un rumbo, no digo sólo geográfico, un rumbo distinto en su vida.

—Esposo mío, sigues siendo tan agudo e inteligente como cuando eras joven.

—No es mi boca la que habla, son palabras de mi maestro —respondió Lin Hie.

Una mañana Lin Hie comentaba y explicaba a un grupo de jóvenes y viejos, en una de sus reuniones.

—En 1894 cuando Japón atacó el barco en el norte y lo hundieron ya estaba perdida la batalla para nosotros. A pesar de que la derrota sucedió seis meses después, en 1895. Las fuerzas navales japonesas fueron feroces —contaba Lin Hie—. Esto lo sabemos, ahora bien lo que debemos analizar es el por qué de la invasión y por qué no fuimos capaces de defender nuestro territorio. Y lo peor, qué odio tan grande puede tener un ejército como el japonés en querer asesinar a niños y ancianos.

Hizo un silencio y los observó esperando una respuesta.

—Maestro, si me permite. Nuestro ejército está obsoleto.

—Bien, ¿y...?

—Bueno, hay que modernizarlo. Por otro lado, asesinar mujeres, niños y ancianos desmoraliza a un pueblo. Y los japoneses no tienen honor —dijo el joven.

Las últimas palabras dejaron mudos a todos.

—¿Cómo? —preguntó Lin Hie.

—Invirtiendo en armas, barcos y entrenamiento —dijo un viejo de la edad de Lin Hie.

—¿Y por qué no se hace?

—Creo que la Emperatriz no quiere..., o no se lo permiten los ingleses —dijo otro joven.

—¿Por qué? —siguió preguntando Lin Hie.

—No les conviene —respondió el viejo.

—¿Y cómo lo solucionamos?

—Con más revueltas y más rebeliones —exclamó otro joven desde atrás.

—¿Cómo? —preguntó Lin Hie una vez más.

—Organizando minuciosamente y planificando —respondió el primer joven.

—¿De qué manera...? La invasión japonesa debe ser una causa nacional que nunca se deberá perdonar.

Hicieron silencio. Lin Hie iba haciendo preguntas a las propias preguntas del grupo para que ellos mismos buscaran una respuesta correcta a través de deducciones. Otro hombre un poco más grande dijo:

—Tenemos que hacer lo que ellos, tejer una red de espionaje e información.

—Bien, ya tenemos un plan. Ahora solamente hay que ejecutarlo —dijo Lin Hie.

—Hay que matarlos a todos —dijo un muchacho muy joven junto al otro—. Me enteré que la reina de ellos murió y no hemos aprovechado el momento.

—Que la reina de ellos haya muerto no cambia en nada la situación con nosotros —dijo Lin Hie y agregó—: Quien hoy es nuestro enemigo más adelante puede ser un aliado.

—¡Nunca! —respondió otro joven reclamando a Lin Hie.

—Aprendamos también lo malo de ellos. Quinientos años de guerra y odio entre todos los países de Europa y luego se agregó Estados Unidos. Sin embargo se han unido para destruirnos. Eso evidencia también que no es tan fácil dominarnos —dijo Lin Hie levantándose.

—Maestro, ¿qué va a suceder con la región de Corea y Japón?

—Ese conflicto en el norte no culmina nunca. Joseon, o Corea, es una región importante. Y el país de los Wa desea su tierra. Ellos le dicen el país de la armonía. Es una guerra de Jiawu —explicó Lin Hie.

—Lo único que quieren es arrebatar nos tierras. Y sin nada de armonía —dijo el joven—. Ellos ahora dominan el norte.

—Pero han perdido el Río Yalu, y el puerto Port Arthur —dijo Lin Hie.

—Deberíamos pedirle ayuda a los británicos y franceses —dijo un viejo.

Todos dieron vuelta la cabeza y lo miraron sin decir nada.

—No, sería mucho mejor a los rusos, ellos en realidad nunca nos perjudicaron —comentó un joven.

—Japón se hizo dueño de Formosa, islas de los pescadores y la península de Liaodong; y Corea quedó autónoma —cerró Lin Hie.

Terminó la reunión quedando conforme Lin Hie, había logrado lo de siempre, que la gente reflexionara por su cuenta y sacara sus propias conclusiones.

Por otro lado los rusos habían conseguido que Japón renunciara a los territorios de Liaodong. Esto enemistó a Rusia y Japón, pero acercó los lazos entre China y Rusia, relación que comenzaba de a poco y con sumo cuidado de ambas partes. A los gigantes les cuesta acercarse por temor a lastimarse. Pero estratégicamente, si llegaba a buen puerto, sería fundamental por todo lo que compartían ambos naciones. No solo fronteras, sino parte de su cultura en el norte de China.

Durante un descanso en la fábrica mientras los artesanos bebían té, llegó el amigo monje de Lin Hie.

—El Emperador Guangxu quiere reformar y modernizar nuestro estado, educación, industria y fuerzas armadas. Tengo entendido que lo ayudan dos asesores llamados Kang Youwei y Liang Qichao.

—Lo llamaron reforma de los cien días. No tengo tanta información como tú ni tan reciente —respondió Lin Hie.

—Sí, pero no ha dado resultado, la Emperatriz Cixi canceló la reforma de forma abrupta —dijo el monje.

—Ella es una conservadora –contestó Lin Hie meneando la cabeza.

—Es evidente que debemos quitarle el poder.

—No puedo creer que salgan de una boca santa esas palabras.

—Tengo entendido que el Emperador está bajo arresto –siguió el monje.

—¿Quién te lo dijo...? –preguntó Lin Hie. Sonrió y agregó—: Si, ya sé, No te lo puedo decir, tengo amigos, en fin. Si es verdad, ¿qué harán con él?

—No sé, es difícil saberlo a ciencia cierta –respondió encojiéndose de hombros el monje.

Mientras en Shanghai Lin Xi había estudiado de la forma tradicional y también había podido acceder a un nuevo sistema educativo que se iba desarrollando en tiempos de su niñez. Ventaja que le daba la situación económica y social de sus padres y la cercanía que tenía con algunos políticos allegados al Emperador. La eterna duda que cargaba hacia Lin Hie era si su padre aceptaría esa relación con ciertos sujetos del poder político. Sentía que estando junto a ellos podía sacarles información y protección. Aunque en realidad era un juego peligroso, estar cerca también lo hacía vulnerable y hacía tiempo que había dejado de ser un hombre anónimo, que en su momento fue lo que más defendió su vida.

Por otro lado las artesanías de Lin Hie habían cobrado fama y renombre, por seguir las formas con la calidad del padre y con la tecnología que había sumado, teniendo en cuenta la capacidad para los negocios siendo él mucho más hábil que el padre. Sumado a la astucia de su mujer y la ayuda del hijo y su nuera, que aunque estando lejos asesoraban constantemente. Lin Xi contaba con el manejo de la exportación al vivir cerca del puerto, eso lo ponía en un lugar estratégico.

Puesto que daba clases Lin Xi constantemente hablaba con padres y alumnos concientizado de lo sucedido y de los por menores que se enteraba a través del padre. Yun Quan había organizado un grupo de mujeres y estaban preparadas para manifestarse junto a los hombres. El matrimonio de Lin Xi y Yun Quan en Shanghai les brindaba una vida tranquila, de armonía y trabajo, continuan-

do con sus estudios hasta completarlos. Lin Xi no pretendía ser un erudito, sólo quería ser el mejor maestro. *Confucio decía que todos deben aprender, se repetía continuamente.*

Una noche conversando Lin Xi con Yun Quan le dijo:

—Iremos a visitar a nuestros padres otra vez, en la última carta mi madre comentó que mi padre estaba muy enfermo.

Así fue como partieron ya estando ella embarazada. Luego irían a la ciudad donde Yun Quan había nacido, Shaoshan. Para luego visitar Chagsha y estudiar las posibilidades de instalarse en esa ciudad. Todo perfectamente planificado como ya les era costumbre, mucho más cauto que su padre y siempre teniendo uno o dos planes alternativos pero concretos.

Otra vez debería plantearle a su padre una desilusión, puesto que no podría manejar las exportaciones y distribución desde Shanghái. *Otra vez desilusionaré a mi padre*, su remordimiento le quitaba el sueño.

Antes de partir de Shanghái fueron testigos de la reunión de la Sociedad de la Restauración, fundada por Cai Yuanpei, presidente de la universidad de Pekín. Lin Xi estuvo presente habiendo llevado a su mujer.

Lin Xi le presentó a su mujer a Qiu Jin, mujer escritora, feminista y revolucionaria, ejemplo de muchas, la cual ella seguía en sus informes y en su vida, admirándola. Yun Quan le prometió lealtad y seguir sus mandatos.

De inmediato prepararon el viaje a Pekín para visitar a los padres de Lin Xi, le urgía estar con su padre y contarle las buenas nuevas. Sin embargo cada vez que estaban prontos a partir algún tema de último momento surgía. Se prorrogaba el viaje una y otra vez.

—Sabes, esposa mía, no veo. Durante años me he negado a aceptar que ya no puedo inspeccionar nuestra mercadería. Mi vista me muestra todo nublado, ya casi no distingo tu sonrisa —dijo Lin Hie.

—Será momento en que utilices esas gafas que se colocan sobre uno de los ojos. A mi me sucede algo parecido, sólo veo la mitad de las cosas. —Y agregó acongojada—: Mi mente tiene fuerzas, pero ya no mi cuerpo. La vida ha sido hermosa, le he-

mos hecho honor a ella, no la vivimos en vano. Sin duda fuimos dignos de ella y de los mandatos de nuestros ancestros.

Lin Hie la observaba con atención.

—Sabes, uno de los dos... de forma egoísta me gustaría ser yo la primera —dijo Jia Yi.

—No digas eso —respondió el.

—No, detente, siempre he tratado de asumir mis errores, tal vez sea por amor que deseo irme primero, pero tal vez por solo egoísmo de no quedarme sola.

—La soledad, esa situación donde no se tiene a quién entregar amor y afecto.

—Ni quién te lo dé —contestó Jia Yi.

Un día antes de finalmente realizar el programado viaje a la casa de los padres de Lin Xi, él comenta:

—Hoy estuve en una reunión.

—¿Con quién, alguna otra propuesta de trabajo? —preguntó curiosa Yun Quan.

—No, le dicen Sociedad Tongmenghui, es una sociedad secreta, pretenden acabar con la monarquía. Participa también Qiu Jin.

—¿Y eso es correcto? —preguntó dudando Yun Quan.

—No lo sé, tengo entendido que se fundó en Tokio. Pero es lo que venimos pensando.

—Eso no es bueno. Ya Japón nos invadió —dijo ella.

—Sí, es cierto. Pero hay un hombre, un militar, profesor y médico... Sun yat-sen, hay ideas... Junto a otro hombre... Estuve leyendo, me han contado. Song Jiaoren. Plantea cambios radicales... No sé, me parece bien... Tal vez sea eso, sólo ideas... Tal vez sea el hombre que siempre habló mi padre, tal vez sea ese el líder..., no lo sé... Debo contárselo, aunque seguro él ya lo sabe...

—Sé cauto.

—Están totalmente en contra del emperador. Proponen otra forma de gobierno, ya había escuchado de ello —dijo Lin Xi.

—¿Cómo en algunos países de Europa? No sé si eso es bueno. Igualmente en Europa hay reyes.

—Aunque no en todas las naciones. Ellos viven entre guerras y batallas y nuestra nación es de paz.

—Aunque también tuvimos conflictos —dijo Yun Quan.

—Tenemos conflictos —agregó Lin Xi—. Sabes, las cosas no son como antes, mis padres quisieron mejorar lo que estaba mal. Creyeron fervientemente que la mejor forma de tomar conciencia era dando a conocer lo que sucedía. El conocimiento. No hablo solamente del formal académico, sino de la información veraz. Él siempre sostuvo que toda la nación debía saber leer y escribir, que no debía haber un solo analfabeto sobre esta tierra... Pero eso debe ir acompañado del saber, no solo de nuestra cultura. La nación debe estudiar, saber leer para poder estar informada de lo que sucede aquí y en el mundo, pero sin dejar de lado nuestra cultura ancestral. Nuestra historia, batallas, generales, artistas, sabios. Nuestra nación debe saber quiénes somos, de todas las etnias, incluso las minorías. Todas son importantes, todas nos enseñan algo, todas sumadas forman una sola muy grande que somos nosotros mismos. —Y agregó—: Mi padre fue un adelantado, él lo decía, no debe haber un solo analfabeto en nuestra nación. Todos... Esto cuando nuestros padres eran jóvenes era impensado. Debemos continuar con su trabajo no repitiendo los mismos errores y estar dispuestos a cambios drásticos. Transformar lo que considerábamos mal y en la colonia que nos han convertido —dijo Lin Xi.

—¿Respetando al Emperador? —preguntó Yun Quan.

—¿Él, ellos... tienen respeto por nosotros? Mi padre siempre respetó al Emperador.

—Hubo emperadores muy buenos —dijo ella.

—Sí, es cierto. Pero ya no. Esto no va a mejorar sin un cambio profundo político, social y filosófico.

## 1906

En la casa de Lin Hie en Pekín.

—Esposa mía, no puedo respirar... me cuesta pero no me siento mal ni tengo miedo. Sólo extraño a nuestro hijo, quisiera verlo por última vez antes de partir.

Lin Hie miraba por la ventana un fresco y estrellado anochecer.

—Extraño los sabores de niángáo, el pastel del año nuevo. —Suspiró—. Ese riquísimo arroz aglutinado y delicioso.

—Sabes que te hace mal, por eso hace tiempo que no lo preparo, solamente en la fiesta de la primavera –le dijo Jia Yi.

—¿Sabes...? Eres tan bella que has sido creada por la misma diosa serpiente Nüwá, el día que naciste, el cielo colapsó. –Ella sonrió—. A veces pienso si en realidad no eres la mismísima serpiente blanca Bai Suzhen, (Bai Niangzi) y yo tu simple enamorado Xu Xian. Porque me has hipnotizado y me has ayudado a curar la ignorancia de mucha gente.

—Tal vez lo sea, porque a lo largo de nuestra vida hubo muchos monjes disfrazados de problemas que nos han querido separar y no lo han logrado. Pero quédate tranquilo que no soy ninguna serpiente blanca inmortal –dijo Jia Yi.

Lin Hie agregó después de toser:

—Los jaboneros, (koelreutria), ya están florecidos –comentó en un suspiro cansado. Son muy bellas las flores amarillas, pero no tan bellas como tú.

Jia Yi volvió a sonreír.

—Mira, se ven las ramas de los árboles que hemos plantado, creo que me están saludando. Sus ramas parecen brazos y dedos que me llaman.

Con su mano derecha no dejaba de acariciar a su vieja gata que ronroneaba mientras con la izquierda tenía tomada a Jia Yi.

—Sabes, ayer vino mi padre a verme durante la noche.

A Jia Yi se le estrujó el alma, su corazón se agitó. Acariciaba sus dedos entrelazados.

—Te regalaría flores hoy –dijo Lin Hie.

—Y yo a ti, pese a las veces que me has hecho enojar –respondió Jia Yi.

—Para eso estamos los hombres... para hacer enojar a nuestras esposas.

En ese momento entró Lin Xi imprevistamente. Atrás su esposa. Se sentó junto a su padre. Mientras saludaba a su madre.

—Padre, estoy contigo, vinimos a verte y contarles una nueva y maravillosa noticia. –A Lin Hie los ojos le brillaron—. Para decirles que van ser abuelos.

Lin Hie sonrió, tomó con sus manos al hijo y a su nuera, los besó.

—Los bendigo, hijos... —Y sus ojos opacos y blancos se llenaron de lágrimas.

Jia Yi, se emocionó también y abrazó a ambos.

*Aquí es donde se cierra el círculo*, pensó Lin Hie. Volvió a tomar la mano de su hijo, lo llevó hasta él, con un gran esfuerzo se incorporó apenas un poco, tomó a Lin Xi de su cabeza, le dio un beso en su cara y cuando se le acercó a la mejilla le dijo casi en un murmullo:

—Cuida bien a tu madre... —y cerró los ojos para siempre.

Corría el año cristiano 1906 y Lin Hie tenía 89 años.

La muerte de Lin Hie fue todo un acontecimiento, pero sólo de los más allegados fueron invitados, puesto que su esposa quería que fuera recordado como un hombre de ideales altruistas, sencillo. Ella prefería el anonimato. Su nuera como era la costumbre al estar embarazada no asistió al funeral de su suegro.

Pese a los esfuerzos de Jia Yi, la noticia corrió como agua en pendiente, más que nada en aquellos que había instruido, sus ex alumnos y colegas de su fábrica. Muchos competidores lo admiraban y respetaban, pues había ayudado a muchos de ellos. Solamente a unos pocos les fastidiaba su forma de manejarse con los artesanos que trabajaban con él, considerando que lo hacía para destacarse entre los demás.

El sepelio de Lin Hie fue un acontecimiento social su fama se había extendido entre los que bregaban por una nación libre de opio. Sin embargo no era famoso entre todos los habitantes, era conocido sólo en su ambiente de pujanza y nacionalismo.

Li Sinchong hizo todo lo necesario para que el fallecimiento de su gran amigo no fuera tumultuoso. Lin Hie consideraba que era digno de ser anónimo. Una vez terminado el sepelio Li Sinchong acompañó a la familia durante un mes, junto a su pupilo Niu Lun, que ya no vivía en el monasterio, pero al enterarse se hizo presente.

Li Sinchong casi no habló en esos días. Cuando sintió que era prudente viajó al monasterio y se recluyó en el lugar. Lin Hie tuvo sólo dos amigos en su vida, Tao y Li Sinchong, era consciente que él había tenido el honor de ser uno de ellos.

La repercusión entre los ingleses fue mínima, se enteraron que en una de las empresas manufactureras había muerto su dueño y que estaba en contra del opio. Pero no pasaba de eso. No pudieron asociar a Lin Hie con el hombre que anduvo arengando y difun- diendo contra el opio. O que había matado a las hijas del maestro y al espía que estaba con ellas.

Como él quiso, sería uno de los tantos héroes anónimos que quedarían en el olvido. Sin retratos, bustos ni monumentos. Su nombre se iría perdiendo con el tiempo, pero era lo que él quería. No fue relevante para ellos, sin embargo no dieron cuenta de la semilla que había germinado como la de un ciprés y se estaba convirtiéndose en un gigante. Tal vez el más grande del mundo.

Por otro lado en el palacio celestial tampoco advirtieron su muerte, excepto un viejo oficial militar que había trabajado como espía siguiendo sus pasos, pero que cada vez que estaba por comprobarlo, algo sucedía que le era imposible constatar su identidad y verdaderas intenciones.

Por otro lado, tal vez tuvo un dejo de admiración el viejo oficial por aquel simple artesano de cuerpo delgado y rostro amable pero de semblanza de acero. Porque el viejo oficial estaba seguro que no se equivocaba de que aquel viajante y su esposa llenaron de semillas un terreno ávido de vegetación.

—Murió el viejo caminante comunicador –le comentó por lo bajo, casi como un secreto a otro oficial en los pasillos del palacio.

—¿Quién el viejo ese que andaba arengando contra el gobierno? Nunca supimos su verdadera identidad. Y si tal vez era verdad lo que se decía o era solo una fantasía o algo de antaño que se había convertido en fábula –respondió el otro oficial.

—Tal vez.

—No se confunda, este viejo sí era él... Estoy seguro. Y no arengaba contra el Emperador, lo hacía contra el opio y los invasores. Protestaba contra lo que hacía mal al pueblo y no reparaba en su Alteza Celestial. Y tan errado no estaba, puesto que en su vida pasó por varios emperadores.

—El viejo no hizo nada entonces –contestó el otro.

—Hizo mucho contra el opio. –Luego de un silencio agregó–: Nunca menosprecies la pequeña piedra que por pisar al descuido

en el camino has hecho que caiga al barranco, no sabes si esa piedra hizo correr a otras y hoy miles de rocas están cayendo desprendiéndose formando un deslave imposible de detener... Cuando un hombre de esas características muere su nombre queda en el olvido de las escrituras, pero queda en la memoria colectiva del pueblo y se termina convirtiendo en leyenda en que siempre alguno toma la posta y quiere imitar. Su nombre desaparecerá y le llamarán por apodos varios que muchos adoptarán. Y eso no se sabe dónde acaba ni sus consecuencias...

Ante el fallecimiento de Lin Hie, Lin Xi y su esposa se quedaron dos semanas con Jia Yi y Li Shinchong. No por la compañía, sino también para arreglar cuestiones de la empresa. A su vez suspendieron el viaje que harían hasta el pueblo de ella para intentar reconciliar a Yun Quan con su familia..

—Hoy en una pequeña reunión expliqué a los jóvenes que Sun Yat-sen fundó la sociedad de “La liga unida”, Tongmenghui, la expectativa es grande, pues es la mejor forma de aglutinarnos tras un mismo líder —dijo Lin Xi—. Su objetivo pareciera ser lograr un gobierno republicano.

—Tal vez habría que saber bien qué es o cómo es el tipo de gobierno que pretende —dijo Yun Quan—. Estuve con un grupo de mujeres que desean formar un grupo de combate.

—No, es muy peligroso, no te adelantes —le dijo Lin Xi.

—Las mujeres escribimos libros sobre derechas ahora —contestó Yun Quan.

Lin Xi no contestó de inmediato.

—Háblame de ese hombre —dijo insistente y mordaz ella.

—No sé mucho. Y no llegué a consultarle a mi padre ni a Li Shinchong, sólo sé que es del sur, cerca de Cantón, la tierra de mis padres. Es de la etnia hakka, que estudió aquí y en otros países, sabe varias lenguas y es médico. También que es cristiano.

—¿Y por qué fundó la sociedad?

—Primero fundó la sociedad para la regeneración china, él tiene la idea de abolir el gobierno imperial y que tengamos un gobierno republicano. Se que chinos inmigrantes de las islas del pacífico financiaron sus viajes.

—¿Sólo viajó con los fondos donados? Muy conveniente —dijo ella con sorna—. Tu padre no estaría de acuerdo con derrocar al Emperador, ¿eso acaso es lo correcto? Lo vuelvo y volveré a preguntar.

—No, solamente el primer levantamiento se llevó a cabo con ese dinero, él estuvo en Japón donde organizó todo para el primer alzamiento en Cantón en octubre de 1895. Fracaso pero al fin y al cabo fue un inicio —siguió Lin Xi intentando convencerla. Él la miró y ella quieta frente a él como profesor que toma examen—. Estudió en Inglaterra, estuvo en Estados Unidos y muchos años en Japón.

—Estuvo y está con nuestros enemigos, y confían en él —dijo con simple deducción femenina Yun Quan.

—¿Será acaso que utiliza sus influencias a nuestro favor, será tal vez que es más inteligente que todos? —dijo él insistiendo en convencerla.

—¿Pero cómo puedes confiar en un hombre que no viste como nosotros, al menos son los comentarios, habla el idioma de quienes nos envenenaron y esclavizaron y vive en el país que nos invade? —respondió estupefacta.

—Ah, entonces sabes algo de él —dijo Lin Xi.

Ella no contestó y siguió con sus tareas.

—Te parece cada día más a mi madre... —dijo él intentando terminar con la conversación.

—Sí, no confío en nadie... Y en tal caso es un honor parecerme a mi segunda madre.

—Eso no es nada, espera que te cuente, se lleva muy bien con los franceses. —Sonrió y continuó—. Desde indochina manejó otros alzamientos... Tú también debes contar con tus informantes.

Al tiempo de estar en Shanghái, prepararon su viaje a Shaoshan, para visitar a los padres de ella y luego intentar afincarse en Changsha. Deseaban que su hijo o hija nazca donde pensaban quedarse. El motivo de la mudanza era el estudio que deseaba continuar Lin Xi como maestro de otros maestros y niveles.

Cuando llegaron, Yun Quang se enteró que su padre había muerto, nunca había recibido una carta. Su madre estaba enferma y sus hermanos no la quisieron recibir. No le sorprendió

la actitud, había contraído matrimonio contra los deseos de sus padres y los había abandonado.

Lin Xi fue a visitar a aquel agricultor que estaba progresando y que había trabajado para él con su amigo Niu lun, le intrigaba cómo continuaban sus negocios, se sorprendió al encontrarse un hombre poderoso, próspero y con una buena fortuna. Lo había visto progresar pero nunca imaginó que llegaría a tanto. Reflexionó sobre el potencial de los campesinos.

Al llegar a Changsha las condiciones favorables hicieron que tomaran sin demasiados cuestionamientos la decisión sobre dónde instalarse definitivamente. Adquirieron una casa grande cerca del centro de la ciudad, pero no demasiado. Era una típica vivienda de ciudad, amplia pero no tan abierta y confortable como la de sus padres. Solicitaron a sus amigos que les envíen las pertenencias de Shanghái a Changsha.

Yun Quan transitaba en el último mes de embarazo cuando una mañana antes de salir hacia la escuela Lin Xi se encontró en la puerta al anciano Li Sinchong junto a Niu Lun su ex pupilo.

—¡Maestro, Li! Justo en el mejor momento —exclamó Lin Xi.

—Vinimos para asistir a tu mujer en el parto como lo hice yo con tu madre cuando naciste —dijo el anciano.

Al día siguiente nació Lin Ming

A Lin Xi le llevó un tiempo poder ingresar como alumno a la escuela Yuelu, debía rendir exámenes exigentes y complejos. No le costó conseguir trabajo como profesor en instituciones prestigiosas, hasta que pudo afianzarse y trabajar como educador. Se sentía pleno, estaba convencido que la educación era la única forma de liberación, no solamente del subyugo invasor, sino también mental. Su padre se lo había inculcado y él lo había comprobado.

Cierto día se encontró con un joven alumno, dialogando con él dedujo que era aquel niño que había conocido en Shoashan cuando viajó a Cantón para saber algo de sus abuelos.

—Tú eres aquel niño que conocí hace años —le dijo Lin Xi—. Hace poco estuve con tu padre. Te he visto nacer.

—¿Está seguro? —preguntó el joven.

—¿Cómo te llamas?

—Mao Zedong.

—Tu padre cargaba con deudas y fracasos económicos, sin embargo estaba progresando rápidamente. Y de hecho lo pude comprobar en mi última visita. He trabajado para él y mi mujer es una paisana de tu tierra.

El joven lo observó gravemente sin contestar.

Unos días más tarde Lin Xi decidió ir a visitar a su madre, hacía tiempo que no la veía y quería saber cómo se encontraba. Al llegar ella lo recibió con cálido afecto, le comentó los por menores de la fábrica, hecho que Lin Xi sabía perfectamente puesto que él estaba encargando de las ventas en su nueva ciudad y tenía correspondencia constante con un amigo que había conocido asistiendo a sus clases y que ahora le cuidaba su casa.

—Los artesanos me cuidan y son muy amables conmigo y honestos —dijo Jia Yi. Entonces bajó la cabeza, sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por su cara.

—Mamá, sé que es duro. Yo también lo extraño —le dijo Lin Xi abrazándola.

—Sí, hijo, lo sé. Pero para los hijos la muerte de los padres es algo natural. Fueron muchos años y muchas vivencias. Y no es sólo eso, es la soledad. Es la tristeza, es las ganas de no querer hacer nada, de querer morirme para estar con él... Busco algo que me haga reír y no lo logro, camino como un espíritu entre tinieblas. Me busco trabajos que no existen para no pensar, no tengo con quien hablar y lo que hablan no me interesa. No me da ganas de sentarme a la mesa. Voy a la fábrica, todos me saludan, son amables, serviciales, hago mis tareas y vuelvo. No me quiero cocinar, no tengo porqué hacerlo, a quien le guste mi comida, con quien discutir. La soledad es muy triste. —Y agregó—: Mira, tú sabes que jamás fui afectada a las mascotas como perros y gatos, lo era tu padre, él sí. Ahora los busca para acariciarlos, no sé a quién entregarle mi amor, mi afecto... Los acaricio a ellos, a la vieja gata y al perro.

—Mamá, puedes venir con nosotros, la fábrica no te necesita —dijo Lin Xi.

—No, hijo, gracias, mi lugar es este, y yo debo esperar mi turno para reencontrarme con tu padre.

Una mañana cuando Lin Xi llegaba al colegio vió a muchos colegas reunidos, había ido caminando despacio observando todo a su alrededor como era su costumbre y como le había enseñado su padre. *Observa y analiza el estado de la gente*, le decía. Uno de sus colegas lo detuvo.

—Lin Xi, Lin Xi, ha muerto el emperador Guangxu.

—Es decir que todo el poder ahora es de la emperatriz Cixi.

—Siempre lo fue –dijo el compañero.

—Tienes razón –contestó meneando la cabeza Lin Xi

Durante esa misma mañana se dirigieron al aula donde se realizaría una reunión programada, Lin Xi y su compañero creían que se pospondría por el fallecimiento del Emperador. Entraron al salón, todos estaban callados y los profesores preparados para anotar. Entró un profesor coordinador. Saludó con reverencia y todos lo imitaron.

—Supongo que se han enterado pero quiero comunicarles oficialmente que desde el palacio celestial se dictaminó una nueva tipo de escuela.

Lin Xi y su compañero pensaban que iba a hablar de la muerte del Emperador. El coordinador comenzó a explicar de qué se trataría ese nuevo proyecto de escuela. En ese momento entró otro directivo interrumpiendo al que estaba explicando, se acercó a este y le dijo algo al oído. Todos hicieron silencio, se pusieron de pie y saludaron nuevamente. Quién estaba explicando le dio la palabra.

—Debo comentarles una disposición nueva, de la cual todos debemos estar enterados por si somos convocados. Nuestro Emperador Celestial ha aprobado la primera escuela para mujeres.

Hubo un murmullo generalizado. Entró entonces otro directivo. De inmediato todos callaron.

—Acaba de fallecer nuestro Emperador –todos en el salón se quedaron atónitos.

El profesor jefe lo observó dudando. Un profesor sentado interrumpió:

—Esto es algo nuevo, –dijo balbuceando mientras seguía mirando al directivo–, y debemos entender cuáles son las órdenes para este nuevo tipo de enseñanza.

Algunos de los hombres quedaron muy sorprendidos y sin palabras. Entre el anuncio del fallecimiento del Emperador y de la nueva escuela. Sin embargo, a Lin Xi no lo sorprendió.

—¿Te has dado cuenta, a los colegas les sorprendió más la nueva escuela para mujeres que la muerte del Emperador? —comentó Lin Xi.

—A muchos no les importa, están hartos —respondió el compañero.

*Todo va a suceder en el momento que deba suceder, las cosas se van dando naturalmente, sin prisa ni retorno,* pensó Lin Xi.

—Ya era hora de que esto se implementara.

—¿Qué cosa, la escuela para mujeres o que abiertamente no se de importancia al fallecimiento del Emperador? —le preguntó su compañero.

Lin Xi lo mira levantando una ceja:

—Ya es hora...

Luego de la reunión, lectura de las condiciones para que accedan las mujeres, materias y niveles Lin Xi se dirigió a su casa para darle las buenas nuevas a su esposa sobre la escuela y la noticia del fallecimiento del Emperador. *Las noticias siguen tardando en llegar,* se decía a sí mismo.

Seguramente con el fallecimiento del Emperador algunos cambios vendrán, pero este no lo detendrán. La emperatriz Cixi seguramente fue parte impulsora.

—Todo llega y todo pasa —dijo Lin Xi en voz baja.

Al llegar a su casa le informó a su mujer sobre la nueva escuela. Al enterarse, se alegró.

—Ahora podré estudiar en una escuela, no en mi casa. Esperaré a que el niño crezca.

—Otra noticia —dijo él—. Falleció el Emperador, espero, Cixi no revoque esta orden....

—Sí, lo sé.

—Las noticias tardan en llegar —dijo Lin Xi.

—No tanto como antes —respondió Yun Quan.

Al día siguiente estaba por salir de su casa cuando llamaron a la puerta. Era Li Shinchong.

—¿Qué sucede maestro, adelante?

—Ha muerto la Emperatriz.

—El Emperador, esta vez no se informó bien... El Emperador —lo corrigió Lin Xi.

—No, la Emperatriz Cixi, extraño, ¿no? —dijo Li Shinchong. Los tres se quedaron callados y perplejos por la noticia.

Días más tarde al salir de la escuela Lin Xi es detenido por un asistente de maestro que eventualmente participaba de algunas de las reuniones que llevaban a cabo de forma clandestina.

—¡Maestro, maestro Lin Xi!

Él sorprendido se detiene.

—¿Qué haremos ahora que ha fallecido la Emperatriz Cixi? —preguntó el asistente.

Lin Xi se quedó callado, luego de un momento dijo en voz baja:

—Conozco a alguien que ya debe saber con seguridad quién es el sucesor y los motivos y pretensiones pero todavía no me lo dijo, por algo será...

El compañero no entendió su murmullo, tampoco preguntó.

—Y... me enteré que hace un tiempo, ejecutaron después de haber torturado en Zhejiang a Qiu Jin dijo consternado el asistente.

—Lo sé, dicen que los soldados del Emperador. A mi mujer le afectó mucho —contestó Lin Xi mostrando preocupación.

—No sabemos con certeza.

Lin Xi no podía creer tanto odio e injusticia.

—Debemos esperar y observar —dijo.

En una de las charlas con un grupo de jóvenes interesados sobre la política de la nación, uno que era la segunda vez que se hacía presente, les comunicó que se mudaría.

—Me voy por un tiempo, nos mudamos —comentó poniendo su mirada en Lin Xi.

Lin Xi lo observó, era el alumno nuevo, el muchacho que había visto nacer en el pueblo de su esposa.

—Nos dejas. ¿Algún motivo para preocuparse?

—No, maestro, gracias, mi familia está bien. He conseguido trabajo en la construcción del ferrocarril —respondió el joven Mao Zedong.

—Sé que hay muchos trabajadores que lo hacen y que es muy duro —comentó Lin Xi.

—Necesitamos el dinero.

—Pero tú estudias —replicó sabiendo las condiciones económicas de su padre.

—Lo deberé dejar, ya casi terminan la obra y no quiero dejar de ganar ese dinero —respondió Mao sin darle importancia al comentario—. Estoy acostumbrado a viajar y hacer todo tipo de tareas duras, lo hice bajo el mando de mi padre como campesino y antes de venir aquí estudié en Dongshan, la primaria superior. Estoy acostumbrado a arreglármelas solo y sin dinero.

Lin Xi meditó sobre el tema sabiendo cuánto le costaba a la gente, sin un poder político o económico, estudiar. Pero admiró su postura de no pedirle dinero al padre ante su determinación y dignidad por obvias diferencias las cuales desconocía.

Al tiempo se inauguró el ferrocarril de Pekín-Zhangjiakou, uno de los mayores avances de ese momento, que le sería de gran utilidad a la nación.

Lin Xi continuó trabajando arduamente como maestro y profesor, dedicando también tiempo a las reuniones cada vez más intensas, ya no como hacía su padre de explicar y mostrar lo que sucedía y sus consecuencias. Él en cambio planificaba manifestaciones y juntaba agrupaciones, pintaban pancartas. Todo con cuidado pues soldados y británicos estaban en alerta.

Su madre por su lado quiso quedarse en Pekín al cuidado del monje que parecía no envejecer y había vuelto por el motivo que los unía. Una amistad inquebrantable.

Un breve periodo estuvo en el monasterio, una vez más, despidiéndose de sus compañeros para luego instalarse definitivamente en las cercanías de la vivienda de Jia Yi. La acompañaba y ayudaba con sus tareas en la empresa y su casa.

Lin Xi durante un par de años viajó y participó en cada una de las revueltas y levantamientos que se producían. De forma mucho más violenta, comenzó a disfrazarse para no ser reconocido. Se jugaba la vida, pero extremadamente cauto, utilizaba una tela en la boca y un sombrero más grande de lo normal para

no permitir que lo reconozcan, siempre estaba en el tumulto, en el medio, nunca atrás, ni en el frente ni los laterales.

Su esposa sufría, sin embargo consideraba que la única forma de tener una sociedad más justa para su hijo era cambiar radicalmente la nación. Ella con su grupo, siguiendo el consejo de Lin Xi, participaba con un grupo de mujeres disfrazadas con sombreros grandes y telas en la cara ocultando sus rostros. Al tiempo quedó nuevamente embarazada.

Una noche a punto de acostarse Lin Xi y Yun Quan escucharon llamar a la puerta. No era costumbre y el sobresalto fue grande, Lin Xi tomó un revolver y lo ocultó entre sus prendas, al abrir la sorpresa fue grande al encontrarse con su amigo Niu Lun.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó Lin Xi.

—Vengo de un largo y apresurado viaje que me mandó hacer Li Shinchong, sabes como es, el que todo lo sabe y no se puede negar a lo que pretende —respondió Niu Lun—. Pero estoy aquí porque me mandó asistir en el parto a tu mujer. El supo que estaba embarazada nuevamente.

—Pero ni a mi madre se lo conté, y tú no eres médico, además ya tenemos una mujer que asistirá.

—Li Shinchong me estuvo preparando como médico ancestral desde que tengo memoria he asistido cientos de partos solo —contestó Niu Lun—, además estuve con tu primer hijo.

—No lo sabía... Ella está acostada en este momento, creo... Sabes como es —dijo Lin Xi—. Entra, dormirás en el dormitorio de atrás.

—Ya até los caballos. Sabes, el maestro me hizo ir a reconocer otro camino, estuve en otros lugares antes de llegar, hace tiempo partí, por eso estoy con dos caballos, fue muy duro, llegué a la ciudad de Zhangjiajie, en Wulingyuan.

—¿Qué hay en esa ciudad?

—Apenas lo sé, quiso que reconociera las cavernas del dragón amarillo y hablara con alguien. Ahí conocí a un hombre, también era monje pero se había recluso, casi no habla —contaba mientras se acomodaba—. Dice que habla con los ancestros, no sé...

—Mañana hablaremos de eso —le dijo Lin Xi.

—Dice que un hombre surgirá entre las sombras y que salvará a la nación. Que surgirá del trabajo y la pobreza decidida por él mismo, que sabrá de siembra y hambre por convicción. Que mano dura tendrá y nuestra Nación será próspera y sobrarán arroz y cerdo para todos. Que muchos enemigos tendrá pero que nadie se atreverá contra él.

—¿Lo crees? Tú sabes que no creo en esas cosas —contestó Lin Xi.

—Ya no sé qué creer. Yo creo todo y descreo todo. Pekín está que arde, un clima de inquietud y preocupación se siente. —Siguió diciendo Niu Lun—. ¿Qué opinas del nuevo Emperador Xuantong, (Puyi), será fácil quitarnos de encima a ese hombre?

—Estamos haciendo todo lo posible —respondió Lin Xi—. Más revueltas de las que llevamos a cabo es imposible.

—¿Y quitarnos de encima a los británicos?

Lin Xi no contestó.

Nació el segundo hijo de Lin Xi, Lin Zeng, esta vez sólo estuvo su amigo y médico ancestral Niu Lun. Lo ayudó la mujer con la que ellos habían hablado. El acontecimiento fue enorme aunque los nuevos padres estaban tristes, Lin Xi porque su madre anciana no podía viajar para conocer a su nieto y su esposa porque su familia se había alejado de ella, o ella de ellos.

Llevar adelante una familia con dos hijos a cuesta no iba a impedir que Lin Xi llevara a cabo las órdenes de más revueltas y levantamientos, no como líder, pero sí como pieza imprescindible en cada una de ellas. Los planes de revueltas y levantamientos llegaban a través de una red de agentes que, con los mismos ideales, obedecían a Sun Yat-sen.

En una de las tantas reuniones a altas horas de la madrugada Lin Xi se encontraba con un grupo de hombres en el cual habían admitido a dos mujeres. Había jóvenes de muy corta edad que desconocían de la historia y situación. Sólo sabían lo que veían en su ciudad.

—Debo explicarles, hacer una línea de tiempo para que entiendan las causas y consecuencias de cada una de las revueltas, y levantamientos que llevamos a cabo. Cada vez más organizados y

efectivos... Desde la Sociedad Literaria Furen formada en Japón en 1890 no hemos dejado de crecer. Mediante el humor y la satírica política de las Manhua, (historietas), “La situación en el lejano oriente” hemos logrado hacer entender a la gente qué sucede, al público en general. Pensamos que el ferrocarril y las líneas telefónicas iban a hacer todo mucho más ligero, y si bien es verdad que la información llega más rápido no es suficiente, la información con anticipación es un gran poder.

Todos lo escuchaban con atención.

—El grupo Xingzhongbui de Sun Yat-sen que intenta expulsar a los bárbaros tártaros, revivir Zhonghua, establecer una república y distribuir tierras a la gente. Apoyarlos es por ahora nuestro objetivo. —Siguió diciendo—: La reunión de intelectuales en el 1906 fue uno de los temas más importantes de nuestra sociedad, y el intento del gobierno Qing de reunir nobles con empresarios. Que fracasó, pero muestra a rajatablas la advertencia en el descontento popular... Los japoneses inmigrantes nos ayudan y la sociedad japonesa, desde Japón, del dragón negro, la Yakuza. Hasta el inglés Arthur de Carle Sowerby —dijo sonriendo Lin Xi—. Algunos buscarán solamente su conveniencia, pero aprendimos a ser como ellos.

—¿Pero es bueno que los japoneses e ingleses nos ayuden? Seguro es por sus propios intereses —comentó uno de los jóvenes participantes.

—No opino por ahora, en este momento nos sirve, después veremos. Los que sí lo hacen con sincero desinterés son los japoneses que viven entre nosotros. Se sienten a gusto con nuestras costumbres y nuestra tierra. —Y agregó—: Todos los levantamientos fracasaron, pero dejan heridas sangrantes que se infectan. Desde el levantamiento del ejército de independencia en 1901, el levantamiento de Vhuizhou, Ming, alzamiento de Ping-liu-li, Huanggang de 1907, Huizhou Qínuhu, Anqing, Qínzhou, Zhennanguan, Qínlian 1908, Hekou, Mapaoying y los últimos de Gengxu. Todos programados por nosotros. ¿Se entiende lo que digo? —dijo con cierto grado de orgullo e indignación por la ignorancia de algunos. Indignación que provenía de la impotencia por no poder hacer más para que la información fuera conocimiento inmediato y de punta a punta de la nación y para todas las etnias y clases sociales.

—¿Quién es nuestro líder...? —preguntó otro joven

—No todas las agrupaciones tienen el mismo líder, pero todas aspiramos a un nuevo gobierno. Nos aglutina Sun Yat-sen, sus ideas revolucionarias son nuestra inspiración,

—No sabía que hubo tantas revueltas y alzamientos —dijo alguien.

—Debemos mejorar nuestra comunicación y difusión, mi padre bregó por ello —le contestó Lin Xi.

—Debemos mantenernos unidos para que todas esas revueltas y alzamientos no sean de muertes sin sentido —dijo una de las mujeres. Todos se dieron vuelta y la observaron.

—Gracias por su participación —le dijo Lin Xi.

De inmediato todos lo observaron a Lin Xi. Los jóvenes quedaron asombrados al tomar conciencia que a partir de ese momento serían parte de algo inmenso.

Se produjeron revueltas en el sur y fue el inicio de una mecha encendida. La noticia esta vez corrió como río embravecido, pronto la Nación estaba al tanto de los acontecimientos puesto que Cantón era una ciudad muy importante y todo lo que sucediera en la provincia se esparcía como agua.

—Lin Xi las manifestaciones son aplastadas, entiendes mi amigo —le dijo un compañero.

—Lo sé, pero es uno más de tantos que ya hubo y van a venir. Unas pequeñas y débiles gotas que caen a cada parpadeo con los años perfora la roca.

—Debemos ir para Cantón y estar con ellos —agregó el maestro—. Asesinaron a Ni Yingdian, fueron las fuerzas del ejército del emperador en febrero del 1910

—Sucederá lo que en Guangzhou en 1895, los aplastarán.

—No, deberíamos combinar una serie de levantamientos en toda la Nación. Que les sea imposible prevenirlas y que no sean derrotados.

—El fracaso es inaceptable en estas instancias. El mensaje de Sun yat-sen fue claro, organizados, sin prisa y efectivos para todos los levantamientos —dijo Lin Xi.

—Pero tú no has estado con él —dijo extrañado el compañero.

—Exacto, pero es el mensaje que nos llega de otras agrupaciones.

—¿Él es en realidad nuestro líder entonces? —preguntó el maestro.

—Sin dudas... —contestó resignado Lin Xi. Se sentía incapaz de poder estar en todos lados y de manos atadas.

Así comenzó una serie de revueltas, de forma rápida para que no pudieran ser reprimidas. Los soldados frustrados no podían dar con los manifestantes que al acercarse se dispersaban en diferentes puntos, con vecinos ya previamente arreglados para ocultarse.

Se mantuvieron en contacto y alerta con otros grupos, la vida de todos seguía en aparente rutina, sin embargo a cada paso se procedía a planificar algo que desestabilizara al gobierno. Lin Xi viajó a Shanghái junto con un grupo de hombres, Niu Lun se quedó al cuidado de su esposa y su segundo hijo recién nacido.

Había comenzado la revolución Xinhai, el inicio del fin...

Las revueltas, alzamientos y manifestaciones daban como resultado peligro e inestabilidad pero con la esperanza que pronto se podrían quitar de encima a los Qing. Niu Lun había fortificado la vivienda de Lin Xi mientras él no estaba. De manera preventiva y por si los levantamientos se tornaban incontrolables. No por los pobladores en sí mismos, sino por los soldados. Ya no había temor frente a los soldados extranjeros, ahora las cuentas eran más claras, era contra los soldados del Emperador. Los soldados extranjeros temían salir de sus lugares restringidos por ellos mismos.

Corría el año 1911 según el calendario occidental cristiano. Lin Xi tenía reuniones todos los días hasta altas horas de la madrugada. Participaba activamente en reuniones donde se organizaba y planificaba. Planos de la ciudad, vías de escape, dibujos, todo sobre las mesas. Todo se estudiaba minuciosamente y luego se destruía para no dejar pruebas. Las reuniones nunca eran en el mismo lugar y los participantes se turnaban.

Sabía que el viaje a Shanghái era para ser parte de la organización de otra revuelta. Pero nunca se lo dijo a su mujer. En

Shanghái, Lin Xi de inmediato notó los cambios desde su partida. Las calles con gran movimiento, carruajes y hasta un par de automóviles. Locales y carteles dispuestos en forma vertical haciendo publicidad de sus productos y vías de tranvías. Viviendas altas de varias plantas.

Lin Xi participó en todas las revueltas pequeñas, el ambiente no se sostenía y el ejército se lo notaba debilitado. En las manifestaciones respondía a las agresiones sin temor y tenacidad. Eran las primeras revueltas en las que muchos estaban armados.

Por otro lado, el fracaso de la expedición del almirante Seymour años atrás les había dado aliento y una publicidad importante a los revolucionarios. Ridiculizados por primera vez los británicos sentían que los chinos se habían organizado y eran capaces de lograr sus objetivos. Sin un ejército modernizado y casi sin armas, sólo estrategia e inteligencia y, más que nada, unidad. La tenacidad del hombre chino se hacía notar contra el imperio británico, que veía como el dragón abría sus alas y tomaba vuelo. El ejército inglés casi no participaba, era claro que se iban poniendo de parte de los revolucionarios. Tal vez en su macabra y retorcida psiquis pensarían que si se sacaban al Emperador del medio el comercio del opio sería más rentable aún.

Llegó el año de la Rama Madre del cerdo de metal, en el ciclo sexagesimal. Este ciclo es el sistema numérico que utilizaban todos en China. Son ciclos de sesenta combinaciones de dos ciclos básicos de diez troncos celestiales, los diez días de la semana, las doce ramas terrenales.

Hubo varias reuniones de gran cantidad de grupos, entre ellos los de Lin Xi, escuchaban y aportaban ideas. Pero a diferencia de su padre con lucha armada y dispuesto a matar si su vida era amenazada. Cada uno de los grupos se organizaba y se manifestaba llevando a varias personas, la mayoría jóvenes, muchos nuevos estudiantes, y algunos trabajadores cansados de la explotación en fábricas como así también en el agro.

De vuelta en Changsha Lin Xi estuvo con su mujer y sus dos hijos un tiempo. Dando clases, reorganizando estrategias y esperando órdenes como todos los que no eran líderes. En un diálogo con

el joven que había conocido hacía unos años. Ya convertido en un muchacho serio que había completado sus estudios primarios. Y que mostraba un compromiso y vehemencia escalofriantes.

—Lo he escuchado hablar con tus compañeros sobre la revolución —le dijo Lin Xi.

—Sí —respondió el joven.

—Lo noto serio.

—Mi esposa murió —respondió Mao Zedong—. Los matrimonios no deben ser arreglados.

—Oh, no sabía que estaba casado, lo siento mucho.

—Sí, una buena mujer. Pero no estaba enamorado de ella. Fue idea de mi padre, fue hace tiempo. Voy a dejar de estudiar pero luego volveré —dijo el joven.

—¿Otra vez, hay cosas muy urgentes...? —exclamó Lin Xi.

De inmediato Lin Xi intentó que cambiara de ideas, pero a los minutos sólo lo escuchaba con admiración ante la claridad de conceptos que tenía. Ideas y respeto a las creencias ancestrales pero no creía en todo, dado que el joven estudiante cuestionaba, había rechazado rotundamente un matrimonio arreglado por su padre con la hija de otro hacendado. No lo confirmó pero Lin Xi supuso que uno de los motivos de venir a esta ciudad había sido irse de su casa por ese motivo.

—¿Qué sabe de la Asociación Literaria? —le preguntó Mao Zedong.

—Sé que junto a la Asociación Progresista estuvieron involucrados en el levantamiento de protección al ferrocarril contra la incautación —respondió Lin Xi—. Todo comenzó ahí.

—Hay que estar atento siempre de los motivos y pretensiones —le dijo el joven.

De regreso a su casa, Lin Hie, se lo comentó a su esposa.

—Hoy me encontré nuevamente con tu antiguo vecino del pueblo —a no le dio demasiada importancia a su comentario.

—Ya me habías contado —contestó Yun Quan.

—¿Lo recuerdas, Mao Zedong? Era un pequeño cuando partimos. Lo vi de joven pero ahora es muy serio. Sabe mucho y tiene una oratoria notable —le dijo Lin Xi.

—Sí, ¿estás seguro que es lo mismo?

—Sí, te dije que lo vi anteriormente algunas veces, pero ahora es distinto. Es decir, ahora es un joven con mucho ímpetu y muy decidido. Además sabe mucho de política y está muy enterado de todo. Es un gran alumno, pero viaja en estos días. Es muy inquieto. —Hizo una pausa y siguió—: Siendo tan joven y tiene algo especial, inquietante. Se ha acercado a mí y hemos hablado sobre la realidad de la Nación. Tiene ideas radicales, firmes. Sorprende la claridad con la que lleva algo muy complejo a algo simple. No me lo dijo pero creo que pertenece a nuestro grupo, o al menos de una rama paralela... Entre las ideas republicanas de Sun Yat-Sen. Y la sociedad secreta (tongmenghui), pareciera que hay algo con lo que no está de acuerdo, pero no lo dijo O en tal caso agregar algo a estas propuestas, no lo sé.

—Me habías comentado —respondió Yun Quan—. Lin Xi, hace meses quiero solicitarte algo.

—Dime.

—La angustia, culpa o responsabilidad me invadió. Necesito ir a ver a mi madre, e intentar rearmar el vínculo con mis hermanos. Mi madre viuda está sola.

—Seguro, en cuanto podamos iremos, nunca dije nada ni propuse por tu enojo al partir cuando nos enteramos de la muerte de tu padre. Lo que sucede es que creo entender que no es momento de viajar, es muy peligroso —comentó Lin Xi.

—Sí, lo sé.

—Tal vez, sólo tal vez el tiempo o la distancia o ambas cosas ayuden a olvidar o perdonar.

—No. Ni perdonas, ni olvidas, simplemente te acostumbras... pero necesito ir.

Al tiempo viajaron al pueblo de Yun Quan. De inmediato fueron a su casa natal. Allí estaba su madre cuidada por los hermanos como era costumbre. Ella no fue bien recibida como anteriormente. No era bien visto el alejamiento y haber dejado sus obligaciones en la familia. Pese a esta situación pudo conversar con su madre y reconciliarse con ellos. La alegría de conocer a sus nietos fue grande.

Lin Xi tuvo la oportunidad de ver a su antiguo patrón Mao Yichang, que continuaba siendo tan osco y severo como lo re-

cordaba. Ya hombre poderoso y con gran fortuna. No le habló de su hijo, consideró prudente no hacerlo dado que conocía el vínculo que tenían.

Esto afianzó más la idea de Lin Xi que un camino a la reposición económica de la Nación era el agro sumado a la tecnología que se podría sumar llegado el momento. Aprovechando un poco de estabilidad ante la abdicación del emperador Puyi, extendieron el viaje a la ciudad de Pekín para que la madre de Lin Hie conociera a sus nietos.

De regreso de la casa familiar, en el antiguo pueblo de ella, durante el invierno, se enteraron de las consecuencias de la gran revuelta en Cantón.

El día 27 de abril de 1911 se produjo el 2º levantamiento de Guangzhou, Lin Xi se enteró de lo sucedido en la ciudad que vio nacer a sus padres, no podía creer el tremendo fracaso y la gran pérdida de vidas. Setenta y dos mártires quedarían en la historia de Xinhai.

Pronto estuvieron recibiendo propuestas de otros grupos. Lin Xi viajó al norte con otro grupo de hombres.

Siendo 350 km desde su ciudad Changsha a Wuchang, en dos días estuvieron presentes.

El 9 de octubre mientras uno de los integrantes, Sun Wu, supervisaba la producción de algunas de las bombas, una de ellas explotó. Sun fue hospitalizado pero descubrieron quién era y lo delataron.

Ante esta situación Jiang Yiwu de la Sociedad Literaria decidió iniciar de inmediato el levantamiento. Lin Xi que se encontraba en el lugar cumplió las órdenes como un revolucionario más. Pero de inmediato se filtró la información y el virrey Huguang los reprimió y ejecutó a gran parte del grupo. Lin Xi, experto en camuflaje no fue descubierto y pudo escapar entre la multitud.

Todos se ocultaron, Lin Xi que siempre tenía dos o tres planes estuvo escondido a escasos metros de la revuelta sin que nadie se percatara de su presencia.

En la otra punta el joven Mao Zedong estaba listo con otro grupo de jóvenes para atacar. Un revolucionario a cargo de ese grupo les gritó:

—¡Nadie se mueva hasta que lo ordene! Primero saldrán otras franjas, por último nosotros

—¡Por qué no nosotros! —preguntó Mao Zedong, valiente y determinado.

—Porque ustedes son muy jóvenes y los necesitamos vivos para otra batalla.

Durante la noche siguiente, el 10 de octubre 1911, Wu Zhao-lin como comandante del nuevo ejército, organizó un ataque tomando la residencia del virrey. Entre el 10 y 11 murieron un total de 500 manchues y 300 fueron capturados.

¡Se había dado la gran revolución China! La revolución Xinhai.

De inmediato establecieron un gobierno militar provisional comandado por Li Yuanhong, quien debió ser convencido dado que no quería aceptar el cargo. Al día siguiente los revolucionarios marcharon hacia Hankou y Hanyang capturando a las provincias en el proceso.

Lin Xi no participó de esa embestida en Changsha habiendo cumplido su odisea sin rasguños y sin que lo identificaran en Wuchang. Sólo temía por su familia.

De regreso a su casa su esposa que temía lo peor lo recibió en llanto.

—No puedes seguir viajando y exponiéndote a que te asesinen. Tú eres maestro, eres profesor, tu labor está en otro lado —dijo Yun Quan.

—No lo entiendes, es por el futuro de nuestros hijos, ellos deben crecer en una nación que no deban pedir permiso a los extranjeros ni a los propios para lo que pueden hacer y lo que no. Toda la vida de mi padre estuvo atado a las condiciones de exportación que imponían los ingleses. Por defendernos tuvo que pagar impuestos altísimos por las deudas que nos imponían. Nos han matado, violado, esclavizado. Eso se debe terminar —respondió Lin Xi.

Igualmente Lin Xi intentó por unos días no moverse de su casa, permanecer con sus hijos y su esposa. Sabía lo necesario que era e intentaba ser un padre y esposo presente. Ya de nuevo en el aula, se encontraba impartiendo clase cuando se acercó otro profesor. Respetuosamente se quedó en la puerta esperando que Lin Xi termine con su clase. Una vez hecho se acercó a la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó Lin Xi.

—Quisiéramos saber si nos podrías contar qué sucedió, muchos de nosotros no estamos enterados de lo que realmente sucede. Tú lo sabes de primera instancia —le dijo el profesor—. Tú haces reuniones con jóvenes y nunca nos has invitado —le reclamó su colega—. Sólo a algunos maestros jóvenes.

—Tal vez para no ponerlos en peligro, no todos están preparados para luchar.

—Nos hemos enterado de que su padre luchó, aunque no con armas... Podemos hacer lo mismo.

Lin Xi bajó la cabeza:

—Se ha dado una revuelta en Wuchang. El 10 de octubre. Esas noticias han llegado, tenemos un nuevo tipo de gobierno. Hicieron explotar una bomba. Hicieron explotar o explotó accidentalmente, no lo sé...

Pero gracias a esto la policía descubrió que hay muchos militares que estaban preparando una revuelta para que abdique el Emperador. Decidimos sublevarnos... Revolución Xinhai, que significa 1911, (Hsinhai) cerdo de metal Ciclo sexagesimal..., revuelta del montículo de las flores amarillas... Nada fue en vano, ninguna muerte, ningún mártir dio la vida por nada. ¡Pero esto no es un fin, esto recién empieza! —dijo Xin Li.

Los profesores que se encontraban a su alrededor que habían escuchado atentamente lo observaban estupefactos, mucho de ellos no imaginaban la magnitud de violencia, sangre y lucha.

Luego, devuelta en casa hablando con su esposa, le dijo:

—Me encontré otra vez con mi alumno Mao Zedong, está en una liga... Regresó. La Liga Unida dicen. Me prestó un libro "Palabras de advertencia para una edad rica" de Zheng Guanying, publicado 1893, el año que nació el muchacho, si mal no recuerdo.

Yun Quan no contestaba.

—Continúan los levantamientos en varios lugares, tengo una reunión ahora. Vuelvo más tarde.

Ella en ningún momento dijo una palabra, al cerrar la puerta su marido, tomó a sus dos hijos y los abrazó.

Lin Xi viajó a Pekín para coordinar grupos, dar clases especiales y formar líderes. Reunidos en un lugar secreto se encontraron Lin Xi con un grupo de gente.

—Hay un gran malestar en los ciudadanos, no sabemos qué va a hacer este nuevo gobierno —dijo un joven estudiante.

—Sí, maestro. ¿Cuándo se van los ingleses?

—Ya comenzaron a irse, de a poco, no quieren dejar su negocio del opio tan fácilmente. Van a poner resistencia, pero no les es favorable todo lo que ha sucedido, tienen miedo. Fíjate que la mayoría de los franceses y estadounidenses se fueron. Quedan algunos pocos de ellos. Igualmente no nos debemos confiar —dijo Lin Xi—. Nosotros, como bien sabemos, hemos participado, hemos organizado y ha dado sus frutos. —Siguió justificando su falta de información—. Debemos esperar.

—La primera vez que llegué a Pekín, fue con mi padre, a comprar y vender mercadería. No conocíamos la ciudad, mi padre estaba maravillado. En un momento nos acercamos a una calle Donjiaominxiag con una barrera, era el barrio Delegaciones, cerca del Palacio Celestial. Los soldados ingleses pensaron que mi padre pretendía entrar. Fue solamente un error, no sabía qué era. Era evidente por el tipo de construcciones. Nos hablaron en su idioma, mi padre no entendió, le gritaron, mi padre se asustó y entre cinco guardias lo molieron a palos. Su cabeza y cara sangraban, le robaron la mercadería que llevaba y el dinero —comentó un joven.

Nadie dijo nada, Lin Xi meneaba la cabeza.

—¿Tu padre está bien?—le preguntó.

—Sí, un hombre que pasaba nos ayudó y curó en su casa. Yo tenía mucho miedo y nos volvimos con las manos vacías. Sin el dinero ni la mercadería. Al año mi padre decidió volver e instalarse.

—Permiso, maestro —dijo un hombre con acento extranjero—. Creo que necesitamos saber cuáles son las órdenes de nuestro líder, Sun Yat-sen. Y que va a suceder de aquí en más. No nos estamos quejando de usted, sólo queremos saber con claridad nuestro futuro.

Todos se dieron vuelta para mirarlo de mala gana. No por lo que dijo, sino por su acento.

Lin Xi que sabía varios idiomas de inmediato se dio cuenta:

—Tu acento es español.

—Soy Filipino —dijo el joven.

Uno de los integrantes de la reunión era el profesor que lo había increpado durante la mañana. Lo observaba y prestaba atención en cada palabra y gesto de Lin Xi.

—¿Y qué haces aquí y por qué opinás? —preguntó Lin Xi.

—Me fui de mi país y hace dos años que vivo y trabajo aquí.

—¿Qué haces y cómo te llamas?

—Alfonso Bautista y soy propietario de una carpintería. Mi esposa es de ascendencia china han, su abuelo fue a mi país por el comercio de los galeones de Manila. Se establecieron allí, así conocí a mi esposa.

—¿Por qué vinieron otra vez?

—Los estadounidenses invadieron el país, asesinaron mucha gente, violaban a nuestras mujeres, a todos los que hablaban español y fueran católicos. Quemaron muchas iglesias, las encerraban durante la misa y quemaban a los feligreses dentro —respondió Alfonso.

—¿Usted es católico? —preguntó Lin Xi.

—Sí, la represión es violenta y desalmada, Violan mujeres y matan niños.

Todos quedaron en silencio. Se produjo un murmullo.

—¿Y por qué participas de esto?

—Los estadounidenses mataron a toda mi familia, a mis padres, mis hermanos. Huimos con mis suegros y nos instalamos aquí, mi suegro murió el año pasado y me hice cargo de la carpintería que teníamos.

—¿Tu mujer no tiene hermanos? —siguió preguntando Lin Xi.

—También los mataron los estadounidenses. Ellos se encontraban trabajando con un sacerdote. Los engañaron y fusilaron por la espalda.

—Seguro tienes más que motivos para estar aquí. Eres bienvenido. Bien, continuemos... Hay muchos compatriotas nuestros que han viajado a Europa y ven cómo se vive allí. No es necesario viajar tan lejos, sabemos qué debemos tener en nuestro país, nuestra sociedad no es como la occidental, nosotros no invadimos, no colonizamos y no le quitamos nada a nadie.

—Ellos han conseguido armas —dijo otro joven.

—Si tenemos armas luchemos contra ellos —se sumó otro..

—Intentemos la menor cantidad de muertes —dijo Lin Xi.

—¿Cómo ellos lo han hecho con nosotros? —dijo Alfonso.

—Sí, sí, tiene razón —comenzaron a decir todos. De repente se armó un griterío y discusión.

—Vayamos a buscar las armas —gritó uno y salieron todos corriendo.

Lin Xi se quedó perplejo, solo. El único que no se había ido era el filipino. No los pudo manejar, era la primera vez que le sucedía.

—He escuchado, me han contado que su padre y usted han hecho un buen trabajo, no lo eche a perder. Su gente, la que usted formó ya tiene pensamiento propio, la masa decide —comentó Alfonso.

—Mi padre me enseñó que todo debía ser en forma pacífica. Aunque yo no lo haya sido —le dijo Xin Li.

—Su padre y usted son buenos hombres, pero si hay muertes piense que usted no atacó, solamente se defendió.

—¿Cuánto haces que vives en Pekín?

—No vivo aquí, resido en Changsha, a orillas del río Xiang. Vine por unos asuntos comerciales. Me enteré de esta reunión, sentí curiosidad y entré.

—Se supone que nadie sabe de estas reuniones —dijo Lin Xi—. Debemos ser más cuidadosos.

—Sabe de ellas quien debe saberlo, se lo puedo asegurar.

Al salir del lugar lo hicieron juntos, y frente a ellos se acerca el viejo amigo de Lin Xi, Niu Lun, que había viajado a Pekín para ver a su maestro y la madre de Lin Xi.

—¿Qué haces aquí, viejo amigo? —mediante reverencia también saludó al filipino y se presentaron.

—Lin Xi, viejo amigo, vine a arreglar unos asuntos aquí. Quiero ayudar, no fue fácil encontrarte. Estuve con tu esposa e hijos antes de viajar —dijo Niu Lun—. Todavía no pude ver ni a mi madre ni al maestro.

—¿Has venido solo o con el maestro?

—No, viene con mi esposa e hija, lamentablemente el maestro murió.

Lin Xi asoció la muerte del monje con la de su padre. *Mi madre ha quedado sola*, pensó.

—Un buen amigo de mi padre. Y mi madre sola, debo ir a verla, hace dos días que llegué y todavía no fui. La debo llevar a vivir conmigo —dijo Lin Xi.

—No, morirá —contestó Niu Lun—. Está bien cuidada por los trabajadores de la fábrica.

—Si era un buen hombre debe estar con Dios —comentó por lo bajo Alfonso.

—Ustedes y su Dios. Son como mi padre siempre pensado en los ancestros —le dijo Lin Xi.

—No insista —sumó mirando Niu Lun a Alfonso Bautista.

—Si cree es respetable, si es buena persona, la Virgen María lo protegerá siempre —dijo de nuevo Alfonso.

Niu Lun sonrió.

Luego de estar tres días con su madre, Lin Xi, junto con sus amigos y familias decidieron viajar juntos a la ciudad de Changsha nuevamente. Ya en sus viviendas se juntaron durante una noche los tres en la casa de Lin Xi. Se encontraban los nuevos tres amigos pintando una bandera azul con sol blanco y luna roja que identificaba a la etnia han con dieciocho puntos negros que significaba las provincias chinas. Mientras bebían té en el patio anterior a la entrada a la casa, entre la pared que los separaba de la calle y la habitación recibidor. Cuando golpearon la puerta, Lin Xi se sorprendió. Era uno de los integrantes que había luchado con él en Wuchang.

—¿Qué hace a esta hora por aquí? —preguntó Lin Xi.

—Escuché que se iban a juntar a pintar algunas banderas y pancartas.

—¿Viene a ayudar?

—No, vengo a decir que eso será un escudo, usaremos la nueva bandera que tiene cinco colores, negro, blanco, azul, amarillo y rojo. La llamada cinco razas bajo una unión, significa la armonía entre los han, manchúes, mongoles, hui y tibetanos.

—Eso es bueno —dijo Lin Xi.

Hicieron un silencio.

—Te encuentras callado —le dijo Niu Lun a Lin Xi.

—Recordaba el asesinato de Yeung Ku-wan en el levantamiento de Huizhou. Si tantas muertes servirán de algo... A nuestro líder Sun Yat-sen le debemos esta libertad.

—No te confíes, Li Shinchong antes de morir me dijo que vendrían tiempos violentos. Luchas por el poder. Que después de años de opresión y luego de una revolución es lógico que suceda. Son tiempos de agitación como luego de un tifón, las aguas quedan revueltas hasta calmarse.

—Bien, entonces debemos estar preparados —dijo Alfonso.

—Si eso sucede muchos cambios se avecinan —contestó Lin Xi—, pero estoy cansado de tanta violencia

—¿Alguno de ustedes conoce Europa? —preguntó Niu Lun.

—Yo he estado en Europa, África, América y la gran isla del sur —contestó Alfonso.

—¿Cómo has viajado tanto? —le preguntó Lin Xi.

—En mi familia eran marinos. Primero estuve en un balangay, luego en un bankaya, mucho más grande, surcando mares. Pero un barco estadounidense nos bombardeó y hundió. Algunos sobrevivimos dos días en el mar hasta que nos rescató un barco de Indonesia, un pinisi. Al tocar tierra decidí no volver más al mar. Yo debería haber seguido los pasos de familia, pero preferí tierra firme... Los ingleses se manejan igual que nosotros, con un Rey o Reina como si fuera un Emperador, pero Francia no, ellos deciden quien los gobierna, pasaron por una gran revolución con muchos muertos, grandes errores y equivocaciones.

—¿Lo has visto? —preguntó Niu Lun—. He leído parte de su historia, el maestro me enseñaba.

—No, pasó hace tiempo. Pero me lo han contado y he leído. Me gusta leer, mi sueño es seguir estudiando —dijo Alfonso—. Pero nunca tuve un maestro como tú que me enseñe a mí. Un sacerdote español nos enseñaba cuando era niño a leer y escribir, a varios en una escuela.

—Pero nos invadieron... Mira, yo lo he estudiado, desde el inicio de su historia esa gente vivió invadiendo —completó Lin Xi

—Sí, es verdad, no han cambiado su forma de manejarse en el exterior —respondió Alfonso—. Aunque lamentablemente ustedes también están divididos, escucho muchos hablar contra la etnia de

los manchúes y que había que sacarlos del gobierno. Creo que no depende de una etnia, depende de las personas. Nosotros tenemos muchas etnias, mi familia es tagalos, pero nos llevamos bien con las otras... A los únicos que no queremos es a los estadounidenses por lo que nos han hecho. Porque con los españoles comercializábamos y vivíamos en paz. Seguro que algún día querríamos sacarnoslos pero con ellos se podía comercializar bien. América como África son todos esclavos al menos lo que yo vi.

—He leído que muchos países de América ya son libres —comentó Lin Xi.

—Algunos, no todos. Y en apariencia, muchos siguen sometidos por los europeos.

—La verdadera independencia se logra cuando existe la independencia económica, algo que nunca entendió mi padre —siguió Lin Xi y agregó—: Sin embargo se han levantado las tres banderas en las batallas, algo debiera significar.

Se acercó al lugar otro joven para ayudar con las banderas. Luego de saludar con reverencia y solicitar permiso. De inmediato se puso a trabajar con ellos.

—Tenemos que terminar con la política y debe gobernar el pueblo —dijo vehemente el recién llegado.

—Hay gente que está regresando del exterior —comentó Niu Lun.

—Sí, hay grupos llamados anarquistas que no quieren que nadie gobierne —dijo Lin Xi

—Dicen que la idea es expulsar a los bárbaros tártaros. Establecer una república y repartir tierras no es suficiente —dijo el joven.

Los tres se miraron y observaron al joven y al otro tipo más grande que había llegado primero.

—Los estudiantes e intelectuales están con nosotros. Llevamos carteles, palos y piedras. —Siguió diciendo el joven.

—Además nos ayudan económicamente, nos financian los chinos de ultramar. Mi grupo del otro lado de la ciudad está más organizado que este —aportó el mayor.

—También hay extranjeros que nos apoyan, japoneses, ingleses y estadounidenses... Por el motivo que sea, que seguro no es bueno. Pero lo debemos aprovechar —explicó Lin Xi.

—¿En ellos confías? No confiemos en nadie —dijo Niu Lun

—Los japoneses nos están ayudando —dijo el joven que no paraba de hablar.

—Los japoneses sólo se manejan a través de la Sociedad del Dragón Negro. Son asesinos crueles que lo único que quieren es, tras el apoyo, ir contra los manchúes para derrotar a los Qing, y quedarse con la patria manchú, y de paso manejar un poco el negocio del opio. Ellos están realmente occidentalizados —dijo el más grande. El joven lo observó y asintió con la cabeza.

Otro joven que pasaba, vió la puerta abierta y a los cuatro confeccionando las banderas, solicitó permiso y entró. También era conocido de ellos y había estado en alguna de las revueltas como el anterior.

—Esa bandera, ya no sirve —dijo el joven recién llegado.

Lin Xi rió

—Que no venga otro porque va a decir algo nuevo...

Todos rieron.

Niu Lun los observó a sus dos amigos rodeados de los jóvenes: *Mi maestro tenía razón, no será fácil el acuerdo, se dijo en voz baja.*

—Los hechos ocurren muy rápido ahora. Algunas manifestaciones entre los ciudadanos son un claro desacuerdo entre unos y otros —dijo Lin Xi.

Lin Xi y sus amigos dejaron pasar un tiempo prudencial para volver a hacer otra reunión, esperaban órdenes de alguien.

Las órdenes solían venir de algún enviado que se encontraba más cercano a las filas de Sun Yat-sen. Esperaban pacientes para ver de qué se trataba y despejar el caos y las diferencias que de inmediato aparecieron y crecían.

Salía Lin Xi de una de las aulas cuando se encontró con Mao Zedong que ya estaba alistado en el ejército desde hacía un tiempo y había participado activamente de toda la revolución. Le explicó las estrategias utilizadas y los porqués, puesto que Lin Xi se limitaba más que nada a captar las órdenes y llevarlas a cabo mediante un minucioso plan para que las revueltas sean lo más efectivas, sin que nadie sea herido, muerto o apresado. Siempre atento a vías de escape y ciudadanos que los ayudaran.

A Mao lo sorprendió toda la inteligencia realizada con anterioridad para desarrollar una estrategia llevada a cabo para proteger a su grupo. Lin Xi sintió que lo estaba felicitando, tal vez el joven era parte de los líderes ocultos y no lo sabía.

Él no estaba al tanto de los planes que se desarrollaban. Nada al fin y al cabo era improvisado. Con mentalidad crítica y lógica, por momentos dura y fría, Mao le hablaba y lo miraba con ojos fijos sin pestañear. Lin Xi se sentía amedrentado. *Este joven emana fuego*, se decía. Mao le confesó que admiraba las intensas luchas de Sun Yat-sen, pero también dejaba una sombra de descontento y cuestionamiento.

Renovaron los encuentros, ahora más frecuentes pero con grupos cercanos que ya estaban conectados directamente con la Liga Unida China, la Alianza Revolución China y la Sociedad de Lealtad China. Ahora esas partes debían ponerse de acuerdo. De esa forma se había elaborado una tela de araña organizada y bien planificada, aunque cada una con ideas diferentes.

En varias oportunidades Lin Xi y su grupo habían utilizado distintos tipos de armas de fuego, además eran expertos en armar las bombas que los rusos les habían enviado junto con los planos. Lin Xi quería imitar a su padre en la concepción del pacifismo y tolerancia, pero muy a su pesar tuvo que aceptar que era la única forma de defenderse del Ejército Imperial y los invasores europeos. Era por la fuerza, no había otra forma, a pesar de las trágicas consecuencias de las muertes.

Algunas escaramuzas comenzaron a producirse con un gran nivel de violencia, muchísimos heridos y algunos muertos. El ejército pasaba desfilando con grandes tropas uniformadas dando un aspecto de imposición y fortaleza generando temor.

Trabajadores del campo con palos, operarios con sus típicas gorras entre las calles de piedra con carteles y marquesinas eran la escenografía para disturbios y luchas, batallas sangrientas y sin piedad. Y ya se había tornado común ver pancartas gigantes que llevaban los manifestantes. Banderas rojas con el sol negro y blanco mostrando las provincias y las banderas azules con el sol blanco.

*¡Se ha terminado la dinastía Qing, somos una república!* habían gritado las masas, pero no notaban cambios los habitantes. El descontento se hizo visible tempranamente, ya no había paciencia ni querían esperas, a la sociedad le urgían los cambios.

En los pasillos de la escuela Normal de Changsha Lin Xi se dirigía hacia un aula para impartir sus clases cuando se cruzó con Mao Zedong nuevamente. Mao se había hecho profundo admirador del republicanismo y los anárquicos pero ante la calma y reorganización no estaba conforme con algunos asuntos. Llevaba varios libros en sus manos. Lin Xi se detuvo para saludarlo.

—Soy un convencido que la educación es la madre de todas las educaciones, por eso quiero enseñar —dijo Mao con su mirada fija y penetrante de siempre.

—Será un honor compartir la profesión con usted —le dijo Lin Xi—. Mi padre me infundió la pasión por la educación. Fue siempre un ferviente convencido de que todo pasa por la educación. Este es el cimiento central de la justicia y seguridad. Tres pilares básicos de una nación, tres puntos que apoyan sobre un mismo plano, imposible que tiemblen. Educación para todos, justicia igualitaria y seguridad nacional.

—Las bases de una nación son la soberanía, independencia, unidad, fortaleza —respondió Mao con voz firme como si estuviera hablando a un público. Lin Xi quedó perturbado por el énfasis en sus palabras, tono y volumen de la voz.

—Mi visión es limitada —dijo Lin Xi. Y agregó—: Su visión es más amplia. Creo que los estudios secundarios que realizó y estos estudios superiores le dan una amplia visión abarcativa que no poseo. Además de las vivencias de haber nacido en el campo.

—Todos hablamos de lo que sucede aquí, no nos olvidemos de quienes estuvieron en nuestras tierras sin permiso. William Howard Taft es el gobernante de Estados Unidos y Clément Armand Fallière de Francia. El rey de Inglaterra es Jorge V y el Primer ministro, quien manda en realidad, es Herbert Henry Asquith. No solamente nos tenemos que ocupar de las decisiones de Sun Yat-sen, nos tenemos que ocupar de todos. Adentro y afuera... Debemos saber cómo piensa esa gente, es la única forma de adelantarnos a sus acciones. ¿Qué quieren, cuáles son sus planes...?

Lin Xi no supo qué responder. Pero hizo una comparación con los inicios de Sun Yat-sen:

—Sin necesidad ni temor se metió en las tripas del enemigo para sacar de ellos lo poco bueno que tuvieran, utilizarlo, mejorarlo y llevarlos contra ellos mismos. Puesto que si bien en su momento Inglaterra, Francia y Estados Unidos los invadieron, envenenaron y esclavizaron, también lo apoyaron creyendo que el triunfo lo haría un aliado y podrían continuar con sus negociados. No supieron darse cuenta de la sutileza del primer revolucionario —dijo Lin Xi

—Admiro con profundidad a Sun Yat-sen, lamento no conocerlo. Pero no concuerdo en todo —respondió Mao Zedong.

—¿Qué hará ahora?

—Completar mis estudios para ser maestro —contestó Mao.

El joven siguió su camino mientras Lin Xi había recibido una clase magistral de geopolítica en un minuto.

Sun Yat-sen había vuelto de su exilio tomando el cargo de Primer Presidente de la República como era de esperar siendo él su líder indiscutible, de inmediato fundó el Partido Nacional Popular, PNP o KMP, y entregó el cargo de presidente a Yuan Shikai quien debía llamar a elecciones parlamentarias.

Sun Yat-sen era consciente de su debilitado ejército y no le quedó más remedio que convocar a quién contaba con las fuerzas, el imperialista general Yuan Shikai.

En las elecciones parlamentarias del 1913 Song Jiren del partido PNP ganó por amplia mayoría, habiendo votado los ciudadanos mayores de veintiún años con cierta educación. El general no iba a permitir que el nuevo presidente estuviera a cargo y lo hizo asesinar al poco tiempo, disolvió al PNP y se hizo nombrar presidente por cinco años, convirtiéndose en un nuevo dictador en poco tiempo.

Sun Yat-sen volvió a exiliarse pero ahora en Japón.

Pese a que el nuevo presidente y dictador intentó llevar a cabo algunas reformas, la mayoría fueron un fracaso. A esto se le sumaba que había iniciado la Primera Guerra Mundial, y las presiones hacia China se hacían cada días más fuertes, puesto que Japón era un socio fundamental de Estados Unidos. Al encontrarse en guerra con

Alemania, Japón pasaba a ser enemigo de Alemania, por lo tanto se le entregaba las concesiones alemanas a China, reclamando este “veintiún exigencias” al año siguiente de haber comenzado la guerra. Es decir que Japón por socio de Estados Unidos, y Alemania enemiga de Estados Unidos, se le exigía a China que las concesiones de las empresas alemanas se las entreguen a los japoneses.

Luego de pasar un tiempo prolongado Lin Xi con su familia, cuidando a su madre en Pekín, finalmente ella falleció a la edad de 94 años, en 1916. Su muerte fue serena, sin sufrimiento y durmiendo sentada en su sillón preferido mirando los árboles que había plantado con su marido. Se fue durante un atardecer con la puesta de sol.

Lin Xi quedaría como parte igual en la fábrica encargándose de las ventas en su ciudad.

Después del asesinato de Song Jiaoren y que el ejército tomara el control político, las internas se encontraban en un verdadero caos ante el manejo del gobierno dictatorial.

Lin Xi sentía indignación y recordó las palabras de su amigo Niu Lun que le dijo aquel hombre de la cueva del dragón escondido. Se generaban revueltas y manifestaciones.

Mientras tanto Yuan Shikai reinstaló brevemente la monarquía y se hizo proclamar nuevo Emperador, cosa que disgustó a muchos, entre ellos a Mao Zedong que no entendía semejante estupidez. Ante el descontento popular y varias manifestaciones en contra abdica, muriendo el general unos meses después.

La primera guerra seguía avanzando dejando millones de hombres sin vida esparcidos en las trincheras de Europa. El gobierno de China manda voluntarios como trabajadores a Inglaterra y Francia para colaborar en la reconstrucción de rutas y caminos. Aunque muchos de ellos pelearon en el frente y murieron participando activamente como soldados encubiertos. Al enterarse Lin Xi no entendía la estrategia política de ayudar a quienes son sus enemigos y hostigadores a través del opio. *Nunca nos vamos a quitar de encima esa infección de nuestras entrañas*, se decía.

Lin Xi continuó con su trabajo de maestro esperando y observando cambios para la clase obrera, campesinos y artesanos,

sabía que iba a llevar tiempo y una gran planificación, así como la unidad de los ciudadanos más allá de los escritos. Con el correr de los meses dio mayor fruto la reconciliación entre las etnias que las nuevas políticas económicas que esperaba la gente. Las condiciones de vida no cambiaban, pero sí la relación social entre ellos. No era que querían un cambio abrupto y radical, pero observaban que todo estaba igual, estancado.

Con la muerte de Yuan Shikai ese mismo año, se restauró la república con Li Yuanhong. Pero no duró mucho tiempo y el general Zhang Xun provocó un golpe de estado restaurando la monarquía, siendo nuevamente Puyi Emperador, con once años de edad. Ante las manifestaciones este renuncia y aparecen los señores de la guerra dominando los territorios fragmentados.

En ese tiempo Lin Xi se encontró con Mao Zedong para despedirse, ya que este se mudaba a Pekín para trabajar como maestro.

—Maestro Mao Zedong, vengo a ofrecerle mis respetos y saludos para un buen viaje.

—Maestro Lin Xi, mi viaje como todos será de conocimiento: ver, comparar, aprender, explorar, no solamente lo geográfico, sino la mente humana, la sociedad, las masas.

Más tarde Lin Xi, estaba en su casa, con su mujer que acariciaba los pétalos de una peonía.

—¿Están bellas las “mudan”, verdad? —preguntó Yun Quan.

—Sí, creo que anuncian buena suerte —respondió Lin Xi.

—¿Desde cuándo crees en la buena suerte por una flor?

—Será de vivir contigo...

Mao Zedong ya en la universidad de Pekín, conoció a Yang Changji que le consiguió trabajo como asistente de bibliotecario de Li Dazhao. Escuchando las palabras del profesor se vio tentado por el anarquismo que planteaba el rector Cai Yuanpei. Sus ideas renovadoras e idealistas conmovían.

Al terminar la Primer Guerra Mundial el gobierno chino pretendía apelar a los tratados injustos que tenía hacía años con distintos países, pensando que el tratado de Versalles sería beneficioso. Consideraba que los voluntarios, muchos de ellos soldados encubiertos en el frente haciendo trabajo de logística nunca

reconocidos, eran argumento suficiente para considerar a China aliada y parte fundamental para el triunfo en el conflicto. Pero China ignoraba los convenios firmados por Yuan Shikai y Duan Qirui para conseguir préstamos y otros beneficios con varios países, entre ellos Japón. Justamente Japón exigió que se cumplan los tratados que Alemania tenía con China, puesto que ellos habían perdido la guerra.

Mao se mudó a Pekín para luego hacerlo a Shanghái con algunos amigos, coincidiendo con la protesta de los intelectuales. En esas reuniones aprendió de ellos, ideas y opiniones revolucionarias pero también las inquietudes de los artistas y filósofos.

Para ese momento se encontraba como presidente Li Yuanhong pero dimitió y Tuan Chi-jui se convirtió en el Primer Ministro y Feng Kuochang en presidente provisional, siendo el líder del partido PNC Sun Yat-sen quien asesoraba.

Ante la situación Mao comenzó a organizar protestas en Pekín mientras Lin Xi hacía lo mismo en Changsha. Mao entonces decide volver un tiempo a Changsha trabajando como maestro para supervisar a Lin Xi entre otros.

## **1919**

Lin Xi fue convocado para acompañar las protestas que se estaban organizando y contaban con miles de estudiantes de algunas universidades. Viajó a Pekín para participar, fue una manifestación descomunal, más de tres mil estudiantes de trece universidades. Fue la primera vez que Lin Xi coincidió con sus dos hijos para este repudio histórico hacia las “veintiún exigencias” de Japón.

“Las protestas del conocimiento” las consideró Lin Xi ya que se habían dado por el desmedro hacia China en el tratado de Versalles. Lin Xi y sus hijos fueron parte de la quema de productos japoneses, como muestra del descontento ante las veintiún exigencias. El “Movimiento del 4 de mayo” quedará en la historia de los Lin como en los anales de la historia China. Se reafirmaba definitivamente la unidad nacional con las ideas republicanas y nacionalistas de Sun Yat-sen. Sin embargo entre los grupos de intelectuales y los literarios había cada vez más jóvenes con ideales comunistas.

Al regreso de la misma, Lin Xi agradeció a sus hijos por acompañarlo y ser parte de una revolución intelectual.

—Su abuelo debe estar festejando con la abuela y los ancestros —les dijo.

Las protestas masivas en Pekín, son acompañadas por Mao desde Changsha, contra el gobernador de la provincia de Hunan, el Señor de la guerra, general Zhang Jingyao. No dejaba su trabajo como maestro, combinaba sus actividades junto a estudiantes, artesanos y campesinos. Más tarde viajó a Tiajin, Jinay y Qufu para mudarse a Shanghái. Buscó trabajo como profesor y maestro, mientras tanto trabajaba de lo que podía conseguir. Luego de haberse instalado conoció a Chen Duxiu del PNC.

Lin Xi viajó a Shanghái por asuntos de negocio y se encontró con Mao. Recordaron que en una charla Mao Zedong le había comentado que quería incorporarse a la policía.

—Pero fue sólo una idea fugaz, mi profesión de maestro me ha acercado más al pueblo y sus necesidades —dijo Mao. Y cambiando de tema, agregó—: He leído un artículo de Jiang Kanghu, existe el socialismo.

—Sé de él pero todavía no he tenido tiempo para leerlo e informarme como es debido —respondió Lin Xi disculpándose.

—Se lo recomiendo, estudie de él, que sus ideas son conmovedoras —le dijo Mao Zedong.

Más tarde en la biblioteca universitaria Mao, asistió a Li Dazhao y se relacionó con el rector Cai Yuanpei y sus ideas anarquistas, que comenzaba a comparar con las lecturas sobre el socialismo.

Ya de regreso en Changsha Lin Xi se encontró con quién cuidaba la casa de sus padres, ahora convertida en una oficina y depósito. Una de las artesanas les había preparado una especie de puré con hongos reishi, especiales para afecciones respiratorias, dado que al llegar Yuan Quan se había enfermado.

Li Dazhao, que escribía artículos sobre la realidad social y política era muy leído por los estudiantes. Mao se había acercado a él para aportar ideas, sin olvidar aquellas viejas ideas del rector Cai Yuanpei. *Muy buenas en un principio, pero las ideas de-*

*ben ser dinámicas como las necesidades de los pueblos*, pensaba Mao. Había puntos que no le terminaban de convencer.

Durante el tiempo que había vivido en la pequeña habitación con otros estudiantes Hunan, tuvo la oportunidad de asistir a una conferencia de Chen Duxiu y Hu Shih donde siguió formándose en las ideas comunistas. Mao no había podido llegar Pekín para el 4 de mayo, había debido viajar a Tiajan, Jinan y Qufu para instalarse en Shanghái.

En una de las idas y venidas de Mao, Lin Xi se volvió a encontrar con él, y aprovechó para informarle el pensar y sentir de la gente con quien hablaba. Era una manera de tener un termómetro para saber qué había en el pensamiento popular. En uno de esos encuentros Mao Zedong le comentó que en enero de este año había fallecido su padre y que también había contraído matrimonio nuevamente. Lin Xi le dio las debidas condolencias y lo felicitó en ese mismo momento. Mao continuó con sus viajes y Lin Xi impartiendo clases y realizando reuniones con jóvenes estudiantes y obreros, ya de una forma mucho más organizada, sentía que tenía un líder junto a él.

## **1921**

Chen Duxiu y Li Dazhao fundaron con asesoramiento de la Unión Soviética el Partido Comunista Chino. Mao esta vez está presente ese día y funda de inmediato en Changsha la Sociedad de Lectura Juvenil.

Lin Xi continuaba su trabajo como profesor en la universidad, mientras que los hijos se habían instalado en la antigua casa de sus abuelos y trabajaban en la empresa en Pekín. La amistad entre Niu Lun, Alfonso Batista y Lin Xi se había afianzado, tenían la idea casi obsesiva de la unidad e independencia económica de la nación. Alfonso también tenía dos hijos, un varón llamado Felipe y una mujer llamada Josefa. Mientras que Niu Lun tenía ocho hijos, cinco niñas y tres varones.

Todos se mudaron e instalaron definitivamente en Shanghái, por una estrategia comercial y profesional, puesto que los hijos de Lin Xi y Yun Quan se habían instalado en Pekín definitivamente, los motivos eran continuar con sus estudios superiores y trabajar en la compañía de su abuelo Lin Hie.

Lin Ming trabajaría en la parte administrativa ya que los cambios políticos trababan la exportación de los productos y Lin Zeng se encargaría de la relación con los compradores y exportadores y el diseño de nuevos modelos adecuados a la época.

La nueva casa de Lin Xi daba frente a la costa del río Yangtze. Lin Xi sabía de las posibles inundaciones que se daban en la ciudad y buscó previamente a mudarse en una zona donde fuera alta, ya en varias ocasiones el agua había subido más de lo normal anegando parte de la costa.

Las tres familias se asentaron en la misma zona a no más de 500 metros unas de otras. Un lugar apacible lejos del centro donde los cambios eran vertiginosos.

Alfonso había fundado un astillero de pequeñas embarcaciones cerca de su casa, camino a la casa de Lin Xi al sur de la ciudad. Mientras que Niu Lun, aprovechando sus conocimientos, se había anotado en la escuela de medicina. Tuvo un ingreso difícil con muchas trabas. Logró estudiar medicina en la Universidad de Medicina Alemana de Shanghái, formada por médicos alemanes, conocida como universidad de Tongji. No le fue fácil por los traslados que sufría la Universidad, más cargando con una familia. Pero siempre contó con la ayuda económica de Lin Xi y Alfonso. Niu Lun estuvo entre los mejores promedios en sus estudios. Sabía que su nación necesitaba salud y su compromiso con la nación era muy fuerte también.

La ciudad se había tornado grande, pujante, con edificios altos, tren, vías, grandes carteles que colgaban y era ya realmente vertiginosa.

Alfonso Batista fue el primero en poder adquirir un automóvil, condición que lo tornaba privilegiado en la sociedad. Este hecho no era menor, pues aceleraba algunos viajes de Alfonso y Lin Xi para encuentros y charlas informativas. Por otro lado Alfonso también había empezado a estudiar en el colegio industrial de Shanghái –que con los años se transformaría en la Universidad Marítima de Shanghái–, escuela de marina mercante, el diseño de barcos pequeños para tener mayor conocimiento en los productos

que fabricaba. Fue un periodo donde vieron poco a su amigo Niu Lun, pues había consagrado su vida al estudio y la familia.

El periodo fue bastante turbulento para todos, el crecimiento económico, estudiar, llevar adelante las familias y entre todos continuar cada uno desde su lugar una lucha interminable para mejorar la situación de la nación. Pero así como se desarrollaban ellos crecía la ciudad de forma desproporcionada y sin demasiado planeamiento, circunstancia que preocupaba a Lin Xi y sus amigos. Entre sus preocupaciones consideraban que debía invertirse y diseñar una barrera de protección para la parte baja de la ciudad que prevenga las subidas de agua.

Por otro lado las ciudades iban mostrando aceleradamente el crecimiento y modernización. Los edificios se construían cada vez más altos, de dos plantas fueron pasando a cuatro o seis plantas. Las calles que antes sólo veían carruajes o caballos ahora también veían vehículos y tranvías. La gente había dejado de caminar de forma pausada para dar lugar a paso ligero, identidad común de las grandes urbes con gran actividad comercial e industrial.

El descontento de los campesinos era un potencial revolucionario único y latente. Mao Zedong regresó a Guanghou para dirigir el sexto periodo del Instituto de Formación del Movimiento Campesino, dependiente del Partido Nacionalista Chino.

Lin Xi viviendo en Shanghái podía manejar mucho mejor la exportación de las obras de arte puesto que el puerto había experimentado un auge imprevisto convirtiendo a la ciudad en la “París del oriente”. Una de las características de esta comercialización fue la influencia arquitectónica que traían los comerciantes europeos, la indumentaria y la música. Alfonso Batista desconfiaba de la pérdida de identidad de la ciudad, sospechaba que no era bueno, a lo que su amigo Lin Xi le respondía que era parte de la modernización. El astillero de Alfonso Batista de manufactura de embarcaciones pequeñas había crecido exponencialmente, no por el tipo de embarcación, sino por la cantidad. Dedicándose exclusivamente a juncos, sampanes, y balangay que exportaba a Filipinas.

Mao Zedong seguía enérgicamente la defensa de la unión de todas las clases sociales, la única forma de terminar con el avasalla-

miento occidental era la unión de todos. Criticaban enérgicamente el apoyo a Japón por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña, describiendo especialmente a Estados Unidos como el peor verdugo.

En los incansables viajes de Mao, había regresado a Shaoshan, su viejo pueblo, para recuperarse de una enfermedad que había contraído. Estando en recuperación pudo observar que el descontento generalizado de los agricultores y campesinos era cada vez más grande. Con la diferencia que antaño nadie los escuchaba, en cambio ahora había oídos para sus reclamos y una sólida decisión de mejorarles la situación. Era aquel germen viviente que se había transformado en un árbol gigante coloso, ideal para una revolución aún mayor. Mao no dejaba de pensar en ello.

En 1925 falleció Sun Yat-sen que gobernaba desde Beiyang, y lo sucedió Chiang Kai-shek, que quería soslayar la izquierda del KMT, el Partido Nacionalista Chino (PNC). El fallecimiento fue un acontecimiento que acongojó a la familia de Lin Xi y sus amigos, y a Mao Zedong pues sabía a ciencia cierta a quien se le debía la nueva China.

La situación se tornó muy inestable y Lin Xi, que hasta ese momento guardaba cierto reparo con el partido comunista, se dio cuenta de su potencial. Asumió que la única forma de llegar a un gobierno que no pretenda occidentalizar a China era un gobierno que no se venda ni se arrastre ante el occidente.

El acercamiento entre China y Rusia era cada vez más grande y evidente. El filósofo ruso Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, les había aconsejado a los comunistas chinos acordar una alianza con los revolucionarios, siendo esta la única forma de poder vencer a los señores de la guerra.

Mao apoyaba al ejército revolucionario nacional de Chiang, realizando ataques en la expedición del norte, intentando destruir a los nuevos líderes y unificar la nación contra los señores de la guerra alineados con el gobierno de Beiyang. Esto dio lugar a que más campesinos se apropiaran de más tierras de los terratenientes a medida que se iban liberando las zonas, aprovechando la insurgencia para decapitar a más de un patrón explotador y esclavista.

Lin Xi no participaba de luchas armadas, solamente de manifestaciones a favor del gobierno nacionalista y no de generales que luchaban entre ellos por el poder.

A principios de 1927 Mao compareció en el Tercer Plenario del Comité Central de PNC en Wuhan, intentando despojar al general Chiang Kai-shek y nombrar al nuevo líder Wang Jingwei. Mao ya era un partícipe muy activo que entablaba encarnizadas discusiones con fundamentos irrefutables. Más que nada defendiendo y dando su lugar a los campesinos. Tanto era así que es nombrado miembro del Comité Central de Tierras. En esos tiempos comenzó a escribir un ensayo. Además había formado el Movimiento de Campesinos del PNC en su período de convalecencia en su ciudad natal.

Eventualmente en la ciudad de Guangzhou se produjeron disturbios y se dio un levantamiento, conocido como Levantamiento de Cantón. Fue un intento de establecer una comuna al estilo de París del este con un gobierno comunista. Fue un fracaso pero como siempre, dejó una mella.

Mao estuvo en la organización y al frente de las mismas, como respuesta a las represiones que se comenzaban a dar contra el partido comunista. No obstante los campesinos estaban organizados e informados gracias al movimiento que los agrupaba llegando la información precisa y rápida.

Con los movimientos de Guangzhou, o Cantón, y al producirse los disturbios, el clima social estaba enrarecido, cumpliéndose con el vaticinio de Lin Xi. Era el comienzo de una guerra civil.

Lin Xi observaba con tristeza como nuevamente su nación comenzaba una escalada de violencia que se convertiría en una larga masacre. Parecía que no había forma de concertar una paz duradera con objetivos comunes.

Sus conclusiones eran simples, no era solamente una cuestión de profundas diferencias e intereses entre los políticos, que ciertamente existían, se daba además una interferencia constante y maligna de las grandes potencias que no permitía una homogeneización de caminos a seguir. Las decisiones y propuestas de los gobiernos extranjeros terminaban obstaculizando el normal entendimiento. Ergo, como estrategia, los enviados de países que en teoría eran aliados se comunicaban con unos y otros políticos chinos, proponiendo inversiones encontradas. Con mentiras y sueños imposibles de llevar a cabo.

Por otro lado no era tenido en cuenta todo reclamo internacional de China ante el mundo, sufriendo atropellos y convenios desiguales que terminaban perjudicando a la nación. La suma de estas acciones daba como corolario el desencuentro de ideas de los propios líderes, que en realidad era lo que los extranjeros querían. Lin Xi sabía perfectamente que la cadena de eslabones de manifestaciones y levantamientos daría buen resultado. *¿Pero a qué costo? Seguro estoy viejo, nunca antes hubiera razonado de esta forma,* se dijo. Pero a su vez era un convencido que no se podía quedar quieto como un simple observador.

*¿Qué haría mi padre en esta situación? Él nunca luchó y corrió tantos peligros como yo. Sin embargo dio sus charlas casi sin ver y oír hasta una semana antes de morir. Sin siquiera poder caminar. ¿Acaso eso es menor que pelear con un cuchillo, un arma o una bomba? Se sentó solo, como le había enseñado su padre, para intentar poner en armonía, cuerpo, mente y alma. Que los ancestros me ayuden a aclarar mis ideas despojándome de mis propios intereses,* se dijo. Y se sorprendió de sus propios dichos.

Mientras tanto en su propia ciudad, Shanghái, se gestaba otro levantamiento. Se había vuelto inmanejable el ánimo de la gente, la sociedad, el pueblo, muchas veces actúa por sí solo sin una organización previa, producto del hartazgo. Lin Xi se juntaba con su grupo, organizaba, planificaba y cuando iban a llevar a cabo alguna revuelta, un grupo de ciudadanos comunes se largaba solo sin un previo planeamiento de escape. Esto terminaba generando pérdidas humanas, personas de buena voluntad y nobles ideas pero sin una clara forma de coordinación. Este repetido hecho hizo que se produjera una gran discusión de Lin Xi con un grupo de vecinos que actuaba bajo su propio mandato. Los increpó con la mejor buena voluntad pero se sintieron amedrentados y desvalorizados. Lin Xi decidió no organizar nada por un tiempo. Se alejó de todos y se encerró en sí mismo, estaba ajeno dado que había entrado en un periodo de aburguesamiento y fue su mujer quién lo despertó de su letargo.

—No eres ni la mitad de tu padre —le dijo Yun Quan luego de un mes de verlo tirado en un sillón todo el día lamentándose de sí mismo.

Él no contestó, seguía comiendo jamón de Jinhua, se había acostumbrado a su sabor y se le había hecho una costumbre saborear un poco cada medio día. Deprimido no sabía muy bien qué hacer.

—No contestas porque sabes que tengo razón, sientes que has cumplido, cuando en realidad la vida es un eterno luchar —siguió ella muy enérgica.

Él ni la miraba, bebió un poco de vino arroz, mijiu que lo elaborado de forma artesanal.

—Además estás bebiendo mucho de ese vino y no te hace bien —siguió diciendo mientras se acercaba y le quitaba la taza.

Lin Xi se dio vuelta y la observó.

—Antes te parecías a mi madre, ahora eres ella.

A los pocos días los hijos de Lin Xi fueron de visita a la casa de sus padres aprovechando un cargamento muy importante que se exportaría. De paso querían comunicarles de forma personal novedades de la fábrica, pero también advertirles de rumores sobre una posible agresión de parte de los japoneses que buscaban cualquier excusa para demostrar su poderío.

Los hijos de Lin Xi se complementaban muy bien en la empresa y hacía tiempo que el hermano menor había diseñado jarrones que eran esculturas, más allá de las vasijas cada vez de mayor calidad con diseños extraordinarios, que Lin Xi se lamentaba que su padre no conociera. El buen manejo comercial del hijo mayor había logrado que se convirtiera en una de las pocas fábricas que contara con cuatro distintos tipos de hornos, los llamados kilns. Desde el primer momento habían tenido uno de esas características pues su padre consideraba el único digno heredado de la dinastía Han.

La mercadería de los Lin estaba considerada de prestigio y riqueza en Europa, ahora con un nuevo cliente que se sumaba que era Sudamérica. Sus principales competidores se encontraban en el pueblo de Jingdezhen, motivo por el cual Lin Xi viajó con sus dos hijos para ver, aprender y comparar los productos y producción, eran sólo unos seiscientos kilómetros de distancia. Luego de una semana regresaron con ideas nuevas. Estuvieron otra semana juntos en Shanghai, donde elaboraron estrategias comerciales, más que nada para acelerar los envíos por los distintos caminos hacia Europa y América.

Lin Xi se animó al haber compartido esa semana con sus hijos y volvió a sus actividades normalmente. Tal vez su pereza se había dado no solamente por el fracaso de algunas manifestaciones fallidas, sino también por los años y cansancio, además extrañaba a sus hijos. Ahora sentía lo que sintió su padre y su abuelo.

A los días fue convocado de forma urgente, puesto que el servicio de inteligencia sospechaba que se rompería la alianza entre PNC dominado por Chiang Kai-shek y los comunistas. La alianza terminaría de forma abrupta para el público. Lin Xi al enterarse advirtió que se aproximaba un grupo de soldados, pero nunca imaginó la cantidad y las verdaderas intenciones

Al día siguiente en su propia ciudad Lin Xi fue testigo de una de las peores masacres llevadas a cabo. Se dio comienzo a una campaña de represión que dejó un saldo de cinco mil muertos sólo el primer día. Era el 12 de abril de 1927, y siendo las cuatro de la madrugada doce mil asaltantes comenzaron a disparar sobre grupos de inspectores obreros y estudiantes. Eran soldados uniformados. Corridas, sangre, tiros, golpes sin previo aviso. Los soldados apaleaban a los obreros destrozando cráneos, mutilando sin piedad y de la forma más salvaje. Disparaban sobre los obreros desarmados. Algunos líderes intentaron dispersar a los estudiantes y obreros, entre ellos Lin Xi. Huyeron y se dispersaron, se escaparon y algunos lograron esconderse. Lin Xi albergó y ocultó a los que pudo en su propia vivienda. Hubo treinta mil personas muertas más los miles y miles de heridos.

El sindicato de inmediato convocó huelgas, más manifestaciones y acciones. Esto era intolerante, no se podían quedar de brazos cruzados y aceptarlo. El 11 de diciembre se produjo el Levantamiento de Cantón, siendo un fracaso absoluto. Pero Lin Xi sabía que, como en otras ocasiones, los fracasos terminarían siendo un posterior éxito. Aunque no era fácil asumir los costos. Así como en Cantón, pasó lo mismo en otras ciudades como Jiangxi, Zhejiang, Jiangsu, Wuhan y Changsha.

El gobierno de Wuhan destituyó en abril a Chiang Kai-shek de todos los cargos, pero sólo en esas zonas. El gobierno nacionalista liderado por Wang Jingwei se separa de Chiang, hecho conocido como la Separación de Nanjing-Wuhan.

Meses después, en agosto, se profundizó la guerra civil.

Lin Xi fue parte de la contrapartida de la Banda Verde, con una red de espionaje y contra espionaje. Siendo una de sus mayores estrategias que llegara información confusa al enemigo. Le ordenaron hacer un trabajo de espionaje para el general Zhu De junto a su grupo, entre ellos Alfonso Batista.

Su trabajo era en apariencia simple, debía averiguar cuáles eran las órdenes que recibirían los soldados. Podía hacerlo dada su cercanía al poder, por su condición de empresario poderoso y adinerado, el cual dejaba grandes ganancias a través de sus impuestos. Por otro lado Lin Xi había sabido tener buena relación con el gobernante de turno como pasó con los británicos, franceses y estadounidenses. Había aprendido de ellos a mentir, engañar y falsificar información y documentos.

Su pulso, tacto y simpatía sobrepasaba la desconfianza de sus adversarios y enemigos pese a no llevarse bien con los idiomas extranjeros. Y todo a pesar de su incapacidad, heredada de su padre, aunque no a tal extremo: sólo se defendía, lo que le hacía cuestionarse por qué no había sacado la habilidad de su madre.

Por otro lado, si bien varios sospechaban de él, su estrategia única de disfraces le permitía hacerle llegar a quienes lo perseguían que estaba en alguna ciudad o en dos al mismo tiempo. Había armado un grupo de hombres semejantes a él que lo imitaban y se caracterizaban. Una tela de araña en cuatro ciudades.

Esto confundía a los desconfiados enviándolos en varias direcciones y ridiculizándolos.

Consiguieron la información requerida y llevaron a cabo la consigna de tomar la ciudad de Nanchang, en una gran manifestación llevada a cabo el 1 de agosto de 1927. Tras la revuelta de Nanchang y el Levantamiento de la Cosecha de Verano, Lin Xi fue señalado como sospechoso, pero les fue imposible asociarlo puesto que, disfrazado, no lo podían atrapar ni asociar con nada ni con nadie.

Lo consideraban un profesor de ideas controversiales pero de poca valentía por su condición de profesor. Además su riqueza y alto perfil confundía a quienes querían dar con alguno de los involucrados en el partido comunista.

El PCC formó el Ejército Rojo entre trabajadores y campesinos, y Lin Xi hacía para ellos trabajo de logística desde su ciudad con la red de hombres para conseguir armas y ropa. Ante la pérdida de la ciudad de Nanchang, el ejército se había retirado hacia el sur hasta Shanton y luego a Fujian.

En Wuhan, en la reunión del Tercer Plenario del Comité Ejecutivo Central KMT, Lin Xi oye a su amigo Mao exponer enérgicamente los problemas de los campesinos y defender un conjunto de regulaciones para terminar con los matones locales de la mala nobleza. No se acercó, pero lo observó con orgullo desde lejos, con esperanza y admiración.

De regreso a su casa Lin Xi, luego de haber recorrido ochocientos cincuenta kilómetros, observó a su mujer y le dijo

—Debo contarte algo, tengo el pecho lleno de emoción y esperanza. He visto a Mao Zedong.

—¿Te refieres a aquel joven del lugar de donde yo nací que fue tu alumno? Ya todos hablan de él —le respondió Yun Quan.

—Sí.

—Lo imaginé.

Mientras tanto Mao escribía el informe sobre una investigación del movimiento campesino en Unan.

Después de la masacre de Shanghai llevada a cabo en abril y la ruptura de la alianza con los comunistas la situación era extremadamente peligrosa. Lin Xi con su esposa permanecían ocultos en los campos luego de haber ayudado a escapar a los pocos obreros y estudiantes que quedaban en su casa. Se ocultaban principalmente de la Banda Verde, la sociedad criminal secreta, dando lugar al terror blanco y que muchas veces trabajaba para algunos soldados.

En septiembre de 1927 se llevó a cabo el Levantamiento de la Cosecha de Otoño y Mao intervino de forma directa. Llegando a la Provincia de Hunan como enviado especial del Comité Central de inmediato organizó una armada de campesinos, presentada como Ejército Rojo.

Los campesinos formaban parte fundamental de las fuerzas de liderazgo solidarizándose con la comunidad de Shanghái en la masacre. Se había tomado como algo personal. Más allá de la va-

lentía y garra, no pudieron con las fuerzas de las tropas del KMT, huyeron y rearmaron su tropa sumando mineros y aislándose en los Montes Jिंगgang, dando comienzo a las tácticas de guerrilla. Las planificaciones estratégicas llevadas a cabo a la perfección, le dan las victorias necesarias a Mao incorporando varias regiones a la nueva República Socialista de China.

Lin Xi al enterarse de que en las columnas con campesinos luchan los mineros se emociona, puesto que Lin Hie durante su vida hablaba de las humillaciones y explotación que recibían esos trabajadores.

Como resultado de estos movimientos en 1928 se dio la instalación del Gobierno Nacionalista en la ciudad de Nankín, liderado por Chiang Kai-shek. El 18 de abril se forma el gobierno legitimando la brutal represión liderada por él mismo.

Mientras tanto Mao se reunía con los regimientos de los generales Zhu De y Lin Biao y sumaba el apoyo del quinto ejército de Peng Dehuai. Si bien les llevó tiempo reorganizarse, este también fue un campo experimental en la estrategia de guerrilla.

Con la fundación de la República Soviética China en Jiangxi, el 7 de noviembre de 1931 Mao fue proclamado presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Inició luego el proyecto de verificación de tierras, además Mao dirigió programas educativos y amplió las medidas de la participación femenina en las políticas del país. El control del Ejército Rojo quedaría ahora bajo las órdenes de Zhou Enlai.

En 1931 se produjo la invasión japonesa, después del incidente de Manchuria o Mukden, y un tramo del ferrocarril del sur de Manchuria fue dinamitado. La administración del ferrocarril era japonesa y rápidamente fue un escándalo. Los artífices del acto terrorista habían sido los propios ultra nacionalistas japoneses, dando la excusa perfecta para justificar el ataque por el ejército de Kwantung del imperio japonés.

Los japoneses estaban al tanto de la inestabilidad del gobierno chino, siendo esto caldo de cultivo para que se produjera el ataque al ferrocarril y más tarde la invasión japonesa de Manchuria. Aprovecharon el momento para atacar por el norte y por más

que el ejército chino intentó defender la zona y sus posiciones, les fue imposible ante el armamento que los invasores traían consigo.

Dos años después, las fuerzas de Chiang Kai-shek tuvieron que retirarse. Ante el retiro Mao puso a luchar a pleno a su Ejército Rojo, ganando terreno y expandiéndose para tomar el control. La guerra de guerrillas daba un excelente resultado, brindándole a Mao la posibilidad de continuar con la reforma agraria.

El enfrentamiento entre China y Japón fue utilizado por Mao a su favor para posicionarse y preparar una defensa ante el imperialismo japonés. Debía estar alerta a las pretensiones del gobierno japonés puesto que seguramente intentaría seguir avanzando en su expansión. La tensión iba creciendo, comenzando con ataques esporádicos sin demasiada resolución pero aumentando el rencor, que cada día se agigantaba y estaba más latente. Los japoneses comenzaron a lanzar bombas y realizaron un ataque químico.

Mao no se adelantaba, no tenía cómo, debía tomar fuerzas para enfrentar a Japón y planificar muy bien cada movimiento. No contaba con el armamento que le proveían Estados Unidos e Inglaterra a su enemigo. Era consciente de las diferencias, por lo tanto las estrategias debían ser bien concebidas y con mucho tiempo de preparación. Mao conocía íntimamente la psicología de su gente, como así la del enemigo, la forma de lucha de los japoneses y el terror que sembraban. Pero sus soldados contaban con un arma más poderosa que su propia valentía, el poder de la razón, saber que tenían la verdad de su lado. Les bastaba con saber que los japoneses con su ejército se habían paseado por las calles de Mukden como dueños de las tierras maltratando y esclavizando al pueblo. Otra vez, siempre contra el pueblo, contra los ciudadanos. Ingleses, estadounidenses, franceses y japoneses no dejaban de abusar, desvalorizar y aterrorizar a la gente. Golpeaban, violaban y asesinaban a quienes les caían mal, por el simple goce de demostrar su poder e impunidad.

Por otro lado, la nación debía enfrentar sus propios conflictos además de las invasiones externas, y no era tarea fácil.

Durante esos años Lin Xi continuó su trabajo como profesor y su actividad comercial luego de haber vuelto a su casa, la fábrica

era una verdadera compañía donde todos continuaban como trabajadores socios recibiendo las ganancias por partes iguales desde Lin Xi y sus hijos hasta el resto de los artesanos.

Para esta época Niu Lun ya se había recibido como médico y trabajaba en Shanghái, en el centro de la ciudad, en el Hospital General de Shanghái. Atento siempre a la salud del ejército de Mao. Combinando la medicina ancestral china con los conocimientos académicos. En agosto de ese mismo año Niu Lun fue a trabajar de médico a la zona de la inundación del Río Amarillo que dejó casi quinientos mil muertos.

La inundación llegó cerca de la vivienda de Lin Xi, Alfonso Batista y Niu Lun pero sólo eso, sin desgracias que lamentar. El pequeño astillero de Alfonso fue destruido en una pequeña parte.

Mao creyó entender que no había sido una buena estrategia de contraataque contra los japoneses, se podrían haber evitado tantas pérdidas humanas. De hecho en comparación a las pérdidas humanas y económicas en tierras, siembras y ganados, fue una pésima idea.

Lin Xi con sus dos amigos fueron a prestar ayuda, momento en que se cruzó con su viejo ex alumno, Mao.

—Mi gran alumno, cuando debo aprender de usted.

Mao aprovechó para contarle que la inundación había sido provocada por el Ejército Nacionalista de China. Japón tenía el control del norte de China, de Kaifeng y estaban muy cerca de Zhengzhou, donde se unían los ferrocarriles de Pinghan y Longhai. Hubei también estaba bajo su control, estando más cerca aún de Wuhan y Xi'an.

Chiang Kai-sek y Chen Guofu decidieron abrir los diques. Entre el 5 y 7 de junio destruyeron la ribera sur de Huayuankou, inundando Henan, Anhui y Jiangsu

—No fue mi decisión este desastre –le dijo Mao por lo bajo a Lin Xi, él no respondió, observaba los miles de kilómetros destruidos de siembra, animales muertos y personas desplazadas y muchos que no llegaron a enterarse, habían fallecido. Mao lo miró con una sonrisa–: Usted sigue siendo de gran ayuda para la nación. Usted y sus amigos quedarán en la historia oculta de nuestra gran nación.

—Esto no tendría que haber pasado –respondió Lin Xi–. Mi padre decía que debe haber héroes anónimos. Lo son mis amigos,

Niu Lun que siendo médico arriesga su vida y Alfonso Batista que sin ser Chino también arriesga la vida por nuestra nación.

—Y lo peor es que no hubo tanta ganancia —dijo Mao refiriéndose al desastre.

Los tres amigos ayudaron a reconstruir algunas viviendas. Mientras Lin Xi y Alfonso regresaron a su ciudad Shanghái, Niu Lun se quedó unos días más para asistir a heridos y enfermos.

## 1932

Lin Zeng se encontraba colgando unos pescados previamente salados, cuando llega su hermano Lin Ming.

—¿Continúas preparando esos pescados? Sabes que Li Shin-chong decía que hacían mal a la salud —dijo el recién llegado.

—Sí, por eso los consumo una o dos veces por año, contigo, cuando tú lo deseas —respondió Lin Zeng.

—Eres un sentimental, lo haces sólo por tradición porque sabes que al abuelo le fascinaban y la abuela se lo preparaba —dijo Lin Ming.

—Has visto, y vivieron mucho —contestó Lin Zeng y agregó—: Dime, seguro no has venido a hablarme de comida, ¿qué sucedió en la fábrica?

—No, en la fábrica no pasó nada. Los japoneses nos acusan de haber asesinado a un soldado japonés. Esto será motivo de más conflicto.

—No solamente eso, será la excusa perfecta para volver a invadirnos. Debemos avisarle a papá urgente. Antes de que llegue la información oficial.

—Seguro todo comenzó a partir de la muerte del monje y el incendio de la fábrica en Shanghái —comentó Lin Ming.

—No olvides que también murió un policía. ¿Y crees que será en el norte o Shanghái?

—Dicen que van a rodear a la ciudad de Shanghái. No creo que intenten atacar Pekín también. Llamemos por teléfono ahora.

—Ya debe haber recibido mensajes antes por telégrafo con ayuda de su gente —dijo Lin Zeng.

—Seguro, pero es por seguridad de él y mamá.

Llamaron entonces por teléfono al padre.

—Hijos, ustedes están atrasados con las noticias, la ciudad ya está rodeada por treinta buques y se ven más de cuarenta aviones japoneses —les dijo Lin Xi.

—Padre, vamos para allá, seguro habrá un conflicto —respondió Lin Zeng.

—Ustedes quédense en Pekín que son más útiles ahí, veremos qué sucede. Si bien Pekín no es capital, sigue siendo una ciudad muy apetecible para los japoneses. Siempre está en la mira, en cualquier momento pueden ir de Manchuria a Pekín intentando invadir. Los tendré al tanto —dijo despidiéndose Lin Xi. Colgó el teléfono y miró a Alfonso Batista que estaba a su lado.

—Esto explotará entre hoy y mañana.

Ellos ya habían sido advertidos para que movilicen al pueblo.

Lin Ming y Lin Zeng se preparaban para organizar a los civiles en defensa y protección dado que era la única forma de proteger a Pekín y las ciudades satélites del avance japonés desde el norte. En Shanghái la idea, además de intentar de no dejar aisladas las fuerzas chinas, era atraer a la mayor parte de las fuerzas japonesas hasta la ciudad. De esta forma se defendería a la industria china del ataque.

Lin Xi de inmediato se dio cuenta que sería imposible defender su ciudad y que la perderían frente a Japón. Junto con otros grupos trasladaron a sus familias a las afueras de la ciudad y a otras ciudades cercanas. Aunque no era una evacuación por invasión, era en realidad una estrategia de combate.

Japón envió un ultimátum exigiendo compensación económica al gobierno de Shanghái y el gobierno entregó una fuerte suma de dinero para evitar un ataque. No obstante, inmediatamente de recibir el dinero, a la medianoche del 28 de enero, los aviones japoneses despegaron de los portaaviones y bombardearon la ciudad. Seguido de un ataque por tierra que fue resistido en plena ciudad por el 19° Ejército de Ruta.

Shanghái era una metrópolis de intereses internacionales, empresas, puertos, fábricas, oficinas de importación y exportación. La mayoría concesiones británicas, estadounidenses y francesas como había sido siempre. Estos trataron de mediar un alto el fuego, no por los chinos, sino por sus propios intereses.

Chiang Kai-shek trasladó la capital Nankin, muy cercana a Shanghái, a solo trescientos kilómetros, a Luyang que se encontraba a más de mil. La fuerza aérea china bombardeó las regiones controladas por los japoneses. Lin Xi con un grupo de hombres y sus dos amigos Alfonso Batista y Niu Lun intervinieron en la lucha como grupo de resistencia civil de la ciudad preparando emboscadas a los japoneses.

La fuerza aérea japonesa bombardeó Nankin además de Shanghái, como era previsible. Miles de civiles murieron en la ciudad. Cadáveres quemados por las calles y la estación sur del ferrocarril destruada, viviendas particulares con niños y ancianos muertos, partidas al medio con cuerpos colgando de sus paredes. Los cañones antiaéreos chinos nada pudieron hacer contra el avance japonés.

Se decidió entonces rodear a las tropas japonesas, estrategia que dio resultado siendo exterminados varios grupos. Los japoneses entraron a la ciudad con lanzallamas y ametralladoras aniquilando a más civiles y soldados. Se desencadenó abiertamente un enfrentamiento entre China y su invasor Japón, con la furia del pueblo chino ante tanta arrogancia y sed de crímenes y sangre por parte del despiadado ejército japonés. La batalla, compuesta de varios combates, terminó con la pérdida de muchísimas vidas de soldados chinos y civiles en comparación con las sufridas por los japoneses.

Se podría considerar perdida, pero se terminó ganando políticamente, y una vez más el pueblo chino frustraba las pretensiones japonesas de invadir más tierras y quedarse con ellas.

El desastre además provocó la desmilitarización de la ciudad, lo que significaba la falta de defensa total. Lin Xi y sus amigos decidieron quedarse para ser parte de una resistencia entre sombras.

Por otro lado el Partido Nacionalista Chino realizaba cercos y asediaba constantemente a los rebeldes insurgentes en otras regiones. Mao, teniendo menor cantidad de hombres, tomó la iniciativa de realizar ataques de guerrilla, estrategias de Sun Tzu, que ya le había dado resultado.

A todo esto los comunistas eran vistos, por parte del gobierno nacionalista, como mayor amenaza que los propios japoneses invasores. Tal es así que Chiang regresó a Jiangxi donde realizó la

quinta campaña de cerco con vallas de alambre de espino, además de bombardeos aéreos. Ante esta situación claramente adversa y desigual, Mao decidió una retirada el 16 de octubre de 1934, comenzando desde Yudu hacia el norte durante la madrugada, mientras que las acciones de la retaguardia confundían al ejército nacionalista. Así da comienzo La larga marcha de Mao.

Unos días después del inicio descubrieron que no sería nada fácil. Si bien tenían certeza de que sería ardua y agotadora, nunca imaginaron que a poca distancia de la partida los problemas comenzarían. Una de las amenazas más grandes fueron las enfermedades, el cansancio y las provisiones. Durante la marcha fue asesinado en Ruijin, Mao Zetan, hermano menor de Mao, y su amigo y líder comunista, Qu Qiubai, capturado por las fuerzas del Guomindang.

La cuñada de Mao, viuda de su hermano, que tenía a su cuidado uno de los hijos de Mao Zedong se los dio a una familia campesina para que lo oculten y no lo asesinen. El enemigo era cruel y no escatimaba cualquier método que atentara contra el ánimo de los soldados de Mao. Y qué mejor que a los marchantes les llegaran noticias de que iban asesinando, torturando y apresando a sus familiares, vecinos y amigos. Mientras tanto la cabeza del hermano de Mao se exhibía como trofeo por las calles de Ruijin después de su asesinato.

Las tácticas de Zhou no habían resultado, el Ejército Rojo había caído.

El KMT envió unos ochenta y cinco mil soldados y quince mil cuadros del partido que atravesaron la línea nacionalista china, en Xinfeng, sorteando condiciones de terreno y climáticas muy adversas, cruzando los ríos Xiang y Wu hacia Guizhou, donde tomaron Zunyi.

Desde el exterior contaban con aliados como Iósif Stalin, estableciéndose Mao en el norte de Shanxi cerca de las amenazas de Japón. Niu Lun fue al encuentro de la marcha para dar asistencia a los soldados como médico, durante algunos kilómetros y pocas semanas. Los primeros combates se dieron en el río Xinfeng, para luego dar la batalla más dura junto al río Xiang, donde se encontraba la cuarta línea defensiva del ejército nacionalista.

Había dos grandes dificultades que sobrellevar, el abastecimiento de víveres y los distintos dialectos. Algo que Lin Hi ya había planteado, la nación debía tener un solo idioma, más allá de mantener sus dialectos culturales.

Las zonas eran extremadamente inhóspitas, por tal motivo se abrieron distintas y nuevas rutas adentrándose hacia el oeste. Cruzando el río Jinsha, parte del río Yangzi. Dado el peligro que significaba atravesar el río Dadu se encontró un camino hacia el puente Luding donde se llevaría a cabo otra batalla. Un grupo selecto de soldados, muy pequeño y fuertemente armado, consiguió ganar el puente y despejarlo. Los combates más sangrientos e intensos fueron los de los días del 30 de noviembre al 1 de diciembre de 1934.

Mao enferma de malaria y se juntan las tropas izando las banderas rojas para reconocerse siendo el 1 ejército rojo con el cuarto

El 19 de octubre de 1935 se puso fin a la Gran Marcha. Estuvo llena de batallas y contra tiempos, cruzando ríos y pastizales donde fueron atacados varias veces. Sólo una parte de los soldados llegaron, dándole un gran estatus de liderazgo a Mao, que siguió siempre al frente incluso cuando contrajo la malaria. Una vez arribado las tropas a Yan'an se establecieron en Pao An. Luego de haber marchado doce mil quinientos kilómetros durante 370 días, un viaje épico.

El 12 de diciembre se celebró la reunión de Tongdao, donde Mao ya era considerado un estratega militar. Luego del éxito se realizó una conferencia donde Mao fue elegido presidente del Politburó, máximo organismo ejecutivo de partidos políticos. En febrero recibe también la noticia que su esposa dio a luz una niña, que también es entregada a una familia campesina para que no sea asesinada.

Mao, ahora presidente del comité militar, ordenó un programa de alfabetización, tratamientos médicos y redistribución de las tierras.

Lenin desde Rusia aconseja que el PCC realice una alianza con PNC, siendo la única forma de derrotar a los caudillos señores de la guerra. Chiang Kai-shek nunca llega a dar una alianza formal, pero su expedición al norte y el desempeño de las fuerzas de Mao logran la derrota de los últimos nudos en el norte. Sin embargo

algunos señores de la guerra huyeron y formarían pequeños grupos intentando mantener su liderazgo en otras regiones. Luego de varios años de tensa calma interna, Japón nuevamente plantea una unión económica de Manchukuo.

Los poderes de Mao eran grandes, puesto que tenía la última palabra ante opiniones contrarias. Las batallas encaradas por la guerrilla de Mao eran exitosas, tales como la ofensiva de los cien regimientos, contrastando con los fracasos del PCN, (KMT), esto terminó de darle gran popularidad al comunismo y sus líderes, dando como resultado la rendición de Japón.

El 9 de agosto la muerte de un oficial japonés, al violar la prohibición de entrada de japoneses al aeropuerto de Hungchiao, es utilizada como excusa por Japón para, como ya lo había hecho en otras ocasiones, invadir el territorio. Entraron tropas japonesas por tierra, dando el primer combate las fuerzas policiales de la ciudad, durante la tarde la flota japonesa abrió fuego contra la ciudad. Chiang Kai-sen ordenó la ofensiva.

En 1937 Mao comandó a sus hombres en una expedición anti japonesa, con grupos de guerrilleros. Haciendo un relevamiento y estudio llegó a la conclusión de que el Ejército Rojo solo no podría con los japoneses. Una serie de correspondencia entre las partes logra una breve alianza entre Mao y Chiang Kai-sen, uniendo fuerzas contra los japoneses, pese a que Mao lo despreciaba por traidor a la nación. Chiang menospreciaba las propuestas de Mao, por lo que fue arrestado por Zhang Xueliang, uno de sus propios generales, en la ciudad de Xi'an. Con criterio lo obligaron a realizar un tratado, terminando el negociado dando como fruto el Segundo Frente Unido.

Mientras tanto Mao Zedong tenía preparadas las fuerzas de sus hombres en la ciudad de Jiangxi y Fujian, no solamente contra el ejército nacionalista, sino por la posibilidad de que los japoneses ganaran la ciudad de Shanghái y quisieran extenderse al interior del país.

Los ataques a la ciudad de Shanghái se dieron en sitios estratégicos pero también en residencias de civiles. Lin Xi fue herido en una pierna, Niu Lun le dio sus primeros auxilios pero la herida era

grande y profunda, aunque por suerte no llegó a la arteria femoral. Sus compañeros lo ayudaron y huyeron, escondiéndose en algunas casas abandonadas y destruidas por el bombardeo. Luego de estar un día ocultos intentaron huir durante la noche pero un grupo de soldados japoneses los descubrió. Gritaron que eran civiles, que solo querían escapar. Lin Xi ocultaba su pantalón destrozado lleno de sangre con una manta que traía para no mostrar que había estado en el lugar de una de las batallas pero uno de los soldados japoneses se dio cuenta, gritó y avisó que dispararan cuando una ráfaga de tiros mató a los cinco soldados japoneses.

Era un grupo de soldados chinos que pasaba como reconocimiento y había visto la situación. Lin Xi con los compañeros huyeron entonces a la campiña.

La valentía de los chinos y su empecinamiento logró una defensa casi imposible de aceptar por parte de los japoneses, molestos mandaron grupos armados con gases venenosos usados contra soldados y civiles. Los gases venenosos diezmaron más a civiles que a soldados, de forma perversa el ejército japonés se empecinó con los ciudadanos civiles su vulnerabilidad, principalmente contra mujeres y niños.

Se produjo un retiro de tropas chinas, excepto en el banco del río Suzhou, donde un batallón quedó defendiendo el almacén Sihang. Corría finales de octubre.

Lo que al principio había sido una invasión se había convertido en una masacre. La ciudad se había convertido en ruinas, soldados, batallas, luchas, muertos, niños prendidos fuegos, familias que huían en autos, carros. Mientras tanto los aviones atacaban y dejaban caer sus bombas.

Chiang Kai-sen, que siempre había estado en negociados con Estados Unidos y Europa, creyó que enviarían tropas en su ayuda. Obviamente, como era de esperarse, hicieron oídos sordos a la solicitud, pese a que parte de Europa ya tenía como enemigo a Japón. En noviembre Chiang decide retirar sus tropas de Shanghái.

Durante estos conflictos y hasta la toma de Shanghái por parte de los japoneses se produjo una de las peores masacres llevadas a cabo como parte de la Segunda Guerra Mundial aún sin haberse

declarado esta. Japón involucró 300.000 soldados, 500 aviones, 300 tanques y 130 barcos, y China le contrapuso 700.000 tropas, 200 aviones y 17 tanques.

Lin Xi con su mujer y el resto de los guerrilleros huyeron una vez más a los campos cercanos, ocultándose junto a la familia de Alfonso Batista y Niu Lun. El más perjudicado fue Alfonso Batista al tener que abandonar su pequeño astillero, al menos por unos meses hasta saber qué sucedía. Ante la inseguridad del campo todos viajan hacia Pekín con sus hijos.

Las condiciones de privilegio dejaron a las tres familias vivir medianamente tranquilos, mientras continuaban con su trabajo de espionaje en Pekín. La ayuda de los hijos de Lin Xi y los artesanos fue fundamental para poder instalarse todos en lo que había sido la casa de Lin Hie.

También Alfonso Batista donaba embarcaciones para el ejército de Mao, sin ser detectado por los japoneses. Luego echaba la culpa a los mismos chinos de sabotajes y robos. Esto convencía a los japoneses de su buena voluntad hacia ellos, al igual que Lin Xi que obsequiaba obras preciadas para ellos. No eran de gran importancia estratégica las pequeñas embarcaciones, y muy poco armadas. Pero utilizadas a modo de ataque de guerrillas en algunas pocas ocasiones daban buen resultado a los soldados de Mao.

Los japoneses hacían lo imposible para ganar terreno o aunque sea mantenerlo, pero la determinación, fortaleza y estrategia de Mao junto a sus hombres era inquebrantable, pese a la diferencia de armamento y tecnología, en octubre los japoneses agotarían sus fuerzas y recursos.

Los soldados chinos pertenecientes al gobierno nacionalista se refugiaron en Chongqing, donde pasarían el resto del tiempo. El ejército del Partido Comunista al mando de Mao se sobrepuso, agrandó y fortaleció instalándose en Yan'an

En mayo de 1939 los japoneses atacaron a los mongoles en la zona de Manchuria, en el norte de la nación, siendo este un protectorado japonés. Esta zona de conflicto fronteriza era de Rusia, Stalin mandó contraatacar al ejército japonés.

Japón envía blindados, ejército y aviones pero son rodeados y rechazados, aunque los japoneses en junio logran pasar el río Jalja en barcas inflables.

Los rusos finalmente vuelven a cruzar el río, atacan y ganan posiciones retirando a los japoneses dando como resultado la caída del gobierno japonés, que consideraba que Alemania los traicionó. Esto reafirma una vez más la relación China-Rusia como aliados.

En agosto el Ejército Rojo ruso derrota a Japón.

Mao volvió a contraer matrimonio, ahora con quien sería su eterna compañera, Jiang Qing.

La unión del pueblo durante la inundación y la persistencia del ejército chino, incansable pese a las derrotas y muertes, frustraron a los japoneses. Volviendo a Manchuria, refugiándose ahí ante el asedio, los ataques guerrilleros y el cierre que le iba haciendo el propio ejército chino. La estrategia de guerrilla los asediaba, no los dejaba dormir, descansar, ni reponerse. No había forma de predecir los ataques, ni dónde ni cuándo. Los soldados del imperio nipón enloquecían, se desesperaban. Al mismo tiempo intentaban impedir por todos los medios más ayuda rusa a China y su influencia en todos los sentidos.

La invasión japonesa no llegó a Shanghái para hacerse de ella, sino dada su importancia estratégica, más que nada por su puerto y fuerte industria. De hecho los propios japoneses se entorpecían en la ciudad.

Al enterarse de la invasión a Polonia, ocurrida el 1 de septiembre de 1939, la preocupación fue muy alta entre Mao y su gente. Alemania estaba gobernada por el presidente Paul von Hindenburg, teniendo el poder real el canciller Adolf Hitler. Lo que en un momento se había anunciado como una simple maniobra militar terminó con la sorpresa al presidente Ignacy Moscicki de la invasión alemana a su país.

La noticia de la invasión alemana se dio a conocer a través de la emisora de radio yan'an Xinhua, los ciudadanos supieron de inmediato lo que sucedía. Lin Xi y sus amigos no le dieron demasiada importancia, más allá de estar al tanto del pacto Antikomintern entre Japón y Alemania. Se alertó de una posible invasión a Rusia

en Europa. Aunque en realidad Japón había quedado herido y resentido por las pérdidas de conflictos ante los rusos y se excusaba ante una invasión comunista.

Mao, de inmediato se dio cuenta que traería consecuencias nefastas a su nación, dada la situación hostil entre su país y Japón. Japón ofendida con Alemania pero aliada no era buen vaticinio.

La contienda entre China y Japón había entrado en un momento de estancamiento, pero en cualquier momento ante la mínima situación Japón embatiría con todas sus fuerzas. Mao Zedong involucrado en los conflictos internos y la constante amenaza japonesa mandó emisarios para planificar estrategias de posibles agresiones, puesto daba por descartado confiar en ellos y estaba latente una futura invasión.

Pese a los acontecimientos entre Alemania y Polonia, que Rusia había derrotado a Japón, que el PCC, (PCCH), se había aliado al PNC, (KMT), contra los japoneses. La tensión entre las dos franjas en China existía, por lo tanto, la guerra civil también y continuaba siendo liderada por Mao Zedong y Chain Kai-shek respectivamente.

Lin Xi analizaba con sus amigos durante una cena la cuestión de Alemania con Alfonso Batista, Niu Lun y un enviado y líder de Mao. El enviado comentó que Rusia había anexado territorios de Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Estonia, Lituania y Letonia. Por lo tanto la invasión Alemana que se estaba llevando a cabo en ese momento repercutiría directamente sobre la relación Rusia-China contra Japón. Pues ante esta invasión Alemana, Rusia priorizaría este conflicto y dejaría de lado Japón. De ahí la importancia del pacto Antikomintern, que Japón aprovecharía contra China.

Lin Xi reflexionaba sobre el tema, puesto que Gran Bretaña y sus colonias, le declararon la guerra a Alemania formando una alianza con Francia. Es decir que Francia y Gran Bretaña defendían a Polonia de Alemania, mientras que no habían defendido a China de Japón. Siendo que China había sido territorio de sabrosas ganancias para los dos países europeos. La conclusión era estar alerta puesto que esa guerra que no les pertenecía, más allá de su buena relación con Rusia, podría inferir directamente sobre su nación. El hombre les informó sobre el tratado tripartito que también se había anunciado en los nuevos medios de difusión pe-

riodística. Este tratado preocupaba a todos por lo que significaría que otro país como Italia apoyara a Japón, pues en realidad ellos desconocían la fragilidad de las fuerzas italianas.

Además para el imperio japonés suponría una excelente oportunidad para recobrar tierras estratégicas de arroz y caucho, defendiendo sus posturas y apoyando a Alemania por el tratado tripartito y el nuevo aliado italiano, Benito Mussolini, Hitler y Fumimaro Konoe.

De inmediato Lin Xi y sus amigos que nunca habían dejado de realizar acciones de tipo guerrilla contra los japoneses planificaron un tipo de defensa acorde a un ataque masivo y no el del letargo y estancamiento que se había instalado en la ciudad. Estaban provistos de armas y conocían muy bien la ciudad, pasajes y escondites. Realizaban sabotajes sorpresivos de alto impacto contra instalaciones japonesas. Bombas, incendios programados, explosiones y hasta un grupo de jóvenes que se dedicaban a planificar asesinatos a los líderes militares. El asedio constante enloquecía aún más a los japoneses que en vano intentaban reaccionar ante la cooperación de inteligencia llevada a cabo por los propios ciudadanos.

Mientras en Pekín Lin Ming y Lin Zeng continuaban con la actividad de producción y comercio, realizaban trabajos de sabotaje con la resistencia del Partido Comunista pero en forma mucho más discreta que su padre. La ubicación geográfica de la empresa hacía que los japoneses evitaran llegar hasta el sitio, pues cada vez que lo hacían eran asaltados por sorpresa por algún grupo de camaradas dispersos, perdiendo muchas vidas, situación que los japoneses consideraban no rentable.

La Universidad de Ingeniería Civil y Arquitectura, recientemente fundada donde estudiaba Lin Ming y la Academia de Bellas Artes donde estudiaba Lin Zeng, habían cerrado sus puertas o se habían trasladado a otras ciudades del interior para poder seguir funcionando. La situación imperante en Pekín era cada vez de más asedio, por lo que entre los dos decidieron huir, ya era casi imposible sostener la empresa sin que los invasores dieran cuenta de ella, esclavizando a todos los artesanos. Decidieron dejar la empresa desmantelada y los hornos rotos, de tal forma que cuando llegasen

los japoneses creyeran que habían sido ellos mismos los que la destruyeron en algunos de sus ataques. Los trabajadores se repartieron las vasijas y obras ocultándolas. El asedio japonés era constante y cada vez más cercano, ya no había forma de detenerlos, o tal vez sí, pero era muy arriesgado.

Shanghái sufría cada día el asedio japonés de forma intensa y efectiva, tal así que las tropas británicas que quedaban defendiendo lo que ellos consideraban su colonia e intereses, decidieron huir lenta y discretamente. Más que nada para sacar a sus civiles que quedaban en los barrios cerrados lujosos.

En una ocasión Lin Xi se encontraba caminando por la ciudad al sur del puerto con la excusa de entregar mercadería. En realidad estaba verificando dónde había más soldados japoneses apostados. Al regresar caminaba por el sur de la ciudad, bien alejado, donde todavía quedaba un grupo de soldados británicos con civiles esperando ser rescatados y huir. Se acercó a ellos intentando ofrecer otro lugar donde ocultarse con más resguardo hasta que llegue la ayuda. A unos cincuenta metros hacia el interior del lugar había mujeres y niños pero más cerca de la entrada, junto a una línea defensiva de alambre, dos soldados y un civil consumían opio al estilo chino.

*Yingguo baoying*, se dijo Lin Xi. Y se repitió: *Donde oí que "occidente morirá por una flor..."*

El estacionamiento de la guerra sino-japonesa interfería en algunos asuntos comerciales para Lin Xi, pero más aún a Alfonso Batista, puesto que muchas veces eran incautadas las embarcaciones que fabricaba. Niu Lun por otro lado se veía en la obligación de atender a japoneses heridos, incluso algunos durante acciones en las que él había participado activamente, y lo hacía estoicamente, aunque nada impedía que en otras acciones este paciente herido y curado, muriera en sus manos. Una situación contradictoria, pero era una estrategia de los tres para tener una relación cordial con los japoneses y poder dar golpes certeros desde adentro.

En julio Estados Unidos, apoyando a su madre patria, Gran Bretaña, impuso grandes sanciones a Japón lo que provocó su inmediato enfurecimiento.

Para 1941 el ejército del PNC se retiró al centro de la nación ante el constante asedio japonés, mientras que el PCC se quedó en el norte haciendo frente y dando cada vez más batalla, tanto de fuerzas regulares como de guerrilla, aterrorizando a los japoneses que, entre las sombras, no lograban identificar quien los atacaba. Llegaron a pensar que eran fantasmas o animales terroríficos poseídos por espíritus demoníacos.

Tras el ataque de Japón a las islas de Pearl Harbor, casi en un estado colonial desde que Estados Unidos anexó Hawái, el gobierno de Chiang Kai-sen decidió entrar a la Segunda Guerra Mundial, esto era en realidad una continuación de la guerra sino-japonesa, pero esta vez desde la formalidad.

El frente de China ya estaba abierto desde hacía años, pero un día después Japón atacó a la colonia Hong Kong y Gran Bretaña perdió absolutamente todo. Una vez más se demostraba que los británicos solos no podían contra nadie. Siempre necesitaban ayuda de otra nación para lograr un triunfo.

Al año siguiente, para discutir todos estos asuntos, se reunió Chuian Kai-shek con el presidente de Estados Unidos y el primer ministro británico, en la conferencia del Cairo.

El ejército rojo de Mao contaba únicamente con armas livianas. Fusiles, ametralladoras, morteros, armas anti tanque, la mayoría de ellas recibidas de parte de Rusia. Este armamento era ideal para el tipo de ataque relámpago de estilo guerrilla. Por otro lado las fuerzas armadas chinas contaban además de armamento liviano, con cañones, blindados rusos T-26 y el Renault FT-17, Aviones caza Polikarpov 16 y el bombardero Ilyushin DB-3. Sumando algunos cruceros, cañoneras y destructores de la armada. La mayoría de todo el armamento era provisto por Rusia, algunos producidos en la misma China, que seguía intentando un constante avance y evolución, y el resto entregado principalmente por Francia y Estados Unidos, más lo capturado en distintas batallas.

En medio de esos tiempos convulsionados Lin Xi, en Shinghái durante horas de la madrugada, se encontraba por asaltar un depósito de combustible, de los japoneses, a orillas del puerto.

Estaba fuertemente custodiado, ellos eran sólo cinco hombres que harían explotar el galpón al unísono. Tenían tres morteros con alcance de cien metros pero otros dos de casi un kilómetro.

El grupo de los dos morteros pequeños estaba en lado sur oeste para poder escapar mejor y más rápido, por una ruta prede-terminada, con más lugares donde esconderse. Los otros, donde se encontraba Lin Xi, estaban más cerca y del lado norte.

Lin Xi observó un grupo de soldados alejados de los guardias, eran tres sin casco sentados al costado de unos vehículos. Con unos binoculares rusos Lin Xi observó a los japoneses, que para su sorpresa, estaban consumiendo opio. Se dio vuelta, bajó los largavistas, se sentó frente a los dos compañeros y se quedó con la mirada hacia el frente sin decir palabra.

—Lin Xi, ¿qué sucede, no podemos atacar? —preguntó Niu Lun.

Sin cambiar la vista de lugar Lin Xi respondió:

—Ganaremos esta guerra... Y agregó—: Porque ellos no tendrán ni la fuerza ni la voluntad...

—No entiendo —dijo Alfonso. Lin Xi no contestó.

Sin más atacaron y huyeron sin esperar ni comprobar resultados, que igualmente fueron exitosos.

A las tres horas llegaba a su casa, al acercarse logró divisar un grupo de tres hombres vigilandola, dos a unos doscientos metros y uno a cien metros del lado norte de la calle.

De inmediato retrocedió, realizó todo un rodeo y entró a su casa por una puerta disimulada que tenía por detrás. Al entrar encontró todo apagado y en silencio, caminaba hacia el dormitorio cuando una mano por detrás le tapó la boca. Saltó hacia un costado pensando que lo estaban atacando pero era su mujer:

—Silencio, tengo todo preparado. Nos están esperando.

—No nos podemos ir sin más —respondió Lin Xi.

—Confirmaran que estamos en la resistencia —le dijo Yun Quan—. Tengo todo preparado, corre la voz que te quieren asesinar.

—Pero el negocio, todo... —murmuró Lin Xi.

—El problema es Pekín, no nosotros. Rápido, iremos a Yan'an, ahí estaremos seguros con nuestros hijos, ellos ya deben estar allí.

—No sabía nada, no me avisaron.

—Nunca estás aquí... —contestó Yun Quan.

Lin Xi viajó con su esposa y se encontró con sus hijos en Yan'an, pero solamente se quedaron allí unos meses y volvieron a Shanghái. Suponían que los japoneses ya se habían retirado de la zona donde ellos vivían y que podrían haber perdido interés en ellos.

Al tiempo, durante una madrugada, Lin Xi escuchó ruidos en la calle, algo fuera de lo normal, más en esa parte de la ciudad tan alejada. Se levantó de inmediato, fue hasta el portón y observó por una mirilla a un grupo de soldados japoneses. Se fijó si vigilaban su casa, parecía que no. Volvió a mirar y contabilizó cinco. No podía hacer nada solo, era muy peligroso pero tampoco los podría dejar ir. Si era un reconocimiento estaría aniquilado.

De inmediato fue hasta adentró tomó dos pistolas y dos cuchillos. Su mujer se despertó y se asustó. El de un salto sobre la cama le tapó la boca.

—Silencio.

Dejó que los soldados doblaran la esquina, corrió hasta ellos, no lo pensó. Con dos pistolas apuntó por la espalda y con varios tiros mató a cuatro, otro huyó, no sin antes tirar varias veces desde el piso. Al correr Lin Xi fue tras él, herido en la pierna el hombre renqueaba. Lin Xi se abalanzó sobre él y le cortó el cuello.

Alfonso Batista que había oído los disparos corrió urgente a la casa de su amigo.

—Debes irte ya, esta noche –le dijo.

—Sí, pero esta vez nos ocultaremos en el campo, no lejos de aquí –contestó Lin Xi.

A los minutos habían salido de su casa.

La fuerza aérea nacional china contaba con los cazas Polikarpov I-16 de fabricación Rusa, utilizados al principio de la invasión japonesa, pero ahora también en otras batallas propias de la contienda mundial.

Japón desplazó 1530 aviones, China contaba sólo con 230. El combate aéreo dejó muchas pérdidas chinas, más que nada sus mejores pilotos, sin embargo complicó a la fuerza japonesa. También contaba con unos pequeños bombarderos de producción es-

tadounidense como el Martin B 10. Otros eran el Curtiss Hawk II o el Boeing P-26C. La fuerza aérea nacional china fue la primera del mundo en entrar en un combate aéreo entre cazas monoplazas, los Mitsubishi A5M y los Boeing P26/281

Mientras, la armada contaba con su buque insignia y la cañonera Yat sen de construcción china. Chiuan además contaba en el ejército con tanques rusos T-26, y tanques japoneses capturados, los 95 Ha-Go que habían incorporado a su ejército.

El ser parte de los aliados le traía otros compromisos con el frente, además de su propia guerra con los japoneses, englobada ahora en un solo conflicto mundial.

Alfonso Batista se unió a un grupo de filipinos Hukbalahap que combatía en forma clandestina de guerrilla contra los japoneses. No quería unirse a los aliados por resentimiento a causa de su familia muerta a manos de los estadounidenses.

Combatió en varias ocasiones causando gran daño a las fuerzas japonesas, y con una actividad comunista que lo hizo terminar como líder de grupo. Tenía claro que los japoneses perderían la guerra y que los estadounidenses regresarían a su país. De ser así volvería a China.

De nuevo en su casa Lin Xi instruyó nuevos líderes de grupo de guerrilla, puesto que la mayoría luchaban dentro de la ciudad, ahora debía mejorar las estrategias en las afueras. La idea era que las fuerzas japonesas no pudieran expandirse, hacer un cerrojo y mantenerlos encerrados.

Lin Xi viajó nuevamente con su esposa para encontrarse con sus hijos en Yan'an, mientras los grupos se mantuvieron después de su partida de forma autónoma. Un joven en particular se había destacado como gran estratega y de gran ayuda para el ejército de Mao y el ejército nacionalista chino.

Una vez reencontrada la familia en Yan'an, Lin Xi y sus hijos esperaron órdenes de parte del Ejército Rojo. Recibieron la noticia de la rendición de Italia el 8 de septiembre 1943. El régimen fascista de Mussolini llegaba a su fin. La noticia los alegró, no tanto por la liberación del sur de Italia, sino por la derrota del fascismo que sería el preludio de la caída del nazismo.

El estado nacionalista intentaba que no le llegue demasiada información a Mao, pero este estaba enterado hasta de los por menores de los sucesos en el norte de Italia con la ocupación alemana.

Los éxitos del ejército ya eran vox populi y la fama del comunismo, así como la de Mao Zedong, traspasaba todas las fronteras. El 22 de julio de 1944 en la zona de Yan'an, Shaanxi, se produce una reunión con el coronel David Barret del ejército estadounidense, conocida como misión Dixie. Los estadounidenses buscaban ver las posibilidades y ganancias que podría tener una relación conveniente con el comunismo. No solo durante la guerra, sino posteriormente. Era sondear, espiar, investigar, inmiscuirse previniendo sorpresas más que nada económicas llegado el caso. La primera conclusión de algunos generales estadounidenses fue que el partido comunista chino no era corrupto como lo era el partido nacionalista.

Mao fue testigo de varios grupos de soldados estadounidenses que aprovechaban sus momentos de descanso para consumir opio, pero en forma de cigarrillo. Sus propios soldados del Ejército Rojo se lo advierten ya que ellos tenían prohibido el consumo de la sustancia. *Este veneno no debe existir, se decía, nosotros nos estamos salvando, y a ellos, ¿quién los salvara?*

La guerra de guerrillas para el ejército de Mao continuaba sumando éxito tras éxito, hasta que en abril de 1945 el ejército ruso entró a Berlín liberando Alemania del yugo nazi junto a los aliados.

EL 28 de abril 1945 Mussolini es asesinado por su propio pueblo. Había sido capturado intentando huir a Suiza. Los guerrilleros partisanos, con la colaboración del grupo guerrillero francés maquis, lo atraparon. El dictador de ultra derecha fue fusilado junto a su amante y luego colgado de los pies de una viga con ganchos de carnicero.

Era obvio que estos grupos guerrilleros luchaban contra los déspotas y dictaduras, puesto que no sólo peleaban contra la ocupación nazi en Francia. También ayudaban a los partisanos en Italia y prestaban colaboración contra el régimen del dictador Franco en España, además de ayudar a Yugoslavia. Había un trasfondo ideológico de libertad y colaboración conjunta más allá de las fronteras.

El Ejército Rojo chino continuaba su lucha en el norte, mientras el ejército nacionalista se encontraba luchando en el sur en Birmania junto a los aliados y sus colonias. Mao junto a otros líderes impartían órdenes de cómo avanzar hacia el este y de qué manera. Los civiles debían regresar a sus ciudades, teniendo en cuenta cada retroceso de las tropas contra los japoneses.

Mientras las tropas soviéticas habían entrado en la primavera de ese año a Berlín, Mao seguía cada detalle a cada instante. El mismo 30 de abril sabe de la desaparición de Hitler y que en teoría se suicida junto a su pareja.

El 2 de mayo las fuerzas soviéticas tomaron el edificio del Reichstag, lugar en que se izó la bandera soviética símbolo de la victoria, dando como resultado la rendición de Alemania, el 8 de mayo de 1945.

En agosto del mismo año Rusia invadió el norte de China, la región de Manchuria, contra el estado títere de Japón. La batalla de Manchuria u Operación tormenta de agosto dio como resultado la victoria del Ejército Rojo y la soberanía de las islas Sajalín y Kuriles.

La noticia la recibió primero el Ejército Rojo antes que el nacionalista, Mao sabía lo que significaba estratégicamente y vaticinó el fin de la guerra. Como hombre estratega y con gran criterio no es pesimista ni optimista. Simplemente se basa en hechos y estadísticas. Si bien tenía seguro que ganarían la guerra, sabía perfectamente que Japón no se rendiría fácilmente ante los aliados.

Japón continuaba dando batalla en el frente. Los líderes chinos planteaban varias opciones de como derrotar a Japón junto a los aliados, pero antes de ponerlos en práctica se enteraron de la noticia de la gran explosión. El 6 de agosto en Hiroshima se dejó caer la primera bomba atómica.

Le llegó a Mao por un informe de su red de espionaje que más de 140.000 personas murieron. Los comentarios de su red de gente sobresaltaban a los líderes, ese mismo día, el 9 de agosto, se enteraron de otra explosión en Nagasaki, de similares características. Un silencio se apropió de todos los presentes, entre ellos Lin Xi y sus hijos. *Suerte que mi padre no se enteró de esto*, reflexionó Lin Xi.

De inmediato Yun Quan que participaba sólo en la confección de planos y vías de escape para su marido y compañeros, se puso en campaña para armar un grupo armado de mujeres. Lin Xi se sorprendió de la iniciativa y era reacio a que se comprometiera de forma tan expuesta a su edad.

—No quiero que armes grupos de mujeres, te pueden descubrir, nos descubrirían a todos y estaríamos perdidos.

—No pretendo quedar en la historia como una heroína como Qin Liangyu o Liang Hongyu, pero ustedes no han tomado en cuenta la advertencia que han hecho los estadounidenses con la masacre de civiles que han cometido en Japón. Es verdad que estamos en guerra y que el gobierno de Japón es déspota y sus soldados asesinos. Pero los civiles no, lo que acaban de hacer esa gente es un genocidio y debemos estar preparados para lo peor. Y nosotras las mujeres no solamente debemos dar la vida por nuestra nación, debemos dar la vida por nuestros hijos. Y sabemos que Estados Unidos apoya al gobierno nacionalista. Debemos tener un ejército de mujeres tan preparado como el de los varones —dijo Yun Quan.

—Ya hay mujeres que combaten —respondió Lin Xi.

—No es suficiente, debemos tener un ejército comandado por mujeres.

Su determinación y tenacidad eran inquebrantables, Lin Xi sabía que sería imposible oponerse y convencerla.

—No seré yo quien forme un ejército de mujeres, pero sí voy a prepararlas y adiestrarlas como lo hacen ustedes y como hubiera querido tu madre —cerró Yun Quan.

—No eran necesarias las bombas —murmuró Mao a su esposa para que nadie lo oiga. Ella que lo escuchó perfectamente lo observó y no dijo nada—. Esto nos dará la victoria y seguro tendrá consecuencias significativas para la relación entre Japón y el resto del mundo. Vaya a saber qué pretenderán los británicos y estadounidenses de Japón. Como siempre deberemos estar atentos, porque de aquí en más tendremos a esa gente frente a nuestras costas.

El 2 de septiembre de 1945 Japón firmó la rendición, dando como resultado la ocupación británica y estadounidense de sus tierras. Una nueva colonia donde podrían asentar sus bases militares.

Estados Unidos también obligó a Japón rendirse ante el ejército nacionalista, y no al comunista que lo tenía rodeado. En Manchuria sí, se rindieron ante el Ejército Rojo comunista de los soviéticos, que se retiraron como estaba previsto, cumpliendo las órdenes de Stalin. De inmediato se apresó al primer ministro japonés, Hidiki Tojo, y se dejó en libertad al Emperador Hirohito. Una estrategia llevada a cabo por el gobierno de Estados Unidos para realizar una ocupación al país y colocar un gobierno títere manejado por la Casa Blanca.

Al año siguiente se intentó una coalición entre el PCC y PNC, los comunistas aceptaban al gobierno nacionalista como tal, llegando al acuerdo de llamar a elecciones y que el PCC sea reconocido como partido político. Pero Chiang Kai-shek no integró al senado al PCC ni reconoció las elecciones.

Lin Ming y Lin Zeng viajaron de inmediato a Pekín para continuar con la guerrilla contra el gobierno nacionalista. Siguiendo la estrategia del padre, también eran expertos en disfraces, desaparecer, ocultarse, camuflarse. Parecían estar en dos o tres lugares al mismo tiempo. Experto en explosivos era Lin Zeng y un tirador inigualable Lin Ming.

De inmediato rearmaron grupos de asalto en las afueras, al sur de la ciudad, siendo líderes ambos con grupos paralelos pequeños que trabajaban en conjunto. Se acercaron a donde estaba su antigua empresa, lejos del ejército nacionalista. Mientras luchaban convocaban a los viejos trabajadores, y a los más jóvenes que pertenecían a las fuerzas de asalto.

De a poco reinstalaron la fábrica y comenzaron con sus labores artesanales, aunque era en parte continuar con lo que cada uno venía desarrollando y produciendo en su casa. Los nacionalistas alejados de la zona se enteraron que varios lugareños volvían después de la retirada japonesa, no asociaban a ninguno de ellos con los comunistas. Menos aún a los Lin puesto que siempre supieron ocultar su verdadera función dentro del partido.

Estando allí recibieron un comunicado de entrega de armas de parte de los rusos, para el que debían viajar a la provincia de Gansu, específicamente a la ciudad de Dunhuang, cerca de las

cuevas de Mogao. Al otro día parten hacia el largo viaje que los esperaba, pasando el desierto de Gobi.

Partieron, desde las afueras de la ciudad, en dos camiones que le habían robado a ejército nacionalista y ahora formaban parte del grupo guerrillero. En uno de los camiones llevaban un cañón antitanque robado al ejército japonés tipo 1 37mm Isshiki Kido. Llevaban fusiles Hanyang 88, pistolas tipo 17 y ametralladoras tipo 54 de 12,7mm y fusiles tipo 24 Zhongzheng.

Parte del viaje debían hacerlo a caballo y carros puesto que no había caminos y otros estaban en muy mal estado.

Los vehículos para las fuerzas de Mao eran muy escasos, por lo tanto estos dos camiones Latil eran muy valorados. Por otro lado, algunas secciones del ferrocarril que los acercaba habían sido recientemente saboteadas por ellos mismos. Al alejarse hacia el oeste había menos peligro de encontrarse con el ejército nacionalista, igualmente debían estar preparados ante cualquier eventualidad, incluso de la fuerza aérea.

Luego de varias semanas de viaje llegaron a una lejana ciudad, a unos dos mil kilómetros al norte de la ciudad de sus abuelos, Cantón, y a dos mil doscientos kilómetros al oeste de Pekín.

—¿Sabes si nuestros abuelos vinieron por estos lados en su largo viaje? —preguntó Lin Zeng

—No, creo que no... Ellos viajaron del sur directo a Pekín, no tuvieron la necesidad. Al menos eso nos contó nuestro padre —respondió Lin Ming.

—¿Te informaron qué tipo de armas nos envían los rusos?

—Lo que sea será bueno.

—¿Crees que valdrá la pena? —volvió a preguntar Lin Zeng.

—¿El viaje? No lo sé, depende del armamento que nos entreguen, si bien estamos bajo el mismo mando, las fracciones son independientes. Y depende del lugar el tipo de armas que nos sea más útil.

Luego del viaje agotador, por parte del antiguo camino de la seda, llegaron a la ciudad de Dunhuang.

Después de descansar un hombre les informó que un ruso los estaba esperando en las antiguas cuevas. La reunión fue corta y precisa, les entregaron dos baúles con armas cortas y largas rusas que

debían ser llevadas al Ejército Rojo de Mao. Un cañón ligero M1942 (ZIS-3) 76mm, ametralladoras ligeras DP-27, ametralladoras pesadas DS-39, fusiles PPSH-41 y PPS-43 y pistolas Tokarev TT-33.

Luego de un descanso de un día decidieron volver a las cuevas antes del regreso, algo les había llamado la atención.

—Estas cuevas son budistas como nuestra abuela —dijo Lin Zeng.

—Sí —contestó Lin Ming sin darle demasiada importancia y ansioso por partir.

—Tengo la necesidad de volver, no sé por qué... —comentó Lin Zeng.

—Por eso te acompaño.

—¿Lo sientes?

—No —respondió Lin Ming descreído y poco místico.

Al estar dentro de ellas y observando sus pinturas, Lin Zeng y Lin Ming quedaron frente a un buda acostado. Uno junto a otro sienten una extraña sensación de frío helado que pasa entre ellos. Un monje budista se les acercó por detrás.

—Es el oráculo —dijo el monje con voz profunda y grave.

En medio del silencio aturdidor el sonido agudo fue una sorpresa para ambos.

—No veo ninguno —respondió Lin Zeng con reverencia.

—El oráculo está dentro de ustedes y aquí mismo en el templo. Cierren los ojos, siéntense, mediten y lo van a escuchar, lo van a ver pero lo más importante, lo sentirán, tiene mucho para decirle a ustedes que son hermanos.

Lin Ming, que era menos practicante que su hermano menor, sonrió, y al mismo tiempo se preguntó cómo supo que eran hermanos, si no eran parecidos. *Seguro fue advertido de nuestra llegada, se dijo.*

Siendo ambos confucionistas, como su abuelo, aunque no demasiado y menos aún practicantes, no despreciaron la invitación y se dejaron llevar por la recomendación del monje, que como por arte de magia había desaparecido entre la sombras del lugar.

A los minutos de estar en silencio, sentados con los ojos cerrados, un frío más intenso aún, casi helado pasó entre ellos como brisa, y de inmediato un calor más fuerte desde la cabeza a los pies que los hizo temblar. Sintieron que su cuerpo ardía, ninguno de los dos dijo nada. Sentían que la planta de sus pies se prendía fuego.

De repente vieron su vida entera, como una serie de fotografías pasaban por sus ojos, desde niños hasta el propio viaje. Las imágenes de su padre joven y ya viejo, sus luchas y peleas, sus obras de arte y viajes. Y una continua voz que les hablaba, de cada cosa que no estaba bien, que hacían mal y que habían hecho. Sus párpados cerrados temblaban y se apretaban, gestos en sus caras y movimientos de sus músculos faciales en los rostros de ambos. El rostro de su madre se les aparecía como el de sus abuelos siendo jóvenes. Vieron el antiguo taller de sus bisabuelos y la casa cerca del fumadero.

Observaron rostros caucásicos deformes y ausentes consumiéndose por venenosas sustancias, tirados en la calle entre la mugre y la violencia. Jóvenes pidiendo ayuda, gritando con bocas casi sin dientes, algunos amarillos y podridos. Gente viviendo en la calle, otros agachados estáticos convulsivos y con llagas en sus manos, pies y cara llena de pus. Todo de un color gris entre neblinas y humos negros. Prostíbulos sucios con cadáveres en sus pasillos, cercos de alambres de púas y muertos llenos de agujeros de balas atravesando su cuerpo enredados entre sus púas. Niños pequeños muertos en playas y botes hundidos con cuerpos flotando. Ciudades prendidas fuego, explosiones y gente huyendo intentando escapar ametrallados por la espalda. Jóvenes muriendo de inanición, gritos desesperados de ayuda y hombres poderosos sentados en tronos riendo.

Vieron a sus abuelos y al maestro que los hizo nacer. Observaron como si fuera en el vuelo de una grulla corona roja el viaje de ellos de Cantón a Pekín. Se vieron desde lejos con mujeres y niños y el rostro de sus padres fallecidos. Vieron su ciudad iluminada y pujante, llena de gente feliz, trabajando, estudiante con luces intensas y brillos.

Y las visiones se fueron y quedó una voz desde el centro de sus cerebros que le hablaban de paz, de bondad y progreso.

Al rato ambos abrieron los ojos, como despertando de un sueño. Lin Zeng sonriendo y diciendo no con la cabeza, como no creyendo lo que había sucedido. Su hermano mayor abrió los ojos serio, su rostro inmutable que de todo reía estaba sin gesto, congelado, tieso. Giró su cabeza hacia su hermano menor y le tomó el hombro con su mano izquierda, Lin Zeng giró su cabeza y asintió con ella. Ambos se levantaron y salieron sin decir palabra.

Caminaban en silencio mirando la arena del suelo cuando Lin Ming rompió el pesado silencio pensando en vos alta.

—Hace poco leí un libro escrito por Liú É sobre un descubrimiento de Wáng Yíróng, que trata de unos huesos oraculares encontrados en la ciudad de Anyang. Son escritos sobre caparazones de tortugas.

—Sí, lo sé, dicen que hablan sobre presagios, clima y guerras. Tengo entendido que era una adivinación por calor —contestó Lin Zeng sin levantar la cabeza del suelo y sin detener su lento paso. Y agregó—: alguien me dijo que en esos escritos antiguos, en base a conjeturas, se presagia que nuestra nación será grande y próspera.

—¿Lo leíste, dónde? —preguntó Lin Ming.

—No, sólo me lo comentaron.

—Entonces carece de fundamento lo que te dijeron, solamente es veraz lo que han encontrado y documentado.

—Sí —contestó Lin Zeng pensativo, haciendo otro silencio y agregando—: Y antes que lo digas tú..., lo que sucedió recién dentro de la cueva...

—¿Qué nos pasó recién? Que yo sepa nada —dijo Lin Ming sonriendo.

—Nada, cierto que nada —contestó Lin Zeng.

No hubo contratiempos en su regreso y pronto estuvieron listos y más armados para continuar con la lucha de la liberación. No sabían cómo iba a continuar y anhelaban un acuerdo de paz, pero sabían que sería casi imposible. Al llegar parte de las armas quedaron para el grupo liderado por Lin Ming y Lin Zeng. El resto de las armas fueron trasladadas al ejército

En julio de 1946 asesinaron a Lin Gongpu y Wen Yiduo, fueron agentes nacionalistas. Un grupo de líderes de la oposición del partido nacionalista chino habían dado la orden, iniciando la guerra de forma abiertamente declarada con Chang Kai shek, que en realidad nunca había terminado.

El ejército nacionalista avanzaba hacia el oeste. No hubo una batalla o enfrentamiento significativo dentro de Pekín, pero sí actividad guerrillera que los debilitaba día tras día, bajando la determinación y moral de los nacionalistas.

Lin Ming y Lin Zeng coordinaban los grupos con las mismas características que les había enseñado su padre. Planificar el ataque teniendo dos alternativas de escape, haber apalabrado a varios vecinos de su apoyo para ocultarse, haber memorizado calles, escondites, pasadizos, túneles y cuevas. Contaban con armas cortas rusas precisas y confiables, sumado a la determinación, convicción, valor y patriotismo. Los golpes certeros de la guerrilla eran agobiantes para las fuerzas nacionalistas sin tener forma de ponerles freno.

En 1947 los nacionalistas toman Yan'an pero Mao idea otros ataques de guerrilla y traslados constantes, siendo imposible localizarlos. En apariencia los ataques o emboscadas de guerrilla mantenían las mismas estructuras. Sin embargo, con ciertos cambios sensibles y muy bien ideados, Mao lograba sorprender en cada una de las intervenciones.

Contaban con el apoyo incondicional de la mayoría de la población. La sorpresa, el engaño y la movilidad sumado a la falsa información de contraespionaje. Haciendo correr una noticia falsa pero clandestina, llegando a oídos de los nacionalistas de forma secreta y como gran hallazgo. Una vez convencidos de haber conseguido información veraz se preparaban, mientras los hombres de Mao realizaban el ataque en otro sitio, en otra fecha, con otro objetivo político distinto.

El 23 de diciembre de 1948 es ahorcado Hidiki Tojo, primer ministro japonés, por los estadounidenses. Responsabilizándolo de las decisiones tomadas en la guerra, las cuales fueron ordenadas por el propio Hirohito que luego recibió inmunidad.

Los aliados habían ordenado a Japón abolir la monarquía, contradictoriamente a que la mayoría de los países europeos la seguían manteniendo. La estrategia era simple e infantil, siendo el monarca una figura decorativa relacionada a la política, sería una buena imagen publicitaria para los aliados, manteniendo al pueblo tranquilo, logrando una colonia encubierta. De esta manera Japón continuaba con su monarquía a modo turístico, y los aliados podían disponer del territorio para instalar las bases militares que ellos dispusieran. Ahora el gobierno de Estados Unidos se encontraba con una semi colonia en las puertas de China y en la retaguardia de la Unión Soviética.

Después de tantas pérdidas y esfuerzos, con la Segunda Guerra Mundial terminada, las naciones comenzaron a intentar componerse. Mao sabía que Estados Unidos continuaba con el respaldo a Chiang Kai-shek. Apoyaba abiertamente a sabiendas el gobierno nacionalista. Puesto que sería un hecho que Mao no regalaría sus materias primas y erradicaría para siempre el opio, el gobierno estadounidense perdería toda injerencia. No importaba que fuera el responsable de tantas victorias sobre el imperio japonés, decididamente estaban en contra de la persona de Mao y el comunismo.

El ejército comunista es renombrado como Ejército Popular de Liberación, luchando abiertamente en la guerra civil contra el KMT, el Partido Nacionalista Chino. Este para volver a retomar el poder que tuvo durante las guerras del opio junto a Gran Bretaña y Francia, solicitaba ayuda, sin escatimar promesas de entrega y concesiones colonialistas a las naciones europeas. Sabían que con Mao y el comunismo no podría lidiar y menos continuar envenenando a la nación.

Mao aplomado daba por hecho que Estados Unidos también intervendría, no dejando pasar semejante tajada. Más ahora que habían confirmado el gran negocio que era la guerra, generar golpes de estado en gobiernos contrarios a sus intereses y, más que nada, la jugosa venta de armas de forma clandestina a ambos bandos. No daban crédito al hecho de haber sido aliados durante la guerra, seguían considerando que China era una nación débil y manejable. La soberbia no les dejaba ver el potencial humano y determinación del pueblo. Por otro lado, Mao esperaba tranquilo al contar con el apoyo ruso.

Los comunistas tomaron Pekín el 31 de enero de 1949. Lin Zeng y Lin Ming habían saboteado con otros siete hombres los depósitos de combustible que traía en camiones el ejército nacionalista. En la explosión y huida habían muerto tres de los camaradas. Uno de ellos en la misma explosión, puesto que el dispositivo falló y se adelantó unos segundos, y los otros dos cuando los guardias les tiraron.

Durante la victoriosa entrada los hermanos se encontraban entre ellos. Siempre desde un costado y entre las sombras como les había enseñado su padre. Observaron la victoriosa entrada de los comunistas por las calles de Pekín.

Al mes siguiente comenzaron las negociaciones entre nacionalistas y comunistas. Al no llegar a ningún acuerdo, en abril, el Ejército Comunista reanuda su ofensiva logrando entrar a Nankín, capital del ejército nacionalista.

Lin Ming y Lin Zeng habían diversificado la empresa, añadiendo dos sucursales: una en Shanghái y otra en Cantón. Siempre con el mismo perfil de trabajo, cada uno de los empleados era dueño de una parte de la fábrica. Ahora los artesanos eran profesionales que habían estudiado en la escuela de arte, contando con administradores recibidos en las universidades.

Mientras tanto, los combates asediaban a los nacionalistas, el Ejército Comunista no dejaba de avanzar. El viejo Lin Xi no dejaba de planificar ataques con su grupo de resistencia en la ciudad de Shanghái, aunque intentaba no combatir dada su edad y su maltrecho cuerpo después de tantas heridas.

De nuevo juntos con Alfonso Batista y Niu Lun, que había vuelto de las filipinas y había logrado un arreglo con el gobierno nacionalista chino de continuar sus tareas en el astillero. Debía entregar parte de sus embarcaciones, aunque usaba una simple estrategia, uno de los materiales era puesto defectuoso para que en algún momento la embarcación colapsara sola. Lo mismo hacía Niu Lun cumpliendo con su labor profesional, atendía a cualquier soldado nacionalista con el mismo esmero que a los de su ideología política.

En cierta ocasión les llegó la orden de destruir una embarcación llena de opio.

—Debe ser un error, debe ser un cargamento de armas o explosivos —dijo Lin Xi

—¿Y por qué no sería opio? —preguntó Niu Lun.

Alfonso escuchaba sin opinar.

—Simplemente porque ahora no sería prioridad —dijo Lin Xi.

—No, mi amigo, el opio es un arma y la más letal porque destruye desde adentro. Ellos saben que todavía hay miles de enfermos entre nuestro pueblo. Lo que no han advertido es que cada vez hay más entre ellos. Y si lo saben no les interesa. De todas maneras debemos destruirlo.

—Aquí dice que esa embarcación es pequeña y está lejos del muelle.

Niu Lun sonrió:

—La cuidan más que a sus propias armas. —Lin Xi lo miró sin contestar.

—Es difícil llegar hasta allí, debemos buscar más gente que los distraiga.

—No —los interrumpió Alfonso—. Iré yo con un cargamento de bombas de tiempo.

—No, imposible, está muy lejos para ir nadando.

—No me verán, lo haré buceando.

Lin Xi y Niu Lun sonrieron.

—De joven hice pesca sumergida en Filipinas. Tuve un amigo de la etnia bajau del archipiélago de Sulu, que me enseñó a sumergir hasta 35 m y estar más de un minuto conteniendo el aire.

—Pero en Filipinas el mar es traslúcido —dijo Lin Xi.

—He pescado en ríos, no es necesario ver.

Lin Xi y Niu Lun lo observaron descreído

—Esa embarcación por lo que dice en el informe está sobre la parte del río, no en el mar. Tiene mucho sedimento y es imposible ver —agregó Niu Lun.

Alfonso se levantó:

—Preparen los explosivos, yo me encargo.

La noche siguiente partió de su propio astillero en un pequeña bangka, muy angosta y corta, con el doble tangón a solo veinte centímetros del casco. Remó hasta lo más cercano posible al puerto, desde el astillero sus amigos lo esperaban ansiosos temiendo lo peor. Cuando estuvo a unos quinientos metros dejó la embarcación flotando, con una roca que hacía las veces de ancla y una cuerda apenas atada al casco. Nadó hacia el centro del río, era un nadador excelente, apenas se lo veía y no hacía ruido.

Al llegar hasta los barcos de la armada pudo ver que estaban fuertemente vigilados. En una canasta de pesca llevaba cuatro bombas de tiempo pequeñas perfectamente envueltas. Clavó la vista sobre su objetivo, se encontraba a unos cuatrocientos metros. Nadó unos metros y se sumergió, salió varias veces para tomar aire, cuando lo tuvo cerca vio a dos hombres caucásicos de civil fuertemente armados que se encontraban vigilando sobre la borda.

Continuó nadando sin ver, sólo calculando distancia, tiempo y velocidad de nado. Subió la mano y sintió la quilla de la embarcación. De a poco siguió el casco hasta estribor, sacó las bombas de la canasta, las desenvolvió sin hacer el mínimo ruido y colocó una por una con el temporizador ruso. En el momento de adherirlas, una de ellas cayó al agua y se sumergió, quedaban pocos minutos. Las otras ya estaban dispuestas y listas. El segundero corría achicando los minutos.

Se volvió a sumergir cuando el ruido de la hélice de una embarcación se acercaba a él, se sumergió aún más. Continúo hasta casi unos doscientos metros hacia adentro del río, tomando aire lo menos posible y comenzó a nadar paralelo a la costa lo más rápido que pudo.

Cuando explotó la bomba el desmadre se formó de inmediato. Gritos, tiros y reflectores, algunos focos de luces pasaron a escasos centímetros de él. Se volvió a sumergir. Llegó al bote y remó.

Sus amigos desde lejos veían el alboroto. Había pasado media hora de la explosión, inquietos vieron movimientos de soldados que se aproximaban al astillero. En ese momento apareció Alfonso. Lo secaron, cambiaron de ropa y se pusieron a trabajar en el astillero como si nada. El grupo de soldados, pasó, observó y siguió de largo, para ocultar su pelo mojado Alfonso se había puesto un gorro. Era normal que en el pequeño astillero se trabajara hasta altas horas de la noche, principalmente cuando los apuraban las exigencias de los nacionalistas.

En mayo de 1949 logran tomar Shanghái, Lin Xi participa activamente pese a su edad. Al contrario de Pekín aquí se llevaron a cabo varios enfrentamientos entre comunistas, con su ejército de liberación y los nacionalistas. Lin Xi combatió desde su lugar como parte de la guerrilla pero no como parte del Ejército Rojo. Al igual que sus compañeros siempre con golpes certeros y efectivos haciendo mucho daño al enemigo sin ser descubiertos.

Eran liderados por Chen Yi que de inmediato ordena y coordina la defensa de Shanghái. El ejército nacionalista tuvo que retirarse al archipiélago de Zhoushan y desde allí lanzaron fuertes contraataques con sus fuerzas navales y aviación.

Se produjo un bloqueo marítimo que interfería con el comercio de Lin Xi, pero no con la producción de Alfonso Batista. Algunos medicamentos no le llegaban a Niu Lun pero lo suplía con la medicina ancestral china, preparaba, por ejemplo, calmantes y antisépticos.

Como consecuencia de las batallas se dio un conflicto entre los británicos y estadounidenses, y el gobierno nacionalista. A Mao le venía al dedillo puesto que a estos lo único que les interesaba era vender sus productos, entregar mercadería y obtener sus ganancias. El bloqueo nacionalista no permitía esa entrega de productos y se produjo una gran batalla entre ellos que benefició a Mao.

Meses después, el 21 de septiembre, se lleva a cabo Conferencia Consultiva China, llamada ahora República Popular China

Los combates no mermaban y el ejército nacionalista huyó de Cantón sólo para terminar cayendo derrotado en octubre. A principios de 1949 el Ejército Popular de Liberación cercó y encerró al KMT. Los líderes huyeron en avión y toda la cúpula máxima se refugió en Taiwán.

## 1949

Lin Xi enfermo y viejo tenía la necesidad de ver a su ex alumno, y ahora líder indiscutido, Mao Zedong.

Decidió viajar a Pekín para estar presente en la fundación de la República Popular China. Lo acompañó su esposa y fue recibido por sus hijos, quienes se encargaron de transmitir el deseo de su padre de ver a Mao. Dado la figura en que se había convertido, creyeron imposible que el líder comunista pudiera darse un tiempo para su ex profesor y valiente guerrillero. Sin embargo, Mao se enteró y de inmediato lo invitó para que esté lo más cerca posible del palco. Lin Xi no aceptó alegando que no podía caminar bien y que no quería ser un estorbo. De inmediato Mao lo hizo llevar a un lugar privado.

Una habitación cuadrada, grande, imponente y fría con sólo una silla en el centro. Lin Xi fue recibido por dos guardias. Los soldados lo llevaron a la silla, Lin Xi se quedó parado sosteniéndose con ella. Mao entró sereno, firme y elegante. Lin Xi se alejó de la silla mostrando fortaleza y respeto. Mao continuó caminando. Sonrió al acercarse, se extendieron la mano y le dijo:

—Siéntese, usted es muy mayor y cuenta con varias cicatrices.

—No soy digno de estar sentado frente a usted —respondió Lin Xi. Y agregó—: Ha llegado al poder como realmente lo merece, Mao Zedong. Gracias por darnos dignidad y libertad.

—Nunca has querido ser mi asesor, solamente un trabajador de la causa, siempre entre las sombras, como tu padre.

—¿Sabe de él?

—Debo estar enterado de todo, sobre él, tu madre, tu esposa y tus hijos. Tu familia será anónima, quedará en el olvido como tantas que han dado su vida por la nación, en ti y tu familia se encierra el sacrificio y tenacidad del pueblo chino el cual te estará siempre agradecido —le dijo Mao y Lin xi se acercó.

—No era necesario, es mucho más honorable haber sido su maestro y estar aquí aunque no nos veamos nunca.

—Los verdaderos camaradas no necesitan verse, están cuando es preciso.

—No cuento con la sabiduría suficiente, no podría estar cerca suyo, no soy digno de ello. Sólo puedo emitir opiniones y cumplir órdenes. —Y siguió diciendo Lin Xi—. Los amigos se frecuentan y están en todo momento, yo no lo he estado, me conformo con haber servido en algunos momentos y ser parte de la causa que mi padre soñó.

Mao lo miró fijo.

—Cualquiera que esté cerca mío corre peligro y en tal caso mis decisiones son mías y yo asumo la responsabilidad de ellas.

Mao se retiró y Lin Xi se quedó observándolo a sabiendas de la soledad que implica estar sobre toda decisión, estar en el poder.

Mao cerró la puerta al retirarse y los guardias entraron. Lin Xi fue acompañado hasta la puerta donde lo esperaban su mujer e hijos. Otro guardia los acompañó hasta un sitio privado donde nadie los viera, ya dispuesto para ellos donde pudieron presenciar el anuncio del 1° de octubre, desde la tribuna de Tian'anmen, (la Puerta de la paz celestial).

Lin Xi y su esposa volvieron a Shanghái mientras que sus hijos se quedaron en Pekín. A su regreso se encontró con sus amigos Alfonso Batista y Niu Lun. Era un momento de algarabía, otro círculo se había cerrado. Una meta más conseguida.

Para festejar Yun Quan preparó pato a los ocho tesoros con arroz frío. Esa noche cenaron los tres matrimonios, tal vez los acompañarían alguno de los hijos de Alfonso o Niu Lun, de cualquier modo todos serían bienvenidos, ya que Yun Quan preparó comida para muchos más como era su costumbre.

A los pocos meses la salud de Lin Xi cayó estrepitosamente, como si se hubiera desarmado al volver de Pekín. Yun Quan dio aviso inmediato a su amigo Niu Lun, quien lo trató por una semana.

—Yun Quan, Lin Xi está muy grave, llama a tus hijos que vengan a despedirse de él —le dijo.

—No puede ser, no es tan anciano.

—Él ya no quiere vivir —dijo por lo bajo Niu Lun.

A los días llegaron los hermanos para estar con su padre, durante una semana lo cuidaron junto a su madre y sus dos amigos Niu Lun y Alfonso Batista.

Una noche cuando todos dormían Lin Xi tomó la mano de su esposa.

—Debo morir, ¿por qué los ancestros no me llevan con ellos, no seré digno tal vez?

—¿Qué dices, por qué quieres morir? —preguntó Yun Quan.

—Porque ya soy una carga, ya no sirvo, ya no puedo hacer. No quiero que me cuiden, es indigno —balbuceó Lin Xi.

—No... todos los hijos deben cuidar a sus padres. Así debe ser.

—Estás equivocada, mis padres no cuidaron a los suyos, ni tú, ni yo lo hicimos.

—Porque fueron otras circunstancias, tus padres no estaban, yo me fui y no me recibieron, y tú estabas luchando —dijo ella intentando quitar su culpa.

—Exacto, la mayoría puede, pero nuestros hijos no pueden ni deben cuidarme, ellos deben hacer y trabajar.

Tras un silencio, Lin Xi se durmió. Ella lo observaba.

Al otro día a la mañana luego de la visita de Niu Lun y la aplicación de unos medicamentos se acercaron los dos hijos.

—Hijos, hay mucho para hacer todavía. Mucho trabajo para lograr que nuestra nación sea grande, mucho sacrificio y orden se necesita —rozó las manos de ambos y se volvió a dormir. Lin Xi respiraba con serenidad.

Esa misma tarde fue a visitarlo su amigo Alfonso Batista. Lin Xi ya no tenía fuerzas para hablar, apenas abrió los ojos, sonrió y le hizo un guiño. Volvió a cerrar los ojos, Batista se retiró de la habitación y Lin Xi murió.

A los minutos entró su esposa, tomó sus manos y sintió que ya no había vida, besó su cabeza y lloró.

—Amigo mío, ni siquiera he podido salvarte la vida, no soy digno de tu amistad. Tantas vidas he salvado y no pude salvar a mi amigo —dijo Niu Lun al entrar a la habitación.

—No digas eso, Niu Lun. Nadie habría podido. Llegó su hora, sus ancestros lo han venido a buscar, ha cumplido con su deber en este plano. Hizo honor a sus padres y es un ejemplo para sus hijos y para mí. Siempre lo admiré y siempre lo veneraré —dijo Yun Quan resignada.

Los hijos se encargaron del sepelio y decidieron quedarse un tiempo con la madre hasta que se recobre de su pesar. Alfonso Batista junto a su mujer se dispusieron a ayudar a Yuan Quan con la administración comercial que hacía Lin Xi de la exportación de productos que sus hijos enviaban. Así como de la nueva sucursal de Cantón.

Por otro lado Mao Zedong implementaba políticas muy estrictas contra el consumo de opio y de cualquier tipo de droga, decidido a erradicar la enfermedad puso a disposición las herramientas que sean necesarias contra el cultivo, producción, venta y contrabando, proveniente de cualquiera de los países productores especialmente de Birmania, Laos, Tailandia y la India.

Ese mismo año, 1950, en octubre, la fuerza aérea nacionalista llevó a cabo un ataque aéreo que destruyó dos mil trescientos edificios y otras dos mil trescientas bajas, destruyendo incluso centrales eléctricas.

Las casas de los tres amigos se encontraban muy al sur de la ciudad, y también el pequeño astillero, por lo que como en otras ocasiones, no fueron bombardeados.

El ejército nacionalista, su aviación y marina atacaban gravemente apoyados por la fuerza aérea estadounidense y también son bombardeados los buques del Ejército Revolucionario, en el ataque murieron miles de civiles una vez más.

Alfonso y Niu Lun defendieron el gobierno junto a los guerrilleros y los soldados comunistas. Todos estaban especializados en el armado de bombas y la utilización de morteros.

El Ejército de Liberación, con Mao a la cabeza, decide firmar el tratado Sino-Soviético de amistad, alianza y asistencia mutua. Se fundó la fuerza aérea mixta. De inmediato los combates que se desarrollaban en la ciudad de Shanghái terminaron con victorias de la fuerza aérea china.

El servicio de inteligencia con civiles trabajando, entre ellos Lin Ming y Lin Zeng, ayudaron a descubrir el sistema de espionaje que le había dado resultado anteriormente a los nacionalistas en los bombardeos. También colaboraron Alfonso Batista y Niu Lun además de varios grupos de contraespionaje hasta dar con Luo Bingqian que fue de inmediato ejecutado.

El Ejército de Liberación con el apoyo de Rusia superó las expectativas de los nacionalistas. Después de este suceso la situación se calmó aunque no por completo.

Una noche caminando, Niu Lun y su amigo Alfonso Batista recordaban a su inseparable amigo Lin Xi. Dándose fuerzas y deliberando no dejar sola a la esposa del amigo. Más allá de la compañía de sus dos hijos, sabían que era compromiso de ellos velar por la viuda de Lin Xi.

—Sabes, mi esposa me está esperando con adobo —dijo sonriendo Alfonso.

—¿Qué es? —preguntó Niu Lun.

—Una comida típica de Filipinas, una especie de estofado de cordero. Un plato que heredamos de los españoles y nosotros le dimos nuestra impronta y personalidad... además de otro nombre —contestó sonriendo y feliz.

—Suena bien.

—¿Quieres venir a cenar? —preguntó Alfonso.

—No, gracias, tengo mucho que hacer.

Se despidieron, puesto que Niu Lun vivía mucho más al centro de la ciudad, alejado unos cientos de metros de la costa. Alfonso, que no había viajado en su auto, emprendió la caminata hasta su domicilio dándose tiempo para meditar y recordar a su

viejo amigo. Quería aprovechar de caminar tranquilo dado que hacía tiempo que no lo podía hacerlo en la ciudad.

Caminaba despacio, no sólo por sus años sino por la carga de la tristeza que llevaba. Ya había anochecido pero no era demasiado tarde, al ir acercándose a la costa, a unos cientos de metros, escuchó un ruido seco y con un pequeño eco, y en ese mismo instante un frío en su espalda que lo hizo caer de rodillas.

*Qué me pasa, qué es esto*, se dijo y fue su último pensamiento quedando muerto en el medio de la calle rodeado de un charco de sangre que brotaba de su espalda.

Niu Lun que escuchó el disparo corrió hacia el lado de la costa, al dar vuelta en la esquina lo vio tirado en el piso en un charco de sangre. A unos ciento cincuenta metros escuchó un ruido, un automóvil que se encendió. Llegó a divisar a dos hombres que huían.

—¡No...! —gritó. Sacó su pistola y tiró varias veces al auto sin acertar un solo tiro.

—El disparo salió de un automóvil —dijo un vecino asomándose—. Desde la ventanilla del acompañante se vio a los lejos el fogonazo salir de su cañón.

Un par de vecinos más salieron con temor a la calle. Salió también la mujer de Alfonso. Lo vió, se quedó quieta y corrió hacia él. Se arrodilló, lo abrazó y lloró. Niu lun se quedó con ella.

La muerte de Alfonso Batista fue un golpe muy duro para su familia y para Niu Lun. En menos de seis meses había perdido a sus dos amigos y camaradas.

Junto con Pedro, el hijo varón de Alfonso, los propios, los hijos de Lin Xi y un grupo de camaradas Niu Lun descubrió quienes lo habían asesinado. Pedro logró infiltrarse entre los soldados estadounidenses que continuaban con el tráfico de opio y el contrabando de mercadería. No le fue difícil, con la excusa de comprar opio y armas, y venderles obras de arte que Lin Zeng y Lin Ming le entregaban para que les ofreciera. Descubrió que el que disparó había sido un suboficial del ejército, que lo venían siguiendo desde que había salido de filipinas de regreso a China.

Cuando se juntó con Lin Ming y Lin Zeng junto a los tres hijos de Niu Lun analizaron los motivos. No era lógico, Alfonso siempre había luchado de una u otra manera a favor de los

aliados, y no creían que hubieran advertido que la explosión del barco con opio había sido obra de él.

Lin Ming y Lin Zeng comenzaron a tocar a sus conocidos poderosos para obtener información. Principalmente a través de un magnate japonés coleccionista de obras y empresario que les advirtió, de la estrecha relación que tenían ahora los japoneses con Estados Unidos. Pero no solamente a nivel político, sino de la mafia japonesa con las fuerzas armadas estadounidenses.

Se enteraron que en una de las emboscadas Alfonso junto a sus hombres había matado a un oficial de alto rango japonés y que su hijo había jurado venganza. Era un empresario y contrabandista, que ahora tenía fuertes lazos con un general de Estados Unidos. Puesto que, a su vez, el general estaba interesado en ser parte de una empresa japonesa que el hombre estaba por fundar. Para sellar la sociedad de esta futura empresa se prestó a ayudarlo en su venganza. Este vínculo sería máspreciado para el magnate japonés que cualquier contrato firmado. Para el general era un trato de sangre que tendría al japonés agarrado de por vida por esa deuda. Y para el propio general sólo un trámite.

No fue fácil averiguar quién había estado en el automóvil esa noche conduciendo. Era un soldado estadounidense adicto al opio que odiaba a los chinos y al comunismo.

Corea del Norte había reclamado su antiguo territorio, puesto que se había negado a ser un títere de Estados Unidos. Se daba comienzo formal a la Guerra de Corea. Estados Unidos y sus potencias aliadas apoyaron a Truman que era considerado débil ante los soviéticos y chinos.

Los chinos nacionalistas se unieron a los estadounidenses como era de esperarse y los británicos junto a todas sus colonias, como Australia, Canadá, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Etiopía y Tailandia. Pero también se sumaron Holanda, Francia, Bélgica, Filipinas, Luxemburgo y Colombia.

Truman decidió detenerse en el paralelo 38 pero MacArthur desobedeció las órdenes, esto era un problema dado que China y la Unión Soviética podrían intervenir de forma directa. Con el apoyo logístico soviético y los Mig 15 mostraron superioridad ante los F18 y F86.

Mientras tanto se llevaba a cabo todo un trabajo de estrategia en esferas mucho más simples, Pedro junto a los hijos varones de Niu Lun lograron ubicar a los suboficiales estadounidenses, que eran habitués de un prostíbulo en la zona liberada del puerto, donde también se consumía opio.

Una prostituta china que había sido varias veces golpeada por el conductor del móvil trabajaba como espía para el Ejército de Liberación. Una noche que habían asistido el francotirador y el conductor, envenenó a este último con un sustancia preparada por Niu Lun.

—No me vas a volver a golpear —le dijo la prostituta mientras lo dejaba muerto con la boca llena de saliva con burbujas violetas.

Mientras abajo del recinto estaba bebiendo el francotirador. Esperaron a que se retirara al fondo donde se encontraba el fumadero de opio. Allí se encontró con los hijos de Niu Lun, se dio cuenta de inmediato y quiso correr para el otro lado del pasillo, cuando se encontró a Pedro frente a él.

De un golpe en la pera, Pedro lo tiró hacia atrás, lo tomó del frente del cuello, le mostró su cuchillo y se lo enterró lentamente en su estómago mirándolo fijo a los ojos. Lo dejó caer y huyó.

Después de casi un año de trabajo los hermanos volvieron a Pekín a continuar con su empresa y sus estudios, y al cabo de un tiempo se recibieron. Lin Ming de arquitecto en la Universidad de Ingeniería y Arquitectura de Pekín, y mucho después Lin Zeng en la Academia Central de Bellas Artes de China. Ambos contrajeron matrimonio: Lin Ming con una arquitecta y Lin Zeng con una maestra que tenía como pasatiempo la pintura.

Durante el viaje de regreso a Shanghái, Yun Quan se vio afectada en su salud. Fuertes dolores de cabeza, en sus piernas y estómago. Se negó a que sus hijos se enteren, le prohibió a su amigo Niu Lun que la atienda y que le cuente a sus hijos. La esposa de Niu Lun, amiga de Yun Quan, la ayudaba en lo que podía. También la viuda de Alfonso y la hija.

Sin que ella se enterara avisaron a sus hijos que de inmediato viajaron con sus esposas. Al ver la situación la quisieron llevar a Pekín, pero ella se negó y dijo que iba a morir en Shanghái como Lin Xi. A los meses su deseo se cumplió.

Pese a la unificación, al gobierno de Mao no se le hacían fáciles las cosas, entre ellas por el acoso contante de Estados Unidos que, uniendo fuerza con los británicos en la causa anticomunista, frenaban el crecimiento económico del país. Por otro lado, escalaba la tensión por la guerra fría, no sólo hacia la Unión Soviética sino también a China.

Estados Unidos se encontraba en Corea. Mao envió al Ejército Popular de Voluntarios para detener el avance estadounidense que era un apoyo a los nacionalistas. Era obvio que continuarían hacia el sur con dirección a Manchuria para así restaurar el gobierno de Kuomintang.

China logró frenar el avance estadounidense en la batalla del embalse de Chosin donde Estados Unidos convocó a Gran Bretaña y quince países más contra los asiáticos.

Mao Zedong lució su estrategia contra Truman. Este hecho provocó un giro, puesto que afirmaban que sería imposible ganar un combate a China, lo que dio más ímpetu a la guerra fría más que nada contra Rusia.

Las batallas terminaron siendo encarnizadas, mientras los medios de comunicación occidentales tergiversaban con mentiras y engaños y el cine se hacía cómplice de estas mentiras. Dos armas muy bien manejadas por occidente que además les brindaba excelentes ganancias.

El gobierno de Estados Unidos llegó a considerar volver a las bombas atómicas, pero sabía de la relación China con Unión Soviética y temió a la represalia. Estados Unidos y sus aliados se dieron cuenta que sería imposible continuar la guerra, no por las vidas, sino por las pérdidas económicas. Y el nuevo presidente Eisenhower firma el armisticio.

Sin embargo los crímenes de guerra llevados a cabo por parte de los aliados escudados en la ONU fueron atroces y sangrientos, incluyendo asesinatos en masa por parte de los aliados en Seúl, además de las torturas y muerte por inanición a los prisioneros norcoreanos. El 90% de las ciudades de Corea del Norte fueron destruidas, siendo el país más bombardeado en la historia de la humanidad. Nunca se firmó el tratado de paz.

No obstante Estados Unidos realizó otro golpe de estado, a través de la CIA, en Vietnam, declarando la república de Vietnam a través de una dictadura. Otra vez Estados Unidos, sus aliados y colonias contra la democracia, pero Vietnam del norte sería apoyada no solamente por China y la Unión Soviética, sino también por Corea del norte y Cuba.

—Bien, de aquí en más debemos defender las tierras y reorganizar la nación —decía Mao en 1956 dirigiéndose a la nación.

China había logrado detener a los Estados Unidos con ayuda de la Unión Soviética, pero ellos le imponían embargos a oriente junto a otras naciones súbditas.

Por otro lado China también logró la reincorporación del Tíbet, Sinkiang, y reunificar Taiwán, y el estrecho de Formosa.

Se produjo la Campaña de Cien Flores, un hecho histórico en el que los intelectuales debatirían los problemas prácticos del país. La nación de la República Popular China debatía y postulaba con los más grandes eruditos y filósofos. Entre ellos se encontraban Lin Ming, Lin Zeng y el amigo de su padre Niu Lun, ya entrado en años.

En 1958 se lanzó el segundo plan quinquenal, el plan destinado a que China no fuera solo una potencia agraria, ahora se apostaría a ser una potencia industrial, más que nada de industria pesada. Para esta misma época se encontraba Mao Zedong con Nikita Jruschov y asumía como vicepresidente Bo Yibo.

Como parte de todo este proceso una vieja fábrica de armas fundada en 1862 por un tal Hongzhang Li, comenzó a producir automóviles, el primero de ellos un jeep llamado Yangtze River. La Changan Motors lanza un vehículo imbatible. Y la fábrica Shenyang Aircraft China comienza a fabricar el primer avión caza, el Shenyang J-5, bajo el diseño del Mig 17.

Lin Zeng luego de mucho esfuerzo y varios años de intentarlo logró realizar su primera muestra de arte de esculturas y pinturas, mientras trabajaba como profesor. Su hermano Lin Ming ya había logrado entrar a un estudio de arquitectura y estaba inten-

tando modernizar las estructuras de diseño, dado que China en ese momento todavía no tenía en sus planes grandes edificios, puentes ni caminos.

Las muestras que realizaba Lin Zeng no eran redituables, además la venta de sus pinturas y esculturas eran escasas. Por lo que su sueldo era por su profesión de profesor de arte en una escuela cercana a su casa más las ganancias de la empresa fundada por sus abuelos.

Se preguntaba cuál era el motivo de que sus diseños en la empresa fueran un éxito y en forma particular no lograba que el público entendiera su arte. Es decir que los hermanos trabajaban para el estado y continuaban con la empresa. Lin Ming con la parte comercial con las características desarrolladas por su abuelo, manteniéndola como una especie de cooperativa donde todos obtenían las mismas ganancias. Y su hermano con los diseños y control de calidad.

Pero los compromisos con el estado les demandaban mucho tiempo, tanto uno como profesor y al otro como arquitecto. Los cambios que se daban en la nación, en la sociedad, no sólo eran por el progreso, sino como parte de la Campaña de las Cien Flores, que más allá de las críticas a los errores que se podían llegar a dar, también surgían ideas del público que se pretendían poner en marcha.

Dar comienzo al Gran Salto Adelante como plan quinquenal, es decir llevar a China de una nación agropecuaria a una nación industrial, más que nada a industria pesada como ya lo había planteado Mao, ahora en tecnología y ciencia. Pero el desarrollo de industrias de procesos, desarrollo y diseño se vio afectado por una sequía inesperada que comenzó en 1959, dando como resultado carencia de algunos alimentos.

De esto hecho incomprensible e inaceptable para muchos apareció un hombre que desde hacía unos años venía investigando sobre la manera lograr un mejor arroz, mucho más resistente y nutritivo, un científico que se obsesionó por alimentar a su nación, el agrónomo Yuan Longping, quién de a poco y pese a los fracasos iba mejorando la semilla.

Por otro lado el conflicto en Vietnam crecía, así como la intervención estadounidense. Los medios de comunicación se hicieron

más globales y se comenzó a advertir una fuerte reacción de parte del pueblo estadounidense, y de otros países occidentales, en contra de la guerra. Por primera vez una parte del pueblo se manifestaba contra las muertes y contra un gobierno por guerras que nada tenían que ver con sus naciones.

En 1967 falleció el emperador Puyi, último monarca de China, habiendo pasado sus últimos años trabajando en la Biblioteca Nacional en Pekín.

Las esposas de Lin Ming y Lin Zeng quedaron embarazadas con pocos meses de diferencia, ambas eran mucho menores que ellos. Con el fallecimiento de Yun Quan los hermanos habían decidido exportar sus productos a través del puerto de Tianjin sumado al de Cantón y el de Shanghái. Pero este al estar mucho más cerca les era mucho más redituable.

En realidad ya desde hacía unos años habían considerado la posibilidad, pero mantenían la exportación en Shanghái con la excusa de su madre que residía en el lugar. Así como se daba el crecimiento de las exportaciones de los hermanos, el crecimiento de la producción de industria pesada y del acero era cada vez más alto de acuerdo a los planes de Mao.

Tras la inundación del río Amarillo unos años atrás, la zona no había terminado de sanar. Un huracán azotó y arruinó a la provincia de Shandong, varios tifones azotaron las costas y, sumado a la sequía, se destruyó nuevamente la economía. Además algunos terrenos rurales fueron adquiridos por el gobierno para otras funciones. Es decir la falta de tierras más lo eventos climáticos hicieron colapsar la industria provocando hambruna y muertes.

Pese a los desastres naturales y fallecimientos de ciudadanos, la ciencia y la tecnología no dejaban de avanzar y en 1960 se lanza el primer cohete T-7 desde Shanghái.

Niu Lun ya anciano llegó a ser testigo de este evento para terminar falleciendo al mes del lanzamiento.

Sin embargo y con estos éxitos tecnológicos y científicos, Mao se hizo cargo de sus errores por la falta de alimentos y se retiró de algunas decisiones.

Este desastre llevó a la conferencia de los 7000 cuadros llevada a cabo entre el 11 de enero y el 7 de febrero de 1962. Intentaban evaluar los aciertos y fracasos del Gran Salto Adelante. De aquí surgieron Deng Xiaoping y Liu Shaoqi que se harían responsables de ahora en más de algunas tomas de decisión y proyectos.

Los hermanos se enteraron del fallecimiento de Niu Lun. Con tristeza recibieron la noticia de uno de los mejores amigos de su padre.

—Ya están los tres juntos —comentó con pesar Lin Zeng a su hermano.

—Sí, ahora son tres para proteger a los hijos de Alfonso, Lun y a nosotros —respondió Lin Ming.

Para esa época Lin Ming tenía un futuro próspero de trabajo y dos hijos. A Lin Zeng su actividad docente y artística no le resultaba tan fructífera económicamente como a su hermano pero no le importaba puesto que se conformaba con mucho menos. Aunque en realidad ninguno de los dos vivía de los sueldos en sus respectivas profesiones, ellos vivían de la empresa. Lin Zeng tenía ya dos hijos: un varón y una mujer.

Si bien el crecimiento económico a partir del año 58 con el plan quinquenal y el salto grande había dado grandes beneficios, la sociedad todavía no podía disfrutar de ello. Por lo tanto se comenzaban a proyectar una serie de reformas. Mejorar la calidad de vida con acceso a bienes que el pueblo se merecía después de tantos años de muertes, humillaciones y sacrificios.

Las ciencias y la tecnología se hacen fuertes y en 1970 se lanza el primer satélite Dong Fang Hong 1 (DFH-1), los avances tecnológicos se comenzaban a visualizar.

Sin embargo Mao reflexionaba sobre la nación y sus progresos tecnológicos y científicos, sabía que no alcanzaba: *China solo debe recuperar sus territorios perdidos, nunca invadir otras naciones. China debe ser lo que deba ser aprendiendo de nuestros propios errores para no repetirlos.*

Pese a estos avances la guerra de Vietnam no cesaba y a las muertes por la propia guerra se le sumaban los fallecimientos por

malaria. Motivo por el cual se llevó adelante una investigación secreta para combatir la enfermedad a cargo de la farmacéutica Tu Youyou.

Mao Zedong ordenó directamente buscar una cura a la enfermedad por encargo de los líderes de Vietnam del norte. La ciencia luego de varios años y arduo trabajo logró descubrir con su equipo la artemisina para el tratamiento, salvando millones de vidas. Utilizando la ciencia ancestral de la medicina china en conjunto con la ciencia farmacológicas occidentales.

Estados Unidos finalmente perdería la guerra de Vietnam dejando al país más dividido de lo que estaba y tres millones de vietnamitas muertos y desaparecidos en una de las contiendas más largas de la historia.

La empresa de Lin Ming y Lin Zeng que había comenzado con la producción de vasijas con su bisabuelo, se había limitado a una producción de uso local de sus productos, con características artísticas de su época contemporánea. Y su padre, Lin Hi, había agregado la producción de jarrones más grandes y más elaborados artísticamente, sumando estilos de otras dinastías finamente remarcados. Ahora estaba dividida en especialidades. La planta de Pekín se dedicaba a obras de artes finas de muy alta calidad, en cambio las plantas de Shanghái y Cantón tenían un trabajo más estandarizado de vasijas de uso común y diario, no de menor calidad pero sin llegar a ser artesanías. Siempre habían mantenido la estructura cooperativa.

Lin Zeng había diseñado otro tipo de obras no solamente más refinadas. Ahora las cerámicas además de ser funcionales, también servían para producir esculturas de adorno que se exhibían en museos. Esto, sumado a la excelente claridad de comercio de Lin Ming, había llevado la empresa de ser una fábrica a ser un lugar de culto, admirado y visitado normalmente por entendidos y aficionados. A tal punto que ya habían recibido informes que algunas de sus obras se habían imitado y se estaban comercializando con la firma de ellos. Descreídos en un principio al comprobarlo debieron recurrir a instancias legales para defender el patrimonio, principalmente en Inglaterra, Francia e Italia que deseaban

competir con la calidad de la porcelana que la empresa producía. Algunas de las obras era imposible imitarlas puesto que Lin Hi había descubierto un agregado a la fórmula y mantenía guardado el secreto que solo sus hijos conocían.

El exceso de responsabilidades y sus compromisos con el partido no les permitía a los hermanos dedicarse de lleno a la empresa por lo cual sus esposas intervenían directamente, si bien ellas tenían sus profesiones y no las dejaban de lado.

Los hijos de Lin Ming eran Lin Tai, el varón, y la mujer, Lin Yun. El varón sólo un mes más grande que su primo, hijo de Lin Zeng, Lin Jin. Y la hija dos años menor que Lin Shi. Ellas desde niñas frecuentaban con sus madres la empresa aprendiendo mientras jugaban.

Lin Ming y Lin Zeng mantenían amistad con los hijos de Alfonso Batista y Niu Lun, a tal punto que un hijo de cada uno trabajaba en la empresa, es decir que eran tan dueños como todos.

Para esa época Mao comenzaba a tener problemas cardiacos, pero no dejaba de trabajar. *Siempre recordaré al ejército olvidado y negado por Gran Bretaña y Francia*, pensaba y recordaba a los soldados chinos que esas dos potencias invasoras no querían reconocerles la ayuda durante la Primera Guerra Mundial. Pese a su enfermedad y seria dolencia siguió trabajando, por ejemplo, recibiendo al primer ministro de Pakistán pocos meses antes de fallecer a la medianoche del 9 de septiembre de 1976 .

En 1978 Deng Xiaoping quien fuera ascendiendo de a poco, asumió el cargo. El arquitecto de la nueva china, fue el responsable de abrir las grandes inversiones extranjeras a la nación. Lo que terminó de darle a la empresa de los Lin el empujón final para convertirse en uno de los primeros y más importantes exportadores de cerámica y porcelana china de vasijas y esculturas

Chen Yun, si bien había sido vicepresidente, ahora era nombrado secretario de la Comisión Central de Disciplina e Inspecciones desde 1978 acompañando a Deng Xiaoping. Fue una de las estrategias más importantes de la apertura china, y uno de los mejores ejecutores de ideas del presidente.

Con la apertura el mercado chino comenzó a crecer a pasos agigantados, principalmente por el consumo interno y accesibilidad a la modernización y mejores condiciones de vida de los habitantes. Por fin los ciudadanos chinos comenzaban a disfrutar de los beneficios económicos evolucionando a un estado de comodidad material.

El estado, al abrir sus puertas a inversiones extranjeras interrelacionando culturalmente y económicamente, se encontró con muchos ciudadanos que temían a la invasión cultural. Los hermanos, por su parte, consideraban que si los habitantes contaban con el conocimiento cultural necesario y un sentido nacional, de ninguna manera se desdibujaría su antigua y rica cultura, pues podrían convivir respetando una y otra sabiendo muy bien quién era cada uno.

El hermano menor de inmediato aprovechó las circunstancias realizando muestras internacionales con gran éxito y ventas jugosas, que decidió donar a la empresa.

—¿Por qué quieres invertir en nuestra empresa? No lo necesita, ni ella ni nosotros —le dijo Lin Ming.

—Hermano, yo no necesito dinero, me sobra con lo que gano como profesor sumado a las ganancias de la fábrica. Sería demasiado y no fue la idea de nuestro abuelo y nuestro padre —contestó Lin Zeng.

—Bien, continuaremos agrandando la empresa. Me haces sentir mal. Si tú lo haces entonces yo también donaré las ganancias de mi trabajo en el ministerio.

Lin Zeng sonrió.

Lin Ming se convirtió en uno de los arquitectos más importantes en el diseño de los primeros rascacielos en China. Con tiempo de anticipación varios arquitectos e ingenieros comenzaron el diseño estratégico de edificios de gran altura y puentes que unirían ciudades divididas por ríos y montañas. Estos proyectos llevarían años de preparación, ya que buscaban que la arquitectura y urbanización fueran amigables con el medio ambiente, además de respetar los patrimonios históricos.

Con el tiempo los cuatro hijos de los hermanos fueron creciendo. Al vivir cerca los primos tenían una excelente relación. Disfrutaban de una China muy distinta a la de su abuelo y más

aún de su bisabuelo. Como era de esperar todos comenzaron con estudios superiores pero sus padres advirtieron que sus hijos parecían haber olvidado los motivos por los cuales ellos tenían una vida acomodada, sin viajes interminables, guerras, violencia ni odio.

En uno de los encuentros familiares para la fiesta de la primavera del año nuevo, los hermanos se alejaron a beber algo solos, lejos de sus hijos y sus esposas.

—¿Qué opinas de la política de la nación? —preguntó Lin Zeng.

Hubo un silencio prolongado de su hermano mayor, con la mirada clavada en su taza, ensordecido por la algarabía de la gente que pasaba a su alrededor.

—Creo que como en todo hay aciertos y errores, es obvio que los aciertos son mucho más que los errores. Fíjate cómo está nuestra nación hoy día —respondió finalmente Lin Ming.

—¿Lo dices en comparación de lo que vivieron nuestro padre y nuestro abuelo?

—Seguro, los ejemplos están a la vista.

—Hay un poeta, un escritor, Ba jin que es un crítico del proceso. He leído mucho de él —dijo Lin Zeng.

—Sí, conozco algo de lo que escribe, no demasiado. Entiendo que la crítica no es sobre el progreso en sí mismo, sino sobre algunos métodos —comentó Lin Ming.

—Sí, creo lo mismo. ¿Has leído la Trilogía Amor? —preguntó Lin Zeng.

—No tuve tiempo, solo leí la primera de las tres: Niebla —contestó Lin Ming disculpándose.

—He leído esas y la familia, Primavera y Otoño.

Lin Ming no contestó, giró su cabeza y lo observó.

—Mira que bien, si quieres te cuento que dicen los escritos de Shang Yang sobre el comercio y la economía. Te puedo asegurar que no es nada fácil ni corto.

Lin Zeng sonrió. Luego hizo un silencio.

—Deberíamos llevar a nuestros hijos a un viaje revelador —dijo entonces Lin Ming

—No es mala idea —respondió Lin Zeng, y agregó—: Creo que deberían ver los lugares por los que combatió nuestro padre y noso-

tros mismos. No alcanza con lo que contemos ni lo que le enseñen los profesores. Debemos mostrarlo para que realmente valoren el sacrificio de sus ancestros.

—También el viaje de nuestro abuelo —siguió Lin Ming.

—Llevaría tiempo.

—Aunque sea que conozcan Cantón. Sé que lo podrían hacer solos, pero con nosotros es mucho mejor.

—Bien, que sea lo antes posible —dijo Lin Zeng—. Mañana partimos...

—Siempre con tanta paciencia —contestó Lin Ming.

Luego de las celebraciones de inmediato los hermanos pusieron manos a la obra, sus esposas tenían compromisos laborales y se les hacía bastante difícil poder realizar un viaje junto a sus respectivas familias. Debían decidir cómo realizar el viaje, lo más certero y rápido sería en avión desde Pekín a Cantón, para luego viajar hasta Shanghái y volver a Pekín. Lo consideraban un viaje de estudio y reparador. Plantearon la posibilidad de realizarlo en tren tardando más tiempo pero luego del debate los hermanos acordaron realizarlo en un solo vehículo, aunque les llevara mucho más tiempo. Existía la posibilidad de los contratiempos de un posible desperfecto, pinchaduras y más. Sin embargo estaban dispuestos a correr ese riesgo. Era una aventura, unas vacaciones que nunca se habían tomado juntos. Sus formas de vida, trabajo y estudio no les permitían ese lujo pese a sus condiciones acomodadas. Las dos familias guardaban una vida austera y sin lujos. A los contratiempos previsibles se sumaba que una parte del camino no se encontraba en buen estado, aunque nos les importaba, había buenos motivos para realizarlo de esa forma. Aunque confiaban en la camioneta tipo furgón una UAZ-452 de origen ruso.

Para que su viaje les fuera un tanto redituable decidieron llevar artesanías y exponerlas en las otras dos plantas para lograr abrir nuevos clientes y más contactos en Tianjin. Tener otra puerta en el sur sería muy conveniente.

Si los cálculos eran los correctos el viaje de Pekín a Cantón les llevaría aproximadamente una semana y de Cantón a Shanghái dos días, y dos días más de Shanghái a Pekín, es decir que en total

estarían de viaje dos semanas y media. Lo harían en un solo vehículo, propiedad de Lin Zeng que solía utilizar para transportar sus obras. De esa forma estarían todos juntos y los diálogos se harían entre los seis con los debidos debates incluidos.

Así fue que comenzaron el viaje hacia el sur. Se turnarían manejando, primero Lin Zeng. Habían decidido previamente no pasar por la ciudad de Shaoshan, donde había nacido Mao y su abuela, por más que les quedara de paso. El viaje comenzó muy de madrugada, viajarían a una velocidad lenta pero sin parar. Se detuvieron un rato para almorzar y descansar, y rápidamente continuaron camino.

La primera parte del viaje los jóvenes casi no hablaban, dormían, y los primeros que rompieron el silencio con comentarios fueron los varones, con las horas fueron aportaron las mujeres. La camioneta tenía dispuestas tres filas de asientos con amplio espacio atrás donde llevaban mercadería, alimentos y cobijas.

Cuando la noche se tornó muy cerrada durmieron a la vera del camino, la segunda noche en una estación de combustible, la tercera en un pueblo.

—Papá, ¿por qué nos llevas a la ciudad de los bisabuelos?  
—preguntó Lin Yun a su padre Lin Ming.

—Hija, es necesario que conozcas ese lugar.

La hija no se conformó con la respuesta obvia de su padre y miró a su prima.

—Tio Zeng, Shi dice que la casa de los bisabuelos ya no existe —agregó Yun.

—Yo no dije nada —se excusó Shi.

—No mientas, mentir no está bien —la interrumpió Jing el hermano de Shi.

—Shi no dijo que estaba destruida la casa —se sumó Lin Tai saliendo en defensa de su prima—. Lo que ella dijo fue que la ciudad estaba cambiada y ya nada era lo que fue por los bombardeos de la guerra.

—Sea como sea, sus bisabuelos realizaron un largo viaje de casi veinte años llevando la palabra del conocimiento, mostrando lo que pasaba en la nación. Nuestra familia es parte de la historia, somos parte de la nueva China —respondió Lin Zeng.

—Toda la nación lo fue papá –le dijo Lin Shi–. No fuimos los únicos.

Lin Ming miró de reojo a su hermano sin decir palabra.

—Pensar que somos los únicos artífices del progreso sería un acto de petulancia y soberbia de nuestra familia, somos un todo, somos una parte de una sociedad, sólo eso –dijo Lin Tai

Durante un tiempo no hubo conversación. Al detenerse los hermanos se alejaron

—¿Qué opinas? –preguntó Lin Zeng

—Creo que nuestros hijos son mejores que nosotros –respondió Lin Ming

—Tal vez este viaje no era necesario.

—Tal vez...

Luego de cinco días de viaje sin contratiempos en la camioneta llegaron a Cantón. Lo primero que hicieron fue ir a cenar ganso asado agridulce con ciruelas. Plato típico del sur. Era una ciudad enorme, pero más chica que Pekín, aunque el movimiento portuario la hacía más dinámica. Sorprendió a los cuatro jóvenes que, asombrados, de inmediato bajaron del vehículo para ver los enormes barcos de carga y los trabajadores en el puerto. Luego de un rato en el puerto viendo como cargaban mercadería y zarpaban los barcos fueron hacia el viejo barrio del sur de la ciudad, hacia el río. Lin Ming guardaba celosamente la dirección de la casa de sus abuelos que le había dado su abuela Jia Yi .

Se les hizo difícil encontrarla, dieron vueltas y vueltas hasta pasar por un edificio donde estuvo situado el viejo taller del padre de Lin Hie. Detuvieron el auto y solo había allí un edificio de cuatro pisos con balcones, dos puertas y dos negocios abajo. Lin Ming se detuvo en frente y lo miró, su hermano bajó y solos con los cuatro jóvenes miraban sin ver.

Los seis observaban como si estuvieran viendo una criatura extraña frente a ellos en los locales. Tal vez una fuerza extraña los obnubilaba en misterio y sensación indescriptible. En ese momento pasó un joven policía que al observar a esas seis personas le llamó la atención, se detuvo y les preguntó qué buscaban ahí.

—Aquí era la casa de nuestro bisabuelo, había un viejo taller de vasijas –respondió Lin Ming.

—Sí, creo que sí. Una vez me mostraron, cuando estudiaba, un viejo plano —dijo el policía—. Es lo que recuerdo, tengo entendido que lo quemaron los británicos en la época de la guerra del opio.

Recorrieron el barrio intentando encontrar la casa donde vivieron recién casados Lin Hie junto a Jia Yi, y luego la de los padres de Jia Yi, lo que alguna vez había sido un descampado con dos viviendas, más allá, un fumadero de opio y, más hacia el norte del río, un cañaveral y juncal. Ahora eran calles pavimentadas, comercios y edificios. Los pocos datos que les había dado la abuela de Lin Ming y Lin Zeng eran vagos, pasaron varias veces por lo que había sido su vieja vivienda sin nunca enterarse.

Al regreso del barrio vieron otra vez al mismo policía que seguía recorriendo la cuadra. Tai, el mayor de los nietos y el más extrovertido le dijo a su tío que conducía:

—Detente, quiero preguntarle algo al policía..

Sin preguntar y sin contestar se detuvo.

—Disculpe que lo moleste, ¿hay algún lugar donde se pueda averiguar algo sobre los ciudadanos de este barrio?

—No, lo lamento, todo fue incendiado y destruido por los británicos en la invasión allá por 1857, incluso los documentos. Todo está perdido, todo ahora es anónimo —contestó el policía lamentándose.

Luego de dos días de recorrer parte de Cantón, los hermanos estuvieron en la fábrica y depósito de exportación para su mercadería. Emprendieron viaje hacia Shanghái, otro largo camino los esperaba, aunque más corto que el anterior pero igual era una aventura.

—Ustedes vinieron varias veces a la ciudad de sus abuelos, ¿Por qué nunca buscaron la casa de ellos? —preguntó Lin Tai.

—Supongo que no había tiempo en ese momento —respondió Lin Ming.

—O nos dio miedo de encontrar tristeza —dijo Lin Zeng.

Luego de dos días de viaje, y casi sin haberse detenido, llegaron a la ciudad de Shanghái. Para los hijos fue algo extraordinario, la ciudad era inmensa. Además era la primera vez que iban a poder conocer el viejo astillero del amigo de su abuelo, Alfonso Batista, la casa de Niu Lun, donde vivía una de sus hijas, y la propia casa de su abuelo Lin Xi que era ahora una oficina, fábrica y depósito.

La estadía en Shanghái fue de casi de una semana, de paso los hermanos aprovecharon para poner en orden algunas cuestiones referidas a las exportaciones y producción de esa planta, preparar embarques nuevos y otros asuntos legales y administrativos.

El encontrarse hospedados en las casas de la familia de Alfonso Batista y Niu Lun, les permitía moverse más libremente, con más tiempo y mucho más relajados. La ciudad había crecido a pasos agigantados, hacía solo dos años que ellos no la visitaban, pues se iban turnando con el resto de los trabajadores de la empresa. El ritmo vertiginoso de las calles, el tránsito, la cantidad de vehículos, peatones, bocinas eran la muestra de que se estaba convirtiendo en una metrópolis global.

Durante una de las noches cuando sus hijos ya estaban dormidos Lin Ming le comentó a Lin Zeng.

—Cuando lleguemos te voy a encargar algo muy importante.

—Dime —dijo Lin Zeng.

—Tengo que viajar a Europa.

—Mira que bien, es una gran noticia...

—Te encargo que cuides a mi familia con lo que necesiten —le pidió Lin Ming.

—No necesitas pedirlo. ¿Y a qué vas? —respondió Lin Zeng.

—Es por uno de los convenios, por una estructuras y departamentos modernos que se comienzan a construir.

—Te felicito hermano.

Hicieron silencio

—Yo también debo viajar —dijo entonces Lin Zeng

—No me habías contado nada, ¿a dónde?

—Lo mío es más simple y cerca, es Japón, me han convocado para una muestra.

—Te felicito —le dijo Lin Ming—. Lo has logrado, hermano.

—Sí, —sonrió—, pero no voy a obtener ganancias... como siempre —respondió Lin Zeng meneando la cabeza.

—El problema del arte —dijo su hermano sonriendo.

A su regreso a Pekín, de inmediato Lin Ming viajó a Alemania. Era la primera vez que salía del país, estaba inquieto y ansioso, pero su carácter aplomado y frío lo disimulaba. Estando en Bonn obser-

vaba todo, aprendía y luego actuaba. En Europa se encontraría con el resto de la comitiva, pero la primera parte del viaje la haría solo.

El principal asunto por el cual le habían solicitado el viaje era por el tema de compra y alquiler de unas máquinas, y también debía ir a España y por motivos similares. En Alemania lo sorprendieron algunas construcciones similares al barrio europeo de Shanghái.

Al día siguiente se encontró con el resto de los arquitectos e ingenieros y comenzaron con las tratativas. Un trato frío, distante pero educado. Resignados a una vida austera los alemanes mostraban seriedad y equilibrio en los tratos.

Le sorprendió lo que se conocía como el Milagro Alemán, pues al poder recorrer de día y a plena luz del sol Fráncfort, le costaba creer que de las ruinas que habían quedado después de la Segunda Guerra Mundial se pudieran haber recuperado tan rápidamente. También estaba sorprendido por la recuperación de la ciudad y su antigua arquitectura, intentando mantener el patrimonio histórico cultural. Aunque era consciente que las ciudades de su país habían sido más veces desbastadas y mil veces vueltas a levantar. Pero nadie hablaba en el mundo del milagro y superación china. *Evidentemente en esta máquina publicitaria llevamos una desventaja importante*, se decía.

Su condición de ciudadano chino le permitió pasar casi sin trámites burocráticos y también realizar algunos contratos en Berlín. Estando en la ciudad tuvo la oportunidad de visitar un lugar histórico que mencionaba al nazismo y el holocausto. Nada que hubiera leído o que le hubieran contado era tan aberrante como lo que veía. Le producía indignación el odio del nazismo. Un guía alemán, a través de un traductor ruso, le comentó la preocupación sobre el nazismo.

—Tememos que no haya desaparecido —dijo en su idioma—. Hay breves resurgimientos, células de odio que si hoy no se las detiene pueden volver con más fuerza.

El ruso con la cabeza gacha asintió y le tradujo a Lin Ming.

—La cuestión es que no haya pueblos oprimidos por el nazismo que se conviertan en nazis —dijo el ruso en chino y alemán. Lin Ming y el guía alemán lo quedaron mirando estupefactos, descreídos pero preocupados.

*¿Puede ser acaso que un pueblo que fue vejado por el nazismo se convierta en nazi?* se dijo Lin Ming.

Luego viajó a Gran Bretaña y Francia con el grupo de arquitectos e ingenieros que ejecutarían el programa. Encontrándose en Londres, en los pocos momentos libres que tenía, aprovechaba para recorrer la ciudad, pero no los lugares turísticos preestablecidos que les tenía preparados la comitiva de recibimiento. Le solicitó a uno de los traductores británicos que lo acompañara y guiara por los barrios donde vivía la gente común, los trabajadores, a lo cual al principio se muestra reacio. Lin Ming le dijo que le abonaría y aceptó de muy buen grado. No conforme habló con su chofer y guía y les pidió lo mismo, recorrer los barrios más humildes de Londres.

El conductor dio unas cuantas vueltas y se fue alejando del centro donde se encontraba ubicado el hotel, adentrándose a los suburbios. Al principio sólo observó barrios con casas pequeñas iguales, calles angostas y de a poco comenzaron a aparecer grupos de jóvenes en esquinas bebiendo y otros arreglando un viejo automóvil en la calle. Se dio cuenta que un grupo de chicas eran prostitutas trabajando y a lo lejos vio un amontonamiento. Eran dos jóvenes peleándose, los demás arreglando la pelea, ellos observan desde el auto. Notó que el conductor, guía y traductor estaban incómodos dentro del vehículo. Observó y no vio ningún policía. En eso uno de los jóvenes sacó una navaja, el instinto de Lin Ming fue bajar del auto para separarlos.

—¡No! —gritó el traductor.

En eso llegó la policía. Todos corrieron en distintos sentidos. Los policías rieron y volvieron a subir al auto y se retiraron. Todos quedaron en silencio.

No podía creer la promiscuidad, violencia y cantidad de adictos que había. Tal es así que ni el guía británico ni el traductor quisieron bajar del auto cuando llegaron al barrio de Brixton. Lo que observaba lo sorprendía. Una ciudad vieja, detenida en el tiempo, calles angostas y mucho tráfico, pero al ir recorriendo las calles descubrió lo que se veía a cielo abierto. Los jóvenes británicos sentados en las veredas frente a la entrada de los bares ebrios y drogados.

En un principio no daba crédito a sus ojos y le solicitó al chofer detenerse, quería observar de cerca, ver, palpar, oler. Muchachos y chicas totalmente alcoholizados y drogados, malolientes, vomitando en la esquina. Tuvo la intención de entrar a uno de los bares

pero de inmediato recibió insultos de varios jóvenes agresivos que le gritaban algo que no entendía, lo único que lograba descifrar era maldito japonés. No tuvo la mínima intención de andar aclarando las notables diferencias. Ya dentro del vehículo el traductor le dijo lo que él sospechaba, lo confundían con japoneses y todavía quedaban recelos de la guerra. Aunque esos jóvenes no habían participado de ella, pero el odio se había transmitido genéticamente.

Lin Ming sabía algo de inglés, pero no como para entender el vocabulario coloquial no formal. También entendía algo de francés y español, pero en todos los casos sucedía lo mismo. Y por su propia experiencia en su país con tantos dialectos, sabía perfectamente lo sensible que puede ser un error de entendimiento en los lenguajes no formales.

Al llegar a Francia vio algo parecido, con un tanto más de discreción, es decir no en la calle como en Londres, pero de la misma manera, joven envueltos en el consumo de heroína derivada del opio.

A la vuelta al hotel Lin Ming iba ensimismado en sus pensamientos, el traductor, un hombre callado y sin demasiados principios, le comentó con sorna que el chino se asustaba del opio cuando ellos lo habían creado. Lin Ming se hizo el desentendido ante la sonrisa del chofer.

Al llegar al hotel bajaron, pero Lin Ming le solicitó al chofer que lo lleve hasta el estacionamiento del sótano, por pura curiosidad. Al ir llegando al lugar designado y de la nada el chofer comentó:

—Yo sé que ustedes no inventaron el opio, nosotros se lo introdujimos.

Lin Ming lo observó sin contestar como si no lo hubiera entendido. Al detener el auto, Lin Ming bajó, se acercó a la ventanilla del chofer y en francés le respondió:

—Es verdad lo que dice, gracias por reconocerlo. —El chofer sonrió y estacionó.

Próximo a su regreso a China recibió por un comunicado que debía viajar a Estados Unidos para dar una charla durante un congreso en la Universidad de Berkeley en California. El éxito de

Lin Ming fue grande, tal así que empresas estadounidenses le ofrecían contratos jugosos y cualquier requerimiento a su disposición, lo que él rechazaba.

En su recorrido por la ciudad se asombraba de la belleza del lugar, y también se daba cuenta que lo estaban vigilando y lo seguían para todos lados. *La paranoia estadounidense no descansa*, se dijo.

Una tarde que no trabajaba le pidió a su chofer y a su traductor un paseo pero no por los lugares turísticos. Igual que había hecho en Francia y Gran Bretaña. Quería saber cómo era el movimiento hippie del que tanto se hablaba. El conductor era un hombre de origen africano que al escuchar al traductor que lo acerque a San Francisco, decidió llevarlo al barrio Haight-Ashbury. Al llegar le pareció pintoresco, pero el conductor lo invitó a pasar a un bar. Lin Ming quedó estupefacto ante la mugre, el alcohol y cualquier tipo de droga que se estaba consumiendo. El olor a orín y vómitos era espeluznante.

Mientras recorría vio que el traductor se aleja, conversó con un par de jóvenes y se prendió un cigarrillo. El chofer lo miró:

—Usted no me entiende, pero si quiere ver sígame, esta gente me conoce, aquí me aceptan —Lin Ming no contestaba.

En el bar era la primera vez que veía dialogar y reír gente africana y caucásica junta, entre ellos anglosajones y latinos. También algunos orientales. Lin Ming se quedó quieto en la puerta, un joven rubio de cabello largo se acercó y en inglés le dijo:

—Ven, toma algo —Lin Ming no hizo ni un gesto.

El joven se alejó sonriendo. El chofer lo guió hasta afuera, al ir acercándose al auto el traductor comenzó a caminar.

—Estos chicos no inventaron la droga, velan por la paz. Los hippies no son malos, les hacen mala fama. La droga la introduce el mismo gobierno para dominarlos a ellos y nosotros. ¡Mire, están todos juntos! No somos malos, ellos lo son —dijo mirando hacia arriba—. Escúcheme bien, cuando logran destruir un cargamento y lo pasan en los informativos es porque ya atraparon veinte y se los quedó la CIA o el FBI.

—¿Y la DEA? —preguntó Lin Ming.

—¿En serio usted cree en la DEA? —dijo tosiendo mientras reía fuerte.

Lin Ming lo observó sin decir palabra y con gesto de no entender.

De regreso al hotel, Lin Ming, en un mal inglés, dijo al ver que bajó el traductor.

—¿Me lleva a la cochera?

El traductor se asombró, el chofer sonrió y sin más puso marcha hacia el sótano.

—El movimiento hippie es una contracultura de libertad y de paz, que en realidad sus valores provienen del naturalismo alemán —dijo Lin Ming.

El conductor sonrió y contestó:

—Sabía que usted me estaba entendiendo.

—¿Por qué dice que el gobierno entrega la droga?

—Porque la mejor manera de manejar un pueblo es con ignorancia y adictos. ¿Acaso cree que si realmente quisieran quitar la droga del país no podrían? En realidad no les conviene... Sabe, los hippies fueron los primeros en manifestarse por la paz en Vietnam.

Lin Ming asintió con la cabeza y comentó:

—Este movimiento está llegando a todo el mundo, pero temo que sea solo una moda.

—Seguramente, a los gobiernos del mundo no les convenga que haya paz, es muy buen negocio la guerra.

Lin Ming no le contestó, bajó del auto, observó la estructura del sótano, lo saludó y subió a su habitación.

A su regreso a China, perplejo de lo que había visto, no quiso contarle a nadie, temía que no le creyeran. Excepto a su hermano, estaba ansioso de volver a verlo cuando regresase de Japón. Deseoso de una tertulia con debates. Había mucho para contar e intentar entender las idas y vueltas del mundo, sus políticas. Y las acciones de aquellos que tenían la responsabilidad de llevar una nación adelante. Con la implicancia de un pueblo que en la mayoría de los casos estaba ajeno a los pormenores de los grandes intereses. Muchas veces propios de los políticos, asociados a los grandes empresarios dejando a las conveniencias de la nación de lado.

En su viaje había visto corrupción de parte de empresarios, algo que no le sorprendió en realidad, pues había sido advertido.

Pero nunca hubiera imaginado las cantidades de intento de soborno recibidos. Cautos y con regalías de por medio, pensaban que era fácil embaucar a un grupo de chinos comunistas. *Realmente somos muy inocentes para tratar con occidente*, se decía. En un viaje retrospectivo hacia cuentas de la cantidad de corruptos que hubo en la historia de su nación, motivo que generó tantas muertes y discordias. Un sólo interés, un sólo objetivo, una sola obsesión, el dinero” Que justamente a su entender parecía ser la Meca de occidente.

Un día antes de que llegara Lin Ming, Lin Zeng partió a Japón, por lo tanto no llegaron a verse. Igualmente si bien el viaje de Lin Ming le llevó casi dos meses, su hermano menor solo estaría una semana en Tokio.

El mundo del arte de Lin Zeng lo llevó a codearse con un mundo vanguardista de Japón, admiradores también de la cultura hippie estadounidense y europea. De inmediato notó una occidentalización de la población. Miraba para arriba los edificios que se habían construidos y cómo habían vuelto a rearmar una ciudad devastada por los bombardeos en la guerra. Sentía un sentimiento contradictoria al estar en la tierra de un pueblo que siempre había estado en guerra con el de él.

*Bienvenida sea esta paz que tanto nos ha costado*, se decía.

De inmediato a su arribo tuvo una reunión informal con los organizadores de la muestra de arte, dos escultores y un pintor japonés. Lin Zeng se retiró un momento para buscar algo de beber, al volver hacia ellos notó, que se habían retirado y un custodio le señaló la terraza por la escalera. Por curiosidad los siguió para entablar una charla amena y menos formal que en el recinto, puesto que en él había mucha gente y la mayoría no eran artistas. Solamente algún político con interés de ser asociado al arte y algunos empresarios adinerados que se anticiparon a la muestra para ser los primeros en tener la exclusividad de comprar alguna obra, aunque seguramente no entenderían su significado, pero era lo que menos les importaba. Por otro lado, el arte se sabía que era una excelente forma de lavar dinero.

Al abrir la puerta de la terraza los observó, se encontraban a unos siete metros, cerca de la baranda, los tres solos. Uno de ellos prendió un cigarrillo, lo aspiró y le convidó a la mujer. De inme-

diato se dio cuenta que era de marihuana. Nunca había sentido el aroma. El otro hombre, el pintor, por cierto de muy mala técnica, y coordinador de la muestra se dio vuelta y caminó cerca de la salida de la azotea, a pasos de donde se encontraba Lin Zeng. Tomó una cigarrera de oro y la abrió pero no tenía cigarrillos. Virtió un polvo y la aspiró.

Los tres creían encontrarse solos y que nadie los veía, sin embargo Lin Zeng, discreto esperó a que terminasen con sus asuntos. Tuvo la intención de acercarse, pero prefirió bajar al recinto. Al llegar el guardia que le había indicado donde se encontraban le preguntó en chino si los había podido hallar.

—No —le dijo y agregó como si nada—, no pude abrir la puerta, soy muy tonto —y sonrió.

Al bajar se acercaron a él que estaba solo observando una escultura, el pintor y empresario se disculparon y se retiraron. Mientras charlaban notaba como la cultura japonesa había sido eclipsada por la occidental, no era que se había fusionado o en tal caso evolucionado. Sino había sido sustituida, absorbida.

Para Lin Zeng era preocupante la pérdida de identidad en el arte, en tal caso no encontraba artistas que siguieran el viejo estilo nipón Yamoto-e con técnicas de témpera. E increíblemente al dialogar con algunos jóvenes artistas escultores japoneses no sabían de los escultores de la escuela kei que había surgido en el periodo Kamakura, uno de los más hermosos de esculturas budistas. La pèrdua de identidad en el arte es el primer paso para perder identidad cultural en su más amplio espectro, pens .

Un día después se encontr  a solas con la mujer directora del museo que lo había invitado a la muestra. Luego de la charla formal y por menores le pregunto cuán normal era el uso de drogas, a lo querella respondió que desde el final de la Segunda Guerra Mundial los soldados estadounidenses habían normalizado la utilización de las anfetaminas. Y que con el tiempo habían entrado en los jóvenes otros tipos de drogas.

La muestra duraría toda una semana completa, por lo que aprovech  los últimos dos días para visitar Hiroshima y Nagasaki. Para él era muy importante puesto que sabía lo que opinaban los políticos chinos respecto al lanzamiento de las dos bombas.

Al llegar a Hiroshima se encontró con una ciudad pujante y rearmada que mucho no decía, se acercó hasta el monumento Parque de la Paz. Tampoco le sorprendió demasiado, pero sí al entrar al museo donde un traductor le ayudó a leer cada una de las fotos. Se horrorizó y le cayeron lágrimas que intentó limpiar sutilmente para que nadie lo viera. Durante el viaje a Nagasaki tuvo tiempo de reflexionar, entendía bastante bien japonés pero no leía, por lo tanto solamente necesitaba ayuda para guiarse.

No podía entender cómo el pueblo se había dejado invadir su cultura e idiosincrasia. Es cierto que los distintos gobiernos japoneses habían hecho desastres en su larga historia, pero el pueblo no. Muchas veces el... los pueblos... están totalmente en contra de las decisiones de sus políticos y luego por unos pocos todos son tenidos en cuenta como asesinos, invasores, etc. Es injusto, se decía.

Tal vez en su afán, el pueblo japonés, de olvidar la crueldad de sus gobernantes estaban borrando su tan rica historia cultural, a lo que se le sumaba ahora el uso de drogas, tal vez por imitar las costumbres de quienes ahora los tenían como una semi colonia.

La relación con la organizadora japonesa se hizo afable y le comentó su tristeza y preocupación por la pérdida de identidad. La mujer lo observó

—¿Quiere realizar un viaje conmigo y de paso me ayuda a transportar una pinturas y esculturas? En un día vamos y volvemos —le dijo la mujer.

—Sí —contestó Lin Zeng.

—¿Conoce Europa?

—No.

—¿Conoce América?

—No.

—Yo sí. ¿Qué opina del capitalismo? —preguntó la organizadora.

—Que es otra forma de plantear la estructura económica de una nación —respondió Lin Zeng.

—Bien, nosotros somos capitalistas, somos consumidores de servicios y bienes. Producimos y consumimos, para eso debe haber un estado de bienestar donde todos gastemos dinero para que no se deje de producir.

—Digamos que sí —dijo Lin Zeng.

—Le presentaré a alguien que está interesado en sus obras —dijo ella terminando la conversación.

Y así fue, al día siguiente bien temprano la mujer pasó a buscarlo con un automóvil moderno japonés. Conducía rápido y decidida. Al cabo de unas horas estuvieron en otra sala de arte muy pequeña y mucho más humilde. El director de inmediato le ofreció comprarle dos esculturas.

—Sería un honor —respondió Lin Zeng.

—Lamentablemente debo aclararle que no son para el museo, son para un empresario industrial muy poderoso que prefiere quedar en el anonimato. Las quiere sólo para él.

—¿No se van a exhibir?

—No...

—¿Y para qué quiere una obra si no se comparte con la gente que uno aprecia? —preguntó incrédulo Lin Zeng.

—¿Y usted cree que sabe algo de arte? Sólo la podrá en su sala para que sus visitantes vean que contiene obras de arte. Es simplemente para alardear.

Casi sin descansar ni almorzar, apenas con un trago de té frío la mujer lo llevó hasta un barrio.

—Lo llaman kama a este barrio —le comentó la mujer a Lin Zeng—, el nombre en realidad es Kamagasaki, aunque en realidad es la zona de Airin.

Al llegar caminaron por sus calles, un policía los acompañó por lo peligroso que podía ser, Lin Zeng no podía creer que hubiera gente viviendo en la calle en pequeñas carpas entre callejones angostos.

—Se drogan —dijo Lin Zeng.

—Sí. Pero en nuestra cultura a muchos les da vergüenza y lo hacen ocultos. ¿Qué opina?

—Que no todo el capitalismo es felicidad.

—¿En china no hay pobres? Yo estuve —dijo ella.

—Sí hay, lo que no hay es denigración y miseria —respondió Lin Zeng.

—Es cierto, pero no es mejor.

—No sé, creo que sí. Porque si no hay denigración hay posibilidades de solucionarlo y que esa porción de la sociedad con ayuda del estado pueda salir adelante —dijo sereno con voz calma.

Ella lo miró:

—Claro, el estado.

Y volvieron al auto.

—No todos los que quieren contar con una obra de arte son poderosos y menos saben de arte como ya lo sabemos. Hay muchos que quieren estar cerca del arte como del poder. Mucha gente conozco que quiere llegar a un puesto no por un sueldo alto ni estatus, me atrevería asegurar. Muchos quieren tener solamente el poder. Poder por el poder mismo, dar órdenes y tener gente debajo de ellos.

Poco hablaron en el viaje de vuelta, a la noche ya en el hotel al despedirse la mujer le dijo:

—Gracias, el lunes vuelve a Pekín.

—Sí.

—El agradecido soy yo y parte del dinero de las esculturas se lo dejaré al museo.

—No hace falta, admiro su arte –dijo ella mirándolo fijo.

—Sí, gracias –y se dio vuelta.

La japonesa se quedó observando cómo entraba al hotel.

Como era de esperarse la muestra fue un éxito pero a Lin Zeng no le pagaron sus trabajos, excepto los que el museo se quedaría con una escultura y un cuadro.

A su regreso les urgía a los hermanos encontrarse y dialogar sobre lo vivido y sus experiencias. Así lo hicieron, durante una mañana que Lin Ming practicaría con unos colegas fanáticos y excelentes jugadores de cuju. Aprovechando el lugar y momento Lin Zeng practicaría su vieja pasión, el tiro al blanco. Era un experto tirador con chu-ko-un, y lo que antes hacía todas las mañanas, ahora ni tiempo tenía. Por lo tanto esta era una buena ocasión.

Luego de hablar de cosas y asuntos triviales Lin Ming le comentó lo que vio en los jóvenes, a lo que adujo que no son los hippies los malos, adictos y vagos que dice el occidente, pero no está seguro y no sabe qué creer.

—Creo que es ese movimiento occidental, o no –comentó con dudas Lin Ming–. Creo que ni ellos lo tienen claro, los gobiernos lo quieren culpar de los desaciertos políticos.

—No, las adicciones no las trajeron los jóvenes hippies, se las entregó su gobierno y los grandes capitales. Para poder dominar a las clases sociales y a los jóvenes —dijo muy seguro Lin Zeng.

—¿Crees acaso que sea un proyecto tan macabro y siniestro que se les va a terminar dando vuelta?

—No creo que sea un plan de ahora.

—Tal vez sea un plan que lleva más de un siglo, desde que nuestro abuelo luchó contra ello. No se les va a dar vuelta, ya se les dio vuelta y no va a parar.

—Pues sí, van a terminar teniendo gobernantes adictos —dijo Lin Ming—. Papá contaba que el abuelo tenía un dicho: *Occidente...*

—...*morirá por una flor* —completó la frase Lin Zeng.

Hicieron una pausa.

—Sabes, conocí a Wu Jinglian, al otro día de volver lo crucé —comentó Lin Ming.

—No sé quién es —respondió Lin Zeng.

—Un economista muy especial. Habla de la integración entre la economía común y el socialismo, realmente es admirable su postura... Sabes, los políticos de hoy, muchos ya son adictos a las drogas —dijo Lin Ming.

—Sí, las clases muy bajas son adictas y las muy altas también. Lo que varía es el tipo de droga que utilizan. Y la calidad.

—No es bueno el futuro del mundo gobernado por adictos —cerró Lin Ming.

Para 1983 Peng Zhen fue nombrado presidente del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional y le daría a la asamblea un poder mucho mayor, otro paso para la modernización y evolución política. Li Xianninan fue nombrado presidente y mantuvo la protección de privatizaciones. El estado debía velar por ciertas cuestiones, intereses de los empresarios chinos, por ende, los intereses de la nación. El gobierno planteaba, para 1985, otro plan quinquenal, fortaleciendo mucho más la economía local que se veía bien reflejada en el progreso y mejoras en el desarrollo social.

Con el tiempo Wang Zhen sería nombrado vicepresidente del Comité Consultivo Político y Song Renqiong vicepresidente central de la Conferencia Consultiva Política con reuniones plenarias.

Lin Zeng obtuvo fama con sus esculturas y cuadros, más allá de los diseños que continuaba realizando para la empresa de su abuelo. La empresa había recibido varios premios y felicitaciones por sus vasijas, jarrones y el modelo económico y comercial. Lin Ming y Lin Zeng deseaban ya dejar de ser parte de la cooperativa puesto que no tenían tiempo, por lo que iban tanteando si algunos de sus hijos quería tomar su lugar.

Los hijos de Lin Ming y Lin Zeng ingresaron a sus estudios superiores. Mientras, Yang Shangkun es nombrado presidente desde 1988 de la Comisión Militar Central de la República Popular China.

Se realiza un bloque de privatizaciones, un proteccionismo a las empresas chinas y los capitales propios, con una regularización del estado buscando equiparar las ganancias entre los que más tenían y los que menos poseían, con impuestos acordes a las ganancias.

Una noche se reunieron los hermanos, resolviendo asuntos de la fábrica y ya con la certeza que los hijos varones de cada uno continuarían con la empresa, más allá de sus estudios particulares. Durante la cena dialogaron entre todos, puesto que sus esposas también querían dejar la empresa, se les hacía cuesta arriba con sus profesiones y los años.

—Vamos en camino a ser una súper potencia —dijo Lin Ming— y me preocupa.

—Ya lo somos —contestó Lin Zeng—. Y también me preocupa.

—¿Serías político? —preguntó Lin Ming.

—No, no creo servir. Cada uno debe ser consciente de sus limitaciones. ¿Y tú, serías militar? —repreguntó Lin Zeng.

—No, imposible, no creo estar preparado para ese tipo de profesiones. Ya luchamos a mano armada de jóvenes y no tengo buen recuerdo —dijo Lin Ming, casi en tono de disculpa.

—¿Qué pensarían nuestros padres y abuelos de esta realidad de la nación, qué tal vez nos hemos aburguesado?

—Nuestra lucha patriótica ahora es estudiar y trabajar en pos de la nación y nuestro pueblo. Hacerlo próspero e igualitario. Una nación de paz —dijo Lin Ming—. Además tú y yo hemos luchado.

—¿Lo estamos haciendo? —siguió Lin Zeng.

—Seguro que sí, tanto tú como yo —respondió Lin Ming convencido.

—Estamos siendo testigos del inicio de la decadencia de occidente.

—¿Y eso te regocija?

—No, todo lo contrario. Primero porque no le deseo el mal a nadie, no es lo que nos enseñaron nuestros padres ni nuestra cultura, no debemos ser rencorosos, pero debemos tener memoria. —dijo Lin Zeng—. Sabes no entiendo a los japoneses.

—¿Por qué, en qué sentido?

—No dejo de pensar en aquel viaje... Todos sabemos que las bombas atómicas no eran necesarias, la guerra ya estaba ganada. Y no puedo entender tanta condescendencia con el gobierno estadounidense, que no los obliguen a disculparse. Si bien es cierto que tienen un sitio de memoria es como que el pueblo quiere olvidar, pero al olvidar esa tragedia olvidan quienes son en realidad.

—Arrojar las bombas fue solo para demostrar superioridad bélica ante la Unión Soviética, y justamente en una ciudad que jamás había sido bombardeada, nunca había sido atacada, no había nada, apenas un destacamento militar pequeño —comentó Lin Ming.

—Por eso lo menciono, al estar con ellos pude conocer gente que no estaba de acuerdo con su gobierno, pese a la aceptación general del primer ministro Yasuhiro Nakasone, que aparentemente busca tener buenas relaciones con nosotros y la Unión Soviética. Pero algunos japoneses dicen que es muy obsecuente de Ronald Rigan y jamás le pediría una disculpa formal por el genocidio de las bombas —siguió contando Lin Zeng.

—Lo mismo sucede con el pueblo estadounidense, no todos, pero muchos saben que son producto de una publicidad perturbadora y mentirosa. La pobreza y desigualdad la tienen oculta, es como si su gobierno pusiera una pantalla de televisor para tapar la verdadera realidad. Creo entender que los movimientos anti bélicos contra la guerra de Vietnam fueron un despertar de un pequeño grupo que se dio cuenta de las mentiras de sus gobernantes. Pero jamás voy a olvidar los males, la droga, nunca vi algo así. A veces pienso si así se veía antiguamente nuestra nación cuando los británicos nos envenenaban.

—Tendrías que ver las callejuelas de Tokio —le dijo Lin Zeng.

—Sí, me los has contado —respondió Lin Ming.

Siendo un anciano Lin Zeng conoció a Guo Jian, un gran pintor chino. Le contó a su hermano exaltado, casi emocionado.

—No lo conozco —respondió encogiéndose de hombros Lin Ming. Lin Zeng sonrió:

—Sólo conoces arquitectos y economistas.

—Y tú solamente artistas.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos hace años sobre los políticos japoneses y su actitud frente al gobierno estadounidense y las bombas? —preguntó Lin Zeng.

—Sí, ¿por? —respondió Lin Ming.

—Un futbolista argentino dijo que no le permitían entrar a Japón por ser drogadicto y que dejaban entrar a los yanquis que les habían tirado dos bombas.

—¿Quién, Maradona?

—Sí —respondió Lin Zeng.

—Filosofía directa de la calle. Yanquis, palabra rara... Pero sí, el hombre no está equivocado en su planteo. Simple y directo —dijo Lin Ming.

—Estados Unidos culpa a Colombia de su problema con la droga —comentó Lin Zeng—. Siendo ellos mismos los primeros consumidores en el mundo.

—Nunca se van a hacer cargo, al igual que los británicos. Nos espera un mundo gobernado por adictos a las drogas —dijo Lin Ming.

—Adictos con poderes bélicos, no es un buen futuro para occidente.

Los estupefacientes en occidente pasaron a ser un negocio más junto con la venta ilegal de armas a países donde se generaban golpes de estado. Entregando a ambos bandos armas, manteniendo una guerra estancada y conveniente. Principalmente llevada a cabo por la CIA, el MI5 y MI6. El lavado de dinero de los grandes bancos y corporaciones financieras eran moneda corriente para sustentar políticos en lugares claves de los gobiernos.

Una de las exposiciones de Lin Zeng se llevaba a cabo en un museo de arte diseñado por Lin Ming.

—Tu éxito es increíble —dijo Lin Ming.

Lin Zeng sonrió:

—Creo que es la tercera vez en tu vida que vienes a ver una de mis muestras.

—Falta de tiempo, hermano —dijo disculpándose Lin Ming.

—Creo que has venido porque querías confirmar que tu diseño de este museo está acorde a las obras de tu hermano.

Ambos rieron a carcajadas, la gente se daba vuelta para observarlos.

Lin Zeng conoció a Guo Jian, un escritor que planteaba una serie de críticas al proceso y cambios estructurales en la política. Lin Zeng no concordaba con algunas de sus críticas planteando que no se puede juzgar hechos históricos con planteamientos presentes, por los cambios lógicos de la sociedad. Las acciones determinadas en un momento histórico pueden servir como ejemplo para no cometer los mismos errores y llevar adelante otros procesos inherentes a la actualidad. Pero los hechos históricos son acciones en un determinado contexto. Es decir, nadie estaría de acuerdo con que existan duelos a muerte por causas de honor. Sin embargo eso sucedía y hasta era bien visto, pero no lo podemos juzgar con los ojos del presente. Lo que se puede hacer en tal caso es plantear una disculpa pública para que jamás vuelva a suceder y aprender de ese determinado suceso.

En la charla y debate se planteó además los saqueos llevados a cabo por potencias bélicas, y muchos con la excusa de investigación. Obras de arte que fueron robadas, mostradas impunemente en museos y galerías a la vista de todos. Pinturas, esculturas e instrumentos musicales de ciudades, pueblos en lugares inhóspitos o inaccesibles, que supusieron erróneamente que estaba a salvo de seudos expediciones científicas que sólo perseguían como fin el hurto. Reliquias sagradas con valor, no sólo artístico, sino con valor religioso que se deberían devolver de inmediato por museos que hacían oídos sordos a reclamos.

—Ahí es donde está la disculpa —dijo Lin Zeng—. Lo que se robó, se devuelve, hay que entregarlo a sus dueños originales, a su pueblo, sus habitantes, sus ciudadanos. Aunque la acción ya estuvo hecha y no se puede volver al pasado, la disculpa pública y devolución de objetos sería un ejemplo para no volver a hacerlo. Ese es el aprendizaje, no volver a robar o saquear.

La vida de Lin Zeng lo llevó a codearse con una gran diversidad de personajes, entre ellos también tuvo la oportunidad de contactarse con Wang Guangyi, escultor reconocido por una plástica en la cual utilizaba logos y publicidades. Era evidente que el arte chino, como lo fue desde tiempos históricos, no dejaba de ser referente en cada una de sus áreas.

La vida de Lin Zeng era armoniosa y relajada, le gustaba pasar tiempo en su casa y disfrutar de la tranquilidad. Era un anciano reflexivo al que le gustaba la soledad y el silencio. Aunque era impaciente y nervioso. Su relación con su esposa era afectiva al igual que con sus hijos. Entendía y se adaptaba a los cambios sociales y paradigmas de la cultura. Aunque sentía en su interior que tal vez podría haber realizado más obras a lo largo de su vida. *Tal vez sí, o no...* se decía.

Por su parte Lin Ming conoció a Wang Shu, un arquitecto modernista. Lin Ming que en su momento había sido precursor de lo innovador se sentía abrumado ante los planteamientos de jóvenes como este. Él mismo había sido de joven un vanguardista soñando con edificios altos, rascacielos imponentes, extensos puentes que desafiaran cualquier concepción humana de construcción, se encontraba ahora con un joven urbanista que planteaba lo amigable del medio con la ciudad teniendo una mirada ambientalista sobre el asunto. Lin Ming reflexionaba sobre el tema y de la dinámica social de las necesidades, y contemplación de los jóvenes sobre la sociedad y sus nuevos aprendizajes. Su tiempo tal vez había terminado como arquitecto, pero sus consejos y experiencias eran muy valorados, por lo cual se dedicó a escribir un par de libros sobre el tema.

En sus tiempos libres, pese a su avanzada edad, siendo fanático de los deportes continuaba practicando lo que podía sin perder su espíritu competitivo. Como su hermano menor llevaba una vida armoniosa pero más activa, pues era mucho más sociable. Con su esposa guardaba una relación buena y de muy buen humor al igual que con sus hijos.

En estos tiempos de quietud y mayor tranquilidad los hermanos gozaban de largas horas juntos, hecho que apreciaban mucho con charlas jugosas, debates, conclusiones. Siempre acompañados

de buenos manjares culinarios tradicionales y buenas bebidas. Lin Ming era muy buen cocinero y Lin Zeng gozaba de beber bebidas alcohólicas desconocidas. Intercalaban algunas comidas que había traído la nueva inmigración de países occidentales, emprendedores occidentales que veían, ahora en el presente más impensado, una china de posibilidades para fundar empresas y comercios con capitales extranjeros.

Sorprendidos aprendieron a convivir con inmigrantes de occidente que admiraban su nación sumado a la histórica inmigración asiática. Por otro lado, el turismo internacional le daba otro color a los lugares, naciendo una nueva industria. Con una diversidad geográfica que sorprendía a los turistas desprevenidos, que solamente sabían de China que era comunista y que tenía un dictador que estaba en contra de occidente. La tan afamada cultura era el verdadero punto de referencia en el turismo.

Tal vez algo de occidente habían tomado ambos de sus viajes y ahora se hacían más abiertos a nuevos sabores y experiencias. Disfrutaban de vivir en Pekín, aunque no tan cerca Lin Ming estaba más al centro de la dinámica ciudad mientras Lin Zeng estaba más en las afueras. Entre ambos existió un buen guánxi sin salirse de la ética en todos y el más amplios sentidos. Esa dinámica de estrecho lazo sanguíneo, superaba cualquier obstáculo que se pudieran encontrar, priorizando el afecto ante cualquier accionar.

Ambos tuvieron un mianzi contenido y con reparo sobresañando la humildad y simplicidad y nunca perdieron el lian, al contrario dentro de sus grupos ambos eran admirados. Tal vez por una cuestión profesional Lin Zeng era más reconocido en los medios, lo que nunca lo llevó a manifestar un solo acto de soberbia. De hecho casi nadie sabía dentro de su círculo que formaban parte de una de las empresas cooperativas que más exportaciones realizaba de vajillas, jarrones, floreros y obras de arte, (ding, jingtai Lan), a tal punto que hacía años que las ganancias que a ellos les correspondían las donaban en parte a la misma empresa, y otra parte para beneficios en caso de desastres naturales.

Habían sido producto de la multiculturalidad, de la heterogeneidad de etnias y religiones, desde sus ancestros bisabuelos: Lin Hie que era de la etnia Han, confucionistas, su bisabuela Mosuo

budista, su padre Lin Xi que de joven era ateo, y los consejos a su padre de Lin Sinchong budista chan, (zen). Su abuela Yun Quan budista de la etnia han y la relación que tuvieron con Niu Lun budista chan, Alfonso Batista, filipino católico. Y sus esposas que eran taoístas, es decir, la interrelación del confucionismo y el budismo, lo que diversificaba aún más su proyección cultural en sus proles.

Los hermanos tenían como premisa el respeto, la honestidad, la lealtad, las obligaciones, la armonía y reciprocidad, los beneficios mutuos y la paciencia. La mayoría de las charlas eran sobre sus hijos, sus esposas, recuerdos sobre sus padres, la amistad, anécdotas laborales, su relación con sus amigos y la tristeza de haber perdido a algunos por sus avanzadas edades.

Y como tema recurrente la Nación: los avances, la política y la preocupación constante de los avatares bélicos, la prepotencia de algunos gobiernos más allá del descontento de sus propios pueblos, la desigualdad de Latinoamérica, la continua esclavitud en África, la explotación y asesinatos llevado a cabo por empresas europeas y estadounidenses y canadienses y el poco compromiso de Oceanía.

El avance de la droga en el planeta y lo abrumador de sus consecuencias, que ya se veían perfectamente. La utilización de las mismas por políticos y empresarios e industriales que fabricaban armas y las comercializaban teniendo como el mejor negocio del mundo, las guerras. Hasta una promiscuidad intelectual de pensadores y filósofos que terminaban aportando poco al pensamiento humano. Se preguntaban qué había sucedido con los grandes pensamientos filosóficos europeos, dónde había quedado ese pensamiento racional bajo la premisa de la fundamentación lógica.

La nueva industria bélica cibernética occidental iba acompañada de la droga por las grandes potencias. Y siempre contaban con un aparato propagandístico infranqueable, que era el cine y la música, sumado a los grandes medios de comunicación, los periodistas que tergiversaban la realidad culpando y poniendo como los malos al oriente, principalmente a China, Rusia y Corea. Lin Ming y Lin Zeng sabían perfectamente de la industria propagandística contra su nación, ellos mismos habían sufrido en carne propia la discriminación no sólo por su raza o religión, sino principalmente por su alineamiento político.

Les era irrisorio ver cine occidental donde siempre los malos eran los chinos, les causaba gracia y lo tomaban como otro aspecto de la debilidad y la ignorancia occidental. Eran conscientes de la estigmatización hacia los gobiernos de izquierda del mundo, que con prepotencia occidente intenta inmiscuirse en sus asuntos internos con total desfachatez y arrogancia. Con la excusa de implementar democracias, cuando ellos eran quienes menos la llevaban a cabo. EEUU hablaba de golpes de estado y dictadores a través de noticieros acorde a sus intereses con una maquinaria cinematográfica indiscutible. Negando a su vez que el asesinato de sus presidentes fueran golpes de estado. Y por otro lado que el hecho de que gobernaran los magnates poderosos, no era una dictadura.

En el año 2001, en enero falleció Lin Ming con noventa y cinco años, y a los dos días Lin Zeng con noventa y un años. Nunca vivieron lejos, nunca dejaron de verse y siempre la relación fue cercana, afectiva, alegre y armoniosa. Lin Zeng, el hermano menor que gozaba de mejor salud no pudo soportar la tristeza de la pérdida de su hermano. No podía entender la vida sin su hermano. El vínculo fraternal había sido muy fuerte.

Los hijos mayores continuaron siendo parte de la empresa más allá de sus profesiones como hicieron sus padres, pero también intervenían sus hermanas, y sus madres viudas y ancianas, que al final nunca terminaron de alejarse definitivamente.

En 2005 falleció la esposa de Lin Zeng, y en el 2006 la esposa de Lin Ming. Para ese entonces Lin Tai era médico, su hermana Lin Yung ingeniera, Lin Jin músico y Lin Shi abogada. Eran testigos de más cambios y avances en la nación, una China impensable abierta a los mercados e inversiones.

Los primos presenciaron por primera vez protestas ambientalistas, manifestaciones contra Japón por obviar en su literatura su pasado imperialista con un accionar negacionista.

Tuvieron que afrontar algunos desastres naturales que destruyeron barrios y ciudades, inundaciones, vientos huracanados. Como lo hizo su abuelo con sus amigos, prestaron ayuda incondicional.

Sin llantos, sin quejas, a todo salían adelante, todo era nada a comparación de lo que pasaron sus ancestros. *La vida pese a todo mejora, lentamente y sin pausa, se decían. Las tristezas y amarguras que no se lloran ni se demuestran serán augurio de un futuro mejor...*

Xi Jinping fue elegido presidente en 2013 y de inmediato dio amplio apoyo a empresas estatales, a fusiones militares-civiles, alivios de pobreza, reformas del sector inmobiliario, prosperidad común. Lin Yun era parte de los proyectos de puentes en el ministerio de transporte MOT, y Lin Shi trabajaba en las oficinas de la corte suprema como abogada, aunque también se había recibido de contadora. El hermano, Lin Tai, médico en un hospital de Pekín y Lin Jin como músico en la orquesta sinfónica de Pekín y profesor en sus horas libres.

La prosperidad de China estuvo a cargo de líderes con determinación y sacrificio, con aciertos y errores, con métodos de resistencia. Y miles de héroes anónimos como Lin Hie, Jia Yi, Lin Xi, Yun Quan, Niu Lun, Alfonso Batista y millones más que jamás sabremos los nombres. Para que sus descendientes como Lin Ming y Lin Zeng tuvieran una vida mejor sin opresión ni envenenamiento y otros como Lin Tai, Lin Yun, Lin Jin y Lin Shi, los hijos de Alfonso Batista y Niu Lun, gozaran de una nación que nunca hubieran imaginado sus abuelos o bisabuelos. O tal vez si, pero quizá no tenían la certeza de que sucedería, ellos solo querían algo mejor...

La historia de China no es tan diferente a la de muchos países de distintos continentes que han sufrido invasiones, esclavitud, asesinatos, pandemias. El pueblo chino tampoco difiere de otros, su gran cultura, es como tantas de viejos imperios, sin embargo hoy es la primera potencia del mundo. Sus creencias religiosas como en la mayoría de los casos hablan de bondad, equilibrio, amor.

Entonces ¿por qué se convirtió en una potencia? Y esperemos que así continúe por el bien de su gente. Y que otras lo imiten. ¿Por su tecnología militar, por sus cohetes, satélites tripulados, estaciones espaciales, por la industria? No, es una potencia porque le ganaron la pulseada a la miseria, a la pobreza, a la indigencia. Porque todo

radica en la desigualdad lograron que no exista, que las diferencias lógicas de clases sociales en niveles económicos no sean tan aberrantes y desproporcionadas.

Que tiene defectos, obvio, que debe seguir mejorando, también. Pero lo más importante, es que por ahora los líderes del mundo debieran imitar al menos la esencia del pensamiento popular igualitario. Que los habitantes de una nación no tengan que ser víctimas del desprecio por vivir en la calle, de la desesperación de los que buscan trabajo.

¿Seguirá creciendo y mejorando? Sólo depende de ellos, como ya lo han demostrado.

Los políticos del mundo debieran entender, comprender y aprender que la dignidad del hombre pasa por lo simple, sencillo y básico de la vida. Es decir, contar con un trabajo digno sin explotación, una casa confortable sin ostentaciones, un vehículo para trasladarse, educación y salud gratuita y vacaciones para tener tiempo alentando los vínculos afectivos. Un país seguro, sin delincuencia, donde la seguridad, respeto a las reglas y la justicia se vean de forma palpable, no como una utopía lejana e inalcanzable. Aquel que desee más deberá esforzarse por ese objetivo siempre y cuando no se perjudique al otro. Pero la base de la población debe ser esa.

Un viejo refrán plantea que el día está perfectamente bien dividido en tres partes de ocho horas cada una. Ocho para trabajar, ocho para descansar y ocho para entretenerse. El tiempo que se dedica a sí mismo y a compartir con afectos, con la familia y con los amigos, es la base de una sociedad con armonía.

Hoy contamos con la tecnología que nos ha acercado a personas diferentes y lejanas, más allá de los viajes que se puedan realizar por placer, descartando los circuitos turísticos ridículos para personas que solamente quieren fotos de lugares famosos. Sino de personas que viajan para conocer a la gente común, la verdadera esencia de la cultura, el pueblo, el hombre de a pie. Sin embargo la tecnología nos homogeniza, ¿está bien? No se sabe, es la dinámica y evolución natural de la sociedad. Pero nos acerca, y otro viejo dicho dice: No conozcas a tu enemigo porque no lo vas a poder matar. Y de eso se trata justamente, hoy más nos conocemos y entendemos al otro, por lo cual debemos utilizar ese elemento para que

los pueblos no seamos cómplices de los dirigentes corruptos, que tras sus propios intereses fomentan guerras. Guerras de las cuales salen cerebros enfermos de odio al cual, en la mayoría de los casos, se le suman las drogas. Y que los gobiernos le imponen a sus propios pueblos para dominarlos y tenerlos como zombis. Siendo los dirigentes seres enfermos que toman decisiones siniestras ante una humanidad frágil cada vez con menos líderes y ejemplos a seguir.

El odio, la discriminación, la intolerancia, la xenofobia, que antes eran producto de la ignorancia, hoy son fomentados por los medios informativos hegemónicos, cómplices de esos gobernantes bélicos, que usan su mejor industria, la guerra, como el mejor negocio. Guerra que es auspiciada por los fabricantes de armas que las comercializan junto a los estupefacientes más potentes y destructivos, junto al contrabando masivo. Laboratorios cómplices que producen drogas bajo la pantalla de farmacopea humana o animales. Monopolios de redes sociales que en vez de limitar el odio mediante la regulación, sin llegar a censurar, limitan observaciones y críticas constructivas a los políticos. Permitiendo la discriminación, desprecio y violencia. Contradiendo el propio espíritu de la controvertida regulación en manifestaciones brutales y salvajes.

Hoy lo que antes fue producto de la ignorancia, es producto de los medios informativos, publicitarios, políticos y las adicciones. La erradicación de las drogas debe ser una decisión mundial, puesto que es la batalla más compleja que el hombre tiene por delante, junto con el medio ambiente y la contaminación masiva del agua y el aire. Siendo las adicciones productoras de la violencia más simple, en las calles de gente de bien, a todo tipo de acto delictivo.

Hasta las guerras más atroces, con genocidas dirigentes, que atacan a naciones que no se meten con nadie como son el caso de Gaza, Burkina Faso, Iran, Congo, Libia, Irak, Arabia Saudita y otras. Y que nada tienen que hacer las superpotencias interviniendo y juzgando a sus culturas y decisiones internas. Lo hacen sólo con una clara intención de obtener sus recursos naturales, ya sea petróleo y sus derivados, minerales desde el hierro al oro como piedras preciosas. Golpes de estado manipulados por gobiernos que maneja a su antojo la OTAN, con la clara complicidad de las Naciones Unidas.

¿Quiénes son las grandes potencias para decidir quién tiene o no tiene armas? Cuando en realidad nadie debería tenerlas...

Gobiernos imperialistas desquiciados generan invasiones, muertes, hambrunas, inmigración forzada, todo producto de gobernantes adictos y enloquecidos de poder. Los mismos gobiernos que inventan guerras entre naciones que no tienen problemas. Como el llevado a cabo por la CIA en Latinoamérica a través del Plan Cóndor, fomentando golpes de estado, secuestros, torturas y desaparecidos. Asesinatos de líderes políticos o hasta de la realeza. Colocando gobiernos títeres que solo trabajan para sus propios intereses económicos. Fomentando el odio hacia los gobiernos de izquierda, implementando sanciones asfixiantes. Acusando a gobernantes de traficantes de drogas o economías ligadas al narcotráfico. Sin plantearse la desangrante acción sobre África con el tráfico y contrabando de piedras preciosas patrocinado por algunos gobiernos europeos y algunos norteamericanos. Los mayores consumidores del opio y sus derivados son Estados Unidos, Gran Bretaña y el resto de los países europeos.

Con el alarmante brote del nazismo sumado al sionismo, puntos encontrados si los hay. Sin embargo como pasó en la guerra del opio, gobiernos que se odiaban como el de Gran Bretaña, Francia y EEUU se aliaron para envenenar, esclavizar y saquear a China.

Por otro lado el mayor productor de drogas del mundo es el sudeste asiático y los mayores lavatorios de procesos de producción de drogas del mundo se encuentran en Europa mediterránea. Sin embargo los informes periodísticos acusan a países cercanos al medio oriente o sudamericanos, sumando la incesante industria cinematográfica en ese proceso de acusación. Y todo por el interés de potencias imperialistas que envenenan desde adentro siguiendo el ejemplo que Gran Bretaña realizó en China con el opio. Sin tener en cuenta que se auto envenenan con un final incierto.

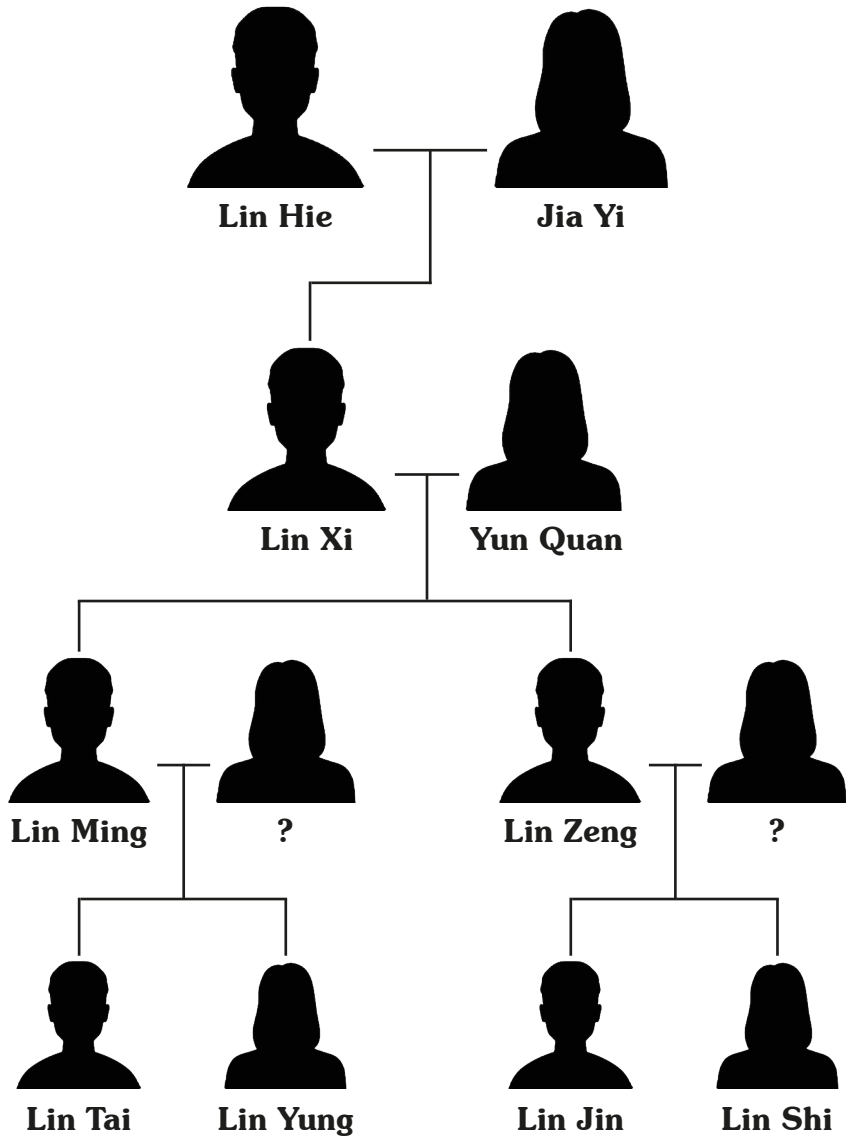
*Occidente morirá por una flor...*

Una flor de nombre amapola, de origen en el sur del mediterráneo, que se ha esparcido y domesticado en el mundo entero. Una flor que tiene como contrapartida la Flor de Loto que supo ganarle la batalla. Al menos en una parte del planeta.

西方將為一朵花而死

# Família Lín

## Árbol genealógico



# China

## Mapa político



*Mapa político de China, indicando sus principales ciudades, en la costa del mar de la China se ubican aquellas que recorrieron los protagonistas de esta obra (LISTADAS EN ORDEN DEBAJO).*

CANTÓN, (GUANGZHON)  
 QINGYUAN  
 SHAOGOAN  
 GANZHOU  
 Ji' AN  
 XINYU  
 YICHUN (YUANZHOU)

SHAOSHAN  
 CHANGSHA(HANCHANG)  
 YUEYANG  
 HUANGGANG  
 WUHAN(WUCHANG)  
 XIAOGAN  
 XIANYUNG

ZHOUKOU  
 XUCHANG  
 PUYAND  
 HENGSHUI  
 BOADING  
 PEKIN



# Índice

GUANGZHOU, 1835	9
LONDRES	10
CANTÓN	13
LONDRES	16
CANTÓN	16
LONDRES	44
CANTÓN	47
1840 / 1537 DEL CALENDARIO CHINO	68
1851	76
1856	77
1. QINGYUAN	83
2. SHAOGUAN	92
3. GANZHOU, 1857	105
4. JI'AN	123
5. XINYU, 1860	134
6. YICHUN (YUANZHOU)	145
7. SHAOSHAN (CHANGSHA), 1860	155
8. HANCHANG (YUEYANG)	170
9. HUANGGANG	173
10. WUHAN (WUCHANG), 1868	197
11. XIAOGAN	208
12. XINYANG, 1871	219
13. ZHOUKOU	234
14. XUCHANG	248
15. HENGSHUI	255
16. BOADING	265
187. PEKÍN, 1873	275
1875	294
1892	305
1894	315
1898	322
1906	336
1919	371
1921	373
1932	386
1949	415





*Occidente morira por una flor* de Horacio Sachello,  
obra editada por EDICIONES AQL e Impresa en LA  
IMPRENTA YA, sita en Estados Unidos 1061, Florida  
Oeste, Vicente López en abril de 2026.

